Muhammad,

su vida basada en las fuentes más antiguas

Por Martin Lings

Capítulo 1

La Casa de Dios

EL Libro del Génesis nos cuenta que Abraham no tenía hijos, ni esperanza de descendencia, y que una noche Dios lo llamó fuera de su tienda y le dijo: "Mira al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas." Y mientras Abraham contemplaba las estrellas oyó que la voz decía: "Así de numerosa será tu descendencia." (15:5).

La esposa de Abraham, Sara, tenía entonces setenta y seis anos, habiendo sobrepasado hacía ya tiempo la edad de tener hijos, mientras que él contaba ochenta y cinco; ella le dio, pues, su esclava egipcia Agar para que pudiera tomarla como segunda esposa. Pero surgió el resentimiento entre la señora y la esclava, y Agar huyó de la cólera de Sara y clamó a Dios en su aflicción. Y Dios le envió un ángel con el mensaje: "Yo multiplicaré tu descendencia, que por lo numerosa no podrá contarse." El ángel también le dijo: "Mira, has concebido y parirás un hijo, y lo llamarás Ismael; porque ha escuchado Dios tu aflicción." (16:10-11>. Entonces Agar regresó con Abraham y Sara y les contó lo que había dicho el ángel y, cuando tuvo lugar el parto, Abraham puso por nombre a su hijo Ismael, que significa "Dios oirá".

Cuando el muchacho alcanzó la edad de trece años, Abraham estaba en su centésimo año y Sara tenía noventa años; entonces Dios habló de nuevo con Abraham y le prometió que Sara también le daría un hijo que se debería llamar Isaac. Temiendo que su hijo primogénito pudiese perder por ello el favor a los ojos de Dios, Abraham suplicó: *"Ojalá que viva a tus ojos Ismael".* Y Dios le dijo: *"También te he escuchado en cuanto a Ismael. Yo /0 bendigo y lo convertiré en una gran nación pero mi pacto lo estableceré con Isaac, el que te parirá Sara el año que viene por este tiempo."* (17:20-21).

Sara dio a luz a Isaac y ella misma lo amamantó, y cuando fue destetado, ella le dijo a Abraham que Agar y su hijo no debían permanecer por más tiempo en su casa. Abraham se afligió profundamente por esto, debido a su amor por Ismael; pero de nuevo Dios le habló y le dijo que siguiese el consejo de Sara, que no se acongojase, y de nuevo le prometió que Ismael sería bendito.

No una sino dos grandes naciones habrían de mirar a Abraham como a su padre; dos grandes naciones, esto es, dos poderes guiados, dos instrumentos con los que opera la Voluntad del Cielo, porque Dios no promete como bendición lo que es profano, ni hay ante Dios más grandeza que la grandeza en el espíritu. Abraham fue así la fuente de dos corrientes espirituales, que no tenían que fluir juntas, sino cada una en su propio cauce; confió a Agar e Ismael a la bendición de Dios y al cuidado de sus ángeles con la certeza de que todo les iría bien.

Dos corrientes espirituales, dos religiones, dos mundos para Dios; dos círculos, por lo tanto dos centros. Un lugar nunca es sagrado por la elección del hombre, sino porque ha sido elegido en el Cielo. Había dos centros sagrados dentro de la órbita de Abraham: uno

de ellos estaba cerca, el otro posiblemente todavía no lo conocía; y fue a este otro al que Agar e Ismael fueron guiados, en un valle yermo de Arabia a unos cuarenta días de camello al sur de Canaán. El valle se llamaba Becca, dicen. algunos que a causa de su angostura; se halla circundado de colinas por todas partes excepto por tres pasos, uno al norte, otro al sur y un tercero que se abre hacia el Mar Rojo, que se encuentra a cincuenta millas al oeste. Los libros no nos cuentan cómo Agar y su hijo alcanzaron Becca; quizás algunos viajeros los recogieron. El valle se encontraba en una de las grandes rutas de caravanas, llamada, generalmente, "la ruta del incienso", pues el perfume, el incienso y otras mercancías semejantes del Sur de Arabia llegaban al Mediterráneo por este camino. Sin duda, Agar fue guiada para que abandonase la caravana, tan pronto como llegaron al lugar. No transcurrió mucho tiempo antes de que madre e hijo fueran vencidos por la sed, hasta el extremo de que Agar temió que Ismael se estuviese muriendo. Según las tradiciones de sus descendientes, Ismael clamó a Dios desde donde yacía en la arena, y su madre se colocó sobre una roca al pie de un promontorio cercano para ver si se divisaba alguna ayuda. Al no ver nada, se apresuró hacia otra atalaya, pero desde allí tampoco se veía ni un alma. Medio enajenada, pasó en total siete veces de un punto al otro, hasta que al final de la séptima carrera, cuando se sentaba para descansar sobre la roca más distante, el Ángel le habló. En palabras del Génesis:

Y oyó Dios la voz del niño, y el ángel de Dios llamó a Agar desde los cielos, diciendo: "¿Qué tienes, Agar? No temas, que ha escuchado Dios la voz del niño que aquí está. Levántate, toma al niño y cógele de la mano, pues he de hacerle un gran pueblo." Y abrió Dios los ojosa Agar, y ella vio un pozo. (21:17-20)

El agua era un manantial que Dios hizo brotar de la arena al toque del talón de Ismael; a partir de entonces, el valle se convirtió pronto en un alto de caravanas, a causa de la excelencia y abundancia del agua, y a la fuente se la llamó Zamzam.

En cuanto al Génesis, es el libro de Isaac y sus descendientes, no de la otra línea de Abraham. De Ismael nos dice: *Fue Dios con el niño, y creció y habitó en el desierto, y de mayor fue arquero.* (21-20). Después de eso apenas menciona su nombre, excepto para informarnos de que los dos hermanos, Isaac e Ismael , juntos enterraron a su padre en Hebrón y que, algunos años más tarde, Esaú se casó con su prima, la hija de Ismael. Podemos encontrar un elogio indirecto de Ismael y de su madre en el Salmo que comienza *¡Cuán amables son Tus moradas, oh Señor de las Huestes!,* en el que se explica el milagro de Zamzam como consecuencia del paso de Ismael y su madre por el valle: *Bienaventurado el hombre que tiene en ti su fortaleza y anhela frecuentar tus subidas. Aun pasando por el árido valle de Beca, se le hace todo fuentes.* (Salmo 84: 5-6)

Cuando Agar e Ismael llegaron a su destino, a Abraham todavía le quedaban setenta y cinco años de vida, y visitó a su hijo en el lugar sagrado hacia el que Agar había sido guiada. El Corán nos cuenta que Dios le mostró el sitio exacto, cerca de la fuente de Zamzam, sobre el cual Ismael y él tenían que levantar un santuario (Corán, XII, 26) y se les dijo cómo tenía que construirse. Su nombre, *Kaabah,* cubo, se debe a su forma, que es aproximadamente cúbica, y sus cuatro esquinas apuntan a los cuatro puntos cardinales. Pero el objeto más sacro de ese lugar sagrado es una piedra celestial que, se dice, un ángel trajo a Abraham desde la cercana colina de Abu Qubays, donde había sido conservada desde que llegó a la tierra. "Descendió del Paraíso más blanca que la leche, pero los pecados de los hijos de Adán la hicieron negra." (Dicho del Profeta, Tir. VII, 49. Véase la clave de referencias, p. 395). Colocaron esta piedra negra en la esquina oriental de la Kaabah y, cuando el santuario estuvo terminado, Dios habló nuevamente a Abraham y le ordenó instituir el rito de la Peregrinación a Becca o la Meca, como más tarde vino a llamarse: *¡Purifica mi casa para los que la circunvalan y para los que están de pie, y para los que se inclinan y prosternan! ¡Y proclama a los hombres la peregrinación para que vengan a ti, a pie o montados en flacos camellos, venidos de*

pasos anchos y profundos. (Corán, XXII, 26~27).

Ahora bien, Agar había contado a Abraham cómo buscó ayuda. Abraham entonces, como parte del rito de la Peregrinación, estableció que los peregrinos recorrieran siete veces la distancia entre Safá y Marwah, como habían pasado a llamarse los dos promontorios entre los que ella había corrido.

Más tarde, Abraham hizo la siguiente plegaria, quizás estando en Canaán, mirando en torno suyo hacia los ricos pastos y los campos de cereales y trigo: *¡Señor! He establecido a una parte de mi descendencia en un valle sin cultivar, junto a tu Casa Sagrada...! ¡Inclina hacia ellos los corazones de los hombres! ¡Provéelos de frutos! Quizás, así, sean agradecidos.* (XIV, 37).

Capítulo 2

Una gran pérdida

LA plegaria de Abraham tuvo respuesta, y costosos presentes llegaban constantemente a la Meca traídos por los peregrinos que en número cada vez mayor venían de todas las partes de Arabia, e incluso de más allá, para visitar la Casa Sagrada. La Peregrinación Mayor se hacía una vez al año, pero la Kaabah también podía ser honrada en cualquier momento mediante una peregrinación menor; estos ritos continuaron cumpliéndose con fervor y devoción según las normas establecidas por Abraham e Ismael. Los descendientes de Isaac también veneraban la Kaabah como un templo que había sido erigido por Abraham. Lo consideraban como uno de los remotos tabernáculos del Señor; pero a medida que pasaron los signos se contaminó la pureza de la adoración al Dios Uno. Los descendientes de Ismael llegaron a ser demasiado numerosos para vivir todos en el valle de la Meca, y los que se marcharon para asentarse en otros lugares se llevaron consigo piedras del recinto sagrado y cumplían ritos en su honor. Más adelante, por influencia de las tribus paganas vecinas, se añadieron ídolos a las piedras y, finalmente, los peregrinos comenzaron a traer ídolos a la Meca. Fueron colocados cerca de la Kaabah, y fue entonces cuando los judíos dejaron de visitar el templo de Abraham. (1.1., 15).

Los idólatras afirmaban que sus ídolos eran poderes que actuaban como mediadores entre Dios y los hombres. Como consecuencia, su aproximación a Dios fue cada vez menos directa, y, cuanto más distante les parecía El, más se debilitaba su sentido de la realidad del Más Allá, hasta que muchos de ellos dejaron de creer en la vida después de la muerte. Pero en medio de ellos, para quien supiera interpretarlo, había una señal evidente de que se habían ido alejando de la verdad: ya no tenían acceso a la fuente de Zamzam, e incluso habían olvidado dónde estaba. Los yurhumíes, que habían venido del Yemen, eran los responsables directos. Se habían hecho con el control de la Meca, y los descendientes de Abraham lo habían tolerado porque la segunda esposa de Ismael era una parienta de Yurhum; pero llegó el tiempo en que los yurhumíes comenzaron a cometer toda clase de injusticias, por lo que finalmente fueron expulsados, y antes de marcharse enterraron la Fuente de Zamzam. Indudablemente lo hicieron para vengarse, pero también es probable que abrigasen la esperanza de volver y enriquecerse con ello, porque la llenaron con parte del tesoro del santuario, con las ofrendas de los peregrinos que se habían acumulado en la Kaabah a lo largo de los años, y luego la cubrieron de arena.

Su puesto como Señores de la Meca fue asumido por Juzaah, una tribu árabe descendiente de Ismael que había emigrado al Yemen y luego había regresado al norte. Pero los juzaahíes no hicieron ningún intento para encontrar las aguas que le habían sido otorgadas milagrosamente a su antepasado. Desde aquel día se habían hecho brotar otros pozos en la Meca, el don de Dios ya no era una necesidad, y la Fuente Sagrada se convirtió en un recuerdo medio olvidado.

Juzaah compartió de esta forma la culpa de Yurhum. Deberían ser culpados también en otros aspectos; un jefe suyo, en su camino de regreso de un viaje a Siria, había pedido a

los moabíes que le diesen uno de sus ídolos. Le dieron a Hubal y se lo llevó al Santuario, e instalado dentro de la misma Kaabah, se convirtió en el ídolo principal de la Meca.

Capítulo 3

El Quraysh de la hondonada

UNA de las tribus árabes más poderosas descendientes de Abraham era la de Quraysh. Alrededor de cuatrocientos años después de Cristo, un hombre de Quraysh llamado Qusayy se casó con una hija de Hulayl, que entonces era el jefe de los Juzaah. Hulayl prefería su yerno a sus propios hijos porque Qusayy destacaba entre los árabes de su tiempo; y al morir Hulayl, después de una violenta batalla que concluyó en arbitraje, se acordó que Qusayy debía gobernar la Meca y ser el guardián de la Kaabah.

El, por consiguiente, se trajo a sus parientes más cercanos de entre los qurayshíes y los asentó en el valle, junto al Santuario: su hermano Zuhrah, su tío Taym, Majzum, el hijo de otro tío, y uno o dos primos menos cercanos. Estos y su descendencia fueron conocidos como el Quraysh de la Hondonada; mientras que a los parientes más lejanos de Qusayy, establecidos en los barrancos de las colinas circundantes y en los campos, más allá de la ciudad, se les conoció como el Quraysh de los alrededores. Qusayy gobernó como rey sobre todos ellos, con poder indiscutido, y cada año le pagaban un tributo por sus rebaños para poder alimentar a los peregrinos que eran demasiado pobres para abastecerse ellos mismos. Hasta entonces los guardianes del Santuario habían vivido en tiendas en torno a éste, pero Qusayy les dijo que se construyeran casas, habiéndose ya él edificado una espaciosa morada que era conocida como la Casa de la Asamblea.

Reinaba la armonía, pero la simiente de la discordia estaba a punto de ser sembrada. Una acusada característica del linaje de Qusayy era que en cada generación hubiese un hombre de preeminencia indiscutible. Entre los cuatro hijos de Qusayy este hombre era Abdu Manaf, que ya recibía honores en vida de su padre. Pero Qusayy prefería a su primogénito, Abd al-Dar, aunque era el menos capacitado de todos; y poco antes de su muerte le dijo: "Hijo mío, igualaré tu rango al de los otros a pesar de que los hombres les honran más que a ti. Nadie entrará en la Kaabah excepto a quien tú se la abras, ninguna mano salvo la tuya anudará para el Quraysh su insignia de guerra, ni ningún peregrino extraerá agua para beber en la Meca si tú no le das el derecho para ello, ni comerá alimento si no es suministrado por ti, ni el Quraysh decidirá sobre ningún asunto si no es en tu casa."[1] Habiéndole así investido con todos sus derechos y poderes, le transfirió la propiedad de la Casa de la Asamblea.

Por devoción filial, Abdu Manaf aceptó sin discutir los deseos de su padre; pero en la generación siguiente la mitad del Quraysh se agrupó alrededor del hijo de Abdu Manaf, Hashim, sin duda el hombre más notable de su tiempo, y exigió que los derechos fueran transferidos del clan de Abd al-Dar a su clan. A Hashim y a sus hermanos los apoyaban los descendientes de Zuhra y Jaym, al igual que los descendientes de Qusayy excepto los de la línea mayor. Los descendientes de Majzum y de otros primos lejanos mantenían que los derechos debían permanecer en la familia de Abd al-Dar. Los sentimientos se excitaron tanto que las mujeres del clan de Abdu Manaf llevaron junto a la Kaabah una jofaina llena de rico perfume, y Hashim y sus hermanos y todos los aliados mojaron en ella sus manos y juraron solemnemente que nunca se abandonarían los unos a los otros, frotando sus manos perfumadas sobre las piedras de la Kaabah para confirmar su pacto. Fue así como este grupo de clanes fue conocido como los Perfumados. Los aliados de Abd al-Dar hicieron igualmente juramento de unión, y se les conoció como los Confederados. La violencia estaba estrictamente prohibida no sólo en el Santuario sino también dentro de un amplio círculo de varias millas de diámetro alrededor de la Meca.

Los dos bandos estaban a punto de salir del recinto sagrado para entablar una batalla a muerte cuando se sugirió un compromiso, y se acordó que los hijos de .Abdu Manaf deberían tener los derechos de cobrar tributo y proveer a los peregrinos de alimento y bebida, mientras que los hijos de Abd al-Dar conservarían las llaves de la Kaabah y sus otros derechos, y que su casa continuaría siendo la Casa de la Asamblea.

Los hermanos de Hashim se mostraron de acuerdo en que él debía tener responsabilidad del abastecimiento de los peregrinos. Cuando se acercó la época de la Peregrinación, Hashim se levantó en la asamblea y dijo: "¡Oh, hombres de Quraysh! vosotros sois los vecinos de Dios, la gente de su Casa, y en esta fiesta vienen a vosotros los visitantes de Dios, los peregrinos, a su Casa. Son los huéspedes de Dios y ningún huésped tiene más derecho a vuestra generosidad que Sus huéspedes. Si mi propia riqueza fuese suficiente no os cargaría con este peso." (1.1,87).

Hashim era tenido en gran honor, tanto en casa como fuera de ella. Fue él quien estableció los dos grandes trayectos de caravanas que salían de la Meca, la caravana de Invierno al Yemen y la caravana de Verano al noroeste de Arabia, y, más allá de ésta, a Palestina y Siria, entonces bajo gobierno bizantino como parte del Imperio Romano. Ambos trayectos discurrían a lo largo de la antigua ruta del incienso y una de las primera paradas principales de las caravanas de verano era el oasis de Yathrib, a once jornadas en camello al norte de la Meca. Este oasis había estado en otro tiempo habitado principalmente por judíos, pero ahora lo controlaba una tribu árabe procedente de Arabia meridional. Los judíos, sin embargo, siguieron viviendo allí con notable prosperidad, tomando parte en la vida general de la comunidad a la vez que mantenían su propia religión. Por lo que se refiere a los árabes de Yathrib, tenían ciertas tradiciones matriarcales y se les conocía colectivamente como los hijos de Qaylah, por uno de sus antepasados. Pero ahora se habían ramificado en dos tribus que se llamaban Aws y Jazrach, por los dos hijos de Qaylah.

Una de las mujeres más influyentes de Jazrach era Salma, la hija de Amr, del clan de Nayyar, y Hashim le pidió que se casase con él. Ella consintió a condición de que el control de sus asuntos permaneciese por completo en sus propias manos, y cuando le dio un hijo mantuvo consigo al niño en Yathrib alrededor de catorce años. Hashim no sentía aversión por esto ya que a pesar de la fiebre del oasis, que era más un peligro para los visitantes que para los que allí habitaban, el clima era más sano que el de la Meca. Él, además, iba a menudo a Siria y permanecía con Salma y su hijo a la ida y a la vuelta. Pero la vida de Hashim no estaba destinada a ser larga. Durante uno de sus viajes enfermó en Gaza, Palestina, y allí murió.

Hashim tenía dos hermanos carnales, Abdu Shams y Muttalib, y un medio hermano, Nawfal. Abdu Shams se encontraba sumamente ocupado con el comercio en Yemen y, más tarde, también en Siria, mientras que Naiwfal no lo estaba menos en Iraq, también a causa del comercio, y ambos se ausentaban de la Meca durante largos períodos. Por éstas y quizás también por otras razones el hermano pequeño de Hashim, Muttalib, se hizo cargo de los derechos del abastecimiento de agua a los peregrinos y de recoger el tributo para alimentarlos, y ahora sintió que era su deber pensar sobre el asunto de su propio sucesor. Hashim había tenido tres hijos de otras esposas aparte de Salma. Pero si era cierto todo lo que se decía, ninguno de éstos, como tampoco ninguno de los hijos del propio Muttalib, podía compararse con el hijo de Salma. A pesar de su juventud, Shaybah, así le había llamado su madre, ya mostraba inequívocas dotes de mando y continuamente llegaban a la Meca excelentes informes de él traídos por viajeros que pasaban por el oasis. Finalmente, Muttalib fue a verlo, y lo que vio le incitó a solicitar a Salma que le confiase el cuidado de su sobrino. Salma no estaba dispuesta a dejar marchar a su hijo y el muchacho se negaba a abandonar su madre sin su consentimiento. Aun así, Muttalib no se desanimó e hizo ver a ambos, madre e hijo, que las posibilidades que podía ofrecer Yathrib no podían compararse con las de la Meca. Por su condición de

custodios de la Casa Sagrada, el gran centro de peregrinación para toda Arabia, el Quraysh era considerado y respetado por encima de cualquier otra tribu árabe y era muy probable que Shaybah desempeñase un día la función que su padre había tenido, convirtiéndose así en uno de los jefes del Quraysh. Para ello tenía, en primer lugar, que integrarse en su gente. Ningún simple exiliado llegado de fuera podía alcanzar tal honor. Salma quedó impresionada por sus argumentos; además, sí su hijo se marchaba a la Meca le sería fácil visitarlo allí, del mismo modo que él podría visitarla; así pues, permitió que partiese. Muttalib montó a su sobrino consigo en el camello, y mientras cabalgaban hacia la Meca oyó que algunos curiosos decían al ver al joven desconocido: "Abd al-Muttalib", es decir, "el siervo de al-Muttalib". "Os equivocáis", dijo, "él es nada menos que el hijo de mi hermano Hashim". Las risas con que recibieron sus palabras no fueron sino el preludio de la diversión que se produjo en toda la ciudad cuando la historia de la metedura de pata corrió de boca en boca, y, desde aquel día, el joven fue conocido cariñosamente como Abd al-Muttalib.

Poco tiempo después de su llegada, se vio envuelto en una disputa acerca de los bienes de su padre con su tío Nawfal, pero con la ayuda de su tío tutor y la presión ejercida desde Yathrib, Abd al-Muttalib pudo asegurar sus derechos. Y no iba a decepcionar las esperanzas que su temprano porvenir había despertado. Cuando, después de varios años, falleció Muttalib, nadie disputó la capacidad de su sobrino para atender a los peregrinos. Incluso se decía que sobrepasaba a su padre y a su tío en el cumplimiento de su labor.

Capítulo 4

La recuperación de una pérdida

LINDANTE con el lado noroccidental de la Kaabah hay un pequeño recinto rodeado por un muro bajo semicircular. Los dos extremos del muro quedan cerca de las esquinas norte y Oeste de la casa, dejando un pasillo para los peregrinos. Pero muchos de los peregrinos ensanchan su círculo en este punto e incluyen el recinto dentro de su órbita, pasando alrededor del exterior del muro bajo. El espacio que comprende se llama "Hichr Ismail", ya que bajo las losas que lo recubren se hallan las tumbas de Ismael y Agar.

Abd al-Muttalib sentía tal gusto por estar cerca de la Kaabah que, a veces, hacía que le extendieran un lecho en el Hichr. Una noche, mientras allí dormía, se le apareció en una visión una figura de formas imprecisas que le dijo: "Excava la agradable claridad." "¿Qué es la agradable claridad?", preguntó, pero quien hablaba se desvaneció. Al despertarse, Abd al-Muttalib sintió tal felicidad y paz de espíritu que decidió pasar la siguiente noche en el mismo sitio. El visitante volvió y dijo: "Excava la beneficencia." Mas de nuevo quedó su pregunta sin respuesta. La tercera noche le dijo: "Excava el tesoro escondido", y una vez más se desvaneció quien hablaba al ser interrogado. Pero la cuarta noche la orden fue: "Excava la Zamzam"; en esta ocasión, al preguntar "¿Qué es la Zamzam?", su interlocutor dijo:

"Excávala, no lo lamentarás, porque ella es tu herencia, la de tu más grande antepasado. Nunca se secará, ni dejará de proveer de agua a toda la muchedumbre de peregrinos."

Luego, el ser que hablaba le dijo que buscase un lugar donde hubiera sangre y excremento, un hormiguero y cuervos picoteando. Por último, le dijo que suplicase "Agua abundante y cristalina que abastecerá a los peregrinos durante toda su peregrinación." (1.1.93)

Despuntaba el alba cuando Abd al-Muttalib se levantó y abandonó el Hichr en la esquina septentrional de la Casa Sagrada, llamada la esquina iraquí. Luego caminó junto al muro del noreste, en cuyo otro extremo está la puerta de la Kaabah; pasando junto a ésta se detuvo, unos metros más lejos, en la esquina oriental, donde besó con reverencia la Piedra Negra. Desde allí comenzó el ritual de las circunvalaciones, volviendo a pasar por delante de la puerta hasta la esquina iraquí, por el Hichr hasta la esquina occidental -la esquina siria- y desde allí hasta la esquina Yemení, que da hacia el sur. Los hijos de Abraham, los linajes de Ismael e Isáac por igual, circunvalan sus santuarios con un movimiento contrario al del sol. Mientras caminaba desde la esquina Yemení hacia la Piedra Negra podía ver la oscura ladera de Abu Qubays y, más allá, las más lejanas colinas orientales, que se recortaban de forma nítida contra la luz amarilla. Dio siete veces la vuelta; la luz se iba apreciando cada vez más brillante, ya que los amaneceres y los crepúsculos son breves en Arabia. Habiéndose cumplido el rito, se dirigió desde la Piedra Negra hacia la puerta y, asiendo el anillo metálico que colgaba de la cerradura, pronunció la plegaria que se le había ordenado recitar.

Hubo un sonido de alas y un ave se posó en la arena detrás de él. Luego se posó otra, y cuando terminó su súplica se dio la vuelta y las vio, contoneándose con sus andares de cuervo, yendo hacia dos rocas esculturales que estaban a unas cien yardas, casi en frente de la puerta. Habían sido adoptadas como ídolos, y en el espacio entre ellos el Quraysh sacrificaba a sus víctimas. Al igual que los cuervos, Abd al-Muttalib sabía bien

que en ese lugar había siempre sangre en la tierra. También había excrementos; y, al acercarse, vio que también había un hormiguero.

Se fue a su casa y cogió dos picos, uno de ellos para su hijo Harith, a quien se llevó consigo al lugar donde sabía que tenía que cavar. Los sordos golpes de las herramientas en la tierra y el espectáculo poco habitual -el patio podía verse desde todas partes- pronto atrajeron a multitud de personas. A pesar del respeto que sentían por Abd al-Muttalib, no pasó mucho tiempo sin que algunos protestaran, ya que era un sacrilegio excavar en el lugar de los sacrificios entre los dos ídolos; así pues, le dijeron que se detuviera. Él les contestó que no lo haría, y a Harith le dijo que permaneciera a su lado y que procurara que nadie se interfiriese en su tarea. Fue un momento de tensión y el desenlace pudo haber sido desagradable. Pero los dos hashimíes estaban decididos y unidos, mientras que los espectadores habían sido cogidos por sorpresa. Tampoco estos ídolos, Isaf y Nailah, disfrutaban de un rango elevado entre los ídolos de la Meca, y algunos incluso decían que se trataba de un hombre y una mujer yurhumi'es que habían sido convertidos en piedra por profanar la Kaabah. Así pues, Abd al-Muttalib prosiguió cavando sin que realmente nadie hiciese nada por detenerlo; y, ya se estaban marchando algunas personas del santuario, cuando, de repente, golpeó la piedra que cubría la fuente y profirió un grito de gracias a Dios. La multitud se reagrupó y aumentó, y cuando comenzó a sacar a la luz el tesoro que Yurhum había enterrado allí todos exigieron una parte de él. Abd al-Muttalib se mostró de acuerdo en que cada objeto se echase a suertes para saber si se dejaría en el santuario, si sería para él personalmente o si se dividiría entre la tribu. Éste se había convertido en el modo reconocido de decidir un asunto dudoso, y se hacía mediante flechas adivinatorias en el interior de la Kaabah, delante de Hubal, el ídolo moabí. En este caso, parte del tesoro fue a parar a la Kaabah y parte a Abd al-Muttalib, pero al Quraysh no le tocó nada. Se acordó también que el clan de Hashim se encargaría del Zamzam pues, en cualquier caso, suya era la función de suministrar agua a los peregrinos.

Capítulo 5

El Voto de Sacrificar un Hijo

ABD al-Muttalib era respetado por el Quraysh por su generosidad, su veracidad y su sabiduría. Era también un hombre de buena presencia, con un aspecto que imponía. Otra razón por la que debía considerarse afortunado era su riqueza. Ahora todo esto se veía coronado por el honor de ser el instrumento elegido a través del cual Zamzam había sido recuperado. Estaba profundamente agradecido a Dios por estas bendiciones, sin embargo su alma aún estaba perturbada por pensamientos del momento en él que le habían dicho que dejase de cavar, cuando todo pareció pender de un hilo. Todo había salido bien, ¡alabado sea Dios!, pero nunca antes había sentido tan intensamente su pobreza -así le parecía a él- al tener un solo hijo. Su primo Umayyah, por ejemplo, cabeza del clan Abdu Shams, había sido bendecido con muchos hijos; y si el que cavaba hubiese sido Mugirah, el jefe de los Majzum, sus hijos podrían haber formado un círculo amplio y fuerte alrededor suyo. Pero él, aunque tenía más de una esposa, sólo tenía un hijo para apoyarle. Ya estaba medio resignado a ello; aun así, Dios, que le había dado Zamzam, podría también acrecentarlo en otros aspectos; y, estimulado por el favor que acababa de recibir, pidió á Dios que le concediese más hijos, añadiendo a su plegaria el voto de que si lo bendecía con diez hijos y permitía que todos ellos alcanzaran la edad viril le sacrificaría uno de ellos en la Kaabah.

Su plegaria tuvo respuesta: los años pasaron y le nacieron nueve hijos. Cuando hizo su voto, parecía que se refería a una posibilidad muy remota. Pero llegó el tiempo en que todos sus hijos fueron adultos excepto el más joven, Abdallah, y su voto comenzó a dominar sus pensamientos. Estaba orgulloso de todos sus hijos, aun no habiendo sentido nunca el mismo afecto por todos, y desde hacía mucho tiempo era obvio que al que más amaba era a Abdallah. Quizás Dios también prefería a este mismo hijo, al cual había dotado de singular belleza, y quizás Él lo elegiría para ser sacrificado. Como quiera que fuese, Abd al-Muttalib era un hombre de palabra. El pensamiento de romper un juramento no se le pasó por la cabeza. Era también un hombre de justicia, con un profundo sentido de la responsabilidad, lo que significaba que sabía qué responsabilidades había que evitar. Él no iba a cargar con el peso de decidir cuál de sus hijos habría de ser sacrificado; de modo que cuando ya no fue posible considerar por más tiempo a Abdallah como un muchacho imberbe, reunió a sus diez hijos, les contó el pacto que había hecho con Dios y les pidió que le ayudasen a cumplir su palabra. No tenían más elección que la de asentir; el voto de su padre era el de ellos: así pues le preguntaron qué tenían que hacer. Él les dijo entonces que cada uno hiciese su marca en una flecha. Mientras tanto, había hecho avisar al adivino oficial de flechas del Quraysh para que acudiera a la Kaabah. Llevó luego a sus hijos al Santuario y los condujo a la Casa Sagrada, donde le habló al adivino acerca de su voto. Cada hijo presentó su flecha. Abd al-Muttalib se colocó al lado de Hubal, sacó un gran cuchillo que había llevado consigo y rogó a Dios. Se echaron suertes, y salió la flecha de Abdallah. Su padre lo cogió de la mano y, con el cuchillo en la otra, se dirigió hacia la puerta con la intención de ir sin más demora al lugar de los sacrificios, como si temiera darse tiempo para pensar.

Pero Abd ai-Muttalib no había contado con las mujeres de su casa ni con Fatimah, la madre de Abdallah. Sus restantes esposas procedían de tribus lejanas y tenían una influencia relativamente pequeña en la Meca. Fatimah, al contrario, era una mujer del Quraysh, del poderoso clan de Majzum y, al mismo tiempo, por parte de madre descendía de Abd, uno de los hijos de Qusayy. Toda la familia estaba a mano, al alcance, dispuesta

a ayudarla si fuera necesario. Tres de los diez hijos eran suyos: Zubayr, Abu Talib y Abdallah. También era madre de cinco hijas de Abd al-Muttalib, que querían con devoción a sus hermanos. Estas mujeres no habían permanecido ociosas, y, sin duda, las otras esposas habían buscado la ayuda de Fatimah a la vista del peligro que pendía sobre las cabezas de los diez hijos, uno de los cuales poseía la flecha del sacrificio.

Para cuando se hubo echado a suertes, una gran concurrencia se había reunido en el patio del Santuario. Cuando Abd al-Muttalib y Abdallah aparecieron en el umbral de la Kaabah, ambos tan pálidos como la muerte, se levantó un murmullo entre los majzumíes, pues comprendieron que la supuesta víctima era uno de los hijos de su hermana. "¿Para qué ese cuchillo?" gritó una voz, y otras repitieron la pregunta, aunque todos sabían cuál era la respuesta. Abd al-Muttalib comenzó a contarles su voto, pero fue interrumpido por Mugirah, el jefe del Majzum: "No lo sacrificarás; sino que en su lugar ofrecerás un sacrificio,. y, aunque su rescate fuese todas las propiedades de los hijos de Majzum, lo redimiremos." Para aquel entonces los hermanos de Abdallah habían salido de la Casa Sagrada. Ninguno de ellos había hablado, pero ahora se volvieron hacía su padre y le rogaron que dejase vivo a su hermano y que ofreciese cualquier otro sacrificio como expiación. Ninguno entre los presentes se abstuvo de intervenir. Abd al-Muttalib anhelaba que le convenciesen aunque, por otra parte, estaba lleno de escrúpulos. Finalmente, sin embargo, accedió a consultar a cierta mujer sabia de Yathrib que podía decirle si en este caso era posible una expiación y, de serlo, cómo habría de hacerse.

Llevando consigo a Abdallah y a uno o dos hijos más, Abd al-Muttalib se encaminó a su país natal, donde se enteró de que la mujer se había ido a Jaybar, una rica colonia judía en ~n fértil valle a casi cien millas al norte de Yathrib. En consecuencia, continuó su viaje, y cuando encontraron a la mujer y le contaron los hechos ella prometió consultar a su espíritu familiar y les ordenó que volviesen al día siguiente. Abd al-Muttalib rogó a Dios. A la mañana siguiente la mujer dijo: "Me ha venido un mensaje. ¿Cuál es la reparación de sangre entre vosotros?" Le contestaron que era de diez camellos. "Volved a vuestro país", dijo ella, "y poned a vuestro hombre con diez camellos al lado y echad suertes entre ellos. Si la flecha cae contra vuestro hombre, añadid más camellos y echad suertes de nuevo; si fuera necesario, añadid más camellos, hasta que vuestro Señor los acepte y la flecha caiga contra ellos. Luego, sacrificad los camellos y dejad vivir al hombre."

Volvieron a la Meca sin dilación y condujeron solemnemente a Abdallah, junto con diez camellos, al patio de la Kaabah. Abd al-Muttalib entró en la Casa Sagrada y, colocándose al lado de Hubal, pidió a Dios que aceptase lo que estaban haciendo. Luego, echaron suertes, y la flecha cayó contra Abdallah. Se añadieron otros diez camellos, pero de nuevo las flechas dijeron que los camellos debían vivir y el hombre morir. Siguieron añadiendo camellos; diez cada vez, y echando suertes con el mismo resultado, hasta que el número de camellos alcanzó la centena. Sólo entonces la flecha cayó contra ellos. Pero Abd al-Muttalib era sumamente escrupuloso; la evidencia de una flecha no era para él suficiente para decidir un asunto de tal envergadura. Insistió en que debían echar suertes una segunda y una tercera vez, lo cual hicieron, y en cada ocasión la flecha cayó contra los camellos. Al final tuvo la certeza de que Dios había aceptado su expiación, y los camellos fueron debidamente sacrificados.

Capítulo 6

La necesidad de un Profeta

ABD al-Muttalib no oraba a Hubal. Siempre oró a *Allah.* Pero el ídolo moabí había estado durante generaciones en el interior de la Casa de Dios y para el Quraysh se había convertido en una especie de personificación de la *barakah,* es decir, la bendición, la influencia espiritual, que impregnaba al mayor de todos los Santuarios. Había por toda Arabia otros santuarios menores y, de éstos, Tos más importantes del Hiyaz eran los templos de las "tres hijas de Dios", como las llamaban algunos de sus adoradores: Al-Lat, al-Uzzah y Manat. Desde muy pequeño, al igual que el resto de los árabes de Yathrib, Abd al-Muttalib había sido educado en la adoración de Manat, cuyo templo se encontraba en Qudayd, junto al Mar Rojo, casi en línea recta al oeste del oasis. Más importante para el Quraysh era el santuario de al-Uzzah en el valle de Najlah, a una jornada a camello al sur de la Meca. Otra jornada de viaje en la misma dirección llevaba al devoto a Taif, una ciudad amurallada que se levantaba en una exuberante meseta verde y que estaba habitada por Thaqif, una rama de la gran tribu árabe de Hawazin. Al-Lat era la "dama de Taif", y su ídolo se albergaba en un rico templo. Como guardianes de éste, a los Thaqif les gustaba considerarse el equivalente del Quarysh, y entre los qurayshíes llegó a ser normal hablar de "las dos ciudades" al referirse a la Meca y Taif.

A pesar del clima maravilloso y de la fertilidad del "Jardín del Hiyaz", como Taif era llamada, sus gentes no estaban exentas de celos del árido valle ubicado hacia el norte, ya que eran plenamente conscientes de que, por mucho que pudieran fomentar su templo, nunca podría compararse éste con la Casa de Dios. Tampoco es que desearan que fuese de otra manera -ellos también descendían de Ismael y tenían raíces en la Meca-; pero sus sentimientos hacia ella eran contradictorios. El Quraysh, por otra parte, no tenía envidia de nadie. Sabían que vivían en el centro del mundo y que en medio de ellos tenían un imán capaz de atraer peregrinos desde los cuatro puntos cardinales. Era asunto suyo el no hacer nada que pudiera socavar las buenas relaciones que se habían establecido entre ellos y las tribus distantes.

El cargo de Abd al-Muttalib como anfitrión de los peregrinos de la Kaabah le hizo profundamente consciente de estas cosas. Su función, intertribal, era compartida en cierto modo por todo el Quraysh. Había que hacer sentir a los peregrinos que estaban en su casa, y el darles la bienvenida significaba dar la bienvenida a los dioses que adoraban y no dejar de honrar nunca a los ídolos que traían consigo. La justificación y la autoridad para aceptar a los ídolos y creer en su eficacia era la de la tradición: sus padres y sus abuelos y sus bisabuelos había obrado así. Sin embargo, para Abd al-Muttalib, Dios era la gran realidad, por lo cual, sin duda, se hallaba más cerca de la religión de Abraham que la mayoría de sus contemporáneos del Quraysh y Hawazin, de Juzaah y otras tribus árabes.

Había -y siempre había habido unos pocos que conservaban la adoración abrahámica en toda su pureza. Sólo ellos comprendían que, lejos de ser algo tradicional, la idolatría era una innovación, -un peligro del que había que guardarse. Solamente se necesitaba tener una visión histórica un poco amplia para ver que Hubal no era mejor que el becerro de oro de los hijos de Israel. Estos "hunafa",[1] como a sí mismos se llamaban, no querían tener nada que ver con los ídolos, cuya presencia en la Meca la consideraban una profanación y una corrupción. Su rechazo a comprometerse y su frecuente forma de hablar sin pelos en la lengua les relegó al margen de la sociedad mequí, donde eran respetados, tolerados o maltratados, en parte según sus personalidades y, en parte, según sus clanes

estuvieran o no dispuestos a protegerlos.

Abd al-Muttalib conoció a cuatro hunafa. Uno de los más respetados de ellos, de nombre Waraqah, era el hijo de su primo segundo Nawfal,[2] del clan de Asad. Waraqah se había hecho cristiano, y entre los cristianos de aquellos lugares existía la creencia de que era inminente la llegada de un Profeta. Esta creencia quizá no estaba muy difundida, pero la mantenían uno o dos venerables dignatarios de las iglesias orientales y también los astrólogos y los adivinos. En cuanto a los judíos, para quienes semejante creencia era más fácil, ya que para ellos la línea de profetas solamente terminaba con el Mesías, se mostraban casi unánimes en su expectativa de un profeta. Sus rabinos y otros hombres sabios les aseguraban que estaba a punto de aparecer uno; ya se habían cumplido muchas de las señales vaticinadas de su advenimiento y sería, sin duda alguna, un judío, porque ellos eran el pueblo elegido. Los cristianos, entre ellos Waraqah, tenían sus dudas sobre esto; no encontraban la razón de que no pudiera ser un árabe. Los árabes tenían incluso mayor necesidad de un profeta que los judíos, ya que éstos, al menos, seguían la religión de Abraham -pues adoraban al Dios Uno y no tenían ídolos- y, por otra- parte, ¿quién sino un profeta podría conseguir que los árabes se desembarazaran de la adoración de los dioses falsos? En un extenso círculo alrededor de la Kaabah, a cierta distancia de ella, había 360 ídolos y, además, casi todas las casas de la Meca tenían su dios, un ídolo grande o pequeño que era el centro del hogar. Cuando un hombre marchaba de casa, especialmente si salía de viaje, lo último que hacía antes de partir era ir ante el ídolo y pasarle la mano para obtener bendiciones de él, y eso mismo era lo primero que hacía al regreso. Y la Meca no era excepción en cuanto a estas cosas, porque estas prácticas imperaban en toda Arabia. Ciertamente, existían algunas comunidades cristianas árabes bien arraigadas en el Sur, en Nachran y en el Yemen, así como en el norte cerca de la frontera con Siria; pero la última intervención de Dios, que había transformado el Mediterráneo y extensas áreas de Europa, en casi seiscientos años no había producido prácticamente ningún impacto en la sociedad pagana que se centraba en el santuario mequí. Los árabes de Hiyaz y de la gran llanura de Nach al oeste parecían impermeables al mensaje del Evangelio.

No es que el Quraysh y las otras tribus paganas fuesen hostiles al cristianismo. Los cristianos, a veces, venían a honrar el Santuario de Abraham y eran recibidos como los otros creyentes. Además, a un cristiano le habían permitido e incluso lo habían animado a pintar una imagen de la virgen María y del niño Jesús en un muro interior de la Kaabah, donde contrastaba marcadamente con las restantes pinturas.

Pero el Quraysh era, por lo general, insensible a este contraste: para ellos se trataba simplemente de aumentar la multitud de ídolos mediante otros dos; y era en parte su tolerancia lo que los hacía tan impenetrables.

A diferencia de la mayoría de los de su tribu, Waraqah sabía leer y había estudiado las escrituras y teología. En consecuencia, era capaz de ver que en una de las promesas de Cristo, generalmente interpretada por los cristianos como referente al milagro de Pentecostés, había sin embargo ciertos elementos que no cuadraban con ese milagro y que debían tomarse como referentes a otra cosa, algo que todavía no se había cumplido. Aun así, el lenguaje era críptico: cuál era el sentido de las palabras: *Él no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyera y os comunicará las cosas venideras.* (San Juan, 16:13).

Waraqah tenía una hermana llamada Qutaylah, con la que guardaba una relación muy íntima. A menudo le hablaba de estas cosas, y sus palabras habían causado tanta impresión en ella que con frecuencia le venían a la mente pensamientos sobre el Profeta esperado. ¿Sería posible que él ya estuviera entre ellos?

Una vez que el sacrificio de los camellos hubo sido aceptado, Abd al-Muttalib se decidió a

buscar una esposa para su hijo indultado. Después de algunas consideraciones, la elección recayó en Aminah, la hija de Wahb, un nieto de Zuhrah, el hermano de Qusayy.

Wahb había sido jefe de Zuhrah, pero había muerto unos años antes y ahora Aminah estaba bajo la tutela de su hermano Wuhayb, sucesor de su padre como jefe de clan. El mismo Wuhayb tenía también una hija casadera, Halah. Abd al-Muttalib, después de arreglar el matrimonio de su hijo con Aminah, pidió que Haíah le fuese concedida a él en matrimonio. Wuhayb aceptó, y se hicieron todos los preparativos para que la doble boda tuviese lugar al mismo tiempo. El día señalado, Abd al-Muttalib tomó a su hijo de la mano y salieron juntos en dirección a las casas de los Bani Zuhrah.[3] Por el camino tenían que pasar por las de los Bani Asad, y sucedió entonces que Qutaylah, la hermana de Waraqah, se encontraba en la entrada de su casa, quizás con la intención de observar lo que pudiera verse, ya que todos en la Meca estaban enterados de la gran boda que estaba a punto de celebrarse. Abd al-Muttalib tenía por aquel entonces más de setenta años, pero para su edad se conservaba todavía notablemente joven en todos los aspectos: y era sin duda una visión impresionante ver a los dos novios aproximarse lentamente con su gracia natural realzada por la solemnidad de la ocasión. Cuando se acercaron, los ojos de Qutaylah sólo fueron para el hombre más joven. Abdallah era, por belleza, el José de su tiempo. Ni tan siquiera los más ancianos Quraysh recordaban haber visto un hombre semejante. Se encontraba ahora, con sus veinticinco años, en la flor de la juventud. Qutaylah quedó impresionada sobre todo -como lo había estado en otras ocasiones, pero nunca tanto como ahora- por el resplandor que iluminaba su rostro y que a ella le parecía que brillaba desde más allá de este mundo. ¿Sería que Abdallah era el Profeta esperado? ¿O estaba destinado a ser el padre del Profeta?

Acababan de pasar junto a ella y, vencida por un impulso repentino, dijo: "¡Oh, Abdallah!". Su padre lo soltó de la mano, como indicándole que hablase a su prima. Abdallah se volvió hacia ella, y ella le preguntó a dónde iba. "Con mi padre", dijo él escuetamente, no sin reticencia, ya que estaba seguro de que ella tenía que saber que se dirigía a su boda. "Tómame aquí y ahora como tu esposa", dijo ella, "y tendrás tantos camellos como cuantos se sacrificaron en tu lugar." "Estoy con mi padre", respondió él. "No puedo actuar contra sus deseos, y no puedo dejarlo." (1.1.100).

Los matrimonios tuvieron lugar según lo establecido, y durante unos días las dos parejas permanecieron en la casa de Wuhayb. Durante ese tiempo, Abdallah fue a traer alguna cosa de su casa y de nuevo se encontró con Qutaylah, la hermana de Waraqah. Los ojos de la joven escudriñaron su cara con tal afán que él se detuvo junto a ella, esperando que hablase. Como permaneciera callada, le preguntó por qué no le decía lo que le había dicho el día anterior. Ella le respondió, diciendo: "La luz que ayer estaba contigo te ha abandonado. Hoy no podrías satisfacer la necesidad que tenía de ti." (1.1. 101).

El año del matrimonio fue el 569 de la era cristiana. El siguiente a éste, conocido como el Año del Elefante, fue trascendental por más de un motivo.

Capítulo 7

El año del elefante

EN aquel tiempo el Yemen se encontraba bajo el gobierno de Abisiy el virrey era un abisinio llamado Abrahah. En Saná levantó una catedral magnífica con la esperanza de que reemplazara a la Meca como el gran lugar de peregrinación para toda Arabia. Para su construcción hizo traer mármol de uno de los palacios abandonados de la Reina de Saba, colocó cruces de oro y plata y púlpitos de marfil y ébano, y escribió a su señor, el Negus: "He construido una iglesia para ti, oh Rey, como jamás antes fue erigida otra para ningún rey, y no descansaré hasta que haya desviado hacia ella la peregrinación de los árabes." Tampoco hizo de su intención un secreto, lo cual provocó gran ira entre las tribus de Hiyaz y Nachd. Finalmente, un hombre de Kinanah, una tribu relacionada con el Quraysh, fue a Saná con el propósito deliberado de profanar la iglesia, lo que hizo una noche, volviéndose luego sin novedad con su gente.

Cuando Abrahah se enteró, juró que como venganza arrasaría la Kaabah. Después de hechos los preparativos, se puso en marcha hacia la Meca con un gran ejército en cuya vanguardia colocó a un elefante. Algunas tribus árabes del norte de Saná intentaron impedir su avance, pero los abisinios los pusieron en fuga y se apoderaron de su jefe, Nufayl, de la tribu de Jatham. Como rescate por su vida se ofreció a actuar como guía.

Cuando el ejército alcanzó Taif, los hombres de Thaqif salieron a recibirlos, temerosos de que Abrahah pudiera destruir su templo de al-Lat confundiéndolo con la Kaabah. Se apresuraron a señalarle que todavía no había llegado a su meta y le ofrecieron un guía para lo que restaba de marcha. Aunque ya contaba con Nufayl, aceptó su oferta, pero el hombre murió durante el camino, a unas dos millas de la Meca, en un lugar llamado Mugammis, y allí lo enterraron. Más adelante a los árabes les dio por lapidar su tumba, y todavía hoy las gentes que allí viven le siguen arrojando piedras.

Abraham se detuvo en Mugammis y envió un destacamento de jinetes a las afueras de la Meca. Durante el camino se apoderaron de cuanto pudieron y enviaron el botín a Abrahah, que incluía doscientos camellos propiedad de Abd al-Muttalib. El Quraysh y otras tribus vecinas celebraron un consejo de guerra y decidieron que era inútil intentar oponer resistencia al enemigo. Mientras tanto, Abrahah envió un mensajero a la Meca con la orden de preguntar por el principal hombre de allí. Tenía que decirle que no habían venido a combatir sino sólo a destruir el templo, y si deseaba evitar cualquier derramamiento de sangre tendría que acudir al campamento de los abisinios.

El Quraysh no había contado con un jefe oficial desde la época en que se habían dividido sus privilegios y responsabilidades entre las casas de Abd ad-Dar y Abdu Manaf. Pero la mayoría de la gente tenía su opinión acerca de cuál de los jefes de los clanes era de hecho, si no de derecho, el hombre más destacado de la Meca. En esta ocasión dirigieron al mensajero a la casa de Abd al-Muttalib quien, junto con uno de sus hijos, se volvió con el emisario hacia el campamento. Cuando Abrahah lo vio quedó tan impresionado por su aspecto que se levantó de su asiento real para saludarlo, luego se sentó junto a él en la alfombra y le dijo al intérprete que le preguntase si quería pedir algún favor. Abd al-Muttalib respondió que el ejército se había apropiado de doscientos de sus camellos y pidió que le fuesen devueltos. Abrahah quedó un tanto sorprendido por esta petición y dijo que le había decepcionado que pensase en sus camellos antes que en su religión, la cual habían venido a destruir. Abd al-Muttalib respondió: "Yo soy el señor de los camellos, y el

templo igualmente tiene un señor que lo defenderá." "No puede defenderlo contra mí", dijo Abrahah. "Veremos", respondió Abd al-Muttalib. "Pero dadme mis camellos." Y Abrahah dio órdenes para que se los devolvieran.

Abd al-Muttalib se volvió al Quraysh y les aconsejó que se retirasen a las colinas que dominaban la ciudad. Luego, él se fue con algunos miembros de la familia y otra gente al Santuario. Se pusieron a su lado, pidiendo a Dios para que los ayudase contra Abrahah y su ejército, y él agarró el anillo metálico colocado en el centro de la puerta de la Kaabah y dijo: "¡Oh, Dios! ¡Vuestro esclavo protegió su casa, proteged Vos Vuestra Casa!" Después de haber orado de esta manera se fue con los otros a unirse al resto de Quraysh en las colinas, en puntos desde donde podían ver lo que sucedía abajo en el valle.

A la mañana siguiente, Abrahah se dispuso a entrar en la ciudad con la intención de destruir la Kaabah y luego volverse a Saná por el mismo camino por donde habían venido. El elefante, ricamente enjaezado, fue conducido al frente del ejército, que ya estaba ordenado para el combate; cuando el poderoso animal llegó a su posición su guardián Unays lo puso en la misma dirección hacia donde estaba dispuesta la tropa, es decir, hacia la Meca. Pero Nufayl, el guía forzoso, había marchado durante la mayor parte del camino en la vanguardia del ejército con Unays y de éste había aprendido algunas de las palabras de mando que comprendía el elefante; y mientras la cabeza de Unays se volvió para observar la señal de avance, Nufayl agarró la gran oreja del elefante y le transmitió con voz apagada pero enérgica la orden de arrodillarse. Acto seguido, para sorpresa y consternación de Abrahah y el ejército, el elefante, lenta y pausadamente, se arrodilló sobre el suelo. Unays le ordenó levantarse, pero la palabra de Nufayl había coincidido con una orden más imperiosa que la de cualquier hombre, y el elefante no quiso moverse. Hicieron cuanto pudieron para que se incorporara; incluso le golpearon en la cabeza con barras de hierro y le pincharon en el vientre con ganchos de hierro, pero él permaneció como una roca. Entonces intentaron la estratagema de hacer que todo el ejército diese la vuelta y marchase algunos pasos en dirección al Yemen. El elefante se levantó de inmediato, se dio la vuelta y los siguió. Esperanzados, volvieron a dar la vuelta, y el elefante también la dio, pero tan pronto como estuvo mirando hacia la Meca se arrodilló de nuevo.

Era el más claro de los portentos que no diese ni un sólo paso más adelante, pero Abrahah estaba cegado por su ambición personal hacia el santuario que había construido y por su determinación de destruir a su gran rival. Si entonces se hubiesen dado la vuelta, quizá habrían escapado todos del desastre. Pero, de improviso, fue demasiado tarde: por occidente el cielo se ennegreció y se escuchó un extraño sonido, su volumen aumentó a medida que una gran ola de oscuridad procedente de la dirección del mar los envolvía, y el cielo sobre sus cabezas, hasta donde alcanzaba la vista, se llenó de aves. Los sobrevivientes dijeron que volaban de forma parecida a los vencejos, y que cada ave llevaba tres guijarros del tamaño de guisantes secos, uno en el pico y otro entre las garras de cada pata. Se lanzaron de aquí para allá sobre las filas, arrojando a la vez los guijarros, y éstos eran tan duros y caían con tanta velocidad que perforaban incluso las cotas de malla. Cada piedra dio en su blanco y mató a su hombre, porque en cuanto el cuerpo recibía el golpe sus carnes comenzaban a pudrirse rápidamente, en algunos casos, y con mayor lentitud en otros. No hubo ningún herido, y entre los que vieron su vida perdonada se contaron Unays y el elefante; pero todos fueron presa del terror. Unos pocos se quedaron en el Hiyaz y se ganaron la vida con el pastoreo o con otros trabajos. Pero la mayoría del ejército volvió en desorden a Saná. Muchos murieron por el camino y muchos otros, incluido Abrahah, fallecieron poco después de regresar. En cuanto a Nufayl, había abandonado subrepticiamente el ejército cuando el elefante se convirtió en el centro de la atención de todos, alcanzando sin contratiempos las colinas que dominan la Meca.

Después de ese día el Quraysh fue llamado por los árabes "el pueblo de Dios", y se les

tuvo en un respeto aún mayor que antes, porque Dios había respondido a sus plegarias y salvado a la Kaabah de la destrucción. Todavía hoy se les honra, pero más bien a causa de un segundo acontecimiento -sin duda desconectado del primero que tuvo lugar en el mismo año del elefante.

Abdallah, el hijo de Abd al-Muttalib, no se encontraba en la Meca cuando sucedió el milagro de las aves. Se había ido para comerciar a Palestina y Siria con una de las caravanas; de regreso al hogar se había alojado con la familia de su abuela en Yathrib, y allí había enfermado. La caravana prosiguió sin él hacia la Meca; cuando Abd al-Muttalib se enteró envió a Harith para que acompañase a su hermano en su retorno tan pronto estuviese suficientemente bien para viajar. Sin embargo, cuando Harith llegó a la casa de sus primos sus saludos encontraron respuestas de condolencia, y al instante comprendió que su hermano había fallecido.

Grande fue la aflicción en la Meca cuando Harith volvió. El único consuelo de Aminah era el hijo que estaba esperando de su marido ahora fallecido, y su alivio fue mayor a medida que se fue acercando el momento del parto. Era consciente de una luz en su interior, y un día brilló desde ella con tan gran resplandor que pudo ver los castillos de Bostra en Siria. Y oyó una voz que le decía: "En tu seno llevas al señor de este pueblo, y cuando nazca di: Lo pongo bajo la protección del Uno, contra el mal de los que envidian. Luego, ponle por nombre Muhammad." (1.1.102).

Unas semanas más tarde nació el niño. Aminah se encontraba en casa de su tío y envió un mensaje a Abd al-Muttalib pidiéndole que fuese a ver a su nieto. Abd al-Muttalib tomó al pequeño en sus brazos y lo llevó al Santuario y al interior de la Casa Sagrada, donde pronunció una plegaria de agradecimiento a Dios por el don recibido. Luego lo llevó de nuevo con su madre, y de camino se lo mostró a los miembros de su propia casa. Él mismo habría de tener poco después otro hijo de Halah, la prima de Aminah. En aquel momento su hijo más pequeño era Abbas, de tres años, que lo recibió a la puerta de su casa. "Éste es tu hermano; bésalo", dijo, presentándole al recién nacido, y Abbas lo besó.

Capítulo 8

El desierto

ERA costumbre de todas las grandes familias de las ciudades árabes enviar a sus hijos, poco después del nacimiento, al desierto, para que fuesen amamantados y destetados y pasasen parte de su infancia entre una de las tribus beduinas. La Meca no tenía ningún motivo para ser la excepción, pues las epidemias no eran infrecuentes y el porcentaje de mortalidad infantil era elevado. De cualquier modo, no sólo el aire puro del desierto era lo que deseaban que sus hijos absorbiesen. Eso, para los cuerpos; pero el desierto también tenía su obsequio para las almas. Hacía poco que el Quraysh se habían dado a la vida sedentaria. Hasta que Qusayy les dijo que se construyesen casas alrededor del Santuario habían sido en mayor o menor medida nómadas. Los asentamientos permanentes, quizás inevitables, representaban un peligro. La forma de vida de sus antepasados había sido la más noble, la de los moradores de tiendas frecuentemente en movimiento. Nobleza y libertad eran indisociables; y el nómada, libre. En el desierto un hombre se sentía consciente de ser el señor del espacio y, en virtud de ese señorío, escapaba en cierto modo del dominio del tiempo. Al levantar el campamento se desprendía de su pasado y el mañana parecía tener una menor fatalidad si su dónde y su cuándo estaban aún por venir. El habitante de la ciudad, sin embargo, era un prisionero; estar establecido en un lugar -ayer, hoy, mañana- era se~ un bl~nco para el tiempo, el destructor de todas las cosas. Las ciudades eran centros de corrupción. A la sombra de sus muros la pereza y la dejadez estaban al acecho prestas para embotar la atención y la vigilancia del hombre. Todo decaía allí, incluso el lenguaje, una de las más preciosas posesiones del hombre. Pocos árabes sabían leer; aun así, la belleza del habla se consideraba como una virtud que todos los padres árabes deseaban para sus hijos. La valía de un hombre se juzgaba en gran parte por su elocuencia, y la corona de la elocuencia era la poesía. Tener un gran poeta en la familia era algo de lo ciertamente había que enorgullecerse, y los mejores poetas procedían casi siempre de una u otra de las tribus del desierto, porque era en el desierto donde la lengua hablada estaba más próxima a la poesía.

Así pues, en cada generación había que renovar el vínculo con el desierto -aire puro para el pecho, árabe puro para la lengua, libertad para el alma- y muchos de los hijos de los qurayshíes permanecían hasta ocho años en el desierto para que pudiera dejar en ellos una impronta duradera, aunque un número menor de años resultaba suficiente para esto.

Algunas de las tribus tenían gran reputación por la lactancia y crianza de niños. Entre ellas se encontraba la de los Bani Sad ibn Bakr, una rama distante de los Hawazin, cuyo territorio se extendía al sureste de la Meca. Aminah era partidaria de confiar su hijo al cuidado de una mujer de esa tribu. Venían periódicamente al Quraysh por niños a los que criar y para dentro de poco se esperaba la llegada de algunas. Su viaje a la Meca en esta ocasión sería descrito años después por una de ellas, Halimah, la hija de Abu Dhuayb, que iba acompañada por su marido, Harith, y por un hijo que acababan de tener y al cual estaba criando. "Fue un año de sequia diría ella años más tarde, "y no nos quedaba nada. Me puse en camino en una asna gris de mi propiedad y llevábamos con nosotros una vieja camella incapaz de dar una sola gota de leche. Toda la noche nos mantuvimos despiertos por los gemidos de nuestro hijo a causa del hambre, porque mis pechos no tenían suficiente para alimentarlo y mi asna estaba tan débil, tan escuálida, que a menudo me tenían que esperar los otros."

Contó cómo prosiguieron el viaje con la única espéranza de la lluvia, que haría posible

que la camella y la asna pastasen lo suficiente y sus ubres se hincharan un poco. Sin embargo, para cuando llegaron a la Meca no había caído ni una gota de lluvia. Una vez allí, se pusieron a buscar niños que les fueran confiados. Aminah ofreció su hijo, primero a una y luego a otra, hasta que finalmente hubo probado con todas y todas habían rehusado. "Eso", dijo Halimah, "era porque esperábamos algún favor del padre del niño." "¡Un huérfano!" decíamos. "¿Qué podrán hacer por nosotros su madre y su abuelo?" No es que quisieran un pago directo por sus servicios, pues se consideraba deshonroso que una mujer tomase cierta cantidad de dinero por amamantar a un niño. La recompensa que esperaban, aunque menos directa y menos inmediata, era de un alcance mayor. Este intercambio de beneficios entre ciudadanos y nómadas se hallaba más que nada en la naturaleza de las cosas; cada uno era rico donde el otro era pobre y viceversa. El nómada tenía para ofrecer su antiquísima forma de vida, heredada de Dios por medio de la~ vía de Abel. Los hijos de Cain -porque fue Cain quien levantó los primeros pueblos- tenían posesiones y poder. Para el beduino, la ventaja consistía en establecer un lazo duradero con una de las grandes familias. El ama~de leche ganaba un nuevo hijo que la~ consideraría como una segunda madre y sentiría hacia ella durante el resto de su vida un deber filial. También se sentía hermano de los hijos de la mujer. Y la relación no era simplemente nominal. Los árabes consideran que el pecho es uno de los conductos de la herencia y que el que mama absorbe en su naturaleza cualidades de la nodriza que lo amamanta. Poco o nada podía esperarse del niño adoptivo hasta que se hiciera adulto, y mientras tanto podía confiarse en que el padre cumpliese los deberes del hijo. Un abuelo era demasiado distante, y en este caso habrían sabido que Abd al-Muttalib era ya un hombre anciano del que, con toda razón, no era de esperar que fuese a vivir mucho más tiempo. Cuando muriese, sus hijos y no su nieto serían sus herederos. En cuanto a Aminah, era pobre; y por lo que al niño se refería, su padre había sido demasiado joven para haber adquirido riqueza. Había dejado a su hijo poco más de cinco camellos, un pequeño rebaño de ovejas y cabras y una esclava. El hijo de Abdallah era ciertamente vástago de una de las grandes familias; pero también, con mucho, el más pobre de los niños que aquel año ofrecieron a esas mujeres.

Por otro lado, aunque los padres adoptivos no tenían por qué ser ricos, no debían ser sumamente menesterosos, y era evidente que Halimah y su marido eran más pobres que cualquiera de sus compañeros. Siempre que se dio la posibilidad de elegir entre ella y otra, fue la otra la preferida y elegida, y no pasó mucho tiempo antes de que a todas las mujeres de los Bani Sad, excepto Halimah, les hubiese sido confiado un niño. Solamente la~ nodriza más pobre no tenía niño y solamente el niño más pobre estaba sin nodriza.

"Cuando decidimos abandonar la Meca", cuenta Halimah, "le dije a mi marido: «Me molesta volver en compañía de mis amigas sin haber tomado un niño para criar. Iré a ver ese huérfano y me lo llevaré.» «Como tú quieras», dijo él.« Puede que Dios nos bendiga en él.» Así pues, fui y lo tomé, por ninguna razón más que porque no pude encontrar otro salvo éste. Volví con el niño adonde estaban nuestras monturas, y, tan pronto como lo puse en mi regazo mis pechos rebosaron de leche para él. Tragó hasta quedar satisfecho y, junto con él, su hermano adoptivo se alimentó también hasta llenarse. Luego ambos se quedaron dormidos. Entonces, mi marido se acercó a nuestra vieja camella y ¡mi~gro! sus ubres estaban llenas. La ordeñó y bebió de su leche y yo bebí también hasta que n9 pudimos beber más y nuestra hambre quedó saciada. Pasamos la mejor de las noches y por la mañana me dijo mi marido: «¡Por Dios!, Halimah, la que tú has tomado es una criatura bendita.» «Ciertamente ésa es mi esperanza», dije yo. Luego partimos, y yo montaba mi asna llevando al niño conmigo sobre el lomo del animal. Éste dejó atrás a todo el grupo, no pudiendo ninguno de sus asnos seguir su paso. «¡Maldita seas!», me decían, «¡Espéranos! ¿no es este asno el mismo en el que viniste?» «Sí, ¡por Dios!, ciertamente es el mismo.» «Le ha acontecido algún portento», decían."

"Llegamos a nuestras tiendas en el país de los Baní Sad; yo no conozco en esta tierra de Dios ningún lugar tan árido como aquél lo era entonces. Sin embargo, después de traer al

niño a vivir con nosotros mi rebaño regresaba todos los días a casa, al caer la tarde, repleto y lleno de leche. Lo ordeñábamos y bebíamos, cuando otros no tenían ni una gota de leche, y nuestro vecinos decían a sus pastores: «¡Por Dios!, llevad vuestros rebaños a pastar donde él lleva el suyo», refiriéndose a mi pastor. Pero sus rebaños volvían a casa hambrientos, y no daban leche, mientras que el mío volvía bien cebado y con leche en abundancia. No dejamos de disfrutar de este aumento y de esta liberalidad de Dios hasta que el niño tuvo dos años y lo desteté.»" (1.1. 105).

"Crecía bien," continuó diciendo ella, "ninguno de los otros niños se le podía comparar en crecimiento. Para cuando tuvo dos años era un niño bien constituido y se lo llevamos de nuevo a su madre, aunque anhelábamos que permaneciera con nosotros por las bendiciones que nos aportaba. Así pues, le dije a ella: «Deja al pequeño conmigo hasta que esté más robusto, porque temo que le pueda atacar la plaga de la Meca.» Y la importunamos hasta que una vez más lo entregó a nuestro cuidado y nos lo llevamos de nuevo a casa.

"Un día, varios meses después de nuestro regreso, cuando él y su hermano estaban con algunos de nuestros corderos detrás de las tiendas, su hermano vino a nosotros corriendo y dijo: «¡Mi hermano qurayshí! dos hombres vestidos de blanco se lo han llevado, lo han tumbado, le han abierto el pecho y están hurgando en él con sus manos.» Su padre y yo fuimos donde estaban y lo encontramos de pie, pero su cara estaba muy pálida. Lo atrajimos hacia nosotros y dijimos: «¿Qué te sucede, hijo mío?» Él respondió:

«Dos hombres vestidos de blanco se acercaron a mí, me tumbarQn y abrieron mi pecho para buscar no sé qué.»" (1.1.105).

Halimah y Harith, su marido, miraron por todos sitios, pero no había señal alguna de los hombres, como tampoco sangre o herida que corroborase lo que los dos niños habían dicho. Por muchas preguntas que les hiciesen no se retractarían de sus palabras ni las modificarían en ningún punto. Aún más: no había ni siquiera el rastro de una cicatriz en el pecho de su hijo adoptivo ni defecto alguno en su perfecto cuerpecito. El único rasgo algo insólito estaba en medio de su espalda, entre Tos dos hombros: una marca oval pequeña pero inequívoca en la que la carne era ligeramente protuberante, como si hubiese sido producida por una ventosa; pero la tenía desde su nacimiento.

En años posteriores describiría el acontecimiento más detalladamente:

Vinieron hacia mí dos hombres vestidos de blanco, con una jofaina de oro lena de nieve. Entonces me tendieron, y abriéndome el pecho me sacaron 1 corazón. Igualmente, lo hendieron y extrajeron de él un coágulo negro que arrojaron Tejos. Luego lavaron mi corazón y mi pecho con la nieve." (I.S.I/1, 96). También dijo: "Satán toca a todos los hijos de Adán el día en que sus madres los paren, salvo a María y su hijo." (B. LX, 54).

Capítulo 9

Dos aflicciones

HALIMAH y Harith estaban convencidos de que los niños habían dicho la verdad; por ello se encontraban sumamente perturbados.

Harith temía que su hijo adoptivo hubiera sido poseído por un espíritu maléfico o alcanzado por algún hechizo, y le dijo a su esposa que debían llevárselo a su madre sin pérdida de tiempo, antes de que él daño que había sufrido se hiciese patente. En consecuencia, Halimah lo llevó una vez más a la Meca, sin intención de decir nada sobre la verdadera razón de su cambio de idea. Pero el cambio era demasiado brusco y Aminah, para no sér engañada, al fin la obligó a contar toda la historia. Después de oírla, disipó los temorés de Halimah diciendo: "Grandes cosas le aguardan a mi hijito." Luego le habló de su embarazo y de la luz que había tenido conciencia de llevar en su interior. Halimah se tranquilizó; aun así, Aminah decidió esta vez quedarse con su hijo. "Déjalo conmigo," dijo, "y que tengas buen viaje de regreso.

El niño vivió feliz en la Meca con su madre durante unos tres años, ganándose el cariño de su abuelo, de sus tíos y tías y de los muchos primos con los que jugaba. Particularmente queridos le eran Hamzah y Safiyyah, los hijos del último matrimonio de Abd al-Muttalib, que había tenido lugar el mismo día que el de los padres de Muhammad. Hamzah era de su misma edad; Safiyyah, un poco más pequeña -eran su tío y su tía por parte de padre y sus primos por parte de madre-, y entre los tres se forjó un fuerte y duradero vínculo.

Cuando tenía seis años su madre decidió llevarlo a visitar a los parientes de Yathrib. Se unieron a una de las caravanas que iban hacia el norte, cabalgando en dos camellos; Aminah, en uno de ellos, y él en el otro con su fiel esclava Barakah. En años posteriores contaría Muhammad cómo aprendió a nadar en una alberca que pertenecía a sus parientes jazrachíes con quienes se alojaban, y cómo los niños le enseñaron a lanzar la cometa. Poco después del iniciado viaje de vuelta Aminah cayó enferma y se vieron obligados a detenerse, dejando que la caravana continuase sin ellos. Unos días más tarde murió en Abwa -no lejos de Yathrib- y allí fue enterrada. Barakah hizo cuanto pudo para consolar al niño, ahora huérfano por partida doble, y en compañía de algunos viajeros lo llevó de nuevo a la Meca.

Su abuelo se hizo entonces cargo de él por completo, y pronto se pudo ver con claridad que su especial amor por Abdallah se había transferido al hijo de éste. A Abd al-Muttalib siempre le hacía feliz estar cerca de la Kaabah, como cuando había sido su costumbre dormir en el Hichr en la época en que le fue ordenado excavar. Así pues, su familia solía extenderle un lecho todos los días a la sombra de la Casa Sagrada, y, por respeto a su padre, ninguno de sus hijos, ni siquiera Hamzah, se aventuraba nunca a sentarse en él; pero su nietecillo no tenía escrúpulos, y cuando sus tíos le pedían que se sentara en otro sitio Abd al-Muttalib decía: "Dejad a mi hijo. Porque, por Dios, suyo es un gran futuro." Se sentaba a su lado en el lecho y le acariciaba la espalda y siempre le agradaba observar lo que hacia. Prácticamente todos los días se les podía ver juntos, cogidos de la mano, en la Kaabah o en otros lugares de la Meca. Abd al-Muttalib incluso llevaba a Muhammad consigo cuando asistía a la Asamblea, donde los principales hombres de la ciudad, cuarenta en total, se reunían para discutir sobre diversos asuntos, y el anciano de ochenta años no se abstenía de preguntar al muchacho, de siete, su opinión sobre esto o

aquello, y cuando sus compañeros dignatarios le preguntaban decía siempre: "Un gran futuro aguarda a mi hijo."

Dos años después de la muerte de su madre, el huérfano se vio afligido por la muerte del abuelo. Cuando estaba muriendo, Abd al-Muttalib confió su nieto a Abu Talib, que era hermano uterino del padre del chico, y Abu Talib prolongó el afecto y la bondad que su sobrino había recibido del anciano. En adelante fue uno de sus propios hijos, y su mujer Fatimah[1] hizo todo cuanto pudo por ser una madre para el niño.' Más tarde Muhammad solía decir de ella que habría dejado pasar hambre a sus propios hijos antes que a él.

Capítulo 10

Un pacto de caballería

LAS riquezas de Abd al-Muttalib habían menguado durante la última parte de su vida, y lo que dejó a su muerte apenas ascendía a una pequeña herencia para cada uno de sus hijos. Algunos de ellos, en especial Abd al-Uzzah, conocido como Abu Lahab, habían adquirido riquezas propias. Pero Abu Talib era pobre, y su sobrino se sentía obligado a hacer lo que podía para ganar su propio sustento, apacentando ovejas y cabras, principalmente, pasando así día tras día solo en las colinas que dominaban la Meca o en las vertientes de los valles que se extendían más allá. Pero su tío le llevaba a veces consigo en los viajes y en una ocasión, cuando Muhammad tenía unos nueve años, se fueron con una caravana de mercaderes hasta Siria. En Bostra, cerca de una de las paradas donde la caravana mequí se detenía siempre, existía una celda que había sido habitada por un monje cristiano generación tras generación. Cuando uno moría otro ocupaba su lugar y heredaba todo lo que había en la celda, incluidos algunos viejos manuscritos. Entre ellos, uno contenía la profecía del advenimiento de un Profeta a los árabes, y Bahira, el monje que entonces vivía en la celda, era conocedor del contenido de este libro, que le interesaba tanto más cuanto que, como Waraqah, él también sentía que la venida del Profeta se produciría en vida suya.

A menudo había visto aproximarse la caravana mequí y hacer alto no lejos de su celda, pero cuando en esta ocasión apareció ante su vista su atención quedó impresionada por algo que no se parecía a nada que hubiese visto con anterioridad: una pequeña nube a baja altura avanzaba lentamente por encima de sus cabezas, de forma que siempre estaba interpuesta entre el sol y uno o dos de los viajeros. Con gran interés observó cómo se acercaban. Su atención, de repente, se convirtió en asombro, porque en cuanto se detuvieron la nube dejó de moverse y permaneció parada sobre el árbol bajo el que se habían cobijado, mientras que el mismo árbol bajaba sus ramas sobre ellos para que pudiesen disfrutar de doble sombra. Bahira sabía que semejante portento, aun siendo modesto, encerraba un gran significado. Sólo podía explicarse por una gran presencia espiritual, e inmediatamente pensó en el anhelado Profeta. ¿Podría ser que por fin había llegado y se encontraba entre estos viajeros?

Hacía poco que la celda había sido abastecida de provisiones. Juntando, pues, todo lo que tenía, envió un mensaje a la caravana: "Hombres del Quraysh, he preparado alimentos para vosotros, y me gustaría que vinieseis conmigo todos, jóvenes y viejos, esclavos y libres." Así pues fueron a su celda, dejando a Muhammad al cuidado de los camellos y del equipaje, a pesar de lo que se les había dicho. Cuando se acercaban, Bahira escudriñó sus rostros uno por uno. No pudo advertir nada que se correspondiese con la descripción de su libro, ni parecía que hubiese entre ellos nadie que estuviera a la altura de la grandeza de los dos milagros. Quizás no habían venido todos. "¡Hombres del Quraysh!", dijo, "que ninguno de vosotros se quede en el campamento." "Nadie se ha quedado atrás," respondieron, "tan sólo un muchacho, el más joven de nosotros." "No le tratéis así," dijo Bahira, "decidle que venga y que esté presente con nosotros en esta comida." Abu Talib y los otros se reprocharon a sí mismos su desconsideración. "Ciertamente tenemos la culpa", dijo uno de ellos, "de que el hijo de Abdallah se haya quedado atrás, no habiéndolo traído con nosotros para compartir este banquete". Así pues fue a por él, lo abrazó y lo trajo para que se sentase con los demás.

Un sólo vistazo a la cara del niño le bastó a Bahira para tener la explicación de los

milagros y, al observarlo atentamente durante la comida, advirtió muchos rasgos tanto en la cara como en el cuerpo que concordaban con lo que figuraba en el libro. Así, cuando terminaron de comer, el monje se dirigió a su joven invitado y le preguntó acerca de su vida y de sus sueños, y sobre sus asuntos en general. Muhammad, por su parte, le habló con prontitud de todo esto, porque el hombre era venerable y las preguntas corteses y benévolas. Tampoco vaciló en quitarse el manto cuando finalmente el monje le rogó si podía ver su espalda. Aun ya estando seguro, Bahira se sintió ahora doblemente convencido: allí, entre los hombros, se encontraba la misma marca que esperaba ver: el sello de la profecía como se describía en su libro, en el mismo lugar. Se volvió Abu Talib: "¿Qué parentesco tiene este muchacho contigo?", dijo. "Es mi hijo", contestó Abu Talib. "No es tu hijo", dijo el monje: "No puede ser que el padre de este chico esté vivo." "Es el hijo de mi hermano", dijo Abu Talib. "Entonces, ¿qué hay de su padre?", preguntó el monje. "Murió", dijo el otro, "cuando el niño todavía estaba en el vientre de su madre." "Ésa es la verdad", dijo Bahira. "Llévate a vuestro país al hijo de tu hermano y guárdale de los judíos porque, por Dios, si lo ven y saben de él lo que yo sé tramarán contra él el mal. Grandes cosas aguardan a este sobrino tuyo."

Capítulo 11

El monje Bahira

CUANDO terminó sus negocios en Siria, Abu Talib regresó a la Meca con su sobrino, que continuó con su vida solitaria de antes. Sus tíos procuraron que Muhammad, al igual que Abbas y Hamzah, tuviese algún adiestramiento en el empleo de las armas de guerra. Hamzah estaba destinado claramente a ser un hombre de enorme estatura, dotado de gran fuerza física. Ya era un buen espadachín y un buen luchador. La estatura y la fuerza de Muhammad eran normales. Poseía una notable aptitud para el tiro con arco y prometía ser un excelente arquero, como sus grandes antepasados Abraham e Ismael. Una notable ventaja con la que contaba para esto era la agudeza de su visión: tenía fama de ser capaz de contar no menos de doce estrellas de la constelación de las Pléyades.

En aquellos años el Quraysh no estuvo envuelto en ninguna lucha, salvo un conflicto esporádico e intermitente que se conoció como la guerra lega, porque había comenzado en uno de los meses sagrados. Un libertino de la tribu de Kinanah había dado muerte a traición a un hombre de Amir, una de las tribus Hawazin del Nachd, y se había refugiado en la inexpugnable ciudad fortaleza de Jaybar. La secuencia de acontecimientos se desarrolló como era común en el desierto: el honor exigía venganza, por lo que la tribu del asesinado atacó a Kinanah, la tribu del asesino, y el Quraysh estuvo involucrado, más bien con poca gloria, como aliado de Kinanah. El conflicto se arrastró durante tres o cuatro años, en los cuales hubo sola mente cinco días de combate real. En aquel tiempo el cabeza del clan de Hashim era Zubayr, hermano uterino, como Abu Talib, del padre de Muhammad. Zubayr y Abu Talib llevaron a su sobrino consigo a una de las primeras batallas, pero dijeron que era demasiado joven para luchar. Se le permitió no obstante ayudar recogiendo las flechas enemigas que habían errado el blanco y dándoselas a sus tíos para que las volviesen a disparar. (I.H. 119). Pero en una de las batallas posteriores, en la que el Quraysh y sus aliados llevaron la peor parte, le permitieron que mostrase su destreza como arquero y hubieron de elogiarlo por su valor. (I.S. I/1, 81).

La guerra ayudó a avivar el creciente descontento que toda comunidad sedentaria tiende a sentir de la ley del desierto. La mayoría de los hombres principales del Quraysh habían viajado a Siria y habían visto por sí mismos la relativa justicia que prevalecía en el Imperio Bizantino. En Abisinia también era posible tener justicia sin recurrir a la lucha. Pero en Arabia no existía ningún sistema legal comparable por el que la víctima de un crimen o su familia pudiera obtener reparación; era pues natural que la guerra sacrílega, como otros conflictos anteriores, hiciese pensar a muchos en formas y medios para evitar la repetición de una situación semejante. Pero en esta ocasión el resultado fue algo más que simples pensamientos y palabras: por lo que al Quraysh se refería, había ahora una extendida buena disposición para pasar a la acción, y su sentido de justicia fue puesto a prueba por un incidente escandaloso que tuvo lugar en la Meca en las primeras semanas que siguieron a la conclusión de la guerra.

Un mercader del puerto yemení de Zabid había vendido algunos artículos de valor a un notable del clan de Sahm. Una vez que los géneros obraron en su poder, el sahmí se negó a pagar el precio convenido. El mercader agraviado, como su agraviante bien sabía, era un extraño en la Meca y en toda la ciudad no tenía confederado o patrón al que poder acudir en busca de ayuda. Aun así no estaba dispuesto a dejarse impresionar por la insolente confianza en sí mismo del otro hombre y, tomando posición en la ladera de Abu Qubays, apeló a todo el Quraysh con elocuencia ruidosa y vehemente para que se

ocupara de que se hiciera justicia. Los clanes que no tenían alianza tradicional con Sahm respondieron de forma inmediata. El Quraysh estaba resuelto a mantenerse unido por encima de todo, sin hacer caso del clan, pero dentro de esa unión todavía existía una conciencia aguda de la desavenencia que, sobre el legado de Qusayy, los había dividido en dos grupos: los Perfumados y los Confederados. Sahm era de los Confederados. Uno de los jefes del otro grupo y uno de los hombres más ricos de la Meca en aquella época era el jefe de Taym, Abdallah ibn Ayudan, quien ofreció entonces su gran casa como punto de reunión para todos los amantes de la justicia. De los Perfumados sólo estuvieron ausentes los clanes de Abdu Shams y Nawfal. Hashim, Muttalib, Zuhra, Asad y Taym estaban todos bien representados, y se les unió Adi, que había sido de los confederados. Habiendo decidido, después de una acalorada discusión, que era imperioso fundar una orden de caballería para el fomento de la justicia y la protección de los débiles, se fueron todos juntos a la Kaabah, donde derramaron agua sobre la Piedra Negra dejando que cayese en un recipiente. Entonces todos los hombres bebieron del agua así santificada y, con la mano derecha alzada por encima de las cabezas, juraron que en adelante, en todo acto de opresión que se cometiese en la Meca, se pondrían todos juntos como un solo hombre de parte del oprimido y contra el opresor hasta que se hiciera justicia, tanto si el oprimido era un hombre del Quraysh como si había venido de fuera. Los sahmíes, en consecuencia, fueron obligados a pagar su deuda, y ninguno de los clanes que no habían refrendado el pacto les ofreció ayuda.

Zubayr de Hashim, junto con el jefe de Taym, fue uno de los fundadores de esta orden y llevó consigo a su sobrino Muhammad, el cual tomo parte en el juramento y diría años más tarde: "Estuve presente en la casa de Abdallah ibn Yudan con motivo de un pacto tan excelente que no habría cambiado mi parte en él por un rebaño de camellos rojos. Y si ahora en el Islam, fuera incitado a tomar parte en él, lo haría con satisfacción (II 86). Otros de los presentes fueron el primo carnal del anfitrión, Abu Quhafah de Taym, junto con su hijo Abu Bakr, que era un año o dos más joven que Muhammad y que, con el tiempo, habría de convertirse en su amigo íntimo.

Capítulo 12

Asuntos de matrimonio

MUHAMMAD había sobrepasado ya su vigésimo año de vida y, a medida que el tiempo pasaba, recibía cada vez más invitaciones de sus parientes para unirse a ellos en sus viajes al exterior. Finalmente, llegó un día en que le pidieron que se hiciese cargo de los géneros de un mercader que estaba incapacitado para viajar, y su éxito en esta tarea lo llevó a otros compromisos similares. Estuvo así en disposición de ganarse un mejor sustento y el matrimonio se convirtió en una posibilidad.

Su tío y tutor Abu Talib tenía en aquel tiempo tres hijos: el mayor, Talib, de aproximadamente la misma edad que Muhammad; Aqil, de trece o catorce años, y Yafar, que era un niño de cuatro. A Muhammad le gustaban los niños, le agradaba jugar con ellos y le tomó un especial cariño a Yafar, que era un chiquillo hermoso e inteligente y que respondía al amor de su primo con una devoción que resultó ser duradera. Abu Talib también tenía hijas, una de ellas en edad casadera. Su nombre era Fatimah, más tarde llamada Umm Hani, nombre este por el que siempre se la conoce. Un gran afecto había crecido entre ella y Muhammad, que ahora pidió a su tío que le permitiese desposarla. Abu Talib, sin embargo, tenía otros planes para su hija: su primo Hubayrah, el hijo del hermano de su madre, del clan del Majzum, igualmente había pedido la mano de Umm Hani y Hubayrah no sólo era un hombre de cierto caudal sino que era también, como el mismo Abu Talib, un poeta de talento. Además, el poder del Majzum en la Meca iba en un aumento que era proporcional al declive del de Hashim; Abu Talib, pues, casó a Umm Hani con Hubayrah. Cuando su sobrino le reprochó levemente, tan sólo respondió: "Ellos nos han dado a sus hijas en matrimonio - sin duda refiriéndose a su propia madre - y un hombre generoso tiene que recompensar la generosidad." (I.S. VIII, 108). La respuesta era poco convincente puesto que Abd al-Muttalib ya había pagado con creces la deuda en cuestión casando a dos de sus hijas, Atikah y Barrah, con hombres del Majzum. Sin duda Muhammad tomó las palabras de su tío como un modo de responderle, no crudamente sino de manera cortés, que todavía no estaba en disposición de casarse. De cualquier forma, eso es lo que él mismo había decidido entonces para sí; pero circunstancias imprevistas pronto habrían de inducirlo a cambiar de opinión.

Uno de los ricos mercaderes de la Meca era una mujer, Jadiyah, hija de Juwaylid, del clan de Asad. Era prima carnal de Waraqah, el cristiano, y de su hermana Qutaylah y, al igual que ellos, prima lejana de los hijos de Hashim. Ya había estado casada dos veces, y desde la muerte de su segundo marido había sido su costumbre contratar a un hombre para que comerciase en su nombre. Ahora Muhammad se había hecho conocido en toda la Meca como "al-Amin", el Digno de confianza, el Honrado, el Honesto, y esto inicialmente se debía a los informes de quienes le habían confiado sus mercancías en varias ocasiones. Jadíyah también había oído a la familia hablar muy bien de él, y un día le envió un mensaje pidiéndole que llevase a Siria algunas de sus mercancías. Sus honorarios serían el doble de lo que jamás había pagado a un hombre del Quraysh y para el viaje le ofrecía los servicios de un mozo suyo llamado Maysarah. Muhammad aceptó lo que ella le proponía y acompañado del muchacho partió con sus mercancías hacia el norte.

Cuando llegaron a Bostra, en el sur de Siria, Muhammad se cobijó bajo la sombra de un árbol no lejos de la celda de un monje llamado Nestor. Puesto que las paradas de los viajeros a menudo permanecen sin sufrir alteración, podría haber sido el mismo árbol bajo

el que se había guarecido unos quince años antes a su paso por Bostra con su tío. Quizás Bahira había muerto y había sido sustituido por Nestor. Sea como fuere - porque sólo sabemos lo que Maysarah relató - el monje salió de su celda y preguntó al mozo: "¿Quién es el hombre que está debajo de aquel árbol?" "Es un hombre del Quraysh," dijo Maysarah, añadiendo a modo de aclaración: "de la gente que detenta la guarda del Santuario." "Nadie sino un Profeta está sentado debajo de aquel árbol", dijo Nestor.

Mientras proseguían hacia Siria las palabras de Nestor fueron. calando en el alma de Maysarah, pero no le sorprendían mucho, ya que a lo largo del viaje había sido consciente de estar en compañía de un hombre diferente de cualquier otro que hubiera conocido antes. Esto se confirmó aún más por algo que vio en el camino de vuelta: a menudo había advertido que el calor, cosa extraña, no era agobiante, y una vez, hacia el mediodía, se le concedió una visión breve pero clara de dos ángeles que resguardaban a Muhammad de los rayos del sol.

Cuando llegaron a la Meca fueron a la casa de Jadiyah, llevándole los géneros que habían comprado en los mercados de Siria con el dinero obtenido de lo que habían vendido. Jadiyah escuchó sentada a Muhammad mientras éste describía el viaje y le hablaba de las transacciones que había hecho. Éstas resultaron ser rentables: Jadiyah había podido vender los bienes recién adquiridos por casi el doble de lo que habían costado. Aun así, semejantes consideraciones estaban lejos de sus pensamientos, porque toda su atención se centraba en quien hablaba. Muhammad tenía veinticinco anos. Era de estatura media, tendiendo a la delgadez, con una gran cabeza, hombros anchos y perfectamente proporcionado el resto del cuerpo. Sus cabellos y su barba, poblados y negros, no eran del todo lisos sino ligeramente rizados. El pelo le caía hasta pasados los lóbulos de las orejas sin llegar a los hombros y la longitud de la barba era parecida. Tenía una noble anchura de frente, y a los óvalos amplios de sus grandes ojos, con pestañas excepcionalmente largas, los enmarcaban unas anchas cejas un poco arqueadas pero sin unirse. En la mayoría de las descripciones más antiguas se dice que sus ojos eran negros, pero según una o dos de aquéllas eran marrones o incluso marrones claros. Su nariz era aquilina, y la boca grande y bien formada - una apostura siempre visible porque, aunque se dejaba crecer la barba, nunca permitía que el pelo del bigote sobrepasase el labio superior. Su piel era blanca, pero bronceada por el sol. Además de su belleza natural, tenía una luz en el rostro - la misma que había irradiado su padre, ahora más intensa en el hijo y esta luz se manifestaba de forma especial en su ancha frente y en sus ojos, que eran extraordinariamente luminosos. Jadiyah sabía que ella aún era hermosa, pero quince años mayor que él. ¿Estaría dispuesto, sin embargo, a casarse con ella?

Tan pronto como él se hubo marchado, consultó a una amiga suya, Nufaysah, que se ofreció a dirigirse a él en nombre de ella y, si era posible, a concertar un matrimonio entre ambos. Maysarah se presentó entonces ante su señora y le contó lo de los dos ángeles y lo que el monje había dicho, después de lo cual Jadiyah acudió a su primo Waraqah y le repitió esas cosas. "Si esto es verdad, Jadiyah", dijo él, "entonces Muhammad es el profeta de nuestro pueblo. Hace tiempo que sabía que se esperaba la venida de un profeta, y su momento ya ha llegado." (1.1.121).

Mientras tanto, Nufaysah fue a ver a Muhammad y le preguntó por qué no se casaba. "No dispongo de medios para casarme", respondió él. "Pero si se te diesen los medios", dijo ella, "y si se te ofreciese una alianza en la que hay belleza y propiedades, nobleza y abundancia, ¿no consentirías?" Quién es ella?", dijo él. "Jadiyah", contestó Nufaysah. "¿Y cómo podría ser mío un matrimonio tal?", dijo Muhammad. "¡Déjamelo a mí!", fue lo que ella respondió. "Por mi parte", dijo él, "yo consiento." (I.S. 1/1, 84). Nufaysah volvió con estas nuevas a Jadiyah, que entonces envió un mensaje a Muhammad pidiéndole que viniese a verla; cuando él llegó le dijo: "Hijo de mi tío, te amo por tu parentesco conmigo y porque tú siempre estás en el centro sin ser de los que entre la gente son partidarios de

esto o aquello, y te amo por tu formalidad, por la belleza de tu carácter y la veracidad de tu palabra." (1.1.120). Luego ella misma se ofreció en matrimonio, y acordaron que él hablaría con sus tíos y ella con su tío Amr, el hijo de Asad, porque Juwaylid, su padre, había fallecido. Fue Hamzah, a pesar de su relativa juventud, en quien los hashmíes delegaron para que les representase en este acontecimiento, sin duda porque era el más estrechamente relacionado de ellos con el clan de Asad, debido a que su hermana uterina Safiyyah se había casado recientemente con el hermano de Jadiyah, Awwam. Así pues Hamzah acudió con su sobrino a ver a Amr y le pidió la mano de Jadiyah acordaron que Muhammad le entregaría a ella doce camellas como dote.

Capítulo 13

La casa

EL novio dejó la casa de su tío y se fue a vivir a la de la novia. Al mismo tiempo que una esposa, Jadiyah fue también una amiga para su esposo, compartiendo sus inclinaciones e ideales en notable grado. Su matrimonio fue extraordinariamente bendito y lleno de una gran felicidad, aunque no estuvo exento de los pesares de la aflicción. Ella le dio seis hijos, dos varones y cuatro hembras. El hijo mayor fue un niño llamado Qasim, y a Muhammad se le conoció como Abu-l-Qasim, el padre de Qasim; pero el niño murió antes de cumplir los dos años. El siguiente fue una niña, a la que llamaron Zaynab, que fue seguida de tres niñas más: Ruqayyah, Umm Kulthum y Fatimah, y de otro hijo de corta vida.

El día de su matrimonio Muhammad liberó a Barakah, la fiel esclava que había heredado de su padre, y, el mismo día, Jadiyah lo obsequió con uno de sus esclavos, un joven de quince años llamado Zayd. Por lo que a Barakah se refiere, la casaron con un hombre de Yathrib al cual dio un hijo, por el que fue conocida como Umm Ayman, la madre de Ayman. En cuanto a Zayd, él y otros jóvenes habían sido adquiridos recientemente en la gran feria de Ukad por el sobrino de Jadiyah, Hakim, el hijo de su hermano menor Hizam; y la siguiente vez que su tía lo visitó, Hakim mandó traer a sus nuevos esclavos e invitó a Jadiyah a escoger uno para ella. Zayd había sido el elegido.

Zayd estaba orgulloso de su linaje. Su padre, Harithah, era de la gran tribu septentrional de Kalb, cuyo territorio se extendía por las llanuras entre Siria e Iraq. Su madre pertenecía a la no menos ilustre tribu vecina de Tayy, uno de cuyos jefes en aquel tiempo era el poeta-caballero Hatim, famoso en toda Arabia por su caballerosidad y su generosidad fabulosa. Varios años habían pasado entonces desde que la madre de Zayd lo había llevado a visitar a la familia de ella y la aldea donde estaban había sido objeto de una incursión de jinetes de los Bani Qayn que se habían llevado al chico y lo habían vendido como esclavo. Harithah, su padre, lo había buscado en vano, y Zayd no había visto a ningún viajero de Kalb que le pudiese llevar un mensaje a sus padres. Pero la Kaabah atraía peregrinos de todas las partes de Arabia y, un día durante la estación sagrada, varios meses después de haberse convertido en esclavo de Muhammad, vio a varios hombres y mujeres de su propia tribu y clan en las calles de la Meca. Si los hubiese visto el año anterior, sus sentimientos habrían sido muy diferentes.Había ansiado tal encuentro; sin embargo, ahora que por fin había sucedido lo ponía en un dilema. No podía deliberadamente mantener a su familia ignorante de su paradero. Pero, ¿qué mensaje podía enviarles? Cualquiera que fuese su tenor, sabía él, como hijo del desierto, que solamente un poema sería apropiado para una ocasión así. Compuso algunos versos que expresaban algo de su sentir, pero insinuaban más de lo que expresaban. Entonces abordó a los peregrinos kalbíes y, habiéndoles contado quién era, dijo: "Transmitid a mi familia estas líneas, porque bien sé que se han afligido por mí:

Aunque lejos me encuentre, llevad sin embargo mis palabras

A mi gente: en la Casa Sagrada

Tengo mi morada en medio de los lugares santificados por Dios

Desechad por tanto las penas que os afligían

No fatiguéis a los camellos, registrando la tierra por mi

Porque yo, alabado sea Dios,

Estoy con la mejor de las nobles familias,

En todo su gran linaje."

Cuando los peregrinos volvieron a sus hogares portando estas nuevas, Harithah se puso inmediatamente en camino hacia la Meca con su hermano Kab, y dirigiéndose a Muhammad le rogaron que permitiese el rescate de Zayd por la cantidad que pidiese. "Que elija él," dijo Muhammad, y si os elige a vosotros, es vuestro sin rescate; si me elige a mí, yo no soy quien deba poner a otro por encima de quien me ha elegido." Entonces llamo a Zayd y le preguntó si conocía a los dos hombres. "Éste es mi padre", dijo el joven, y este es mi tío." "A mí tú me conoces", dijo Muhammad, "y has visto mi compañerismo hacia ti, así pues elige entre ellos y yo." Pero la elección de Zayd ya estaba hecha y dijo enseguida: "No elegiría a ningún hombre antes que a ti. Tú eres para mí como mi padre y mi madre." "¡Qué vergüenza, oh Zayd!", exclamaron los hombres de Kalb. "¿Elegirás la esclavitud por encima de la libertad y por encima de tu padre, tu tío y tu familia?" "Así es," dijo Zayd, "porque he visto en este hombre tales cosas que nunca podría elegir a otro por encima de él."

Toda ulterior conversación fue abreviada por Muhammad, que les ordenó entonces que fuesen con él a la Kaabah; y, de pie, en el Hichr, dijo en voz alta: "¡Oh todos los presentes, dad testimonio de que Zayd es mi hijo; yo soy su heredero y él es el mío!" (I.S. III/1, 28).

El padre y el tío tuvieron así que volverse sin que su propósito se hubiera visto cumplido. Pero teniendo en cuenta el profundo amor mutuo que había ocasionado esta adopción, la historia que tuvieron que contar a su tribu no era una historia ignominiosa; además, cuando vieron que Zayd era libre y restablecido en su honor, con lo que prometía tener una posición elevada entre las gentes del Santuario que podría beneficiar a sus hermanos y parientes en años venideros, se resignaron y regresaron sin amargura. Desde ese día el nuevo hashimí fue conocido en la Meca como Zayd ibn Muhammad.

Entre las personas que con más frecuencia visitaban la casa estaba Safiyyah, ahora cuñada de Jadiyah, la más joven de las tías de Muhammad, más joven incluso que él. Solía llevar con ella a su hijito Zubayr, llamado así por el hermano mayor de Safiyyah. Así pues, Zubayr conoció bien a sus primas, las hijas de Muhammad, desde su más tierna infancia. Con Safiyyah también venía su fiel criada Salma, que había asistido a Jadiyah en el parto de todos sus hijos y que se consideraba a si misma como una más de la casa.

Con el paso de los años hubo visitas ocasionales de Halimah, la nodriza de Muhammad, y Jadiyah siempre se mostró generosa con ella. Una de estas visitas tuvo lugar en una época de intensa y extendida sequía debido a la cual los rebaños de Halimah habían mermado seriamente, y Jadiyah la obsequió con cuarenta ovejas y un camello con litera. *(I.I.I./1,* 71). Esta misma sequía, que produjo una cierta carestía en el Hiyaz, fue la causa de una incorporación muy importante a la familia.

Abu Talib tenía más hijos de los que podía mantener, y la escasez dejó sentir su peso sobre él abrumadoramente. Muhammad lo advirtió y sintió que había que hacer algo. Abu Lahab era el más rico de sus tíos, pero estaba algo distanciado del resto de la familia, en parte sin duda porque nunca había tenido hermanos o hermanas uterinos entre ellos, habiendo sido único hijo de su madre. Muhammad prefería pedir ayuda a Abbas, que bien podía proporcionarla, ya que era un próspero mercader, y con él tenía una estrecha relación por haberse criado juntos. Igual de íntima, o incluso más, era la mujer de Abbas,

Umm al-Fadí, que lo quería muchísimo y siempre lo recibía afectuosamente en su casa. En consecuencia se dirigió entonces a ellos y sugirió que cada una de las dos familias debía hacerse cargo de los hijos de Abu Talib hasta que la situación mejorase. Asintieron de buena gana, y los dos hombres fueron a ver a Abu Talib, que dijo tras escuchar su propuesta: "Haced vuestra voluntad, pero dejadme a Aqil y Talib." Yafar tenía entonces unos quince años y ya no era el más pequeño de la familia. Su madre, Fatimah, había dado aún otro hijo a Abu Talib, unos diez años más joven, y le habían llamado Ali. Abbas dijo que él se encargaría de Yafar, con lo cual Muhammad acordó hacer lo mismo con Ali. Fue por esa época cuando Jadiyah había dado a luz a su último hijo, un niño llamado Abdallah, pero el pequeño había fallecido a una edad aún más temprana que Qasim. En cierto sentido fue reemplazado por Ali, que fue criado como un hermano para sus cuatro primas, siendo aproximadamente de la misma edad que Ruqayyah y Umm Kulthum, algo más joven que Zaynab y un poco mayor que Fatimah. Estos cinco, junto con Zayd, formaban la familia más inmediata de Muhammad y Jadiyah. Pero había muchos otros parientes por quienes sentía un profundo cariño y que desempeñan un papel, grande o pequeño, en la historia que aquí se narra.

El tío mayor de Muhammad, Harith, entonces ya fallecido, había dejado muchos hijos. Uno de ellos, su primo Abu Sufyan, era también su hermano de leche al haber sido criado por Halimah, entre los Bani Sad, algunos años después que Muhammad. La gente decía que Abu Sufyan era de los que guardaban más parecido con Muhammad, y entre las características que tenían en común estaba la elocuencia. Pero Abu Sufyan era un poeta de talento quizás de mayor talento que sus tíos Zubayr y Abu Talib mientras que Muhammad jamás había mostrado ninguna inclinación a componer un poema, aunque en su dominio del árabe y en la belleza de su lenguaje no había quien lo superase.

En Abu Sufyan, que era más o menos de su misma edad, tenía en cierto modo un amigo y un compañero. Más próximos por parentesco de sangre eran los numerosos hijos de las hermanas uterinas de su padre, es decir de las cinco hijas mayores de Abd al-Muttalib. Entre los mayores de estos primos se encontraban los hijos de su tía Umaymah, que se había casado con un hombre llamado Yahsh, de la tribu de Asad de Arabia Septentrional.[1] Tenía él una casa en la Meca, y para un hombre que vivía con una tribu que no era la suya existía la posibilidad de hacerse mediante alianza mutua confederado de un miembro de la tribu, en la cual quedaba en cierto modo integrado, compartiendo hasta cierto punto sus responsabilidades y sus privilegios. Harb, entonces jefe de la rama Umayya[2] del clan de Abdu Shams, había hecho a Yahsh su confederado, por lo que al casarse Umaymah con él casi podía decirse que se había casado con un shamsi. Su hijo mayor, llamado, como el hermano de ella, Abdallah, era unos doce años más joven que Muhammad y los dos primos se profesaban un gran afecto mutuo. La hija de Umaymah, Zaynab, varios años menor que su hermano, una muchacha de notable belleza, estaba incluida en este vínculo. Muhammad había conocido y amado a ambos desde la más tierna infancia, al igual que le sucedía con otros, en particular con Abu Salamah, el hijo de su tía Barrah.

La poderosa atracción que se centraba en al-Amin - como a menudo se le llamaba- iba mucho más allá de su propia familia, y Jadiyah estaba con él en ese centro, amada y honrada por todos los que entraban en el amplio círculo de su resplandor, un círculo que también incluía a muchos de los parientes de ella. Especialmente próxima a Jadiyah estaba su hermana Halah, cuyo hijo Abu al-As visitaba con frecuencia la casa. Jadiyah quería a su sobrino como si hubiese sido su propio hijo, y a su debido tiempo - porque ella siempre estaba buscando ayuda y consejo Halah le pidió que le buscase una esposa. Cuando Jadiyah consultó con su marido él sugirió a su hija Zaynab, que pronto estaría en edad casadera; y cuando llegó el momento se casaron.

Las esperanzas de Hashim y Muttalib -los dos clanes contaban políticamente como uno - para la recuperación de su decadente influencia descansaban en Muhammad. Éste, sin

embargo, más allá de todo asunto de clan, había llegado a ser considerado por los jefes del Quraysh como uno de los hombres más capaces de la generación llamada a sucederlos y que tendría, después de ellos, la tarea de mantener el honor y el poder de la tribu en toda Arabia. En boca de todos estaba continuamente el elogio de al-Amin; y quizás fue esta la razón por la que entonces Abu Lahab se dirigió a su sobrino con la proposición de que Ruqayyah y Umm Kulthum fueran prometidas en matrimonio a sus hijos Utbah y Utaybah. Muhammad aceptó, porque tenía en buen concepto a estos dos primos, y tuvieron lugar los esponsales.

Fue por aquella época cuando Umm Ayman se convirtió de nuevo en un miembro de la casa. No consta si volvió como viuda o si su marido se había divorciado de ella. Pero Umm Ayman no tenía ninguna duda de que su sitio estaba allí y, por su parte, Muhammad se dirigía a ella, a veces, como "madre" y decía de ella a otros: "Ella es lo único que me queda de las gentes de mi casa." (I.S. VIII, 162).

Capítulo 14

La reedificación de la Kaaba

ALGÚN tiempo antes de los últimos acontecimientos que hemos mencionado cuando éste tenía treinta y cinco años, el Quraysh decidió reedificar cionado, por la época en que Ah fue llevado a la casa de Muhammad la Kaabah. Tal como se encontraba entonces sus muros tenían apenas la altura de un hombre y carecía de tejado, lo que significaba que, aunque la puerta estuviera cerrada con llave, el acceso resultaba fácil; recientemente se había producido el robo de parte del tesoro que se escondía en una cámara excavada a tal fin en el edificio. Ya tenían toda la madera que se necesitaba para el tejado: la embarcación de un mercader griego había sido empujada hacia la costa; habiendo naufragado y quedado en Yeddah sin posibilidad de reparación, se tomaron sus cuadernas para servir de vigas, y en aquel tiempo, además, había en la Meca un copto que era un hábil carpintero.

Sin embargo, el temor reverencial que tenían a la Kaabah era tal que vacilaban en ponerse manos a la obra. Su plan era demoler sus muros, construidos con piedras sueltas, y reedificarlos completamente; pero tenían el temor de incurrir en la falta de sacrilegio y sus dudas aumentaron aún más por la aparición de una gran serpiente que había tomado la costumbre de salir todos los días de la cámara para tomar el sol contra el muro de la Kaabah. Si alguien se acercaba alzaba la cabeza y silbaba con las fauces abiertas. Esto los tenía aterrados. Un día, mientras el reptil tomaba el sol, Dios envió contra él un águila, que se apoderó de la serpiente y se marchó volando con ella. Entonces los del Quraysh se dijeron: "Ahora ciertamente podemos esperar que a Dios le complazca nuestro propósito. Tenemos un artesano cuyo corazón está con nosotros, y tenemos madera, y Dios nos ha desembarazado de la serpiente."

El primer hombre que levantó una piedra del coronamiento de los niuros fue el majzumí Abu Wahb, el hermano de Fatimah, la abuela de Muhammad; pero apenas había sido levantada la piedra cuando, saltando de sus manos, volvió a su sitio, después de lo cual todos se alejaron de la Kaabah, temerosos de proseguir el trabajo. Entonces, el jefe de Majzum, Walid, el hijo del ya fallecido Mugirah, cogió un pico y dijo: "¡Oh Dios, no temas, oh Dios, no pretendemos sino el bien!" A continuación echó por tierra parte del muro entre la Piedra Negra y la Esquina Yemení, esto es, el muro suro-riental; pero el resto de la gente se refrenó. "Esperemos y veamos", decían. "Si es castigado no demoleremos más, sino que lo restauraremos como estaba; pero si no recibe ningún castigo, entonces Dios está satisfecho con nuestro trabajo, y lo derribaremos por completo." La noche pasó sin nove-dad y a la mañana siguiente, temprano, Walid estaba de nuevo en el trabajo. Los demás, pues, se le unieron, y cuando los muros hubieron sido demolidos hasta los cimientos de Abraham se encontraron con grandes guijarros verdosos, parecidos a las jorobas de los camellos, colocados unos junto a otros. Un hombre encajó una palanca entre dos de estas piedras para alzar una de ellas, pero con el primer movimiento de la piedra una violenta sacudida estremeció toda la Meca, y lo tomaron como una señal de que debían dejar los cimientos intactos.

En el interior de la Esquina de la Piedra Negra habían encontrado un trozo de escrito en siriaco. Lo guardaron, sin saber qué era, hasta que uno de los judíos lo leyó: "Yo soy Dios, el Señor de Becca. La creé el día que creé los cielos y la tierra, el día que formé el sol y la luna, y coloqué alrededor suyo siete ángeles inviolables. Permanecerá durante tanto tiempo como las dos colinas, bendita por su gente con leche y agua." Otro trozo de

escrito fue hallado debajo de la Estación de Abraham, una pequeña roca cerca de la puerta de la Kaabah que porta la impresión milagrosa de su pie: "La Meca es la casa sagrada de Dios. Su sustento le viene de tus órdenes. No dejes que su gente sea la primera en profanarla."

El Quraysh reunió entonces más piedras, además de las que ya tenían, para aumentar la altura del edificio. Los distintos clanes trabajaron por separado hasta que los muros tuvieron la suficiente altura para colocar la Piedra Negra una vez más en su esquina. Entonces se originó un violento desacuerdo entre ellos, porque cada clan quería para sí el honor de ponerla en su sitio. El punto muerto se mantuvo durante cuatro o cinco días; la tensión había ido creciendo hasta el punto de formarse alianzas y de comenzar los preparativos para la batalla, cuando el más anciano de los presentes propuso una solución. "¡Oh hombres del Quraysh!", dijo, "tomad como árbitro sobre lo que discrepáis al primer hombre que entre por la puerta de esta Mezquita." (1.1.125). El recinto alrededor de la Kaabah era llamado mezquita, en árabe *masyid,* un lugar de prosternación, porque desde la época de Abraham e Ismael se había realizado allí el rito de la prosternación a Dios en la dirección de la Casa Sagrada. Estuvieron de acuerdo en seguir el consejo del anciano, y el primer hombre que entró en la Mezquita fue Muhammad, que acababa de regresar a la Meca después de una ausencia. Su visión produjo un reconocimiento inmediato y espontáneo de que ahí estaba la persona idónea para el cometido, y su llegada fue saludada con exclamaciones y murmullos de satisfacción. "Es al-Amin", dijeron unos. "Aceptamos su sentencia," afirmaron otros, "es Muhammad." Cuando le explicaron el asunto, dijo: "Traedme un manto." Y cuando se lo llevaron lo extendió sobre el suelo, y cogiendo la Piedra Negra la puso en el centro de la tela. "Que cada clan agarre del borde del manto", dijo. "Luego, levantadlo todos juntos." Y cuando lo hubieron alzado a la altura conveniente Muhammad cogió la piedra y la colocó en la esquina con sus propias manos, y se continuó el edificio y se completó por encima de ella.

Capítulo 15

Las primeras revelaciones

No fue mucho después de esta señal externa de su autoridad y su misión cuando comenzó a experimentar poderosas señales internas, además de las que ya había sido consciente. Cuando le preguntaban por éstas él hablaba de "visiones verdaderas" que le venían durante el sueño, y decía que eran "como el despuntar de la luz del alba." (B. 1, 3) El resultado inmediato de estas visiones fue que la soledad se le hizo querida, y se iba para hacer retiros espirituales a una cueva en el Monte Hira, no lejos de las afueras de la Meca. No había en esto nada que hubiera parecido al Quraysh especialmente extraño, ya que entre los descendientes de Ismael el retiro había sido una práctica tradicional y en cada generación había habido uno o dos que se retiraban de tiempo en tiempo a un lugar solitario para poder pasar un período no contaminado por el mundo de los hombres. De acuerdo con esta práctica inmemorial, Muhammad se llevaba provisiones y consagraba cierto número de noches a la adoración de Dios. Luego volvía con su familia y a veces, a su regreso, cogía más provisiones y se marchaba de nuevo a la montaña. Durante estos pocos años a menudo sucedía que, cuando había abandonado la ciudad y se estaba acercando a la ermita, oía claramente las palabras "La paz sea contigo, ¡oh Mensajero de Dios!" (1.1.151), y se volvía para mirar quién hablaba, pero nadie había a la vista, y era como si las palabras hubiesen salido de un árbol o una piedra.
Ramadán era el mes tradicional de retiro; y fue una noche hacia finales de Ramadán, en su cuadragésimo año de vida, encontrándose solo en la cueva, cuando vino a él un Ángel en la forma de un hombre. El Ángel le dijo: "¡Recita!" y él contestó: "No soy un recitador". Después de esto, como él mismo contó, "el Ángel me agarró y me oprimió en su abrazo, y de nuevo cuando había llegado al límite de mi resistencia me soltó y dijo: «¡Recita!» y yo volví a decir: «No soy un recitador.» Entonces, por tercera vez me oprimió como antes; luego me soltó y dijo:

¡Recita en el nombre de tu Señor, el que todo ha creado!
Ha creado al hombre de un coágulo.
¡Recita! Tu Señor es el más Generoso,
Él, que ha enseñado con el cálamo,
ha enseñado al hombre lo que éste no sabía. (Corán, XCVI, 1-5)(B. I., 3)

Muhammad recitó estas palabras después del Ángel, que entonces lo abandonó, y dijo él: "Fue como si las palabras hubieran sido escritas en mi corazón." (1.1. 153). Pero temió que esto pudiera significar que se había convertido en un poeta inspirado por los "yins" o en un poseso. Así pues, abandonó la cueva, y cuando había recorrido la mitad de la ladera de la montaña escuchó una voz por encima de él, que decía: "¡Oh, Muhammad!, tú eres el mensajero de Dios y yo soy Gabriel." Levantó los ojos hacia el cielo y allí estaba su visitante, todavía reconocible pero ahora claramente como un Ángel, llenando todo el horizonte, y de nuevo dijo: "¡Oh, Muhammad!, tú eres el mensajero de Dios y yo soy Gabriel." El Profeta permaneció observando al Ángel; luego se apartó de él, pero dondequiera que mirase, ya fuese hacia el norte o hacia el sur, hacia el este o hacia el oeste, el Ángel estaba siempre allí, a horcajadas sobre el horizonte. Finalmente, el Ángel se volvió y el Profeta descendió la ladera y fue a su casa. "¡Arrópame! ¡Arrópame!" (B. 1, 3) le dijo a Jadiyah cuando con el corazón todavía palpitante se echó en el lecho. Alarmada, aunque sin atreverse a preguntarle, trajo rápidamente un manto y lo extendió sobre él. Pero cuando la intensidad de su temor hubo disminuido le contó cuanto había visto y oído. Después de haberlo tranquilizado con sus palabras, Jadiyah fue a hablar con

su primo Waraqah, que ya era un anciano y estaba ciego: "¡Santo! ¡Santo!", dijo él. "Por Aquél en cuyas manos está el alma de Waraqah, le ha sido descendido a Muhammad, el mayor Namus, 1 el mismo que le vino a Moisés. Ciertamente, Muhammad es el Profeta de su pueblo. Que esté seguro." En consecuencia, Jadiyah se volvió a casa y le repitió estas palabras al Profeta, que, ahora con el ánimo pacificado, regresó a la cueva para poder cumplir el número de días de retiro que había ofrecido a Dios. Waraqah le dijo: "Cuéntame, ¡oh, hijo de mi hermano!, qué has vístó y oído." El Profeta se lo contó, y el anciano le volvió a decir lo que había referido a Jadiyah, pero esta vez añadió: "Se te llamará mentiroso y serás maltratado, te expulsarán y te harán la guerra, y, si yo vivo para ese día, Dios sabe que apoyaré Su causa." (1.1.153-4). Luego se inclinó hacia él y le besó la frente, y el Profeta regresó a su casa.

Las noticias tranquilizadoras de Jadiyah y Waraqah fueron seguidas por una reafirmación procedente del Cielo en la forma de una segunda Revelación. La manera de producirse no se ha registrado, aunque al preguntarle cómo le venía la Revelación el Profeta mencionó dos formas: "Algunas veces me viene como el retumbar de una campana, y ésa es la más dura para mí; cuando me he enterado de su mensaje disminuye el estruendo. Y a veces el Ángel toma la forma de un hombre y me habla, y yo soy consciente de lo que me dice." (B. 1, 3.)
La Revelación, esta vez, comenzó con una sola letra, el primer ejemplo de las letras crípticas con las que comienzan varios mensajes coránicos. La letra fue seguida de un juramento divino, prestado por el cálamo, que ya había sido mencionado en la primera Revelación como el principal medio de Dios para enseñar a los hombres Su sabiduría. Cuando le preguntaron acerca del cálamo, el Profeta dijo: "La primera cosa que Dios creó fue el cálamo. Creó la tabla y le dijo al cálamo: «¡Escribe!» Y el cálamo respondió: «¿Qué escribo?» Dios dijo: «Escribe Mi conocimiento y Mi creación hasta el Día de la Resurrección.» Entonces el cálamo trazó lo que se le había mandado." (Tir. 44). El juramento por el cálamo es seguido de un segundo juramento por lo que escriben, y entre lo que ellos, esto es, los Ángeles, escriben en el Cielo con cálamos menores sobre tablas menores está el arquetipo celestial del Corán, al cual Revelaciones posteriores se refieren como a una recitación (Qur'an) gloriosa en una tabla inviolable (Corán, LXXXV, 21-2.) y como a la madre del libro. (C. XIII, 39.). Los dos juramentos van seguidos de la reafirmación Divina:

Nun. Por el cálamo y lo que escriben, no eres ningún poseso por la gracia de Tu Señor. Tuya será una recompensa sin límites y verdaderamente magnánima es tu naturaleza. (LXVIII, 1-4).

Después de la llegada de los primeros Mensajes hubo un periodo de silencio. El profeta comenzó a temer si habría incurrido en algún tipo de desagrado del Cielo, aunque Jadiyah le decía continuamente que eso no era posible. Entonces, al fin, el silencio se rompió y llegó una nueva reafirmación, y, con ella, el primer mandato directamente relacionado con su misión:

¡Por la brillantez de la mañana, y por la noche cuando está tranquila! Tu Señor no te ha abandonado ni aborrecido, y para ti será mejor la última que la primera,2 y Tu Señor te dará y quedarás satisfecho. ¿No te encontró huérfano y te amparó, y te encontró extraviado y te guió, y te encontró necesitado y te enriqueció? Al huérfano, pues, no lo oprimas. Al mendigo no lo rechaces, y proclama la gracia de tu Señor."(XCIII).

Capítulo 16

Adoración

De cuerdo con estas dos últimas palabras, Muhammad comenzó entonces a hablar del Ángel y de las Revelaciones a aquellos que, después de su mujer, le eran más próximos y más queridos. Aún no les había hecho ningún requerimiento, salvo que no debían divulgar su secreto. Pero esta situación no duró mucho: un día se le apareció Gabriel sobre el elevado terreno situado por encima de la Meca y golpeó con el talón la hierba que cubría la colina; al instante brotó de allí una fuente. Entonces hizo la ablución ritual para mostrar al Profeta cómo purificarse para la adoración, y el Profeta siguió su ejemplo. Luego le enseñó las posturas y los movimientos de la plegaria: el mantenerse de pie, la inclinación, la prosternación y la posición de sentado, con la magnificación repetida, esto es, las palabras Allahu Akbar, Dios es el Más Grande, y el saludo final as-Salamu alaykum, la Paz sea con vosotros, y de nuevo el Profeta siguió su ejemplo. Después el Ángel lo dejó, y el Profeta se volvió a su casa y enseñó a Jadiyah todo lo que había aprendido y juntos hicieron la plegaria.

La religión quedaba establecida sobre las bases de la purificación ritual y la plegaria, y, después de Jadiyah, los primeros en abrazarla fueron Ah y Zayd y el amigo del Profeta, Abu Bakr, del clan de Taym. Alí sólo tenía diez años, y Zayd hasta ahora no tenía ninguna influencia en la Meca, pero Abu Bakr era querido y respetado porque era un hombre de vasto conocimiento, de maneras naturales y presencia agradable. Muchos acudían a consultarle sobre esto y aquello, y él, ahora, comenzó a fiarse de aquellos en quienes sentía que podía confiar, animándolos a seguir al Profeta. Hubo muchas respuestas a través suyo, y dos de los primeros en responder a la llamada fueron un hombre de Zuhrah, Abdu Amr, el hijo de Awf, un pariente lejano de la madre del Profeta, y Abu Ubaydah, el hijo de al-Jarrach de los Bani l-Harith.

En relación con el primero de éstos, Abdu Amr, se estableció un preceden te de importancia. Entre los más notables distintivos de la Revelación se encontraban los dos Nombres Divinos al-Rahmân y al-Rahim. La palabra rahím, una forma intensiva de ráhim, misericordioso, era corriente en el sentido de muy misericordioso o ilimitadamente misericordioso. La aún más intensiva rahmán, por falta de un concepto con el que cuadrase, había caído en desuso. La Revelación la revivió de acuerdo con la necesidad básica de la nueva religión de morar en las alturas de la Trascendencia. Siendo más intenso incluso que al-Rahim (el Todo Misericordioso) el nombre al-Rahmán se refiere a la esencia misma o raíz de la Misericordia, es decir, a la Beneficencia Infinita o Bondad de Dios, y el Corán expresamente lo hace equivalente de Allah: ¡Invocad a Dios (Allah) o invocad al Infinitamente Bueno (al-Rahmán)! Como quiera que invoquéis, El posee los nombres más bellos. " Este Nombre de Bondad era muy querido por el Profeta y, puesto que el de Abdu Amr, el servidor de Amr, era demasiado pagano, cambió el nombre del nuevo creyente por Abd al-Rahman, el siervo del Clemente. No fue el hijo de Awf el único hombre al que cambió su nombre por el de Abd al-Rahman.

Algunas de las primeras respuestas fueron estimuladas inicialmente por motivos que no podrían atribuirse a ningún intento humano de persuadir. Abu Bakr era conocido desde hacía mucho tiempo en la Meca por su aptitud para interpretar los sueños. Una mañana tuvo la visita inesperada de Jalid, el hijo de un poderoso shamsí, Said ibn al-As. El rostro del joven aún mostraba las señales del horror recién producido por una experiencia terrible, y se apresuró a explicar que durante la noche había tenido un sueño, el cual

sabía que tenía un significado aunque no comprendía lo que quería decir. ¿Podría Abu Bakr interpretárselo? Había soñado que estaba al borde de un abismo en el que había un violento fuego tan vasto que no veía el fin. Entonces llegaba su padre e intentaba empujarle al fuego, y cuando estaban luchando en el borde, en el momento de mayor terror, sentía alrededor de su muñeca que dos manos lo asían firmemente reteniéndolo a pesar de todos los esfuerzos de su padre. Al mirar alrededor, veía que su salvador era al-Amin, Muhammad, el hijo de Abdallah, y en ese momento se despertaba.

"¡Enhorabuena!", dijo Abu Bakr, "Este hombre que te salvó es el Enviado de Dios, así que síguele, mejor dicho, lo seguirás y, a través de él, entrarás en el Islam, que te salvaguardará de caer en el fuego." Jalid se fue derecho al Profeta y, después de contarle su sueño, le preguntó cuál era su mensaje y qué debía hacer él. El Profeta lo instruyó y Jalid abrazó el Islam, manteniéndolo secreto a su familia. (I.S. IVII, 68).

Aproximadamente por la misma época sucedió que otro hombre de Abdu Shams, un mercader que regresaba a casa desde Siria, fue despertado una noche por una voz que exclamaba en el desierto: "Durmientes, despertad, porque ciertamente Ahmad ha aparecido en la Meca." (I.S. 111/1, 37). El mercader era Uthman, hijo del omeya Affan, y nieto, por parte de madre, de una de las hijas de Abd al-Muttalib, Umm Hakim al-Bayda, la tía del Profeta. Las palabras calaron en su corazón, aunque no comprendía cuál era el sentido de "ha aparecido", no se imaginaba que el superlativo "Ahmad", "el más glorificado", se empleaba por Muhammad, "el glorificado." Pero antes de llegar a la Meca lo alcanzó un hombre del Taym llamado Talhah, primo de Abu Bakr; Talhah había pasado por Bostra, donde un monje le había preguntado si ya había aparecido Ahmad entre las gentes del Santuario. "Quién es Ahmad?", dijo Talhah, "El hijo de Abdallah, hijo de Abd al-Muttalib", respondió el monje. "Éste es su mes, en el que aparecerá; y él es el último de los Profetas." Talhah repitió estas palabras a Uthman, que le contó su propia experiencia, y de regreso Talhah le sugirió que debían ir a ver a su primo Abu Bakr, que se sabía era el amigo más íntimo del hombre que ahora ocupaba el primer lugar en sus pensamientos. Así que acudieron a Abu Bakr, y cuando le contaron lo que habían oído los llevó en seguida ante el Profeta para que le repitiesen las palabras del monje y las palabras de la voz del desierto. Después dé esto, hicieron la profesión de fe.

Una cuarta conversión, no menos singular que éstas por la forma en que se produjo, fue la de Abdallah ibn Masud, un joven confederado de Zuhrah. Hablando de ello, él mismo dijo: "En aquel tiempo yo era un joven que acababa de alcanzar la edad viril, y estaba apacentando los rebaños de Uqbah ibn Abi Muayt cuando un día el Profeta y Abu Bakr pasaron por donde me encontraba. El Profeta me preguntó si tenía algo de leche para darles de beber. Respondí que los rebaños no eran míos, sino que me estaba confiado su cuidado y no podía darles de beber. El Profeta dijo: "¿Tienes alguna oveja joven a la que ningún carnero haya cubierto nunca?" Le dije que sí y se la llevé. Después de atarla, el Profeta puso su mano en la ubre y pronunció una plegaria; entonces la ubre se hinchó de leche y Abu Bakr acercó un canto rodado que estaba ahuecado como un tazón. El Profeta la ordeñó y todos bebimos. Luego le dijo a la ubre: «Sécate», y se seco (I.S. 111/1, 107). Pocos días después, Abdallah fue a ver al Profeta y abrazo el Islam. No pasó mucho tiempo antes de que aprendiera de él setenta azoras de memoria, siendo excepcionalmente dotado en este sentido y pronto se convirtió en uno de los más autorizados recitadores del Corán.

El Profeta había padecido por el período de silencio del Cielo; sin embargo, su alma todavía se encogía ante el tremendo impacto de recibir la Palabra Divina, que en un versículo aún no revelado afirmó: Si hubiéramos hecho descender este Corán sobre una montaña, la habrías visto postrarse humildemente y hendirse por miedo a Dios. (LIX, 21)2 El impulso que le había movido a exclamar "Cúbreme, cúbreme" todavía le venía a veces, y una noche, cuando yacía envuelto en un manto, su retiro se vio interrumpido por una Orden Divina más severa y apremiante que cualquiera de las recibidas con anterioridad,

mandándole advertir a los hombres acerca del Día del Juicio: ¡OH Tú, que en tus vestidos te envuelves, mantente en vela toda la noche salvo un poco, la mitad de la noche o menos de la mitad, o algo más, y con cuidado y claridad recita el Corán. En verdad depositaremos sobre ti la carga de una grave palabra! (LXXIII, 1-5). En el mismo pasaje estaba la orden: Y recuerda el nombre de Tu Señor y dedícate a Él con completa devoción. Señor del Oriente y del Occidente, no hay más dios que ÉL ¡Tómalo, pues, a Él, en Él deposita tu confianza! (LXXIII, 8-9.). Vinieron otras revelaciones de tono más suave que confirmaban y aumentaban las seguridades ya dadas al Profeta, y en una ocasión el Ángel, solamente visible para él, como ocurría siempre, le dijo: "Comunica a Jadiyah saludos de Paz de su Señor." Así pues, él le dijo: "¡Oh Jadiyah, aquí está Gabriel, que te saluda con la Paz de tu Señor!" Y cuando Jadiyah pudo encontrar palabras que decir, respondió:

"Dios es la Paz, y la Paz procede de Él, y la Paz sea sobre Gabriel!" (I.H. 156).
Los primeros partidarios de la nueva religión tomaron los mandatos dirigidos al Profeta como aplicables a sí mismos y, por ello, al igual que él, mantenían largas vigilias. En cuanto a la plegaria ritual, ahora tenían cuidado no sólo de realizar la ablución como preparación para ella sino también de estar seguros de que sus vestiduras estaban libres de toda suciedad. Del mismo modo, se apresuraron a aprenderse de memoria todo lo que había sido revelado del Corán para poder salmodiarlo como parte de su adoración. Las Revelaciones comenzaron a ser más abundantes. El Profeta se las transmitía inmediatamente a aquellos que estaban con él; luego pasaban de boca en boca y se memorizaban y recitaban; una larga letanía que aumentaba rápidamente, que hablaba de lo efímero de las cosas terrenas, de la muerte y de la certeza de la Resurrección y del Juicio Final, seguido del Infierno o del Paraíso. Pero sobre todo hablaba de la Gloria de Dios, de su Unicidad Indivisible, su Verdad, Sabiduría, Bondad, Misericordia, Munificencia y Poder, y, por extensión, se refería continuamente a sus Signos, las maravillas de la naturaleza, y a su armonioso funcionamiento conjunto que daba testimonio de forma harto elocuente de la Unidad de su Exclusivo Originador. La Armonía es la huella de la Unidad sobre la multiplicidad, y el Corán llama la atención sobre esa armonía como un tema para la meditación del hombre.

Cuando no estaban cohibidos por la presencia de incrédulos hostiles, los creyentes se saludaban entre sí con las palabras que Gabriel le había comunicado al Profeta como el saludo de las gentes del Paraíso: "¡La Paz sea con vosotros!", a lo que se responde: "¡Y con vosotros sea la Paz!", usándose el plural para incluir a los dos ángeles guardianes de la persona a quien se saluda. Los versículos revelados de consagración y de acción de gracias también desempeñaban un papel cada vez más importante en sus vidas y en sus miras. El Corán insiste en la necesidad del agradecimiento, y el sacramento de la acción de gracias es decir Alabado sea Dios, el Señor de los mundos, mientras que en el de la consagración o dedicación se dirá En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Éste era el primer versículo de cada azora del Corán, y, siguiendo el ejemplo del Profeta, lo usaban para iniciar toda recitación del Corán y, por extensión, cualquier otro rito, o incluso todo acto o iniciativa. La nueva religión no admitía nada profano.

Capítulo 17

Amonesta a tu familia

Aun no se habían hecho llamamientos en público al Islam, pero había un grupo en constante aumento de creyentes devotos y de intensos adoradores, hombres y mujeres, la mayoría de ellos jóvenes. Entre los primeros en llegar, aparte de los ya mencionados, se encontraban los primos del Profeta, Yafar, y Zubayr; luego vinieron otros primos, suyos y de ellos, los hijos de su tía Umaymah, Abdallah ibn Yahsh y el hijo de su tía Barrah, Abu Salamah. Hubo también dos primos por parte de madre, Sad, el hijo de Abu Waqqas de Zuhrah, y su hermano menor Umayr. Pero ninguno de los cuatro tíos del Profeta se mostraba en lo más mínimo inclinado a seguirle: Abu Talib no ponía objeciones al Islam de sus dos hijos Yafar y Ah, pero en cuanto a sí mismo él decía que no estaba preparado para abandonar la religión de sus antepasados; Abbas se mostraba evasivo y Hamzah impenetrable, aunque ambos le aseguraban el inquebrantable aprecio que personalmente sentían por él. Pero Abu Lahab mostraba claramente la convicción de que su sobrino estaba medio engañado, si es que no era un embustero.

Después de la revelación del versículo: Amonesta a tu familia y a quienes están cerca de ti (XXVI, 214), el Profeta llamó a Ah y le dijo: "Dios me ha ordenado que amoneste a mi familia, a mis parientes más cercanos, y el cometido rebasa mis fuerzas. Pero prepara comida, con una pierna de cordero, llena de leche una taza y reúne a los Baní Abd al-Muttalib, para que pueda contarles lo que se me ha ordenado decir." Ah hizo exactamente lo que le había dicho, y la mayoría del clan de Hashim acudió a la comida, unos cuarenta hombres. "Cuando estuvieron congregados," dijo Ah, "el Profeta me pidió que trajera la comida que había preparado. Entonces tomó un trozo de carne, lo mordió y lo arrojó de nuevo al plato, diciendo: "Tomadlo en el Nombre de Dios." Los hombres comieron por tandas hasta quedar ahítos.

"Pero", dijo Ah, "yo no veía ningún cambio en la comida, salvo que había sido removida por las manos de los hombres; y por mi vida, si no hubiesen sido más que un solo hombre se podría haber comido todo lo que había puesto delante de ellos. Luego el Profeta dijo: «Dales de beber». Traje, pues, la taza y cada uno bebió hasta saciarse, aunque un solo hombre podría haber vaciado la taza. Pero cuándo el Profeta estaba a punto de dirigirse a ellos, Abu Lahab se le anticipó y dijo: «Vuestro anfitrión os ha hechizado», con lo cual se dispersaron antes de que pudiera hablar."

Al día siguiente el Profeta le dijo a Ah que hiciera exactamente lo mismo que había hecho el día anterior. Así que se preparó otra comida semejante y todo discurrió como la otra vez; pero en esta ocasión el Profeta estaba en guardia y se aseguró de dirigirse a ellos. "¡Oh hijos de Abd al-Muttalib!," dijo, "no conozco a ningún árabe que haya venido a su gente con un mensaje más noble que el mío. Os traigo lo mejor de este mundo y del otro. Dios me ha ordenado que os llame a Él. ¿Quién de vosotros, entonces, me ayudará en esto y será mi hermano, mi albacea y mi sucesor entre vosotros?" Todo el clan permaneció en silencio. Yafar y Zayd podían haber hablado, pero ambos sabían que su Islam no estaba en cuestión y que el propósito de la reunión era el de atraerse a otros. Pero cuando el silencio siguió ininterrumpido, Ali, de trece años, se sintió impulsado a hablar, y dijo: "¡oh Profeta de Dios, yo seré quien te ayude en esto'." El Profeta descansó su mano en la nuca de Ah y dijo: "Éste. es mi hermano, mi albacea y mi sucesor entre vosotros. Escuchadle y obedecedle." Los hombres se pusieron de pie, riendo y diciendo a Abu Talib: "Ha ordenado que escuches a tu hijo y le obedezcas."(Tab. 1171).

Por lo que se refiere a las tías del Profeta, Safiyyah no tuvo ninguna vacilación a la hora de seguirlo, al igual que su hijo Zubayr había hecho, pero sus cinco hermanas no pudieron cobrar suficiente ánimo para tomar una decisión. La actitud de Arwa era común en todas ellas: "Estoy esperando a ver qué harán mis hermanos", decía. Por otro lado, su tía política, Umm al-Fadí, la mujer del indeciso Abbas, fue la primera mujer que abrazó el Islam después de Jadiyah, y ella pronto pudo llevar al Profeta a tres de sus hermanas: Maymunah, su hermana uterina, y dos medio hermanas, Salma y Asma. Era en la casa de Umm al-Fadí donde Yafar había sido criado, y era también allí donde había conocido y amado a Asma, con quien se había casado recientemente y done Hamzah había desposado a su hermana Satma. Otra de las primeras en responder fue Umm Ayman. El Profeta dijo de ella: "Quien desee casarse con una mujer de las gentes del Paraíso que se case con Umm Ayman" (I.S. VIII, 162), y esta observación fue escuchada por casualidad por Zayd, que se la tomó a pecho. Ella era mucho mayor que él, pero eso no lo desalentó, y le habló con franqueza al Profeta, que no tuvo ninguna dificultad para persuadir a Umm Ayman de que consintiese el matrimonio. Le dio a Zayd un hijo al que llamaron Usamah, y fue criado como el nieto del Profeta, que lo quería mucho.

Capítulo 18

El Quraysh toma medidas

En estos días iniciales del Islam los compañeros del Profeta salían a menudo juntos, en grupos, hacia los estrechos valles de las cercanías de la Meca, donde podían realizar, en congregación y sin ser vistos, la plegaria ritual. Pero un día mientras hacían la plegaria se les acercó un grupo de idólatras y Tos interrumpió groseramente con burlas. Finalmente llegaron a las manos, y Sad de Zuhrah golpeó a uno de los incrédulos con la quijada de un camello y lo hirió. Ésta fue la primera sangre que se derramó en el Islam. Pero después de este incidente resolvieron abstenerse de la violencia hasta que Dios decidiese de otra manera, porque la Revelación continuamente le imponía al Profeta la paciencia y, por lo tanto, a ellos también. Soporta con paciencia lo que dicen y apártate de ellos con una cortés despedida, y también Trata amablemente con los infieles, dales tregua por un tiempo. (LXXXVI, 17).

Este caso de violencia había sido una especie de excepción por ambas partes ya que el Quraysh en su conjunto pareció dispuesto a tolerar la nueva religión, incluso después de que el Profeta la había proclamado abiertamente, hasta que vio que se dirigía contra sus dioses, sus principios y sus prácticas ancestrales. Una vez que se dieron cuenta de ello algunos de sus hombres principales fueron a ver a Abu Talib para insistirle en que debía reprimir las actividades de su sobrino. Abu Talib les dio largas con una respuesta conciliadora; pero cuando vieron que no había hecho nada volvieron de nuevo a verlo y le dijeron: "¡Oh Abu Talib! Posees entre nosotros un rango elevado y honorable, y te hemos pedido que moderaras al hijo de tu hermano, pero no lo has hecho así. ¡Por Dios! No permitiremos que nuestros padres sean insultados, que nuestras costumbres sean objeto de burla ni que nuestros dioses sean injuriados. O le haces desistir o bien os combatiremos a los dos." Entonces lo dejaron, y, profundamente afligido, envió por su sobrino, y después de contarle con lo que habían amenazado, dijo: "¡oh hijo de mi hermano, ten consideración de mí y de ti mismo. No me cargues con un fardo mayor del que puedo aguantar." El Profeta le respondió diciendo: "Juro por Dios que aunque ellos pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en la izquierda para que abandonara esta misión antes de que Él la haya hecho victoriosa, a no ser que muriera en el empeño, no la abandonaría." (1.1.168). Luego, con lágrimas en los ojos, se incorporó y se volvió para marcharse, pero su tío lo volvió a llamar: "Hijo de mi hermano," dijo, "vete y di lo que desees, porque por Dios no te abandonaré bajo ningún concepto."
Cuando vieron que sus palabras no habían conseguido nada con Abu Talib, el Quraysh todavía vaciló en atacar directamente a su sobrino, porque, como jefe del clan, Abu Talib tenía el poder de conceder protección inviolable, y a todos los restantes jefes de clan de la Meca les interesaba procurar que los derechos de los jefes se respetasen debidamente. Así pues por el momento se limitaron a organizar una amplia persecución de los partidarios de la nueva religión que no tenían a nadie que los protegiera.

Mientras tanto consultaron entre sí para intentar elaborar una política común sobre el problema que se les presentaba. La situación era sumamente grave: pronto llegaría la época de la Peregrinación y árabes de todas las partes de Arabia vendrían a la Meca. Ellos, el Quraysh, gozaban de una elevada reputación por la hospitalidad, no solamente en cuanto al alimento y la bebida sino también porque daban una buena acogida a todos los hombres, al igual que a sus dioses. Pero este año los peregrinos oirían a Muhammad y a sus seguidores insultar a sus dioses y serían instados a abandonar la religión de sus antepasados y a adoptar una religión nueva que parecía tener numerosas desventajas.

Sin duda muchos de ellos no volverían otra vez a la Meca, lo cual no sólo resultaría perjudicial para el comercio sino que también socavaría el honor en que eran tenidos los guardianes del Santuario. En el peor de los casos, los árabes podrían coaligarse para expulsarlos de la Meca y establecer a otra tribu o grupo de tribus en su lugar como ellos mismos habían hecho anteriormente con Juzaah, y como Juzaah había hecho con Yurhum. Por lo tanto, era esencial que a los árabes visitantes se les dijera que Muhammad de ninguna manera representaba al Quraysh. Pero, aunque era fácil negar su condición de Profeta, eso era simplemente expresar una opinión e indirectamente invitar a los otros a escuchar sus demandas y juzgar por sí mismos. Había que decir algo más, y aquí fallaba el asunto, ya que a algunos les había dado por decir que era un adivino, a otros que se trataba de un poseso, a otros que de un poeta, y aún había otros que decían que era un hechicero. Consultaron a Walid, el hijo de Mugirah, probablemente el hombre más influyente de la tribu en ese momento, sobre cuál de esas acusaciones sería la más convincente, pero él las rechazó todas como desacertadas; sin embargo, pensándoselo mejor, decidió que aunque el hombre en cuestión no era ciertamente un hechicero, compartía por lo menos una cosa con los hechiceros: poseía el poder de separar a un hombre de su padre, o de su hermano o de su esposa o de su familia en general. Por lo tanto les aconsejó que dejasen que su acusación unánime siguiese esas líneas, es decir, que Muhammad era un hechicero peligroso al que había que evitar a toda costa. Una vez que se hubo acordado seguir su consejo, decidieron que había que vigilar desde fuera de la Meca todos los caminos por los que se llegaba a la ciudad, y que había que advertir por anticipado a los visitantes para que estuviesen en guardia contra Muhammad, porque sabían por propia experiencia qué gran carisma podía tener. ¿No había sido, antes de empezar a predicar, uno de los hombres más queridos de la Meca? Y ni su lengua había perdido nada de su elocuencia ni su presencia nada de su incitante majestad.

Llevaron a cabo sus planes con minuciosidad y con celo. Por lo menos en un caso en concreto, sin embargo, estuvieron condenados al fracaso desde el principio. Un hombre de los Bani Gifar llamado Abu Dharr su tribu vivía al noreste de la Meca, no lejos del Mar Rojo ya había tenido noticias del Profeta y de la oposición a él. Como la mayoría de los miembros de su tribu, Abu Dharr era un salteador de caminos; pero, a diferencia de ellos, él creía firmemente en la Unidad de Dios y se negaba a prestar ninguna consideración a los ídolos. Su hermano Unays había ido a la Meca por alguna razón, y de regreso contó a Abu Dharr que allí había un hombre del Quraysh que afirmaba ser un profeta y que decía que no hay dios sino Dios, y su pueblo lo había rechazado por ello. Abu Dharr partió inmediatamente para la Meca, con la certeza de que allí había un verdadero profeta, y, a su llegada, los qurayshíes que vigilaban las entradas le dijeron todo lo que deseaba saber antes de que tuviera tiempo de preguntar. No resultó difícil encontrar el camino que conducía a la casa del Profeta. Éste yacía dormido sobre un banco en el patio; un pliegue del manto le cubría el rostro. Abu Dharr lo despertó y le deseó buenos días. "¡Sobre ti sea la Paz!" dijo el 3 Profeta. "Declama para mí tus palabras", dijo el beduino. "Yo no soy un poeta," dijo el Profeta, sino que lo que recito es el Corán, y no soy yo quien habla sino que es Dios quien lo hace." "Recita para mí", insistió Abu Dharr, y el Profeta le recitó una azora; después de lo cual, Abu Dharr dijo: "Doy testimonio de que no hay más dios que Dios, y de que Muhammad es el mensajero de Dios." "¿Quién es tu gente?" le preguntó el Profeta; ante esta respuesta del hombre lo miró de arriba abajo, asombrado, y dijo: "Ciertamente Dios guía a quien Él quiere." (I.S. IV, 164). Demasiado bien se sabía que los Bani Gifar eran en su mayoría salteadores de caminos. Después de instruirlo en el Islam, el Profeta le pidió que se volviese con su gente y que esperase sus órdenes. Por consiguiente, se volvió con los Baní Gifar, muchos de los cuales abrazaron el Islam a través de él. Mientras tanto siguió con su ocupación de salteador, con atención especial a las caravanas del Quraysh. Pero cuando había despojado una caravana se ofrecía a devolver lo que había tomado con la condición de que diesen testimonio de la Unidad de Dios y de que Muhammad era un profeta.

Otro encuentro con el Profeta tuvo como resultado la entrada al Islam de los Bani Daws,

que era, del mismo modo que Gifar, una distante tribu occidental. Tufayl, un hombre de Daws, contaría más tarde cómo había sido advertido a su llegada a la Meca acerca de las consecuencias que podía traerle el hecho de hablar con el hechicero Muhammad o incluso escuchar-lo. Temía sobre todo poder llegar a verse separado de los suyos. Tufayl era poeta y gozaba de una reputación considerable en su tribu. El Quraysh, por ello, insistió especialmente en su advertencia, y le hicieron concebir tanto miedo de ser embrujado que antes de ir a la Mezquita se taponó los oídos con algodones. El Profeta estaba allí, acababa de adoptar su postura para la plegaria, entre la Esquina del Yemen y la Piedra Negra, como solía hacer, orientado hacia Jerusalén, con el muro suroriental de la Kaabah justo delante de él. Su recitación de los versículos coránicos no era muy alta pero, con todo, algo de ella penetró en los oídos de Tufayl. "Dios no quiso consentirlo", dijo este, 'sino que me hizo escuchar algo de lo que se recitaba y oí palabras hermosas. Así que me dije a mí mismo: «Yo soy un hombre perspicaz, un poeta, y no ignoro la diferencia entre lo hermoso y lo vil. ¿Por qué entonces no debería escuchar lo que este hombre dice? Si es hermoso lo aceptaré, y sí es vil lo rechazaré.» Permanecí allí hasta que el Profeta se marchó; lo seguí, y cuando entró en su casa yo entré siguiéndole los pasos y dije: «¡oh Muhammad, tu pueblo me contó esto y lo otro y me asustaron tanto acerca de tu condición que me taponé los oídos por temor a oírte. Pero Dios no quiso permitirlo y me hizo escucharte. Dime pues la verdad de lo que eres.»
El Profeta le explicó el Islam y recitó el Corán, y Tufayl hizo su profesión de fe. Luego se volvió con su gente dispuesto a convertirla. Su padre y su mujer lo siguieron en el Islam, pero el resto de los Daws vaciló. Tufayl regresó a la Meca profundamente decepcionado y airado, solicitando al Profeta que les echase una maldición. Pero, en su lugar, el Profeta pidió para que fueran guiados y dijo a Tufayl: "Vuelve con tus gentes, llámalas al Islam y trátalas con dulzura." (1.1.252-4). Así pues, volvió, siguió fielmente estas instrucciones, y con el paso de los años se fueron convirtiendo cada vez más familias de los Daws.

Antes de conocer al Profeta, Tufayl solamente había conocido a los enemigos de éste; pero otros peregrinos conocieron también a sus seguidores, que les contaron una historia muy diferente de la que los enemigos relataban, y cada cual creyó lo que su naturaleza le impulsaba a creer. Como consecuencia, en toda Arabia se hablaba, mejor o peor, de la nueva religión de Muhammad; pero en ningún lugar se habló tanto de ella como en el oasis de Yathrib.

Capítulo 19

Aws y Jazrach

Las tribus de Aws y Jazrach tenían alianzas con algunas de las tribus judías que vivían junto a ellas en Yathrib. Pero las relaciones entre unos y otros a menudo eran tensas y cargadas de hostilidad, debido en gran parte a que los monoteístas judíos, conscientes de ser el pueblo elegido por Dios, despreciaban a los árabes politeístas, mientras que al mismo tiempo tenían que mostrarles cierto respeto a causa de su mayor poderío. En momentos de aspereza y frustración se sabía que los judíos decían: "Prácticamente ha llegado ya el tiempo de un Profeta que tiene que ser enviado; con él os daremos muerte, del mismo modo que Ad e Iram fueron muertos."' Y a sus rabinos y adivinos, cuando se les preguntaba por dónde vendría el Profeta; siempre habían señalado en la dirección del Yemen, que era también para ellos la de la Meca. Así pues, cuando los árabes de Yathrib oyeron que de hecho un hombre en la Meca se proclamaba ahora profeta, aguzaron bien los oídos, y su interés se acrecentó cuando se les contó algo sobre su mensaje, porque ya les eran familiares muchos de los principios de la religión ortodoxa. En momentos de mayor distensión, los judíos les hablaban con frecuencia de la Unidad de Dios y de los fines últimos del hombre, y discutían juntos sobre estos temas. La idea de que resucitarían de la muerte era especialmente difícil de aceptar para los politeístas, y, advirtiendo esto, uno de los rabinos había señalado hacia el sur y había dicho que de allí estaba a punto de llegar un Profeta que afirmaría la verdad de la Resurrección.
Pero su preparación mayor para las noticias de la Meca había venido indirectamente de un judío Tíamado Ibn al-Hayyaban. Emigrado de Siria, en más de una ocasión había salvado de la sequía al oasis gracias a sus plegarias en petición de lluvia. Este hombre santo había muerto por la época en que el Profeta recibió su primera Revelación, y cuando se había sentido próximo a morir como les contaron posteriormente a Aws y a Jazrach- dijo a quienes lo rodeaban: "¡oh judíos! ¿Qué fue, pensad, lo que me hizo abandonar una tierra de pan y vino por una tierra de privaciones y hambre?" "Tú eres quien mejor lo sabe", le respondieron. "Vine a este país", les contestó, "esperando la llegada de un Profeta cuyo tiempo está cerca. Él emigrará a este país. Tenía esperanzas de que me hubiera dado tiempo de seguirle. Su hora la tenéis encima." (1.1.136). De entre quienes oyeron estas palabras, algunos jóvenes judíos las tomaron muy en serio, y gracias a ellas pudieron, cuando llegó el momento, aceptar al Profeta aun no siendo judío.

Pero en general, mientras que los árabes se mostraban a favor del hombre pero contrarios al mensaje, los judíos estaban a favor del mensaje pero contra el hombre. Porque ¿cómo podría enviar Dios un Profeta que no fuera del pueblo elegido? Con todo, cuando los peregrinos traían a Yathrib noticias del Profeta los judíos se interesaban a pesar suyo y vehementemente interrogaban para que les diesen más detalles. Cuando los árabes del oasis se dieron cuenta de esta vehemencia y vieron de qué modo la naturaleza monoteísta del mensaje aumentaba diez veces más el interés de los rabinos, no pudieron evitar sentirse impresionados, como lo estaban los mismos portadores de las nuevas.
Aparte de tales consideraciones, la tribu de Jazrach era plenamente consciente de sus fuertes lazos de parentesco con el mismo hombre que decía ser un profeta y que había visitado Yathrib con su madre siendo niño, y, posteriormente, más de una vez de camino hacia Siria. En cuanto a los Aws, uno de sus hombres principales, Abu Qays, se había casado con una mequí que era tía de Waraqah y también de Jadiyah. Abu Qays había residido a menudo con la familia de su mujer, y respetaba la opinión de Waraqah sobre el nuevo profeta.

Todos estos factores, además de los continuos informes de los peregrinos y de otros visitantes de la Meca, comenzaron a trabajar entonces sobre la población del oasis. Por el momento la mayor parte de su atención se centraba en los urgentes problemas de sus propios asuntos internos. Una disputa que había terminado en derramamiento de sangre entre Aws y Jazrach había involucrado progresivamente a un número cada vez mayor de clanes de las dos tribus. Incluso los judíos habían tomado partido. Ya se habían librado tres batallas, pero, en lugar de ser decisivas, sólo habían conseguido excitar más los ánimos, multiplicando las exigencias de venganza. Parecía inevitable una cuarta batalla de dimensiones mayores que las anteriores, y fue a la vista de esto que los jefes del Aws tuvieron la idea de enviar una delegación a la Meca para pedir al Quraysh su ayuda contra Jazrach.

Mientras estaban esperando una respuesta el Profeta se acercó a ellos y les preguntó si querían algo mejor que aquello a por lo que habían venido. Le dijeron que qué podría ser, y él les habló de su misión y de la religión que había recibido la orden de predicar. Luego les recitó algo del Corán, y cuando hubo terminado, un joven llamado Iyas, hijo de Muadh, exclamó:

"¡Compañeros, por Dios que esto es mejor que aquello a por lo que vinimos!", pero el jefe de la delegación tomó un puñado de tierra y lo arrojó a la cara del joven, diciendo: "¡Cállate! ¡Por mi vida, hemos venido a por otra cosa!" Iyas se quedó callado y el Profeta los dejó. El Quraysh denegó su petición de ayuda y se volvieron para Medina. Poco después de esto murió Iyas, y aquellos que presenciaron su muerte dijeron que, incesantemente, lo habían escuchado dar testimonio de la Unidad de dios, y magnificarlo, alabarlo y glorificarlo hasta el final. De este modo, se le reconoce como el primer hombre de Yathrib que abrazó el Islam.

Capítulo 20

Abu Yahl y Hamzah

El crecimiento ininterrumpido del número de los creyentes en la Meca trajo consigo un incremento correspondiente de la hostilidad de los incrédulos. Un día, cuando algunos de los principales hombres del Quraysh se hallaban reunidos en el Hichr atizándose implacablemente entre sí la cólera contra el Profeta, sucedió que éste en persona entró en el Santuario. Dirigiéndose hacia la esquina oriental de la Kaabah, besó la Piedra Negra y comenzó a dar las siete vueltas Cuando pasó junto al Hichr elevaron sus voces profiriendo ignominiosas calumnias contra él; por la expresión de su rostro estaba claro que había escuchado sus palabras. Pasó junto a ellos de nuevo una segunda vez y volvieron a difamarlo Pero, mientras hacía lo mismo la tercera vez que pasaba a su lado, se detuvo y dijo: "¡Oh Quraysh! ¿Queréis escucharme? ¡Ciertamente que, por Aquél en cuyas manos está mi alma, os traigo inmolación!" Esta palabra y la forma en que la dijo pareció dejarlos paralizados como por hechizo. Ninguno de ellos se movió ni habló, hasta que al fin el silencio fue roto por uno de los que se habían mostrado más violentos, diciendo con toda amabilidad:
"Sigue tu camino, ¡oh Abu-l-Qasim!, porque, por Dios, tú no eres un necio ignorante." Sin embargo, no duró mucho el respiro, porque pronto comenzaron a culparse a sí mismos por haberse atemorizado tan inexplicable-mente, y juraron que, en el futuro, habrían de enmendar esta debilidad pasajera.

Uno de los peores enemigos del Islam era un hombre de Majzum llamado Amr y conocido por su familia y amigos como Abu-l-Hakam, nombre que los musulmanes no tardaron en convertir en Abu Yaht, "el padre de la ignorancia". Era nieto de Mugirah y sobrino del ya entrado en años Walid, que era el jefe del clan. Abu Yahl estaba seguro de que sucedería a su tío, y ya se había establecido una cierta posición en la Meca a través de su riqueza y su hospitalidad ostentosa, y en parte también por haberse hecho temido a causa de su implacabilidad y prontitud para vengarse de cualquiera que se le opusiera. Había sido el más incansable de todos los hombres que habían controlado las entradas de la Meca durante la reciente Peregrinación y el más ruidoso en su denuncia del Profeta como un brujo peligroso. Era también el primero a la hora de perseguir a los creyentes más indefensos de su propio clan, y de incitar a otros clanes a hacer lo mismo. Pero un día, a pesar suyo y de manera indirecta, rindió a la nueva religión un gran servicio.

El Profeta se encontraba sentado fuera de la Mezquita, cerca de la Puerta de Sala, llamada así porque los peregrinos salían por ella para cumplir el rito de pasar siete veces entre la colina de Safa, que está cerca de la Puerta, y la colina de Marwah, a unos 450 metros hacia el norte. Una roca cerca del pie de Safa señala el punto de inicio del antiguo rito, y el Profeta se hallaba solo en este lugar santificado cuando Abu Yahl entró en la Mezquita para unirse a los qurayshíes que estaban reunidos en el Hichr. El Profeta, embargado por la tristeza, se puso de pie y regresó a su casa.

Apenas se había marchado cuando, por la dirección opuesta, apareció Hamzah de vuelta de caza, con el arco colgando del hombro. Tenía por costumbre, siempre que regresaba de cazar, hacer los honores a la Casa Sagrada antes de reunirse con su familia. Viéndolo acercarse, cerca de la Puerta de Safa, una mujer salió de su casa y lo abordó. Era ella una liberta del ya fallecido Abd Allah ibn Yudan de Taym, el hombre que veinte años antes había sido uno de los principales introductores del pacto de caballería, "Hilf al-Fudul." Los Yudan eran primos de Abu Bakr, y ella misma, mostrándose bien dispuesta

hacia el Profeta y su religión, se había sentido ultrajada por los insultos de Abu Yahl, todas y cada una de cuyas palabras había acertado a oír. "Abu Umarah,'" le dijo a Hamzah, "ojalá hubieses visto cómo Muhammad, el hijo de tu hermano, fue tratado hace un momento por Abu-l-Hakam, el hijo de Hisham. Lo encontré aquí sentado, y de la forma más odiosa lo injurió y vilipendió. Luego lo dejó" ella señaló entonces hacia la Mezquita para indicar a dónde había ido "y Muhammad no respondió ni una palabra." Hamzah, hombre de naturaleza amable y maneras sencillas, era sin embargo el hombre más valiente del Quraysh, y cuando se excitaba podía llegar a ser el más formidable y el más inflexible. Su fornido cuerpo se sintió sacudido entonces por una cólera como nunca había experimentado antes, y su cólera liberó algo en su alma, dando conclusión a una resolución ya medio formada. Entrando a grandes zancadas en la Mezquita se fue derecho hacia Abu Yahl, y, de pie, por encima de él, alzó su arco y lo descargó con todas las fuerzas sobre su espalda. "¿Quieres insultarlo," dijo "ahora que yo soy de su religión y ahora que afirmo lo que él afirma? Devuélveme golpe por golpe, si puedes." A Abu Yahl no le faltaba coraje, aunque en esta ocasión, evidentemente, sintió que era mejor dar por concluido el incidente. Así, cuando algunos de los majzumíes presentes se levantaron con la intención de ayudarlo, él les hizo señas para que se sentasen, diciendo: "Dejad a Abu Umarah, porque por Dios que injurié al hijo de su hermano de una forma absolutamente repugnante."

Capítulo 21

El Quraysh hace ofertas y demandas

Desde el día Hamzah mantuvo fielmente su Islam y siguió todas las ordenes del Profeta. Su conversión no dejó de ejercer cierta influencia sobre el Quraysh, que ahora se mostraba más titubeante a la hora de hostigar directamente a Muhammad sabiendo que Hamzah lo protegía Por otro lado, este acontecimiento totalmente inesperado les hizo ser tanto mas conscientes de lo que consideraban que era la gravedad de la situación, cuanto que incrementó la sensación que tenían de que se necesitaba encontrar una solución para detener un movimiento que, así les parecía a ellos, sólo podía terminar en la ruina de la posición privilegiada que disfrutaban entre los árabes. A la vista de este peligro, acordaron cambiar sus tácticas y seguir la sugerencia hecha en una asamblea por uno de los hombres principales de Abdu Shams, Utbah íbn Rabiah. "¿Por qué no voy a ver a Muhammad," dijo, "y le hago ciertas ofertas, algunas de las cuales podría aceptar? y lo que aceptase, se le daría, a condición de que nos dejase en paz." Se supo entonces que Muhammad estaba sentado solo junto a la Kaabah. Así pues, sin dilación, Utbah dejó la asamblea y se dirigió hacia la Mezquita. Se había propuesto a sí mismo para esta misión, en parte, porque era nieto de Abdu Shams, el hermano de Hashim; y aunque los clanes que habían tomado sus nombres de estos dos hijos de Abdu Manaf, hijo del gran Qusayy, habían seguido direcciones opuestas, sus diferencias podían ser fácilmente enterradas en virtud de su ascendencia común. Además, Utbah era de una naturaleza menos violenta y más conciliadora que la mayoría de los qurayshíes, y era también más inteligente.

"Hijo de mi hermano," le dijo al Profeta, "como bien sabes, tú eres un noble de la tribu y tu ascendencia te asegura una plaza de honor. Y ahora has traído a tu pueblo un asunto que produce una profunda preocupación, por cuya causa has escindido su comunidad, has declarado necio su modo de vida, has hablado vergonzosamente de sus dioses y de su religión, y a sus antepasados los has llamado infieles. Escucha, pues, lo que propongo, y mira si algo de ello te resulta aceptable. Si lo que buscas es la riqueza, de nuestras distintas propiedades juntaremos una fortuna para ti para que puedas ser el hombre más rico de entre nosotros. Si lo que quieres es el honor, te haremos nuestro jefe supremo y no tomaremos ninguna decisión sin que tú antes la apruebes; si ambicionas la realeza, te designaremos nuestro rey, y si tú mismo no puedes desembarazarte de este genio que se te aparece, encontraremos para ti un físico y gastaremos nuestra riqueza hasta que te cure por completo." Cuando hubo terminado de hablar, el Profeta le dijo: "Ahora escúchame tú, ¡oh padre de Walid!" "Lo haré", dijo Utbah, y el Profeta le recitó parte de una Revelación que había recibido recientemente.

Utbah estaba preparado para simular al menos que prestaba atención, como política hacia un hombre al que esperaba ganarse, pero después de unas pocas frases todos esos pensamientos se mudaron en admiración por las mismas palabras. Estaba allí sentado con las manos a la espalda, apoyándose sobre ellas mientras escuchaba, asombrado por la belleza del lenguaje que penetraba en sus oídos. Las señales que le fueron recitadas hablaban de la Revelación y de la Creación de la Tierra y el Firmamento. Luego, de los Profetas y de los pueblos antiguos que, habiéndoles resistido, habían sido destruidos y condenados al Infierno. Después venía un pasaje que hablaba de los creyentes, prometiéndoles la ayuda de los ángeles en esta vida y la satisfacción de todos sus deseos en el Más Allá. El Profeta terminó su recitación con las palabras: ¡Y entre sus signos están la noche y el día y el sol y la luna! No os prosternéis en adoración ante el sol y ante la luna, sino prosternaos en adoración ante Dios su Creador, si verdaderamente Lo

adoráis. (Corán, XLI, 31). Después de esto se postró tocando el suelo con su frente, para decir al fin: "Ya has oído, ¡Oh Abu-l-Walid! El resto es cosa tuya."

Cuando Utbah volvió a sus compañeros, éstos quedaron tan impresionados por el cambio de la expresión de su rostro que exclamaron: "¿Qué te ha sucedido, oh Abu-l-Walid?" Él les respondió diciendo: "He escuchado unas palabras como jamás había oído nada antes. No es poesía, por Dios, ni es brujería ni adivinación. Hombres del Quraysh, escuchadme, y haced como digo. No os interpongáis entre este hombre y lo que hace, sino dejadle, porque por Dios las palabras que he escuchado de él serán recibidas como grandes nuevas. Si los árabes le dan muerte os habréis deshecho de él a manos de otros, y si él vence a los árabes, entonces su soberanía será vuestra soberanía y su poderío será vuestro poderío y seréis los hombres más afortunados." Pero se mofaron de él, diciendo: "Te ha hechizado con su lengua." "Os he dado mi opinión", respondió él, "haced pues lo que consideréis mejor." No se opuso más a ellos, y el impacto que le habían producido los versículos coránicos no fue más que una impresión pasajera. Entre tanto, ya que no había traído ninguna respuesta a las preguntas que había planteado, uno de los otros dijo: "Enviemos por Muhammad, hablemos y discutamos estas cosas con él, para que no se nos pueda culpar de no haber intentado todas las soluciones. Mandaron pues por Muhammad, diciendo:

"Los nobles de tu pueblo se encuentran reunidos para poder hablar contigo." Él se dirigió con toda premura hacia donde lo estaban esperando, pensando que tenían que haber sido persuadidos a cambiar su actitud. Anhelaba guiarlos hacia la verdad; pero sus esperanzas se desvanecieron tan pronto como empezaron a repetir las ofertas que ya le habían hecho. Cuando hubieron concluido, él les dijo: "No estoy poseído, ni busco el honor entre vosotros ni la realeza sobre vosotros. Antes bien, Dios me ha enviado a vosotros como mensajero, me ha revelado un libro y me ha ordenado que sea para vosotros un portador de buenas nuevas y un amonestador. Así que os he comunicado el mensaje de mi Señor, y os he aconsejado bien. Si aceptáis lo que os he traído, eso significa vuestra buena fortuna en este mundo y en el venidero; pero si lo rechazáis, entonces esperaré pacientemente a que Dios juzgue entre nosotros."

La única respuesta que obtuvo fue la de volver al mismo sitio donde se habían quedado, y de nuevo escuchar que si no quería aceptar sus ofrecimientos que entonces hiciese algo que les demostrase que era un mensajero de Dios y que al mismo tiempo les facilitase la vida. "Pide a tu Señor que nos quite estas montañas que nos encierran, que nos allane nuestra tierra y que haga que fluyan por ella ríos como los de Siria e Iraq; que nos resucite a algunos de nuestros antepasados, Qusayy entre ellos, para que podamos preguntarles silo que tú dices es cierto o falso. O, si no quieres hacer estas cosas para nosotros, pide entonces favores para ti mismo. Pide a Dios que te envíe un Ángel que confirme tus palabras y nos desmienta a nosotros. Y pídele que te otorgue jardines y palacios y tesoros de oro y plata para que sepamos lo buenas que son tus relaciones con tu Señor. El Profeta les respondió, diciendo: "Yo no soy de los que piden a Dios esa clase de cosas, ni he sido enviado para eso, sino que Dios me envió para amonestar y comunicar buenas nuevas." Negándose a escuchar, le dijeron: "Entonces haz que el cielo se caiga en pedazos sobre nuestras cabezas", en desdeñosa referencia al versículo ya revelado: Si nos place, podemos hacer que la tierra se los trague o que el firmamento caiga en pedazos sobre ellos. (XXXIV, 9). "Eso tiene que decidirlo Dios", dijo. "Si Él lo desea, lo hará."

Sin responder, salvo el mutuo intercambio de miradas, pasaron a otro punto. Para ellos, uno de los rasgos más misteriosos de la Revelación era la recurrencia constante al extraño nombre Rahman, aparentemente relacionado con la fuente de la inspiración del Profeta. Una de las Revelaciones comenzaba con las palabras El Compasivo (al-Rahman) ha enseñado el Corán (LV, 1), y porque les agradaba aceptar el rumor de que Muhammad aprendía las palabras que decía de un hombre de Yamamah, su réplica final

en esta ocasión fue decir: "¡Hemos oído que todo esto te lo enseña un hombre de Yamamah llamado Rahman, y en Rahman nunca creeremos!" El Profeta permaneció en silencio, y ellos continuaron: "Nos hemos justificado ahora ante ti, Muhammad; y por Dios juramos que no te dejaremos en paz ni desistiremos del tratamiento que ahora te deparamos hasta que terminemos contigo o tú termines con nosotros." Y uno de ellos añadió:

"No creeremos en ti hasta que nos traigas a Dios y a los Ángeles como garantía." Ante estas palabras, el Profeta se incorporó y, cuando estaba a punto de dejarlos, Abdallah, el hijo de Abu Umayyah de Majzum, también se levantó y le dijo: "Jamás te creeré; mejor dicho, no hasta que cojas una escalera y subas por ella al cielo, y hasta que traigas cuatro Ángeles para que den testimonio de que eres lo que afirmas ser; e incluso entonces creo que seguiría sin creerte." Este Abdallah era por parte de padre primo carnal de Abu Yahl; pero su madre era Atikah, hija de Abd al-Muttalíb, y había puesto a su hijo el nombre de su hermano, el padre del Profeta. Así pues, éste se marchó a casa con la tristeza de oír semejantes palabras de boca de un pariente tan cercano, tristeza que se sumaba a su pesar general por la gran distancia que ahora se extendía entre él y los jefes de su pueblo.

Sin embargo, del clan Majzum, en el que tanto odio parecía concentrarse, tenía por lo menos la devoción de Abu Salamah, el hijo de su tía Barrah; y ahora, de esta dirección le vinieron a la nueva religión de Muhammad una ayuda y fuerza inesperadas. Abu Salamah tenía un rico primo, por parte de padre, llamado Arqam -sus abuelos majzumíes eran hermanos-, y Arqam acudió al Profeta y pronunció las dos testificaciones la ilaha illa Llah, "no hay dios sino Dios", y Muhammad rasulu Llah, "Muhammad es el Enviado de Dios." Luego puso a disposición del Islam su gran casa situada casi al pie del monte de Safa. A partir de entonces los creyentes tuvieron un refugio en el mismo centro de la Meca, donde podían reunirse y hacer las plegarias en común sin temor a ser vistos o molestados.

Capítulo 22

Los líderes del Quraysh

Los seguidores del Profeta aumentaban sin cesar, pero siempre que se les acercaba un nuevo converso y le prometía su lealtad, la mayoría de las veces se trataba de un esclavo, de un liberto, de un miembro del Quraysh de los Alrededores o, todo lo más, un joven o una mujer del Quraysh de la hondonada, de familia influyente pero ellos mismos de ninguna influencia, y cuya conversión incrementaba diez veces la hostilidad de sus padres y parientes mayores. Abd al-Rahman, Hamzah y Arqam habían sido excepciones, pero estaban lejos de ser líderes. El Profeta anhelaba atraerse a alguno de los jefes; ninguno de los cuales, ni siquiera su tío Abu Talib, había mostrado ninguna inclinación a unírsele. Le sería de una gran ayuda para la propagación de su mensaje al contar con el apoyo de un hombre como el tío de Abu Yahl, Walid, que no sólo era el jefe de Majzum sino que, además, si se pudiera designar así, podía ser considerado como el líder extraoficial del Quraysh. Era, igualmente, un hombre que parecía más abierto al debate que muchos de los otros. Un día se le presentó al Profeta la oportunidad de hablar con WaTid a solas. Pero cuando estaban inmersos en la conversación acertó a pasar junto a ellos un ciego, uno que recientemente había abrazado el Islam, y, al escuchar la voz del Profeta, le pidió que le recitase algo del Corán. Cuando se le rogó que tuviese un poco de paciencia y que esperase otra ocasión más propicia, el ciego se molestó tanto que, al final, el Profeta frunció el ceño y le volvió la espalda. La conversación se había echado a perder; pero la interrupción no fue la causa de ninguna pérdida; Walid, en realidad, no estaba más abierto al mensaje que aquellos cuyo caso parecía desesperado.

Una nueva azora fue revelada casi inmediatamente; comenzaba con Tas palabras: Él frunció el ceño y se alejó, porque el ciego se le acercó. La Revelación continuaba: En cuanto a aquél que a si mismo se basta, a él le prestas toda tu atención, ¡aunque no es cosa tuya si no está purificado! Pero en cuanto a aquél que llega a ti lleno de celo y de temor de Dios, a ése no le haces caso.

(LXXX, 1-2, 5-10).

No mucho tiempo después de esto, WaTid habría de traicionar su propia autosuficiencia al decir: "¿Se le envían revelaciones a Muhammad y a mí no, cuando yo soy su señor y el principal hombre del Quraysh? ¿No se me envían ni a mí ni a Abu Masud, el jefe de Thaqif, cuando nosotros somos los dos grandes hombres de las dos ciudades?"' La reacción de Abu Yahl era menos fríamente confiada y más apasionada. La posibilidad de que Muhammad pudiera ser un profeta era demasiado intolerable para abrigarla ni por un solo momento. "Nosotros y los hijos de Abdu Manaf", decía, "hemos competido los unos con los otros por el honor. Ellos han dado de comer y nosotros hemos dado de comer. Ellos han cargado con los fardos de otros y nosotros hemos cargado con los fardos de otros. Ellos han dado y nosotros hemos dado; hasta que, cuando íbamos corriendo a la misma altura, rodilla con rodilla, como dos yeguas en una carrera, ellos van y dicen: "Uno de nuestros hombres es un Profeta; ¡le vienen Revelaciones del Cielo!" "¿Y cuándo lograremos nosotros algo parecido a esto? Por Dios, nunca lo creeremos, nunca admitiremos que dice la verdad." En cuanto al shamsí Utbah, su reacción fue menos negativa, pero carente en casi igual medida del sentido de la proporción; porque su primer pensamiento no fue que Muhammad tenía que ser seguido si era un profeta, sino que su condición de profeta aportaría honor a los hijos de Abdu Manaf. Así, un día, cuando Abu Yahl señaló con el dedo burlonamente al objeto de su odio y dijo a Utbah: "Ahí está

vuestro Profeta, ¡oh hijos de Abdu Manaf!", Utbah respondió bruscamente: "¿Y por qué habrías de llevar a mal si tenemos un profeta o un rey?" Esta última palabra era una referencia a Qusayy y un sutil recordatorio al majzumi de que Abdu Manaf era hijo de Qusayy mientras que Majzum sólo era su primo. El Profeta se encontraba lo suficientemente cerca para oír este altercado, y se acercó a ellos y dijo: "¡Oh Utbah, tú no te has irritado por la causa de Dios, ni por la de su Enviado, sino por la tuya misma! Y en cuanto a ti, Abu Yahl, te sobrevendrá una desgracia. Reirás poco y llorarás mucho." (Tab. 1203, 3).
Las fortunas de los diversos clanes del Quraysh estaban en continua fluctuación. Dos de los más poderosos en aquel tiempo eran Abdu Shams y Majzum. Utbah y su hermano Shaybah eran los líderes de una rama del clan shamsí. Su primo Harb, el antiguo líder de su rama umaya, había sido sucedido a su muerte por su hijo Abu Sufyan, que había desposado, entre otras, a la hija de Utbah, Hind. El éxito de Abu Sufyan, tanto en la política como en el comercio, se debía en parte a la reserva de su opinión y a su capacidad para la deliberación fría y paciente, y también al dominio' de sí mismo, si su astuto sentido de la oportunidad veía que de ello se podía obtener algún beneficio. Su imperturbabilidad provocaba frecuentemente la exasperación de Hind, impetuosa y de genio vivo, pero él raramente permitía que ella lo persuadiera una vez que había tomado una decisión, Como podía esperarse, era menos violento que Abu Yahl en su hostilidad hacia el Profeta.

Pero si los líderes del Quraysh estaban algo divididos en cuanto a su actitud hacia el Enviado, se mostraban, sin embargo, unánimes en su re-rechazó del mensaje. Habiendo todos ellos alcanzado un cierto éxito en la vida aunque los hombres más jóvenes esperaban que para ellos esto no fuese más que el principio habían logrado según la opinión unánime algo de lo que se había llegado a aceptar en Arabia como el ideal de la grandeza humana. La riqueza no era considerada un aspecto de esa grandeza, pero de hecho era casi una necesidad como medio para lograr el fin. Un hombre destacado tenía que estar muy solicitado como aliado y protector, lo cual significaba que él a su vez tenía que obtener aliados fieles. Esto, en parte, podía lograrlo tejiendo para sí, a través de sus propios matrimonios y los matrimonios de sus hijos e hijas, una red de relaciones poderosas y formidables. En este sentido, era mucho lo que se podía conseguir gracias a la riqueza, que el hombre prominente también necesitaba en su calidad de anfitrión. Las virtudes eran un aspecto esencial del ideal en cuestión, en especial la virtud de la generosidad, pero no con vistas al logro de una recompensa celestial. Ser alabados por los hombres, a lo largo y ancho de Arabia e incluso más allá, por estar colmados de riqueza, por una valentía leonina, por la inquebrantable fidelidad a la palabra dada, tanto silo había sido por alianza, protección, garantía o por cualquier otro propósito, ser alabados por estas virtudes en vida y después de la muerte constituía el honor y la inmortalidad que les parecía que daba un sentido a la vida. Hombres como Walid sentían algo de tal grandeza, y esto generaba en ellos una complacencia que los hacía sordos a un mensaje que hacía hincapié en la vanidad de la vida terrena, la vanidad del mismo marco donde habían tenido lugar sus propios éxitos. Su inmortalidad dependía de que Arabia continuase como estaba, de que los ideales árabes provenientes del pasado se perpetuasen en el futuro. Todos ellos eran sensibles, en diversos grados, a la belleza del lenguaje de la Revelación, pero en cuanto a su significado sus almas se cerraban espontáneamente a versículos como el que sigue, que les decían que ellos y sus venerados antepasados no habían conseguido nada, y que todos sus esfuerzos habían sido hechos en una dirección equivocada: *Y la vida de este mundo no es sino una diversión y un juego, pero la morada del más allá, e/la es ciertamente la Vida, si supieran al menos sólo esto.* (XXXIX, 64).

Capítulo 23

Asombro y esperanza

Los jóvenes y los menos favorecidos por el éxito de ninguna manera aceptaron el mensaje Divino en el acto; pero por lo menos la complacencia no había bloqueado sus oídos frente a la intensidad y vehemencia de las llamadas, que habían irrumpido sobre su pequeño mundo como las notas de un toque de trompeta. La voz que Uthman había oído clamando en el desierto "Durmientes, despertad" era análoga al mensaje, y éste era, ciertamente, para aquellos que ahora lo habían aceptado, lo mismo que si hubiesen despertado de un sueño y entrado en una nueva vida.

La actitud de los incrédulos, en el pasado y en el presente, se resume en las palabras: No hay más vida que la de acá y no seremos resucitados. (VI, 29). A esto respondían las palabras Divinas: No creamos el cielo, la tierra y lo que entre ellos hay como diversión. (XXI, 16; XLV, 38) ¿Pensáis que nosotros os hemos creado en vano y que no seréis devueltos a nosotros? (XXIII, 115). Para aquellos en los que la incredulidad no había cristalizado, estas palabras sonaban a algo verdadero; e igual sucedía con la Revelación en conjunto, que se describía a sí misma como una luz y con el poder de guiar. Un motivo básico paralelo para aceptar el mensaje era el Mensajero mismo, un hombre que estaba, tenía certeza de ello, demasiado lleno de verdad para engañar y demasiado lleno de sabiduría para engañarse a sí mismo. El mensaje contenía una advertencia y una promesa: la advertencia los impulsaba a tomar medidas, y la promesa los llenaba de gozo.

En verdad aquellos que dicen: "Nuestro Señor es Dios" y que después siguen Su vía rectamente, sobre ellos descienden los Ángeles diciendo: "No temáis ni os aflijáis; antes bien, escuchad' 'buenas nuevas del Paraiso que se os ha prometido. Somos vuestros amigos que os protegen en la vida de este Mundo y en el más allá, donde se os dará lo que vuestras almas anhelen, lo que pidáis, como don de Aquél que es Indulgente, Misericordioso. (XLI, 30-2).

Otro de los muchos versículos sobre el Paraíso que ya había sido revelado era uno que hablaba del Jardín de Inmortalidad que se ha prometido a los temerosos de Dios. De éste decía: En él tendrán cuanto deseen, eternamente -una promesa cuyo cumplimiento Tu Señor se ha impuesto. (XXV, 15).

Los creyentes verdaderos son definidos como quienes ponen sus esperanzas en el encuentro con Nosotros, mientras que los incrédulos son quienes no ponen sus esperanzas en el encuentro con Nosotros y están satisfechos con la vida de este mundo, hallando en ella su tranquilidad, y quienes no prestan atención a Nuestros signos. (X, 7). La actitud del creyente tiene que ser la opuesta en todos los sentidos. Uno de los aspectos de la ilusión onírica en la que los infieles estaban sumidos era el de no prestar atención a las bendiciones de la naturaleza, dándolas por supuestas. Estar despierto a la realidad significaba no solamente trasladar las esperanzas de uno de este mundo al venidero, sino también maravillarse en este mundo por los signos de Dios que en él se manifiestan: Bendito sea Quien ha puesto las constelaciones del Zodiaco en los cielos y entre ellas ha puesto un luminar y una luna luminosa. Y Él es Quien ha hecho que la noche y el día se sucedan, como signo para quien quiera reflexionar o quiera dar gracias. (XXXV, 61-62).

Los líderes del Quraysh habían pedido insolentemente señales tales como que

descendiese un Ángel para confirmar la condición de Profeta de Muhammad, y que éste fuese elevado al Cielo. En una ocasión, una noche de luna llena, no mucho después de haber salido, cuando se la veía suspendida en el cielo sobre el monte Hira, un grupo de incrédulos se acercó al Profeta y le pidió que la partiese en dos como prueba de que él era realmente el Enviado de Dios. Muchos otros estaban también presentes, incluyendo creyentes y gentes que dudaban, y cuando se le hizo la petición todas las miradas se volvieron hacia la luminaria. Fue grande su asombro al verla dividirse en dos mitades que se alejaron la una de la otra hasta que a cada lado de la montaña refulgió una media luna. "Dad testimonio", dijo el Profeta. (B. LXI, 24). Pero los que se lo habían pedido rechazaron este milagro óptico tachándolo de pura magia (C. LIV, 1-2), diciendo que los había hechizado. Los creyentes, por otro lado, se regocijaron y algunos de los que titubeaban abrazaron el Islam, mientras que otros se acercaron más a él.

Esta inmediata respuesta celestial a un reto cargado de burla fue una excepción. Otras de las señales exigidas por el Quraysh realmente se cumplieron, pero no exactamente como ellos habían pedido, y no en su tiempo sino en el de Dios. Hubo también muchos milagros menores de los que sólo los creyentes fueron testigos. Pero nunca se permitió que tales maravillas ocupasen el centro, porque el mismo Libro revelado era el milagro central de la intervención Divina que entonces estaba teniendo lugar, del mismo modo que Cristo había sido el milagro central de la anterior intervención.

Según el Corán, Jesús es a la vez el Enviado de Dios y también Su Palabra, que Él ha comunicado a María, y un Espíritu que procede de Él (IV, 171). Y como había sucedido con la Palabra-hecha-carne, así ahora, de forma análoga, era a través de la Presencia Divina en este mundo de la Palabra- hecha-libro que el Islam era una religión en el verdadero sentido del vínculo o conexión con el Más Allá. Una de las funciones de la Palabra-hecha-libro, con miras a la religión primordial que el Islam afirmaba ser (XXX, 30), era volver a despertar en el hombre su primitivo sentido de admiración que, con el paso del tiempo, se había debilitado o extraviado. Por lo tanto, cuando el Quraysh pide maravillas, la principal respuesta del Corán es señalar aquellas maravillas que siempre han tenido ante los ojos sin verles su carácter prodigioso:

¿Acaso no ven cómo han sido creados los camellos? ¿Y cómo ha sido elevado el firmamento? ¿Y cómo han sido asentadas las montañas? ¿Y cómo ha sido extendida la tierra? (LXXXVIII, 17-20).

El asombro y la esperanza exigidos del creyente son, ambas, actitudes de vuelta hacia Dios. El sacramento de acción de gracias, decir La Alabanza a Dios, Señor de los Mundos, incluye asombro y devuelve la cosa alabada, y, con ella, al que alaba, al Origen Trascendente de todo bien. El sacramento de consagración, decir En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, precipita al alma en la misma dirección hacia la corriente de esperanza. En esta vía de retorno se centra la plegaría básica del Islam, al-Fatihah, la Apertura, llamada así porque es el primer capítulo del Coran :

La alabanza a Dios, Señor de los mundos, El Clemente, El Misericordioso, Señor del Día del Juicio, A Ti adoramos, y en Ti buscamos ayuda. Guíanos en el camino recto, el camino de aquellos a quienes has agraciado, no de aquellos sobre quienes está tu ira ni de aquellos que están extraviados. (1, 2-7).

También básica como una expresión perfecta y concentrada de la doctrina del Islam es la Surat al-Ijías, la Azora de la Sinceridad, que está situada al final del Corán, la antepenúltima azora, y que fue revelada cuando un idólatra pidió al Profeta que describiera a su Señor:

Di: Él, Dios, es Uno.
Dios, El Perfecto, de Quien todas las cosas dependen.
Él no engendra, ni es engendrado,

y nadie es como Él. (CXII).

Capítulo 24

Divisiones familiares

Alib y Aqil, los hijos mayores de Abu Talib, no habían seguido el ¡ejemplo de sus hermanos menores Yafar y Ah, sino que, al igual que su padre, habían permanecido sin convertirse pero tolerantes. La actitud de Abu Lahab era muy diferente: desde el reciente enfrentamiento con los líderes del Quraysh se había vuelto completamente hostil, y su esposa Umm Yamil, la hermana del líder shamsí Abu Sufyan, había concebido gran odio hacia el Profeta. Entre ambos obligaron a sus dos hijos a repudiar a Ruqayyah y Umm Kulthum -no hay certeza de si los matrimonios ya se habían realizado o si todavía solamente estaban comprometidos. Sin embargo, la satisfacción de Umm Yamil por esta ruptura disminuyó cuando se enteró de que su rico primo umayya Uthman ibn Affan había pedido la mano de Ruqayyah y la había desposado. Este matrimonio fue muy grato al Profeta y a Jadiyah. Su hija era feliz y su nuevo yerno quería con verdadera devoción a su mujer y a sus suegros. Había también otra consideración que los obligaba a dar gracias: Ruqayyah era la más hermosa de sus hijas y una de las mujeres más bellas de su generación en toda la Meca, y Uthman era un hombre de señalada apostura. Ver a ambos juntos ya era por sí sola una razón para regocijarse. "Dios es Bello y ama la Belleza." No mucho tiempo después de su matrimonio, cuando ambos se encontraban ausentes de la Meca, el Profeta les envió un mensajero, el cual regresó luego mucho más tarde de lo que se esperaba. Cuando comenzó a presentar sus excusas, el Profeta lo interrumpió, diciendo: "Te diré, si lo deseas, qué es lo que te ha retrasado: permaneciste allí mirando fijamente a Uthman y a Ruqayyah y maravillándote por su belleza." (S.205)

La tía del Profeta, Arwa, se decidió por aquel entonces a abrazar el Islam. La causa inmediata de su decisión fue su hijo Tulayb, un joven de quince años, que recientemente había hecho la profesión de fe en casa de Arqam. Cuando se lo contó a su madre, ella dijo: "Si nosotros pudiéramos hacer lo que los hombres hacen, protegeríamos al hijo de nuestro hermano." Pero Tulayb se negó a aceptar vaguedad semejante. "¿Qué te impide abrazar el Islam", dijo él, "y seguirle? Tu hermano Hamzah lo ha hecho." Y cuando ella profirió su habitual excusa de esperar a sus hermanas, él la interrumpió diciendo: "Te ruego por Dios que vayas y lo saludes y le digas que crees en él y des testimonio de que No hay más dios que Dios." Ella hizo lo que le habían pedido, y, habiéndolo hecho, tomó coraje y reprendió a su hermano Abu Lahab por la forma de tratar a su sobrino.

Por lo que se refiere a los parientes de Jadiyah, tan pronto como el Islam se hizo conocido en la Meca, su medio hermano Nawfal se convirtió en uno de sus peores y más violentos enemigos. Esto, sin embargo, no evitó que su hijo Aswad abrazase la religión, lo cual fue para Jadiyah una compensación por la enemistad de Nawfal. Pero constituía un contratiempo el que su sobrino favorito, el shamsí Abu- l-As, que era desde hacía ya algunos años yerno suyo, no se hubiese convertido al Islam, al contrario que su mujer, Zaynab. Ahora los jefes de su clan y otros estaban ejerciendo una fuerte presión sobre Abu-l-As para que se divorciase de su mujer. Llegaron hasta el punto de sugerirle que buscase la novia más rica, mejor relacionada y más hermosa de las disponibles en la Meca, y le prometieron que si se divorciaba de Zaynab unirían sus fuerzas para arreglar el matrimonio en cuestión. Pero Zaynab y Abu- l-As se amaban profundamente: ella siempre albergaba la esperanza y pedía para que se uniese a ella en el Islam, y él, por su parte, dijo con firmeza a sus compañeros de clan que ya tenía a la mujer de su elección y que no quería a ninguna otra. Hakim, otro de los sobrinos de Jadiyah -el hijo de su hermano Hizam, que casi veinte años antes la había obsequiado con Zayd- conservó, de

la misma manera que Abu-l-As, el afecto por su tía y su casa sin renunciar a los dioses del Ouraysh; a diferencia de Hakim, Jalid, su hermano, abrazó el Islam.

Ciertamente tú no puedes guiar a quien amas, pero Dios guía a quien le place. (XXVIII, 56). La verdad expresada en este versículo se repite continuamente en el Corán. Pero si tales Revelaciones ayudaban a aliviar el peso del sentido de responsabilidad del Profeta, no impedían, sin embargo, que se entristeciera por la aversión del primo maizumí, Abdallah. Otro caso semejante, que quizás le causaba incluso más tristeza, era el del hijo de su tío Harith, Abu Sufyan, su hermano de leche, primo suyo y en otro tiempo también amigo. Él había esperado que respondiese a su mensaje, mientras que por el contrario el mensaje abrió una brecha entre ellos, y la reserva y frialdad de Abu Sufyan aumentaron con el paso del tiempo, quizás por influencia de su tío Abu Lahab. A otros también les fue dado sentir la verdad del versículo citado arriba: Abu Bakr había sido seguido en el Islam por su esposa Umm Ruman y por Abdallah y Asma, su hijo e hija de otra mujer, probablemente entonces fallecida. Umm Ruman le acababa de dar una segunda hija a la que llamaron Aishah y que fue, al igual que Usamah el hijo de Zayd, uno de los primeros niños que nacieron en el Islam. Abu Bakr, sin embargo, aunque había sido responsable de tantas conversiones, era incapaz de convertir a su propio primogénito, Abd al-Kaabah, que resistía todos los intentos de su padre y su madre era hijo de Umm Ruman para persuadirlo a abrazar su religión.

Si los creyentes tuvieron decepciones, sus oponentes tuvieron la contrariedad de sentirse cara a cara con una nueva e incalculable presencia en la Meca que amenazaba desbaratar su forma de vida y frustrar todos sus proyectos para el futuro, especialmente los que se relacionaban con los planes para los matrimonios de sus hijos. Los Bani Majzum se habían alegrado cuando su compañero de clan, Abdallah, se había opuesto tan tajantemente en la Asamblea a su primo Muhammad. El hermano de Abdallah, Zuhayr, aunque algo menos hostil hacia la nueva religión, también se había resistido a abrazarla. Como Abdallah, él era hijo de Atikah, la hija de Abd al-Muttalib, pero su padre, ya fallecido, había tenido una segunda esposa también llamada Atikah, que le había dado una hija a la que llamaron Hind. La muchacha era una mujer de gran belleza, entonces con diecinueve años de edad, y no hacía mucho que había sido casada con el primo de sus dos medio hermanos, Abu Salamah, de la otra rama del Majzum. Todo el clan estaba satisfecho de este vínculo establecido entre las dos ramas. Grande fue por lo tanto su consternación cuando se conoció el Islam de Abu Salamah, grande, y doble cuando Hind -ó Umm Salamah, como siempre se la conoce- en lugar de abandonar a su marido se convirtió, como él, en uno de los más leales seguidores del Profeta.
Tras morir el padre de Abu Salamah, su madre, Barrah, se había casado con un hombre del clan qurayshi de Amir, del cual había tenido un segundo hijo conocido como Abu Sabrah. Suhayl, el jefe de Amir, había casado recientemente a su hija Umm Kulthum con Abu Sabrah. Barrah, a diferencia de su hermana Arwa, todavía no había abrazado el Islam; sin embargo, Abu Sabrah estaba sujeto a la influencia del Islam no solamente a través de su medio hermano Abu Salamah sino también por su madrastra, Maymunah, la segunda esposa de su padre. El Profeta se refería a Maymunah y a sus tres hermanas, las esposas de Abbas, Hamzah y Yafar, cuando dijo:

"Ciertamente las hermanas son sinceras creyentes." (I.S. VIII, 203). Y el matrimonio de Maymunah trajo al clan de Amir una poderosa presencia de fe.
Suhayl tenía otra hija, Sahlah, que había dado a Abu Hudayfah, el hijo del líder shamsí Utbah. En los últimos tiempos Amir había estado amentando su poder con rapidez y se pensó que este matrimonio era ventajoso para ambos clanes. Poco después, sin embargo, la pareja abrazó el Islam fueron seguidos, o precedidos, por la otra pareja, Abu Sabrah y Umm Kulthum De este modo Suhayl perdió dos hijas para la nueva religión, y dos yernos cuidadosamente escogidos. Igualmente perdió a sus tres hermanos, Hatib Salit y Sakran, y la esposa de Sakran, su prima Sawdah. Aun así, lo peor de todo desde el punto de vista de Suhayl era que su primogénito, Abdallah, también se había

convertido en un fiel seguidor del Profeta. Abdallah abrigaba esperanzas de que su padre pudiera unírseles un día, y estas esperanzas eran compartidas por el Profeta mismo, porque Suhayl era un hombre de más piedad e inteligencia que la mayoría de los restantes líderes, e incluso se sabía que había hecho retiros espirituales. Pero hasta ahora se había mostrado hostil hacía la nueva fe, no de forma violenta pero sí decidida, y la desobediencia de sus hijos parecía haber tenido sobre él un efecto endurecedor.

En Abdu Shams, Abu Hudhayfah no era el único hijo de un líder que había desafiado la autoridad paterna. Jalid, que había soñado que el Profeta lo salvaba del fuego, había mantenido en secreto su Islam, pero su padre se enteró de ello y le ordenó que abjurase. Jalid dijo: "Moriré antes que renunciar a la religión de Muhammad" (I.S.IV i, 68), en vista de lo cual fue golpeado inmisericordemente y encerrado en una habitación sin alimento o bebida. Pero al cabo de tres días escapó, y su padre renegó de él sin tomar ninguna otra medida. Utbah fue menos violento y más paciente con Abu Hudhayfah, quien, por otra parte, estaba más apegado a su padre y esperaba que llegase a darse cuenta de los errores de la idolatría.

En cuanto a la línea umayya de Abdu Shams, además del Islam de Uthman y su matrimonio con Ruqayyah, se produjeron otras serias pérdidas. Muchos de sus confederados de los Baní Asad ibn Juzaymah habían profesado igualmente su fe en la nueva religión, catorce en total incluyendo a la familia de los Yahsh que, como primos del Profeta, eran sin duda los líderes. Con estos apreciados confederados Abu Sufyan, el jefe umayya, perdió también a su propia hija, Umm Habibah, a la que había casado con Ubayd Allad ibn Yahsh, el hermano menor de Abdallah.

En el clan de Adi, en una de sus principales familias, la fuerza del vínculo de la verdad para romper vínculos menores se había prefigurado en la última generación. Nufayl había tenido dos hijos, Jattab y Amr, de dos esposas diferentes; a la muerte de Nufayl, la madre de Jattab se casó con su hijastro Amr y le dio un hijo al que llamaron Zayd. Jattab y Zayd eran casi medio hermanos por parte de madre. Zayd era uno de los pocos hombres que, como Waraqah, veía las prácticas idólatras del Quraysh en lo que realmente eran y no solamente rehusaba tomar parte en ellas él mismo sino que incluso se negaba a comer cualquier cosa que hubiese sido sacrificada a los ídolos. Proclamaba que él adoraba al Dios de Abraham, y no vacilaba en rechazar a su gente en público. Jattab, por su parte, un seguidor incondicional de las prácticas ancestrales del Quraysh, estaba escandalizado por la falta de respeto de Zayd hacia los dioses y diosas que ellos adoraban. Así pues lo acosó hasta el punto de obligarlo a abandonar la hondonada de la Meca y a vivir en las colinas que la dominaban; e incluso organizó una banda de jóvenes a los que dio instrucciones para que no permitiesen a Zayd acercarse al Santuario. En vista de esto el proscrito dejó el Hiyaz y se marchó hasta Mosul en el norte de Iraq y desde allí se dirigió hacia el sudoeste, a Siria, siempre interrogando a los monjes y rabinos acerca de la religión de Abraham, hasta que finalmente conoció a un monje que le dijo que estaba próximo el tiempo en que aparecería un Profeta en el mismo país que había abandonado, que predicaría la religión que él estaba buscando. Zayd volvió entonces sobre sus pasos, pero cuando pasaba por el territorio de los Lajm, en la frontera meridional de Siria, fue atacado y muerto. Cuando Waraqah se enteró de su muerte compuso una elegía en alabanza suya. El Profeta también lo elogió y dijo de él que el día de la Resurreccion será resucitado como si tuviera, él sólo, la valía de un pueblo." (1.1.145).

Muchos años habían pasado ya desde la muerte de Zayd; Jattab también había muerto y su hijo Omar mantenía buenas relaciones con Said, el hijo de Zayd, que se había casado con Fatimah, la hermana de Omar. La grieta entre las dos líneas de la familia se había cerrado. Pero con la llegada del Islam, Said fue uno de los primeros en convertirse, mientras que Omar, cuya madre era hermana de Abu Yahl, se convirtió en uno de sus oponentes más encarnizados. Fatimah siguió a su marido, pero no se atrevían a decirselo a su hermano, conociendo su naturaleza violenta. Omar era acosado por el Islam también

por otro lado: su mujer Zaynab era hermana de Uhman el hijo de Mazun del clan de Yumah, y este Uthman era por naturaleza un asceta y había tenido tendencias hacia el monoteísmo antes del descenso de la Revelación. Él y sus dos hermanos estuvieron entre los primeros que respondieron a ella, y ellos y Zaynab tenían también tres sobrinos que habían abrazado el Islam. De Zaynab misma, la esposa de Omar, nada se sabe correspondiente a este período, sin duda porque, con quienquiera que estuviesen sus simpatías, tenía poderosas razones para guardarlas en secreto. Su hermano Uthman era incluso más intransigente que Omar, aunque menos violento.

Zaynab y sus hermanos eran primos menores del jefe de su clan, Umayyah ibn Jalaf, que era uno' de los enemigos más implacables del Islam como lo era su familia más próxima. Fue su hermano Ubayy quien un día presentó un hueso podrido al Profeta y le dijo: "Muhammad, ¿afirmas tu a pesar de todo, que Dios puede devolver esto a la vida?" Entonces, con una sonrisa desdeñosa desmenuzó el hueso en su mano y arrojó los fragmentos a la cara del Enviado, que dijo: "Aún y así, ciertamente afirmo: Él lo resucitará citará, y a ti también cuando estés como este hueso está ahora. Luego El te hará entrar en el fuego." (1.1.145). La siguiente Revelación se refiere a Ubayy: *Se olvidó de su propia creación y dijo: ¿Quién dará vida a los huesos cuando estén podridos? Di: Quien les dio la existencia una primera vez, les dará la vida de nuevo. (XXXVI, 78)*

Capítulo 25

La Hora

Uno de los argumentos más frecuentes de los incrédulos era que si Dios verdaderamente tenía un mensaje para ellos debía haber enviado un ángel. A esto el Corán respondía: Si hubiera en la tierra ángeles que anduvieran tranquilamente, habríamos hecho que los bajara del cielo un ángel enviado. (XVII, 95). El descenso de Gabriel de cuando en cuando no lo hacía un Enviado en el sentido coránico del término. Para eso era necesario estar situado sobre la tierra entre el pueblo al que el mensaje se iba a revelar. La Revelación también decía: Quienes no ponen sus esperanzas en el encuentro con Nosotros dicen ¿Por qué no se nos envían ángeles o por qué no vemos a nuestro Señor? En verdad están demasiado orgullosos de si mismos y son enormemente insolentes. El día que vean a los ángeles no habrá buenas nuevas para los pecadores, y dirán: ¡Que haya una barrera infranqueable! (XXV, 21-22). Es decir, llamarán pero en vano, para que se restablezca la barrera entre el Cielo y la tierra. Ése será el final, cuando el contacto directo con el Cielo cause la destrucción de las condiciones terrenas del tiempo y espacio y la desintegración de la tierra misma. El día en que los hombres serán como polillas diseminadas y las montañas serán como lana cardada. (CI, 4-5). Y Un día que hará encanecer a los niños. (LXXIII, 17). En todo el Corán se anuncia continuamente este final. Es la Hora, que está cerca, al alcance de la mano. Los cielos y la tierra están cargados de ella. (VII, 187). Su momento no ha llegado todavía, y cuando las escrituras hablan de ello como cercano hay que recordar que Ciertamente un día con tu Señor es como mil años de los que vosotros contáis. (XXII, 47). Pero el periodo del mensaje es sin embargo una anticipación de la Hora.

Esto es según la naturaleza de las cosas, no de las cosas terrenas mismas, sino en un contexto más amplío. Porque si hay una intervención Divina para establecer una nueva religión, tiene que haber forzosamente un paso a través de la barrera existente entre el Cielo y la tierra, una abertura no tan grande como para transformar las condiciones terrenas pero lo suficiente como para hacer del tiempo de la misión del Profeta uno sumamente excepcional, como lo fueron los tiempos de Jesús, Moisés, de Abraham y de Noé. El Corán dice de la Noche de la Majestad, Laylat al-Qadr, la noche en que Gabriel se apareció a Muhammad en la cueva del Monte Hira: La Noche de la Majestad es mejor que mil meses. Los ángeles y el Espíritu descienden en ella. (XCVII, 3-4). Y algo de ese estado absolutamente incomparable se desbordó necesariamente en todo el período de la relación entre el Profeta y el Arcángel.

Anticipar la Hora es anticipar el Juicio: y el Corán no hacía mucho que había declarado ser al-Furqan, el Criterio, la Discriminación. Lo mismo tiene que aplicarse a todas las Escrituras reveladas, porque una Revelación es una presencia de lo eterno en lo efímero, y esa presencia espiritual precipita algo de un juicio final. Esto quiere decir que en muchos casos, independientemente por completo de lo que Muhammad pudiera profetizar, los destinos últimos del Paraíso o del Infierno se manifestaban claramente. Las profundidades ocultas del bien y del mal eran convocadas a la superficie. La presencia del Mensajero también tenía que operar un efecto paralelo, porque el poder de atracción de su guía media la total perversidad de quienes se oponían a ella, mientras que atraía a quienes la aceptaban a la misma órbita de su propia perfección.
Era inmediatamente comprensible que la Revelación debía hacer superarse a los buenos. Pero no sólo fue doloroso sino también motivo de perplejidad para muchos creyentes el que aquellos a quienes siempre habían considerado como no malos se convirtiesen de

pronto en abiertamente malvados. El Corán les dice que tienen que esperar esto, porque sus versículos aumentan la oposición de sus peores enemigos.

Verdaderamente les hemos dado en este Corán abundantes razones para que presten atención; sin embargo, ello no hace sino aumentar su aversión. (XVII, 41)
Les damos causa para temer y, sin embargo, solamente aumenta su monstruosa rebeldía. (XVII, 60)

Nadie con anterioridad había sido consciente de la naturaleza fundamental de Abu Lahab; por tomar otro ejemplo, Abd al-Rahman ibn Awf había
sido incluso más o menos amigo del jefe de Yumah, Umayyah ibn Jalaf. El Corán ofrece un elevado paralelo al contar cómo se quejaba Noé a Dios de que su mensaje sólo servía para ensanchar la brecha entre él y la mayoría de su pueblo y para extraviarlos más aún.

Capítulo 26

Tres preguntas

En cada asamblea del Quraysh no faltaba alguna discusión acerca del que consideraban su mayor problema; y ahora decidieron enviar una delegación a Yathrib para consultar a los rabinos judíos:

"Preguntadles acerca de Muhammad", dijeron a sus dos emisarios. "Describídselo, y decidles lo que dice, porque ellos son la gente de la primera Escritura y tienen un conocimiento de los Profetas que nosotros no tenemos ' Los rabinos enviaron la respuesta: "Preguntadle sobre las tres cosas en las que os instruiremos. Si os habla de ellas, entonces es un Profeta enviado por Dios, pero si no, entonces el hombre es un falsario. Preguntadle sobre unos jóvenes que abandonaron a su gente en la antigüedad. Qué les sucedió, por qué de ellos se cuenta una historia asombrosa. Y pedidle noticias de un viajero a distantes lugares, que por el este y el oeste llegó a los confines de la tierra. Preguntadle por último sobre el Espíritu, qué es. Si os cuenta todas estas cosas, entonces seguidle, porque es un Profeta."

Cuando los enviados volvieron a la Meca con sus nuevas, Tos líderes del Quraysh enviaron al Profeta las tres preguntas. Él dijo: "Mañana os lo contaré", pero no dijo "Si Dios quiere"; y cuando vinieron a por las respuestas tuvo que aplazaras, y así continuó día tras día hasta que hubieron pasado quince noches y todavía no había recibido Revelación alguna ni Gabriel le había visitado desde que le habían planteado las preguntas. La gente de la Meca se mofaba de él, y él estaba afligido por lo que decían y enormemente entristecido porque no había recibido la ayuda que esperaba. Entonces Gabriel le trajo una Revelación que Te reprochaba su aflicción por lo que su gente decía, y le daba las respuestas a las tres preguntas. La larga espera que había tenido que soportar se explicaba en estas palabras: Y no digas a propósito de nada: Lo haré mañana, a no ser que añadas: Si Dios quiere. (XVIII, 23-24).

Pero el retraso de esta Revelación, aunque doloroso para el Profeta y sus seguidores, fue en realidad una fuerza añadida. Sus peores enemigos se negaron a sacar conclusiones de ello; pero para los numerosos qurayshíes que no sabían con qué carta quedarse supuso el poder corroborar con fuerza la afirmación de Muhammad: que la Revelación le venía del Cielo y que Él no tenía parte ni control sobre ello. ¿Era posible que si Muhammad había inventado las anteriores Revelaciones se hubiese retrasado tanto a la hora de forjar esta última, especialmente cuando parecía que había tanto en juego?
Los creyentes también extrajeron fuerza, como siempre, de la Revelación. Cuando el Quraysh preguntaba por la historia de los jóvenes de la antigúedad que dejaron a su gente -una historia que nadie en la Meca había oído jamás- no sabían que podía tener una relación con la situación del momento, para descrédito suyo y honra de los creyentes. A menudo se la llama historia de los durmientes de Efeso, porque fue ', a mediados del siglo III de nuestra era, donde algunos jóvenes se mantuvieron fieles a la adoración del Dios Uno cuando su pueblo había caído en la idolatría y los perseguía por no hacer lo mismo. Para escapar de esta persecución se refugiaron en una caverna, donde, milagrosamente, quedaron dormidos durante más de 300 años.

Además de lo que los judíos ya sabían, la narración coránica (XVIII, 9-25) contaba detalles que ningún ojo humano había visto, tales como su apariencia mientras dormían su sueño libre de testigos en la cueva, durante siglos, y cómo su fiel perro yacía en el

umbral con las patas delanteras extendidas.

En cuanto a la segunda cuestión, el gran viajero se llama Dhu-l-Qarnayn, el de los dos cuernos. La Revelación menciona su viaje al confín del occidente y al confín del oriente. Luego, respondiendo más de lo que se preguntaba, el Profeta habló de un misterioso tercer viaje a un lugar entre dos montañas; allí, la gente le pidió que levantase una barrera para protegerlos de Gog y Magog y otros "yins" que estaban devastando su tierra; Dios le dio poder entonces para confinar a los malos espíritus dentro de los límites de un espacio del cual no saldrán hasta un día fijado por Dios (XVIII, 93-99), cuando, según el Profeta, efectuarán una terrible destrucción sobre la faz de la tierra. Su irrupción tendría lugar antes de la Hora final, pero sería una de las señales de que el fin estaría cerca.
En respuesta a la tercera pregunta, la Revelación afirmó la trascendencia del Espíritu sobre la mente del hombre, la cual es incapaz de asirlo: Te preguntarán por el Espíritu. Di: El Espíritu procede de la orden de mi Señor; y a vosotros se os ha dado sólo un poco de conocimiento. (XVII, 85).

Los judíos habían ansiado oír las respuestas dadas por Muhammad a sus preguntas, y, respecto a esta última frase sobre el conocimiento, en cuanto tuvieron ocasión le preguntaron si se refería a su pueblo o a ellos. "A ambos", dijo el Profeta, ante lo cual objetaron que a ellos les había sido dado el conocimiento de todas las cosas, porque habían leído la "Torah", en la que había una exposición de todas las cosas, como el Corán mismo afirmaba (VI, 154). El Profeta respondió: Eso no es sino poco con respecto al Propio Conocimiento de Dios; sin embargo, en ello tenéis bastante para vuestras necesidades, silo practicáis." Fue entonces cuando se produjo la Revelación sobre las Palabras de Dios, que simplemente expresa una parte de Su conocimiento: Y si todos los árboles de la tierra fueran cálamos y el mar con siete mares añadidos a él fueran tinta no sería suficiente para escribir las Palabras de Dios. (XXXI, 27).

Los líderes del Quraysh no se sintieron obligados a seguir el consejo de los rabinos, ni los mismos rabinos reconocieron al Profeta, a pesar dé haber respondido a sus preguntas más allá de lo esperado. Aun así, las respuestas sirvieron para convertir a otros; y cuanto más aumentaban sus seguidores mayor era el sentimiento de sus oponentes de que su comunidad y su forma de vida estaban en peligro, a la vez que con una mayor resolución organizaban la persecución de todos los conversos que podían ser maltratados impunemente. Cada clan se encargaba de sus propios musulmanes: los encerraban y atormentaban golpeándolos y haciéndoles pasar hambre y sed; los extendían sobre la tierra endurecida por el sol de la Meca cuando éste estaba en su cenit para hacerles renunciar a su religión.

El jefe de Yumah, Umayyah, tenía un esclavo africano llamado Bilal que era un firme creyente. Umayyah lo sacaba a mediodía a un espacio abierto y lo mantenía contra el suelo con una gran roca sobre su pecho, jurando que permanecería así hasta que muriese o renunciase a Muhammad y adorase a al-Lat y al-Uzzah. Mientras soportaba esto, Bilal decía: "Uno, Uno". Y sucedió que un día, cuando el esclavo estaba sufriendo este tormento, acertó a pasar por allí el anciano Waraqah, el cual no dejaba de oírle repetir: "Uno, Uno".

"Ciertamente es Uno, Uno, ¡Oh, Bilal!", dijo entonces. Luego, volviéndose a Umayyah dijo: "Juro por Dios que silo matas así haré de su tumba un Santuario."
No todos los hombres del Quraysh vivían entre su propio clan, y Abu Bakr había adquirido una casa entre las moradas de los Bani Yumah. Esto significaba que tenían más oportunidades de ver al Profeta que la mayoría de los otros clanes, ya que éste solía visitar a Abu Bakr todas las tardes. Se dice que parte del mensaje de un Profeta está siempre escrito en su cara. La cara de Abu Bakr era también como un libro, y su presencia en aquel barrio de la Meca, en un principio bienvenida como una ventaja por todo el clan, era ahora una fuente de inquietudes para sus líderes. A través de él, Bilal había abrazado el Islam, y, cuando vio cómo lo torturaban, le dijo a Umayyah: "¿No tienes

temor de Dios, para tratar así a un pobre hombre?" "Tú eres quien lo ha corrompido," respondió Umayyah, "así pues, sálvalo de lo que estás viendo." "Lo haré", dijo Abu Bakr. "Tengo un joven negro que es más resistente y más robusto que él, un hombre de tu religión. Te lo daré por Bilal." Umayyah consintió y Abu Bakr se llevó a Bilal y le dio la libertad.

Entre los más implacables perseguidores se encontraba Abu Yahl. Si un converso tenía una familia poderosa que lo defendiese, Abu Yahl solamente lo insultaba, prometía arruinar su reputación y hacer de él un hazmerreír. Si se trataba de un comerciante, lo amenazaba con paralizar sus transacciones organizando un boicot general de sus mercancías de modo que se arruinase. Si el converso era una persona débil y desprotegida de su propio clan, hacía que se le torturara, y tenía aliados poderosos en muchos otros clanes a los que podía persuadir para que hicieran lo mismo con sus propíos conversos débiles y carentes de protección.

Por mediación suya sus compañeros de clan torturaron a tres de sus confederados más pobres, Yasir y Sumayyah y su hijo Ammar. Se negaron a renunciar al Islam, y Sumayyah murió debido a las heridas que le causa-ron. Pero algunas de las víctimas de Majzum y de otros clanes no podían aguantar lo que se les hacía sufrir, y sus perseguidores lograban reducirlos a un estado en el que podían asentir a cualquier cosa. Les decían: "¿No son al-Lat y al-Uzzah vuestros dioses al igual que Allah?" y ellos contestaban "sí", y si un escarabajo se arrastraba delante de ellos y les preguntaban:
"¿No es este escarabajo vuestro dios al igual que Allah?", ellos respondían que si, tan sólo para poder salir de un sufrimiento que inútilmente hubieran podido soportar.

Estas retractaciones eran de palabra, no de corazón. Pero quienes las habían hecho ya no podían practicar el Islam, salvo en la mayor intimidad,-de la que muchos de ellos carecían por completo. Sin embargo, tenían un ejemplo en la historia recientemente revelada de los jóvenes que habían abandonado sus dioses. Y cuando el Profeta vio que, aunque él estaba a salvo de la persecución muchos de sus seguidores no lo estaban, les dijo:
"Si vais al país de los abisinios, encontraréis allí un rey bajo el cual nadie padece el mal. Es un país de sinceridad en la religión. Hasta el tiempo en que Dios os proporcione los medios para aliviar lo que ahora sufrís." (1.1. 208). Así pues, algunos de sus compañeros partieron para Abisinia, y ésta fue la primera emigración en el Islam.

Capítulo 27

Abisinia

Los emigrantes fueron bien recibidos en Abisinia, y se les dio la libertad de culto. En total, sin contar a los niños pequeños que se llevaron consigo, eran unas ochenta personas; pero no todos se fueron al mismo tiempo. Su huida se planeó en secreto y se llevó a cabo discretamente en pequeños grupos. De haberlo sabido, sus familias hubieran querido y podido impedirles la marcha; pero el traslado había sido completamente inesperado y no supieron comprender lo que estaba ocurriendo hasta que todos los creyentes alcanzaron su destino. Los líderes del Quraysh, sin embargo, de ninguna manera estaban dispuestos a dejarlos en paz para que establecieran allí, más allá de su control, una comunidad peligrosa que podría decuplicar su número si otros conversos se le unían. Elaboraron, pues, un plan rápidamente y dispusieron cierta cantidad de obsequios del género que se sabia que los abisinios estimaban más. Por encima de todo apreciaban el trabajo del cuero, así pues reunieron gran número de finas pieles, suficientes para hacer un rico soborno a cada uno de Tos generales del Negus. Había también valiosos presentes para el Negus. Luego escogieron cuidadosamente a dos hombres, uno de los cuales era Amr ibn al-As, del clan de Sahm. El Quraysh les dijo lo que tenían que hacer exactamente; tenían que abordar a cada uno de los generales por separado, darles su obsequio y decirles: "Algunos necios jóvenes y mujeres de nuestro pueblo han tomado refugio en este reino. Han abandonado su propia religión, no por la vuestra, sino por una que se han inventado, una que nos es desconocida a nosotros y a vosotros mismos A causa de ellos los nobles de su pueblo nos han enviado a vuestro rey, para que él los devuelva a casa. En consecuencia, cuando habléis con él sobre ellos, aconsejadle que nos Tos entregue y que no hable con ellos, porque su pueblo entiende mejor cual es su situación." Los generales se mostraron todos de acuerdo, y los dos hombres del Quraysh llevaron sus presentes al Negus, pidiendo que se les entregaran los emigrados y explicando el porqué, tal como lo habían hecho a los generales, y añadiendo finalmente: "Los nobles de su pueblo, que son sus madres, sus tíos y sus parientes, te ruegan que se los devuelvas." Los generales se encontraban presentes en la audiencia y, entonces, al unísono, instaron al Negus a acceder a su petición y a entregar a los refugiados, ya que los parientes son los mejores jueces de los asuntos de sus parientes. Pero el Negus se disgustó y dijo: "¡No, por Dios, no serán traicionadas unas personas que han buscado mi protección, han hecho de mi país su morada y me han elegido por encima de todos los demás! No los entregaré hasta que los haya convocado e interrogado sobre lo que estos hombres dicen de ellos. Si es como han dicho, entonces los pondré a su disposición para que los devuelvan a su gente. Pero si no, seré su buen protector mientras en mí busquen refugio."

Entonces envió por los compañeros del Profeta y, al mismo tiempo, reunió a sus obispos, que se trajeron sus libros sagrados y los dispusieron abiertos alrededor del trono. Amr y su compañero enviado habían esperado evitar esta reunión entre el Negus y los refugiados, y les interesaba impedirla, incluso más de lo que ellos suponían. Ignoraban que los abismos, aunque los toleraban por razones políticas y comerciales, los miraban por encima del hombro como idólatras y eran conscientes de la existencia de una barrera entre ellos. Ellos, que eran cristianos muchos de ellos fervientes, que habían sido bautizados, adoraban al Dios Uno y llevaban en su carne el sacramento de la Eucaristía. Como tales, eran sensibles a la diferencia entre lo sagrado y lo profano, y eran plenamente conscientes de la profanidad de hombres como Amr. Por lo mismo fueron tanto más receptivos -ninguno más que el mismo Negus- a la impresión de bendita

seriedad e intensidad que la compañía de los creyentes les produjo. Éstos fueron introducidos en la sala del trono, y un murmullo de admiración surgió de los obispos y de los otros cuando reconocieron que allí tenían ante sí a hombres y mujeres más semejantes a ellos mismos que a los qurayshíes que habían encontrado con anterioridad. Además, la mayoría de ellos eran jóvenes y en muchos de ellos una gran belleza natural realzaba su porte piadoso.
No para todos ellos había sido una necesidad la emigración. La familia de Uthman había dejado de intentar que se retractase, pero el Profeta, sin embargo, le permitió marchar y llevarse a Ruqayyah. Su presencia supuso una fuente de fuerza para la comunidad de exiliados. Otra pareja de buen ver eran Yafar y su esposa Asma. Estaban bien protegidos por Abu Talib; pero 105 refugiados necesitan un portavoz y Yafar era un orador elocuente. Él era también muy agraciado en cuanto a su persona, y el Profeta le dijo en una ocasión: *"Te pareces a mí en la apariencia y en el carácter." (I.S. IV! 1, 24).* Era a Yafar a quien había elegido para presidir la comunidad de exiliados, y sus cualidades de atracción e inteligencia eran ampliamente secundadas por Musab de Abd ad-Dar, un joven al que el Profeta habría de confiar más tarde una misión de inmensa importancia en virtud de sus dotes naturales. Igualmente notable era un joven majzumí conocido como Shammas, cuya madre era hermana de Utbah. Su nombre, que significa diacono", le fue dado porque en una ocasión la Meca había sido visitada por un dignatario cristiano de ese rango, un hombre tan excepcionalmente hermoso que provocó la admiración general, ante lo cual Utbáh había dicho "Os mostraré un shammas más hermoso que él", y fue y trajo ante ellos al hijo de su hermana. Zubayr, hijo de Safiyyah, también estaba presente, al igual que otros primos del Profeta: Tulayb el hijo de Arwa, dos hijos de Umaymah, Abdallah ibn Yahsh y Ubaydallah, junto con la esposa umayya de Ubaydallah, Umm Habibah; los dos hijos de Barrah, Abu Salamah y Abu Sabrah, ambos con sus esposas. La mayoría de los relatos de esta primera emigración se han transmitido a través de la hermosa Umm Salamah.
Cuando todos estuvieron reunidos, el Negus les habló y dijo: "¿Cuál es esta religión por la que os habéis separado de vuestro pueblo, aunque no habéis abrazado la mía ni la de ninguna de las naciones que nos rodean?" Y Yafar le respondió diciendo: "Oh Rey, nosotros éramos un pueblo empapado en la ignorancia, que adoraba ídolos, comía carroña sin sacrificar, cometía abominaciones, y en el que el fuerte devoraba al débil. Así éramos, hasta que Dios nos envió un Mensajero de entre nosotros, uno cuyo linaje conocíamos, al igual que su veracidad, su mérito de confianza e integridad. Para dar testimonio de la Unidad de Dios nos convocó ante el mismo Dios. Para dar testimonio, para que lo adorásemos y renunciásemos a lo que nosotros y nuestros padres habíamos adorado en la forma de piedras y de ídolos, y nos ordenó decir la verdad, cumplir nuestras promesas, respetar los lazos de parentesco y los derechos de nuestros vecinos, y abstener-nos del crimen y el derramamiento de sangre. Adoramos, pues, a Dios solo, sin poner nada a su lado, considerando prohibido cuanto Él ha prohibido y lícito lo que es permitido por Él. Por estas razones nuestro pueblo se ha vuelto contra nosotros, y nos ha perseguido para hacernos renunciar a nuestra religión y volver de la adoración de Dios a la adoración de los ídolos. Por eso hemos venido a tu país, habiéndote elegido a ti sobre los otros: bajo tu protección hemos sido felices, y es nuestra esperanza, ¡oh Rey!, que aquí, contigo, no suframos más persecución."

Los intérpretes reales tradujeron todo lo que había dicho. El Negus preguntó entonces si tenían con ellos alguna Revelación que su Profeta les hubiera dado del Dios Uno, y cuando Yafar contestó que sí tenían, dijo:

"Entonces, recítamela." Y Yafar recitó un pasaje de la Azora de María. Era una azora llena de belleza, que había sido revelada poco antes de su partida:

Y recuerda a María en la Escritura cuando dejó a su familia para retirarse a un lugar hacia el Oriente y se ocultó de ellos. Le enviamos nuestro Espíritu y Éste se le presentó como un mortal perfecto. Dijo ella: Me refugio de ti en el Infinitamente Bueno, si eres piadoso.

Dijo Él: Yo soy sólo el enviado de tu Señor para regalarte un niño puro. Ella dijo: ¿Cómo puedo tener un niño, si no me ha tocado mortal ni he perdido la castidad? Pero Así será, le respondió. Tu Señor dice: Es cosa fácil para Mí. Para hacer de Él un signo para la gente y una misericordia de Nosotros. Está ya decidido. (XIX, 16-21)

El Negus lloró, y lo mismo hicieron sus obispos, al escucharlo recitar, y cuando se tradujo lo recitado volvieron a llorar, y el Negus dijo: "Verdaderamente esto procede de la misma fuente que lo que Jesús trajo." Entonces se volvió hacia los dos enviados del Quraysh y dijo: "Os podéis marchar, porque por Dios no os los voy a entregar; no serán traicionados."

Pero cuando se retiraron de la presencia real, Amr dijo a su compañero: "Mañana le contaré una cosa que arrancará de raíz esta verdeante prosperidad que disfrutan. Le diré que afirman que Jesús, el hijo de María, es un esclavo." Así pues, a la mañana siguiente se dirigió al Negus y dijo: "¡Oh Rey!, cuentan estos una mentira enorme sobre Jesús el hijo de María. Envía si no por ellos y pregúntales qué dicen de él." Les mandó entonces acudir de nuevo a su presencia y contarle lo que decían de Jesús, lo cual los inquietó, porque, hasta entonces, nunca les había sucedido nada de esta naturaleza. Consultaron entre sí para saber qué debían responder cuando se les planteara la cuestión, aunque todos sabían que no podían tener otra elección que la de decir lo que Dios había dicho. Por lo tanto, cuando se presentaron ante el rey y se les preguntó: "¿Qué decís de Jesús el hijo de María?" Yafar respondió: "Decimos de él lo que nuestro Profeta nos trajo: que es el siervo de Dios y Su Enviado y Su Espíritu y Su Palabra que Él depositó en María, la virgen Bendita." El Negus cogió un trozo de madera y dijo: "Jesús el hijo de María no excede lo que habéis dicho en la longitud de esta vara. Y cuando los generales que lo rodeaban bufaron, añadió: "A pesar de que buféis." Luego se volvió hacia Yafar y sus compañeros y dijo: "id tranquilos, porque estáis a salvo en mi país. Ni por montañas de oro dañaría a un solo hombre de vosotros"; con un movimiento de la mano hacia los enviados del Quraysh dijo a su acompañante: "Devolved a estos hombres sus presentes, porque no me sirven para nada. Así, Amr y el otro hombre volvieron vergonzosamente a la Meca.

Mientras tanto, las noticias de lo que el Negus había dicho sobre Jesús se difundieron entre el pueblo, que, perturbado, se declaró contra él, pidiendo una explicación y acusándolo de haber abandonado su religión. Él, entonces, envió a Yafar y a sus compañeros y dispuso botes para ellos y les dijo que embarcasen y estuviesen dispuestos a hacerse a la vela si fuese necesario. Luego cogió un pergamino y escribió en él: "Él da testimonio de que no hay dios sino Dios y que Muhammad es Su siervo y Enviado y que Jesús el hijo de María es Su siervo y Enviado y Su Espíritu y Su palabra que Él depositó en María." Luego lo guardó bajo su túnica y salió ante su gente, que se había congregado para entrevistarse con él. Y les dijo: "abisinios! ¿No tengo yo el mayor derecho para ser vuestro rey?" Dijeron que lo tenía. "Entonces, ¿qué pensáis de mi vida entre vosotros?" "Ha sido la mejor de las vidas", respondieron. "Luego ¿qué es lo que os preocupa?", dijo él. "Has abandonado nuestra religión", dijeron, "y has sostenido que Jesús es un esclavo." "¿Qué decís, entonces, vosotros de Jesús?", les preguntó. "Decimos que es el hijo de Dios", contestaron. Entonces él se puso la mano en el pecho, señalando hacia donde estaba oculto el pergamino, y dio testimonio de su creencia en "esto", lo cual consideraron que se refería a las palabras de ellos. (1.1.224). Quedaron pues satisfechos y se marcharon, porque vivían felices bajo su gobierno y sólo deseaban ser tranquilizados. El Negus, entonces, envió un mensaje a Yafar y sus compañeros diciéndoles que podían desembarcar y regresar a sus moradas, donde siguieron viviendo como antes, con seguridad y bienestar.

Capítulo 28

Omar

Cuando los dos enviados regresaron a la Meca con las noticias de que habían sido desairados y de que los musulmanes habían sido establecidos en el favor del Negus, el Quraysh quedó indignado y consternado. Inmediatamente se pusieron a intensificar su represión y persecución de los creyentes, en gran medida bajo la dirección de Abu Yahl, cuyo sobrino Omar era uno de los más violentos y desenfrenados a la hora de cumplir sus instrucciones. En aquel tiempo, Omar tenía unos veintiséis años y era un joven voluntarioso y de gran resolución que no se desalentaba con facilidad. Pero a diferencia de su tío, él era piadoso, y ahí descansaba realmente su principal motivo para oponerse a la nueva religión. Jattab lo había criado para venerar la Kaabah y respetar todo lo que había llegado a estar inseparablemente relacionado con ella en la forma de dioses y diosas. Todo ello estaba entretejido para él en una unidad sagrada que no había que cuestionar y menos aún forzar. El Quraysh también había sido uno; pero la Meca era ahora una ciudad de dos religiones y dos comunidades. Él veía claramente, además, que el conflicto tenía una sola causa. Quitar de en medio al hombre que era esa causa, y pronto todo volvería a ser como antes. No había otro remedio, pero ése sería el más seguro. Continuó meditando en ese sentido y, al final, llegó el día -fue poco después del regreso de los fracasados enviados a Abisinia- en que un arrebato de ira lo incitó a la acción y, tomando la espada, salió de su casa. Apenas había traspasado el umbral cuando se encontró cara a cara con Nuaym ibn Abdallah, uno de sus compañeros de clan. Nuaym había abrazado el Islam pero lo mantenía en secreto por temor a Omar y a otros de su gente. La expresión ceñuda que vio entonces en el rostro de Omar le movió a preguntarle a dónde iba. "Voy a la casa de Muhammad, ese renegado que ha dividido al Quraysh en dos," dijo Omar, "y lo mataré." Nuaym intentó detenerlo señalando que él mismo moriría. Pero cuando vio que Omar prestaba oídos sordos a semejante argumento pensó en otra manera de, al menos, retrasarlo, para que diese tiempo a dar la alarma. Esto significaría traicionar un secreto de correligionarios musulmanes que, como él mismo, ocultaban su Islam; pero sabia que lo perdonarían, e incluso le aplaudirían, a la vista de las circunstancias. "¡Oh, Omar!" dijo "¿por qué no vuelves primero con la gente de tu propia casa y les enmiendas la plana?" "¿Qué personas de mi casa?" dijo Omar. "Tu cuñado Said y tu hermana Fatimah", dijo Nuaym, "ambos siguen a Muhammad en su religión. Tú puedes ser el responsable silos dejas seguir como están." Sin decir palabra Omar se volvió y se encaminó derecho a la casa de su hermana. Había entonces un confederado pobre de Zuhrah llamado Jabbab, que a menudo iba a recitarles el Corán a Said y Fatimah; en aquel momento se encontraba con ellos, con algunas páginas escritas de la Azora llamada Ta-ha (XX), que acababa de ser revelada y que estaban leyendo juntos. Cuando escucharon la voz de Omar gritando airadamente el nombre de su hermana mientras se aproximaba, Jabbab se ocultó en un rincón de la casa y Fatimah cogió el manuscrito y lo guardó bajo su túnica. Pero Omar había oído el sonido de la lectura, y cuando entró les dijo: "¿Qué era ese chismorreo que oí?" Intentaron asegurarle que no había oído nada. "Por cierto que lo oí", dijo, "y me han dicho que ambos os habéis hecho seguidores de Muhammad." Entonces se lanzó contra su cuñado y se enzarzó con él, y cuando Fatimah acudió en defensa de su marido, Omar le propinó un violento golpe. "Pues sí, así es," decían, somos musulmanes y creemos en Dios y en Su Enviado. Haz pues lo que desees." La herida de Fatimah sangraba, y cuando Omar vio la sangre lamentó lo que había hecho. Se produjo un cambio en él y le dijo a su hermana: "Dame esa escritura que os oí leer para que vea qué es lo que Muhammad ha traído." Al igual que ellos, Omar sabía leer, pero cuando pidió la escritura ella dijo: "Tememos confiártela."

"No temáis", dijo él, y, desabrochando el cinturón de la espada y deponiendo ésta, juró por sus dioses que se la devolvería cuando la hubiera leído. Fatimah podía ver que se había ablandado y se sintió invadida por el anhelo de que abrazase el Islam. ¡Oh, hermano mío", dijo, "tú eres impuro en tu idolatría y sólo los puros pueden tocarlo." Omar fue entonces a lavarse y su hermana le dio la página en la que estaba escrito el comienzo de Ta-Ha. Comenzó a leerlo, y cuando hubo leído un pasaje, dijo: "¡Qué hermosas y qué nobles palabras!" Cuando Jabbab oyó esto salió de su escondite y dijo: "Omar, tengo la esperanza de que Dios te haya elegido por la plegaria de su Profeta, al cual ayer le oí pedir: "¡Oh Dios, fortalece el Islam con Abu-l-Hakam el hijo de Hisham o con Omar el hijo de Jattab! "Oh Jabbab!" dijo Omar, "¿dónde estará ahora Muhammad, para poder ir a verlo y abrazar el Islam?" Jabbab le dijo que estaba con sus compañeros; Omar se ciñó la espada y salió para Safa, llamó a la puerta de la casa y dijo quién era. Habían sido puestos sobre aviso por Nuaym, por lo que su llegada no era inesperada, pero quedaron desconcertados por el tono suave de su voz. Uno de los compañeros se acercó a la puerta, miró a través de una hendidura y se volvió consternado. "¡Oh, Enviado de Dios," dijo, "ciertamente es Omar y viene con la espada al cinto!"" Que entre", dijo Hamzah. "Si ha venido con buenas intenciones, le daremos abundante bien, y, si su intención es mala, le daremos muerte con su propia espada." El Profeta consintió que se le permitiese entrar, y avanzando para recibirlo, lo tomó por el cinto y lo llevó al centro de la habitación, diciendo: "¿Qué te ha traído por aquí, oh hijo de Jattab? No puedo verte desistiendo hasta que Dios te envíe alguna desgracia." "¡Oh, Enviado de Dios," dijo Omar, "he venido ante ti para poder declarar mi fe en Dios y su Enviado y en lo que Él ha traído de Dios!" "Allahu Akbar (Dios es el más grande)", dijo el Profeta, de una forma tal que todos los hombres y mujeres que había en la casa supieron que Omar había abrazado el Islam, y todos se regocijaron. (1.1.227).

No se planteaba el que Omar fuera a mantener en secreto su conversión. Deseaba contárselo a todo el mundo, en particular a quienes eran más hostiles al Profeta. Años después solía decir: "Cuando abracé el Islam, aquella noche, pensé para mí: ¿Quién de entre las gentes de la Meca es el enemigo más violento del Enviado de Dios, para ir ante él y decirle que me he hecho musulmán? Mi respuesta fue: Abu Yahl. Así pues, a la mañana siguiente fui y llamé a su puerta, y Abu Yahl salió y dijo: «¡La mejor de las bienvenidas para el hijo de mi hermana! ¿Qué te trae por aquí?» Yo respondí: «He venido para decirte que creo en Dios y en Su Enviado Muhammad; y doy testimonio de la verdad de lo que ha traído.» «¡Dios te maldiga!» dijo él, «¡Y que su maldición sea sobre las nuevas que has traído!» Entonces me cerró violentamente la puerta." (1.1.230).

Capítulo 29

La prohibición y su revocación

Lo que resultaba tolerable a Omar que Quraysh adorase Sus dios en la Kaabah mientras que los creyentes adoraban a Dios en secreto. Solía, pues, orar delante de la Kaabah y animaba a otros musulmanes a que lo acompañasen. Algunas veces, él y Hamzah iban con un grupo numeroso de creyentes al Santuario, y en tales ocasiones los líderes del Quraysh no se dejaban ver. Para ellos habría sido una perdida de dignidad estar presentes y no intervenir; bien sabían que, de oponerse ellos, Omar no se detendría ante nada. Estaban determinados, sin embargo, a no permitir que este joven se imaginase que los había vencido; y, presionados por Abu Yahl, decidieron que la mejor solución seria decretar un boicot contra todo el clan de Hashim que, a excepción de Abu Lahab, estaba decidido a proteger a sus componentes tanto si creían que Muhammad era un Profeta como si no. Se redactó, pues, un documento según el cual se prometía que nadie desposaría a una mujer de Hashim o daría su hija en matrimonio a un hombre de Hashim, y nadie les compraría o vendería nada. Esto tenía que continuar hasta que el clan de Hashim proscribiese a Muhammad o hasta que él renunciase a sus pretensiones de profecía. No menos de cuarenta jefes del Quraysh sellaron este acuerdo, aunque no todos estaban a favor de él en igual medida, incluso a algunos de ellos hubo que convencerlos. El clan de Muttalib se negó a abandonar a sus primos hashimíes y, por lo tanto, fue incluido en el boicot. El documento fue colocado solemnemente en el interior de la Kaabah.
En consideración a la seguridad mutua, los Bani Hashim se agruparon en torno a Abu Talib en aquel barrio de la depresión de la Meca donde él y la mayoría del clan vivían. A la llegada del Profeta y Jadiyah con sus allegados, Abu Lahab y su mujer se marcharon y se fueron a vivir a una casa que poseía en otra parte, para demostrar solidaridad con el Quraysh en conjunto.

El boicot no siempre se cumplía rigurosamente, ni era posible cerrar todas las rendijas debido al hecho de que una mujer seguía siendo un miembro de su propia familia después de casarse en otro clan. Abu Yahl estaba constantemente a la expectativa, aunque no siempre podía imponer su voluntad. Un día se encontró con Hakim, el sobrino de Jadiyah, el cual, acompañado por un esclavo que portaba un saco de harina, se dirigía aparentemente hacia las moradas de los Bani Hashim. Los acusó de llevar alimentos al enemigo y amenazó con denunciar a Hakim ante el Quraysh. Mientras estaban discutiendo llegó Abu-l-Bajtari, otro hombre de Asad, y preguntó qué sucedía; cuando se lo explicaron dijo a Abu Yahl: "Es la harina de su tía, y la mujer lo ha enviado a por ella. Déjalo ir tranquilo." Ni Hakim ni Abu-l-Bajtari eran musulmanes, pero el hecho de pasar este saco de harina de un miembro a otro del clan de Asad no podía ser de la incumbencia de nadie fuera del clan. La intromisión del majzumí era escandalosa e intolerable, y, cuando Abu Yahl insistió, Abu-l-Bajtari agarró una quijada de camello y la llevó contra su cabeza con tanta fuerza que medio inconsciente cayó al suelo, pisoteándolo entonces con dureza para satisfacción de Hamzah, que acertó a pasar por allí en aquel momento.

Hakim estaba dentro de sus derechos, pero otros simplemente desafiaban la prohibición por simpatía hacia las víctimas. Hisham ibn Amr de Amir no tenía sangre hashimí, pero su familia tenía estrechas conexiones matrimoniales con el clan, y al amparo de la noche algunas veces llevaba un camello cargado de alimentos a la entrada del barrio de Abu Talib. Luego le quitaba el ronzal y le daba un golpe en la quijada para que pasase por

delante de su casa, y otras noches lo llevaba cargado de ropas y otros presentes.

Además de esas ayudas de los incrédulos, los mismos musulmanes de otros clanes, especialmente Abu Bakr y Omar, idearon varias formas de frustrar el boicot. Cuando hubieron pasado dos años, Abu Bakr ya no podía ser considerado como un hombre rico. Pero a pesar de las ayudas había una perpetua escasez de alimentos entre los dos clanes víctimas del boicot, bordeándose a veces el hambre.

Durante los meses sagrados, cuando podían abandonar el refugio e ir de un sitio a otro sin temor de ser molestados, el Profeta con frecuencia iba al Santuario, y los líderes del Quraysh aprovechaban su presencia para insultarle y satirizarlo. Algunas veces, cuando recitaba revelaciones en las que advertía al Quraysh lo que había sucedido a pueblos antiguos, Nadr de Abd al-Dar se ponía de pie y decía: "¡Por Dios, Muhammad no es mejor que yo como orador! Lo que dice nos son sino historias de los antiguos. Han sido escritas para él de la misma manera que las mías han sido escritas para mí." Entonces les contaba las historias de Rustam e Isfandiyar y los reyes de Persia. En relación con esto fue revelado uno de los muchos versículos que se refieren al corazón como a la facultad mediante la cual el hombre tiene visión de las realidades sobrenaturales. El ojo del corazón, aunque cerrado en el hombre caído, puede captar una vislumbre de luz y esto es la fe. Pero un tipo de vida perniciosa hace que se acumule sobre el corazón una capa como de herrumbre, de modo que no puede sentir el origen divino del Mensaje de Dios: "Cuando Te recitan nuestras aleyas dice: ¡Historias de los antiguos! Pero ¡no! Lo que ganaron es herrumbre sobre sus corazones. (LXXXIII, 13-14). En cuanto al estado opuesto a éste, la posibilidad suprema de la visión interior, el Profeta afirmó de sí mismo en más de una ocasión que el ojo de su corazón estaba abierto incluso durante el sueño: "Mi ojo duerme, pero mi corazón está despierto." (1.1.375; B. XIX, 16, etc.).

Otra Revelación, una de las poquísimas que mencionan por el nombre a un contemporáneo del Profeta, se había producido ya afirmando que Abu Lahab y sus mujeres estaban destinados al infierno. (XCI). Umm Yamil oyó esto y se encaminó hacia la Mezquita con una piedra de mortero en la mano en busca del Profeta, que estaba sentado con Abu Bakr. Llegó hasta Abu Bakr y le dijo: "¿Dónde está tu compañero?" Sabía él que se estaba refiriendo al Profeta, que estaba allí, delante de ella, y quedó demasiado asombrado para hablar. "He oído", dijo ella, "que me ha satirizado; y, por Dios, que si le hubiese encontrado le habría roto la boca con esta piedra de mortero." Luego añadió: "En cuanto a mí, ciertamente soy una poetisa." Y recitó una poesía sobre el Profeta:

Desobedecemos al réprobo,
nos mofamos de los mandamientos que dicta,
y odiamos su religión.

Cuando se hubo marchado, Abu Bakr preguntó al Profeta si ella no lo había visto. "No me vio", dijo él. "Dios le quitó la visión de mí." Por lo que se refiere al "Réprobo" -en árabe mudhammam, culpado, el opuesto exacto de muhammad, alabado, glorificado- a algunos qurayshíes les había dado por llamarle así a modo de injuria. Él les decía a sus compañeros: "¿No es maravilloso cómo Dios aparta de mí las injurias del Quraysh? Insultan a Mudhammam, mientras que yo soy Muhammad." (1.1.234)

El boicot sobre Hashim y Muttalib había durado dos años o más y no daba ninguna señal de haber producido los efectos deseados. Tuvo además el efecto indeseable e imprevisto de atraer con más fuerza la atención hacia el Profeta y provocó el que se hablase en toda Arabia de la nueva religión más que nunca. Sin embargo, con independencia de estas consideraciones, muchos qurayshíes comenzaron a pensarse mejor el boicot, en especial los que tenían parientes cercanos entre las víctimas. Había llegado el momento de que se produjera un cambio de parecer, y el primer hombre en actuar fue ese mismo Hisham que tan a menudo había enviado su camello con alimentos y ropa a los hashimíes. Pero sabía

que él solo no podía conseguir nada. Se fue, pues, a ver al majzumí Zuhayr, uno de los dos hijos de Atikah, la tía del Profeta, y le dijo: "¿Estás contento de comer y llevar ropas y de casarte con mujeres, cuando sabes cómo les va a los parientes de tu madre? Ellos no pueden ni comprar ni vender, ni casarse ni dar en matrimonio; y juro por Dios que si ellos fueran hermanos de la madre de Abu-l-Hakam" se refería a Abu Yahl- "y tú hubieses acudido a él para que hiciese lo que él te ha instado a hacer, él nunca lo habría hecho." "¡Maldito seas, Hisham!", dijo Zuhayr. "¿Qué puedo hacer yo? No soy más que un solo hombre. Si tuviese conmigo a un hombre más no descansaría hasta anularlo." "He encontrado uno", le respondió Hisham. "¿Quién es?", preguntó Zuhayr. "Yo mismo" le dijo Hisham. "Encuentra un tercero", dijo Zuhayr. Hisham se fue entonces a ver a Mutim ibn Adi, uno de los principales del clan de Nawfal nieto del mismo Nawfal, hermano de Hashim y Muttalíb. "¿Es tu voluntad" dijo él, "que dos de los hijos de Abdu Manaf perezcan mientras que tú sigues consintiendo en seguir al Quraysh? ¡Por Dios! Si les permites hacer esto pronto los encontrarás haciéndote a ti lo mismo." Mutim pidió un cuarto hombre, así que Hisham fue al encuentro de Abu-l-Baj tan de Asad, el hombre que había golpeado a Abu Yahl a causa del saco de harina de Jadiyah; y, cuando éste pidió un quinto hombre, Hisham marchó a ver a otro asadí, Zamah ibn al-Aswad, que consintió en ser el quinto sin pedir un sexto. Todos ellos se comprometieron a reunirse aquella noche en las afueras de Hayun, por encima de la Meca, y todos estuvieron de acuerdo con su plan de acción y se aseguraron que no abandonarían el asunto del documento hasta haber conseguido su anulación. "Yo soy casi el más interesado," dijo Zuhayr, "por ello yo seré el primero que hable."

Al día siguiente temprano se unieron a la concentración de gente en la Mezquita y Zuhayr, vestido con una larga túnica, dio siete vueltas a la Kaabah. Luego se volvió hacia la asamblea y dijo: "¡Oh pueblo de la Meca! Vais seguir comiendo y vistiéndoos bien mientras que los hijos de Hashim perecen, sin poder comprar ni vender? ¡Por Dios, no me sentaré hasta que este inicuo boicot se haya roto!" "¡Mentiroso!" dijo su primo Abu Yahl, no se romperá. '¡Tú eres el mayor mentiroso!, dijo Zamah. "Nosotros no estabamos a favor de que se escribiese cuando fue escrito." "Zamah tiene razón", dijo Abu-l-Bajatari. "No estamos a favor de lo que en él se ha escrito ni, por otra parte, estamos de acuerdo con él." "Ambos tenéis razón", dijo Mutim, "y el que diga que no, es un mentiroso. Ponemos a Dios por testigo de nuestra inocencia al respecto de él y de lo que está escrito en él. Hisham dijo más o menos lo mismo, y cuando Abu Yahl comenzó a acusarlos de haber tramado esto de la noche a la mañana, Mutím lo interrumpió entrando en la Kaabah para traer el documento. Salió triunfal, con un trozo de vitela en la mano: los gusanos se habían comido el documento del boicot: todo menos las palabras de introducción "En Tu Nombre, ¡oh Dios!"

La mayoría del Quraysh ya había sido ganada virtualmente, y esta señal incuestionable fue un argumento final y completamente decisivo. Abu Yahl y uno o dos hombres con puntos de vista parecidos sabían que sería inútil de resistir. El boicot fue revocado formalmente, y un grupo de qurayshíes fue a dar las buenas nuevas a los Bani Hashim y a los Bani Muttalib.
Hubo un gran alivio en la Meca después del levantamiento del boicot y, por el momento, se suavizaron las hostilidades contra los musulmanes. Pronto llegaron a Abisinia informes exagerados de la nueva situación, y algunos de los exiliados se pusieron inmediatamente a hacer preparativos para volver a la Meca; otros, Yafar entre ellos, decidieron proseguir durante un tiempo donde estaban.

Mientras tanto, los líderes del Quraysh concentraron sus esfuerzos para intentar persuadir al Profeta de que aceptase un compromiso. Ésta era la mayor aproximación que, con todo, habían hecho hacia él. Walid y otros jefes propusieron que todos debían practicar las dos religiones. El Profeta se salvó del problema de formular su negativa gracias a una repuesta inmediata que vino directamente del Cielo en una azora de seis versículos:

Di: Oh infieles, yo no adorará lo que vosotros adoráis, ni vosotros adoraréis lo que yo adoro, ni yo he adorado lo que vosotros adoráis, ni habéis adorado vosotros que yo adoro. Para vosotros es vuestra religión y para mí la mía. (CIX).
Como consecuencia, la momentánea buena voluntad había disminuido para cuando los exiliados que regresaban alcanzaron las lindes del recinto sagrado.
Excepto Yafar y Ubaydallah ibn Yahsh, todos los primos del Profeta volvieron. Con ellos vinieron también Uthman y Ruqayyah. Otro shamsí que regresó con Uthman fue Abu Hudayfah. Él podía confiar en su padre, Utbah, para que lo protegiera. Pero Abu Salamah y Umm Salamah no podían esperar más que persecución por parte de su propio clan; por ello, antes de entrar en la Meca, Abu Salamah envió un mensaje a su tío hashimí Abu Talib, pidiéndole protección, para lo cual éste se dispuso, con gran indignación del Majzum. "Has protegido de nosotros a tu sobrino Muhammad," dijeron, "pero, ¿por qué proteges a nuestro propio compañero de clan?" "Él es el hijo de mi hermana", dijo Abu Talib. "Si no protegiese al hijo de mi hermana, no podría proteger al hijo de mi hermano. No tuvieron más elección que la de reconocerle sus derechos de jefatura. Además, en esta ocasión Abu Lahab apoyó a su hermano, y el Majzum sabía que era uno de los más poderosos aliados contra el Profeta; así pues no quisieron ofenderlo. Por su parte, él quizás lamentaba haber manifestado tan claramente, en tiempos de la prohibición, el odio implacable que sentía por su sobrino. No es que su odio hubiera disminuido de ningún modo; pero deseaba mantener unas mejores relaciones con su familia. Y esto era debido a que después de la muerte de su hermano mayor él podría normalmente esperar ocupar su puesto como jefe del clan, y quizás fuese que entonces veía en Abu Talib señales de que el final de su vida estaba próximo.

Capítulo 30

Paraíso y eternidad

Otro de los emigrados que regresaron y que pidieron ayuda contra su propia gente fue el cuñado de Omar, Uthman Ibn Mazun, porque sabía bien que sus primos Umayyah y Ubayy lo perseguirían. Esta vez fue el Majzum quien salvaguardó a un hombre de otro clan: Walid mismo tomó a Uthman bajo su protección; pero cuando Uthman vio que sus compañeros musulmanes eran perseguidos mientras él permanecía a salvo, fue a Walid y renunció a su amparo. *"Hijo de mi hermano"* dijo Uthman, *"¿te ha dañado alguien de mi gente?" "Nada de eso,"* respondió Uthman, *"pero yo tenía la protección de Dios, y no deseo la de nadie salvo la de Él."* Se fue pues con Walid a la Mezquita y lo absolvió públicamente de su protección.

Algunos días después sucedió que el poeta Labid estaba recitando para el Quraysh y Uthman se hallaba presente entre la gran multitud que se había reunido para oírlo. A un nivel por encima del talento general que los árabes tenían para la poesía estaban muchos poetas de claro ingenio como Abu Talib, Hubayrah y Abu Sufyan, el hijo de Harith. Pero, más allá de éstos, había unos pocos que eran considerados grandes, y Labid era, en la opinión general, uno de ellos. Era probablemente el más grande poeta árabe viviente, y el Quraysh se sentía privilegiado de contar con su presencia. Uno de los versos que entonces recitó comenzaba:

"Ved aquí, que todo excepto Dios es nada."

"Has dicho la verdad", dijo Uthman.

Labid continuó: *"Y todas las delicias se desvanecerán."*

"Mentiste", exclamó Uthman. *"La delicia del Paraíso nunca desaparecerá."* Labid no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran; en cuanto al Quraysh, no solamente estaban asombrados y escandalizados sino también llenos de vergüenza, ya que el poeta era su invitado. *"¡Oh hombres del Quraysh!"*, dijo éste, *"quienes se sentaban con vosotros como amigos nunca solían ser maltratados. ¿Desde cuándo sucede esto?"* Uno de los reunidos se levantó para expresar las excusas de la tribu. *"Este hombre no es más que un necio,"* dijo, *"uno de la cuadrilla de necios que han abandonado nuestra religión. No dejes que tu alma se altere por lo que ha dicho."* Uthman, entonces, replicó con tanta vehemencia que el que hablaba se acercó a él y le golpeó en el ojo, por lo que la ceja se le amoratá; Walid, que estaba sentado cerca, le hizo notar que su ojo nunca habría tenido que padecer si hubiese permanecido bajo su protección. *"No,"* dijo Uthman, *"mi ojo sano es ciertamente un pobre necesitado de lo que le ha sucedido a su hermano en el camino de Dios. Estoy bajo Su protección, que es más poderosa y decisiva que la tuya." "Ven, hijo de mi hermano,"* dijo Walid, *"renueva tu pacto conmigo."* Pero Uthman rehusó.

El Profeta no estuvo presente en aquella reunión. Pero le llegaron noticias del poema de Labid y de lo que había sucedido. El único comentario suyo del que se tiene constancia fue: *"Las palabras más verdaderas que un poeta jamás ha dicho son: 'Ved aquí, todo excepto Dios es nada'."* (B. LXIII, 26). No censuró a Labid por lo que había dicho después de esto. Podía considerarse que el Poeta había querido decir *"todas las delicias terrenas se desvanecen"* ; por otro lado, todos los Paraísos y Delicias que son Eternos pueden considerarse como incluidos en Dios o en *"la Faz de Dios."* Por aquella época se había producido la Revelación: *"Todo perece salvo su Faz"* (XXVII, 88), y en una Revelación anterior están las palabras: *"Eterna es la Faz de tu Señor, el Señor de la Majestad y el*

Honor." (LV, 27). Donde está esta Nobleza Eterna, allí tienen que estar sus recipientes y también sus delicias.

Se produjo en aquel tiempo una Revelación más explícita que contenía el siguiente pasaje. El primer versículo se refiere al Juicio: *"El día en que esto ocurra, ningún alma hablará sin Su permiso, algunas serán desdichadas, y otras dichosas. En cuanto a las desdichadas, en el Fuego estarán; en él, sollozos y suspiros serán su porción, y allí morarán mientras perduren los cielos y la tierra, a menos que Le plazca a tu Señor. Ciertamente tu Señor es siempre hacedor de lo que quiere. Y en cuanto a las dichosas, en el Jardín estarán, y allí morarán mientras perduren los cielos y la tierra, a menos que le plazca a tu Señor. Un don que no será retirado."* (XI, 105-108).

Las palabras finales muestran que no es la Voluntad de Dios que el don del Paraíso para el hombre después del Juicio le sea arrebatado como lo fue su primer Paraíso. Otras cuestiones relativas a este pasaje fueron respondidas por el mismo Profeta, que continuamente hablaba a sus seguidores sobre la Resurrección, el Juicio, el Infierno y el Paraíso. En una ocasión dijo: *"Dios, que acerca a su Misericordia a quien Él quiere, hará entrar en el Paraíso a las gentes del Paraíso y en el Infierno a las gentes del Infierno. Entonces dirá (a los ángeles): "Buscad a aquél en cuyo corazón podáis hallar fe del peso de un grano de semilla de mostaza, y sacadle del Infierno."* Entonces sacarán a una multitud de hombres y dirán: *"Señor Nuestro, no hemos dejado allí a ninguno de los que nos ordenaste"*, y Él dirá: *"Volved y sacad a aquél en cuyo corazón encontréis el peso de un átomo de bien".* Entonces sacarán a una multitud de hombres y dirán: *"Señor Nuestro, no hemos dejado nada de bondad allí."* Luego, los ángeles intercederán, y los Profetas y los creyentes. Entonces Dios dirá: *"Los ángeles han intercedido, y los profetas han intercedido, y los creyentes han intercedido. Solamente queda la intercesión del Más Misericordioso de los misericordiosos. Él sacará del fuego a los que no hicieron ningún bien y los arrojará a un río a la entrada del Paraíso que se llama el Río de la Vida."* (M.I, 79; B. XCVII, 24).

Y de las gentes del Paraíso dijo el Profeta: *"Dios dirá a la gente del Paraíso: '¿Estáis satisfechos?' Y ellos responderán: '¿Cómo no habríamos de estar satisfechos, ¡oh Señor!, puesto que nos has otorgado aquello que no has dado a ninguna otra de tus criaturas?' Entonces dirá Él: «¿No os parece que podría daros algo mejor que eso?» Y ellos dirán: «¿Qué cosa, oh Señor, puede ser mejor?», y Él dirá: «Haré descender sobre vosotros Mi Ridwan."* (M. LI, *2).* La beatitud final del *Ridwan,* a menudo traducido por *"Buena Felicidad"* se interpreta con la significación que tendría la aceptación final y absoluta por parte de Dios de un alma, llevándola consigo y hacia su Eterna y Beatífica Felicidad. Este Paraíso supremo no tiene que tomarse como excluyente del que es conocido como el Paraíso en el sentido ordinario, pues el Corán promete que para cada alma bendita habrá dos Paraísos (LV, 46*). Y* hablando de su propio estado en el Más Allá, el Profeta lo describe como una doble bendición, *"el encuentro con mi Señor, y el Paraíso."* (I.I. 1000).

Capítulo 31

El año de la tristeza

En el año 619, no mucho después de que el boicot se hubiera revocado, el Profeta sufrió una gran pérdida con la muerte de su esposa Jadiyah. Tenía ella unos sesenta y cinco años y él se aproximaba a los cincuenta. Habían vivido juntos en profunda armonía durante veinticinco años, y ella no sólo había sido su esposa sino también su amigo íntimo, su sabio consejero, y madre para todos cuantos vivían en la casa, incluidos Ali y Zayd. Sus cuatro hijas estaban abatidas de dolor, pero el Profeta pudo consolarlas diciéndoles que en una oración Gabriel lo había visitado y le había dicho que diese a Jadiyah saludos de Paz de parte de su Señor y le dijese que Él había preparado para ella una morada en el Paraíso.

Otra pérdida siguió a la muerte de Jadiyah, menos grande y menos penetrante pero, al mismo tiempo, también menos consolable y más seria en sus consecuencias externas. Abu Talib enfermó; pronto se hizo evidente que se estaba muriendo. En su lecho de muerte fue visitado por un grupo de líderes del Quraysh -Utbah, Shaybah y Abu Sufyan de Abdu Shams, Umayyah de Yumah, Abu Yahl de Majzum y otros- que le dijeron: *"Abu Talib, sabes el aprecio que te tenemos, y ahora esto que ves se ha abatido sobre ti, y tememos por ti. Conoces lo que se interpone entre nosotros y el hijo de tu hermano. Llámale pues y toma para él un regalo de nuestra parte, y toma para nosotros un presente de su parte, para que nos deje tranquilos, y nosotros lo dejaremos en paz a él también. Que nos deje en paz a nosotros y a nuestra religión."* Abu Talib envió entonces por él, y cuando llegó le dijo: *"Hijo de mi hermano, estos nobles de tu pueblo han venido juntos por causa tuya para dar y tomar." "Así sea",* dijo el Profeta. *"Dadme una palabra, una palabra por la cual gobernaréis sobre todos los árabes, y los persas os estarán sometidos." "Sin duda, ¡por tu padre!"* dijo Abu Yahl, *"para eso te daremos una palabra, y diez palabras más." "Tenéis que decir"*, dijo el Profeta, *"no hay ningún dios sino Dios, y tenéis que renunciar a lo que adoráis aparte de ÉL"* Dieron palmadas y dijeron: *"¿Quieres hacer de todos los dioses un solo Dios, oh, Muhammad? ¡Tu orden es ciertamente extraña!"* Entonces se dijeron entre sí: *"Este hombre no nos dará nada de lo que pedimos; así pues, sigamos nuestro camino y mantengámonos en la religión de nuestros padres hasta que Dios juzgue entre nosotros y él."*

Cuando se hubieron ido, Abu Talib dijo al Profeta: *"Hijo de mi hermano, tal y como lo vi, no les pediste nada extraordinario."* Estas palabras llenaron al Profeta de anhelo de que abrazase el Islam. *"Tío,"* dijo entonces, *"di tú las palabras, para que por ellas pueda interceder por ti el día de la Resurrección." "Hijo de mi hermano,"* dijo él, *"si no temiera que el Quraysh pensase que las había pronunciado por miedo a la muerte, las diría. Sin embargo, mis palabras no serían más que para complacerte."* Luego, cuando la muerte se aproximó a Abu Talib, Abbas lo vio mover los labios y acercó su oído a él, escuchó, y dijo: *"Mi hermano ha pronunciado las palabras que le ordenaste decir."* Pero el Profeta dijo: *"Yo no lo oí."* La situación se estaba haciendo difícil en la Meca para casi todos los que no gozaban de protección oficial. Antes de unirse al Profeta, Abu Bakr había sido un hombre de considerable influencia pero, a diferencia de Omar y Hamzah, él no era un hombre peligroso y, por lo tanto, no inspiró temor excepto en aquellos que habían aprendido a apreciarlo por razones espirituales: cuando su Islam estableció una barrera entre él y los líderes del Quraysh su influencia quedó prácticamente anulada; exactamente igual, por otra parte, que dentro de la comunidad de la nueva religión iba aumentando. Para Abu Bakr la situación se agravaba, además, por ser conocido como el responsable de muchas conversiones, y puede haber sido en parte como venganza por la conversión de Aswad,

el hijo de Nawfal, por lo que un día Nawfal mismo, el medio hermano de Jadiyah, organizó un ataque contra Abu Bakr y Talha, los cuales quedaron tumbados en el camino, con las manos y los pies atados y amarrados los dos juntos con una cuerda. Ningún hombre de Taym intervino contra los de Asad, lo que sugiere que habían renegado de sus dos destacados compañeros musulmanes.

Hubo quizás otros incidentes. Abu Bakr mantenía unas relaciones cada vez peores con el antiguo amo de Bilal, Umayyah, que era el jefe de Yumah, entre quienes él vivía, y llegó un momento en que sintió que no le quedaba más alternativa que la de emigrar. Habiendo obtenido el permiso del Profeta, partió para unirse a los que habían permanecido en Abisinia. Pero antes de llegar al Mar Rojo se encontró con Ibn al-Dugunnah, en aquella época jefe de un pequeño grupo de tribus confederadas que vivían cerca de la Meca, aliadas del Quraysh. Este jefe beduino había conocido bien a Abu Bakr en sus días de riqueza e influencia, sin embargo ahora tenía el aspecto de un ermitaño vagabundo. Asombrado por el cambio, le interrogó. *"Mi pueblo me ha maltratado,"* dijo Abu Bakr, *"y me ha expulsado, y todo lo que pretendo es viajar sobre la faz de la tierra, adorando a Dios." "¿Por qué te han hecho esto?"* dijo Ibn al-Dugunnah. *"Tú eres un ornamento para tu clan, una ayuda en el infortunio, un bienhechor, siempre satisfaciendo necesidades de otros. Regresa, porque estás bajo mi protección."* Lo llevó, pues, de vuelta a la Meca y habló a la gente, diciendo: *"Hombres del Quraysh, he otorgado mi protección al hijo de Abu Quhafah, por tanto, que todo el mundo lo trate bien."* El Quraysh confirmó la protección y prometió que Abu Bakr estaría a salvo, pero, por instigación de los Bani Yumah, dijeron a su protector: *"Dile que adore a su Señor en privado y que así rece y recite lo que desee, pero dile que no nos cause problemas dejándose ver y oír, porque su aspecto es impresionante y tiene atractivo personal, y por ello tememos que seduzca a nuestros hijos y a nuestras mujeres."* Ibn al-Dugunnah le dijo esto a Abu Bakr, y durante un tiempo éste hizo sus plegarias y sus recitaciones del Corán solamente en su casa; de esta forma, durante una temporada se relajó la tensión entre él y los líderes de los Bani Yumah. Abu Talib fue sucedido por Abu Lahab como jefe de Hashim; pero la protección que Abu Lahab daba a su sobrino era puramente nominal, y el Profeta fue maltratado como nunca lo había sido antes. En una ocasión un transeúnte se inclinó sobre su puerta y echó un trozo de asadura putrefacta en el puchero de la comida; otra vez, cuando estaba haciendo la plegaria en el patio de su casa, un hombre le arrojó el útero de una oveja lleno de sangre y excrementos. Antes de deshacerse de ello, el Profeta levantó el objeto con la punta de un palo y dijo, de pie en su puerta: *"¡Oh hijos de Abdu Manaf! ¿qué protección es ésta?"* Había visto que el ofensor era el shamsí Uqbah,[i] padrastro de Uthman, el marido de Ruqayyah. En otra ocasión, cuando el Profeta volvía de la Kaabah, un hombre tomó un puñado de tierra y lo arrojó contra su cara y su cabeza. Cuando volvió a casa, una de sus hijas se la lavó, llorando mientras lo limpiaba. *"No llores, hijita,"* dijo él, *"Dios protegerá a tu padre."*

Fue entonces cuando decidió buscar ayuda de los Thaqif, los habitantes de Taif -una decisión que reflejaba elocuentemente la aparente gravedad de su situación en la Meca-. Porque, aparte de la verdad, que puede conquistar todas las cosas, ¿qué es lo que realmente podía esperarse de los Thaqif, los guardianes del templo de la diosa al-Lat, cuyo santuario gustaban de pensar que era comparable a la Casa de Dios? Tenía que haber, no obstante, excepciones en Taif como las había en la Meca, y al Profeta no le faltaban esperanzas cuando atravesaba el desierto en dirección a los acogedores huertos, jardines y trigales de las afueras de la ciudad amurallada. Cuando llegó se dirigió directamente a la casa de los tres hermanos que eran los líderes del Thaqif en aquel tiempo, los hijos de Amr Ibn Umayyah, el hombre al que Walid consideraba como su equivalente en Taif, el segundo de *"los dos grandes hombres de las dos ciudades."* Pero cuando el Profeta les pidió que aceptasen el Islam y lo ayudasen contra sus oponentes, uno de ellos rápidamente dijo: *"¡Si Dios te envió a ti, arrancaré las colgaduras de la Kaabah!"*, y otro dijo: *"¿No pudo Dios encontrar a otro más que a ti para enviar?".* El tercero dijo a su vez: *"¡No permitas que jamás te hable! Porque, si como dices, tú eres el enviado de Dios, entonces eres un personaje demasiado grande para dirigirte la palabra,*

y, si mientes, no eres digno de que te hable." Entonces el Profeta se levantó para dejarlos, quizás con la intención de probar en otros sitios en Taif; pero cuando hubo abandonado a los tres hermanos estos incitaron a sus esclavos y criados para que lo insultasen y gritasen, hasta que se congregó contra él un gentío y se vio forzado a buscar refugio en un huerto privado. Una vez que penetró en él la multitud comenzó a dispersarse, y, atando su camello a una palmera, fue a buscar cobijo bajo una parra y se sentó a su sombra.

Cuando se sintió a salvo y en paz, imploró a Dios: *"¡Oh Dios, ante Ti me quejo de mi debilidad, de mi desamparo y de mi bajeza ante los hombres! ¡Oh el Más Misericordioso de los misericordiosos! Tú eres el Señor del débil. Y Tú eres mi Señor. ¿En manos de quién me confiarás? ¿En las de algún remoto forastero que me maltrate? ¿o en las de un enemigo al que Tú has dado poder contra mí? No me importa, no estés pues airado contra mí. Pero si tuviera Tu ayuda a mi favor -¡eso sería para mí el camino más fácil y mayores oportunidades! Me refugio en la Luz de Tu Rostro por la cual la oscuridad es iluminada y todas las cosas de este mundo y del otro son rectamente ordenadas, por temor a que Tú hagas descender Tu ira sobre mí, o por temor a que Tu cólera me acose. Es cosa Tuya, sin embargo, reprochar hasta que estés bien satisfecho. No hay poder ni fuerza sino en Ti."* (I.I. 280).

El lugar donde el Profeta había encontrado sosiego no estaba vacío como parecía. Todos los hombres del Quraysh anhelaban riquezas suficientes para comprar un jardín y una casa en la verde colina de Taif, a donde poder escapar del calor de la Meca cuando éste alcanzaba sus cotas más elevadas; y este huerto no era propiedad de un hombre de Thaqif sino que se trataba de parte de una propiedad de los líderes shamsíes Utbah y Shaybah, quienes, además, estaban en aquellos momentos sentados en un rincón de su jardín, junto al viñedo. Habían visto lo que había sucedido, y no les faltaban sentimientos de indignación por la forma en que la chusma del Thaqif se había atrevido a tratar a un hombre del Quraysh que era además, como ellos mismos, de los hijos de Abdu Manaf. En cuanto a las diferencias que se habían interpuesto entre ellos, ¿no habían desaparecido prácticamente ya? Habían visto por última vez a Muhámmad junto al lecho de muerte de Abu Talib. En estos momentos se encontraba sin protector y en una situación evidentemente apurada. Sintiendo que podían permitirse ser generosos llamaron a un joven cristiano esclavo suyo que se llamaba Addas y le dijeron: *"Toma un racimo de estas uvas y ponlo en esta fuente. Luego llévaselo a aquel hombre y dile que coma."* Addas obró como le habían ordenado; y cuando el Profeta puso su mano en las uvas, dijo: *"En el Nombre de Dios."* Addas lo miró fijamente a la cara; entonces dijo: *"Esas palabras no las dicen los hombres de este país." "¿De qué país eres tú?"* preguntó el Profeta, y *"¿cuál es tu religión?" "Soy cristiano"*, dijo, *"de las gentes de Nínive." "De la ciudad del recto Jonás, hijo de Matta",* dijo el Profeta. *"¿Cómo, es que sabes algo de Jonás el hijo de Matta?"* dijo Addas. *"Él es mi hermano"*, fue la respuesta. *"Él fue un Profeta y yo soy un Profeta."* Entonces Addas se inclinó hacia él y le besó la cabeza, las manos y los pies. Al ver esto, los dos hermanos exclamaron el uno para el otro, como a una sola voz: *"¡Se acabó tu esclavo! ¡Ya lo ha corrompido!"* Y cuando Addas volvió a ellos, dejando al Profeta comer en paz, le dijeron: *"¡Maldito seas, Addas! ¿Qué te ha hecho besar la cabeza, las manos y los pies de ese hombre?"* Respondió: *"Amo, no hay nadie mejor sobre la tierra que ese hombre. Me ha hablado de cosas que sólo un Profeta podría saber." "¡Maldito seas, Addas!"* respondieron. *"No dejes que te aparte de tu religión, porque tu religión es mejor que la suya."*

Cuando el Profeta comprendió que en aquellas circunstancias no podía conseguirse nada bueno de la Tribu de Thaqif, salió de Taif y se puso en camino hacia la Meca. Aquella noche, ya tarde, llegó al valle de Najlah, el alto que había a mitad de camino entre las dos ciudades que lo habían rechazado. En el momento en el que había sentido con mayor intensidad la conciencia del rechazo había sido un hombre de la lejana Nínive quien había reconocido su condición de Profeta, y, ahora, mientras erguido hacía la plegaria en Najlah, un grupo de *yins* pasó junto a él -siete *yins* procedentes de Nasibin- y se

detuvieron hechizados por las palabras del Corán que Muhámmad estaba recitando. El Profeta sabía que no había sido enviado solamente al reino de los hombres. La Revelación había afirmado hacía poco: *"Nosotros no te hemos enviado sino como misericordia para los Mundos."* (XXI, 107). *Y* una de las primeras *azoras* (LV) se dirige a los *yins* tanto como a los demás hombres, advirtiendo a ambos del Infierno como un castigo por el mal y prometiendo el Paraíso como recompensa por la Piedad. Se produjo entonces la Revelación: *"Di: 'Se me ha revelado que un grupo de los yins escucharon y luego dijeron: ciertamente hemos escuchado una recitación maravillosa que guía hacia la vía recta, y creemos en ella."* (LXXII, 1-2). Y otra Revelación (XLVI, 30-31) contaba cómo los *yins* se volvieron luego a su comunidad e incitaron a los demás a responder a *el que llama a Dios,* como ellos llamaron al Profeta.

El profeta se mostraba poco inclinado a volver a las mismas condiciones que apenas dos días antes le habían obligado a abandonar su hogar. Pero si él tuviera un protector, podría continuar cumpliendo su misión. Los Bani Hashim no le habían respondido. En consecuencia, sus pensamientos se volvieron hacia el clan de su madre. La situación que en él imperaba era irregular, porque el hombre que, con mucho, era el más destacado e influyente de Zuhrah era Ajnas Ibn Shariq, quien, estrictamente hablando, no era miembro del clan y ni siquiera del Quraysh. De hecho pertenecía al Thaqif, pero desde hacía mucho tiempo era confederado de Zuhrah, y habían terminado por considerarlo como su jefe. El Profeta ya se había resuelto a solicitar su ayuda cuando fue alcanzado por un jinete que también iba hacia la Meca pero viajando más rápido que Él; así pues le pidió que le hiciese el favor de que cuando llegase fuese a ver a Ajnas y le dijera: *"Muhámmad ha dicho: ¿Quieres darme tu protección para que pueda difundir el mensaje de mi Señor?"* El jinete se mostró bien dispuesto, e incluso no tuvo inconveniente en regresar con la respuesta; ésta demostró ser negativa, porque Ajnas simplemente observó que un confederado no tenía poder para hablar en el nombre del clan con el que estaba federado ni para otorgar una protección que podía obligar a todos. El Profeta, que entonces no estaba lejos de la Meca, envió pues la misma petición a Suhayl. Su respuesta fue igualmente decepcionante, aunque la razón que alegó para negarse no tenía nada que ver con su oposición al Islam. Una vez más se trataba de una cuestión de principios tribales. En la hondonada de la Meca su clan se distinguía de todos los demás por ser descendiente de Amir, el hijo de Luayy,[ii] mientras que los otros descendían de Kab, el hermano de Amir. Suhayl respondió simplemente que los hijos de Amir no daban protección contra los hijos de Kab. El Profeta se apartó del camino que conducía a la ciudad y se guareció en la cueva del Monte Hira, donde había recibido la primera Revelación. Desde allí envió su petición a un líder más estrechamente relacionado con él, Mutim, el jefe de Nawfal, uno de los cinco que habían organizado la anulación del boicot contra su clan, y Mutim aceptó de inmediato. *"Que entre en la ciudad"*, respondió en su mensaje. A la mañana siguiente, fuertemente armado, junto con sus hijos y sobrinos, escoltó al Profeta a la Kaabah. Abu Yahl les preguntó si se habían hecho seguidores de Muhámmad. *"Le estamos dando protección"*, respondieron; y los majzumíes sólo pudieron decir: *"A quien protegéis vosotros, nosotros protegemos."*

Capítulo 32

La luz de tu rostro

Fátima, la viuda de Abu Talib, había abrazado el Islam poco antes o después de la muerte de su marido, y lo mismo había hecho su hija Umm Hani, la hermana de Ali y de Yafar; pero el marido de Umm Hani, Hubayyah, era completamente impenetrable al mensaje de la Unidad de Dios. Sin embargo, daba la bienvenida al Profeta cuando acudía a su casa, y si era el tiempo de la plegaria durante una de esas visitas los musulmanes de la casa hacían la plegaria juntos. En una ocasión, cuando todos habían hecho la oración de la noche detrás del Profeta, Umm Hani lo invitó a pasar la noche con ellos. Él aceptó su invitación; pero después de un corto sueño se levantó y se fue a la Mezquita, porque le gustaba visitar la Kaabah durante las horas nocturnas. Mientras se encontraba allí, el deseo de dormir le sobrevino de nuevo y se echó en el Hichr.

"Mientras estaba durmiendo en el Hichr", dijo, "Gabriel vino a mí y me dio con su pie, *por lo que me incorporé; sin embargo, no vi nada y me volví a echar. Vino una segunda vez, y una tercera, y entonces me cogió por el brazo y me levanté y me puse junto a él; me condujo a la entrada de la Mezquita, y había allí una bestia blanca, mitad mula mitad asno, con alas a los lados con las cuales movía sus patas; y cada zancada suya alcanzaba hasta donde su ojo podía ver.",* (I.I. 264).

El Profeta contó entonces cómo montó a Buraq, que así se llamaba la bestia, y con el Arcángel a su lado, señalando el camino y adaptando su paso al del corcel celeste, marcharon a gran velocidad hacia el norte más allá de Yathrib y más allá de Jaybar, hasta que alcanzaron Jerusalén. Entonces se encontraron con un grupo de Profetas -Abraham, Moisés, Jesús y otros- y cuando él hizo la plegaria en el lugar del Templo, se juntaron todos ellos detrás de él en la plegaria. Luego le fueron traídas y ofrecidas dos vasijas que contenían la una vino y la otra leche. Tomó la de la leche y bebió de ella, dejando la del vino, y Gabriel dijo: *"Has sido guiado hacia el sendero primordial, y has guiado a tu pueblo hacia él, ¡oh Muhámmad!, y el vino te está prohibido."*

A continuación, como les había sucedido a otros antes de él -a Enoch y Elías, a Jesús y a María- Muhámmad fue sacado de esta vida y ascendido al Cielo. Desde la roca situada en el centro del Lugar del Templo montó de nuevo a Buraq, que movió sus alas en vuelo ascendente y se convirtió para su jinete en lo que el carro de fuego había sido para Elías. Guiado por el Arcángel, que ahora se reveló como un ser celestial, ascendieron más allá del dominio del espacio y del tiempo terrenales y de las formas corporales, y mientras atravesaban los siete Cielos se encontró de nuevo con los Profetas, con quienes había hecho la plegaria en Jerusalén. Pero allí se le habían aparecido con el aspecto que habían tenido durante sus vidas en la tierra, mientras que ahora los veía en su realidad celestial, como ellos lo veían ahora a él, y su transfiguración le maravilló. De José dijo que su rostro tenía el esplendor de la luna en su plenitud (I.I. 270), y que había sido dotado con no menos de la mitad de la belleza existente. (A.H. III, 286). Sin embargo esto no disminuyó el asombro de Muhámmad por sus otros hermanos, y mencionó en particular la gran hermosura de su hermano Aarón (I.I. 270). De los jardines que visitó en los diferentes Cielos dijo después: *"Una porción del Paraíso del tamaño de un arco es mejor que todo lo que hay bajo el sol, sobre lo que éste sale y se pone; y si una mujer de las gentes del Paraíso se apareciese a las gentes de la tierra, llenaría el espacio entre el Cielo y la tierra con luz y con fragancia."* (B. L. VI, 6). Todo lo que ahora veía lo veía con el ojo del Espíritu, y de su naturaleza espiritual, refiriéndose a los comienzos de toda la naturaleza terrenal, dijo: *"Yo era un Profeta cuando Adán estaba todavía entre el agua y el barro."* (Tir. XLVI, 1; A.H. IV, 66).

La cumbre de su ascenso fue *el Azufaifo del Confín.* Así se le llama en el Corán; y en uno de los comentarios más antiguos, basado en los dichos del Profeta, se dice: *"El Azufaifo está arraigado en el Trono, y señala el final del conocimiento de todo conocedor, sea éste Arcángel o Profeta-Enviado. Todo lo que hay más allá es un misterio oculto, desconocido para cualquiera excepto para Dios Solo."* (Tab. Tafsir, LIII. En esta cima del universo Gabriel apareció ante él en todo su esplendor angélico como había sido originariamente creado. (M. I, 280; B. LIX, 7). Luego, en las palabras de la Revelación: *"Cuando el azufaifo estaba cubierto por aquello no se desvió la mirada, ni erró; contempló, ciertamente, de todos los signos de su Señor, el mayor."* (LIII, 16-18). Según el comentario, la Luz Divina descendió sobre el Azufaifo recubriéndolo con todo lo que había junto a él, y el ojo del Profeta lo contempló sin vacilar y sin desviarse de él. (Tab., *Tafsir*, LIII). Tal fue la respuesta -o una de las respuestas- a la súplica implícita en las palabras: *"Me refugio en la Luz de Tu Rostro."*

En el Azufaifo el Profeta recibió para su pueblo la orden de hacer cincuenta plegarias al día, y fue entonces cuando recibió la Revelación que contiene el credo del Islam: *"El Enviado cree, y los creyentes creen en lo que le ha sido revelado por su Señor. Todos ellos creen en Dios y Sus ángeles, en Sus libros y en Sus enviados: No hacemos ninguna distinción entre Sus enviados, y dicen: Oímos y Obedecemos; concédenos, Señor nuestro, Tu perdón; y que hacia Ti sea el retorno final."* (11, 285).

Hicieron su descenso a través de los Siete Cielos del mismo modo que habían ascendido. El Profeta dijo: *"De regreso, cuando pasé junto a Moisés -¡y qué buen amigo fue él para vosotros!- me preguntó: '¿Cuántas plegarias se te han impuesto?' Le dije que cincuenta plegarias cada día, y él dijo: 'La plegaria en asamblea es una cosa pesada, y tu pueblo es débil. Vuelve a tu Señor y pídele que os alivie la carga a ti y a tu pueblo'. Regresé pues y le pedí a mi Señor que la hiciese más ligera, y quitó diez. Luego pasé junto a Moisés de nuevo, y él repitió lo que había dicho antes; en consecuencia volví otra vez, y me fueron quitadas diez plegarias más. Pero cada vez que volvía con Moisés éste me enviaba de vuelta; hasta que, finalmente, se me suprimieron todas las plegarias excepto cinco para cada día con su noche. Luego volví junto a Moisés, pero aún repitió lo mismo que antes, y yo respondí: 'He vuelto a mi Señor y Le he pedido hasta que ya me da vergüenza. No volveré otra vez'. Y es así que el que cumple las cinco plegarias con fe sincera y confianza en la munificencia de Dios, a ése le será dado el premio de cincuenta."* (I.I. 271).

Después de haber descendido a la Roca de Jerusalén, el Profeta y el Arcángel regresaron a la Meca por el camino por el que habían ido, adelantando a muchas caravanas que se dirigían hacia el Sur. Aún era de noche cuando llegaron a la Kaabah. Desde allí el Profeta fue de nuevo a casa de su prima. En palabras de ella: *"Un poco antes del alba el Profeta nos despertó, y una vez terminada la plegaria de la aurora, dijo: '¡Oh Umm Hani! como visteis hice con vosotros la última plegaria de la noche en este valle. Luego fui a Jerusalén y allí hice la plegaria: y ahora he hecho con vosotros la plegaria de la mañana, como ves.' Se levantó para marcharse, y yo lo agarré de la túnica con tanta fuerza que se le desprendió dejando al desnudo su vientre, como si no hubiese estado recubierto más que por unos pliegues de algodón. '¡Oh Profeta de Dios!', dije, 'No cuentes esto a la gente, porque te desmentirán y te insultarán.' '¡Por Dios que lo contaré!', contestó."* (I.I. 267).

Se dirigió a la Mezquita y les habló de su viaje a Jerusalén y de quienes encontró allí. Sus enemigos al punto se mostraron victoriosos, porque sintieron entonces que tenían una razón irrebatible para las mofas. Todos los niños del Quraysh sabían que una caravana tarda un mes en ir de la Meca a Siria y otro mes en volver. Y ahora Muhámmad afirmaba que había ido y vuelto de allí en una noche. Un grupo de hombres fue a ver a Abu Bakr y le dijeron: *"¿Qué piensas ahora de tu amigo? Nos ha contado que la pasada noche se fue a Jerusalén, oró allí y luego volvió a la Meca".* Abu Bakr los acusó de mentir, pero ellos le aseguraron que Muhámmad se encontraba en esos momentos en la Mezquita hablando sobre su viaje. *"Si ha dicho eso",* dijo Abu Bakr, *"entonces es verdad, y ¿qué tiene de*

maravilloso? Él me dijo que, procedentes del Cielo, le vienen nuevas a la tierra en una hora del día o de la noche, y yo sé que dice la verdad. Y esto está más allá de lo que criticáis sin motivo." Se fue entonces a la Mezquita para repetir su confirmación. *"Si ha dicho esto, entonces es verdad"*; y es por ello por lo que el Profeta le dio el nombre de *al-Siddiq,* que significa *"el gran testigo de la verdad"* o *"el gran confirmador de la verdad".* Sucedió, además, que algunos de los que habían considerado la historia increíble comenzaron a cambiar de opinión, porque el Profeta describió las caravanas que habían adelantado de regreso a la Meca y dijo dónde se encontraban y para cuándo se podía esperar su llegada a la Meca, y cada una llegó tal como lo había predicho, y los detalles fueron los que él había descrito. A los que estaban en la Mezquita solamente les habló de su viaje a Jerusalén; pero cuando estuvo a solas con Abu Bakr y otros de sus Compañeros les contó su ascenso a través de los siete Cielos, narrándoles una parte de lo que había visto, y dejando otras cosas para ser referidas más adelante, con el paso de los años, a menudo en respuestas a preguntas.

Capítulo 33

Después del año de la tristeza

En el año que siguió al año de la tristeza la Peregrinación tuvo lugar a comienzos de junio. En la Fiesta de los Sacrificios el Profeta fue al valle de Mina, donde los peregrinos acampan durante tres días. Desde hacía ya varios años era su costumbre visitar los distintos grupos de tiendas y proclamar su mensaje a cualquiera que desease escuchar, recitándole los versículos de la Revelación que se sentía impulsado a recitar. El punto más cercano de Mina a la Meca era Aqabah, donde el camino sube en fuerte pendiente desde el valle hacia las colinas en dirección a la ciudad Santa; y fue ese año, en Aqabah, cuando se encontró con seis hombres de la tribu de Jazrach, de Yathrib. No sabía nada de los seis, pero ellos habían oído hablar de él y de sus pretensiones de Profeta, y, en cuanto les dijo quién era sus caras brillaron de interés y lo escucharon con atención. Todos ellos estaban familiarizados con la amenaza de sus vecinos, los judíos de Yathrib: *"Un Profeta está a punto de ser enviado. Lo seguiremos y os daremos muerte como Ad e Iram fueron muertos".* Cuando el Profeta hubo terminado de hablar, se dijeron entre sí: *"Ciertamente éste es el Profeta cuya venida nos prometieron los judíos. ¡No permitamos que sean ellos los primeros en ponerse en contacto con él!".* Luego, después de un par de preguntas y respuestas, cada uno de ellos dio testimonio de la verdad del mensaje del Profeta y prometió cumplir las condiciones del Islam que él les había expuesto. *"Hemos abandonado nuestro pueblo,"* dijeron, *"porque no existen unas gentes más divididas por la enemistad que ellos. Quizás Dios quiera unirlas a través de Ti. Nos dirigiremos ahora a ellos y les pediremos que acepten tu religión como nosotros la hemos aceptado; si Dios los congrega alrededor de ti, entonces no habrá un hombre más poderoso que tú."* (I.I. 287).

El Profeta continuó visitando a Abu Bakr en su casa, situada entre las moradas de los Bani Yumah. Estas visitas fueron una característica memorable de la infancia de 'Aishah, la hija menor de Abu Bakr. Ella no podía recordar un tiempo en que sus padres no hubiesen sido musulmanes y en que el Profeta no los visitase a diario.

Durante este mismo año que siguió a la muerte de Jadiyah, el Profeta soñó que veía a un hombre que llevaba a alguien envuelto en un trozo de seda. El hombre le decía: *"Ésta es tu esposa, descúbrela pues".* El Profeta alzaba la seda y allí estaba 'Aishah. Pero 'Aishah solamente tenía seis años y él ya había cumplido los cincuenta. Por otra parte, Abu Bakr se la había prometido a Mutim para su hijo Yubayr. El Profeta simplemente dijo: *"Si esto procede de Dios, Él hará que suceda."* (B. XCI, 20). Algunas noches después vio en el sueño un ángel que portaba el mismo fardo de seda, y esta vez era él quien le decía al ángel: *"Muéstrame."* El ángel levantó la seda y allí de nuevo estaba 'Aishah, y nuevamente el Profeta dijo: *"Si esto procede de Dios, Él hará que suceda."* (Ibíd.).

Por el momento no mencionó estos sueños a nadie, ni siquiera a Abu Bakr. Pero se produjo entonces una tercera confirmación, de diferente naturaleza. Jawlah, la esposa de Uthman Ibn Mazun, había estado muy atenta a las diversas necesidades de la casa del Profeta desde la muerte de Jadiyah y un día, cuando se encontraba en su casa, le sugirió que debería tomar otra esposa. Cuando él le preguntó a quién debía desposar, ella le respondió: "O a 'Aishah la hija de Abu Bakr o a Sawdah la hija de Zamah." Sawdah, la prima y cuñada de Suhayl[i], estaba por aquel tiempo viuda y tenía unos treinta años. Su primer marido, Sakran, el hermano de Suhayl, la había llevado consigo a Abisinia y habían sido de los primeros en regresar a la Meca; Sakran había fallecido poco después de su retorno.

El Profeta le dijo a Jawlah que intentase arreglar sus matrimonios con las dos novias que había sugerido. La respuesta de Sawdah fue: *"Estoy a tu servicio, ¡Oh Enviado de Dios!",* y el Profeta le envió las siguientes palabras: *"Pide a un hombre de tu gente que te dé en matrimonio."* Ella eligió a su cuñado Hatib, que por aquella época ya había vuelto también de Abisinia, y él se la dio en matrimonio al Profeta.

Mientras tanto Abu Bakr abordaba a Mutim, que fue convencido sin dificultad para que renunciase al matrimonio de 'Aishah con su hijo y, unos meses después del matrimonio de Sawdah, 'Aishah se convirtió también en esposa del Profeta, mediante un matrimonio concertado por él y su padre, sin la presencia de ella. Contaría 'Aishah más tarde que había tenido el primer indicio de su nueva condición cuando un día estaba jugando fuera con sus amigas, no lejos de su casa, y su madre se aproximó, la cogió de la mano y se la llevó adentro, diciéndole que en adelante no tenía que salir para jugar, y que en vez de eso serían sus amigas las que irían a su casa. 'Aishah confusamente adivinó la razón, aunque su madre no le dijo inmediatamente que estaba casada; exceptuando esto, su vida continuó como antes.

Por esta época Abu Bakr decidió construir una pequeña mezquita delante de la casa. Estaba rodeada de muros, pero a cielo abierto, y allí hacía sus plegarias y recitaba el Corán. Sin embargo los muros no eran lo suficientemente altos para impedir que los viandantes mirasen por encima de ellos, y a menudo un grupo de personas permanecía allí y escuchaba su recitación a la vez que veían algo de su reverencia por el Libro revelado, que lo emocionaba hasta lo más profundo de su ser. Umayyah temió entonces que aumentase todavía más el número de los conversos de Abu Bakr y, a instancia suya, los jefes del Quraysh enviaron una delegación a Ibn al-Dugunnah recordándole lo que ellos habían dicho al principio acerca de su protección, y señalando que los muros de la mezquita de Abu Bakr no bastaban para hacerla parte de su casa. *"Si desea adorar a su Señor en la intimidad, que lo haga",* dijeron, *"pero si necesita hacerlo abiertamente, entonces mándale que te absuelva de la protección que le debes".* Sin embargo, Abu Bakr se negó a abandonar su mezquita, y absolvió formalmente a Ibn al-Dugunnah de su pacto, diciendo: *"Me contento con la protección de Dios".*

Fue ese mismo día cuando el Profeta anunció a él y a otros de los Compañeros: *"Se me ha mostrado el lugar de vuestra emigración: 'Vi una tierra bien regada, rica en palmeras con dátiles, entre dos extensiones de piedras negras'."* (B. XXXVII 7).

Capítulo 34

Yathrib responde

"Dividida por la enemistad y el mal". No habían exagerado los seis recién conversos de Yathrib al describir de este modo a su gente. La batalla de Buath, el cuarto y más feroz enfrentamiento de la guerra civil, en absoluto había sido decisiva; no había sido seguida de ninguna paz digna de ese nombre, sino simplemente de un acuerdo de cese momentáneo de hostilidades. El estado peligrosamente prolongado de odio crónico, cargado de un número cada vez mayor de incidentes violentos, había ganado a muchos de los hombres más moderados de ambos bandos para la opinión de que necesitaban un jefe único que los uniese, como Qusayy había unido al Quraysh, y de que no había otra solución a su problema. Uno de los hombres principales del oasis, Abdallah Ibn Ubayy, contaba con el apoyo de muchos como posible rey. No había combatido contra Aws en el reciente enfrentamiento, sino que había retirado a sus hombres la víspera de la batalla. Pertenecía, sin embargo, al Jazrach, y era sumamente dudoso que el Aws fuese capaz de aceptar un rey que no fuera de su tribu.

Los seis hombres del Jazrach comunicaron el mensaje del Islam a tantos cuantos quisieron escucharlos de entre su pueblo, y el verano siguiente, es decir, en el año 621, cinco de ellos repitieron su Peregrinación, llevando consigo a otros siete, dos de los cuales, eran de Aws. En Aqabah, estos doce hombres se comprometieron con el Profeta, y este compromiso es conocido como el Primer Aqabah. En palabras de uno de ellos: *"Juramos nuestra fidelidad al Enviado de Dios en la noche del Primer Aqabah. Juramos que no asociaríamos nada con Dios, que no robaríamos, no fornicaríamos, no daríamos muerte a nuestros hijos*[i] *ni proferiríamos calumnias, y que no le desobedeceríamos a él en lo que fuese correcto. Y nos dijo: 'Si cumplís este juramento, entonces el Paraíso es vuestro; si cometéis uno de estos pecados y luego recibís su castigo en este mundo, eso servirá como expiación. Y si lo ocultáis hasta el Día de la Resurrección, entonces a Dios le corresponde castigar o perdonar, según Su Voluntad'."* (I.I. 289).

Cuando se marcharon para Yathrib, el Profeta envió con ellos a Musab de Abd al-Dar, que por aquel tiempo había regresado de Abisinia. Les recitaría el Corán y les daría instrucción religiosa. Se hospedó en casa de Asad Ibn Zurarah, uno de los seis que habían abrazado el Islam el año anterior. Musab también tenía que dirigir la plegaria porque, a pesar de su Islam, ni Aws ni Jazrach podían todavía soportar el darse el uno al otro esa precedencia.

La rivalidad entre los descendientes de los dos hijos de Qaylah venía de muy antiguo. Había habido, sin embargo, frecuentes matrimonios entre miembros de las dos tribus, y como resultado de uno de ellos, Asad, el jazrachí anfitrión de Musab, era el primo carnal de Saad Ibn Muadh, jefe de uno de los clanes de Aws. Saad estaba firmemente en contra de la nueva religión. Por eso se enfadó, aunque al mismo tiempo se sintió turbado, al ver un día a su primo Asad, junto con Musab y algunos musulmanes recién conversos, sentado en un jardín en medio del territorio de su gente, manteniendo una seria conversación con miembros de su clan. Dispuesto a poner fin a tales actividades, aunque sin desear verse implicado él mismo en ninguna desavenencia, se dirigió a Usayd, que era el siguiente en autoridad después de él, y dijo: *"Ve a esos dos hombres que han venido a nuestra zona para engañar a nuestros hermanos más débiles"* -sin duda alguna estaba pensando en su hermano menor, el entonces ya fallecido Iyas, que había sido el primer hombre de Yathrib en abrazar el Islam[ii]- *"y expúlsalos, y prohíbeles que vuelvan*

a nuestra zona otra vez. Si Asad no fuera pariente mío te habría evitado esta molestia, pero él es hijo de la hermana de mi madre, y no puedo hacer nada contra él". Usayd cogió su lanza, se dirigió hacia ellos y, después de obsérvalos, dijo, con la expresión más feroz que pudo poner: *"¿Qué os ha traído por aquí a vosotros dos? ¿Engañar a nuestros hermanos más débiles? Dejadnos, si apreciáis en algo vuestras vidas".* Musab lo miró y dijo suavemente: *"¿Por qué no te sientas y escuchas lo que tenemos que decir? Luego, si te gusta, acéptalo; y si no, evita cualquier contacto con ello". "Esas palabras son justas"*, dijo Usayd, al cual agradaron el aspecto y los modales del enviado del Profeta, y clavando su lanza en el suelo se sentó junto a ellos. Musab le habló sobre el Islam y le recitó el Corán; la expresión de Usayd cambió de manera que los que estaban presentes pudieron ver el Islam en su rostro por la luz que en él brilló y el reposo que le suavizó antes de que se pusiese a hablar. *"¡Cuán excelentes y hermosas son esas palabras!"*, dijo cuando Musab hubo terminado. *"¿Qué hay que hacer si uno desea abrazar esa religión?"* Le dijeron que tenía que lavarse de la cabeza a los pies para purificarse y que también tenía que purificar las ropas, para luego hacer la plegaria. Había un pozo donde estaban sentados, así pues se purificó a sí mismo y a sus ropas y dio testimonio de que *"No hay dios sino Dios y Muhámmad es el Enviado de Dios".* Le enseñaron cómo ofrecer las plegarias, e hizo la que correspondía a ese momento. Luego dijo: *"Detrás de mí hay un hombre que, si os sigue, será seguido sin vacilación por todos los hombres de su pueblo. Os lo enviaré ahora."*

Se dirigió pues hacia sus compañeros de clan, los cuales, ya antes de que llegara a donde estaban, pudieron advertir que era un hombre distinto. *"¿Qué has hecho?"*, dijo Saad. *"Hablé con los dos hombres"*, dijo Usayd, *"y por Dios que no vi ningún mal en ellos. Pero les prohibí continuar y ellos dijeron: 'Haremos lo que desees'. 'Ya veo que no has sido de ningún provecho'."*, dijo Saad tomándole la lanza y encaminándose hacia donde los creyentes todavía estaban tranquilamente sentados en el jardín. Amonestó a su primo Asad y le recriminó por aprovecharse del parentesco. Pero Musab intervino, y le habló tal y como lo había hecho a Usayd; después de esto Saad consintió en escucharlo, y, finalmente, el resultado fue el mismo.

Cuando Saad hubo hecho la plegaria se reunió con Usayd y quienes con él estaban, y todos juntos se dirigieron a la asamblea de su pueblo. Saad les dirigió la palabra y dijo: *"¿Qué sabéis de mi posición entre vosotros?" "Tú eres nuestro Señor"*, respondieron, *"y el mejor de nosotros en juicio, y el más auspicioso en el liderazgo". "Entonces os diré:"*, dijo él, *"Juro que no hablaré a vuestros hombres ni a vuestras mujeres hasta que creáis en Dios y en su Enviado".* Y a la caída de la noche no había ningún hombre o mujer de su clan que no se hubiera convertido al Islam.

Musab permaneció con Asad durante unos once meses y fueron muchos los que abrazaron el Islam durante ese tiempo. Luego, cuando se fue aproximando el mes de la siguiente Peregrinación, regresó a la Meca para dar nuevas al Profeta de cómo le había ido entre los diferentes clanes de Aws y Jazrach.

El Profeta sabía que la tierra bien regada entre dos extensiones de piedras negras que había visto en una visión era Yathrib, y sabía que esta vez él también sería de los emigrantes. Había entonces en la Meca pocas personas en quienes él confiase tanto como en su tía política Umm al-Fadl. Tenía también la seguridad de que su tío Abbas, aunque no había abrazado el Islam, nunca lo traicionaría ni divulgaría un secreto que le hubiese sido confiado. Les contó pues a ambos que esperaba marcharse a vivir a Yathrib y que ello dependía mucho de la delegación procedente del oasis que se esperaba para la próxima Peregrinación. Al oír esto, Abbas dijo que sentía que era su obligación acudir con su sobrino a recibir a los delegados y hablar con ellos, y el Profeta se mostró de acuerdo.

Poco después de la partida de Musab, algunos de los musulmanes de Yathrib se pusieron

en camino para la Peregrinación como había sido dispuesto entre él y ellos, setenta hombres y dos mujeres en total, con la esperanza de ponerse en contacto con el Profeta. Uno de sus líderes era un jefe jazrachí llamado Bara, y durante los primeros días del viaje se vio acosado por un pensamiento preocupante. Se dirigían hacia la Meca, centro de Peregrinación de toda Arabia; allí estaba también el Profeta, al cual iban a ver, y allí era donde había sido revelado el Corán, y hacia allí se les adelantaban sus almas anhelantes. ¿Era por lo tanto correcto o razonable que, al llegar la hora de la plegaria, diesen la espalda a esa dirección y mirasen hacia el norte, hacia Siria? Esto tuvo que haber sido más que un simple pensamiento porque a Bara le quedaban tan sólo unos pocos meses de vida y los hombres cuya muerte está próxima reciben a menudo el don de la premonición. Sea lo que fuere, contó a sus compañeros lo que pensaba, y ellos le dijeron que hasta donde sabían el Profeta solía hacer sus plegarias orientado hacia Siria, es decir, hacia Jerusalén, y que ellos no deseaban hacerlo de un modo diferente al del Profeta. *"Yo oraré hacia la Kaabah"*, dijo Bara, y así lo hizo durante todo el viaje, mientras que los otros continuaron haciendo sus plegarias hacia Jerusalén. Le reconvinieron sin que sirviera de nada. Pero cuando llegaron a la Meca tuvo algunas dudas y le dijo a Kab Ibn Malik, uno de sus compañeros de clan más jóvenes -y uno de los poetas más inspirados de Yathrib-: *"Hijo de mi hermano, vayamos a ver al Enviado de Dios y preguntémosle sobre lo que yo hice en este viaje, porque han aparecido dudas en mi alma al ver que estabais contra mí".* Por consiguiente, preguntaron a un hombre en la Meca dónde podían encontrar al Profeta, al cual ni siquiera conocían de vista. *"¿Conocéis a su tío Abbas?"*, dijo el hombre, y ellos le respondieron que sí, porque Abbas visitaba con frecuencia Yathrib y era allí bien conocido. *"Cuando entréis en la Mezquita"*,les dijo su informador, *"él es el hombre sentado junto a Abbas".* Abordaron pues al Profeta, el cual, respondiendo a la pregunta de Bara, dijo: *"Tú tenías una dirección, si te hubieras mantenido fijo en ella".* Bara volvió a hacer las plegarias mirando hacia Jerusalén, a fin de hacer igual que el Profeta, aunque la respuesta que había recibido podría haberse interpretado en más de un sentido.

Habían hecho el viaje a la Meca en una caravana junto con los peregrinos politeístas de Yathrib, uno de los cuales abrazó el Islam en el valle de Mina, Abu Yabir Abdallah Ibn Amr, un eminente jazrachí, líder de los Bani Salamah y un hombre de gran influencia. Había sido acordado que se encontrarían secretamente con el Profeta, como anteriormente, en Aqabah, la segunda noche inmediatamente posterior al Peregrinaje. En palabras de uno de ellos: *"Dormimos esa noche con nuestra gente en la caravana hasta que pasado un tercio de la noche nos deslizamos de entre los durmientes hacia nuestra reunión fijada con el Enviado de Dios, escabulléndonos tan sigilosamente como la perdiz del desierto, hasta que estuvimos todos reunidos en el barranco cerca de Aqabah. Allí esperamos hasta que el Enviado de Dios vino y con él acudió su tío Abbas que, aunque en aquella época seguía aún la religión de su pueblo, no obstante deseaba estar presente en la transacción de su sobrino y asegurarse de que las promesas que le hacían eran dignas de crédito".* Cuando el Profeta se hubo sentado, Abbas fue el primero en hablar: *"Gentes de Jazrach y Aws, conocéis bien la estima en que tenemos a Muhámmad y cómo lo hemos protegido de su gente para que su clan lo respete y esté a salvo en su país. Sin embargo él ha resuelto volverse hacia vosotros y unirse a vosotros. Así pues, si pensáis que vais a guardar lo que le prometáis y que lo protegeréis contra todos los que se le oponen, vuestra sea esa carga que tomáis. Pero si por el contrario pensáis que lo vais a traicionar y abandonar después de haberse ido con vosotros, entonces dejadle ahora". "Hemos escuchado lo que has dicho",* respondieron, *"pero habla tú, oh Enviado de Dios, y elige por ti mismo y por tu Señor lo que desees".*

Después de unas recitaciones del Corán y de pronunciar unas llamadas a Dios y al Islam, el Profeta dijo: *"Hago con vosotros este pacto con la condición de que la lealtad que me prestéis os obligue a protegerme como protegéis a vuestras mujeres y vuestros hijos."* Bara se levantó, le cogió de la mano, y dijo: *"Por Aquél que te envió con la Verdad, te protegeremos como los protegemos a ellos. Acepta por consiguiente nuestra promesa de*

lealtad, oh Enviado de Dios, porque nosotros somos hombres de guerra en posesión de armas que han pasado de padres a hijos". Entonces lo interrumpió un hombre de Aws y dijo: *"Oh Enviado de Dios, hay vínculos entre nosotros y otros hombres,"* -se refería a los judíos- *"y deseamos romperlos; pero ¿no podría suceder que si hacemos esto y luego Dios te da la victoria te vuelvas con tu pueblo y nos abandones?"* El Profeta sonrió y dijo: *"No, yo soy vuestro y vosotros sois míos. Contra quienes hacéis la guerra, yo hago la guerra. Con quienes hacéis la paz, yo hago la paz".*

Luego dijo: *"Traedme como líderes a doce de vuestros hombres para que se ocupen de los asuntos de su pueblo".* Le presentaron, pues, a doce líderes, nueve de Jazrach y tres de Aws, pues sesenta y dos de los hombres eran de Jazrach, y también las dos mujeres, mientras que solamente once eran de Aws. Entre los nueve líderes de Jazrach estaban Asad y Bara; entre los trees de Aws se encontraba Usayd, a quien Saad Ibn Muadh había mandado para representarle.

Cuando los medineses estaban a punto de prestar juramento, uno por uno, al Profeta, un hombre de Jazrach, uno de los doce que lo había prestado el año anterior, hizo una señal para que esperasen y se dirigió a ellos diciendo: *"¡Hombres de Jazrach! ¿Sabéis lo que significa prestarle juramento a este hombre?" "Lo sabemos"*, dijeron, pero él no les hizo caso. *"Os comprometéis"*, continuó, *"a hacer la guerra contra todos los hombres, los rojos y los negros.*[iii] *Por consiguiente, si pensáis que cuando sufráis la pérdida de posesiones y cuando algunos de vuestros nobles sean muertos lo abandonaréis, abandonadlo ahora, porque si lo abandonáis entonces eso os traerá el oprobio en este mundo y en el otro. Pero si pensáis que cumpliréis vuestro pacto, entonces tomadle, porque en ello, por Dios, está lo mejor de este mundo y del otro."* Ellos dijeron: *"¿Qué importa que nuestras posesiones se pierdan y nuestros nobles sean muertos? Tomaremos a Muhámmad. ¿Y qué nos corresponderá por ello, oh Enviado de Dios, si cumplimos nuestro pacto contigo?" "El Paraíso"*, dijo él; y ellos dijeron: *"Extiende tu mano".* Extendió su mano y le prestaron juramento.

Satanás había estado observando y escuchando desde la cima de Aqabah, y, cuando no pudo contenerse más, gritó lo más alto que pudo y pronunció el nombre de Mudhammam. Réprobo. El Profeta supo quién era el que había gritado así, y le respondió diciendo: *"Oh enemigo de Dios, no te daré tregua".*

Capítulo 35

Muchas emigraciones

EL Profeta animaba ahora a sus seguidores de la Meca a emigrar a Yathrib. Pero uno de ellos ya lo había hecho. La muerte de Abu Talib había privado a su sobrino Abu Salamah de un protector, y éste se vio obligado a buscar refugio frente a su propio clan. Partió pues hacia el norte, montando a su esposa, con su hijo Salamah en los brazos, en un camello que él guiaba. Pero Umm Salamah era de la otra rama Majzum, los Bani Mugirah, y prima carnal de Abu Yahl. Algunos miembros de su familia salieron en pos de ellos y le arrebataron de las manos la cuerda del camello a Abu Salamah. Éste se encontró ampliamente superado en número, y viendo inútil resistirse le dijo a su mujer que se volviese con ellos. Ya encontraría la forma de que se reuniera con él. Pero cuando su rama del Majzum se enteró de esto se encolerizó con los Bani Mugirah y, para colmo de males, pidieron la custodia del niño. Así pues los tres se encontraron cruelmente separados hasta que todo el clan tuvo compasión de ella y le permitió tomar a su hijo y reunirse con su marido. Se puso en camino a camello, completamente sola salvo con Salamah, pero al cabo de casi seis millas se encontró con un hombre de Abd al-Dar, Uthman Ibn Talhah, aún un incrédulo, que insistió en acompañarla hasta el final del viaje. Se habían enterado de que Abu Salamah estaba en Quba, un pueblo situado en el punto más meridional de Yathrib, donde el oasis se introduce en la extensión de lava que es una de *"las dos extensiones de piedras negras"*; así que cuando los palmerales se ofrecieron a su vista Uthman dijo: *"Tu marido se encuentra en este pueblo, entra pues en él con la bendición de Dios"*. Y él se volvió de nuevo hacia la Meca. Umm Salamah nunca olvidó su bondad y jamás dejó de elogiarlo por su nobleza.

Después del Segundo Juramento de Aqabah, los musulmanes del Quraysh comenzaron a emigrar en número considerable. Entre los primeros en partir se contaron algunos primos del Profeta, hijos e hijas de Yahsh y Umaymah, Abdallah y su hermano ciego Abu Ahmad y sus dos hermanas Zaynab y Hamnah. Junto con ellos se fueron muchos otros de los Bani Asad que desde hacía mucho eran confederados de los Abdu Shams. Hamzah y Zayd se marcharon, dejando por el momento a sus mujeres en la Meca, pero Uthman se llevó consigo a Ruqayyah, mientras que Omar se llevó a su mujer Zaynab, su hija Hafsah y su hijo pequeño Abdallah. El marido de Hafsah, Junays de Sahm, también estaba con ellos. Abu Sabrah, el medio hermano de Abu Salamah, partió acompañado de su esposa, Umm Kulthum, que era hija de Suhayl. Otros primos jóvenes del Profeta que entonces emigraron fueron Zubayr y Tulayb.

En cuestión de poco tiempo todos sus compañeros más íntimos habían abandonado la Meca excepto Abu Bakr y Ali. Abu Bakr le había pedido al Profeta permiso para emigrar, pero éste le había dicho: *"No te precipites en marcharte, porque puede que Dios te dé un compañero"*. Comprendió Abu Bakr con ello que tenía que esperar al Profeta, y dio instrucciones para que alimentasen con hojas de acacia a dos de sus camellos con vistas al viaje de ambos a Yathrib.

El Quraysh hizo cuanto pudo para detener las emigraciones. La otra hija de Suhayl se había ido con su marido Abu Hudhayfah, tal y como habían emigrado a Abisinia anteriormente, pero Suhayl estaba determinado a que esta vez no se le escapase su hijo Abdallah, por lo cual mantuvo una estrecha vigilancia sobre él. Lo mismo le vino a suceder a Hisham, el hijo del líder shamsí As, que igualmente había estado entre los emigrantes a Abisinia. Su hermano Amr era quien había sido enviado por el Quraysh para poner al Negus en contra de los refugiados musulmanes, y Hisham había sido testigo de su fracaso e incomodidad. Omar, que era el primo de Hisham —sus madres eran hermanas— había dispuesto que ahora viajarían juntos a Yathrib,

abandonando la Meca por separado y reuniéndose en los espinos de Adat a unas diez millas al norte de la ciudad. Ayyash de Majzum también tenía que viajar con ellos; pero a la hora y lugar acordados no hubo ninguna señal de Hisham, por lo que Omar y su familia prosiguieron su camino con Ayyash ya que habían acordado que no se esperarían. El padre y el hermano de Hisham se habían enterado de su plan y lo habían retenido por la fuerza, y tanto lo presionaron que incluso al cabo de pocos días lo persuadieron para que renunciase al Islam.

En cuanto a Ayyash, llegó a Yathrib con Omar, pero sus dos medio hermanos, Abu Yahl y Harith, lo siguieron y le dijeron que su madre, que lo era también de ellos dos, había jurado no peinarse ni cobijarse del sol hasta que volviese a verlo. Avyash se quedó muy preocupado con esto, pero Omar le dijo: *"No quieren nada más que apartarte de tu religión; porque, por Dios, si los piojos molestasen a tu madre, usaría el peine, y si se sintiese agobiada por el calor de la Meca buscaría cobijo"*. Pero Ayyash no quiso escuchar: insistió en volver a la Meca para liberar a su madre de su juramento. También tenía la intención de recuperar algún dinero que había dejado atrás. Pero cuando habían recorrido la mitad del camino Abu Yahl y Harith cayeron sobre él, lo ataron de pies y manos y lo llevaron a casa como prisionero, diciendo cuando entraban en la ciudad: *"¡Oh gentes de la Meca, haced con vuestros necios como nosotros hemos hecho con el nuestro!"*. Al igual que Hisham, Ayyash fue inducido a renunciar al Islam, pero en ninguno de los casos esto fue definitivo. Después de un tiempo se encontraban llenos de remordimientos, hasta el punto de suponer que no había expiación posible para un pecado tan grande; y esa era también la opinión de Omar. Pero más tarde vino la Revelación: *"¡Oh Mis siervos, que habéis sido pródigos contra vosotros mismos, no desesperéis de la Misericordia de Dios! Ciertamente Dios perdona la totalidad de los pecados. Él es el Indulgente, el Misericordioso. Y volveos hacia vuestro Señor arrepentidos y someteos a Él antes de que el castigo os llegue, pues entonces no seréis ayudados."* (XXXIX, 53-54). Omar anotó estas palabras y halló un medio de enviárselas a Hisham, quien dijo: *"Cuando me llegó levanté el escrito junto a mis ojos y lo bajé alejándolo de ellos, pero no podía comprenderlo, hasta que dije: '¡Oh Dios!, hazme entenderlo'. Entonces Dios puso en mi corazón que había sido revelado por nuestra causa con respecto a lo que decíamos de nosotros mismos y a lo que se decía de nosotros"*. Hisham se lo mostró a Ayyash y los dos renovaron su Islam y esperaron su oportunidad para escapar.

Capítulo 36

Una conspiración

Las aparentes apostasías de Hisham y Ayyash no fueron más que pequeños triunfos del Quraysh, completamente rebasados por el flujo continuo de emigrantes que les era imposible controlar. Algunas de las casas mayores de la Meca se encontraban ahora sin inquilinos; otras, que habían estado llenas, estaban vacías salvo con una o dos personas ancianas. En la ciudad que tan sólo diez años antes había parecido tan próspera y armoniosa todo había cambiado gracias a este único hombre. Pero mientras que estos sentimientos de tristeza y melancolía iban y venían, existía la conciencia persistente de un peligro cada vez mayor proveniente de esa ciudad del norte donde ahora se estaban agrupando tantos enemigos potenciales; hombres a quienes no les importaban los vínculos de la sangre si entraban en conflicto con su religión. Quienes habían oído al Profeta decir: *"Quraysh, os traigo inmolación"*, nunca lo habían olvidado, aunque cuando lo dijo no parecía que hubiese nada que temer. Pero si él ahora se escapaba, a pesar de la continua vigilancia a la que lo tenían sometido, y se iba a Yathrib, esas palabras podrían demostrar ser algo más que una simple amenaza.

La muerte de Mutim, el protector del Profeta, pareció abrir el camino para la acción y dar un horizonte a sus aspiraciones. Abu Lahab se ausentó deliberadamente de la reunión que los líderes del Quraysh mantenían en la Asamblea. Después de una larga discusión, cuando se habían presentado y rechazado varias sugerencias, se mostraron de acuerdo —algunos con reservas— con el plan ideado por Abu Yahl como la única solución efectiva para su problema. Cada clan tenía que designar a un joven fuerte, digno de confianza y bien relacionado, y, en un momento dado, estos hombres escogidos deberían caer todos juntos sobre Muhámmad, asestándole cada uno un golpe mortal para que su sangre fuese derramada por todos los clanes. Los Bani Hashim no podrían enfrentarse con la totalidad de la tribu del Quraysh; aceptarían el dinero manchado de sangre —que les sería ofrecido— en lugar de la venganza. De este modo, por fin, la comunidad se vería libre de un hombre que, mientras había vivido, no les había dado más que desasosiego.

Gabriel se presentó entonces al Profeta y le dijo lo que tenía que hacer. Era mediodía, una hora poco habitual para hacer visitas, pero el Profeta se fue derecho hacia la casa de Abu Bakr; éste supo inmediatamente, en cuanto lo vio a esa hora del día, que algo importante había sucedido. 'Aisha y su hermana mayor Asma estaban con su padre cuando el Profeta entró. *"Dios me ha permitido abandonar la ciudad y emigrar"*, dijo. *"¿Junto conmigo?"*, preguntó Abu Bakr. *"Junto contigo"*, dijo el Profeta. 'Aisha contaba por aquella época siete años de edad. Posteriormente solía decir: *"Yo no había sabido antes de aquel momento que alguien pudiera llorar de alegría, hasta que vi llorar a Abu Bakr por esas palabras"*.

Cuando hubieron elaborado sus planes el Profeta regresó a su casa y le contó a Ali que estaba a punto de partir a Yathrib, ordenándole que se quedase en la Meca hasta que hubiese devuelto a sus propietarios los bienes que habían sido depositados en su casa para su salvaguarda. El Profeta nunca había dejado de ser conocido como Al-Amin, y todavía había muchos incrédulos que le confiaban sus riquezas como no se las confiarían a ningún otro. También le contó a Ali lo que Gabriel le había dicho acerca de la conjura que el Quraysh había tramado contra él.

Los hombres elegidos para asesinarlo habían quedado en reunirse a la puerta de la casa del Profeta cuando la noche hubiese caído. Mientras se encontraban esperando a estar congregados todos escucharon el sonido de voces de mujeres procedente de la casa, las voces

de Sawda, Umm Kulthum, Fátima y Umm Ayman. Ello les hizo pensar; y uno de los hombres dijo que si franqueaban la tapia e irrumpían en la casa sus nombres serían tenidos por siempre en deshonor entre los árabes por haber violado la intimidad de las mujeres. Decidieron, pues, esperar a que su supuesta víctima saliese, tal y como solía hacer por la mañana temprano, sí es que no antes.

El Profeta y Ali no tardaron en darse cuenta de su presencia, y el Profeta tomó un manto en el que solía dormir y se lo dio a Ali, diciendo: *"Duerme en mi cama y envuélvete en este manto verde hadramí mío. Duerme con él y ningún mal procedente de ellos podrá alcanzarte".* Entonces comenzó a recitar la *azora* que recibe el nombre de sus dos letras iniciales, *Ya-Sin*; y, cuando llegó a las palabras: *"Y nosotros los hemos cubierto para que no vean"* (XXXVI, 9), salió de la casa y Dios les privó de la visión de manera que no lo vieron, y pasó a través de ellos y continuó su camino.

Un hombre venía en la dirección contraria, tropezó con él y reconoció al Profeta. Poco después sus pasos le llevaron cerca de la casa del Profeta, y al ver que había hombres a su puerta les gritó que si era a Muhámmad a quien querían no se encontraba allí sino que había salido no hacía mucho. *"¿Cómo podía ser eso?"*, pensaron. Uno de los conspiradores había estado vigilando la casa y había visto al Profeta entrar en ella antes de que los otros hubiesen llegado, y estaban seguros de que nadie había abandonado la casa desde que ellos se encontraban allí. Pero ahora comenzaron a inquietarse. Uno que sabía dónde dormía el Profeta se dirigió a un punto desde el cual pudo ver a través de la ventana, y se aseguró de que alguien estaba durmiendo en el lecho del Profeta, envuelto en un manto. Por consiguiente tranquilizó a sus compañeros diciéndoles que su hombre todavía estaba allí. Pero cuando llegó el alba Ali se levantó y fue hacia la puerta de la casa, aún envuelto en el manto, pudiendo entonces ver ellos quién era, y comenzaron a pensar que de un modo u otro habían sido burlados. Esperaron un poco más; el más fino de los crecientes, que era todo lo que quedaba de la luna menguante del mes de Safar, se había elevado sobre las colinas orientales y ahora comenzaba a palidecer a medida que la luz aumentaba. Seguía sin haber señales del Profeta, y, con un impulso repentino, decidieron ir cada uno a su jefe de clan para dar la alarma.

Capítulo 37

La Hégira

Mientras tanto, el Profeta había vuelto con Abu Bakr, y sin pérdida de tiempo salieron a través de una ventana, por la parte trasera de la casa, donde los estaban esperando dos camellos ya ensillados. El Profeta montó en uno de ellos y Abu Bakr en el otro, con su hijo Abdallah detrás de él. Tal y como habían planeado se encaminaron hacia una cueva en el monte Thawr, situado un poco hacia el sur, en el camino del Yemen, porque sabían que en cuanto se descubriese la ausencia del Profeta enviarían pelotones de búsqueda para cubrir todas las afueras del norte de la ciudad. Tras haber recorrido un poco de camino más allá de los alrededores de la Meca, el Profeta detuvo su camello y dijo: *"De toda la tierra de Dios, eres tú el lugar más querido para mí y el más querido para Dios; y si mi pueblo no me hubiera expulsado de ti, no te habría abandonado."*

Amir Ibn Fuhayra, el pastor que Abu Bakr había comprado como esclavo y que luego había liberado y puesto al cuidado de su rebaño, los había seguido con su rebaño para hacer desaparecer las pisadas. Cuando llegaron a la cueva, Abu Bakr envió a su hijo de vuelta a casa, con los camellos, diciéndole que escuchase lo que se diría en la Meca al día siguiente cuando se descubriera la ausencia del Profeta, y que se lo comunicase a ellos por la noche. Amir debía apacentar sus rebaños como habitualmente lo hacía con los otros pastores durante el día y llevarlos a la cueva por la noche, siempre cubriendo las huellas de Abdallah entre Thawr y la Meca.

La noche siguiente Abdallah volvió a la cueva y con él fue su hermana Asma, llevando alimentos. Sus noticias eran que el Quraysh había ofrecido una recompensa de cien camellos para quien pudiese encontrar a Muhámmad y lo devolviese a la Meca. Ya había jinetes siguiendo todas las rutas normales que iban de la Meca a Yathrib, con la esperanza de dar alcance a ambos, porque se daba por sentado que Abu Bakr acompañaba al Profeta, ya que él también había desaparecido.

Otros, sin embargo, quizás desconocidos para Abdallah, pensaban que tenían que estar ocultos en una de las numerosas cuevas de las colinas que circundan la Meca. Además, los árabes del desierto son buenos rastreadores: incluso cuando un rebaño de ovejas hubiese seguido el camino previamente hollado por dos o tres camellos el beduino medio adivinaría de un solo vistazo los restos de las huellas mayores de las pezuñas de los camellos que una multitud de pisadas menores habría borrado. Parecía improbable que los fugitivos estuviesen al sur de la ciudad; con todo, por una recompensa tan generosa había que intentar todas las posibilidades y, ciertamente, las ovejas habían sido precedidas por camellos en aquellos rastros que llevaban en dirección al Thawr.

Al tercer día, el silencio de su santuario de montaña fue roto por el sonido de unas aves —un par de palomas de las rocas, pensaron ellos— arrullándose y aleteando fuera de la cueva. Luego, después de un rato, escucharon el sonido débil de voces humanas, a alguna distancia, por debajo de ellos, pero haciéndose cada vez más audibles, como si los hombres estuviesen escalando la ladera de la montaña. No esperaban a Abdallah hasta después de la caída de la noche y todavía quedaban algunas horas para la puesta del sol, aunque, de hecho, extrañamente, había poca luz en la cueva para la hora del día que se suponía que era. Las voces ya no estaban lejos —cinco o seis hombres por lo menos— y aún continuaban acercándose. El Profeta miró a Abu Bakr y dijo: *"No te aflijas, porque ciertamente Dios está con nosotros"* (IX, 40). Y luego dijo: *"¿Qué piensas tú de dos cuando Dios es su tercero?"* (B. LVII, 5).

Pudieron oír entonces el sonido de las pisadas, que se acercaron y luego se detuvieron: los hombres estaban delante de la cueva. Hablaban con decisión, mostrándose todos de acuerdo en que no había necesidad de entrar en ella; era imposible que alguien pudiera estar allí. Luego se volvieron hacia el camino por el que habían llegado.

Cuando el sonido de las pisadas y de las voces que se retiraban se hubo desvanecido el Profeta y Abu Bakr salieron a la boca de la cueva. Delante de ellos, casi ocultando la entrada, había una acacia de casi la altura de un hombre que esa misma mañana no se encontraba allí, y sobre el espacio que había quedado entre el árbol y la pared de la cueva una araña había tejido su tela. Miraron a través de la tela de araña y allí, en el hueco de la roca, donde un hombre podría pisar al entrar en la cueva, una paloma de las rocas había hecho su nido y se hallaba sentada cerca como si tuviese huevos, con el macho posado sobre un saliente algo más arriba.

Cuando a la hora que habían convenido oyeron aproximarse a Abdallah y a su hermana apartaron con cuidado la tela que había sido su protección y, procurando no molestar a la paloma, fueron a recibirlos. Amir también había venido, esta vez sin su rebaño. Había traído al beduino a quien Abu Bakr había confiado los dos camellos elegidos para su viaje. El hombre no era creyente aún, pero podía confiarse en él para guardar el secreto y también para que los guiase a su punto de destino a través de senderos apartados tales que sólo un verdadero hijo del desierto conocería. Estaba esperando abajo en el valle con las dos monturas y un tercer camello que había traído para él. Abu Bakr se iba a llevar a Amir detrás de él en su camello, para que se ocupase de las necesidades de ambos. Dejaron la cueva y descendieron por la ladera. Asma, que trajo un saco con provisiones, se había olvidado de llevar cuerda. Se quitó entonces el cinturón y lo dividió en dos trozos de igual longitud, usando uno para asegurar el saco a la silla de su padre y otro lo guardó para ella. Fue así como se ganó el sobrenombre de *"la de los dos cinturones"*.

Cuando Abu Bakr ofreció al Profeta el mejor de los dos camellos, dijo el Enviado de Dios: *"No montaré una camella que no es de mi propiedad"*. *"Pero es tuya, ¡oh Enviado de Dios!"*, respondió Abu Bakr. *"No;"* dijo el Profeta, *"pero ¿qué precio pagaste por ella?"* Abu Bakr se lo dijo, y él le contestó: *"La tomo por ese precio"*. No insistió más Abu Bakr para que la tomase como presente —aunque el Profeta había aceptado muchos regalos de él en el pasado—, porque ésta era una ocasión solemne. Era la *Hégira* del Profeta, su ruptura con todos los vínculos de hogar y patria por la causa de Dios. Su ofrenda, el acto de emigrar, tenía que ser completamente suyo, no compartido por otro desde ningún punto de vista. Por consiguiente, la montura sobre la que se iba a realizar el acto tenía que ser suya, pues era parte de su ofrenda. El nombre de la camella era Qaswa, y fue siempre su camella favorita.

Su guía se alejó de la Meca hacia el oeste y un poco hacia el sur hasta que llegaron a las orillas del Mar Rojo. Yathrib está justo al norte de la Meca en línea recta, pero fue solamente en este punto en el que tomaron rumbo norte. El camino costero corre en dirección noroeste y durante unos pocos días lo siguieron. En una de sus primeras noches, mirando a través de las aguas hacia el desierto de Nubia, vieron la luna nueva del mes de Rabi Al-Awwal. *"¡Oh creciente de bien y de guía, mi fe está en Aquél que te creó!"* (A.H. V, 329), diría el Profeta al ver la luna nueva.

Una mañana se sintieron algo consternados: una pequeña caravana se iba aproximando en dirección contraria. Pero sus sentimientos se trocaron en alegría cuando se dieron cuenta de que se trataba del primo de Abu Bakr, Talha, que venía de Siria, donde había comprado telas y otras mercancías con las que iban cargados sus camellos. En su camino de regreso se había detenido en Yathrib, y tenía la intención de volver allí tan pronto como hubiese vendido sus mercancías en la Meca. La llegada del Profeta al oasis, dijo, se esperaba con la mayor impaciencia; y antes de despedirse de ellos les dio a cada uno una muda de ropas de las finas prendas blancas de Siria que había planeado vender a algunos de los más ricos hombres del Quraysh.

Poco después de su encuentro con Talha viraron en dirección norte, dirigiéndose paulatinamente hacia el interior desde la costa, y luego hacia el noroeste, enfilando por fin el camino directo a Yathrib. En un punto de su viaje el Profeta recibió una Revelación que le decía: *"Verdaderamente, Quien te ha impuesto el Corán te devolverá otra vez al hogar"* (XXVIII, 85).

Poco antes del alba del duodécimo día después de abandonar la cueva llegaron al valle de Aqiq y, cruzando el valle, subieron por las accidentadas laderas del otro lado. Antes de alcanzar la cima el sol estaba bien alto y el calor era intenso. En otras circunstancias se habrían detenido para descansar hasta que los grandes calores del día hubiesen pasado, pero en aquel momento decidieron subir la cresta final de la pendiente, y cuando por fin pudieron contemplar la llanura que bajo su mirada se extendía no era ya cuestión de detenerse. El lugar con el que el Profeta había soñado, *"la tierra bien regada entre dos extensiones de piedras negras"*, yacía ante ellos, y el gris-verde de los palmerales y el verde más tenue de los huertos y jardines se extendían en un punto hasta tres millas al pie de la ladera que habían de descender.

El punto más cercano de verdor era Quba, donde la mayoría de los emigrados de la Meca se había establecido en primer lugar, y donde muchos de ellos permanecían aún. El Profeta dijo a su guía: *"Condúcenos directamente a los Bani Amr en Quba, y no nos acerques todavía a la ciudad"* —porque la parte más densamente poblada del oasis era llamada así—. Esa ciudad habría de ser conocida pronto en toda Arabia, y luego en todas partes, como *"La Ciudad"*, en árabe *Al-Madina,* en español Medina.

Varios días antes habían llegado al oasis noticias de la Meca sobre la desaparición del Profeta y sobre la recompensa ofrecida por él. La gente de Quba esperaba su llegada todos los días, porque ya se había pasado aquél en el que debería haber llegado; cada mañana pues, después de la plegaria del alba, algunos de los Bani Amr salían a buscarlo, y con ellos iban hombres de otros clanes que habitaban allí al igual que aquellos emigrantes qurayshíes que aún no se habían trasladado a Medina y que salían también en busca de Muhámmad. Iban más allá de los campos y de los palmerales hacia la extensión de lava, y después de haber recorrido una cierta distancia se detenían y esperaban hasta que el calor del sol se hacia intenso; entonces volvían a sus hogares. Como cada mañana, aquélla también habían salido; sin embargo, para cuando los cuatros viajeros comenzaron su descenso por la ladera rocosa, ellos estaban ya de regreso en sus casas. No hubo en esos momentos ojos fijos mirando hacia esa dirección; pero el sol brillaba sobre las ropas blancas y nuevas del Profeta y de Abu Bakr que se destacaban, con toda intensidad, contra el fondo de piedras volcánicas negro-azuladas; y un judío, que por casualidad en ese momento se encontraba en el tejado de su casa, los vio. Al punto adivinó quiénes tenían que ser, porque los judíos de Quba habían preguntado y les habían contado la razón por la que a tantos de sus vecinos les había dado por salir en grupo hacia el yermo todas las mañanas sin excepción. Gritó entonces con toda su voz: ser *"¡Hijos de Qayla, ha llegado, ha llegado!"* La llamada fue inmediatamente recogida y hombres, mujeres y niños salieron deprisa de sus casas y se dirigieron hacia la franja de verdor que conducía a la extensión de piedra. Pero no tuvieron que ir muy lejos ya que los viajeros habían alcanzado para entonces el palmeral más distante. Fue una explosión de alegría por todas partes, y el Profeta se dirigió a ellos diciendo: *"¡Oh gentes, daos los unos a los otros saludos de Paz; dad de comer al hambriento; honrad los vínculos de parentesco; orad durante las horas en que los hombres duermen! Así entraréis en Paz en el Paraíso."* (I.S. I/i, 159).

Se decidió que debía alojarse con Kulthum, un anciano de Quba que anteriormente había acogido en su casa a Hamza y a Zayd cuando llegaron procedentes de la Meca. Los Bani Amr, el clan de Kulthum, eran de los Aws; y fue sin duda en cierto modo para que las dos tribus de Yathrib compartiesen la hospitalidad por lo que Abu Bakr se hospedó con un hombre del Jazrach en el pueblo de Sunh, el cual quedaba un poco más cerca de Medina. Al cabo de un día o dos llegó Ali de la Meca y se quedó en la misma casa que el Profeta. Había tardado tres días en devolver a sus propietarios los bienes que le habían sido depositados.

Muchos fueron los que acudieron entonces a saludar al Profeta. Entre ellos, también

algunos judíos de Medina, atraídos más por curiosidad que por buena voluntad. Pero la segunda o tercera noche acudió un hombre cuyo aspecto era diferente al de cualquiera de los demás. Claramente no era ni árabe ni judío. Salman, así se llamaba, había nacido de padres persas zoroástricos en el pueblo de Yayy, cerca de Isfahan, pero se había convertido al cristianismo y se había ido a Siria siendo muy joven. Allí se había vinculado a un obispo santo quien, en el lecho de muerte, le recomendó que fuese a ver al Obispo de Mosúl que, como él, era un anciano, pero también el mejor hombre que conocía. Salman partió hacia el norte de Iraq, y éste fue para él el comienzo de una serie de relaciones con ancianos sabios cristianos hasta que el último de éstos, también en el lecho de muerte, le dijo que estaba a punto de llegar el momento en que aparecería un Profeta: *"Será enviado con la religión de Abraham y aparecerá en Arabia donde emigrará de su hogar a un lugar entre dos zonas de lava, un país de palmeras. Sus señales son claras: comerá de un obsequio pero no si es dado como limosna; y entre sus hombros está el sello de la profecía".* Salman resolvió unirse al Profeta y pagó a un grupo de mercaderes de la tribu de Kalb para que lo llevasen con ellos a Arabia. Pero cuando llegaron a Wadi-l-Qura, cerca del golfo de Aqabah al norte del Mar Rojo, lo vendieron como esclavo a un judío. La visión de las palmeras en Wadi-l-Qura le hizo preguntarse si ésta podría ser la ciudad que estaba buscando, aunque tenía sus dudas. No pasó sin embargo mucho tiempo antes de que el judío lo vendiese a un primo suyo de los Bani Qurayza de Medina, y tan pronto como vio la configuración del terreno no le cupo ninguna duda de que ése era el lugar a donde el Profeta emigraría.

El nuevo dueño de Salman tenía otro primo que vivía en Quba, y a la llegada del Profeta este judío de Quba se encaminó hacia Medina con la noticia. Encontró a su primo sentado bajo una de sus palmeras, y Salman, que estaba trabajando en la copa de un árbol, le escuchó decir: *"¡Dios maldiga a los hijos de Qaylah! Todos están ahora congregados en Quba por un hombre que hoy ha llegado a ellos desde la Meca. Afirman que es un Profeta."* Estas últimas palabras llenaron a Salman de la certeza de que sus esperanzas se habían realizado, y el impacto fue tan grande que todo su cuerpo se vio sacudido por temblores. Temió caerse del árbol, por lo que se bajó, y, una vez en el suelo, comenzó a interrogar con impaciencia al judío de Quba, pero su amo se enfadó y le ordenó volver a su trabajo en el árbol. Esa noche, sin embargo, se marchó sigilosamente llevándose consigo algunos alimentos que había guardado y se fue a Quba. Allí encontró al Profeta sentado con muchos compañeros, nuevos y antiguos. Salman ya estaba convencido; aun así, se acercó a él y le ofreció el alimento, especificando que lo daba en concepto de limosna. El Profeta dijo a sus compañeros que comieran de ello, pero El mismo no comió. Salman esperaba que un día vería el sello de la profecía, aunque haber estado en presencia del Profeta y haberlo escuchado fue bastante para aquel primer encuentro, y regresó a Medina alegre y agradecido.

Capítulo 38

La entrada en Medina

El Profeta había alcanzado el oasis el lunes 27 de septiembre del año 622 de la era cristiana. Pronto varios mensajeros pusieron de manifiesto que el pueblo de Medina estaba impaciente por su llegada a la ciudad, por lo que solamente permaneció tres días completos en Quba, durante los cuales puso los cimientos de una mezquita, la primera que se construiría en el Islam. El viernes por la mañana salió de Quba, y a mediodía él y sus compañeros se detuvieron en el valle de Ranuna para hacer la plegaria con el clan jazrachí de los Bani Salim, que los estaba esperando. Fue ésta la primera Plegaria del viernes que se hizo en el país que de ahora en adelante iba a ser su hogar. Algunos de sus parientes de los Bani Al-Nayyar habían venido para recibirlo, y algunos de los Bani Amr lo habían escoltado desde Quba, lo cual hizo que el número de personas reunidas ascendiera a unas cien aproximadamente. Después de la plegaria el Profeta se montó en Qaswa, y Abu Bakr y otros del Quraysh también montaron sus camellos y se encaminaron con él hacia la ciudad. A derecha e izquierda de ellos, vestidos con armadura y con la espada en la mano, cabalgaban hombres de Aws y Jazrach, como guardia de honor y a modo de demostración de que el juramento que le habían prestado no era una palabra vana, aunque todos bien sabían que en aquel momento y en aquel lugar no necesitaba ninguna protección. Jamás había habido un día de mayor regocijo. *"¡Ha llegado el Profeta de Dios!"* era el alegre grito que salía de las gargantas de cada vez más hombres, mujeres y niños que se alineaban a lo largo de la ruta. Qaswa fijaba el paso lento y majestuoso de la procesión a medida que pasaba entre los jardines y palmerales del sur de Medina. Las casas eran todavía pocas y alejadas entre sí, pero gradualmente entraron en distritos con una mayor concentración de construcciones y fueron muchas las invitaciones insistentes que se le hicieron. *"Apéate aquí, ¡oh Enviado de Dios!, porque tenemos para ti fuerza, protección y abundancia."* Más de una vez un hombre o un grupo de gentes del mismo clan tomaron el ronzal de Qaswa. Pero en cada ocasión el Profeta los bendijo y dijo: *"Dejadla seguir su camino, porque está bajo el mandato de Dios".*

En un punto pareció como si la camella se dirigiese hacia las casas de los parientes más cercanos del Profeta de la rama Adi del gran clan jazrachí de Nayyar, porque se volvió hacia la parte oriental de la ciudad, donde vivía la mayoría del clan. Pero pasó de largo junto al lugar donde el Profeta había vivido con su madre siendo niño y junto a todas las restantes casas de los que le eran más próximos, a pesar de los insistentes ruegos para que estableciese su hogar allí. El Profeta les dio la misma respuesta que había dado a los otros, y no tuvieron más remedio que resignarse. Ya había llegado a las casas de la rama Bani Malik de los Nayyar. A este subclán pertenecían dos de los seis hombres que le habían prestado fidelidad el año anterior al primer Aqabah, Asad y Awf y aquí Qaswa se desvió desde el camino hacia un gran patio con tapia que contenía unas pocas palmeras datileras y las ruinas de un edificio. Un extremo había sido usado en otro tiempo como cementerio. Había también un lugar reservado para secar dátiles. Lentamente la camella se abrió camino hacia el recinto fragoso que Asad había establecido como lugar para hacer las plegarias, y allí a su entrada se arrodilló. El Profeta soltó la rienda pero no descabalgó, y después de un momento se levantó Qaswa y pausadamente comenzó a alejarse, pero no habían andado mucho cuando se detuvo, se volvió sobre sus pasos y regresó a donde se había arrodillado primero. Entonces volvió a arrodillarse, y esta vez extendió su cuello contra el suelo. El Profeta se apeó y dijo: *"Esta, si Dios quiere, es la morada"* (B. LXIII).

Preguntó entonces quién era el propietario del patio. Muadh, el hermano de Awf, le dijo que pertenecía a dos muchachos huérfanos, Sahí y Suhayl. Estaban bajo la tutoría de Asad y el Profeta le pidió que se los trajese, pero ellos ya estaban allí y se acercaron al Profeta. Les

preguntó si le venderían el patio, y les dijo que pusiesen un precio, pero ellos contestaron: *"No, te lo damos, oh Enviado de Dios".* No quiso él sin embargo tomarlo como un obsequio, y con la ayuda de Asad fijó el precio. Mientras tanto Abu Ayyub Jalid, que vivía cerca, había descargado el equipaje y lo había introducido en su casa. Vinieron ahora otros del clan y pidieron al Profeta que fuese su huésped, pero él dijo: *"Un hombre tiene que estar con su equipaje."* Abu Ayyub había sido el primero del clan en prestar fidelidad en el segundo Juramento de Aqabah. Él y su mujer se retiraron entonces a la parte superior de su casa, dejando el piso bajo para el Profeta, y Asad condujo a Qaswa al patio de su propia casa, que se encontraba muy cerca.

Capítulo 39

Armonía y discordia

El Profeta dio instrucciones para que su recién adquirido patio fuese convertido en una mezquita y, al igual que en Quba, comenzaron a trabajar inmediatamente en ello. La mayor parte del edificio fue hecho de ladrillos, pero en medio del muro septentrional, es decir, el muro de Jerusalén, pusieron piedras a ambos lados del nicho de la plegaria. Las palmeras del patio fueron cortadas y sus troncos se utilizaron como pilares para sostener el tejado de ramas de palmera, aunque la mayor parte del patio se dejó abierta.

El Profeta había dado el título de *Ansar,* que significa Ayudantes, a los musulmanes de Medina, mientras que a los musulmanes del Quraysh y otras tribus que habían abandonado sus hogares y emigrado al oasis les llamaba *Muhayira,* es decir, Emigrantes. Todos participaron en el trabajo, incluido el Profeta, y mientras trabajaban cantaban dos versos que alguien había compuesto para la ocasion:

"Oh Dios, no hay más bien que el bien futuro,

ayuda pues a los Ansar y a los Emigrantes."

Y algunas veces cantaban:

"No hay más vida que la del Más Allá.

Misericordia, oh Dios, para los Emigrantes y los Ansar."

Se esperaba que estos dos grupos serían reforzados por un tercero. El Profeta hizo entonces un pacto de obligación mutua entre sus seguidores y los judíos del oasis, constituyéndolos en una sola comunidad de creyentes, pero aceptando las diferencias entre las dos religiones. Musulmanes y judíos tenían que tener una condición semejante. Si un judío era agraviado tenía que ser auxiliado, para defender sus derechos, por un musulmán y por un judío, y lo mismo ocurría si la víctima del agravio era un musulmán. En caso de guerra contra los politeístas tenían que luchar como un solo pueblo, y ni los judíos ni los musulmanes podían hacer una paz por separado, sino que ésta era indivisible. En caso de diferencia de opinión o disputa o controversia el caso tenía que ser remitido a Dios a través de su Enviado. No había, sin embargo, ninguna estipulación explícita de que los judíos debían reconocer formalmente a Muhámmad como el Enviado y Profeta de Dios, aunque a lo largo de todo el documento se le trataba como tal.

Los judíos aceptaron este pacto por razones políticas. El Profeta ya era con mucho el hombre más poderoso de Medina y parecía probable que su poder aumentase. No había otra elección que la de aceptar; aun así, muy pocos de ellos eran capaces de creer que Dios enviase un Profeta que no fuera judío. Al principio se mostraron abiertamente cordiales, dijesen lo que dijesen entre ellos y por muy convencidos que estuvieran de su propia superioridad, la superioridad inmensa e incomparable del pueblo elegido sobre todos los demás. De todas formas, aunque su escepticismo acerca de la nueva religión normalmente se hallaba encubierto, siempre estaban dispuestos a compartirlo con cualquier árabe que abrigase dudas sobre el origen Divino de la Revelación.

El Islam continuó extendiéndose rápidamente entre los clanes de Aws y Jazrach, y algunos creyentes esperaban con impaciencia el día en que, gracias al pacto con los judíos, el

oasis sería un todo armonioso. Pero la Revelación advirtió entonces sobre elementos de discordia ocultos. Fue por esta época cuando comenzó la revelación de la *azora* más extensa del Corán. *Al-Baqara* (La Vaca), que está situada al comienzo del Libro, inmediatamente después de los siete versículos de *Al-Fatiha*, la Apertura. Comienza con una definición de quienes están bien guiados: *"Alif-Lam-Mim. Este es el Libro —indudablemente—, guía para los temerosos de Dios, que creen en lo Oculto, que cumplen la plegaria y dan limosna de lo que les hemos concedido, que creen en lo que te fue revelado y en lo que fue revelado antes de ti, y que están seguros del Más Allá. Ellos son quienes siguen la guía de tu Señor y ellos prosperarán"* (II, 2-5).

Luego, después de mencionar a los infieles que están ciegos y sordos a la verdad, se cita un tercer grupo de gentes: *"y entre los hombres hay quienes dicen: 'creemos en Dios y en el Último Día', y sin embargo no son creyentes. Cuando encuentran a quienes creen dicen: 'Creemos'. Y cuando están a solas con sus demonios dicen: 'Estamos con vosotros. Nos estábamos mofando'."* Eran éstos los irresolutos, los dudosos y los hipócritas de Aws y Jazrach en todos los distintos grados de insinceridad; y sus demonios, es decir las inspiraciones del mal, eran los hombres y mujeres infieles que hacían cuanto podían para sembrar las semillas de la duda. El Profeta fue puesto aquí en guardia contra un problema que de ninguna manera le había preocupado en la Meca. Allí la sinceridad de los que abrazaron el Islam jamás fue puesta en duda. Las razones para la conversión solamente podían ser espirituales, ya que por lo que se refería a las cosas de este mundo un converso no tenía nada que ganar y en muchos casos mucho que perder. Pero ahora había ciertas razones mundanas que podían incitar a abrazar la nueva religión, y éstas aumentaban continuamente. Los día de la total ausencia de hipócritas entre las filas de los musulmanes habían terminado para siempre.

Algunos de los demonios a los que se hace referencia eran de los judíos. La misma Revelación dice: *"Mucha de la gente de la Escritura, por envidia, desearía volver a haceros infieles después de que habéis creído"* (II, 109). Los judíos habían esperado con impaciencia la llegada del Profeta anunciado, no por la iluminación espiritual que traería sino porque podrían recuperar la anterior supremacía que habían disfrutado en Yathrib. Y ahora, para su consternación, veían que era un descendiente de Ismael, y no de Isaac, quien estaba proclamando la Verdad con un éxito que verdaderamente hacía pensar en la asistencia Divina. Temían que fuera realmente el Profeta prometido, de ahí su envidia del pueblo al que le había sido enviado. Aun así, esperaban que no lo fuese, e incesantemente buscaban la forma de persuadirse a sí mismos y a otros de que no reunía los verdaderos requisitos de un Enviado del Cielo. *"Muhámmad afirma que le vienen nuevas del Cielo, sin embargo no sabe dónde está su camella"*, dijo un judío un día en que se había extraviado una de las camellas del Profeta. *"Yo sólo sé lo que Dios me da a conocer"*, afirmó el Profeta cuando se enteró de ello, *"y Él me ha mostrado esto: la camella está en la cañada que os diré, enganchada a un árbol por el ronzal"* (I.I.361). Algunos de los Ansar fueron y la encontraron donde él había dicho que estaba.

Muchos de los judíos dieron la bienvenida a lo que parecía ser el final de todas las amenazas de un nuevo estallido de contienda civil en el oasis. Había habido sin embargo ventajas en ese peligro, porque la división entre los árabes había realzado en gran medida la situación de los no árabes, que eran muy solicitados como aliados. Pero la unión de Aws y Jazrach hacía innecesarias las antiguas alianzas, mientras que al mismo tiempo daba a los árabes de Yathrib una fuerza formidable. El pacto de los judíos con el Profeta les permitía ser partícipes de esa fuerza. Pero también significaba obligaciones contraídas de cara a una posible guerra contra la fuerza árabe mucho mayor que existía más allá del oasis: podía haber otras desventajas graves para ellos en el nuevo orden de cosas, conocían muy bien el antiguo orden y estaban tan versados en sus maneras que muchos pronto comenzaron a anhelar el retorno a él. Un anciano político judío de los Bani Qaynuqa, maestro en el arte de explotar la discordia ente las tribus árabes, se sintió especialmente frustrado por la nueva amistad entre Aws y Jazrach. Dio por lo tanto instrucciones a un joven que tenía una hermosa voz para que fuese y se sentase entre los Ansar cuando estuviesen todos reunidos y les recitase algunas poesías que habían sido compuestas por hombres de ambas tribus inmediatamente antes y después de Buath, —la batalla más reciente de la guerra civil—, poemas de injuria a los enemigos, de glorificación de las

gestas heroicas, elegías por los muertos, amenazas de venganza. El joven hizo como se le había dicho, y pronto centró la atención de todos los que estaban allí, llevándoles del presente al pasado. Los hombres de Aws aplaudían con entusiasmo la poesía de Aws, y los de Jazrach, la de Jazrach, y entonces ambos bandos comenzaron a discutir entre sí, a jactar-se, a insultarse y amenazarse hasta que al final se produjo el grito de *"¡A las armas, a las armas!"* resueltos a recomenzar la pendencia. En cuanto el Profeta tuvo noticia de esto congregó a todos los Emigrantes que en ese momento estaban disponibles y partieron sin demora hacia donde las dos huestes estaban ya casi formadas en orden de batalla. *"¡Oh musulmanes!"* dijo el Profeta, y luego pronunció dos veces el nombre de Dios, *"Allah, Allah". "¿Actuaréis"* —continuó— *"como en los días de la ignorancia, sin importaros que yo esté con vosotros, que Dios os haya guiado al Islam, os haya honrado con ello y, por ende, os haya hecho posible romper con vuestras costumbres paganas, os haya salvado de la infidelidad y haya unido vuestros corazones?"*. Al instante comprendieron que habían sido extraviados, y lloraron y se abrazaron entre sí, y regresaron con el Profeta a la ciudad, atentos y obedientes a sus palabras. (I.I. 386).

A fin de unir aún más la comunidad de los creyentes, el Profeta instituyó entonces un pacto de hermandad entre los Ansar y los Emigrantes, para que cada Ansar tuviese un hermano Emigrante que fuese para él más cercano que cualquier Ansar, y cada Emigrante tuviese a su vez un hermano Ansar que le fuese más cercano que cualquier Emigrante. Pero él hizo de sí y de su familia una excepción, ya que le habría sido demasiado odioso elegir como hermano a un Ansar en lugar de otro; tomó pues a Ali de la mano y dijo: *"Este es mi hermano"*, y hermanó a Hamza con Zayd.

Entre los principales adversarios del Islam se encontraban dos primos, los hijos de dos hermanas, pero de Aws y Jazrach por parte de padre, teniendo cada uno de ellos gran influencia en su tribu. El hombre de Aws, Abu Amir, a veces era conocido como *"el Monje"* porque durante mucho tiempo había sido un asceta y se sabía que había vestido un manto de pelo. Decía ser de *"la religión de Abraham"* (II,135). *"Pero yo soy de ella",* dijo Abu Amir, y obstinándose a la vista de la negación acusó al Profeta de haber falsificado la fe de Abraham. *"No lo he hecho"*, dijo el Profeta, *"sino que la he traído blanca y pura". "¡Dios haga que el mentiroso muera en el exilio proscrito y solo!"* dijo Abu Amir, *"¡Que así sea!"* dijo el Profeta, *"¡Que Dios castigue con eso al que miente!"* (I.I. 411-12).

Abu Amir pronto vio que su autoridad estaba perdiendo peso rápidamente, y se sintió aún más amargado por la devoción de su hijo Hanzala por el Profeta. No transcurrió mucho tiempo hasta que decidió llevarse a los seguidores que le quedaban, unos diez en total, a la Meca, sin darse cuenta aparentemente de que ése era el comienzo de su exilio autoimprecado.

Su primo del Jazrach era Abdallah Ibn Ubayy, que también se sentía frustrado por la venida del Profeta y que consideraba que le había sido robada no la autoridad espiritual sino el principal poder temporal en el oasis de Yathrib. También él hubo de experimentar la amargura de ver a su propio hijo, Abdallah, completamente ganado por el Profeta para su causa, así como a su hija Yamila. Pero a diferencia de Abu Amir, Ibn Ubayy estaba preparado para la espera, pensando que tarde o temprano la irresistible influencia del recién llegado tendría que empezar a declinar. Mientras tanto, su política era la de no comprometerse hasta donde fuera posible, aunque a veces lo traicionaban sus propios sentimientos.

En una de esas ocasiones fue cuando enfermó Saad ibn Ubadah, otro jefe del Jazrach, y el Profeta fue a visitarlo. Todos los hombres ricos del oasis habían construido sus casas como fortalezas, y de camino el Profeta pasó junto a Muzaham, la fortaleza de Ibn Ubayy, quien se encontraba sentado a la sombra de sus muros y rodeado por algunos de sus compañeros de clan y otros hombres del Jazrach. El Profeta, por cortesía hacia este jefe, desmontó de su asno y fue a saludarlo, sentándose durante un rato en su compañía. Recitó el Corán y lo invitó al Islam. Cuando hubo dicho todo lo que se había visto impulsado a decir, Ibn Ubayy se volvió hacia él y dijo:

"Nada podría ser mejor que este discurso vuestro, si fuera verdad. Siéntate entonces en casa, en tu propia casa, y a quien vaya á verte sermonéale así, pero a quien no vaya no le cargues con tu charla, y no te metas en la reunión de quien no lo desea." "No", dijo una voz. *"Ven a nosotros con ello, y visítanos en nuestras reuniones, en nuestros barrios, en nuestras casas, porque nos encanta eso, y eso nos lo ha dado Dios en su Munificencia, y hacia ello nos ha guiado."* El que hablaba era Abadallah Ibn Rawaha, un hombre con cuyo apoyo Ibn Ubayy había pensado que podía contar ante cualquier contingencia. El decepcionado jefe recitó entonces hoscamente un verso en el sentido de que cuando los amigos desertan de uno, ese uno está abocado a ser vencido. Había aprendido con más claridad que nunca que era inútil resistir. En cuanto al Profeta, se marchó profundamente entristecido, a pesar del encendido tributo de Abdallah, y cuando entró en la casa del enfermo era como si todavía llevara en la cara el desaire recibido. Saad le preguntó inmediatamente qué le sucedía; cuando le contaron la infidelidad impenetrable de Ibn Ubayy dijo: *"Trátale con suavidad, oh Enviado de Dios, porque cuando Dios te trajo aquí nosotros estábamos entonces forjando una diadema con la que coronarlo, y considera que le has robado un reino".*

El Profeta nunca olvidó estas palabras; y por lo que a Ibn Ubayy se refiere, pronto comprendió que su influencia, otrora tan grande, disminuía con rapidez y que si no abrazaba el Islam se desvanecería por completo. Por otro lado sabía que una aceptación nominal del Islam le confirmaría en su autoridad, porque los árabes sentían repugnancia por romper los viejos vínculos de fidelidad a no ser que hubiese una razón de peso para hacerlo.

En consecuencia, no tardó mucho tiempo en decidirse a abrazar el Islam; con todo, aunque se comprometió personalmente con el Profeta y en adelante acudió con regularidad a las plegarias, los creyentes nunca llegaron a estar muy seguros de él. Había otros acerca de quienes existían igualmente dudas, pero Ibn Ubayy era distinto de la mayoría de los conversos poco entusiastas e insinceros debido al gran alcance de su influencia, lo que lo hacia tanto más peligroso.

Durante los primeros meses, mientras todavía se estaba construyendo la mezquita, la comunidad sufrió una gran pérdida con la muerte de Asad, el primer hombre del oasis en rendir fidelidad al Profeta. Él había sido el anfitrión de Musab, y había trabajado muy estrechamente con él durante el año entre los dos Aqabah. El Profeta dijo: *"Los judíos y los árabes hipócritas seguramente dirán de mí: 'Si fuese un Profeta no habría muerto su compañero'." Y ciertamente de poco vale mi voluntad para mí o para mi compañero contra la voluntad de Dios"* (I.I. 346).

Fue posiblemente en el funeral de Asad cuando tuvo lugar el segundo encuentro entre Salman el Persa y el Profeta. En años posteriores Salman describiría este encuentro al hijo de Abbas, diciendo: *"Fui a ver al Enviado de Dios cuando se encontraba en el Baqi Al-Garqad,*i[i] *donde él había ido siguiendo el féretro de uno de sus Compañeros".* Salman había sabido que el Profeta estaría allí y se las había arreglado para ausentarse de su trabajo, con tiempo para llegar al cementerio después del entierro, mientras que el Profeta todavía estaba allí sentado con algunos Emigrantes y Ansar. *"Lo saludé"*, dijo Salman, *"y luego me senté en el círculo detrás de él con la esperanza de poder verle el Sello. El supo lo que yo quería; agarró, pues, su manto y se lo bajó por la espalda, y observé el Sello de la Profecía tal y como me lo había descrito mi Señor. Me incliné sobre él, lo besé y lloré. Entonces el Enviado de Dios me ordenó que me acercase y fui y me senté delante de él, le conté mi historia y él se sintió feliz de que sus Compañeros la escuchasen. Luego abracé el Islam."* (I.I. 141; I.S. IV, 56). Pero Salman siguió trabajando duramente como esclavo entre los Bani Qurayzah y durante los cuatro años siguientes no pudo tener mucho contacto con sus correligionarios musulmanes.

Otro hombre de *"las gentes del Libro"* que abrazó el Islam por esta época fue un rabino de los Bani Qaynuqa, Husayn Ibn Sallam. Acudió al Profeta en secreto y le prestó juramento de fidelidad. Acto seguido el Profeta le dio el nombre de Abdallah, y el nuevo converso sugirió que antes de que su Islam fuese conocido debían preguntar a su gente sobre la posición que él ocupaba entre ellos. El Profeta lo ocultó en su casa y envió por algunos de los hombres

principales de los Qaynuqa. *"El es nuestro jefe"*, fue su respuesta a la pregunta, *"y el hijo de nuestro jefe; él es nuestro rabino y nuestro sabio"*. Entonces Abdallah apareció ante ellos y dijo: *"¡Oh judíos, temed a Dios y aceptad lo que El os ha enviado, porque sabéis que este hombre es el Enviado de Dios!"*. A continuación afirmó su Islam y el de los miembros de su casa, y su gente lo injurió y negó la buena posición que antes habían afirmado que tenía entre ellos.

El Islam estaba ya firmemente establecido en el oasis. La Revelación prescribía la donación de limosnas y el ayuno durante el mes de Ramadán, y establecía en general lo que estaba prohibido y lo que se permitía. Las cinco plegarias rituales diarias se realizaban regularmente en asamblea, y cuando llegaba el momento de cada plegaria la gente se congregaba en el lugar donde se estaba construyendo la mezquita. Todo el mundo juzgaba sobre el momento de la plegaria por la posición del sol en el cielo o por las primeras señales de su luz en el horizonte oriental o por el declive de su brillo después del ocaso. Pero las opiniones podían diferir y el Profeta sentía la necesidad de encontrar un medio para convocar a la gente cuando hubiese llegado el tiempo exacto de cada plegaria. En un principio pensó en designar a un hombre que hiciese sonar un cuerno como el de los judíos, pero después se decidió por un badajo de madera, *naqus,* como el que por aquel entonces empleaban los cristianos orientales, y para ese fin se prepararon dos trozos de madera juntos. Pero estaban destinados a no ser utilizados nunca: Una noche un hombre del Jazrach, Abdallah Ibn Zayd —que había tomado parte en el segundo juramento de Aqabah, tuvo un sueño, que contó al día siguiente al Profeta: *"Pasó junto a mí un hombre que vestía dos prendas de color verde y llevaba en la mano un naqus y yo le dije: 'Oh siervo de Dios, ¿me quieres vender este naqus?' '¿Qué harás con él?' , respondió. 'Con él convocaremos a la gente a la plegaria' le dije. '¿Desearías que te mostrara una forma mejor?' '¿Qué forma es ésa?' pregunté. Y él respondió: 'Que digáis: ¡Dios es el más Grande! —Allahu Akbar—". El hombre de verde repitió esta magnificación cuatro veces, y después dos veces cada una de las siguientes: 'Doy testimonio de que no hay dios sino Dios. Doy testimonio de que Muhámmad es el Enviado de Dios. Venid a la plegaria. Venid a la salvación. Dios es el más Grande'. Y luego, una vez más, 'no hay dios sino Dios'."*

El Profeta afirmó que se trataba de una visión auténtica y le dijo que acudiese a Bilal, que tenía una voz excelente, y le enseñase las palabras exactamente tal y como las había escuchado en el sueño. La casa más alta del vecindario donde estaba la mezquita pertenecía a una mujer del clan de Nayyar, y Bilal iba allí antes de cada amanecer y se sentaba en el tejado esperando la salida del sol. Cuando veía las primeras débiles luces por el oriente extendía sus brazos y decía en súplica: *"¡Oh, Dios, te alabo y pido tu ayuda para el Quraysh, para que acepten Tu religión!"* Luego, de pie, pronunciaba la llamada a la plegaria.

Capítulo 40

La nueva casa

CUANDO la Mezquita estuvo prácticamente terminada, el Profeta dio instrucciones para que se le añadiesen dos pequeñas viviendas al muro oriental, una para su esposa Sawda y otra para su prometida ‘Aisha. La construcción había durado en total siete meses, y durante ese tiempo se había hospedado con Abu Ayyub. Pero cuando la casa de Sawda estuvo casi a punto envió a Zayd para que la trajese a Medina y, con ella, a Umm Kulthum y a Fátima. Por su parte, Abu Bakr envió un mensaje a su hijo Abdallah para que trajera a Umm Ruman, Asma y ‘Aisha. Al mismo tiempo, Zayd también se llevó consigo a su esposa Umm Ayman y a su hijito Usamah. También viajó con ellos Talha, habiendo dispuesto de todos sus bienes inmuebles y haciendo entonces su *hégira.* Poco después de la llegada del grupo, Abu Bakr dio a Asma en matrimonio a Zubayr, quien junto con su madre, Safiyya, ya llevaba viviendo algunos meses en Medina. La hermana de Abu Bakr, Qurayba, se quedó en la Meca para cuidar de su padre, Abu Quhafa, que era anciano y ciego. A diferencia de Qurayba, todavía no había abrazado el Islam.

El Profeta decidió por aquel entonces que, además de Umm Ayman, Zayd debía tener una segunda esposa, más próxima en edad a él, y le pidió a su primo Abdallah, el hijo de Yahsh, la mano de su bella hermana Zaynab. Al principio, Zaynab estaba poco dispuesta, y tenía razones para estarlo, como los acontecimientos pondrían de manifiesto. La razón que ella expuso, que era una mujer del Quraysh, no era convincente. Su madre, Umayma, de puro linaje qurayshí por ambas partes, se había casado con un hombre de Asad y, dejando a un lado la adopción de Zayd por el Quraysh, no podía decirse que las tribus de sus padres, los Bani Kalb y los Bani Tayy, fuesen inferiores a la de Los Bani Asad. Cuando Zaynab vio que era deseo del Profeta que se casase con Zayd, consintió, y pudo realizarse el matrimonio. Por la misma época su hermana Hamnah fue dada en matrimonio a Musab. Poco tiempo después Umayma vino a Medina y prestó fidelidad al Profeta.

Muhámmad y sus hijos se fueron entonces a vivir con Sawda, y al cabo de uno o dos meses se decidió que debía celebrarse la boda de ‘Aisha. Tenía ella en aquella época solamente nueve años y era una niña de excepcional belleza, como podría esperarse por su familia. El Quraysh había dado a su padre el nombre de Atiq, y algunos decían que esto se debía a su hermoso rostro (I.H. 161). De su madre el Profeta había dicho: *“Quien desee contemplar una mujer de las Huríes de grandes ojos del Paraíso, que mire a Umm Ruman.”* (I.S. VII, 202). Para ‘Aisha, desde hacía tiempo, el Profeta se había convertido en una persona muy cercana y muy querida, y se había acostumbrado a verlo diariamente, salvo durante los pocos meses en que él y su padre ya habían emigrado, mientras ella y su madre aún permanecían en la Meca. Desde sus años más tiernos había visto a su padre y a su madre tratarlo con un amor y una reverencia que no daban a ninguna otra persona. No habían dejado de inculcar en ella las razones de esto: sabia ‘Aisha que él era el Enviado de Dios, que regularmente hablaba con el arcángel Gabriel y que era único entre los hombres vivos porque había ascendido al cielo y regresado de allí a la tierra. Su sola presencia hablaba de ese ascenso y comunicaba algo de la dicha del Paraíso. En su contacto milagroso esta dicha era incluso tangible. Cuando otros eran abrumados por el calor, su mano se mantenía *“más fría que la nieve y más fragante que el almizcle”* (B. LXI, 22). Además, parecía eternamente joven, como un inmortal. Sus ojos no habían perdido nada de su brillo, su cabello y barba negros tenían aún el lustre de la juventud y su cuerpo poseía la gracia de un hombre cuya edad fuera solamente la mitad de los cincuenta y tres años que habían pasado desde el año del elefante.

Se hicieron pequeños preparativos para la boda —no los suficientes, de cualquier forma, para que 'Aisha hubiera tenido la sensación de una ocasión grande y solemne—, y poco antes de la hora en que debían abandonar la casa 'Aisha se había escabullido al patio para jugar con una amiga de paso. En sus propias palabras: *"Estaba jugando en un balancín y mi larga cabellera ondulada estaba suelta. Vinieron, me quitaron del juego y me prepararon"* (I.S. VIII, 40-41).

Abu Bakr había comprado tela fina listada en rojo de Bahrayn, y con ella se le había hecho un traje de bodas a 'Aisha. Ahora fue vestida con él. Luego, su madre la llevó a la casa recién construida, donde afuera la estaban esperando algunas mujeres de los Ansar. La saludaron con las palabras *"Por el bien y por la felicidad, —¡que todo salga bien!—"* y la condujeron a la presencia del Profeta. Permaneció él allí, sonriendo, mientras arreglaban el pelo de 'Aisha y la engalanaban con ornamentos. A diferencia de sus otros matrimonios, no hubo en éste banquete de bodas. El acontecimiento fue celebrado lo más sencillamente posible. Fue presentado un tazón de leche y el Profeta, después de beber de él, se lo ofreció a 'Aisha, que rehusó tímidamente. Cuando le insistió para que bebiera ella lo hizo, y ofreció el cuenco a su hermana Asma, que estaba sentada a su lado. También bebieron otros; después cada cual se fue a sus asuntos, y dejaron al novio y la novia solos.

Durante los últimos tres años apenas había pasado un día sin que una o más de las amigas de 'Aisha acudieran a jugar con ella en el patio contiguo a la casa de su padre. Su mudanza a la casa del Profeta no cambió nada sobre este particular. Las amigas venían ahora todos los días para visitarla en su propio aposento —amigas nuevas hechas desde su llegada a Medina y también algunas de las antiguas cuyos padres, como los suyos, habían emigrado—. *"Permanecía jugando con mis muñecas"*, decía 'Aisha, *"con mis amigas, y el Profeta entraba y ellas salían sigilosamente de la casa. Salía entonces él en pos de ellas y las traía de vuelta, porque por mi causa a él le agradaba que estuvieran allí"* (I.S. VIII, 42). Algunas veces él decía *"permaneced donde estáis"* antes de que tuvieran tiempo de moverse. En algunas ocasiones él también se unía a sus juegos, porque le encantaban los niños y a menudo había jugado con sus hijas. Las muñecas desempeñaban diferentes funciones. *"Un día"*, dijo 'Aisha, *"el Profeta entró cuando estaba jugando con las muñecas y dijo: 'Oh 'Aisha, ¿qué juego es éste?' Yo respondí: 'Son los caballos de Salomón'* y él se rió" (Ibíd. 41). Pero en otras ocasiones, cuando el Profeta entraba, simplemente se ocultaba en su manto para no molestarlas.

La vida de 'Aisha también contaba con su faceta más seria. Yathrib tenía fama en toda Arabia de ser un lugar donde en determinadas estaciones existía un gran peligro de contraer fiebre, especialmente si no se era nativo del oasis. El Profeta escapó de la fiebre, pero ésta atacó con rigor a muchos de sus Compañeros, incluido Abu Bakr y sus dos libertos Amir y Bilal, que en aquella época vivían con él. Una mañana 'Aisha fue a visitar a su padre y quedó desolada al encontrar a los tres hombres acostados y extremadamente débiles. *"¿Cómo estás, padre mío?"*, le dijo; pero él se encontraba demasiado enfermo para adaptar su respuesta a una niña de nueve años, y le respondió con unos versos:

"A cada hombre cada mañana sus parientes
lo saludan deseándole buen día,
y sin embargo tiene a la muerte más cerca
que la correa de su sandalia."

Pensó ella que su padre no sabía lo que estaba diciendo y se volvió hacia Amir, que también respondió en verso, queriendo decir que aun sin estar realmente muriéndose había estado tan cerca de la muerte como para saber cómo era. Mientras tanto, Bilal había quedado libre de fiebre, aunque todavía se encontraba demasiado débil para hacer nada excepto permanecer tumbado en el patio de la casa. Sin embargo, su voz tuvo la fuerza suficiente para permitirle cantar:

"¡Ah, ¿volveré alguna vez a dormir por la noche
entre el tomillo y los nardos que fuera
de la Meca crecen?

¿Y beberé las aguas de Mayannahii[i]
y veré ante mí Shama y Tafil?iii[ii]"

'Aisha volvió a casa profundamente afligida. *"Están delirando"*, dijo, *"por el calor de la fiebre"*. El Profeta se tranquilizó algo cuando, con la memoria retentiva de un niño, ella le repitió prácticamente palabra por palabra las líneas que habían pronunciado y que ella no había comprendido plenamente. Fue en aquella ocasión cuando el Profeta hizo la petición: *"¡Oh Dios!, haznos Medina tan querida como nos has hecho la Meca, o incluso más querida. Y bendice para nosotros sus aguas y su grano y aleja de ella su fiebre por lo menos hasta Mahyaahiv[iii]"*(I.I. 414). Y Dios atendió su plegaria.

Capítulo 41

Los umbrales de la guerra

QUIENES son atacados tienen permiso para combatir, porque han sido tratados injustamete, y ciertamente Dios es capaz de ayudarlos a salir victoriosos. Y lo mismo sucede con aquellos que han sido injustamente expulsados de sus hogares, por ninguna razón salvo porque dicen:

"Nuestro Senor es Dios." (XXII, 39-40). El Profeta había recibido esta Revelación poco después de su llegada a Medina. Sabia él, además, que el permiso significaba aquí una orden, y sobre las obligaciones de la guerra se había insistido en el pacto con los judíos. Una Revelación temprana había dicho: "Concede una prórroga a los infieles, déjalos solos por un tiempo." (XII, 39). Pero por el momento no podía ser más que un asunto de incursiones. El Quraysh resultaba vulnerable en sus caravanas, y era especialmente en los meses de primavera y de principios de verano cuando su comercio con Siria era más activo y quedaban expuestos a los ataques procedentes de Medina. Durante los meses de otoño e invierno enviaban la mayoría de sus caravanas al sur, principalmente al Yemen y Abisinia.

La información que se recibía en Medina sobre las caravanas pocas veces era muy precisa, y podían sufrir cambios de última hora. Las caravanas mequies en conjunto esquivaron algunas de las primeras incursiones de Medina, pero los musulmanes consiguieron hacer tratados con tribus beduinas situadas en puntos estratégicos a lo largo de la costa del Mar Rojo.

Cuando el Profeta mismo salía designaba a uno de sus Compañeros para que estuviese en el frente de Medina durante su ausencia. El primero que disfrutó de este honor fue el jefe de los Jazrach, Saad ibn Ubadah. Sucedió eso once meses después de la Hégira. Hasta entonces el Profeta no había tomado parte personalmente en las expediciones, y en cada una de estas ocasiones en que se había quedado en Medina había dado al jefe un estandarte blanco enarbolado en una lanza. El primer año solamente envió a sus Compañeros Emigrantes, pero en septiembre del año 623 llegó la noticia de que una rica caravana mequí regresaba del norte escoltada por Umayyah, el jefe de Yumah, con cien hombres armados. Umayyah había sido siempre uno de los más encarnizados enemigos del Islam, y otra razón para el ataque era el botín mismo. Se decía que hasta 2.500 camellos portaban la mercancía en cuestión. Pero los Emigrantés por sí solos no habrían sido enemigos para un centenar de qurayshies; por lo que en esta ocasión el Profeta se puso en marcha con doscientos hombres, más de la mitad de los cuales eran Ansar. Una vez más, sin embargo, la información había sido equivocada y no hubo ningún encuentro. También dejaron escapar, unos tres meses después de la anterior, otra rica caravana, menos custodiada, que el shamsí Abu Sufyan conducía hacia Siria. Las noticias de ésta habían llegado demasiado tarde, y cuando el Profeta y sus hombres alcanzaron Ushayrah en el valle de Yanbu, que se abre al Mar Rojo al sudoeste de Medina, la caravana ya había pasado. Pero Abu Sufyan pronto estaría de regreso de Siria, quizás con una carga todavía más valiosa, y entonces, si Dios quería, no errarían de nuevo a la hora de interceptarle el paso.

Aunque por el momento no había tenido lugar ningún combate, el Quraysh ya estaba alerta ante el peligro de tener un enemigo establecido en Yathrib. Les parecía, sin embargo, que esto de ninguna manera afectaría sus úelaciones comerciales con el sur. Pronto se desilusionaron, porque el Profeta recibió el mensaje de una caravana que venía procedente del Yemen y envió a su primo Abdallah ibn Yahsh con otros ocho Emigrantes para que estuviesen a su acecho cerca de Najlah, entre Taif y la Meca. Era Rayab, uno de los cuatro meses sagrados del año, y el Profeta no dio a Abdallah instrucciones para que atacase la caravana sino simplemente para que trajera noticias de ella. Sin duda deseaba conocer cómo estaban

defendidas las caravanas del sur, con vistas a una futura actividad contra ellas.

Poco después de que los Emigrantes alcanzaran su destino y se hubieran apostado en un lugar estratégico no lejos de la ruta principal, una pequeña caravana del Quraysh pasó junto a ellos y luego se detuvo y acampó cerca de donde estaban, sin advertir su presencia. Los camellos iban cargados de pasas de Corinto, cuero y mercancías diversas. Abdallah y sus compañeros se encontraron en un dilema; las únicas instrucciones concretas del Profeta habían sido llevarle noticias, pero no les había prohibido luchar ni había hecho mención del mes sagrado. ¿Estaban aún sujetos a estas convenciones preislámicas?, se preguntaban. Pensaron en la Revelación: *Quienes son atacados tienen permiso para combatir, porque han sido tratados injustamente... Quienes han sido expulsados injustamente de sus hogares.* (XXII, 39). Estaban en guerra con el Quraysh y habían reconocido al menos a dos mercaderes de la caravana como hombres del Majzum, el cual era de todos los clanes de la Meca el que se había mostrado más hostil al Islam. Era la mañana del último día de Rayab; con la puesta del sol comenzaría Shaban, que no era mes sagrado; para ese momento, aunque ya no protegidos por el calendario, sus enemigos tendrían el amparo de la distancia, porque ya habrían alcanzado el recinto sagrado. Al final, después de muchas vacilaciones, decidieron atacar. Su primera flecha dio muerte a un hombre de Kindah, un confederado del clan de Abdu Shams, con lo cual Uthman, uno de los hombres de Majzum, y Hakam, un liberto, se entregaron, aunque Nawfal, el hermano de Uthman, escapó a la Meca.

Abdallah y sus compañeros se llevaron los prisioneros, los camellos y la mercancía a Medina. Apartó una quinta parte del botín para el Profeta, dividiendo el resto entre sus compañeros y él. Pero el Profeta se negó a aceptar nada y dijo: "No os di permiso para combatir en el mes sagrado", ante lo cual quienes lo habían hecho pensaron que estaban condenados. Sus hermanos de Medina les culparon de su violación de Rayab, mientras que los judíos dijeron que era un mal presagio para el Profeta, y el Quraysh se puso a difundir por todas partes las noticias de que Muhammad había incurrido en sacrilegio. Entonces vino la Revelación: *Te preguntan sobre el mes sagrado y sobre el combate en él. Di: Combatir en él es una grave ofensa, pero apartar a los hombres del camino de Dios, negarlo a El y a Su Mezquita Sagrada y expulsar a Su pueblo de ella es más grave para Dios. Y más grave que la matanza es la persecución.* (II, 217).

La interpretación del Profeta confirmaba la tradicional prohibición de la guerra durante el mes sagrado pero haciendo una excepción en este caso particular. Así pues tranquilizó a Abdallah y sus compañeros del temor tan grande que tenían y aceptó una quinta parte del botín para el beneficio general de la comunidad. El clan de Majzum envió rescates para sus dos prisioneros, pero su liberto Hakam eligió abrazar el Islam y quedarse en Medina, y, en consecuencia, Uthman regresó solo.

Fue en esta misma luna de Shaban cuando se produjo una Revelación de gran importancia ritual. Sus palabras iniciales hacen referencia al extremQ cuidado del Profeta para orientarse en la dirección correcta para la plegaria. En la Mezquita la dirección la indicaba el mihrab, el nicho de la plegaria situado en el muro de Jerusalén, y cuando estaba fuera de la ciudad podía comprobar la dirección mediante el sol si era de día y por las estrellas si era durante la noche.

> *Hemos visto cómo se vuelve tu rostro hacia el Cielo. Te haremos volverte hacia una dirección que te gustará. Vuelve, pues, tu rostro hacia la Mezquita Sagrada, y dondequiera que estéis volved vuestro rostro hacia ella.* (II, 144).

Se hizo inmediatamente un mihrab en el muro meridional de la Mezquita, mirando hacia la Meca, y el Profeta y sus Compañeros aceptaron con alegría el cambio. Desde entonces los musulmanes se vuelven en la dirección de la Kaabah para la realización de la plegaria ritual y, por extensión, para otros ritos.

Capítulo 42

La marcha hacia Badr

SE acercaba ya el momento en que Abu Sufyan emprendería el regreso con todas las mercancías que él y sus compañeros habían adquirido en Siria. El Profeta envió a Talhah y al primo de Omar, Said, hijo de Zayd el Hanif- a Hawra, justo al oeste de Medina, en la costa, para que lo informasen tan pronto llegase la caravana. Esto le permitiría, mediante una rápida marcha hacia el suroeste, alcanzarla un poco más abajo en la costa. Sus dos exploradores fueron recibidos de modo hospitalario por un jefe de Yahaynah que los ocultó en su casa hasta que la caravana hubo pasado. Pero tanto él como ellos se podían haber ahorrado el esfuerzo, porque alguien de Medina, sin duda algún hipócrita o un judío, ya había puesto a Abu Sufyan al corriente de los planes del Profeta, y aquél había contratado a un hombre de la tribu de los Gifar, llamado Damdam, para que fuera rápidamente a la Meca e insistiera al Quraysh para que saliesen inmediatamente con un ejército en su socorro mientras que él apretaba el paso a través de la ruta de la costa viajando día y noche. Pero no era él el único que tenía una sensación de urgencia. El Profeta tenía sus razones para desear permanecer en Medina el mayor tiempo posible, porque su bienamada hija Ruqayyah había enfermado seriamente. Aun así, las consideraciones personales no podían tomarse en cuenta, y antes de arriesgarse a que fuera demasiado tarde decidió no esperar siquiera al regreso de los exploradores. Para cuando llegaron a Medina él ya había partido con un ejército de Emigrantes y de Ansar, trescientos cinco hombres en total. En aquel tiempo había en Medina setenta y siete Emigrantes aptos para la guerra y todos ellos estuvieron presentes en esta ocasión salvo tres: el Profeta había dicho a su yerno Uthman que se quedase en casa y cuidase de su esposa enferma. Los otros dos fueron Talhah y Said, que volvieron de la costa demasiado tarde para ponerse de nuevo en camino.

En el primer alto que hicieron, todavía en el oasis, Saad de Zuhrah, primo del Profeta, advirtió que su hermano de quince años, Umayr, parecía preocupado y esquivo, y le preguntó qué sucedía. "Temo", dijo Umayr, "que el Enviado de Dios me vea y diga que soy demasiado joven y me envíe de vuelta a casa. Yo anhelo proseguir. Podría ser que Dios me conceda el martirio." Como temía, el Profeta se dio cuenta de su presencia al formar las tropas; dijo que era demasiado joven y le mandó volverse. Pero Umayr comenzó a llorar y el Profeta le dejó quedarse y que participara en la expedición. "Era tan joven", dijo Saad, "que tuve que ajustarlé la correa del tahalí."

Había setenta camellos que los hombres montaban por turnos, tres o cuatro hombres por camello, y tres caballos, uno de los cuales pertenecía a Zubayr. El estandarte blanco fue dado a Musab, sin duda porque era del clan de Abd al-Dar, cuyo derecho ancestral era portar el estandarte del Quraysh en la guerra. Después de la vanguardia iba el Profeta precedido de dos gallardetes negros, uno por los Emigrantes y otro por los Ansar. Los llevaban Ah y Saad ibn Muadh respectivamente. Durante la ausencia del Profeta de Medina las plegarias debían ser dirigidas por Ibn Umm Maktum, el ciego al que se refiere la Revelación El *frunció el ceño y se alejó porque el ciego se le acercó.* [1]

En la Meca, poco antes de la llegada de Damdam, Atikah, la tía del Profeta, tuvo un sueño que la dejó horrorizada y con la convicción de un inminente desastre para el Quraysh. Envió a buscar a su hermano Abbas y le contó lo que había visto: "Vi a un hombre montando un camello. Se detenía en el valle y gritaba con todas sus fuerzas: «¡Apresuraos, oh hombres de perfidia, hacia un desastre que en tres días os dejará postrados!» Vi cómo la gente se congregaba a su alrededor. Luego entraba en la Mezquita con la multitud siguiéndole y, abriéndose paso entre ella, su camello lo subía al tejado de la Kaabah, y de nuevo gritaba las

mismas palabras. Entonces su camello lo llevaba a la cumbre del Monte Abu Qubays y otra vez empezaba a gritar como antes. Soltaba luego una roca y la arrojaba violentamente ladera abajo, fragmentándose al alcanzar el pie del monte, y no había c,,asa o morada en la Meca que no fuese alcanzada por alguno de sus trozos.

Abbas contó el sueño de su hermana a Walid, el hijo de Utbah, que era su amigo, y Walid se lo refirió a su padre y la noticia se difundió por toda la ciudad. Al día siguiente Abu Yahl exclamó en presencia de Abbas, burlándose alegremente: "Oh hijos de Abd al-Mutalib, ¿desde cuándo tenéis esta profetisa que os hace sus profecías? ¿No es bastante que vuestros hombres se las den de profetas? ¿Vuestras mujeres tienen que hacerlo también?" Abbas no pudo encontrar una réplica. Abu Yahl, sin embargo, tuvo su respuesta al día siguiente, cuando los peñascos de Abu Qubays resonaron con la poderosa voz de Damdam. La gente salió en tropel de ~ casas y de la Mezquita hacia el punto donde él se había detenido en el valle. Abu Sufyan le había pagado generosamente y estaba dispuesto a cumplir bien su papel. Había dado la vuelta a su silla, estaba sentado dando la espalda a la cabeza del camello y, como otro signo de calamidad, había rajado el hocico del camello y la sangre brotaba de él, y él mismo se había hecho jirones su camisa. "¡Hombres del Quraysh!" exclamó, "¡Los camellos de carga, los camellos de carga! ¡Vuestras mercancías que Abu Sufyan trae! ¡Muhammad y sus compañeros están sobre ellas! ¡Ayuda! ¡Ayuda!"

La ciudad inmediatamente se alborotó. La caravana que en esos momentos estaba amenazada era una de las más ricas del año, y eran muchos los que tenían razón para lemer su pérdida. Se reunió rápidamente un ejército de aproximadamente un millar de hombres. "¿Piensan Muhammad y sus compañeros que será como la caravana de Ibn Hadramí?" dijeron refiriéndose a Amr, el confederado de Abdu Shams que había sido muerto por una flecha en el mes sagrado en Najlah. El clan de Adi fue el único en nó tomar parte en la expedición. Todos los demás jefes de clan dirigían un contingente, salvo Abu Lahab, que envió en su lugar a un hombre de Majzum que le debía dinero. Pero los Baní Hisham y los Bani al-Muttalib tenían sin embargo sus intereses en la caravana y se sentían moralmente obligados a defenderla, por lo que Talib se puso al frente de un grupo de hombres de ambos clanes y Abbas fue con ellos, quizás con la intención de actuar como pacificador. Hakim de Asad, el sobrino dé Jadíyah, salió con el mismo propósito. Al igual que Abu Lahab, Umayyah de Yumah también había decidido quedarse en casa, porque era un hombre mayor y sumamente obeso. Pero estando sentado en la Mezquita se le acercó Uqbah con un incensario que puso ante él, y dijo "Perfúmate con esto, Abu Ah, porque tú eres de las mujeres." "Dios te maldiga" dijo Umayyah, y se dispuso a partir con los demás.

El Profeta había abandonado la ruta directa de Medina hacia el sur y se dirigía a Badr, que se encontraba en la ruta costera de Siria a la Meca, al oeste. En Badr esperaba salirle al paso a Abu Sufyan, y envió por delante a dos de sus aliados de Yuhaynah que conocían bien el distrito para que recogieran noticias de la caravana. En Badr se detuvieron en una colina que dominaba el pozo, y cuando fueron a sacar agua acertaron a escuchar una conversación entre dos muchachas del pueblo acerca de una deuda. "La caravana llegará mañana o pasado mañana," decía una a la otra, "trabajaré para ellos y te pagaré lo que te debo." Cuando oyeron estas palabras volvieron rápidamente al Profeta con las noticias. Pero si hubieran permanecido allí un poco más habrían visto a un jinete solitario aproximarse al pozo por el oeste. Era Abu Sufyan en persona, que se había adelantado al resto de la caravana para ver si era seguro encaminarse hacia la Meca por la ruta más cercana, esto es, a través de Badr. Al llegar al pozo se encontró con un aldeano y le preguntó si había visto algún desconocido. Le respondió que había visto dos jinetes que habían hecho un alto arriba en la colina, luego habían sacado agua y se la habían llevado. Abu Sufyan fue a donde se habían detenido y tomó algunos excrementos de camello, que acto seguido desmenuzó. Había en ellos algunos huesos de dátil. "Por Dios," dijo, "este es el forraje que emplean en Yathrib." Se volvió rápidamente hacia sus seguidores, y, alejando la caravana del camino, avanzaron a toda velocidad por la orilla, junto al mar, dejando Badr a su izquierda.

Mientras tanto los dos exploradores habían regresado con el Profeta con la noticia de que se esperaba que la caravana llegaría a Badr al día siguiente o al otro. Ciertamente se defendían en Badr, que durante mucho tiempo había sido una de las principales paradas en el camino de la Meca a Siria. Los musulmanes, pues, tendrían tiempo suficiente para sorprenderlos y vencerlos.

Llegó entonces la noticia de que el Quraysh se había puesto en camino con un ejército para socorrer la caravana. Siempre se había considerado esta posibilidad, pero ahora que era un hecho consumado el Profeta se sintió obligado a consultar a sus hombres y a dejar que fuesen ellos quienes eligiesen entre avanzar o dar marcha atrás. Abu Bakr y Omar hablaron por los Emigrantes en favor de avanzar. Después, como confirmación de todo lo que habían dicho, un aliado de los Bani Zuhrah, Miqdad, que llevaba poco tiempo en Medina se levantó y añadió: "¡Oh Enviado de Dios! Haz lo que Dios te ha mostrado que debes hacer. No te diremos como los hijos de Israel dijeron a Moisés: *Ve, pues, tú y tu Señor y combatid. Nosotros nos quedamos aquí sentados.* (C. V, 24), sino que diremos: «Ve, pues, tú con tu Señor y combatid, y nosotros también combatiremos, a la derecha y a la izquierda, delante y detrás de ti.»" Abdallah ibn Masud solía hablar en años posteriores de la gran luz que había brillado en el rostro del Profeta cuando escuchó aquellas palabras y bendijo al que las decía. No es que estuviera sorprendido, porque él ya sabia que los Emigrantes estaban con él sin ningún tipo de reservas. Pero, ¿podía decirse lo mismo de los Ansar que se encontraban presentes? El ejército había partido de Medina con la esperanza de capturar la caravana. Pero ahora parecía que podrían tener que vérselas con algo mucho más formidable. Además, cuando los Ansar le prestaron fidelidad en Aqabah dijeron que no eran responsables de su seguridad hasta que no estuvieran en su territorio, pero que cuando se encontrase con ellos lo protegerían como lo hacían con sus mujeres y niños. ¿Estarían dispuestos a ayudarlo? "Hombres, dadme vuestro consejo", dijo, expresándose en general pero refiriéndose a los Ansar, algunos de los cuales ya habían adivinado sus pensamientos, aunque ninguno había hablado todavía. Entonces Saad ibn Muadh se incorporó. "Diríase" observó, "que te referías a nosotros, oh Enviado de Dios." Y cuando el Profeta asintió, continuó: "Tenemos fe en ti y creemos en lo que tú nos has contado; damos testimonio de que nos has traído la Verdad, y te hemos prestado nuestros juramentos vinculantes de oír y obedecer. Haz pues lo que desees y nosotros estaremos contigo. Por Aquél que te ha enviado con la Verdad; si nos ordenases cruzar aquel mar de allí y tú te sumergieras en él, nosotros nos sumergiríamos contigo; ni un solo hombre se quedaría atrás. Del mismo modo, no nos repugna encontrarnos con el' enemigo mañana. Somos de toda garantía en la guerra, leales en el combate. Quiera Dios mostrarte nuestro valor de tal manera que te traiga frescor a los ojos.[2] Guíanos con la bendición de Dios."

El Profeta se alegró de estas palabras y tuvo la certeza de que realmente tendrían que enfrentarse con el ejército o con la caravana pero no con los dos. "¡Adelante!" dijo, y animo, porque Dios el Sublime me ha prometido que nos enfrentaremos con uno de los destacamentos. Y ya casi estoy viendo al enemigo yaciendo postrado." (I~I. 435).

Aunque estaban preparados para lo peor, aún tenían la esperanza de que podrían atacar la caravana y estar de regreso en Medina, enriquecidos con el botín y los prisioneros, antes de la llegada del ejército del Quraysh. Alcanzaron una parada que estaba a menos de un día de marcha de Badr. El Profeta siguió cabalgando con Abu Bakr y consiguió información de un anciano, de la cual dedujo que el ejército mequi se encontraba ya cerca. De regreso al campamento esperó la caída de la noche y envió a sus tres primos Ah, Zubayr y Saad con algunos otros de los compañeros al pozo de Badr para ver si el ejército o la caravana, o ambos, habían extraído agua de allí, o si alguien había sabido algo de cualquiera de los dos grupos. En el pozo tropezaron con dos hombres que estaban cargando sus camellos con agua para el ejército del Quraysh, y después de reducirlos sc los llevaron al Profeta, quien en ese momento estaba haciendo una plegaria. Sin esperar a que hubiese terminado comenzaron a interrogar a los dos hombres, que dijeron que eran los aguadores del ejército. Pero algunos de los que preguntaban prefirieron pensar que estaban mintiendo. Deseaban en el fondo fervientemente que fuera Abu Sufyan quien los había mandado por agua para la caravana, y comenzaron a

golpearlos hasta que dijeron "Somos hombres de Abu Sufyan" y los dejaron en paz. El Profeta hizo las prosternaciones finales de su plegaria, dio los saludos de paz y dijo: "Cuando os dijeron la verdad los golpeasteis y cuando os mintieron los dejásteis en paz~ Ciertamente son del ejército del Quraysh." Entonces se volvió hacia los dos prisioneros~ "Vosotros dos, decid dónde se encuentra el Quraysh." "Están detrás de aquella colina," dijeron señalando hacia Aqanqal, "en la vertiente más lejana del valle que hay más allá~" "¿Cuántos hombres son?" "Muchos", respondieron, sin precisar el número, por lo que les preguntó cuántas bestias sacrificaban. "Algunos días nueve, otros días diez", fue la respuesta. "Entonces son entre novecientos y mil", dijo el Profeta~ "¿Y qué jefes del Quraysh están con ellos?". Nombraron a quince, que incluían, de Abdu Shams, a los hermanos Utbah y Shaybah. De Nawfal, a Harith y Tuaymah; de Abd al-Dar, a Nadr, que había opuesto sus historias de Persia al Corán; de Asad, a Nawfal, el medio hermano de Jadiyah; de Majzum, a Abu Yahl; de Yumah, a Umayyah; y de Amr, a Suhayl. Escuchando estos nombres eminentes el Profeta hizo la siguiente observación cuando se reunió con sus hombres: "Esta Meca os ha arrojado los mejores pedazos de su hígado."

No transcurrió mucho tiempo hasta que Abu Sufyan tuvo noticias del poderoso ejército de mil hombres: en aquel momento había alcanzado un punto desde el cual sus salvadores estaban entre él y el enemigo. Al comprender que la caravana estaba a salvo envió un mensaje al Quraysh diciendo: "Salisteis para defender vuestros camellos, vuestros hombres y vuestras mercancías; Dios los ha puesto a salvo, regresad por lo tanto." Este mensaje les llegó cuando ya habían acampado en Yuhfa, a poca distancia al sur de Badr. Había, por otra parte, otra razón por la que no debían avanzar más~ El pesimismo se había abatido sobre todo el campamento a causa de un sueño -casi una visión- que había tenido Yuhaym, un hombre de Muttalib. "Entre el sueño y la vigilia", dijo, "vi un hombre que se aproximaba a caballo guiando un camello. Entonces se detenía y decía:

«Muertos están Utbah y Shaybah, Abu-l-Hakam y Umayyah»" Y siguió encionando a otros jefes del Quraysh que el jinete había nombrado. "Entonces", continuó Yuhaym, "lo vi apuñalar al camello en el pecho y dejarlo correr suelto por el campamento, y no quedó ni una tienda que no fuese salpicada con su sangre." Cuando le contaron esto a Abu Yahl, dijo éste en un tono triunfante y de mofa: "Aquí tenemos otro profeta más de los hijos de Muttalib." "Otro más", ya que los dos clanes de Muttalib y Hashim eran a menudo considerados como uno solo. Entonces, para disipar el pesimismo, se dirigió a todos ellos: "Por Dios, no regresaremos hasta que hayamos estado en Badr. Permaneceremos tres días allí. Sacrificaremos camellos, nos regalaremos con banquetes, haremos correr el vino, y las cantantes y las actrices tocarán y cantarán para nosotros. Los árabes se enterarán de cómo proseguimos nuestra marcha y de nuestra poderosa hueste, y por siempre nos temerán. ¡Adelante hacia Badr!"

Ajnas ibn Shariq, que había salido con Zuhrah, de quien era confederado, les recomendó entonces encarecidamente que no prestaran atención a Abu Yahl, y todos ellos se volvieron, pues, desde Yuhfah a la Meca. Talib también regresó con algunos de sus compañeros de clan, ya que había cruzado ciertas palabras con algunos qurayshíes que habían dicho: "¡Oh hijos de Hashim, sabemos que aunque hayáis salido con nosotros vuestros corazones están con Muhammad." Abbas, sin embargo, decidió continuar a Badr con el resto del ejército y se llevó consigo a sus tres sobrinos Abu Sufyan y Nawfal, los hijos de Harith, y Aqil, el hijo de Abu Talib.

Más allá de la colina, un poco hacia el noreste, los musulmanes estaban levantando el campamento. El Profeta sabía que les era imperioso llegar a las aguas de Badr antes que el enemigo, así que ordenó un avance inmediato. Apenas se habían puesto en marcha cuando empenzó a llover, y el Profeta se alegró de ello, considerándolo como una señal del favor Divino, una bendición y una garantía. Refrescó a los hombres, hizo desaparecer el polvo y endureció la arena suave del valle de Yalyal por donde ahora marchaban. Pero estorbaría al enemigo, que todavía tenía que subir las laderas de Aqanqal, que se hallaban a la izquierda de los musulmanes, en el lado opuesto del valle de Badr. Los pozos se encontraban todos en las laderas más suaves de la zona más próxima, y el Profeta ordenó un alto en el primer pozo que alcanzaron. Pero un hombre del Jazrach, Hubab ibn al-Mundhir se le acercó y dijo: "¡Oh Enviado

de Dios! ¿Te ha revelado El que debemos avanzar o retroceder desde este lugar donde ahora estamos, o es una cuestión de opinión y estrategia militar?". El Profeta le contestó que se trataba simplemente de un asunto de opinión, y Hubab dijo: "No es éste el lugar para detenerse, sino que es mejor que nos conduzcas, ¡oh Enviado de Dios! hasta llegar a uno de los pozos grandes que está más cerca del enemigo. Paremos allí, ceguemos los pozos que están detrás de aquél y hagamos una cisterna. Luego lucharemos con el enemigo y nosotros tendremos todo el agua para beber y ellos no tendrán nada." El Profeta asintió al punto, y el plan de Hubab se puso en práctica en todos sus detalles. Los restantes pozos fueron cegados, se hizo una cisterna y todos los hombres llenaron sus recipientes.

Después, Saad ibn Muadh se aproximó al Profeta y dijo: "¡Oh Profeta de Dios!, deja que construyamos un refugio para ti y que junto a él preparemos tus camellos de montar. Luego nos encontraremos con el enemigo, y, sí Dios nos fortalece y nos da la victoria sobre ellos, eso es lo que deseamos fervorosamente. Pero, si no, entonces tú podrás montar y cabalgar para ir al encuentro de los que atrás dejamos. Porque, por lo que se refiere a algunos de los que no vinieron contigo, oh Profeta de Dios, nuestro amor por ti no es mayor que el que ellos te tienen, y no se habrían quedado en casa si hubieran sabido que tropezarías con una guerra. Dios te protegerá a través de ellos, y ellos te darán buen consejo y lucharán a tu lado." Muhammad lo elogió e invocó bendiciones sobre él, y se levantó el refugio con ramas de palmera.

Aquella noche Dios envió un sueño reconfortante a los creyentes y se despertaron como nuevos.[3] Era el viernes 17 de Marzo del año 623 d.c. que fue el día 17 de Ramadán del año 2 de la hégira.[4] En cuanto se hizo el alba el Quraysh prosiguió su marcha y subieron a la colina de Aqanqal. El sol ya estaba alto cuando alcanzaron la cima, y cuando el Profeta los vio en sus caballos y camellos ricamente enjaezados descendiendo la ladera hacia el valle de Yalyal en dirección a Badr, hizo la siguiente invocación: "¡Oh Dios! Aquí está el Quraysh, han venido arrogantes y vanos, oponiéndose a Ti y desmintiendo a Tu Enviado. ¡Oh Señor, concédenos la ayuda que nos prometiste! ¡Oh Señor, destrúyelos en esta alborada!"

Hicieron su campamento al pie de la ladera y, como les pareciera que los musulmanes eran menos de los que habían previsto, enviaron a Umayr de Yumah a caballo para estimar su número y ver si tendrían refuerzos en la retaguardia. Umayr les informó de que no había señal de más tropas que las que tenían delante de ellos en el otro lado del valle. "Pero, oh hombres del Quraysh," añadió, "por cierto que no creo que ninguno de ellos vaya a morir sin antes haber dado muerte a uno de los vuestros, y si ellos terminan con la vida de un número de vosotros equivalente al suyo, ¿qué bien quedará en la vida después?" Umayr. gozaba de una cierta reputación de adivino en toda la Meca, lo que añadía peso a sus palabras. Apenas había terminado de hablar cuando Hakim de Asad, el sobrino de Jadiyah, aprovechó su oportunidad sin dudarlo un instante y atravesó a pie el campamento hasta que llegó junto a los hombres de Abdu Shams. "Padre de Walid,", le dijo a Utbah, "tú eres el hombre más notable del Quraysh, eres su Señor y el único a quien obedecen. ¿Te gustaría que te recordasen con alabanzas hasta el final de los tiempos?" "¿Cómo podría ser eso?" preguntó Utbah. "Haz que tus hombres se vuelvan", dijo Hakim, "y toma sobre ti mismo la causa de Amr, tu confederado asesinado." Quería decir que Utbah debía eliminar una poderosa razón para la lucha y pagar el rescate de sangre a los parientes del hombre que había muerto en Najlah, cuyo hermano, Amir, había venido de hecho para tomarse la venganza en el campo dc batalla. Utbah estuvo de acuerdo en hacer todo lo que decía, pero le recomendó que fuese a hablar con Abu Yahl, el hombre que probablemente más insistía en la guerra. Mientras tanto, se dirigió a sus tropas, diciendo: "¡Hombres del Quraysh, nada ganaréis luchando con Muhammad y sus Compañeros! Si los vencéis, cada uno de vosotros mirará siempre con aversión a la cara de otro que haya dado muerte a su tío, a su primo o a algún pariente todavía más próximo. Así pues, dad media vuelta, y dejad que el resto de los árabes se encarguen de Muhammad. Si terminan con él, eso es lo que deseáis; y si no, él verá que habéis mostrado autodominio hacia él."

Sin duda alguna tuvo la intención de aproximarse en seguida a Amir al-Hadrami con la idea de pagar el rescate de sangre por su hermano, pero Abu Yahl se le adelantó en rapidez.

Reprochó a Utbah en tono de mofa ser cobarde, tener miedo a morir él mismo y también su hijo Abu Hudayfah, que estaba en las filas del enemigo. Luego se volvió a Amir y le insistió para que no dejase escapar la oportunidad de vengar la muerte de su hermano. "Levántate," dijo, "y recuérdales tu pacto y el asesinato de tu hermano." Amir se incorporó y, despojándose frenéticamente de sus ropas, comenzó a emitir lamentaciones a voz en grito. "¡Ay de Amr! ¡Ay de Amr!" De esta manera se avivó el fuego de la guerra, los ánimos de los hombres se llenaron de violencia y fue tarea vana para Utbah o cualquier otro el pretender hacerlos volverse atrás.

La absorción general en los preparativos finales para la batalla proporcionó a un hombre la oportunidad que hasta entonces había estado esperando. Por temor a que pudiera escaparse durante su ausencia, Suhayl había llevado consigo a su hijo Abdallah a Badr. Umayyah, jefe de Yumah, había hecho lo mismo con su hijo Ah, al cual había forzado a rechazar el Islam. Pero a diferencia de Ah, que era irresoluto, Abdallah era inquebrantable en su fe, y, después de salir del campo de visión del campamento, ocultándose detrás de un montículo cercano, se encaminó rápidamente a través de las onduladas arenas del campamento musulmán, donde fue inmediatamente a ver al Profeta. La alegría brilló en el semblante de ambos. Luego, lleno de dicha, saludó a sus cuñados Abu Sabrah y Abu Hudhayfah.

Capítulo 43

La batalla de Badr

EL Profeta dispuso su ejército para el combate y pasó por delante de cada hombre para darles ánimo y enderezar las filas, portando una ~ flc~cha en la mano. Guarda las filas, Oh Sawad", le dijo a uno de los Ansar que estaba demasiado adelantado y le dio con la flecha un leve pinchazo en el estómago. "¡Oh Enviado de Dios!, me has hecho daño," dijo Sawad, "y Dios te ha enviado con la verdad y la justicia; dame pues una reparación." "Tómala" dijo el Profeta, dejando al desnudo su propio vientre a la vez que le daba la flecha: ante esto, Sawad se inclinó y besó el lugar donde debía poner la punta de la saeta. "¿Por qué has hecho esto?", dijo el Profeta. Sawad respondió: "¡Oh Enviado de Dios, tenemos que enfrentarnos ahora con lo que tú ves, y deseé que en mi último momento contigo -si así lo fuera-mi piel tocara tu piel." El Profeta pidió por él y 19 bendijo.

El Quraysh ya había comenzado a avanzar. Visto a través de las ondulantes dunas el ejército mequi parecía mucho más pequeño de lo que era. Pero el Profeta conocía perfectamente su número verdadero y era consciente de la gran disparidad que existía entre los dos ejércitos. Regresó entonces al refugio con Abu Bakr y rezó pidiendo la ayuda que Dios le había prometido.

Le sobrevino un sueño ligero, y cuando se despertó dijo: "¡Ánimo, Abu Bakr, la ayuda de Dios te ha llegado! Aquí está Gabriel, y, en su mano, las riendas de un caballo que él conduce, y él está armado para la guerra." (B. LXIV, 101.1.444).

En la historia de los árabes eran muchas las batallas que se habían evitado en el último momento, incluso estando dos fuerzas dispuestas frente a frente para la contienda. Pero el Profeta estaba seguro de que en esta ocasión la batalla tendría lugar, y que esta formidable formación era *uno de los dos grupos* que le había sido pronosticado. Los buitres también sabían que era inminente una carnicería, y ya estaban al acecho para alimentarse de los cadáveres de los muertos, unos girando por encima de las cabezas y otros posados en las laderas rocosas, en la retaguardia de ambos ejércitos. Estaba claro, además, por los movimientos del Quraysh, que se estaban preparando para atacar. Ya se encontraban cerca y se habían detenido a corta distancia de la cisterna que los musulmanes habían construido. Parecía probable que su primer movimiento consistiera en apoderarse de ella.

Aswad de Majzum se adelantó a grandes zancadas de los demás con la intención evidente de beber. Hamzah salió a su encuentro y le asestó un golpe que le seccionó una pantorrilla, y un segundo golpe que acabó con su vida. Entonces Utbah, todavía escondido por las mofas de Abu Yahl, salió de entre las filas y lanzó el desafio para el combate individual, y, para mayor honor de la familia, su hermano Shaybah y su hijo Walid dieron un paso adelante y se pusieron cada uno a un lado suyo. El desafío fue aceptado inmediatamente por Awf, del clan de Nayyar del Jazrach, que había sido uno de los seis primeros Ansar en jurar fidelidad al Profeta. Con Awf avanzó su hermano Muawwidh. Su barrio de Medina era el que Qaswa había elegido como parada final de la Hégira. El tercero que aceptó el desafío fue Abdallah ibn Rawahah, que había desafiado a su jefe, Ibn Ubbay, al pronunciar palabras de bienvenida y consuelo al Profeta.

"¿Quiénes sois vosotros?" dijeron los que desafiaban. Cuando los hombres respondieron, dijo Utbah: "Vosotros sois nobles y nuestros pares, todavía nada tenemos que ver con vosotros. Nuestro desafío no es sino hacia los hombres de nuestra propia tribu." Entonces el

heraldo del Quraysh gritó:

"Oh Muhammad, envía contra nosotros a nuestros iguales de nuestra propia tribu!" El Profeta no había pretendido otra cosa, pero el vivo deseo de los Ansar se le había anticipado. Se volvió entonces hacia su propia familia, porque sobre todo era a ellos a quienes correspondía iniciar la batalla. Los que desafiaban eran dos hombres de edad madura y un joven. "¡Adelante, oh Ubaydah!, dijo el Profeta. "¡Adelante, oh Hamzah! ¡Adelante, oh Ah!" Ubaydah era el hombre más viejo y más experimentado del ejército, nieto de Muttalib, y se enfrentó con Utbah mientras que Hamzah se enfrentó con Shaybah y Ah con Walid. Los combates no duraron mucho: Shaybah y Walid al poco rato yacían muertos, mientras que Hamzah y Ah estaban ilesos. Pero en el momento en que Ubaydah derribó de un golpe a Utbah recibió de la espada de éste un tajo que le amputó una pierna. Era un enfrentamiento triple, tres contra tres, por lo que Hamzah y Ah volvieron sus espadas contra Utbah, y Hamzah le asestó el golpe mortal. Luego se llevaron al campamento al primo herido. Había perdido una cantidad mortal de sangre y la médula se le salía por el muñón de la pierna. Solamente tenía un pensamiento. "¿No soy un mártir, oh Enviado de Dios?" le dijo al Profeta cuando lo tuvo cerca. "Sin duda alguna lo eres", respondió éste.

La tensa quietud entre los dos ejércitos fue rota por el sonido de una flecha del Quraysh, y un liberto de Omar cayó al suelo herido de muerte.

Una segunda flecha atravesó la garganta de Harithah, un joven del Jazrach, cuando estaba bebiendo en la cisterna. El Profeta exhortó entonces a sus hombres, diciendo: "¡Por Aquél en cuyas manos está el alma de Muhammad! ¡No morirá ningún hombre que hoy caiga luchando contra ellos, con firme esperanza en su recompensa, y avanzando sin retroceder, sino que Dios lo introducirá inmediatamente en el Paraíso!" (1.1, 445). Sus palabras fueron transmitidas por los que las oyeron a quienes estaban fuera del alcance de su voz. Umayr, del clan Salimah del Jazrach, tenía un puñado de dátiles que estaba comiendo. "¡Maravilla de las Maravillas!" exclamó. "¿Entre mi entrada al Paraíso y yo solamente está el que estos hombres me den muerte?", y arrojó los dátiles llevándose la mano a la espada dispuesto con impaciencia a recibir la voz de mando.

Awf estaba cerca del Profeta, decepcionado por haber perdido el honor del desafío que había sido el primero en aceptar, y se volvió entonces hacia él y dijo: "¡Oh Enviado de Dios! ¿Qué es lo que hace que el Señor sienta júbilo por su siervo?" La respuesta vino al punto:- "El pi'ecipitarse en medio del enemigo sin cota de malla." Y Awf comenzó a despojarse de la cota que llevaba, mientras que el Profeta tomó un puñado de guijarros y se los arrojó a los qurayshies, gritando: "¡Que esos rostros sean desfigurados!", consciente de que los estaban lanzando al desastre. Luego dio la orden de cargar. El grito de batalla que había ideado para ellos, *Ya mansur amit,* 1 salió de todas las gargantas cuando los hombres avanzaron en tropel. Awfal, sin su cota, y Umayr fueron de los primeros en chocar con el enemigo y ambos lucharon hasta morir. Sus muertes y las de Ubaydah y los dos muertos por las flechas elevaron a cinco el número de mártires. Sólo nueve creyentes más habrían de morir ese día, entre ellos el otro Umayr, el hijo menor de Saad, al que el Profeta había querido devolver a casa.

No eras tú quien arrojaba cuando arrojaste, sino que era Dios quien lo hacía. (VIII, 17). Estas palabras eran parte de la Revelación que se produjo inmediatamente después de la batalla. Los guijarros no fueron la única manifestación de la fuerza Divina que, de la mano del Profeta, irradió aquel día. En un momento en que la resistencia del Quraysh era más fuerte una espada se rompió en las manos de un creyente; su primer pensamiento fue ir a pedirle otra al Profeta. Se trataba de Ukkashah, un pariente de la familia de Yahsh. El Profeta le dio una porra de madera, y le dijo: "Lucha con esto, Ukkashah." La cogió y la blandió y en su mano se convirtió en una espada larga, sólida y brillante. Combatió con ella durante el resto de la batalla y en todas las demás batallas del Profeta, y recibió el nombre de *al-Awan,* que quiere decir la Ayuda Divina.

Cuando a los creyentes se les ordenó cargar, no lo hicieron solos, como el Profeta bien

sabía, porque se les había prometido: *Os ayudaré con mil ángeles, uno tras otro.* (VITI, 9). Y los Ángeles también habían recibido un mensaje Divino: *Cuando tu Señor inspiró a los Ángeles: Yo estoy con vosotros, así que confirmad a los creyentes, infundiré el terror en los corazones de los incrédulos. ¡Cortad/es, pues, el cuello y golpead/es en los dedos!* (VIII, 12).

La presencia de 105 Ángeles fue percibida por todos; como una fuerza por los creyentes y como un terror por los infieles; pero esa presencia sólo fue visible o audible para unos pocos, y en diferentes grados. Dos hombres de una tribu árabe de las inmediaciones se habían situado en la cima de una colina para ver el resultado y tomar parte -eso esperaban ellos- en el pillaje después de la batalla. Una nube se exteñdió junto a ellos -una nube llena de caballos- y uno de los hombres cayó a tierra instantáneamente muerto. "Su corazón reventó de terror", dijo el que vivió para contarlo, juzgando a tenor de lo que su propio corazón había sentido.

Uno de los creyentes que estaba persiguiendo a un enemigo vio cómo la cabeza del hombre se separaba de su cuerpo antes de que pudiera alcanzarlo, cercenada por una mano invisible. Otros tuvieron breves vislumbres de los Ángeles cabalgando en caballos cuyos cascos nunca se posaban en el suelo, guiados por Gabriel tocado con un turbante amarillo, mientras que los turbantes de los demás Ángeles eran blancos, con una de las puntas suelta por detrás. Pronto el Quraysh se encontró derrotado por completo y puesto en fuga, salvo pequeños grupos por donde los Ángeles no habían pasado. En uno de éstos, Abu Yahl siguió luchando con una ferocidad sin mengua hasta que Muadh, el hermano de Awf, lo derribó de un golpe. Entonces Ikrimah, el hijo de Abu Yahl, atacó a Muadh y le cortó un brazo por el hombro. Muadh siguió batiéndose con el brazo sano, mientras que el otro le colgaba medio suelto de la piel sobre el costado. Pero cuando se le hizo demasiado doloroso se inclinó, puso el pie sobre la mano muerta, dio una sacudida hacia arriba y amputó el miembro que le estorbaba, tras de lo cual prosiguió su persecución del enemigo. Abu Yahl todavía estaba lleno de vida, pero Muawwidh, el segundo hermano de Awf, lo reconoció en el suelo y le asestó un golpe que lo dejó moribundo. Muawwidh continuó luchando y, al igual que Awf, combatió hasta que cayó herido de muerte.

La mayoría de los qurayshíes escaparon, pero unos cincuenta fueron heridos de muerte o muertos sin más en la batalla o alcanzados y derribados en su huida. Aproximadamente el mismo número fueron hechos prisioneros. El Profeta había dicho a sus Compañeros: "Sé que algunos hombres de los hijos de Hashim y otros han venido a pesar suyo, sin ningún deseo de luchar contra nosotros." Y mencionó los nombres de aquellos a los que se les perdonaría la vida si eran apresados. Aun así, la mayoría de su ejército estaba resuelto a retener a los cautivos para obtener un rescate antes de pasarlos por las armas.

Puesto que el Quraysh superaba en tan gran número a los creyentes había que tomar en consideración la posibilidad de que se reagruparan y volvieran al combate, y se persuadió al Profeta para que se retirara a su refugio con Abu Bakr mientras que algunos Ansar se mantenían vigilantes. Saad ibn Muadh se encontraba de guardia a la entrada con la espada desenvainada, y cuando sus compañeros comenzaron a traer al campamento

a los cautivos el Profeta se sorprendió por la expresión de enérgica desaprobación perceptible en su rostro. "~Oh Saad!" dijo, "parecería que te resulta odioso lo que están haciendo." Saad asintió con vigor y añadió: "Ésta es la primera derrota que Dios ha inflingido a los idólatras, y yo hubiera preferido ver a sus hombres muertos antes que dejarlos con vida." Omar era de la misma opinión, pero Abu Bakr consideraba que había que dejar vivir a los prisioneros, con la esperanza de que antes o después podrían convertirse en creyentes, opinión que también compartía el Profeta. Pero ese mismo día, un poco más tarde, cuando Omar volvió al refugio se encontró al Profeta y a Abu Bakr con lágrimas en los ojos por una Revelación que había tenido lugar. *No es digno de un Profeta que tome cautivos sin antes haber combatido y triunfado en la tierra.* 2 *Vosotros deseáis los bienes de este mundo mientras que Dios quiere para vosotros el Más Allá, y Dios es Poderoso y Sabio.* (VIII, 67>. Pero la Revelación luego dejó claro que la decisión de perdonar la vida a los prisioneros había sido aceptada por Dios y no debía ser revocada, y al Profeta se le dio un mensaje para los mismos cautivos: *¡Profeta! Di a*

*aquellos cautivos que están en tus manos: Si Dios reconoce algún bien en vuestros corazones Él os dará a/go mejor que /**0** que se os ha quitado y os perdonará. Ciertamente Dios es Indulgente y Misericordioso.* (VIII, 70).

Había sin embargo un hombre, Abu Yahl, a quien claramente no se podía permitir que viese. La opinión generalizada era que había sido muerto y el Profeta ordenó que se buscase su cuerpo. Abdallah ibn Masud volvió de nuevo al campo de batalla y buscó hasta que encontró al hombre que había hecho más que cualquier otro para fomentar el odio hacia el Islam entre los mequíes. Abu Yahl conservaba todavía vida suficiente para reconocer al enemigo que en aquel momento estaba de pie junto a él. Abdallah había sido el primer hombre que había recitado en alto el Corán delante de la Kaabah, y Abu Yahl le había asestado un golpe contundente y le había herido en la cara, porque era simplemente un confederado de Zuhrah y un pobre cuya madre había sido una esclava. Abdallah colocó entonces su pie sobre el cuello de Abu Yahl, quien dijo: "Ciertamente has subido alto pastorcillo." Luego le preguntó en qué dirección había soplado la fortuna de la guerra aquel día, como queriendo decir que la próxima vez lo haría en sentido contrario. "Dios y Su Enviado han vencido", respondió Abdallah, y a continuación le cortó la cabeza y se la llevó al Profeta.

Abu Yahl no fue el único de los jefes del Quraysh que había muerto una vez concluida la lucha. Abd al-Rahman ibn Awf estaba llevando unas cotas de malla que había tomado como botín cuando pasó junto al corpulento Umayyah, que había perdido su montura y no podía escapar. Con él se encontraba su hijo Ah, de cuya mano le tenía cogido; Umayyah gritó al en otro tiempo amigo suyo: "Tómame prisionero, porque valgo más que las cotas de malla." Abd al-Rahman asintió y, tirando al suelo de las mallas, los cogió a él y a su hijo a cada uno de una mano. Pero mientras los llevaba al campamento los vio Bilal y reconoció a su antiguo amo y torturador. "Umayyah!" exclamó, "¡el cabeza de la incredulidad! ¡Que yo muera si él vive!" Abd al-Rahman protestó indignado que se trataba de sus prisioneros, pero Bilal repitió su grito: "¡Que yo muera si él vive."" ¿No me escucharás, oh tú, hijo de madre negra?" dijo el apresador, indignado, después de lo cual Bilal gritó con toda la fuerza de una voz que le había ganado la función de muecín: "¡Oh Ayudantes de Dios, el cabeza de la incredulidad, Umayyah! ¡Que yo no viva si él sobrevive!" De todos lados llegaron corriendo hombres e hicieron un estrecho círculo alrededor de Abd al-Rahman y sus dos prisioneros. Entonces una espada fue desenvainada y Ah cayó al suelo, pero no muerto sino herido. Abd al-Rahman soltó la mano del padre. "Escapa como puedas", le dijo, "aunque no hay escapatoria posible, porque yo no puedo hacer nada por ti." Los hombres lo apartaron y, acercándose, rodearon a los prisioneros con sus espadas y rápidamente pusieron fin a sus vidas. Abd al-Rahman solía decir años después: "¡Dios tenga misericordia de Bilal! Perdí las cotas de malla y él me despojó de mis dos prisioneros." (1.1.448-49).

El Profeta ordenó que los cuerpos de los infieles muertos en la batalla fueran arrojados a un foso, y cuando estaban arrastrando el cuerpo de Utbah hacia el lugar fijado, el rostro de su hijo Abu Hudhayfah empalideció y quedó anegado de pena. El Profeta lo sintió por él y le obsequió con una mirada compasiva, pronunciando entonces Abu Hudhayfah las siguientes palabras: "¡Oh Enviado de Dios! No es que cuestione tu orden en cuanto a mi padre y el lugar donde lo han arrojado, sino que lo conocí como un hombre de sabio consejo, paciente y virtuoso, y había esperado que estas cualidades lo condujeran al Islam, y al ver cuál ha sido su suerte y recordar en qué estado de incredulidad murió después de las esperanzas que había abrigado a su respecto, todo ello me ha entristecido." Entonces el Profeta bendijo a Abu Hudhayfah y le dirigió palabras cariñosas.

La paz y la tranquilidad del campamento pronto fueron rotas por voces que se elevaron airadas porque los que se habían quedado protegiendo al Profeta durante la batalla exigían una participación en el botín, y los que habían perseguido al enemigo y capturado hombres, armaduras y armas no estaban dispuestos a renunciar a lo que sus propias manos habían tomado. Pero antes de que el Profeta tuviera tiempo de restablecer la armonía, ordenando un reparto equitativo de todo lo que había sido capturado, se logró el efecto deseado de forma más sencilla e inmediata a través de una Revelación: *Te preguntarán por el botín. Di:* El *botín*

pertenece a Dios y a su Enviado. (VIII, 1). Así fue. El Profeta ordenó que todo lo que se había tomado, incluidos los cautivos, debía ser reunido y ya no podía ser considerado como la propiedad privada de nadie. La orden fue obedecida inmediatamente sin ponerse en duda.

El cautivo más eminente era el jefe de Amir, Suhayl, primo de Sawdah y hermano del primer marido de ésta. Otros más directamente relacionados con el Profeta eran su tío Abbas, su yerno Abu-l-As, marido de Zaynab, y sus primos Aqil y Nawfal. Dio una orden general en el sentido de que los prisioneros fueran tratados bien, aunque evidentemente tenían que ser atados. Pero el pensamiento de su tío sufriendo semejante sujeción le impidió al Profeta dormir aquella noche, y ordenó que le aflojaran las ataduras. Otros cautivos recibieron un tratamiento menos indulgente de sus parientes más próximos. Musab pasó junto a su hermano Abu Azíz cuando lo estaba atando el Ansar que lo había capturado y dijo: "Átalo con fuelza porque su madre es rica y quizás pague el rescate por él." "Hermano", dijo Abu Aziz, ¿es asi como me encomiendas a otros?" "El es ahora mi hermano en tu lugar", dijo Musab. Sin embargo, en años posteriores Abu Azíz hablaría con frecuencia del buen trato que recibió por parte de los Ansar, que lo llevaron a Medina, de donde fue rescatado por su madre por 4.000 dirhemes.

Tan pronto como se hizo evidente que los ochocientos o más mequies huidos habían sido derrotados sin posibilidad de reagruparse, el Profeta envió a Abdallah ibn Rawahah para que llevase las nuevas de la victoria a la gente de Medina Alta, es decir, la parte más meridional de la ciudad, y envió a Zayd a la gente de Medina Baja. El permaneció con el ejército en Badr y aquella noche se acercó al foso en el que habían arrojado los cuerpos de los enemigos del Islam. "¡Oh hombres del foso," dijo, "parientes de vuestro Profeta, malo fue el parentesco que me mostraseis! Mentiroso me llamasteis, cuando otros me acogieron; luchasteis contra mí, cuando otros me ayudaron a vencer. ¿Habéis encontrado que era verdad lo que vuestro Señor os prometió? Yo he visto que era verdad lo que mi Señor me había prometido." Algunos de los compañeros lo oyeron por casualidad y se maravillaron de que hablase a cuerpos sin vida. "No escucháis lo que yo digo mejor que ellos," dijo el Profeta, "pero ellos no pueden responderme." (1.1.454).

A la mañana siguiente, temprano, partió para Medina con su ejército y el botín. Dos de los prisioneros más valiosos, es decir, aquellos en cuyas familias podía confiarse que pagarían la totalidad del rescate de 4.000 dirhemes, eran Nadr de Abd al-Dar y Uqbah[3] de Abdu Shams. Pero éstos eran dos de los peores enemigos del Islam y si se les permitía regresar al punto reemprenderían sus actividades diabólicas, a no ser que la victoria de los musulmanes en Badr, a pesar de las desventajas, les hubiera hecho reflexionar. Los ojos del Profeta no se apartaban de ellos, pero no había señal de cambio alguno en el corazón de ambos hombres, y durante la marcha comprendió que no se ajustaba a la Voluntad de Dios el dejarlos con vida. En una de las primeras paradas dio órdenes de que Nadr fuera ejecutado, y fue Ah quien lo decapitó. En la siguiente parada Uqbah sufrió la misma suerte a manos de un hombre de Aws. En una parada a tres días de marcha de Medina el Profeta dividió los prisioneros que quedaban y el resto del botín, otorgando hasta donde era posible una parte igual a cada hombre que había tomado parte en la expedición.

A esas alturas, Zayd y Abdallah ibn Rawahah habían llegado a Medina y hubo gran regocijo entre todos excepto por parte de los judíos e hipócritas.

Sin embargo, Zayd recibió malas noticias a cambio de sus buenas noticias: Ruqayyah había muerto. Uthman y Usamah acababan de regresar de enterrarla. Los lamentos en aquella parte de la ciudad fueron todavía mayores cuando Zayd comunicó a Afra la muerte de sus dos hijos, Awf y Muawwidh. Sawdah estuvo entre su propia casa y la de ellos para unirse a ambas lamentaciones. Para Afra la alegría se mezclaba con el dolor a causa de la forma gloriosa en que sus hijos habían muerto. Pero Zayd también tuvo que informar a Rubayyi de la muerte de su joven hijo Harithah ibn Suraqah, cuyo cuello había sido atravesado por una flecha cuando estaba bebiendo en la cisterna. Tan pronto como llegó el Profeta, unos días después, Rubbayyi se le acercó y le preguntó por su hijo, porque le afligía el pensamiento de que el joven hubiera sido

muerto antes de la batalla y antes de que hubiese tenido tiempo de dar un golpe por el Islam. "Oh Enviado de Dios!" dijo ella, "¿querrás hablarme de Harithah, para que si él está en el Paraíso pueda sobrellevar la pérdida con paciencia, o, si no, para que haga penitencia llorando por ~?" El Profeta ya había dado su respuesta a estas preguntas en general, porque había anunciado y prometido que un creyente es recompensado por lo que pretende aunque no llegue a conseguirlo: "Las obras cuentan según la intención." (B. 1, 1). Pero respondió ahora en particular, diciendo: "Madre de Harithah, en el Paraíso hay muchos jardines y, ciertamente, tu hijo ha alcanzado el más elevado de todos, el Firdaws."

(B. LVI, 14).

Capítulo 44

El retorno de los vencidos

EL ejercito del Quraysh regresó a la Meca en pequeños grupos, precedidos o seguidos por individuos aislados. Uno de los primeros en llegar con las noticias fue el hashimí Abu Sufyan, cuyo hermano había sido hecho prisionero. La hostilidad de Abu Sufyan hacia la nueva religión le había incitado a escribir versos contra ella y contra su primo y hermano de leche, el Profeta. Pero la experiencia de Badr le había afectado mucho. Su primer pensamiento fue visitar la Kaabah, y sucedió que su tío Abu Lahab se encontraba sentado en la gran tienda conocida como la tienda de Zamzam. Al ver a su sobrino, Abu Lahab le gritó que se acercase y se sentase junto a él y le contase lo que había. "No ha pasado más que esto", dijo Abu Sufyan. "Nos encontramos con el enemigo y volvimos la espalda, nos pusieron en fuga o nos tomaron cautivos según se les antojó. No puedo sin embargo culpar a ninguno de los nuestros, porque no sólo tuvimos que enfrentarnos con ellos sino también con hombres de blanco sobre caballos píos entre el cielo y la tierra que no perdonaban nada y a los que nada podía oponérseles."

Umm al-Fadí estaba sentada en un rincón de la tienda y con ella estaba Abu Rafi, uno de los esclavos de Abbas; ambos estaban haciendo flechas. Igual que ella, él era musulmán, y habían mantenido su Islam secreto a todos salvo a unos pocos. Pero Abu Rafi no pudo contener su alegría por la noticia de la victoria del Profeta, y cuando oyó hablar de los "hombres de blanco entre el cielo y la tierra" exclamó asombrado y triunfal: "Ésos eran los Ángeles." Inmediatamente Abu Lahab fue dominado por un paroxismo de rabia y propinó a Abu Rafí un violento golpe en la cara. El esclavo intentó desquitarse, pero era pequeño y débil y el grueso y pesado Abu Lahab lo derribó, se arrodilló sobre él y le golpeó una y otra vez. Entonces Umm al-Fadí agarró un poste de madera que a veces se empleaba para reforzar los mástiles de la tienda y lo precipitó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de su cuñado, separando la piel de la carne de su cráneo en una larga raja que nunca habría de sanar, "ahora que su amo se halla lejos y no puede protegerle." La herida se gangrenó y al cabo de una semana todo su cuerpo estaba cubierto de pústulas ulcerantes que le produjeron la muerte.

Cuando llegaron más noticias de la batalla y cuando los afligidos comenzaron a lamentar a los muertos en la Asamblea se tomó rápidamente una decisión en el sentido de que había que decir que se reprimieran. "Muhammad y sus Compañeros", se les dijo, "tendrán noticias de esto y se alegrarán." En cuanto a los parientes de los prisioneros, se les instó a que demorasen el envío de ofertas de rescate a Yathrib. Debido a la muerte de tantos hombres eminentes, el umayya Abu Sufyan se había convertido, a los ojos de muchos, en el principal hombre del Quraysh, y, como queriendo dar ejemplo, dijo respecto a sus dos hijos, Hanzalah y Amr, el uno muerto y el otro hecho prisionero: "¿Tengo que sufrir la doble pérdida de mi sangre y de mi hacienda? ¿Han matado a Hanzalah, y ahora tengo que rescatar a Amr? Que se quede con ellos. Que lo retengan el tiempo que quieran!"

La vehemente esposa de Abu Sufyan, Hind, no era la madre de ninguno de los dos, pero al principio de la batalla había perdido a su padre, Utbah, a su tío Shaybah y a su hermano Walid, y, aunque refrenó sus lamentos, juró que cuando el Quraysh se vengase en el ejército musulmán -como era su obligación-se comería crudo el hígado de Hamzah, que había matadoa su tío y dado el golpe de muerte a su padre.

Respecto al cargamento de la rica caravana que Abu Sufyan había traído intacto a la Meca, en la Asamblea se acordó que todos los beneficios se dedicarían al reclutamiento de un ejército tan grande y tan poderosamente equipado que aplastaría cualquier resistencia que

Yathrib pudiera presentarle, y esta vez las mujeres marcharían con los hombres para animarlos e incitarlos a superarse a sí mismos en proezas. También se acordó en el mismo sentido enviar emisarios a los numerosos aliados que tenían en toda Arabia, requiriéndoles para que se uniesen a su ataque, y dándoles lo que ellos pensaban que eran poderosas razones para considerar a los seguidores de la nueva religión como un enemigo comun.

Mientras que el precepto de la Asamblea sobre las lamentaciones fue respetado, la mayoría de los qurayshíes no tuvieron en cuenta lo que se había dicho acerca del pago de los rescates, y pronto hombres y mujeres de casi todos los clanes se encaminaron hacia Medina para llegar a un acuerdo con los apresadores y liberar a uno o más de sus parienes aliadós. Abu Sufyan mantuvo su palabra, pero durante la siguiente Peregrinación retuvo a uno de los peregrinos procedentes del oasis, un anciano de Aws, y dijo que no lo dejaría en libertad hasta que su hijo Amr le hubiera sido devuelto, y la familia del peregrino convenció al Profeta para que consintiese el intercambio.

Capítulo 45

Los cautivos

LOS cautivos llegaron a Medina con sus guardianes un día después de la llegada del Profeta. Sawdah, que una vez más había ido a visitar a Afra, se quedó asombrada al regresar y ver a su primo y cuñado Suhayl, el jefe de su clan, sentado en un rincón de la habitación con las manos atadas al cuello. La visión hizo resurgir sentimientos hacía mucho tiempo olvidados y por un momento le hizo olvidar todo lo que los había reemplazado. "¡Oh Abu Yazid!" protestó ella, "demasiado pronto te rendiste. Deberías haber tenido la muerte más noble." "¡Sawdah!" exclamó el Profeta, cuya presencia ella no había advertido. El tono de reprensión en su voz la devolvió inmediatamente, no sin un sentimiento de vergüenza, de su pasado preislámico a su presente islámico. Todavía había esperanzas de que Suhayl abrazara el Islam, y, ciertamente, el impacto de la teocracia ya floreciente y poderosa no podía dejar de impresionarle a él y a otros prisioneros. Pero el Profeta confiaba en que sus seguidores les inculcaran ideas islámicas y no paganas. Nuevamente se volvió hacia la arrepentida Sawdah: "¿Acaso fomentas la discordia contra Dios y su Enviado?"

La eminencia de Suhayl, al igual que la de Abu Sufyan, había quedado enormemente realzada por las muertes de tantos caudillos. Podía haberse esperado que su influencia trajese al Islam a muchos vacilantes de su propio clan y también a otros, pero su estancia en Medina fue abreviada porque los Baní Amir enviaron rápidamente a uno de su clan para que lo rescatase, y el hombre consintió en quedarse como rehén mientras su jefe volvía a la Meca para disponer el pago de la suma convenida.

Cada uno de los cautivos había sido compartido por tres o más de los combatientes, y el grupo de Ansar que poseía a Abbas se lo llevó al Profeta y dijeron: "¡Oh Enviado de Dios! Permítenos renunciar al rescate que nos es debido por el hijo de nuestra hermana." Al decir "hermana" se referían a Salma, la abuela del prisionero. Pero el Profeta dijo: "No perdonaréis ni un solo dirhem." Luego se volvió hacia su tío y le dijo: "Rescátate a ti mismo, Abbas, a tus dos sobrinos Aqil y Nawfal, y a tu aliado Utbah, porque tú eres un hombre rico." Abbas protestó: "Yo ya era musulmán, pero la gente me hizo partir con ellos a la expedición." El Profeta respondió: "En cuanto a tu Islam, Dios es el más sabio. Si lo que dices es verdad, Él te recompensará. Pero externamente has estado contra nosotros. Paga, pues, tu rescate." Abbas respondió que no tenía dinero, pero el Profeta dijo: "¿Dónde está entonces el dinero que dejaste con Umm al-Fadí? Vosotros dos estabais solos cuando le dijiste: «Si muriera, tanto es para Fadí, tanto para Abdallah, tanto para Qitam y tanto para Ubaydallah.»" Fue solamente entonces cuando la fe entró sinceramente en el corazón de Abbas. "Por Aquél que te envió con la verdad," dijo, "nadie conocía esto salvo ella y yo. Ahora sé que eres el Enviado de Dios." (Tab. 1344). Y aceptó pagar el rescate de sus dos sobrinos y de su confederado, así como el suyo propio.

Uno de los prisioneros que estaba alojado con el Profeta era su yerno Abu-l-As, cuyo hermano Amr llegó de la Meca con una suma de dinero eviada por Zaynab para liberarlo. Con el dinero le enviaba un collar de ónice que su madre le había dado el día de su boda. Cuando el Profeta vio el collar empalideció al reconocerlo de inmediato como el de Jadiyah. Profundamente emocionado, dijo a los que tenían una participación en el prisionero: "Si estimáis conveniente liberar a su marido cautivo y devolverle a ella el rescate, hacedlo." Se mostraron de acuerdo sin vacilar, el dinero y -el collar fueron devueltos junto con Abu-l-As. Se había esperado que abrazase el Islam mientras estaba en Medina, pero no lo hizo, y cuando partió para la Meca el Profeta le dijo que cuando estuviera de regreso enviase a Zaynab a Medina, cosa que no sin tristeza se comprometió a hacer. La Revelación había dejado claro que una mujer musulmana no

podía ser la esposa de un hombre pagano.

Abdallah ibn Yahsh tenía una participación en Walid, el hijo menor del ya fallecido Walid, antiguo jefe del Majzum. Los dos hermanos del joven, Jalid e Hisham, vinieron para rescatarlo. Abdallah no estaba dispuesto a aceptar menos de cuatrocientos dirhemes, y Jalid, el medio hermano del cautivo, no quería dar tanto, pero su hermano uterino Hisham se lo repro-chó diciendo: "Cierto, no es el hijo de tu madre", después de lo cual Jalid consintió. El Profeta, sin embargo, estaba contra la transacción y le dijo a -Abdallah que no debía pedirles menos que las famosas armas y armaduras de su padre. Jalid se negó una vez más, pero de nuevo Ilisham lo convenció, -y cuando hubieron traído la reliquia familiar a Medina se volvieron con su hermano nuevamente a la Meca. Pero en uno de los primeros altos del camino Walid se evadió de ellos y regresó a la Meca, donde fue a ver al Profeta, abrazó formalmente el Islam y le juró fidelidad. Sus hermanos lo siguieron de cerca, y cuando vieron lo que había sucedido, el airado Jalid le dijo: "¿Por qué no hiciste esto antes de ser rescatado y antes de que el tesoro del legado de nuestro padre hubiese abandonado nuestras manos? ¿Por qué no te hiciste seguidor de Muhammad entonces si ése era tu propóSito?" Walid respondió que él no era el tipo de hombre que dejaría al Quraysh decir de él: "Por cierto que no siguió a Muhammad sino para evitar el pago del rescate." Luego se volvió con sus hermanos a la Meca para traerse algunas de sus posesiones sin sospechar que fuesen a hacer nada contra él. Pero una vez allí lo encerraron con Ayyas y Salamah, los dos medio hermanos musulmanes de Abu Yahl, a los que Ikrimah, el hijo de Abu Yahl todavía tenía bajo guardia después de la muerte de su padre.. El Profeta a menudo solía invocar a Dios para que fuese posible la huida de los tres y de Hisham de Sahm y otros que estaban detenidos a la fuerza en la Meca.

Yubayr, el hijo de Mutim, vino a rescatar a su primo y a dos confederados, y el Profeta lo recibió afablemente. Le dijo que si Mutim hubiese estado vivo y hubiese venido a verle por los prisioneros se los habría entregado sin pagar rescate. Yubayr estaba impresionado por todo lo que veía en Medina, y una tarde, a la puesta del sol, desde fuera de la Mezquita escuchó la plegaria. El Profeta recitó la azora llamada *al-Tur,* el Monte, que advierte acerca del Juicio y del Infierno, y luego habla de las maravillas del Paraíso. Terminó con las palabras: *Fspera con paciencia el cumplimiento del decreto de tu Señor, porque en verdad tú estás de/ante de Nuestros ojos, y celebra la alabanza de tu Señor cuando te levantes, y glorifícalo por la noche y cuando se pongan las estrellas.* **(LII,** 48-49). "Fue entonces", dijo Yubayr, "cuando la fe arraigó en mi corazón." (B. LII, 25). Pero no escuchó todavía sus dictados porque estaba aún demasiado absorto en los pensamientos de la reciente muerte de su bienamado tío en Badr. Tuaymah, el hermano de Mutim, era uno de los que Hamzah había matado. Yubayr sentía que por honor tenía que vengar su muerte; así pues, temiendo~ que se debilitase su propósito, partió para la Meca tan pronto como hubo alcanzado un acuerdo sobre los rescates.

La mayoría de los rescatadores eran por lo menos corteses con el Profeta. Una excepción fue Ubayy de Yumah, el hermano de Umayyah y amigo íntimo de Uqbah, ambos muertos después de la batalla. Cuando se marchaba con su hijo rescatado dijo: "Oh, Muhammad! Tengo un caballo llamado Awd al que todos los días le doy de comer muchas medidas de grano. Cuando lo monte te daré muerte." "No," dijo el Profeta, "soy yo quien te dará muerte, si Dios quiere." (W. 251).

Mientras tanto en la Meca los dos sobrinos de Ubayy, Safwan y Umayr, hablaban con furiosa amargura sobre la pérdida irreparable causada al Quraysh por la muerte de los líderes que habían sido arrojados a la fosa en Badr. Safwan era hijo de Umayyah y era probable que se convirtiese en jefe de Yumah ahora que su padre había muerto. Su primo Umayr era el hombre que a caballo 'labia inspeccionado el ejército musulmán en Badr y estimado su fuerza. "Por Dios, no hay ningún bien en la vida ahora que ellos han partido", dijo Safwan. Umayr estaba de acuerdo y era más sincero que el otro. Su hijo era uno de los cautivos, pero él se encontraba demasiado endeudado para pagar el rescate y se sentía tan agobiado con su vida que estaba dispuesto a sacrificaría por la causa común. "Si no fuese por una deuda que no puedo pagar," dijo, "y una familia a la que temo dejar en la miseria, iría a donde está Muhammad y lo mataría."

"¡Sobre mi recaiga tu deuda!" dijo Safwan, "¡y considera tu familia como si fuese mía! Cuidaré de ellos mientras vivan. No les faltará nada de lo que yo pueda darles." Umayr aceptó inmediatamente su ofrecimiento y juraron mantenerlo en secreto entre ambos hasta que hubiesen logrado su objetivo. Luego Umayr afiló su espada, la untó de veneno y se puso en camino para Yathrib con el pretexto de ir a pagar el rescate de su hijo.

Cuando llegó a Medina baja, el Profeta estaba sentado en la Mezquita. Al ver a Umayr con la espada ceñida Omar le impidió entrar, pero el Profeta lo llamó para que dejase aproximarse al yumahi. Omar dijo entonces a algunos Ansar que estaban con él: "íd con el Enviado de Dios, sentaos con él y estad en guardia contra este villano, porque no es prudente fiarse de él." Umayr le deseó buen día un saludo pagano y el Profeta dijo: "Dios nos ha dado un saludo mejor que el tuyo, ¡oh Umayr! Es la Paz, el saludo de las gentes del Paraíso." Entonces le preguntó por qué había venido, y Umayr mencionó a su hijo como motivo. "¿Por qué entonces esa espada?" dijo el Profeta. "¡Dios maldiga las espadas!" dijo Umayr. "¿Nos han presta-do algún servicio?" "Dime la verdad," dijo el Profeta, "¿con qué fin has venido?" Y cuando Umayr insistió en el pretexto de su hijo, el Profeta repitió palabra por palabra la conversación que había tenido con Safwan. "Así pues Safwan se encargó de tu deuda y de tu familia", concluyó, "para que tú me matases; pero Dios se ha interpuesto entre este asunto y tú." "¿Quién te lo contó?" exclamó Umayr, "porque, por Dios, no había con nosotros un tercer hombre." "Gabriel me lo contó", dijo el Profeta. "Te llamábamos mentiroso", dijo Umayr, "cuando nos traías nuevas del Cielo. Pero la alabanza sea a Dios que me ha guiado al Islam. Doy testimonio de que no hay ningún dios sino Dios y de que Muhammad es el Enviado de Dios." El Profeta se volvió hacia algunos de los presentes y dijo: "Instruid a vuestro hermano en su religión, recitadle el Corán, y poned en libertad a su hijo prisionero." (I.S. IV, 147; 1.1.472-3).

Umayr deseaba vivamente regresar a la Meca para intentar llevar a otros al Islam, entre ellos a Safwan. El Profeta le dio permiso para marcharse e hizo muchos conversos, pero Safwan consideró que era un traidor y resueltamente se negó a hablarle o a tener nada que ver con él. Al cabo de unos meses Umayr volvió a Medina como Emigrante.

Cuando Abu-l-As regresó a la Meca le dijo a Zaynab que le había prometido a su padre enviarla a Medina. Estuvieron de acuerdo en que su hijita Umamah se iría con ella. Su hijo Ah había muerto en la infancia y Zaynab esperaba entonces un tercer hijo. Cuando todos los preparativos para el viaje estuvieron hechos, Abu-l-As envió con ellos como escolta a su hermano Kinanah. Habían mantenido en secreto sus planes, pero sin embargo se pusieron en camino a plena luz del día y se habló mucho de ello en la Meca, hasta que finalmente. algunos qurayshíes decidieron seguirlos y devolver a Zaynab al seno del clan de Abdu Shams, al cual pertenecía por matrimonio. Cuando estuvieron cerca de ellos, un hombre de Fihr, de nombre Habbar, se adelantó galopando y giró muy cerca alrededor de ellos blandiendo su lanza contra Zaynab, que estaba sentada con Umamah en la litera del camello, para acto seguido reunirse con los demás -que ya estaban pegados a ellos. Kinanah desmontó, cogió su arco, se arrodilló delante de ellos y vació su aljaba en el suelo ante él. "Que se acerque uno de vosotros," dijo, "y, por Dios, le meteré una flecha en el cuerpo." Los hombres retrocedieron cuando tensó el arco. Luego, después de una breve consulta, su jefe, Abu Sufyan, le dijo: "Fue un grave error sacar a la mujer públicamente sin hacer caso de la gente, cuando conocías el desastre que sobre nosotros se ha abatido y todo lo que Muhammad nos ha hecho. Se tomará como una señal de que hemos sido humillados y los hombres dirán que no es sino impotencia de nuestra parte. Por mi vida, no es nuestro deseo impedir que se encuentre con su padre, ni que eso nos sirva de venganza. Pero lleva a la mujer de vuelta a la Meca, y cuando se hayan aplacado las lenguas que por nuestra mansedumbre se agitan y se haya difundido la noticia de que salimos en pos de ella y de que la trajimos de nuevo, debía entonces salir secretamente para reunirse con su padre." Kinanah aceptó la propuesta y todos volvieron a la Meca. Poco después Zaynab tuvo un aborto que se atribuyó al susto que le había dado Habbar. Cuando se recuperó y cuando hubo pasado suficiente tiempo, Kinanah las sacó a ella y a su hija Umamah al amparo de la noche y las escoltó hasta el valle de Yayach, a unas ocho millas de la Meca. Allí se encontraron con Zayd, como previamente había sido dispuesto, y él las hizo llegar sin novedad a Medina.

Capítulo 46

Bani Qaynuqa

HACIA mucho tiempo que estaba claro que los judíos no consideraban que el pacto del Profeta fuese obligatorio para ellos, y que la mayoría de ellos antes prefería a los idólatras paganos que a los musulmanes adoradores del Dios Uno. Al mismo tiempo que afirmaban la piedad y honradez de algunos individuos de entre los judíos, las Revelaciones estaban ahora llenas de advertencias contra la mayoría. El Profeta y sus seguidores eran instados a tener precaución con ellos: *Harán todo cuanto puedan para causaros la ruina, y aman produciros aflicción. Su odio resulta evidente de lo que sale por sus bocas, y lo que sus pechos ocultan es todavía peor.* (III, 118).

No había duda de que las esperanzas de los judíos estaban puestas cada vez más en la propia tribu del Profeta como el principal medio de erradicar la nueva religión y así devolver al oasis de Yathrib la situación que había disfrutado en el pasado. Regularmente daban cuenta a la Meca de los movimientos del Profeta, y, si el Quraysh marchara contra el Profeta y llegara hasta las fortalezas judías situadas al sur de Medina, es decir, a más o menos medio día de jornada de su Mezquita, parecía seguro que el ejército mequí seria reforzado en el momento crucial por poderosos contingentes judíos.

Si os sobreviene algo bueno, les contraría, y si os sobreviene algún mal se alegran de ello. (III, 120). La reacción de los judíos ante la victoria de Badr lo demostró claramente. Cuando llegaron las noticias, las tribus de Qaynuqa, Nadir y Qurayzah fueron incapaces de ocultar su consternación. Particularmente llamativo fue el caso de Kaab, el hijo de Ashraf. Su padre era un árabe de la tribu de Tayy, pero Kaab se consideraba a sí mismo, a través de su madre, de los Bani Nadir, que lo aceptaban como uno de ellos aporque su madre era judía. De hecho se había convertido en uno de los miembros prominentes de la tribu, en parte debido a su riqueza y a su fuerte personalidad, y también porque era un poeta de cierta fama. Cuando oyó las noticias que Zayd y Abdallah trajeron, con los nombres de todos los destacados hombres del Quraysh que habían sido muertos, exclamó: "¡Por Dios!, si Muhammad ha matado a estos hombres, entonces el interior de la tierra es mejor que la superficie", y cuando tuvo la certeza de que las noticias eran verdaderas abandonó inmediatamente el oasis antes del regreso del Profeta y fue a la Meca, donde compuso una elegía por Abu Yahl, Utbah, Shaybah y otros de los caídos. Al mismo tiempo incitó al Quraysh a redimir su honor y a tomarse venganza reuniendo una cantidad invencible de tropas y dirigiéndolas contra Yathrib.

A Medina llegaron noticias de las actividades de Kaab, pero por el momento éste estaba fuera de alcance, y se requería una acción más inmediata contra una tribu judía que no era la suya. El Profeta estaba especialmente bien informado de la falsedad y odio de los Bani Qaynuqa, porque Abdallah ibn Sallam había sido uno de sus hombres principales y conocía bien sus maneras. Además, ellos eran los aliados del jazrachi Ibn Ubayy, líder de los hipócritas, y su presencia se dejaba sentir más que la de las otras tribus judías porque estaban asentados cerca de la misma ciudad, mientras que los Bani Nadir y los Qurayzah, los aliados de Aws, vivían a alguna distancia fuera de ella.

Recientemente el Profeta había recibido la orden: *Si temes la traición de algún pueblo, arrójales en términos de igualdad su tratado. Ciertamente Dios no ama a los traidores.* **(VITI,** 58). Pero la Revelación también decía: *Si se inclinan hacia la paz, inc/mate tú también hacia ella y confía en Dios.* **(VIII, 61).** Por lo tanto no deseaba emprender una acción irreversible si se podía

conseguir algo por medios más suaves, y uno de los primeros días después de su regreso de Badr fue a ver a los Bani Qaynuqa a su lugar de mercado en el sur de Medina. La reflexión sobre el milagro de Badr podría conducirles a un cambio en los corazones; así pues, el Profeta los amonestó para que no atrajeran sobre si la cólera de Dios, la cual acababa de abatirse sobre el Quraysh. "Oh Muhammad!" respondieron, "no te dejes engañar por ese encuentro, porque fue contra hombres que no tenían conocimiento de la guerra, y así conseguiste vencerlos. Pero, por Dios, si te hacemos la guerra sabrás que somos hombres a los que hay que temer." El Profeta dio media vuelta y los dejó, y por el momento se imaginaron que habían triunfado.

Unos pocos días después, en el mismo mercado, ocurrió un incidente que elevó la tensión al máximo: una mujer musulmana que había venido para vender o trocar algunas mercancías fue groseramente insultada por un orfebre judío. Un Ansar que se encontraba allí por casualidad acudió en defensa de la mujer y el ofensor resultó muerto en la lucha que se siguió, después de la cual los judíos cayeron sobre el musulmán y lo mataron. Su familia entonces exigió venganza y procedió a excitar a los Ansar contra los Qaynuqa. Pero la sangre había sido derramada por ambas partes, y el asunto podría haber sido zanjado fácilmente y reducido a sus verdaderas proporciones silos judíos, ajustándose al pacto, hubieran pedido el arbitraje del Profeta. Pero desdeñaron hacerlo y, decidiendo que había llegado el momento de dar uña lección a los intrusos, pidieron refuerzos a sus dos antiguos aliados de Jazrach, Ibn Ubayy y Ubadah ibn Samit, mientras que ellos mismos se retiraron por el momento, -según pensaban- a sus poderosamente fortificadas y bien abastecidas plazas fuertes. Podían reunir un ejército de setecientos hombres, lo cual era más del doble del ejército musulmán en Badr, y contaban por lo menos con otros tantos hombres de Ibn Ubayy y Ubadah. Cuando éstos aparecieron se propusieron sin duda salir de sus fortalezas y demostrar al Profeta que sus recientes amenazas no habían sido palabras vanas.

Pero en realidad esas amenazas habían sido su propia autocondena, y a las pocas horas veían con asombro y consternación cómo se encontraban bloqueados por todos lados por un ejército que les superaba en número y que exigía su rendición incondicional.

Ibn Ubayy fue a consultar con Ubadah, pero Ubadah mantenía obstinadamente que ningún tratado anterior podía ser opuesto al pacto, y renunció a toda responsabilidad por Qaynuqa. En cuanto a Ibn Ubayy, no estaba en su naturaleza cortar en un momento los vínculos que él tan a propósito había ido forjando a lo largo de los años entre unos aliados tan poderosos y él. Pero le era imposible ser ciego, como los judíos lo eran, a la devoción que en aquellos momentos le tenían al Profeta la mayoría de sus conciudadanos. Demasiado a menudo había saboreado la amargura de que sus otrora fieles seguidores le mostraran claramente que su fidelidad a él había pasado a tener para ellos mucho menos valor que otra fidelidad. Dos años antes, con la ayuda de los asediados desde su fortaleza, podría haber roto el bloqueo de un ejército mayor. Pero ahora sabia que, una vez que el Profeta había tomado medidas, él no podía hacer nada en contra suya. En consecuencia, los Bani Qaynuqa esperaron en vano detrás de sus almenas, y sus esperanzas se trocaron en desesperación a medida que fueron pasando los días sin ninguna señal de ayuda. Durante dos semanas resistieron, y luego se rindieron sin condiciones.

Ibn Ubayy se acercó entonces al campamento y abordando al Profeta le dijo: "¡Oh Muhammad! trata bien a mis confederados." El Profeta no le prestó atención y entonces, cuando la demanda fue repetida, el Profeta se apartó de él, en vista de lo cual Ibn Ubayy agarró al Profeta por la cota de malla, introduciendo su mano por el cuello de ésta. El rostro del Profeta enrojeció de ira. "Suéltame", dijo. "Por Dios, no lo haré", dijo Ibn Ubayy, "hasta que prometas que los tratarás bien. Cuatrocientos hombres sin malía y trescientos con malla me protegían de los rojos y de los negros. 1 ¿Los aniquilarás en una mañana?" "Te concedo sus vidas", dijo el Profeta. Pero la Revelación había ordenado respecto a quienes rompían los tratados con él: *Si los vences en la guerra, haz con ellos un escarmiento para quienes los siguen; quizás así presten atención.* **(VIII,** 57). Y habiendo decidido que los Bani Qaynuqa debían perder todas sus posesiones y exiliarse, le dijo a Ubadah que los escoltase fuera del oasis. Se refugiaron con una

colonia de parientes judíos al noreste de Wadi-l-Qura, y, con su ayuda, terminaron estableciéndose en los límites con Siria.

De oficio eran herreros, y los Emigrantes y los Ansar se enriquecieron grandemente con las armas y armaduras que se repartieron entre ellos después de que el Profeta hubiera tomado su quinto legal para si y para su estado teocrático.

Capítulo 47

Muertes y matrimonios

UNO de los primeros actos del Profeta de regreso de Badr había sido visitar la tumba de su hija Ruqayyah, y Fatimah fue con él. Era ésta la primera aflicción que habían sufrido en el círculo intimo de la familia desde la muerte de Jadiyah, y Fatimah estaba muy apenada por la pérdida de su hermana. Sus ojos derramaban copiosas lágrimas cuando se sentó junto a su padre al borde de la tumba de su hermana, y él la consoló y procuró secar sus lágrimas con el extremo de su manto. Con anterioridad el Profeta se había manifestado contra las lamentaciones por los muertos, pero esto había llevado a un mal entendido, y cuando regresaban del cementerio se escuchó la voz de Omar que se alzaba airada contra las mujeres que estaban llorando a los mártires de Badr y a Ruqayyah. "Omar, déjalas llorar", dijo el Profeta. Y luego añadió: "Lo que viene del corazón y del ojo, eso procede de Dios y Su Misericordia, pero lo que viene de la mano y de la lengua, eso es de Satanás." (I.S. VIII, 24). Al decir la mano se refería a los golpes en el pecho y al laceramiento de las mejillas, y mediante la lengua quería decir el vociferante clamor a que todas las mujeres se entregaban como una formalidad social.

Fatimah era la más joven de sus hijas; por aquella época tenía veinte años. El ya habiá hablado de Ah a su familia como el marido más adecuado para ella, aunque no había habido ningún contrato formal. Abu Bakr y Umar habían pedido ambos su mano, pero el Profeta les había quitado las ilusiones, no diciéndoles que ya estuviera prometida a otro sino señalando que tenía que esperar el momento designado por el Cielo. Fue solamente en las semanas que siguieron a su retorno de Badr cuando tuvo la certeza de que el momento había llegado y entonces dirigió a Ah palabras de ánimo con el deseo de que solicitase la mano de la muchacha. Ah, al principio, se mostró indeciso a causa de su extremada pobreza. No había heredado nada de su padre, porque la ley de la nueva religión prohibía a un creyente heredar de un incrédulo. Pero había adquirido una humilde morada cerca de la Mezquita, y puesto que no había duda sobre los deseos del Profeta, se dejó persuadir. Una vez hecho el contrato formal el Profeta insistió en la celebración de un banquete de bodas. Se sacrificó un carnero y algunos de los Ansar aportaron ofrendas de grano. Abu Salamah, primo del novio y de la novia, estaba deseoso de ayudar, tanto más cuanto que debía mucho al padre de Ah, que le había brindado protección contra Abu Yahl y otros miembros hostiles de su clan. Así pues, Umm Salamah fue con Aishah para preparar la casa para la pareja nupcial y cocinar la comida. Se trajo arena fina del lecho del río y fue derramada sobre el suelo de tierra de la casa. El tálamo nupcial era una piel de carnero y había un cobertor descolorido de tela listada del Yemen. Para que sirviera de almohada rellenaron un cojín de cuero con fibra de palma. Luego dispusieron dátiles e higos para que los invitados los comiesen además de la comida principal, y llenaron el pellejo del agua con agua perfumada. Hubo unanimidad en considerar este banquete de bodas como uno de los mejores ofrecidos en Medina en aquel tiempo.

Cuando el Profeta se retiró, como señal a los invitados para que dejasen solos a los recién casados, le dijo a Ah que no se aproximase a la novia hasta que él hubiera regresado, lo cual hizo poco después de haber partido el último invitado. Umm Ayman todavía estaba allí, ayudando a poner la casa en orden después de la celebración. El Profeta tuvo en su vida muchas relaciones especiales que no eran compartidas más que por él y la persona en cuestión. Una de éstas fue con Umm Ayman. Cuando él pidió permiso para entrar fue ella quien se acercó a la entrada. "¿Dónde está mi hermano?" dijo ella. "¿Quién es vuestro hermano?" "Ah, el hijo de Abu Talib", respondió. "¿Cómo puede ser él vuestro hermano," dijo ella, "cuando lo habéis casado con vuestra hija?" "El es lo que acabo de decir", respondió el Profeta, y le pidió que le

trajese agua, lo cual hizo. Habiendo tomado un trago se enjuagó la boca y escupió de nuevo el agua al vaso. Entonces, cuando Ah vino, le ordenó que se sentase delante de él, y tomando un poco del agua en su mano se la roció sobre los hombros, el pecho y los brazos. Luego llamó a Fatimah, que se acercó a él tropezándose con su manto por el temor y reverencia que sentía por su padre. Le hizo lo mismo que a Ah, e invocó bendiciones sobre ambos y sobre su descendencia. (I.S. VIII, 12-15).

En el año que siguió al retorno de Badr la familia de Omar sufrió dos pérdidas. La primera fue la muerte de su yerno Junays, el marido de su hija Hafsah. Había sido uno de los emigrados a Abisinia, y a su regreso había tenido lugar el matrimonio. Hafsah solamente tenía dieciocho años al enviudar. Era hermosa e inteligente por igual, habiendo aprendido como su padre a leer y escribir. Al ver que la muerte de Ruqayyah había dejado a Uthman tan desconsolado, Omar le ofreció a Hafsah en matrimonio.

Capítulo 48

Las Gentes del Banco

Parte de una de las largas columnatas de la Mezquita estaba reservada para los recién llegados que no tenían dónde vivir y carecían de medios de subsistencia. Eran conocidos como “las gentes del banco”, *Ahl as-Suffah*, a causa de un banco de piedra que había sido colocado allí para su provecho. Ya que la Mezquita era una prolongación de la propia morada del Profeta, él y los miembros de su casa se sentían especialmente responsables de este número creciente de refugiados empobrecido que vivían a su misma puerta, de cuya condición eran a diario testigos y que venían de uno en uno y de dos en dos desde todas las direcciones, arrastrados por el mensaje del Islam y las noticias sobre él y su comunidad, que por entonces habían alcanzado a las tribus de toda Arabia. La noticia de Badr dejó sentir sus efectos en este sentido. Así pues, los que vivían en las casas adyacentes a la Mezquita raramente podían comer su porción completa en cualquier comida. El Profeta decía: “ La comida de uno vale para dos, la comida de dos vale para cuatro, y la de cuatro vale para ocho”. (M. XXXVI, 176).

Del mismo modo que amaba los perfumes y la fragancia en general, era también sumamente sensible al más insignificante olor desagradable, especialmente en el aliento, en él y en los demás. Aishah decía que la primera cosa que hacía el Profeta al entrar en casa era coger su cepillo de dientes, que estaba hecho de madera de palmera verde. Cuando estaba de viaje podía confiar en que Abdallah ibn Masud siempre tenía uno a mano para él. Los Compañeros seguían su ejemplo en el uso del cepillo de dientes y también en enjuagarse la boca después de cada comida.

El hambre no afecta mucho a su extremada sensibilidad, la cual no siempre esperaba que fuese compartida por otros. Había ciertas clases de alimentos que la ley permitía y que él a sus compañeros a comer, pero que él mismo no tomaba; por ejemplo, los grandes lagartos, que eran muy comunes en Medina. A veces rechazaba un plato más por consideración a otros que a sí mismo. En una ocasión se le trajo un guiso como presente de uno de los Ansar, pero justo cuando estaba a punto de tomar un poco advirtió que tenía un fuerte olor a ajo y retiró la mano. Los que estaban con él hicieron lo mismo. “¿Qué sucede?” les dijo. “Retiraste tu mano,” contestaron, “por eso las retiramos nosotros también.” “Comed, en el nombre de Dios”, dijo el Profeta. “Converso íntimamente con alguien con quien vosotros no conversáis.” (I.S. 1/2, 110). Sabían que se refería al Arcángel. En aquella ocasión el plato había sido preparado y no tenía que ser desperdiciado. Sin embargo, el Profeta los disuadía en general de tomar alimentos que

estuviesen sobrecargados de ajo o cebolla, especialmente antes de ir a la Mezquita. (B. XCVI, 24)

Fatimah, antes de su matrimonio, había sido una especie de sirvienta de las gentes del banco. A pesar de los sacrificios que formaban parte de la vida diaria en la casa del Profeta, su vida después del matrimonio le pareció aún más rigurosa debido a una carencia que hasta entonces no había experimentado. Nunca había habido para ella escasez de manos dispuestas a ayudar. Además de su hermana, Umm Kulthum, Umm Ayman siempre había estado allí, dispuesta a hacer cuanto podía. Umm Sulaym había dado a su hijo de diez años, Anas, como criado al Profeta y Anas era mucho más diligente y atento de lo normal para su edad, mientras que su madre y Abu Talhah, su segundo marido, siempre estaban en un segundo plano, listos para ayudar. Ibn Masud se había vinculado al Profeta tan estrechamente que era casi uno más de la casa, y, recientemente, después de su regreso a la Meca, Abbas había enviado a su esclavo Abu Rafi al Profeta como obsequio. El Profeta lo había liberado, pero la libertad no había disminuido su disposición para servir. También estaba Jawlah, la viuda de Uthman ibn Mazun, que desde hacía mucho se consideraba como su criada. Pero ahora Fatimah no tenía a nadie que la ayudara en la casa. Para paliar su extremada pobreza Ali ganaba algún dinero extrayendo agua y haciendo de aguador, mientras que ella molía grano. “He molido hasta salirme ampollas en las manos”, le dijo a Ali un día. “Y a mí me duele el pecho de tanto sacar agua”, fue la respuesta de Ali, “Dios le ha dado a tu padre algunos cautivos, ve pues y pídele que te dé un criado.” No de muy buena gana fue ella a ver al Profeta, el cual dijo: “¿Qué te trae por aquí, hijita?” “He venido para darte saludos de paz”, contestó, y que, debido a su temor reverencial por él, no cobró ánimos para pedirle lo que quería. “¿Qué hiciste?” preguntó Ali cuando su mujer regresó con las manos vacías. “Tuve vergüenza de pedírselo”, dijo ella. Así pues, los dos juntos fueron a ver al Profeta, a quien, sin embargo, le pareció que estaban menos necesitados que otros. “No voy a daros a vosotros,” dijo, “y a dejar que las gentes del banco estén atormentadas por el hambre; No tengo suficiente para mantenerlos, pero gastaré en ellos lo que pueda venir de la venta de los cautivos.”

Volvieron a casa algo decepcionados; pero aquella noche, ya acostados, oyeron la voz del Profeta pidiendo permiso para entrar. Ambos se incorporaron dándole la bienvenida, pero él les dijo: “Seguid donde estáis”, y se sentó a su lado. “¿Queréis que os hable de algo que es mejor que lo que me pedisteis?” dijo, y, cuando le respondieron que sí, prosiguió: “Palabras que Gabriel me enseño. Que debéis decir *Gloria a Dios* diez veces después de cada plegaria, y diez veces *Alabado sea Dios,* y diez veces *Dios es el más grande*. Y cuando os vayáis a la cama debéis repetirlas treinta y tres veces cada una.” Ali solía decir años después: “Ni una sola vez dejé de recitarlos desde que el Enviado de Dios nos las enseñó.” (I.S. VIII, 16).

Su casa no estaba muy lejos de la Mezquita, pero al Profeta le habría gustado que su hija estuviera todavía más cerca de él, y algunos meses después del matrimonio, Harithah de Jazrach, un pariente lejano del Profeta, fue a verle y le dijo: “¡Oh Enviado de Dios! He oído que de buen grado querríais tener a Fatimah más cerca. Mi casa es la más próxima de todas las moradas de los hijos de Nayyar, y tuya es. Mis bienes y mi persona son para Dios y para Su Enviado, y me es más querido lo que tomes de mi que lo que me dejes.” El Profeta lo bendijo y aceptó su donación, y llevó, pues, a su hija y a su yerno a vivir como sus vecinos.

El Profeta se alegró hondamente con la generosidad de Harithah, tanto como con los muchos actos de generosidad que se llevaron a cabo en Medina. Uno de éstos, sin embargo, estuvo lleno de una cierta decepción. El Profeta tenía una opinión elevada de Abu Lubabah de Aws, y, de camino hacia Badr, lo había enviado de vuelta desde Rawha para que estuviese al frente de Medina durante su ausencia. Más tarde, aquel mismo año, un huérfano bajo la tutela de Abu Lubabah acudió ante el Profeta y reclamó la propiedad de una feraz palmera que, según decía, se había apropiado indebidamente su tutor. Enviaron por Abu Lubabah, quien dijo que la palmera le pertenecía a él, como era en efecto. Muhámmad escuchó el caso y falló en favor del tutor y contra el huérfano, que quedó profundamente afligido por la pérdida del árbol que siempre había considerado suyo. Al ver esto, el Profeta pidió que le regalasen a él la palmera, con la

intención de dársela él a su vez al huérfano, pero Abu Lubabah rehusó. “¡Oh Abu Lubabah!” dijo el Profeta, “dásela entonces tú al huérfano, y tendrás una igual en el Paraíso.” Pero el sentido de justicia legal de Abu Lubabah había sido excitado demasiado por todo el asunto como para asentir ahora, y de nuevo se negó, en vista de lo cual otro de los Ansar, Thabit ibn al-Dahdahah, le dijo al Profeta: “¡Oh Enviado de Dios! Si compro la palmera y se la doy al huérfano, ¿tendré una como ella en el Paraíso?” “Por cierto que sí”, fue la respuesta. Se dirigió, pues, a Abu Lubabah y le ofreció un palmar por un solo árbol. La oferta fue aceptada, e Ibn al-Dahdahah regaló la palmera al huérfano. (W. 505). El Profeta se alegró mucho por él, pero quedó hondamente entristecido a causa de Abu Lubabah.

Capítulo 49

Guerra intermitente

UN importante resultado secundario de Badr y de las expediciones que la precedieron fue que Yuhaynah y las otras tribus cercanas al Mar Rojo se convirtieran en firmes aliados de Medina. Esto significaba que la ruta costera hacia Siria quedaba virtualmente excluida a las caravanas de la Meca, y esto hizo que se plantease la pregunta: ¿No sería posible reducir aún más el poder del Quraysh obstaculizándole el acceso hacia el norte por el este del mismo modo que por el oeste? Este peligro latente de ninguna manera había escapado a la atención del Quraysh, que ya había dado algunos pasos encaminados al fortalecimiento de sus alianzas con Sulaym y Gatafan, a través de cuyo territorio tenían que pasar las caravanas si tomaban la ruta nororiental hacia la cabecera del golfo Pérsico y de allí hacia el Iraq. Estas tribus vivían en la gran llanura de Nachd al este de la Meca y Medina. Las caravanas de la Meca hacían su séptima parada en mitad de la fértil región que ocupaba Sulaym, y esta tribu en particular estaba siendo incitada por el Quraysh para que no desperdiciara ninguna ocasión de asolar las inmediaciones de Yathrib siempre que las viese vulnerables.

Durante los meses siguientes, el Profeta fue advertido de tres incursiones proyectadas sobre los límites orientales del oasis, dos por Sulaym y una por Gatafan. En cada caso se les anticipó penetrando inmediatamente en su territorio, y en cada caso tuvieron noticias de su aproximación y desaparecieron antes de que el Profeta alcanzara el lugar donde se habían reunido. Pero una de estas expediciones, sin embargo, se saldó con un notable éxito. Fue contra las tribus gatafanies de Thalabah y Muharib, y en esta ocasión el Profeta decidió seguir a los esquivos beduinos hasta sus medio ocultas fortalezas en las colinas del norte de Nachd, con la ayuda de un hombre de Thalabah que abrazó el Islam y ofreció sus servicios como guía. Desde el llano ascendieron al territorio de los Muharib, y un repentino chaparrón dejó empapados a algunos de los hombres, incluido el Profeta, antes de haber podido cobijarse. El Profeta se apartó un poco de los otros, se quitó las dos prendas mojadas y las colgó de un árbol para que se secasen, mientras que él se echó debajo del árbol y pronto fue vencido por el sueño. Pero todos los movimientos de la partida y los suyos en particular habían sido observados por multitud de ojos invisibles, y cuando se despertó encontró un hombre de pie, junto a él, con la espada desenvainada. No era otro que Duthur, el jefe de Muharib, que había sido en gran parte responsable de la preparación de la proyectada incursión que le habían anunciado al Profeta. "¡Oh Muhámmad!", dijo, "¿Hoy quién te protegerá de mí?" "Dios" respondió el Profeta, después de lo cual Gabriel, vestido todo de blanco, apareció entre ambos y, poniendo su mano en el pecho del hombre, lo empujó hacia atrás. Se le cayó la espada y el Profeta se hizo con ella. Gabriel desapareció de la visión de Duthur y éste comprendió que había visto a un ángel. "¿Quién te protegerá de mí?" dijo el Profeta. "Nadie", respondió Duthur. "Atestiguo que no hay más dios que Dios, y que Muhámmad es el Enviado de Dios." El Profeta le devolvió su espada, lo cual conmovió mucho al hombre. Se fueron juntos hacia el campamento y Duthur fue instruido en la religión. Luego volvió con su gente y comenzó a llamarlos al Islam.

Para cuando el ejército hubo regresado del Nachd, Kaab ibn al-Ashraf había dejado la Meca y había vuelto a su fortaleza entre los Baní Nadir, no lejos de los alrededores de Medina. Además de sus poemas, en los que incitaba al Quraysh a tomar venganza por Badr, escribió otros satirizando al Profeta y a sus compañeros, y entre los árabes un poeta de talento equivalía a toda una multitud de hombres, porque sus versos se repetían de boca en boca. Si era bueno, entonces era un poder para el bien; si malo, un poder para el mal que había que suprimir a cualquier precio.

El Profeta le pidió a Dios: "¡Oh Señor! Líbrame del hijo de al-Ashraf de la forma que desees, por el mal que dice y por los poemas que recita." Entonces dijo a quienes estaban presentes: "¿Quién actuará en mi nombre contra el hijo de al-Ashraf, porque me ha inferido gran

injuria?" El primero en ofrecerse fue un hombre de Aws, Muhámmad ibn Maslamah, del clan de Saad ibn Muadh. El Profeta le dijo que consultase a Saad, y se presentaron otros cuatro voluntarios. Pero comprendieron que nada podría lograrse sin engaño y mentiras, y sabían que para el Profeta mentir era aborrecible. Fueron pues a hablarle y le dijeron lo que pensaban. Él les dijo que eran libres de decir cualquier cosa que sirviese para su propósito, porque en la guerra era legítimo el engaño, constituyendo una parte de su estrategia, y Kaab les había declarado la guerra.

Kaab fue atraído fuera de su fortaleza con engaño, y luego fue asesinado. Llenos de indignación y de pánico los judíos de Nadir fueron a ver al Profeta y se quejaron de que uno de sus jefes había sido asesinado a traición y sin causa justificada. El Profeta sabía bien que la mayoría de ellos eran tan hostiles al Islam como Kaab lo había sido, y con gran decepción había llegado a aceptarlo. Pero resultaba vital hacerles ver que si los pensamientos hostiles eran tolerables, la acción hostil no lo era. "Si hubiese permanecido como otros de opinión semejante permanecen", dijo, "no habría sido asesinado con mañas. Pero él nos hizo daño y escribió poesía contra nosotros, y ninguno de vosotros hará esto sin que sea ajusticiado." (W. 192). Luego les invitó al establecimiento de un tratado especial con él además del pacto, lo cual hicieron.

Capítulo 50

Preparativos para la batalla

LOS mequies sentían intensamente la pérdida de la ruta del Mar Rojo. Una de las desventajas de la única alternativa que les quedaba era que en la llanura de Nachd los pozos estaban relativamente alejados entre sí. Pero ahora que los meses de estío estaban a punto de terminar, el viaje podía realizarse fácilmente añadiendo más camellos aguadores. Así pues, decidieron enviar una rica caravana al Iraq, bajo la dirección de Safwan, consistente principalmente en lingotes de plata y vasos del mismo metal, todo ello valorado en unos cien mil dirhemes. Algunos judíos de Medina tenían información secreta sobre la caravana y uno de los Ansar les oyó por casualidad hablando de ello. El Profeta sabía que Zayd tenía dotes de mando y lo puso a la cabeza de cien jinetes para interceptar el paso a la caravana cerca de Qaradah, que era una de las principales aguadas de la ruta. La fuerza relativamente pequeña y, por tanto, más manejable de que disponía Zayd le permitió poner en práctica todos los elementos esenciales de una emboscada efectiva. Su ataque repentino, feroz e inesperado puso en fuga a Safwan y sus compañeros, mientras que Zayd y sus hombres regresaron triunfantes a Medina, convertidos en la escolta de todos los camellos de carga mequies con su preciosa mercancía de plata y otros productos y con algunos cautivos.

En la Meca el desastre de Qaradah intensificó y aceleró los preparativos que se habían venido realizando desde Badr para un ataque irresistible sobre Medina. Pasó el mes sagrado de Rayab y, con él, el solsticio de invierno y el año 625 de la era cristiana. Fue en el mes siguiente cuando tuvo lugar el matrimonio de Hafsah. Luego vino Ramadán, y en este mes de ayuno, para alegría de todos los creyentes, Fatimah dio a luz un hijo. El Profeta pronunció las palabras de la llamada a la plegaria en el oído del recién nacido y le dio el nombre de al-Hasan, que significa "el hermoso". Vino la luna llena, y uno o dos días después fue el aniversario de Badr, y en los últimos días del mes un jinete que había cabalgado de la Meca a Medina durante tres días le trajo al Profeta una carta sellada. Era de su tío Abbas, advirtiéndole que un ejército de tres mil hombres estaba a punto de ponerse en marcha hacia Medina. Setecientos de los combatientes llevaban malla, y había una tropa de doscientos hombres de a caballo. Los camellos eran tan numerosos como los hombres, sin contar los camellos de carga y los que portaban las literas para las mujeres.

Para cuando la carta llegó el Quraysh ya se había puesto en marcha. Abu Sufyan, el comandante en jefe, llevaba consigo a Hind y también a una segunda esposa. Salwan llevaba también a dos esposas, otros jefes solamente una. Yubayr, el hijo de Mutim se quedó en la Meca, pero envió con el ejército a un esclavo suyo abisinio llamado Wahshi que era, al igual que muchos de sus paisanos, un experto en el lanzamiento de la jabalina. Se sabía que Wahshi raras veces había errado el blanco, y Yubayr le dijo: "Si matas a Hamzah, el tío de Muhámmad, como venganza mía, eres un hombre libre." Hind se enteró de esto, y durante las paradas, siempre que pasaba junto a Wahshi en el campamento o lo veía pasar por su lado, le decía:

"¡A ello!, ¡oh padre de la oscuridad, apaga y luego relámete!" Hind ya le había dejado claro que —al igual que su amo— ella también tenía una sed que apagar y una recompensa para quien la apagase.

Los Emigrados y los Ansar disponían todavía de una semana antes de que el enemigo estuviese sobre ellos; pero durante ese tiempo había que hacer sitio dentro de los muros de Medina para todos los que vivían en las partes distantes del oasis junto con sus animales. Se hizo esto y ni un solo caballo, camello, vaca, oveja o cabra se quedó fuera de las murallas. Quedaba por ver cuál seria el plan de acción de los mequies. Llegaron noticias de que estaban tomando la ruta occidental cerca de la costa. A su debido tiempo se desviaron hacia el interior e hicieron una breve parada a unas cinco millas al oeste de Medina. Luego marcharon en dirección

noreste durante unas pocas millas y acamparon en una franja de tierra cultivada en el llano situado bajo el Monte Uhud, que domina Medina desde el norte.

El Profeta envió exploradores, que regresaron a la mañana siguiente con la información de que el número de los enemigos era ciertamente el que se decía en la carta. El Quraysh llevaba consigo un centenar de hombres de Thaqif y también contingentes de Kinanah y otros aliados. Los más de tres mil camellos y los doscientos caballos se estaban comiendo todo el pasto y todas las cosechas aún sin recoger al norte de la ciudad, y pronto no quedaría ni una brizna de hierba. El ejército no mostraba señales de estar preparado para una acción inmediata. Sin embargo, la ciudad estuvo rigurosamente vigilada aquella noche, y los dos Saad de Aws y Jazrach, es decir, Ibn Muadh e Ibn Ubadah, insistieron en mantenerse vigilando fuera de la puerta del Profeta, y con ellos estuvo Usayd y una aguerrida guardia personal.

El Profeta estaba todavía desarmado. Pero soñó que llevaba una cota de malla impenetrable y que montaba sobre un carnero. Llevaba la espada en la mano y advertía en ella una mella, y veía algunas vacas que sabia que eran suyas y que eran sacrificadas ante sus ojos.

A la mañana siguiente contó a sus Compañeros lo que había visto, y lo interpretó diciendo: "La cota de malla impenetrable es Medina y la mella de mi espada es un golpe que se lanzará contra mí; las vacas sacrificadas son algunos de mis Compañeros que serán muertos, y en cuanto al carnero sobre el que monta es el jefe de su escuadrón a quien, si Dios quiere, daremos muerte." (W. 209).

Su primer pensamiento fue no salir de la ciudad, sino aguantar un asedio dentro de sus murallas. Deseaba, sin embargo, que otros le confirmasen en su idea, porque de ninguna manera se trataba de una convicción. Dispuso, pues, una consulta sobre si debían salir de la ciudad o no. Ibn Ubayy fue el primero en hablar: "Nuestra ciudad", dijo, "es una virgen que nunca ha sido violada contra nosotros. Nunca hemos salido de ella para atacar al enemigo sin que no hayamos sufrido numerosas pérdidas, y nadie ha penetrado en ella frente a nosotros sin que hayan sido ellos los que han padecido las pérdidas. Por lo tanto, déjalos donde están, oh Enviado de Dios. Desdichada será su situación mientras se queden, y cuando regresen retornarán abatidos y con su objetivo frustrado, sin haber ganado nada bueno".

Un elevado número de los Compañeros más antiguos, tanto de los Emigrados como de los Ansar, se inclinaban por la opinión de Ibn Ubayy. En consecuencia, dijo el Profeta: "Permaneced en Medina, y guardad a las mujeres y a los niños en las fortalezas." Solamente cuando hubo pronunciado estas palabras se hizo aparente que la mayoría de los hombres más jóvenes ardían de impaciencia por salir a combatir contra el enemigo. "Oh Enviado de Dios," dijo uno de ellos, guía nuestro avance contra el enemigo. Que no piensen que les tememos o que somos demasiado débiles para ellos." Estas palabras fueron recibidas con un murmullo de aprobación procedente de diferentes partes de la asamblea, y otros vinieron a decir lo mismo, añadiendo el argumento de que su inactividad y el no tomar represalias por los cultivos devastados solamente serviría para envalentonar al Quraysh contra ellos en el futuro, por no hablar de las tribus del Nachd. Hamzah, Saad ibn Ubadah y otros de los más experimentados comenzaron entonces a inclinarse hacia este parecer. "En Badr", dijo uno de ellos, "no contabas sino con trescientos hombres, y Dios te dio la superioridad sobre ellos. Y ahora somos muchos y hemos estado poniendo nuestra esperanza en esta ocasión y pidiendo a Dios por ello, y Él nos la ha traído a nuestra misma puerta." (W. 210-11). Entonces se levantó para hablar uno de los más ancianos allí presentes, un hombre de Aws llamado Jaythamah. Repitió muchos de los argumentos que ya se habían escuchado contra permanecer a la defensiva. Luego habló sobre un asunto más personal. Su hijo Saad era uno de los pocos musulmanes que había perdido la vida en Badr. "Anoche, en sueños," dijo, vi a mi hijo. Su aspecto era de lo más hermoso, y yo presencié cómo le eran satisfechos todos sus deseos entre los frutos y ríos del Jardín. Y él decía: "Ven con nosotros y sé nuestro compañero en el Paraíso. He visto que era cierto todo lo que mi Señor me prometió". Y yo soy anciano y anhelo encontrarme con mi Señor; pide, pues, Enviado de Dios, para que Él me conceda el martirio y la compañía de Saad en el Paraíso." (W.

212-13). El Profeta hizo una plegaria por Jaythamah, sin duda en voz baja, porque no se han conservado las palabras. Luego se levantó para hablar otro de los Ansar, esta vez un hombre del Jazrach, Malik ibn Sinan. "¡Oh Enviado de Dios!", dijo, "tenemos ante nosotros dos cosas buenas por igual: o bien Dios nos concede la superioridad sobre ellos y eso es lo que obtendríamos o por el contrario nos da el martirio. No me importa cuál de las dos cosas pueda ser, porque por cierto que en ambas hay bien." (Ibíd.). Ahora estaba claro, no sólo por las palabras pronunciadas sino también por la aprobación general con que habían sido acogidas, que la mayoría estaba contra quedarse detrás de las murallas, y el Profeta decidió atacar. A mediodía se reunieron para la plegaria del viernes y el tema de su "jutbah" (sermón) fue la Guerra Santa y todo lo que requería de seriedad y esfuerzo, y dijo que la victoria sería de ellos si se mantenían resueltos. Luego les ordenó que se prepararan para enfrentarse al enemigo.

Después de la plegaria dos hombres esperaron atrás para hablar con el Profeta, cada uno con una decisión urgente que tomar. Uno de ellos era Hanzalah, hijo de Abu Amir —el supuesto abrahámico—, que se encontraba entonces sin que su hijo lo supiera en el campamento enemigo bajo Uhud. Era el día de las bodas de Hanzalah —un día que había sido elegido con varias semanas de anticipación—. Estaba prometido a su prima Yamilah, la hija de Ibn Ubayy, y se hallaba poco dispuesto a retrasar el matrimonio, aunque estaba determinado a luchar. El Profeta le dijo que celebrase la boda y que pasase la noche en Medina. No podría haber ninguna lucha antes de la salida del sol, y Hanzalah tendría tiempo suficiente para reunirse con él a la mañana siguiente en el campo de batalla. Preguntando podría averiguar qué camino había tomado el ejército.

El otro hombre era Abdallah ibn Amr, de los Bani Salimah, uno de los clanes del Jazrach. Era él quien apenas tres años antes había salido hacia la peregrinación como pagano y había abrazado el Islam en el valle de Mina, donde había prestado obediencia al Profeta en el segundo Aqabah. Y ahora, dos o tres noches antes, Abdallah había tenido un sueño semejante al que Jaythamah había relatado en la asamblea. Un hombre al que había reconocido como un Ansar llamado Mubashshir se le había aparecido en el sueño y le había dicho: "Unos pocos días, y estarás con nosotros." "¿Y dónde estás tú?" dijo Abdallah. "En el Paraíso", contestó Mubashshir. "Allí hacemos todo lo que nos agrada hacer." "¿No fuiste tú muerto en Badr?" "Eso es", dijo Mubashshir, "pero luego fui devuelto a la vida." "Padre de Yabir", le dijo el Profeta a Abdallah cuando le contó el sueño, "eso es el martirio." (W. 266).

Abdallah en el fondo lo sabía, pero deseó sin embargo que el Profeta se lo confirmase. Luego se fue a casa para prepararse para la guerra y despedirse de sus hijos. Su mujer había muerto hacía poco, dejándole un hijo, Yabir, apenas en la edad viril, y siete hijas mucho más jóvenes que el hermano. Yabir ya había regresado de la Mezquita y estaba ocupado con sus armas y armadura. No habiendo estado presente en Badr, estaba enormemente ilusionado por salir con el Profeta en esta ocasión. Pero su padre tenía otros pensamientos. "Hijo mío," dijo Abdallah, "no conviene que las dejemos" —se refería a sus hijas— "sin ningún hombre. Son jóvenes e indefensas, temo por ellas. Pero yo me iré con el Enviado de Dios, quizás para conseguir el martirio si Dios me lo da, y las dejo a tu cuidado."

Todos se reunieron de nuevo para la plegaria de la tarde y para ese momento los hombres de Medina alta se habían juntado y estaban presentes en la Mezquita. Después de la plegaria el Profeta se llevó consigo a Abu Bakr y a Omar a su casa y le ayudaron a vestirse para la batalla. Los hombres se alinearon afuera, y Saad ibn Muadh y sus compañeros de clan les reprendieron diciendo: "Habéis obligado al Enviado de Dios a salir contra su voluntad, a pesar de la orden que le vino del Cielo. Poned la decisión de nuevo en sus manos y dejadle decidir otra vez." Cuando el Profeta salió había enrollado su turbante alrededor del casco y se había puesto el peto, bajo el cual llevaba una cota de malla sujeta con un cinto de cuero. Además se había ceñido la espada y colgado el escudo a la espalda. En aquellos momentos eran muchos los hombres que lamentaban el rumbo que habían tomado, y tan pronto como apareció le dijeron: "¡Oh Enviado de Dios! No tenemos que oponernos a ti en nada, haz pues lo que te parezca mejor." Pero él les respondió diciendo: "No es propio de un Profeta, cuando se ha puesto su

armadura, quitársela hasta que Dios haya juzgado entré él y sus enemigos. En consecuencia, prestad atención a lo que os ordene y hacedlo, y avanzad en el Nombre de Dios. La victoria será vuestra, si sois constantes." (W. 214). Luego pidió tres lanzas y les ató tres estandartes. El estandarte de Aws se lo dio a Usayd, el de Jazrach a Hubab, que le había aconsejado sobre los pozos en Badr, y el de los Emigrados a Musab. De nuevo volvió a designar al ciego Abdallah ibn Umm Maktum para que dirigiese las plegarias en su ausencia. Luego montó en su caballo Sakbv[i] y pidió su arco, que colgó del hombro, llevando en la mano una lanza. Ningún otro hombre iba montado. Los dos Saad marchaban delante de él, y había hombres a cada lado. En total eran alrededor de un millar.

Capítulo 51

La marcha hacia Uhud

EL sol ya estaba en el ocaso cuando llegaron a Shayjayn, a mitad de camino entre Medina y Uhud. Bilal hizo la llamada a la plegaria e hicieron la plegaria, después de lo cual el Profeta revisó sus tropas. Fue entonces cuando advirtió la presencia de ocho muchachos que, a pesar de su edad, estaban deseando tomar parte en la batalla. Entre ellos se encontraban Usamah, el hijo de Zayd, y el hijo de Omar, Abdallah, ambos de sólo trece años de edad. El Profeta les ordenó a todos ellos que regresaran inmediatamente a casa. Protestaron los muchachos, y uno de los Ansar aseguró al Profeta que el quinceañero Rafi, del clan awsi de Harithah, era mejor arquero que muchos de sus mayores. A Rafi se le dejó, pues, quedarse, y ante esto, Samurah, un huérfano de una de las tribus de Nachd, cuya madre se había casado con un Ansar del clan de Rafi, afirmó que en la lucha podría derribar a Rafi. El Profeta pidió a los dos muchachos que le mostraran lo que podían hacer, y allí mismo ambos empezaron a pelearse. Samurah demostró que lo que había dicho era cierto, y también a él se le permitió quedarse mientras que los otros fueron enviados de vuelta con sus familias.

Los mequies esperaban que los musulmanes saldrían a luchar contra ellos y de ese modo estarían en disposición de emplear su mayor fuerza en condiciones más ventajosas y en particular la caballería. El Profeta sabía esto, y habiendo, sin embargo, decidido abandonar la ciudad, estaba resuelto a equilibrar la diferencia de número tomando una posición que le fuese favorable y que al mismo tiempo fuese inesperada y que, por tanto, desconcertase al enemigo. Pero para este fin necesitaría un guía; hizo entonces algunas pesquisas, y, como quiera que tenían que atravesar el territorio de los Bani Harithah aceptó los servicios que ofreció un miembro de ese clan que conocía a la perfección la configuración del terreno.

En Medina aquella noche Hanzalah y Yamila habían consumado su matrimonio, y mientras dormían, a altas horas de la noche, Yamilah tuvo un sueño en el que veía a su marido de pie fuera del Paraíso; una puerta se abría para él y entraba por ella, cerrándose entonces detrás suyo. Cuando ella se despertó, se dijo: “Esto es el martirio.” Realizaron sus abluciones e hicieron juntos la plegaria del alba, después de lo cual él se despidió de Yamilah. Pero ella lo abrazó y no quería dejarle marchar. Hanzalah volvió a yacer con ella y después se arrancó de su abrazo, y sin ni siquiera darse tiempo para repetir la ablución se puso su cota de malla, cogió sus armas y se apresuró a salir de la casa.” (W. 273).

El Profeta había dado instrucciones para que el ejército estuviese listo para partir de Shayjayn poco antes del alba. Pero Ibn Ubayy había tenido consultas con algunos de sus más próximos seguidores durante la noche y cuando llegó el momento de levantar el campamento se volvió a Medina con trescientos hipócritas y escépticos, para gran vergüenza de su hijo Abdallah, que se quedó con el ejército. Ibn Ubayy ni siquiera habló con el Profeta, y cuando le interrogaron algunos Ansar, dijo: “Me ha desobedecido, y ha obedecido a los niñatos y a los hombres sin juicio. No veo por que debemos perder nuestras vidas en este lugar mal elegido.” Otro Abdallah, el padre de Yabir, salió en pos de ellos y les gritó: “Por Dios os suplico que no abandonéis a vuestro pueblo y a vuestro Profeta ante la misma presencia del enemigo.” Pero su única respuesta fue: “Si supiéramos que fuerais a combatir no os abandonaríamos. Pero no creemos que vaya a haber una batalla.” “Enemigos de Dios,” replicó, “Dios le será al Profeta de mucho más provecho que vosotros.”

Reducido ahora a setecientos hombres, el ejército avanzó a una corta distancia hacia el enemigo y luego, aún bajo el manto de la oscuridad, se movieron hacia la derecha y avanzaron por una extensión volcánica hasta que llegaron al extremo suroriental de la garganta de Uhud.

Volviéndose de nuevo se dirigieron hacia el noroeste garganta arriba hasta que, en la penumbra del amanecer, vieron el campamento mequí delante de ellos, un poco a su izquierda y por debajo. Siguieron marchando hasta que estuvieron justo entre el enemigo y Uhud. Habiendo entonces alcanzado su objetivo, que era tener a su favor la ladera de la montaña, el Profeta hizo que se detuvieran y desmontó. Bilal hizo la llamada a la plegaria de la mañana, y se alinearon dando la espalda a la montaña. Esta era también su formación de batalla, pues el enemigo estaba en esos momentos entre ellos y la Meca. Después de dirigir la plegaria, el Profeta se volvió y los exhortó diciendo:

"Verdaderamente hoy estáis en una posición rica en recompensa y en tesoro, para el que es consciente de lo que tiene entre manos y que a ello dedica su alma con paciencia y certeza, con seriedad y esfuerzo." (W. 22). Cuando hubo terminado, Hanzalah avanzó para saludarlo, porque acababa de llegar de Medina.

El Profeta eligió entonces sus mejores arqueros. De éstos dejó consigo a Zayd, Saad, su primo Zuhrah y Saib el hijo de Uthman ibn Mazun entre otros; pero a cincuenta les dijo que ocupasen su posición en una elevación un poco a la izquierda de la fuerza principal. Al frente de ellos puso a Abdallah ibn Yubayr, un hombre de Aws, y les dio las siguientes órdenes:

"¡Mantened a su caballería con vuestras flechas lejos de nosotros! No dejéis que caigan sobre nosotros por la retaguardia. ¡Esté la suerte de la batalla a nuestro favor o a nuestra contra, no os mováis de este puesto! Si nos veis saqueando al enemigo, no busquéis participar en ello, y si veis que nos están dando muerte, no acudáis en nuestro socorro." (I.I.560).

Después de ponerse otra cota de malla empuñó una espada y la blandió diciendo: "¿Quién tomará esta espada, juntamente con su derecho?" Zubayr dijo que él lo haría, pero el Profeta una vez más se apartó, repitiendo su pregunta por tercera vez. "¿Cuál es su derecho, Enviado de Dios?" dijo Abu Duyanah, un hombre de Jazrach. "Su derecho", dijo el Profeta, "es que con ella debes golpear al enemigo hasta que se doble." "Yo la tomaré, junto con su derecho", respondió él, y el Profeta se la dio. Él era un valiente que se gloriaba en las batallas. Su turbante rojo era de todos conocido, llamándole los Jazrach el turbante de la muerte. Cuando se lo ponía, como hizo entonces atándoselo alrededor del casco, sabían que quería decir que iba a causar gran matanza en las filas del enemigo, y nadie podía dudar que ésta era su firme intención cuando espada en mano se pavoneaba entre las filas del ejército de un lado para otro. Al verlo, el Profeta dijo: "Ése es el modo de andar que Dios detesta, salvo en un momento y en un lugar como éste" (I.I. 561).

Capítulo 52

La batalla de Uhud

EL sol ya estaba alto y el Quraysh se encontraba formado, con cien jinetes en cada ala, la derecha al mando de Jalid, hijo de Walid, y la izquierda conducida por Ikrimah, hijo de Abu Yahl. Desde el centro Abu Sufyan dio la orden de avanzar. Delante de él Talhah de Abd al-Dar portaba el estandarte del Quraysh, y dos hermanos y cuatro hijos de Talhah iban cerca de él, cada uno preparado para tomar su turno si fuese necesario. Talhah y sus hermanos estaban dispuestos a ganar la gloria para su clan aquel día. En Badr sus dos portaestandartes se habían dejado hacer prisioneros ignominiosamente, y Abu Sufyan no había dejado de recordárselo de camino hacia Uhud. Musab reconoció a sus compañeros de clan desde donde se encontraba, delante del Profeta con el estandarte de los Emigrados.

En cuanto las dos huestes estuvieron entre sí al alcance de la voz, Abu Sufyan detuvo su avance y dio unos pocos pasos más allá del estandarte. "¡Hombres de Aws y Jazrach!" dijo, "abandonad ahora el campo y dejadme a mi primo. Entonces nos marcharemos, porque no tenemos motivos para combatiros." Pero los Ansar respondieron con un ensordecedor retumbar de insultos. Entonces avanzó otro hombre de entre las filas mequies, y Hanzalah se afligió al ver a su padre proclamando su presencia: "¡Hombres de Aws, yo soy Abu Amir!" No podía creer que su influencia, antaño tan considerable, hubiese quedado en nada, y había prometido al Quraysh que tan pronto como se diese a conocer muchos de los hombres de su clan volverían a su lado. En lugar de eso, no sólo recibió maldiciones sino también una lluvia de piedras que lo hizo retroceder apesadumbrado.

Los mequies recibieron de nuevo la orden de avanzar, y no lejos de las primeras líneas las mujeres, conducidas por Hind, también se pusieron en movimiento, batiendo sus panderos y tambores, y cantando:

¡Adelante, hijos de Abd al-Dar;

adelante, vosotros que

defendéis la retaguardia,

golpead, con cortantes espadas
golpead!

Luego, cuando las mujeres sintieron que habían llegado al límite de aproximación al enemigo, marcaron el compás al son de sus tambores, dejando que los hombres continuasen delante de ellas, y Hind comenzó a entonar una canción que otra Hind había cantado en una de las guerras del pasado:

Si avanzáis, os abrazaremos

y extenderemos suaves alfombras.

Pero si volvéis la espalda

os abandonaremos, os abandonaremos
y ya no os amaremos.

Cuando los dos ejércitos estuvieron casi juntos los arqueros del Profeta lanzaron una lluvia de flechas sobre la caballería de Jalid y el relincho de los caballos ahogó los gritos de las mujeres y sus tambores. Del centro de la formación mequí Talhah dio unos pasos hacia adelante y gritó pidiendo un hombre con el que enfrentarse en combate individual. Ali salió para ello, y finalmente lo derribó de un golpe que atravesó el yelmo y le hendió el cráneo. El Profeta supo al instante que ése era "el jefe del escuadrón" —carnero que le había estado sujeto en el sueño— y en alta voz exaltó a Dios. *Allahu Akbar,* y su exaltación fue repetida como un eco por toda la hueste. Pero el carnero había significado más de una víctima, porque el hermano de Talhah tomó entonces el estandarte y fue derribado por Hamzah, Entonces Saad de Zuhrah atravesó de un flechazo el cuello del segundo hermano de Talhah, y sus cuatro hijos cayeron uno tras otro a manos de Ali, Zubayr y Asim ibn Thabit de Aws. Dos de ellos fueron llevados moribundos ante su madre Sulafah, que estaba en la retaguardia, y cuando le dijeron quién les había inflingido las mortales heridas, juró que un día bebería vino en el cráneo de Asim.

No se había permitido a ninguna mujer salir con los musulmanes el día anterior. Pero Nusaybah, una mujer de Jazrach, sentía sin embargo que su Sitio estaba con el ejército. Su marido Gaziyyah y dos de sus hijos se encontraban allí, pero ésa no era la razón. Otras mujeres tenían también maridos e hijos en el ejército y estaban contentas de quedarse en casa. Pero Nusaybah había sido una de las dos mujeres que habían ido con los setenta hombres de Medina al Segundo Aqabah, y su naturaleza no le permitía quedarse atrás en esta ocasión. Se había levantado, pues, temprano por la mañana, y después de llenar un pellejo de agua se puso en camino hacia el campo de batalla donde por lo menos podría atender a los heridos y dar de beber a los sedientos. Se llevó consigo sin embargo una espada y también un arco y una aljaba con flechas. Haciendo preguntas siguió el camino que el ejército había llevado y alcanzó sin dificultad, poco después de comenzada la batalla, el lugar donde al pie de la montaña y sobre una pequeña elevación del terreno el Profeta había establecido su posición y allí estaba con Abu Bakr, Umar y otros de los Compañeros más íntimos. La madre de Anas, Umm Sulaym, había tenido la misma idea y llegó con su pellejo con agua poco después que Núsaybah. Al grupo de detrás de las líneas se le unieron también dos hombres de Muzaynah, una de las tribus beduinas del oeste del oasis. Ambos se habían convertido hacía poco al Islam, y sin saber nada del ataque mequí habían llegado al alba a Medina para encontrar que la ciudad estaba más que medio vacía. Al enterarse del motivo partieron inmediatamente para Uhud, y después de saludar al Profeta desenvainaron sus espadas y se precipitaron al combate.

Abu Duyanah estaba siendo fiel a la promesa de su turbante rojo. Zubayr admitiría más tarde: "Me hirió en el alma cuando le pedía la espada al Enviado de Dios y no me la dio a mí y se la dio a Abu Duyanah. Me dije a mí mismo: Soy el hijo de Safiyyah, la hermana de su padre, y soy del Quraysh; me dirigí a él y yo se la pedía antes que ningún hombre, y sin embargo se la dio a él y a mí me apartó. ¡Por Dios, iré a ver qué es lo que hace Abu Duyanah! Y entonces lo seguí." Contó después cómo Abu Duyanah iba dando muerte a todos cuantos se interponían en su camino con la misma facilidad que si hubiese sido un segador y su espada una guadaña, y cómo él, Zubayr, aceptó entonces la decisión del Profeta y se dijo a si mismo: "Dios y su Enviado son los más sabios."

Hind, una mujer grande de aspecto imponente, todavía se encontraba entre los hombres, incitándolos a combatir, y por los pelos escapó de la espada de Abu Duyanah, que la confundió con un hombre. Levantó su espada por encima de su cabeza cuando ella lanzó un chillido, lo cual le hizo comprender que se trataba de una mujer, volviéndose entonces hacia los hombres que estaban junto a ella. Hind se reunió con las esposas y madres en la retaguardia, donde habían sido dispuestos los esclavos para que defendieran el campamento. Mientras ella retrocedía Wahshi el Abisinio estaba avanzando. A diferencia de los restantes combatientes, él solamente se tenía que ocupar de un hombre, y a diferencia de ellos, su sangre era fría, Hamzah era inconfundible por su gran estatura, por su forma de luchar y por el penacho de avestruz. Wahshi lo vio a lo lejos y manteniéndose en los bordes de la batalla consiguió llegar a un punto de relativa seguridad que, sin embargo, era lo bastante cercano para lanzar la jabalina. Hamzah estaba en ese momento enfrentándose con el último de los portaestandartes de Abd al-Dar, y

cuando levantó su espada para golpear dejó abierto momentáneamente un resquicio en la armadura. Wahshi vio rápidamente su oportunidad, y, equilibrada la jabalina, la arrojó con perfecta puntería. Hamzah se movió tambaleándose hacia adelante unos cuantos pasos, habiendo ya dado muerte a su hombre, y se desplomó al suelo en la agonía de la muerte. Wahshi esperó hasta que su cuerpo dejó de moverse, y entonces se acerco rápidamente al campamento. Como él mismo dijo: "Había hecho todo lo que había venido a hacer, sólo lo maté para conseguir mi libertad."

La muerte de Hamzah afectó poco a la sensación de derrota que comenzaba a extenderse por el ejército mequí. Otro abisinio, un esclavo de la familia de los siete portaestandartes muertos, se hizo entonces con la enseña, pero no tardó en perder la vida y durante un rato el estandarte quedó en el suelo desatendido. Aunque el penacho de avestruz de Hamzah había dejado de verse, Abu Duyanah, Zubayr y otros Emigrados y Ansar luchaban como personificaciones del grito de guerra musulmán de aquel día, *Amit, Amit,* que significa "Mata, Mata". Parecía que nadie se les podía resistir: el penacho blanco de Ali, el turbante rojo de Abu Duyanah, el turbante amarillo brillante de Zubayr y el turbante verde de Hubab eran como banderas de victoria que daban fuerza a las filas que iban tras ellas. Abu Sufyan escapó por poco de la espada de Hanzalah, que estaba combatiendo esforzadamente cerca del centro y que a punto estuvo de abatirlo cuando un hombre de Layth irrumpió por el flanco y atravesó a Hanzalah de parte a parte con su espada, siendo rematado en el suelo de un segundo golpe.

La batalla se había ido desplazando gradualmente ladera abajo lejos del Profeta a medida que los mequies eran forzados a retroceder hacia su campamento. El Profeta ya no podía discernir con detalle lo que sucedía, aunque veía que por el momento sus hombres iban venciendo aquel día. Pero entonces su atención se dirigió hacia arriba, por encima de la batalla, y sus ojos se alzaron como uno que observa el vuelo de las aves. Después de un momento dijo a quienes estaban junto a él: "A vuestro Compañero —se refería a Hanzalah— lo están lavando los Ángeles." (I.I.568). Más tarde le dijo a Yamilah, como buscando una explicación: "Vi a los Ángeles entre el cielo y la tierra lavando a Hanzalah con agua de las nubes que tenían en recipientes de plata." (W. 274). Entonces ella le contó su sueño, y cómo por temor a llegar tarde a la batalla no se había purificado con la ablución de rigor.

Los musulmanes continuaron avanzando hasta que llegados a un punto las líneas del enemigo quedaron rotas por completo. El camino hacia su campamento quedó así abierto y se produjo un avance en tropel de hombres ansiosos de botín. En estos momentos los cincuenta arqueros selectos se hallaban a alguna distancia a la izquierda del Profeta. Entre él y ellos el terreno bajaba hacia el llano y luego se elevaba hasta el lugar estratégico donde los había emplazado. Podían ver las primeras líneas, y la visión de sus compañeros a punto de enriquecerse —según pensaban ellos— con el botín del enemigo fue demasiado para la mayoría de ellos. En vano su jefe Abdallah ibn Yubayr, les recordó la orden del Profeta de no abandonar su puesto bajo ninguna circunstancia. Respondieron que el Profeta no había querido decir que se quedasen allí para siempre. La batalla ya había terminado, decían y los incrédulos estaban derrotados. Unos cuarenta de ellos corrieron veloces ladera abajo en dirección al campamento, dejando a Abdallah a la cabeza de un núcleo leal de arqueros fatalmente mermado.

Hasta ahora la caballería no les había servido de nada a los mequies. En el centro los dos ejércitos estaban tan enredados que una carga de los jinetes habría sido tan peligrosa para sus propios hombres como para los enemigos. No podían tampoco alcanzar la retaguardia del ejército musulmán sin primero exponerse a los dardos de los arqueros que cubrían una extensión de terreno bastante amplia. Pero Jalid vio entonces lo que estaba sucediendo y comprendiendo que había llegado el momento, dirigió a sus hombres a todo galope hacia la posición donde estaban estacionados los arqueros. En vano Abdallah y sus hombres intentaron interceptarlos con sus flechas. Al final, arrojaron al suelo sus arcos y lucharon hasta la muerte con espada y lanza. Ninguno de los diez creyentes quedó con vida. Dando media vuelta, Jalid condujo a sus hombres hacia la retaguardia de la principal fuerza del enemigo. Ikrimah siguió su ejemplo, y los caballeros mequies hicieron grandes estragos en las desguarnecidas filas de los

creyentes. Ali y sus compañeros se volvieron entonces para hacer frente al nuevo peligro, y algunos de los idólatras que habían sido puestos en fuga se reagruparon y volvieron de nuevo al combate. La suerte de la batalla había cambiado de improviso, y el grito de guerra del Quraysh. "¡Oh Uzzah! ¡Oh Hubal!" se volvió a escuchar por todo el campo. Muchos de los musulmanes de la retaguardia que habían salido indemnes de la acometida de la caballería se desmoralizaron y huyeron hacia la montaña, donde sabían que podían encontrar refugio. El Profeta los llamó para que volvieran, pero sus oídos estaban sordos a su voz, y sus mentes no estaban abiertas a otro pensamiento que el de la huida. La mayoría de los musulmanes siguieron luchando, pero el ímpetu inicial se había perdido, y el peso de los números trabajaba en contra suya. Obligados a retroceder paso a paso, la batalla se trasladó hacia Uhud, en la dirección del Profeta.

Él y sus Compañeros, incluidas las dos mujeres, lanzaban descarga tras descarga de flechas contra el enemigo, y su grupo se engrosó con otros procedentes de la fuerza principal, cuyo único pensamiento, cuando la jornada se volvió contra ellos, había sido la seguridad del Profeta. Entre los primeros en unírseles estuvieron los dos hombres de Muzaynah, Wahb y Harith. Un pequeño cuerpo de jinetes enemigos se aproximaba ahora por la izquierda. "¿Quién se encarga de este destacamento?" dijo el Profeta. "Yo, Enviado de Dios", fue la respuesta instantánea de Wahb, y disparó sobre ellos con tal velocidad y destreza que las flechas caían sobre el enemigo como si procediesen de un grupo de arqueros y tuvieron que retirarse. "¿Quién hace frente a este escuadrón?" dijo el Profeta cuando otro cuerpo de hombres de a caballo se les aproximaba. "Yo, Enviado de Dios" dijo Wahb, y nuevamente luchó como si fuese no un solo hombre sino muchos, y de nuevo se retiraron. Entonces todavía surgió de las filas enemigas un tercer pelotón. "¿Quién resistirá a éstos?" preguntó el Profeta. "Yo lo haré" dijo Wahb. "Arriba entonces," dijo el Profeta, "y alégrate, porque el Paraíso es tuyo." Wahb se incorporó gozoso diciendo, mientras desenvainaba la espada: "¡Por Dios, yo no doy cuartel y no busco cuartel!" Entonces se arrojó en medio de ellos y luchando atravesó sus filas hasta el lado contrario mientras que el Profeta y sus Compañeros dejaban de disparar para observar su destreza y su valor. "¡Oh Dios, ten misericordia de él!" dijo el Profeta cuando Wahb volvió a precipitarse en medio de la tropa y siguió luchando hasta que lo rodearon por todos los lados y lo mataron. Fue hallado después con veinte heridas de lanza, todas ellas mortales, aparte de las que le habían causado las espadas. Ninguno de los que lo vieron luchando 'pudo olvidarlo jamás. Omar diría años después: "De todas las muertes, la única que hubiera aceptado con placer es la del muzayní." (W. 275). Y Saad de Zuhra afirmó diez años más tarde que en sus oídos aún resonaba el sonido de la voz del Profeta dando a Wahb las buenas nuevas del Paraíso.

El cuerpo principal del combate se había acercado gradualmente a medida que los musulmanes se veían forzados a retroceder lentamente ladera arriba. Entre los gritos de batalla de ambos bandos podían también oírse las exclamaciones individuales de los guerreros —desafíos a combate individual o afirmaciones que reforzaban los disparos de flecha y los golpes—. "Toma eso: y yo soy el hijo de fulano y zutano." Abu Duyanah se intitulaba el hijo de Jarashah, que era su abuelo. No era raro que la identidad de quienes reclamaban un título quedase incierta. A uno de los Ansar, es decir de los Ayudantes, se le oyó gritar: "Toma eso: y yo soy el muchacho ansarí". El Profeta mismo dijo aquel día, por lo menos en una ocasión: "Yo soy Ibn al-Awatik", (W. 280), que quería decir "soy el hijo de las Atikah", refiriéndose a sus muchas antepasadas que habían llevado ese nombrevi[i]. Pero ahora se produjo un desafío de identidad inconfundible cuando un jinete se destacó en solitario de entre las líneas y dijo: "¿Quién avanzará para luchar contra mi? Soy el hijo de Atiq." Se trataba de Abd al-Kaabah, el hijo mayor de Abu Bakr, el único hermano uterino de Aishah y el único miembro de la familia que no había abrazado el Islam. Abu Bakr arrojó su arco al suelo y desenfundando su espada habría ido al ataque, pero el Profeta se anticipó a él. "Envaina tu espada," dijo, "y vuelve a tu sitio y concédenos el bien de tu compañía." (W. 257).

Otro cuerpo de hombres de a caballo se abrió camino por la retaguardia de los musulmanes, y avanzaron delante de Abd al-Kaabah, que entonces retrocedió. "¿Quién de vosotros se venderá por nosotros?" (I.I.572), dijo el Profeta, y cinco de los Ansar desenvainaron sus espadas, se lanzaron contra el enemigo y lucharon hasta que todos excepto uno, que quedó

mortalmente herido, fueron muertos. Pero tenían ayuda a mano para reemplazarlos porque Ali, Zubayr, Talhah y Abu Duyanah y otros que habían estado en la vanguardia de la batalla habían ido retrocediendo luchando a través de la hueste. Llegaron ahora junto al Profeta, pero no antes de que una piedra afilada lanzada por el enemigo le hiriese en la boca, hendiéndole el labio inferior y rompiéndole un diente. La sangre brotaba de su rostro, pero haciendo cuanto pudo para restañaría convenció a Ali y a los otros de que no estaba seriamente herido, y volvieron a la lucha, salvo Talhah, que muy debilitado por la pérdida de sangre se desvaneció entonces. "Mira a tu primo", le dijo el Profeta a Abu Bakr, pero Talhah casi al instante recobró la conciencia, mientras que Saad de Zuhrah y Harith ibn Simmah de Jazrach salían en lugar de él, y junto con los nuevos refuerzos lanzaron sobre el enemigo una embestida tan fuerte que por un momento sus líneas retrocedieron frente a los cuerpos de los cinco Ansar que habían vendido sus vidas. El Profeta los miró e invocó bendiciones sobre ellos, y el que todavía no había muerto comenzó a arrastrarse con esfuerzo hacia él. El Profeta envió a dos hombres para que lo transportasen, y colocó su pie para que sirviese de almohada a la cabeza del moribundo, manteniéndolo inmóvil hasta que el hombre murió con la mejilla descansando sobre el pie.

"Sabed que el Paraíso está a la sombra de las espadas" (B. LII, 22), dijo el Profeta, y en años posteriores solía recordar este particular momento y lugar como tan maravillosamente bendito que en una ocasión exclamó: "¡Ojalá me hubiesen dejado abandonado con mis Compañeros al pie de la montaña!" (W. 256).

El enemigo comenzó a recuperar gradualmente el terreno que había perdido. Al pequeño grupo que estaba junto al Profeta pronto se le acabarían las flechas, y de cualquier modo parecía que se estaba terminando el tiempo de utilizar la arquería con provecho. Si el enemigo proseguía su avance en seguida tendrían que estar desenvainadas todas las espadas para un choque final cuerpo a cuerpo en el que la proporción seria de cuatro paganos por cada creyente. Entonces, de repente, un único jinete surgió de un lado y se dirigió derecho hacia donde estaba el Profeta. "¿Dónde está Muhámmad?", grito. "¡Que yo no sobreviva si él sobrevive!" Era Ibn Qamiah, un hombre de uno de los clanes qurayshíes de las afueras, que ya había causado gran mortandad entre los musulmanes. Con un rápido vistazo al grupo su perspicaz mirada reconoció a su deseada víctima y espoleando al caballo descargó con su espada un golpe que estaba seguro que no habría casco capaz de resistirlo. Pero Talhah, que se encontraba al lado del Profeta, se arrojó en la dirección de la espada y de un modo u otro pudo desviar el golpe un poco, a costa de perder el uso de los dedos de una de sus manos para el resto de su vida. La hoja falló por poco la corona del yelmo del Profeta, chocó con su lado, rozando la sien, impulsando contra su mejilla dos de los anillos del casco y, por último, con una fuerza algo mermada, golpeó su hombro recubierto con una doble malla. La descarga contra el lado de su cabeza lo dejó momentáneamente aturdido y cayó al suelo, después de lo cual su agresor se alejó tan rápidamente como había llegado. Pero otros se acercaron para atacar, y Shammasvii[ii] de Majzum se situó delante del Profeta y se batió como un hombre inspirado —el Profeta lo describió como un escudo viviente— hasta que fue derribado y otro hombre ocupó su lugar, apoyado por Nusaybah, que había desenfundado su espada.

Se oyó que una voz —quizás la de Ibn Qamiah— gritaba: "¡Muhámmad ha sido muerto!" El grito se extendió por todo el campamento entremezclado con glorificaciones a al-Uzzah y Hubal. Los riscos de Uhud resonaron y los musulmanes que habían huido se sintieron abrumados por los reproches que a si mismos se hacían y por la pena, mientras que muchos de los que estaban todavía luchando en el llano se desmoralizaron y se retiraron como mejor pudieron. Pero hubo muchas excepciones, y una de ellas fue Anas, el servidor del Profeta. A su hermana, la hija de Nadr, el Profeta le había dicho que su hijo, muerto de un flechazo en Badr, estaba en el Firdaws, en el Paraíso superior. Anas se aproximó a dos de sus compañeros para los que la vida parecía haber perdido todo sentido y que no tenían ánimos ni para seguir peleando ni para subir la cuesta y ponerse a salvo. "¿Por qué os sentáis aquí?" exclamó. "El Enviado de Dios ha muerto", replicaron. "¿Entonces qué os importa la vida después de él?", dijo Anas. "Levantaos y morid del mismo modo que él murió." (W. 280). Se dirigió luego hacia donde el combate era más enconado. Allí encontró a Saad ibn Muadh, que después le contó al Profeta

que Anas le había gritado: "¡El Paraíso! Huelo su fragancia que sopla desde el otro lado de Uhud." "¡Enviado de Dios!", dijo Saad, "no pude luchar como él luchó." Más tarde encontraron a Anas muerto en el suelo con más de ochenta heridas, tan desfigurado que era irreconocible para cualquiera salvo para su hermana, que lo conoció por los dedos. (B. LVI, 12).

En cuanto a los creyentes que ahora buscaban refugio en el terreno mas elevado por encima de la llanura, vieron la retirada facilitada porque la mayoría de los enemigos, considerando que la batalla ya había terminado, aflojaron también sus ímpetus. Los muertos aún no había sido contados, pero resultaba evidente que habían vengado con creces a los caídos en Badr, y ahora, al matar al hombre que había sido la única causa de todas las disensiones, con toda seguridad habían terminado con la nueva religión y virtualmente habían restablecido el antiguo orden de las cosas. "¡Ya lal-Uzzah, ya la-Hubal!"

La súbita relajación del esfuerzo por parte del Quraysh en ningún sitio fue más aparente que entre los que habían medio rodeado al pequeño grupo de unos veinte hombres que actuaban como guardia personal del Profeta. Los mequies se habían dado cuenta claramente de que éstos eran hombres que nunca serían hechos prisioneros y que en la lucha a muerte sin duda alguna causarían la muerte a otros. Así pues consideraron que, una vez que habían logrado su propósito principal, lo mejor era vivir y dejar vivir, y celebrar su victoria.

El Profeta había recuperado la conciencia casi inmediatamente, y cuando el enemigo se hubo retirado, se levantó y haciendo señas a sus compañeros para que lo siguiesen los condujo hacia la entrada de una cañada que parecía ofrecer la subida más fácil a un lugar seguro desde el cual podían vigilar los movimientos del enemigo. Pero su mejilla le ocasionaba mucho dolor: los anillos metálicos estaban profundamente incrustados en la carne. Se detuvieron pues un momento y Abu Ubaydah cogió primero uno y luego el otro entre sus dientes y los extrajo. La herida comenzó a sangrar de nuevo y Malik del Jazrach aplicó su boca sobre ella y sorbió y tragó la sangre. El era quien había dicho en Medina: "Tenemos ante nosotros dos cosas buenas", y salvo Shammas, que parecía estar muerto, él era de los presentes el herido de más gravedad. El Profeta dijo: "Quien desee ver a un hombre cuya sangre está mezclada con la mía, que mire a Malik, el hijo de Sinan." Abu Ubaydah también fue incluido, porque en su esfuerzo para sacar los anillos había perdido dos de sus dientes y su boca sangraba. El Profeta dijo: "El fuego no alcanzará a aquél cuya sangre ha tocado mi sangre." (W. 247).

Mientras el pequeño grupo subía por la cañada fueron vistos por algunos de los que ya se habían refugiado en el Uhud, y descendieron para saludarlos. Kaab ibn Malik iba por delante de los otros, y se sorprendió de ver a un hombre cuya estatura y porte eran exactamente como los del Profeta, aunque su modo de andar era más lento. Entonces, cuando estuvo más cerca, Kaab vio el brillo incomparable e inconfundible de sus ojos a través de los orificios de la visera, y se volvió y gritó hacia los que estaban detrás de él: "¡Oh musulmanes, ánimo! ¡Este es el Enviado de Dios!" El Profeta le indicó con la mano que se callase, y no volvió a vocear las buenas nuevas, pero se difundieron de boca en boca, y los hombres acudieron rápidamente para asegurarse a sí mismos de que era cierto. El regocijo fue tan grande que parecía como si la derrota de pronto se hubiese tornado en victoria.

Pero el jubiloso grito de Kaab fue escuchado por un jinete solitario del Quraysh que se había detenido en el mismo sitio que acababan de dejar. Era Ubayy, el hermano de Umayyah, que había jurado que desde el lomo de su caballo Awd, sobre el cual se encontraba entonces montado, mataría al Profeta. Habiéndose enterado de que su deseada víctima había muerto, se había acercado, sin duda para buscar el cadáver y ver si aún abrigaba algún soplo de vida, y cuando oyó el grito de Kaab cabalgó cañada arriba hasta que se encontró casi pisando los talones de los musulmanes. Estos se dieron la vuelta para enfrentarse a él. "¡Oh Muhámmad!" gritó, ¡si tu escapas, que yo no escape!" Algunos de los Compañeros cerraron filas en torno al Profeta, y otros estaban a punto de atacar a Ubayy cuando el Profeta les ordenó esperar. Los que estaban alrededor suyo dirían más tarde que Muhámmad se desembarazó de ellos como si hubiesen sido moscas en el lomo de un camello. Entonces tomó una espada de Harith ibn al-

Simmah y se adelantó a todos ellos. Sin atreverse a moverse, observaron con temor reverencial su seriedad severa y mortal. Como uno de ellos dijo: “Cuando el Enviado de Dios hacía un esfuerzo deliberado hacia un fin, no había seriedad que pudiera compararse con la suya.” (W. 251). Ubayy se acercó con la espada desenvainada, pero antes de que pudiera asestar ningún golpe el Profeta le había dado una estocada en el cuello. Bramó como un toro, luego se bamboleó, estando casi a punto de caerse del caballo pero, tras recobrar el equilibrio, se dio la vuelta y galopó ladera abajo sin detenerse hasta que llegó al campamento mequí, donde su sobrino Safwan y otros de su clan se encontraban reunidos “Muhámmad me ha matado”, dijo con una voz que no podía controlar. Le miraron la herida y le restaron importancia, pero él estaba convencido de que era mortal, como ciertamente pronto demostró serlo. “Dijo que me mataría”, contó Ubayy, “y por Dios que si me hubiera escupido me habría matado.” ¿No estaba Muhámmad muerto después de todo?, comenzaron a preguntarse. Pero Ubayy se encontraba claramente fuera de sí, y en cualquier caso un hombre con casco era fácil de confundir con otro.

Cuando el Profeta y sus Compañeros alcanzaron la parte más elevada de la cañada, Ali fue a llenar su escudo de agua de una cavidad que había en las rocas. Se la ofreció al Profeta, pero su olor de agua estancada le repugnó y no pudo animarse a beber de ella a pesar de la sed; aun así, empleó un poco para lavarse la sangre del rostro. Luego, ya que todavía se encontraban en una posición demasiado fácilmente accesible desde el llano, ordenó que prosiguieran hacia terreno más elevado, e intentó subirse a un saliente de la roca desde el que se podía seguir ascendiendo. Pero se encontraba demasiado débil para el esfuerzo. A la vista de ello, Talhah se agachó bajo el saliente violentando mucho sus heridas, y poniéndose al Profeta en la espalda lo alzó hasta la altura necesaria. El Profeta dijo de él aquel día: “Quien quiera ver a un mártir caminando sobre la faz de la tierra, que mire a Talhah el hijo de Ubaydallah.” (I.H. 571).

Para cuando hubieron encontrado un lugar que podía servirles como campamento provisional, el sol había alcanzado su cenit e hicieron la plegaria de mediodía. El Profeta, que la iba dirigiendo, permaneció sentado durante toda ella, y todos siguieron su ejemplo. Luego se echaron para descansar y muchos de ellos durmieron un sueño profundo y reparador, mientras que una tanda de vigías hacía la guardia desde un lugar estratégico que dominaba la llanura.

Capítulo 53

Venganza

El Quraysh estaba ahora ocupado con sus muertos y sus heridos. Las pérdidas no habían sido grandes: solamente habían muerto veintidós de tres mil. Luego contaron las víctimas del enemigo y vieron que había unos sesenta y cinco muertos, a muchos de los cuales desconocían. Sólo tres eran Emigrados: Hamzah de Hashim, Musab de Abd al-Dar y Abdallah ibn Yahsh. Otros pocos cuerpos situados a alguna distancia del centro del campo, unos heridos y otros muertos, escaparon a su atención. Entre éstos se encontraba Shammas, todavía con vida pero sin fuerzas para moverse. En vano buscaron el cuerpo de Muhámmad, y mientras lo hacían Wahshi volvió hacia el cuerpo de Hamzah, le abrió el vientre, le arrancó el hígado y se lo llevó a Hind. "¿Qué se me dará por haber matado al asesino de tu padre?", preguntó Wahshi. "Toda mi parte del botín", fue la respuesta de ella. "Este es el hígado de Hamzah", dijo él y ella lo cogió de sus manos. De un bocado arrancó un trozo, lo masticó y se tragó un pedazo en cumplimiento de su voto y escupió el resto. "Muéstrame dónde está", le dijo Hind; y cuando llegaron al cadáver ella le cortó la nariz, las orejas y otras partes del cuerpo. Entonces se quitó sus collares, pendientes y ajorcas y se las dio a Wahshi, diciendo a las mujeres que estaban con ella que mutilasen a otros muertos. Todas se hicieron ornamentos de venganza con cuanto cortaron de los cuerpos de los musulmanes. Y Hind se subió sobre una roca y entonó un canto triunfal. Uno o dos hombres del Quraysh también buscaron apagar su sed de venganza mutilando los cuerpos, pero sus aliados beduinos se sintieron afrentados. Abu Sufyan estaba golpeando la comisura de la boca de Hamzah con la punta de su lanza, a la vez que decía: "Prueba esto, rebelde" cuando Hulays pasó junto a él. Hulays era el jefe de uno de los clanes de Kinanah, y dijo en voz alta, para que Abu Sufyan pudiera oírle: "¡Hijos de Kinanah! ¿Es posible que este hombre que está haciendo lo que veis con el cuerpo de su primo sea el Señor del Quraysh?" "Maldito seas", dijo Abu Sufyan, "no cuentes esto, no fue más que una debilidad." (I.I.582)

Mientras tanto Abu Amir descubrió el cuerpo sin vida de su hijo Hanzalah; acongojado, se lamentó de su pérdida diciendo: "¿No te previne contra ese hombre?" —se refería al Profeta—. "Pero tú fuiste un hijo obediente a su padre, de naturaleza noble en tu vida, y en tu muerte yaces con la flor de tus compañeros. Si Dios recompensa con el bien a este muerto —señaló a Hamzah— o a cualquiera de los seguidores de Muhámmad, ¡quiera Él recompensarte con el bien!" (W. 274). Entonces miró severamente a Hind y a las otras mujeres y dijo en voz alta: "¡Quraysh! No mutiléis a Hanzalah. ¡Qué importa que fuese mi adversario y el vuestro!". Y respetaron sus deseos.

Era de suponer que Ubayy no se había equivocado, y que el Profeta se encontraba con su ejército en algún lugar elevado sobre la llanura. Pero la batalla había terminado: no podía plantearse el atacar la montaña, y a los esclavos ya se les había dicho que levantasen el campo. Así pues, cuando hubieron enterrado a sus propios muertos y hubieron saciado su sed de venganza en los cadáveres de los enemigos, cargaron en los camellos las armaduras y todo lo demás de que se habían despojado y se prepararon para partir. Pero antes de que lo hicieran Abu Sufyan se montó en su yegua castaña y cabalgó hasta el pie de la montaña, hasta el lugar más cerca de donde el Profeta y sus compañeros habían estado estacionados, y gritó con todas sus fuerzas: "La suerte de la guerra es alternativa, y esto es un día por un día. ¡Exáltate oh Hubal! ¡Haz prevalecer tu religión!" El Profeta le dijo a Omar que fuese a responderle, diciendo: "Dios es lo más Elevado, Supremo en Majestad. Nosotros no somos iguales: nuestros muertos están en el Paraíso, los vuestros en el Infierno." Omar se dirigió pues al borde del precipicio bajo el cual se encontraba Abu Sufyan y le respondió como el Profeta había dicho. Abu Sufyan, habiendo reconocido la voz de Omar, lo llamó: "Te suplico, Omar, que me digas, por Dios, si

hemos matado a Muhámmad." "No, por Dios", contestó Omar. "Antes bien, él mismo ahora está escuchando lo que dices." "Creo más en tu palabra que en la de Ibn Qamiah", dijo Abu Sufyan. Se volvió para marcharse, pero dándose la vuelta una vez más, añadió: "Algunos de vuestros muertos han sido mutilados. Por Dios, no me produce ello ningún placer, ni tampoco me encoleriza. Yo ni lo prohibí ni lo ordené." Luego dijo: "¡Que sea Badr nuestro lugar de encuentro el año próximo!" Al oír esto, el Profeta envió a otro de sus compañeros al borde del risco para que gritase su respuesta: "Ese es un encuentro obligado entre nosotros." (I.I.583).

Abu Sufyan cabalgó hacia donde su ejército le estaba esperando en el lugar más alejado de la llanura, y se pusieron en camino hacia el sur. Estaban demasiado lejos para que Omar pudiera discernir claramente su formación, por lo que el Profeta envió a Saad de Zuhrah hacia la llanura para seguirles y ver lo que hacían. "Si guían sus caballos", dijo, "y montan sus camellos, van hacia la Meca. Pero si montan los caballos y guían los camellos, van a Medina, y por Aquél en cuyas manos está mi alma, si ésa es su intención los alcanzaré y los combatiré." Saad bajó al barranco donde Sakb, el caballo del Profeta, había permanecido atado desde su llegada a Uhud y, después de cabalgar detrás de los mequíes hasta que pudo verlos con claridad, se apresuró a regresar con las buenas nuevas de que los jinetes iban montando los camellos y guiaban junto a ellos los caballos. Como uno de ellos, Amr , que había tomado parte con Jalid en la decisiva carga de la caballería, diría años más tarde: "Habíamos oído que Ibn Ubayy había regresado a Medina con un tercio del ejército, y que algunos hombres de Aws y Jazrach se habían quedado en la ciudad. No podíamos tener la certeza de que los que se habían batido en retirada no regresarían al ataque, y muchos de nosotros estaban heridos y casi todos nuestros caballos habían sido alcanzados por las flechas; en consecuencia, proseguimos nuestro camino." (W. 299).

Capítulo 54

El entierro de los mártires

EL Profeta condujo entonces a sus Compañeros hacia la llanura. Ha rith ibn al-Simmah había sido enviado por delante para buscar el cuerpo de Hamzah, pero cuando lo encontró quedó tan horrorizado ante su visión y por tener que contárselo que no regresó en seguida. Ali fue enviado entonces tras él. Encontró a Harith de pie aterrorizado junto al cadáver mutilado, y los dos volvieron juntos. Cuando el Profeta se enteró de lo que habían hecho con el cadáver de Hamzah dijo: "Jamás he sentido una ira mayor que la que ahora siento, y cuando la próxima vez Dios me dé una victoria sobre el Quraysh mutilaré a treinta de sus muertos." (I.I. 584). Pero poco después de esto vino la Revelación: "*Si castigáis, hacedlo entonces en la misma medida en que se os afligió. Pero si tenéis paciencia, es mejor para el paciente".* (XVI, 126). Y no solamente no cumplió su amenaza sino que prohibió expresamente la mutilación después de las batallas. Además, por lo que se refiere al combate mismo, les dijo que respetasen la cara humana por ser la parte más divina del cuerpo: *"Cuando uno de vosotros aseste un golpe, que evite golpear la cara... porque Dios creó a Adán a Su imagen."* (A.H. 1, 251; M. XLV, 32).

Abdallah ibn Yahsh había sido abatido no lejos de Hamzah y su cuerpo también había sido mutilado. Pero cuando el Profeta se apartó de ellos para buscar otros muertos, sus ojos fueron a dar con una visión muy diferente. Uno de los cuerpos más cercanos a los de sus parientes era el de Hanzalah. Ningún hombre o mujer del Quraysh había osado tocarlo, y allí yacía como los Ángeles lo habían dejado, sobre la tierra seca del mediodía, con el cabello todavía húmedo de agua. Nadie pasaba junto a él sin que diese las gracias, porque en su belleza y en su paz él era un signo del Cielo que informaba a los afligidos del estado en que se encontraban sus parientes martirizados.

No muy lejos se hallaban los cuerpos de Jaythamah e Ibn al-Dahdahah. Jaythamah, cuyo hijo martirizado se le había aparecido en sueños, mandándole que se apresurara a reunirse con él, y Thabit ibn al-Dahdahah, que había obsequiado la palmera al huérfano. Cuando el Profeta vio a Thabit, dijo: *"Palmeras con racimos repletos pendiendo a baja altura, ¡qué enorme cantidad de éstas tiene en el Paraíso el hijo de Dahdahah!"* (W. 505).

Cuando uno de los clanes de Aws estaba buscando sus muertos encontraron para su sorpresa a un hombre suyo llamado Usayrim al que apenas el día anterior le habían censurado el no ser musulmán. Siempre que le hablaban sobre el Islam, él decía: *"Si supiese que es cierto todo lo que decís, no lo dudaría."* Sin embargo, ahí estaba sobre el campo de batalla, mortalmente herido pero aún con vida. *"¿Qué es lo que te trajo aquí?"* le preguntaron. *"¿Fue por preocupación por tu pueblo o fue por el Islam?" "Fue por el Islam"* respondió. *"De pronto creí en Dios y en Su Enviado y abracé el Islam. Entonces cogí mi espada y salí esta mañana temprano para estar con el Enviado de Dios, y luché hasta que recibí el golpe que me hizo caer aquí."* No pudo decir más, y permanecieron con él hasta que murió. Luego se lo contaron al Profeta, que les aseguró que él era de las gentes del Paraíso, y en los años siguientes Usayrim vino a ser conocido como el hombre que había entrado en el Paraíso sin haber hecho jamás ninguna de las cinco plegarias de cada día.

Entre los muertos encontraron a un extraño, o por lo menos eso pareció al principio, hasta que uno de ellos lo reconoció como Mujayriq, un sabio rabino del clan judío de Thalabah. Aquella mañana temprano, como después se les informó, había convocado a su pueblo para guardar el pacto con el Profeta y unirse a él para luchar contra los idólatras, y cuando protestaron que era el Sabbath, él les dijo: *"No guardáis el Sabbath verdaderamente."* Entonces

les ordenó solamente que fuesen testigos de que Muhámmad era su único heredero. *"Si me matan hoy,"* dijo, *"mis posesiones son para Muhámmad, para que las emplee como Dios le dé a entender."* Luego tomó su espada y otras armas y partió para Uhud, donde combatió hasta que fue muerto. Después de eso una gran parte de las limosnas que se distribuían en Medina procedían de los ricos palmares que el Profeta había heredado de Mujayriq, *"el mejor de los judíos"*, como le llamaba.

Tan pronto como resultó evidente que los mequíes tenían la intención de regresar por donde habían venido, evitando así el encuentro con Medina, las mujeres comenzaron a salir de la ciudad para atender a los heridos y comprobar por sí mismas la falsedad o la autenticidad de los rumores que desde mediodía habían estado llegando a sus oídos. Entre las primeras mujeres en salir estuvieron Safiyyah, Aishah y Umm Ayman. El Profeta se apenó al ver acercarse a Safiyyah y llamó a Zubayr: *"Ayúdame con tu madre, y que se cave sin dilación la tumba de Hamzah. Ve a recibirla y llévatela de vuelta, no sea que vea lo que le ha sucedido a su hermano."* Zubayr fue pues hacia ella y dijo: *"Madre, el Enviado de Dios te ordena que regreses".* Pero Safiyyah ya se había enterado de las noticias al borde del campo de batalla. *"¿Por qué debo regresar?"*, dijo. *"He sabido que mi hermano ha sido mutilado, pero fue por la causa de Dios, y todo lo que es por Su causa lo aceptamos plenamente. Prometo que me mantendré serena y paciente si Dios quiere."* Zubayr volvió junto al Profeta, el cual le dijo que la dejase seguir su camino. Se acercó entonces ella y vio a su hermano. Rezó sobre él y recitó el Versículo del Retorno: *"En verdad somos de Dios y a Él retornamos".* Y todos ellos se consolaron al recordar el contexto de este versículo, de una Revelación que se había recibido después de Badr: *"¡Oh creyentes! Buscad la ayuda de Dios en la paciencia y en la plegaria. En verdad Él está con los pacientes.* Y *no digáis de quienes han caído por la causa de Dios que están muertos, porque están vivos, pero vosotros no os dais cuenta. Y ciertamente os probaremos con algo de miedo y hambre, con pérdida de bienes y vidas, y de frutos. Pero se anuncian buenas nuevas a quienes son pacientes y cuando les sobreviene una desgracia dicen: 'En verdad somos de Dios y a Él retornamos'. Sobre ellos hay bendiciones y misericordia de su Señor y ellos son los rectamente guiados".* (II, 153-7).

Safiyyah rezó luego junto al cuerpo del hijo de su hermana Umaymah, Abdallah ibn Yahsh, y pronto se le unió Fatimah. Las dos mujeres lloraron sobre sus muertos, y para el Profeta fue un alivio llorar con ellas. A continuación, Fatimah vendó las heridas de su padre. Vieron entonces aproximarse a su prima Hamnah, la hermana de Abdallah, y el pesar de todos fue mayor por tener que contarle la muerte de su marido, Musab, así como las de su hermano y su tío. Cuando la batalla estaba ya bastante avanzada el Profeta había visto a Musab, según pensó él, portando todavía el estandarte, y lo llamó. Pero el hombre respondió: *"Yo no soy Musab".* El Profeta supo entonces que se trataba de un Ángel y que Musab tenía que haber sido muerto o mutilado. Se colocó ahora junto al cuerpo del fallecido y recito el versículo: *"Entre los creyentes hay hombres que son fieles a su alianza con Dios. Algunos de ellos han cumplido su juramento mediante la muerte. Otros aún esperan sin titubear ni cambiar".* (XXXIII, 23).

Ordenó que llevaran todos los muertos cerca del cadáver de Hamzah, y que se cavasen tumbas. Hamzah fue envuelto en un manto y el Profeta hizo sobre él la oración funeraria, después de lo cual hizo lo mismo sobre cada uno de los caídos: setenta y dos en total. Tan pronto como estaba lista una tumba eran enterrados en ella dos o tres. Hamzah y su sobrino Abdallah fueron colocados juntos en una sepultura. El Profeta en persona presidió cada enterramiento. *"Buscad a Amr, el hijo de Yamuh, y a Abdallah, el hijo de Amr"*, dijo. *"En este mundo fueron amigos inseparables; que descansen pues en una sola tumba."* Pero Hind, esposa de Amr y hermana de Abdallah —el padre de Yabir— ya había reunido los dos cadáveres y, con ellos, el cuerpo de su hijo Jallad. Había intentado llevárselos a Medina, pero cuando su camello llegó al límite de la llanura se negó a continuar —por orden de Dios, como el Profeta le dijo— y se vio obligada a llevar de nuevo los cadáveres al campo de batalla. En consecuencia los tres fueron dispuestos en la misma tumba, y el Profeta permaneció de pie junto a ellos hasta que fueron enterrados. *"¡Oh Hind!"*, dijo, *"todos ellos, Amr y tu hijo Jallad y tu hermano Abdallah están*

juntos en el Paraíso." "Oh Enviado de Dios", dijo Hind, *"ruega a Dios para que me dé un sitio junto a ellos."*

A diferencia de la mayoría de los muertos, el hombre de Muzaynah que se había batido tan esforzadamente no contó con la presencia de nadie de su gente, porque su sobrino también había luchado hasta morir. El Profeta se acercó a él y dijo: *"Dios está satisfecho de ti, como yo lo estoy."* (W. 277). Habían envuelto su cuerpo en un manto de rayas verdes que él llevaba, y cuando fue colocado en la tumba el Profeta tiró del manto hacia arriba para cubrirle la cara, pero sus pies quedaron al descubierto. Pidió entonces que reunieran algo de ruda de la llanura y que la extendiesen sobre sus pies. Y esto mismo les obligó a hacer con muchos de los muertos, cuyos rostros, así como sus pies, debían estar cubiertos antes de que se amontonase sobre ellos la tierra.

Cuando la última sepultura estuvo llena, el Profeta pidió su caballo y lo montó, y se pusieron en marcha barranco abajo por el camino por donde habían venido al alba. Cuando llegaron al comienzo de la extensión de lava les dijo que se alineasen para alabar a Dios y darle las gracias, y los hombres formaron dos filas mirando hacia la Meca, con las mujeres detrás de ellos, catorce mujeres en total. Entonces el Profeta glorificó a Dios y pidió, diciendo: "¡Oh Dios, te pido Tu bendición, Tu misericordia, Tu gracia y Tu indulgencia! ¡oh Dios, te pido la bienaventuranza eterna que no disminuye ni desaparece! ¡Oh Dios, te pido seguridad en el día del temor, y abundancia en el de la indigencia!" (W. 315).

Capítulo 55

Después de Uhud

El sol se estaba poniendo cuando se aproximaron a la ciudad; y tan pronto como llegaron a la Mezquita hicieron la plegaria del crepúsculo. El Profeta se echó luego para descansar y cayó en un sueño tan profundo que no oyó la llamada de Bilal para la plegaria de la noche, y la hizo el solo en su casa cuando se despertó. Los dos Saad de los Ansar y otros jefes de Aws y Jazrach pasaron la noche a la puerta de la Mezquita y se fueron turnando en la guardia, porque todavía existía la posibilidad de que el Quraysh pudiera volver sobre sus pasos; a la mañana siguiente temprano, una vez hecha la plegaria, el Profeta le dijo a Bilal que les anunciase a ellos y a otros que había que perseguir al enemigo. *"Pero nadie saldrá con nosotros"*, dijo, *"salvo los que estuvieron presentes en la batalla de ayer"*.

Cuando los jefes regresaron a sus diferentes clanes encontraron que la mayoría de los hombres estaban siendo atendidos de sus heridas, o ya lo habían sido, por sus mujeres, porque muy pocos combatientes de Uhud habían resultado ilesos, y muchos de ellos se encontraban heridos de gravedad. Pero al oír la llamada del Profeta vendaron sus heridas como buenamente pudieron y se prepararon para ponerse en marcha nuevamente. Todos lo hicieron exepto Malik y Shammas. Malik, que se encontraba sumamente débil, estaba siendo cuidado por su familia. Shammas, que no tenía en Medina ningún pariente próximo, había sido transportado inconsciente desde el campo de batalla al aposento de Aishah. Pero Umm Salamah reclamó el derecho de atender a los hombres de su propio clan, y le fue confiado el cuidado de Shammas. Puesto que su muerte parecía inminente, el Profeta dejó órdenes para que no fuese enterrado en Medina sino en Uhud con sus compañeros mártires.

El Profeta mismo fue uno de los primeros en estar preparado, a pesar de que apenas podía mover el hombro derecho, que había recibido el impacto del golpe dirigido contra su cabeza. Cuando se le acercó Talhah para preguntar por la hora de la partida quedó asombrado al verle montado a caballo a la puerta de la mezquita, con la visera bajada, sólo sus ojos visibles. A pesar de encontrarse impedido, Talhah corrió hacia su casa para arreglarse.

Entre los de los Bani Salimah que se pusieron en marcha había cuarenta hombres heridos, algunos de ellos con más de diez cuchilladas, estocadas o heridas de flecha. Al ver el Profeta la situación en que se encontraban, cuando se alinearon para él en el lugar señalado, se alegró por el poder de sus almas sobre sus cuerpos, y pidió: *"¡Oh Dios, ten misericordia de los Bani Salimah!"* De todos los clanes, sólo un hombre que no había luchado en Uhud salió ahora al combate, se trataba de Yabir. Al escuchar aquella mañana el llamamiento fue a ver al Profeta y dijo: *"¡Oh Enviado de Dios, ansiaba estar presente en la batalla, pero mi padre me dejó al cuidado de mis siete jóvenes hermanas! Y fue así que Dios lo prefirió a él para el martirio y no a mi, aunque yo lo había estado esperando. ¡Déjame entonces ir ahora contigo, Enviado de Dios!"* Y el Profeta le dio permiso para salir con los otros.

Hicieron su primer alto a unas ocho millas de Medina. En aquellos momentos el enemigo estaba acampado en Rawha, no muy lejos de ellos. Al enterarse de esto, el Profeta ordenó a sus hombres desplegarse sobre una amplia extensión de terreno y recoger toda la leña que pudieran, apilándola cada hombre por separado para él. Para cuando el sol se puso habían preparado más de quinientas almenaras, y cuando fue de noche cada hombre prendió fuego a la suya. Las llamas se veían por todas partes, como si un gran ejército estuviese allí acampado. Esta impresión se la confirmó a Abu Sufyan un hombre de Juzaah que, aunque aún era idólatra, sentía simpatía por los musulmanes, y que le contó, mintiendo deliberadamente, que toda la ciudad de Medina había salido en su persecución, incluyendo a los que no habían ido a Uhud y todos sus confederados. *"Por Dio"*, dijo, *"no te habrás alejado antes de haber visto las crines de su caballería"*. Algunos qurayshíes habían querido regresar y atacar Medina, pero entonces

decidieron unánimemente apretar el paso todo lo posible hacia la Meca. Sin embargo, Abu Sufyan envió un mensaje de despedida al Profeta con unos jinetes que se dirigían a Medina a por provisiones. *"Decidle a Muhámmad de mi parte"*, dijo, *"que estamos resueltos a ir contra él y sus compañeros y a suprimir de la faz de la tierra a los que todavía quedan de ellos. Decidle esto, y, cuando de regreso lleguéis a Ukaz, cargaré de pasas vuestros camellos."* Cuando le comunicaron el mensaje, el Profeta les respondió con las palabras de una reciente Revelación: *"¡Dios es suficiente para nosotros y Él es un excelente guardián!"* (III, 173).

El Profeta y sus Compañeros pasaron el lunes, el martes y el miércoles en el campamento, encendiendo almenaras todas las noches, y aquéllos fueron unos días de muy necesitado descanso y de abundancia. El verano anterior había habido una excelente cosecha de frutas, y Saad ibn Ubadah había cargado con dátiles treinta camellos, y otros habían sido traídos para ser sacrificados. El jueves volvieron a Medina.

Shammas había muerto poco después de su partida, y había sido enterrado en Uhud. Malik también había muerto durante su ausencia, pero su familia le había dado sepultura en Medina. El Profeta ordenó entonces que su cuerpo fuese llevado a Uhud y enterrado allí.

De regreso de combatir en Uhud, Abdallah el hijo de Ubayy había pasado parte de la noche después de la batalla cauterizando una herida, mientras su padre se explayaba sobre la locura de haber salido a atacar al enemigo. *"Por Dios, fue como si lo hubiese visto todo"*, dijo. *"Lo que Dios hizo por Su Enviado y los musulmanes estuvo bien hecho"*, explicó su hijo. Pero Ibn Ubayy no estaba dispuesto a dejarse convencer. *"Si los muertos se hubiesen quedado con nosotros no habrían perdido la vida"*, insistió. Tampoco se había mantenido en silencio durante la reciente ausencia de su hijo de Medina con el resto de los combatientes mientras que los judíos no se habían privado de afirmar con más convicción que nunca: *"Muhámmad no busca más que el poder. Ningún Profeta se ha encontrado jamás con un revés semejante. Fue herido en su propio cuerpo, al igual que sus compañeros".*

Gran parte de lo que habían dicho tanto los judíos como los hipócritas le fue repetido a Omar cuando regresó de la expedición de las almenaras. Inmediatamente fue a ver al Profeta y le pidió permiso para matar a los responsables, pero el Profeta se lo prohibió. *"Dios hará prevalecer Su religión"*, dijo, *"y Él dará poder a Su Profeta"*. Luego dijo: *"¡Hijo de Jattab!, ciertamente el Quraysh no nos volverá a ganar como nos ha ganado hoy, y además saludaremos a la Esquina"* (W. 317) —quería decir que entrarían en la Meca y besarían la Piedra Negra—.

Aunque Omar no pudo cumplir su deseo, Ibn Ubayy no escapó de las censuras. Le había dado por ocupar un lugar de honor en la Mezquita en la plegaria del viernes, y nadie había pensado negárselo a causa de su posición en Medina. Cuando el Profeta subía al púlpito para predicar él se levantaba y decía: *"¡Oh gentes!, éste es el Enviado de Dios. ¡Que Dios a través de él sea generoso con vosotros y os dé fuerza! Ayudadle, por lo tanto, honradle, escuchadle y obedecedle."* Entonces se sentaba de nuevo. Pero cuando se levantó para hablar como solía el día después del regreso, el primer viernes después de Uhud, los Ansar que estaban junto a él lo agarraron por ambos lados, diciendo: *"Siéntate, enemigo de Dios, no eres digno de hablar, después de hacer lo que hiciste."* Ibn Ubayy abandonó entonces la asamblea, abriéndose paso por entre la multitud de hombres sentados. Uno de los Ansar que se encontró con él en la puerta de la Mezquita le dijo: *"Vuelve y deja que el Enviado de Dios pida perdón para ti."* Pero él respondió: *"Por Dios, no quiero que pida perdón para mí."*

En los días que siguieron a Uhud el Profeta recibió muchas Revelaciones relativas a la batalla, y de ellas se deducía que una porción considerable de dos de los clanes había pensado seriamente en desertar del ejército poco antes de entablarse la lucha, y que Dios les había dado fuerzas y resolución. Uno de los dos clanes era el de los Bani Salimah, de Jazrach, cuyo comportamiento tanto había agradado al Profeta cuando se pusieron en movimiento para perseguir al enemigo. Cuando ellos y los Bani Harithah de Aws escucharon la Revelación (III, 122) dijeron que se refería a ellos pero que no se lamentaban de su momento de debilidad

porque les había traído fuerza procedente de Dios, que era mejor que su propia fuerza. Otros versículos fueron revelados respecto a los supervivientes de la súbita carga de caballería que habían huido presas del pánico hacia la montaña, y en especial de los que previamente habían animado al Profeta a salir al combate para poder alcanzar ellos el martirio. *"¿Creéis que vais a entrar en el Paraíso antes de que Dios haya sabido quiénes de vosotros se esfuerzan sinceramente y quiénes son constantes? Deseabais la muerte antes de haberla encontrado; ¡ahora la habéis visto cara a cara!"* (III, 142-143).

La Revelación, sin embargo, dejaba claro que los que habían desobedecido las órdenes habían expiado sus faltas en el campo de batalla y habían sido perdonados. Parte de su expiación había sido el enorme pesar sentido al oír que el Profeta había muerto (III, 152-5). También se afirmaba en las Revelaciones, respecto de las ruinas visibles que quedaban de civilizaciones pasadas, que el orden de cosas establecido en Arabia desaparecería y que triunfaría el Islam: *"Muchas formas de vida se han sucedido antes de vosotros. Recorred la tierra y ved cuál fue el fin de quienes desmintieron a los enviados de Dios. Ésta es una exposición clara para los hombres, y una guía y una amonestación para los piadosos. No os desaniméis ni os aflijáis porque vosotros venceréis si sois creyentes."* (III, 137-9).

Había también otra referencia al futuro de distinta naturaleza: "Muhámmad no es sino un Enviado, y antes han pasado otros Enviados. Si él muere o es muerto, ¿os volveréis sobre vuestros pasos? Quien se vuelve sobre sus pasos no daña a Dios, y Dios recompensará a los agradecidos". (III, 144).

Capítulo 56

Víctimas de la venganza

Durante más de dos meses nada alteró la paz. Luego llegaron noticias de que los Bani Asad ibn Juzaymah estaban planeando una incursión sobre el oasis. A pesar del Islam de la familia de Yahsh y de otros asadíes que anteriormente habían vivido en la Meca, el cuerpo principal de esta extensa y poderosa tribu de Nachd se mantenía aún estrechamente aliado al Quraysh, el cual ahora los incitaba a sacar partido de los estragos de Uhud.

Era, por lo tanto, necesario demostrarles a ellos y a toda Arabia que los musulmanes habían sacado de Uhud fuerza antes que debilidad. El Profeta envió, pues, un grupo de ciento cincuenta hombres bien armados y con buenas cabalgaduras hacia su territorio al norte del desierto central bajo el mando de su primo Abu Salamah, con instrucciones de hacer todo lo posible para caer por sorpresa sobre su campamento. Les acompañó el éxito en esta empresa, pero después de un breve encuentro, con escaso derramamiento de sangre por ambas partes, los beduinos se retiraron y se dispersaron en todas direcciones, mientras que los musulmanes retornaban a Medina al cabo de once días con un gran rebaño de camellos y tres camelleros. La expedición había cumplido su propósito principal, que era afirmar el poder no mermado del Islam.

Por la misma época llegaron noticias del peligro de otra incursión proyectada desde el distante sur, pero en esta ocasión el Profeta adivinaba que la hostilidad contra el Islam estaba toda ella concentrada en un hombre notablemente perverso, el jefe de la rama Lihyaní de Hudhayl. Si podían desembarazarse de él, el peligro procedente de aquella dirección sería insignificante. Envió entonces a Abdallah ibn Unays, un hombre del Jazrach, con órdenes de matarlo. *"¡Enviado de Dios!"*, dijo Abdallah, *"descríbemelo para que pueda conocerlo." "Cuando lo veas"*, dijo el Profeta, *"te recordará a Satanás. La señal cierta para reconocerlo es que al verlo te estremecerás ante él."* Fue como había dicho, y, después de darle muerte, Abdallah pudo escapar indemne.

Cualquier idea de la proyectada incursión contra Medina fue abandonada entonces, pero al mes siguiente, sin duda como venganza por la muerte de uno de sus jefes, algunos hombres de Hudhayl atacaron a seis musulmanes que se dirigían hacia dos de las tribus vecinas más pequeñas para dar instrucción religiosa. El encuentro tuvo lugar en Rayi, una aguada cerca de la Meca. Tres de los hombres del Profeta murieron luchando, y los otros tres fueron hechos prisioneros, siendo muerto uno de ellos más tarde al intentar escapar. Entre los que perdieron la vida peleando se encontraba Asim de Aws, que había dado muerte a dos de los abanderados del Quraysh en Uhud. La madre de ellos había jurado que bebería vino en su cráneo, y los hombres de Hudhayl se mostraron resueltos a venderle la cabeza de Asim para ese propósito. Pero el cuerpo de Asim fue preservado de ellos por un enjambre de abejas hasta la caída de la noche, y a esta hora se lo llevó una inundación, de forma que el juramento de la madre nunca pudo cumplirse. En cuanto a los dos prisioneros, Jubayb de Aws y Zayd de Jazrach, fueron vendidos al Quraysh, que recibía con agrado cualquier forma de vengar a los muertos de Badr. Jubayb fue comprado por un confederado de los Bani Nawfal y regalado a un miembro de ese clan para que pudiera matarlo en venganza por su padre. Safwan compró a Zayd con la misma finalidad, y los dos hombres fueron mantenidos cautivos en la Meca hasta que pasaron los dos meses sagrados.

Después de la visión de la luna nueva de Safar fueron sacados del recinto santificado y llevados a Tanim. Allí se encontraron ambos por primera vez desde su reclusión, y se abrazaron y exhortaron mutuamente a la paciencia. Entonces los Bani Nawfal y otros que se encontraban con ellos se llevaron a Jubayb a una cierta distancia, y cuando él vio que se disponían a atarlo a

un poste les pidió que le permitieran rezar antes. Hizo entonces dos ciclos de la plegaria ritual. Se dice que fue él quien inauguró la costumbre de que un condenado haga una plegaria antes de morir. Luego lo ataron al poste, diciendo: *"Abandona el Islam y te dejaremos en libertad." "No renunciaría al Islam"*, dijo, *"si por hacerlo obtuviera todo cuanto hay sobre la tierra." "¿No desearías que Muhámmad estuviese en tu lugar"*, le dijeron, *"y tú estar sentado en tu casa?" "No querría que Muhámmad fuese pinchado por una sola espina para que por ello yo pudiera estar sentado en mi casa"*, respondió. *"¡Jubayb, abjura!"* insistieron, *"porque si no lo haces con toda seguridad que te mataremos." "Que yo muera por la causa de Dios no es sino una insignificancia, si muero en Él"*, dijo, y luego: *"En cuanto a haberme apartado la cara de la dirección de la santidad"* —quería decir de la Meca, porque lo habían puesto mirando hacia otra dirección— ciertamente Dios ha dicho: *"Adonde quiera que os volváis, allí estará la Faz de Dios."* (II, 115).

A continuación dijo: *"¡Oh Dios! No hay aquí ningún hombre que lleve a Tu Enviado mi saludo de paz, llévaselo, pues, Tú."* El Profeta se encontraba entonces sentado con Zayd y otros de sus compañeros en Medina, y le sobrevino un estado como cuando descendía sobre él la Revelación, y le oyeron que decía*: "Este es Gabriel, que me trae el saludo de paz de Jubayb."*(W.360).

El Quraysh tenía consigo a unos cuarenta muchachos cuyos padres habían sido muertos en Badr, y a cada chico le dieron una lanza y le dijeron: *"Este es quien mató a vuestros padres."* Le alancearon pero no lo mataron; un hombre puso entonces su mano sobre la mano de uno de los muchachos y asestó a Jubayb una herida mortal, y otro hizo lo mismo; sin embargo, continuó con vida durante una hora más, repitiendo continuamente las dos testificaciones del Islam: *"No hay dios sino Dios, y Muhámmad es el Enviado de Dios".*

Su compañero cautivo, Zayd, también fue ejecutado, y él igualmente hizo una plegaria de dos ciclos antes de ser atado al poste, y dio respuestas similares a las mismas preguntas. Ajnas ibn al-Shariq, el confederado de Zuhrah que había acudido con los otros a Tanim, se vio impelido a hacer la siguiente observación: *"Ningún padre amó tanto a su hijo como los compañeros de Muhámmad aman a Muhámmad."*

Cuando Ubaydah murió, después de su combate individual con Utbah al comienzo de la batalla de Badr, dejó una viuda muchos años más joven que él, Zaynab, la hija de Juzaymah de la tribu beduina de Amir. Era ella de naturaleza muy generosa, y ya antes de los días del Islam se la conocía como *"la madre de los pobres"*. Un año después de enviudar seguía sin haber vuelto a casarse, y cuando el Profeta le pidió que se casase con él ella aceptó con alegría. Se preparó para ella un cuarto aposento en su casa contigua a la Mezquita, y sin duda debido a esta nueva alianza el Profeta recibió entonces una visita de Abu Bara, el anciano jefe de la tribu de Zaynab. Cuando se le expuso el Islam manifestó que no le producía repulsión. No se convirtió entonces, sin embargo, pero pidió que fuesen enviados algunos musulmanes para instruir a toda su tribu. El Profeta dijo que temía que fuesen atacados por otras tribus. Los Bani Amir eran una rama de los Hawazin y su territorio se extendía al sur de Sulaym y otras tribus de Gatafán, contra las cuales el oasis de Yathrib tenía que estar continuamente en guardia. Pero Abu Bara prometió que nadie violaría la protección que, como jefe de Amir, les diese. El Profeta escogió entonces a cuarenta de sus Compañeros sumamente representativos del Islam tanto en piedad como en conocimiento, y al frente de ellos puso a un hombre de Jazrach, Mundhir ibn Amr. Uno de ellos era Amir ibn Fuhayrah, el liberto elegido por Abu Bakr para que los acompañase al Profeta y a él durante la Hégira.

Se desconocía en Medina que el liderazgo de Abu Bara era contestado dentro de su tribu, y su sobrino, que aspiraba a ser jefe en lugar suyo, dio muerte a uno de los Compañeros que había sido enviado por delante con una carta del Profeta, e invitó a su tribu a matar a los otros. Cuando se vio que la tribu se mostraba casi unánime en la aceptación de la protección de Abu Bara, el decepcionado sobrino envió un mensaje de instigación a dos clanes de Sulaym que recientemente habían estado involucrados en hostilidades con Medina. Rápidamente enviaron

un destacamento de jinetes que masacró a los sorprendidos musulmanes en su campamento junto al pozo de Maunah; tan sólo se salvaron dos hombres que habían salido para apacentar los camellos. Uno de ellos era Harith ibn al-Simmah, que con toda valentía había peleado en Uhud. El otro era Amr, del clan Damrah de Kinanah. Cuando regresaban de pastorear quedaron consternados al ver cómo gran número de buitres sobrevolaban en círculo el campamento situado a sus pies como sobre un campo de batalla cuando la lucha ha terminado. Encontraron a sus compañeros yaciendo muertos en su propia sangre, con los jinetes de Sulaym cerca de ellos, absortos en una discusión tan ardorosa entre ellos que no parecieron advertir la presencia de los recién llegados. Amr era partidario de escapar a Medina con las noticias, pero Harith dijo: *"Yo no soy uno que se abstenga de luchar en un campo en el que Mundhir ha sido muerto"*, y se arrojó sobre el enemigo matando a dos de ellos antes de que él y Amr fuesen reducidos y hechos prisioneros. Estaban extrañamente poco inclinados a darles muerte, ni siquiera a Harith, aunque dos de sus hombres acababan de morir a sus manos, y le preguntaron qué debían hacer con él. El les respondió que sólo quería que lo llevasen a donde yacía el cuerpo de Mundhir y que le diesen armas y libertad para combatirles a todos. Le concedieron la petición, y mató a otros dos hombres antes de perder él mismo finalmente la vida. A Amr lo dejaron en libertad y le pidieron que les dijese los nombres de sus compañeros muertos. Se acercó con ellos a cada uno y les fue diciendo su nombre y su linaje. Luego le preguntaron si faltaba alguno. *"No puedo encontrar a un liberto de Abu Bakr"*, dijo, *"llamado Amir ibn Fuhayrah." "¿Qué posición ocupaba entre vosotros?"*, le preguntaron. *"Él era uno de los mejores de nosotros,"* dijo Amr, *"uno de los primeros Compañeros de nuestro Profeta." "¿Te cuento lo que le sucedió?"* le dijo quien lo estaba interrogando. Entonces llamaron a uno de ellos, Yabbar, que había matado a Amir, y Yabbar contó cómo se había acercado a él por detrás y lo había herido entre los hombros con una lanza. La punta le salió por el pecho, y con el último aliento pronunció las palabras *"He triunfado por Dios". "¿Qué podía querer decir eso?"*, pensó Yabbar, sintiendo que él mismo tenía más derecho a proclamar su triunfo. Asombrado, sacó la lanza, y su asombro fue aún mayor cuando unas manos invisibles alzaron el cuerpo hacia el cielo hasta que se perdió de vista. Cuando explicaron a Yabbar que *"triunfo"* quería decir el Paraíso abrazó el Islam. El Profeta dijo al enterarse del acontecimiento que los Ángeles se habían llevado a Amir al Illiyyun (W. 349), que es uno de los Paraísos supremos. (Corán, LXXXIII, 18-19).

Los hombres de Sulaym se volvieron a su tribu, donde la historia de lo que había sucedido fue contada una y otra vez, siendo éste el comienzo de la conversión de los sulaymies. En cuanto al superviviente liberado, Amr; le dijeron que la masacre había sido instigada por los Bani Amir, y de vuelta a Medina asesinó a dos hombres de esa tribu, pensando que así vengaba a sus compañeros muertos. Pero los dos hombres eran de hecho completamente inocentes, leales a Abu Bara, y habían reconocido su protección de los creyentes. Así pues, el Profeta insistió en que se tenía que pagar a sus parientes más cercanos el precio de sangre por ello debido.

Capítulo 57

Bani Nadir

La tribu de Nadir era desde hacía mucho tiempo confederada de los Bani Amir, y el Profeta se decidió a solicitar su ayuda para el pago del precio de sangre. Fue, pues, a verlos con Abu Bakr, Omar y otros de los compañeros y les expuso el asunto. Se mostraron dispuestos a hacer lo que pedía y les invitaron a quedarse mientras les preparaban una comida. El Profeta aceptó su invitación y algunos de los judíos se retiraron, entre ellos uno de sus jefes, Huyay, en apariencia para dar instrucciones sobre el agasajo de los invitados. Mientras se encontraban allí sentados, delante de una de las fortalezas, Gabriel se apareció al Profeta, invisible para todos salvo para él, y le dijo que los judíos planeaban matarlo y que tenía que volver a Medina de inmediato. Se levantó entonces, dejando a los demás sin decir palabra, y todos supusieron que se les reuniría rápidamente. Pero cuando pasó algún tiempo y no regresaba, Abu Bakr sugirió a los otros Compañeros que ellos también debían marcharse. Así pues, dejaron a los judíos y se fueron a la casa del Profeta. Él les explicó lo que había sucedido y luego envió a Muhámmad ibn Maslamah a los Bani Nadir, dándole instrucciones sobre lo que tenía que decirles. Fue rápidamente a sus fortalezas y algunos de sus jefes salieron a recibirlo. *"El Enviado de Dios,* —les dijo— *me ha enviado a vosotros, y ha dicho: 'Por vuestro propósito de matarme habéis roto el pacto que hice con vosotros'."* Entonces, después de contarles los detalles exactos de la conjura, como el Profeta le había ordenado hacer, les hizo saber el punto esencial de su mensaje: *"Os doy diez días para que partáis de mi país"*, decía el Profeta. *"Cualquiera que sea visto después de ese plazo será decapitado." "¡Oh hijo de Maslamah",* dijeron, *"nunca pensamos que un hombre de Aws nos traería un mensaje de ese tenor." "Los corazones han cambiado"*, fue la respuesta.

La mayoría de ellos ya habían comenzado los preparativos para la marcha, pero Ibn Ubayy les envió un mensaje incitándolos a quedarse y prometiéndoles su apoyo, y Huyay, no sin dificultad, los persuadió para que se mantuvieran firmes, porque estaba seguro de que sus aliados beduinos no les fallarían en la crisis, y mucho menos sus poderosos aliados de la ciudad, los judíos de Bani Qurayzah. Después de enviar peticiones urgentes de ayuda a todos, mandó a su hermano al Profeta con el mensaje: *"No abandonaremos nuestras moradas y nuestras posesiones; haz pues lo que quieras." "Allahu Akbar",* dijo el Profeta, *"Dios es el más grande",* y sus Compañeros que estaban sentados con él repitieron su magnificación. *"Los judíos nos han declarado la guerra"*, les informó. Inmediatamente reunió un ejército y, poniendo el estandarte en las manos de Ali, se puso en camino hacia los caseríos de los Bani Nadir, un poco al sur de la ciudad. Hicieron la plegaria del mediodía en un espacioso recinto que los judíos habían desocupado porque se encontraba fuera de sus defensas. Después de la plegaria el Profeta condujo sus tropas hacia las fortalezas.

Sus murallas estaban guarnecidas por arqueros y honderos que también tenían a su disposición rocas por si llegaban a ser atacados los muros. Los dos bandos mantuvieron un intercambio de flechas y piedras hasta la caída de la noche. Los judíos habían quedado asombrados por la rapidez de los asaltantes, pero al día siguiente —eso pensaban ellos— tenía que llegar auxilio de los Qurayzah e ibn Ubayy, y luego, al cabo de dos o tres días, sus aliados de Gatafán estarían con ellos. Mientras tanto, el ejército musulmán estaba siendo incrementado por un continuo flujo de hombres procedentes de Medina que por una u otra razón no habían podido salir con el Profeta. Para cuando llegó el momento de la plegaria de la noche el ejército, enormemente reforzado, era lo bastante numeroso como para rodear al enemigo por todos lados. El Profeta hizo la plegaria con ellos, y luego se volvió con diez de sus Compañeros a Medina, dejando a Ali al mando del campamento. Durante toda la noche estuvieron entonando

una letanía de magnificación hasta que fue la hora de la plegaria del alba. El Profeta se les reunió durante la mañana.

Los días pasaban y los Bani Nadir comenzaron a desesperar de una ayuda que muchos de ellos habían creído segura. Los Bani Qurayzah rehusaban romper su pacto con el Profeta, los Bani Gatafán guardaban un enigmático silencio y de nuevo Ibn Ubayy se veía forzado a admitir que nada podía hacer. A medida que las esperanzas de los asediados disminuían aumentaba la animosidad entre ellos. Hacía tiempo que la tribu estaba escindida por el rencor y el odio, y ahora que se encontraban completamente aislados del mundo exterior, sin señal de ayuda en ninguna dirección, se sentía que la situación era intolerable; y lo fue completamente cuando, pasados unos diez días, el Profeta ordenó talar algunas de las palmeras que estaban a la vista de las murallas. Era esto un sacrificio, porque sabía que el territorio era virtualmente suyo, pero se hizo con el permiso Divino (Corán LIX, 5),que podía tomarse como un mandato, y tuvo el efecto inmediato de derrumbar la resistencia del enemigo. Sus palmeras eran para ellos motivo de orgullo, y constituían una de sus principales fuentes de ingresos, y si ahora eran forzados a abandonar su tierra las seguirían considerando como suyas, porque tenían motivos para esperar que en un futuro cercano tendrían la oportunidad de recobrarla. El Quraysh había prometido erradicar el Islam del oasis. Pero si las palmeras eran destruidas llevaría muchos años el reponerlas. Sólo unas pocas habían sido derribadas, pero ¿hasta dónde podían llevar esta destrucción? Huyay envió un mensaje al Profeta diciéndole que abandonarían su tierra. El Profeta, sin embargo, respondió que ya no estaba dispuesto a aceptar que se llevasen consigo al exilio todas sus posesiones. *"Marchaos de vuestra tierra"*, dijo, *"y llevaos con vosotros todo lo que vuestros camellos puedan cargar, excepto vuestras armas y armaduras."*

Huyay se negó en un principio, pero sus compañeros de tribu le obligaron a aceptar y reiniciaron los preparativos que habían sido interrumpidos dos semanas antes. Las puertas de sus casas e incluso los dinteles fueron cargados sobre camellos, y cuando todo estuvo dispuesto se pusieron en marcha hacia el norte sobre la ruta de Siria. No se recordaba haber visto jamás una caravana tan imponente. Al abrirse paso a través del atestado mercado de Medina, los camellos iban en fila de a uno, y cada cual a su paso era objeto de admiración, tanto por la riqueza de sus arreos como por el valor de la carga. Las espléndidas cortinas de las literas se descorrieron para mostrar a las mujeres vestidas de seda, brocado o terciopelo, verde, encarnado, la mayoría de ellas cargadas de ornamentos del cobre más fino, engastados con rubíes, esmeraldas y otras piedras preciosas. Se sabía que los Bani Nadir eran opulentos pero hasta entonces sólo una pequeña porción de sus riquezas había sido vista por otros que no fuesen ellos mismos. Prosiguieron su marcha al son de panderos y pífanos, y anunciaron orgullosamente que si habían tenido que dejar sus palmeras tenían otras igualmente buenas en otra parte, y hacia ellas pues se dirigían. Muchos de ellos se detuvieron y se establecieron en tierras que poseían en Jaybar, pero otros prosiguieron más hacia el norte y se asentaron en Jericó o el sur de Siria. Según la Revelación, la tierra de los Bani Nadir y todo lo que dejaron tras ellos era la posesión del Profeta, para ser dada a los pobres y necesitados y en particular a *"los Emigrados necesitados que han sido expulsados de sus hogares"* (LIX, 8). Solamente dos de los Ansar recibieron una porción, y eso se debió a su pobreza. Pero al dar la mayor parte a los Emigrados el Profeta los hizo independientes, y de esta manera liberó a los Ansar de una pesada carga.

Capítulo 58

Paz y Guerra

Durante los meses que siguieron, poco después del Año de 626, Fatimah dio a luz otro hijo. Al Profeta le gustaba tanto el nombre "al-Hasan" que entonces puso al hermano menor el nombre de "al-Husayn", que significa *"el pequeño Hasan"* o, lo que es lo mismo, *"el hermosito"*. Por la misma época más o menos su nueva esposa, Zaynab, *"la madre de los pobres"* enfermó y murió, menos de ocho meses después de haberla desposado Muhámmad. El Profeta dirigió la oración funeraria y la enterró en el Baqi, no lejos de la tumba de su hija Ruqayyah. Al mes siguiente su primo Abu Salamah moría a causa de una herida recibida en Uhud que se había cerrado demasiado pronto y luego se había vuelto a abrir. El Profeta estuvo con él en sus momentos finales y pidió por él mientras exhalaba su último aliento, y fue el Profeta quien le cerró los ojos cuando hubo fallecido.

Abu Salamah y su esposa habían sido una pareja sumamente fiel, y ella había querido que ambos hicieran un pacto: si uno de los dos moría, el otro no volvería a casarse; pero él dijo que si él moría primero, ella debía casarse de nuevo, e hizo la siguiente plegaria: *"Dios conceda a Umm Salamah después de mí un hombre que sea mejor que yo, uno que no le cause tristeza ni daño."* Cuatro meses después de su fallecimiento, el Profeta fue a verla y le pidió su mano en matrimonio. Ella le respondió que temía no ser buen partido para él, *"yo soy una mujer cuyos mejores años ya han pasado"*, dijo, *"y soy la madre de unos huérfanos. Además, soy de naturaleza muy celosa, y vos, oh Enviado de Dios, ya tenéis más de una esposa."* El le respondió: *"En cuanto a la edad, la mía es mayor que la vuestra. Por lo que se refiere a vuestros celos, pedid a Dios para que os los quite. Con respecto a vuestros hijos huérfanos, Dios y Su Enviado cuidarán de ellos"*. Se celebró, pues, el matrimonio, y Muhámmad la alojó en la casa que había pertenecido a Zaynab.

A pesar de lo que había dicho sobre su edad, Umm Salamah aún se encontraba en su juventud: no tenía más de veintinueve años. Solamente contaba con dieciocho cuando había emigrado a Abisinia con Abu Salamah. En cuanto a sus celos, temía con razón que este matrimonio la pondría a prueba, y no era ella la única que albergaba temores de esa naturaleza. Aishah había aceptado a Hafsah sin dificultad, y también a Zaynab; pero con esta nueva esposa era diferente, en parte sin duda porque ella misma era ya algo mayor, con casi catorce años de edad. Había visto a menudo a Umm Salamah, y ambas habían hecho los preparativos para la boda de Fatimah. Pero nunca la había considerado como una posible rival. Sin embargo, cuando todo el mundo en Medina hablaba del nuevo matrimonio del Profeta y de la gran belleza de la novia, Aishah se encontraba preocupada e inquieta. *"Me encontraba en un estado de profunda tristeza"*, dijo más tarde, *"por lo que me habían contado de su belleza; me hice, pues, simpática a ella para poder observarla atentamente, y vi que era mucho más hermosa de lo que habían dicho. Se lo conté a Hafsah, y ella observó: 'No, no son sino tus celos; ella no es como dicen'."* Entonces ella también se hizo agradable a Umm Salamah para poder juzgar por sus propios ojos, y dijo después: *"La he observado, pero no es como tú dijiste, ni mucho menos, aunque ciertamente es bella"*. "Entonces fui de nuevo a verla, y era, por mi vida, como Hafsah había dicho. Sin embargo tenía celos" (I.S. VIII, 660).

Se acercaba el momento del segundo encuentro en Badr, de acuerdo con el desafío de despedida de Abu Sufyan después de Uhud —un desafío que el Profeta había aceptado—. Pero era un año de sequía, y Abu Sufyan veía que no iba a haber ni una brizna de hierba para dar de comer a sus camellos y caballos durante el camino. Todo el forraje para la expedición habría que llevarlo desde la Meca, y sus reservas ya estaban mermadas. Pero le repugnaba el deshonor de

romper la cita que él mismo había propuesto. Era de desear que fuese Muhámmad el que la rompiese, pero habían llegado informes de Yathrib de que ya estaba haciendo preparativos para partir. ¿Podría ser inducido a cambiar de idea? Abu Sufyan fue a consultar con Suhayl y uno o dos jefes más del Quraysh, y elaboraron un plan. Sucedió que en aquella época se encontraba en la Meca un amigo de Suhayl, llamado Nuaym, uno de los hombres principales de los Bani Asya, un clan de Gatafan. Les pareció que podían confiar en él y, puesto que no era del Quraysh, podía hacerse pasar por un observador neutral y objetivo. Le ofrecieron veinte camellos si lograba convencer a los musulmanes para que renunciasen a su proyecto de ir a Badr. Nuaym se mostró conforme, y al punto se encaminó hacia el oasis, donde pintó un cuadro alarmante de las fuerzas que Abu Sufyan estaba preparando para llevar a Badr. Habló con los diferentes sectores de la comunidad: Ansar, Emigrados, judíos e hipócritas, y quiso terminar su valoración del peligro con un consejo apremiante: *"Por lo tanto, quedaos aquí y no salgáis a luchar contra ellos. ¡Por Dios, no creo que ni uno solo de vosotros escaparía con vida!"* Los judíos y los hipócritas se alegraron por las noticias de los preparativos mequíes para la guerra, y ayudaron a difundir las nuevas por toda la ciudad. Tampoco dejó Nuaym de impresionar a los musulmanes, muchos de los cuales se inclinaban a pensar que, sin duda, sería imprudente salir hacia Badr. Le llegaron al Profeta noticias de esta actitud, y comenzó a temer que nadie quisiese partir con él. Pero Abu Bakr y Omar le insistieron para que de ningún modo rompiese su pacto con el Quraysh; *"Dios prestará apoyo a Su Religión"*, dijeron, *"y dará fuerza a Su Enviado." "Marcharé,"* dijo el Profeta, *"aunque vaya solo."*

Estas pocas palabras le costaron a Nuaym sus camellos, haciendo vanos todos sus esfuerzos justo cuando empezaba a pensar que había tenido éxito. Pero a pesar suyo quedó impresionado por el fracaso completo de su misión: en Medina estaba funcionando algún poder que estaba por completo más allá de su influencia y de su experiencia, y las semillas del Islam quedaron sembradas en su corazón. El Profeta se puso en marcha, como en un principio había planeado, con mil quinientos hombres a camello y diez a caballo. Muchos de ellos llevaban consigo mercancías, con el fin de comerciar en la feria de Badr.

Mientras tanto, Abu Sufyan se había dirigido al Quraysh en estos términos: *"Salgamos y pasemos una o dos noches en el camino para luego regresar. Si Muhámmad no acude tendrá noticias de que nosotros partimos y luego volvimos porque él no se presentó a la cita. Esto irá en su contra y a nuestro favor."* Pero lo que sucedió fue que el Profeta y sus compañeros pasaron ocho días en la feria de Badr, y los que allí acudieron difundieron por todos lados la noticia de que el Quraysh había roto su palabra pero que Muhámmad y sus seguidores habían mantenido la suya y habían hecho acto de presencia para luchar contra el Quraysh, como habían prometido. Cuando llegaron a la Meca las nuevas de la gran victoria moral de su enemigo y de su propia derrota moral a los ojos de toda Arabia, Safwan y otros censuraron acremente a Abu Sufyan por haber propuesto el segundo encuentro en Badr. Pero esta humillación, sin embargo, sirvió para que intensificaran sus preparativos para la definitiva e imperecedera venganza que planeaban infligir al fundador y a los seguidores de la nueva religión.

Después del regreso de Badr el Profeta disfrutó de un mes pacífico en Medina, y luego, a comienzos del quinto año islámico, en junio de 626, llegaron noticias de que algunos clanes de Gatafan preparaban de nuevo una incursión contra el oasis. El Profeta marchó inmediatamente hacia la llanura de Nachd con cuatrocientos hombres, pero el enemigo desapareció, como había sucedido anteriormente cuando estaban casi sobre ellos. Fue en esta expedición cuando, en el momento en que parecía más inminente el encuentro, el Profeta recibió la Revelación que le instruía acerca de cómo realizar la "*Plegaria del Temor*", es decir, cómo un ejército debe abreviar la plegaria ritual y modificar sus movimientos en los momentos de peligro, y cómo algunos deben mantener la vigilancia mientras otros hacen la plegaria (Corán, IV, 101-2).

Uno de los Ansar presentes en aquella fuerza era Yabir, el hijo de Abdallah. Años después contaría un incidente que tuvo lugar en uno de sus campamentos: *"Estábamos con el Profeta cuando un Compañero trajo un pajarito que había cogido, y uno de los padres del pájaro vino y se arrojó a las manos de quien había tomado a su pequeñuelo. Vi cómo las caras de los*

hombres se llenaban de asombro, y el Profeta dijo: '¿Os asombráis de este pájaro? Habéis cogido a su pequeño y se ha lanzado con una ternura misericordiosa hacia él. Sin embargo, juro por Dios que vuestro Señor es más misericordioso con vosotros que este pájaro con su cría' (W. 487). Y le dijo al hombre que devolviese la cría al lugar donde la había encontrado."

El Profeta también dijo: *"Dios tiene cien misericordias, y ha enviado una de ellas entre los yins y los hombres, el ganado y las bestias de presa. Por ello son amables y misericordiosos los unos con los otros, y por ello la criatura salvaje se inclina con ternura hacia su descendencia. Y Dios se ha reservado para Si noventa y nueve misericordias, para con ellas mostrar misericordia a Sus siervos el Día de la Resurrección."* (M. XLIX, 4).

Yabir también relató cómo en el camino de vuelta a Medina la mayoría de las tropas iban por delante, mientras que el Profeta y unos pocos más cabalgaban en la retaguardia. Pero el camello de Yabir estaba viejo y débil y no podía seguir el paso de la fuerza principal, por lo que pronto el Profeta le dio alcance y le preguntó por qué iba tan retrasado*: " '¡Oh Enviado de Dios!' —contesté— 'este camello mío no puede ir más rápido'. 'Ponle de rodillas' —dijo el Profeta, que a su vez arrodilló también a su propio camello—. Entonces dijo: 'Dame ese palo', lo cual hice. Lo cogió y le dio uno o dos pinchazos con él. A continuación me dijo que montase, y proseguimos nuestro camino, y por Aquél que envió al Profeta con la verdad, mi camello dejó atrás al suyo".*

"Por el camino hablé con el Enviado de Dios, y me dijo: '¿Quieres venderme tu camello?'. Yo respondí: 'Os lo daré'. 'No', dijo él, 'sino véndemelo'. Yabir sabía, por el tono de voz del Profeta, que tenía que regatear. 'Le pedí', comenzó Yabir, 'que me dijese un precio', y él respondió: 'Lo tomaré por un dirhem' 'No', fue mi respuesta, 'porque entonces me estarías dando demasiado poco' 'Por dos dirhem', dijo él. 'No', volví a negarme, y siguió subiendo el precio hasta que llegó a los cuarenta dirhem, es decir, una onza de oro, cantidad que acepté. Entonces dijo él: '¿Estás ya casado, Yabir?', y cuando le respondí que sí, inquirió: '¿Con una mujer que ya estuvo casada antes o con una virgen?' 'Con una mujer que ya estuvo casada', respondí. '¿Y por qué no con una doncella', dijo él, 'con la que tú podrías jugar, y ella contigo?' '¡Oh Enviado de Dios', le contesté, 'mi padre fue abatido en la jornada de Uhud, y me dejó con siete hermanas, por lo que me casé con una mujer maternal que las agrupase en torno suyo, les peinase el cabello y cuidase de sus necesidades'. Estuvo de acuerdo en que había hecho una buena elección, y a continuación dijo que cuando llegásemos a Sirar, que estaba sólo a unas tres millas de Medina, sacrificaría camellos y pasaríamos el día allí, y ella tendría noticias de nuestro regreso a casa, de modo que podría ponerse a sacudir el polvo de los cojines. 'No tenemos cojines', le dije al Profeta. 'Vendrán', respondió él, 'cuando regreses, pues, haz lo que haya que hacer'.

"La mañana después de nuestra vuelta cogí mi camello y lo arrodillé delante de la puerta del Profeta. El Profeta salió y me dijo que dejase el camello y me fuese a hacer dos 'raka' en la Mezquita, lo cual hice. Luego ordenó a Bilal que me pesara una onza de oro, y me dio un poco más de lo que marcaba la balanza. La tomé y me volví para irme, pero el Profeta me llamó nuevamente. 'Coge tu camello', dijo, 'es tuyo, y guárdate el precio que se te ha pagado por él'." (I.I. 664).

Fue en estos meses, entre una campaña y otra, cuando Salman el Persa acudió al Profeta para buscar su consejo y su ayuda. Su amo, un judío de los Bani Qurayzah, lo mantenía trabajando tan duramente en su propiedad al sur de Medina que nunca había podido tener un contacto estrecho con la comunidad musulmana. Ni siquiera se había planteado el estar en Badr o Uhud o tomar parte en cualquiera de las incursiones menores que el Profeta había conducido o enviado durante los últimos cuatro años. ¿No existía ninguna forma de escapar de su situación presente? Le había preguntado a su amo cuánto le costaría comprar su libertad, pero el precio excedía de sus posibilidades. Tendría que pagar cuarenta onzas de oro y plantar trescientas palmeras datileras. El Profeta le dijo que escribiera un contrato a su amo para pagar el oro y plantar las palmeras; luego llamó a los Compañeros para que ayudaran a Salman con las palmeras, cosa que hicieron, aportando un'o treinta retoños de palmera, otro veinte, y así sucesivamente, hasta que se reunió la cantidad completa. "Ve y cava los hoyos, Salman", dijo el Profeta, "y cuando lo hayas hecho, dímelo; mía será la mano que introduzca en ellos las

palmeras." Los Compañeros ayudaron a Salman a preparar el suelo, y el Profeta plantó cada uno de los trescientos renuevos, lOS cuales arraigaron y crecieron.

En cuanto al precio del rescate, al Profeta le habían dado una pieza de oro del tamaño de un huevo de gallina extraída de una mina. Él se la dio a su vez a Salman, diciéndole que con ello comprase su libertad. *"¿Hasta dónde alcanzará esto de lo que tengo que pagar?"*, dijo Salman, pensando que se había subestimado bastante el precio. El Profeta le cogió el oro e introduciéndolo en su boca le dio unas vueltas con la lengua, luego se lo devolvió a Salman y le dijo: *"Tómalo y paga con ello todo el precio."* Salman pesó la pieza y arrojó un peso de cuarenta onzas, convirtiéndose así en un hombre libre. (I.I.141-2).

Transcurrió otro mes de paz en Medina, y luego, a la cabeza de un millar de hombres, el Profeta realizó una rápida marcha de unas quinientas millas hacia el norte hasta el límite de bumat al-Yandal, un oasis en las márgenes de Siria que se hallaba infestado de merodeadores, la mayoría de ellos de los Bani Kalb. Más de una vez habían saqueado provisiones de aceite, harina y otras mercancías que iban de camino a Medina. Existían también razones para suponer que habían establecido un acuerdo con el Quraysh, lo que significaba que rodearían a los musulmanes por el norte cuando llegase el día en que se desencadenara una ofensiva general contra el Islam. El Profeta y sus Compañeros tenían continuamente presente ese día, y aunque el resultado inmediato de la expedición no fuese más que la dispersión de los merodeadores y la captura de sus rebaños que pacían en los pastos meridionales del oasis, tendría también el efecto deseado de dejar impresa en las tribus del norte en general la sensación de la presencia de un poder nuevo y en rápido aumento en Arabia. Los años de discordia habían sido reemplazados por una fuerza expansiva estrechamente unida que podía golpear por todas partes con asombrosa rapidez y que era tanto más de temer cuanto que se sabía que el ataque era su más seguro medio de defensa.

Ésa era la impresión exterior; pero para quienes eran capaces de acercarse más la fuerza era vista como aún mayor de lo que parecía, porque estaba basada en una unidad que en sí misma era un milagro. La Revelación había dicho al Profeta: *"Aunque hubieras gastado todo Cuanto hay en la tierra, no habrías podido unir sus Corazones. Sin embargo, Dios ha podido unirlos"* (VIII, 63). La presencia del Profeta era, con todo, uno de los principales medios de realizar esta unidad. Providencialmente, la atracción de esa presencia había sido hecha tan poderosa que ningún hombre de buena voluntad podía resistirla. *"Ninguno de vosotros tendrá fe hasta que yo le sea más querido que su hijo y su padre y que todos los hombres juntos."* (M. I, 16). Pero estas palabras del Profeta no eran tanto una exigencia como una confirmación de la exactitud de un amor que ya había sido dado, un amor que tan a menudo hallaba su expresión en las palabras: *"Que mi padre y mi madre sean tu rescate."*

Un tiempo de paz no era un tiempo de descanso para el Profeta. Proponía como un ideal que un tercio de cada ciclo de veinticuatro horas debía ser para el servicio divino, otro tercio para el trabajo y otro para la familia. Este último incluía el empleado en dormir y comer. En cuanto al servicio divino, buena parte de él se hacía durante la noche. Además de las plegarias de la noche y del alba hacían plegarias supererogatorias según el mismo modelo. El Corán también imponía largas recitaciones de sus propios versículos, y el Profeta recomendaba diversas letanías de arrepentimiento y alabanza. El servicio divino nocturno de larga duración se había establecido como norma en las primeras Revelaciones, pero la comunidad que había recibido éstas había sido una comunidad de elegidos espirituales. Medina también había contado con su élite inicial de creyentes. Pero la rápida difusión del Islam, en pocos años había convertido a los elegidos en una minoría. A ellos se refería una Revelación, que tuvo lugar en aquel tiempo, al mencionar a *"un grupo de los que están Contigo"*. Dicho versículo fue revelado con el fin de disminuir el sentido de obligación ligado a las largas vigilias: *"Ciertamente tu Señor sabe que te mantienes en vigilia casi dos tercios de la noche y algunas veces la mitad o un tercio de ella, tú y un grupo de los que están contigo. Dios mide la noche y el día. Él sabe que no podréis cumplir plenamente con ello, y por eso os perdonará. ¡Recitad, pues, lo que podáis del Corán!"* (LXXIII, 20).

Los elegidos de los Compañeros continuaron sin embargo haciendo plegarias durante la noche, cuyo último tercio decía el Profeta que era especialmente bendito: *"Cada noche, cuando todavía queda un tercio por transcurrir, nuestro Señor —bendito y exaltado sea— desciende al cielo más bajo y dice: '¿Quién me llama, para que Yo pueda responderle? ¿Quién me pide, para que Yo pueda darle? ¿Quién pide perdón, para que Yo pueda perdonarlo?'."* (B. XIX, 12). También fue revelado por esta época, definiendo a los creyentes: *"Abandonan sus lechos para invocar a su Señor con temor y dan de lo que les hemos concedido. Ningún alma conoce la bendición oculta que les está reservada por lo que acostumbran a hacer"* (XXXII, 16-17).

La igual distribución de las horas del ciclo diario entre las tres exigencias de servicio divino, trabajo y familia sólo podía ser aproximada. En cuanto a la familia, el Profeta no disponía de una habitación propia. Cada noche se trasladaba a la estancia de la esposa a la que le correspondía el turno de brindarle un hogar durante las veinticuatro horas siguientes. Durante el día recibía frecuentes visitas de sus hijas y de su tía Safiyyah o él las visitaba. Fatimah traía a menudo a sus dos hijos para que le vieran; Hasan tenía ya casi un año y medio de edad, y Husayn, de ocho meses, ya estaba comenzando a andar. El Profeta también amaba a su nietecilla Umamah, que casi siempre acompañaba a su madre Zaynab. En una o dos ocasiones la llevó consigo a la Mezquita, subida sobre sus hombros, y en esa posición la mantuvo mientras recitaba los versículos del Corán, bajándola antes de las inclinaciones y prosternaciones, y devolviéndola a sus hombros al recuperar la posición erecta. (I.S. VIII, 26). Otro amado era Usamah, el hijo de quince años de Zayd y Umm Ayman, muy querido del Profeta tanto por sus padres como por él mismo. Como un nieto de la casa, a menudo se le encontraba dentro o alrededor de ella.

La mayoría de las tardes el Profeta visitaba a Abu Bakr, como había hecho en la Meca. Hasta cierto punto las exigencias del trabajo y la familia coincidían, porque con frecuencia deseaba hablar con Abu Bakr sobre asuntos de estado, al igual que lo hacía con Zayd y con sus dos yernos Ali y Uthman. Pero el trabajo amenazaba invadir la totalidad de la vida del Profeta, ya que en toda Medina ninguna voz podía compararse con la suya a la hora de resolver un problema, contestar una pregunta o zanjar una disputa. Incluso aquéllos que no creían que era un Profeta buscaban su ayuda si era necesario, a no ser que fuesen demasiado orgullosos. Las disputas entre los musulmanes y los judíos no eran infrecuentes, y a menudo la culpa la tenía un fervor mal entendido, como cuando, por ejemplo, uno de los Ansar golpeó a un judío simplemente por un juramento que le había oído pronunciar. *"¿Juras tú* —dijo el musulmán— *por Aquél que eligió a Moisés sobre todos los hombres, cuando el Profeta está presente entre nosotros?"* El judío se quejó al Profeta, cuyo rostro estaba lleno de cólera cuando reprendió al agresor. En el Corán mismo se menciona a Dios diciendo: *"¡Moisés! Te he escogido sobre todos los hombres con Mis mensajes y con Mis palabras.* (VII, 144). El Corán también había dicho: *"Dios ha escogido a Adán, a Noé, a la familia de Abraham y a la de Imran por encima de todos"* (III, 33). Pero adivinando lo que pensaba el hombre, el Profeta añadió: *"No digas que soy mejor que Moisés"* (B. LXV, azora VII). También dijo, quizás refiriéndose a otro caso de celo equivocado: *"Que ninguno de vosotros diga que soy mejor que Jonás"* (B. LXV, azora XXXVII). La Revelación ya les había dado las palabras, como parte del credo musulmán: *"No hacemos distinción entre ninguno de Sus Enviados"*viii[i].

Además de lo que concernía al bienestar de la comunidad en su conjunto, tanto en su armonía interna como en sus relaciones con el resto de Arabia y los países allende sus fronteras, apenas pasaba un día sin que uno o varios creyentes buscasen su consejo o su ayuda en relación con algún problema puramente personal, ya material, como en el reciente caso de Salman, o espiritual, como cuando en una ocasión Abu Bakr le trajo a un hombre de los Bani Tamim, llamado Hanzalah, que se había establecido en Medina. Hanzalah había abordado primero a Abu Bakr con su problema, pero éste consideró que la respuesta en este caso debía venir de la autoridad suprema. La cara del hombre estaba llena de aflicción, y cuando el Profeta le preguntó, dijo: *"¡Enviado de Dios! Hanzalah es un hipócrita."* El Profeta le pidió que le explicase qué quería decir con esas palabras, y él respondió: *"Enviado de Dios! Estamos con vos, y nos habláis del Fuego y del Paraíso hasta que es como si estuviesen ante nuestros mismos ojos. Luego abandonamos vuestra presencia y nuestras mentes se absorben con nuestras esposas y nuestros hijos, y con nuestras riquezas, y ciertamente nos olvidamos*

mucho." La respuesta del Profeta puso de manifiesto que el ideal era buscar la perpetuación de la conciencia que tenían de las realidades espirituales sin alterar el tenor de sus vidas cotidianas: *"Por Aquél en cuyas manos está mi alma,"* dijo, *"si fueseis a permanecer siempre como cuando estáis en mi presencia, o como lo estáis en vuestros momentos de recuerdo de Dios, entonces los Ángeles bajarían para tomaros de la mano cuando estáis tumbados en vuestros lechos o cuando seguís vuestro camino. Pero sin embargo, Hanzalah, cada cosa tiene su momento."* (M. XLIX, 2).

Exigencias tales como éstas sobre el tiempo del Profeta no podían evitarse, pero había una necesidad creciente de que estuviese protegido de otros asuntos, y la protección que ahora vino no estuvo desconectada del siguiente acontecimiento, completamente inesperado, que sirvió para subrayar su posición especialmente privilegiada. Sucedió que un día quiso hablar con Zayd sobre algo y fue a su casa. Zayd se hallaba fuera de la casa, y cuando le dijeron a Zaynab, que en ese momento no esperaba visitas, que el Profeta había llegado, sintió un deseo tan grande de saludarlo que, incorporándose, corrió hacia la puerta para invitarle a quedarse. *"No está aquí, ¡oh Enviado de Dios!"*, dijo ella, *"pero entrad, que mi padre y mi madre sean vuestro rescate."*[ix][ii] Mientras ella permanecía en el umbral, como radiante figura de gozosa bienvenida, el Profeta quedó sorprendido por su belleza. Profundamente impresionado, se volvió y murmuró algo que ella no acertó a escuchar. Lo único que oyó claramente fueron sus palabras de admiración mientras se marchaba: *"¡Glorificado sea Dios, el Infinito! ¡Glorificado sea Aquél que dispone de los corazones de los hombres!"* Cuando Zayd regresó ella le contó la visita del Profeta y las palabras que le había escuchado pronunciar. Zayd se fue inmediatamente a verlo y dijo: *"Me han dicho que viniste a mi casa. ¿Por qué no entraste, tú que eres para mí más que mi padre y mi madre? ¿Acaso fue que Zaynab te cayó en gracia? Si es así, la dejaré."*[x][iii] *"Consérvala como tu esposa y teme a Dios"*, replicó el Profeta con alguna insistencia. En otra ocasión había dicho: *"De todas las cosas lícitas la más odiosa para Dios es el divorcio"* (A.D. XIII, 3). Cuando al día siguiente Zayd volvió a verle con la misma proposición, el Profeta de nuevo le insistió en que debía seguir con ella como esposa. Pero el matrimonio entre Zayd y Zaynab no había sido feliz, y Zayd no podía seguir así por mas tiempo; de modo que, por mutuo acuerdo con Zaynab, se divorciaron. Esto, sin embargo, no convertía a Zaynab en partido como esposa para el Profeta porque, aunque el Corán sólo había especificado que a los hombres les estaba prohibido casarse con las esposas de los hijos *"salidos de sus riñones",* era un firme principio social el no hacer ninguna distinción entre los hijos de nacimiento y los hijos de adopción. El Profeta tampoco podía ser partido para ella, porque ya tenía cuatro esposas, el máximo permitido por la ley islámica.

Pasaron algunos meses, y un día, cuando el Profeta estaba conversando con una de sus esposas se sintió abrumado por el poder de la Revelación. Cuando volvió en sí sus primeras palabras fueron: *"¿Quién irá a ver a Zaynab y le dará las buenas nuevas de que Dios me la ha concedido en matrimonio desde el Cielo?"* Salma —la criada de Safiyyah, que desde hacía mucho tiempo se consideraba como un miembro más de la familia del Profeta— se encontraba cerca y se fue corriendo a la casa de Zaynab. Cuando se enteró de la maravillosa noticia, Zaynab magnificó a Dios y se arrojó al suelo en postración hacia la Meca. Luego se quitó sus ajorcas y brazaletes de plata y se los dio a Salma.

Zaynab ya no era joven —tenía casi cuarenta años— pero conservaba la juventud en su apariencia. Era ella, además, una mujer de gran piedad, que ayunaba mucho, hacía largas vigilias y daba con generosidad a los pobres. En tanto que experta trabajadora del cuero, podía hacer zapatos y otros objetos, y todo lo que ganaba de esta manera era un medio para hacer caridad. En su caso no se realizaría una boda formal, ya que el matrimonio había sido anunciado en los versículos revelados como un vínculo ya contraído: *"Te la hemos dado por esposa"* (XXXIII, 37). Quedaba que la novia fuese llevada a la casa del esposo, y esto se hizo sin demora.

Los versículos también decían que en lo sucesivo los hijos debían ser llamados por el nombre del padre que los había engendrado, y desde aquel día Zayd fue conocido como Zayd ibn Harithah en lugar de Zayd ibn Muhámmad, como había sido llamado desde su adopción unos

treinta y cinco años antes. Pero este cambio no anuló su adopción como tal, ni afectó de ninguna manera al amor y la intimidad entre el adoptante y el adoptado, que tenían ahora unos sesenta y cincuenta años respectivamente. Era un simple recordatorio de que no había una relación de sangre, y en este sentido la Revelación proseguía: *"Muhámmad no es el padre de ninguno de vuestros hombres, sino que es el Enviado de Dios y el Sello de los profetas"* (XXXIII, 40).

Al mismo tiempo otras Revelaciones insistían en la gran diferencia entre el Profeta y sus seguidores. Jamás tenían que dirigirse a él por su nombre, como era la costumbre de llamarse entre ellos. El permiso que Dios le había otorgado, en virtud de su nuevo matrimonio, de tener más de cuatro esposas, era sólo para él y no para el resto de la comunidad. Además, a sus mujeres se les daba el título de *"madres de los creyentes",* y su rango era tal que sería una enormidad a los ojos de Dios si, después de haberse casado con el Profeta, fuesen alguna vez dadas en matrimonio a otro hombre. Si los creyentes querían pedir un favor a una de ellas —ya que a menudo se buscaba su intercesión ante el Profeta— tenían que hacerlo desde detrás de una cortina. También se les decía: *"¡oh vosotros que creéis, no entréis en las moradas del Profeta para una comida, antes de que sea la hora, salvo si se os da permiso. Pero si se os invita, entonces entrad, y cuando hayáis comido, dispersaos, sin demoraros en la conversación. Ciertamente eso sería molesto para el Profeta, y le avergonzaría decíroslo. Sin embargo, Dios no se avergüenza de la verdad"* (XXXIII, 53).

Tales preceptos eran necesarios debido al gran amor que le profesaban, y su deseo de estar en su compañía el mayor tiempo y lo más a menudo posible. Los que estaban con él siempre se encontraban poco dispuestos a abandonar su presencia. No se les podría haber censurado si se quedaban, porque cuando el Profeta hablaba a alguien se volvía hacia él tan completamente y hacía de él de una forma tal el objeto de su atención que el hombre bien podía imaginarse que tenía el suficiente privilegio para libertades que otros no osaban tomarse, y cuando tomaba la mano de un hombre él nunca era el primero en soltarla. Pero mientras que protegía al Profeta, la Revelación introdujo por esta época un nuevo elemento en la liturgia, que posibilitó a su pueblo dar expresión a su amor y beneficiarse de su resplandor espiritual sin imponerle de forma excesiva su presencia: *"Ciertamente Dios y Sus Ángeles bendicen al Profeta. ¡oh vosotros que creéis, invocad bendiciones sobre él y dadle saludos de Paz!"* (XXXIII, 56). Poco después, el Profeta le dijo a uno de sus Compañeros: *"Un Ángel ha venido a mí y me ha dicho: 'Si uno invoca bendiciones sobre ti una vez, Dios invoca bendiciones sobre él diez veces'.*

Capítulo 59

El Foso

Los judíos exiliados de los Bani Nadir que se habían asentado en Jaybar estaban determinados a recuperar la tierra que habían perdido. Sus esperanzas se centraban en los preparativos del Quraysh para un ataque definitivo sobre el Profeta, y a finales del quinto año del Islam —alrededor del Año Nuevo del año 627 de la era cristiana— estos preparativos llegaron a un punto decisivo gracias a una visita secreta a la Mecá de Huyay y otros jefes judíos de Jaybar. *"Somos uno contigo"*, le dijeron a Abu Sufyan, *"para eliminar a Muhámmad". "Los hombres que nos son más queridos"*, respondió, *"son quienes nos ayudan contra Muhámmad".* Entonces él, Safwan y otros jefes del Quraysh introdujeron a los judíos en la Kaabah y juntos juraron solemnemente a Dios que no se abandonarían los unos a los otros hasta que hubiesen logrado su objetivo. Luego se les ocurrió a los qurayshíes que debían aprovechar esta oportunidad para preguntar la opinión de los judíos acerca de la legitimidad de su conflicto con el fundador de la nueva religión. *"¡Judíos!"* dijo Abu Sufyan, *"vosotros sois el pueblo de la primera escritura, y tenéis conocimiento. Decidnos cuál es nuestra posición con respecto a Muhámmad. ¿Es nuestra religión mejor que la suya?" Respondieron: "Vuestra religión es mejor que la suya, y vosotros estáis más cerca de la verdad que él."*

Los dos aliados trazaron sus planes sobre esta base de armonía. Los judíos se comprometieron a levantar a todos los nómadas de la llanura de Nachd que tenían agravios contra Medina, y allí donde el deseo de venganza no fuera suficiente se remacharía mediante el soborno. Los Bani Asad en seguida se mostraron dispuestos a ayudarles. En cuanto a los Bani Gatafan, se les prometió la mitad de la cosecha de los dátiles de Jaybar si se unían a la confederación, y su respuesta afirmativa aumentó el ejército en casi dos mil hombres más, de los clanes gatafaníes de Fazarah, Murrah y Ashya. Los judíos también tuvieron éxito en asegurarse un contingente de setecientos hombres de los Bani Sulaym, que sin duda habría sido mayor de no ser por el hecho de que desde la masacre en el pozo de Maunah, un grupo pequeño de la tribu, pero en continuo aumento, se mostraba favorable al Islam. Los Bani Amir permanecieron completamente leales a su pacto con el Profeta.

El Quraysh y sus aliados más próximos formaban una fuerza de cuatro mil hombres. Junto con uno o dos contingentes más procedentes del sur debían salir de la Meca y marchar a lo largo de la ruta costera occidental hacia Medina, la mism~ ruta que habían seguido para ir a Uhud. El segundo ejército, que era considerablemente menos compacto, debía aproximarse a Medina por el este, es decir, desde lá llanura de Nachd. Juntos los dos ejércitos por lo menos triplicaban la fuerza del Quraysh en Uhud. Allí los musulmanes habían sido derrotados por un ejército de tres mil. ¿Qué podían esperar hacer ahora contra diez mil? Además, en lugar de una tropa de sólo doscientos caballeros, el Quraysh contaba en esta ocasión con trescientos y podía confiar en que Gatafan aportaría otro destacamento de poderío semejante.

Partieron de la Meca según lo establecido, y aproximadamente al mismo tiempo, quizás con la connivencia de Abbas, unos jinetes de los Bani Juzaah salieron a toda velocidad hacia Medina para advertir al Profeta del inminente ataque y darle detalles de su fuerza. Llegaron ante él al cabo de cuatro días, dejándole así sólo una semana para hacer los preparativos. Inmediatamente alertó a todo el oasis y dirigió palabras de ánimo a sus seguidores, prometiéndoles la victoria si tenían paciencia, temían a Dios y cumplían sus órdenes. Luego, como había hecho en Uhud, los convocó a una consulta en la que se expresaron muchas opiniones sobre cuál sería el mejor plan de acción, pero finalmente Salman se levantó y dijo: *"¡Enviado de Dios!, en Persia, cuando temíamos un ataque con caballos nos rodeábamos de un*

foso; cavemos, pues, ahora uno alrededor de nosotros." Todos aceptaron este plan con entusiasmo, tanto más cuanto que no querían repetir la estrategia de Uhud.

Quedaba poco tiempo y había que llevar los esfuerzos hasta el límite si no se quería dejar ninguna brecha peligrosa en las defensas. Pero el foso no necesitaba ser continuo; en muchos lugares un largo tramo de casasfortaleza en las afueras de la ciudad constituía una protección adecuada, y hacia el noroeste había algunas masas de roca que eran inexpugnables y que sólo necesitaban ser enlazadas entre sí. La más cercana de aquéllas, conocida como el Monte Sal, tenía que ser dejada detrás de las líneas del foso porque la superficie que tenía delante era excelente para el emplazamiento del campamento. Finalmente, el foso uniría el campamento al norte en un ancho movimiento desde una de las eminencias rocosas hasta un punto del muro oriental de la ciudad. Éste sería el tramo aislado más largo del foso y también el más importante.

A la vez que inventor de la estrategia, Salman sabía exactamente la anchura y la profundidad que tendría que tener el foso y, habiendo trabajado con los Bani Qurayzah, sabía que poseían todas las herramientas necesarias. No se mostraron contrarios a prestárselas, a la vista del peligro común, ya que, aunque no tenían ningún amor por el Profeta, la opinión de la mayoría de ellos era que su pacto con él constituía una ventaja política que no había que arrojar por la borda. Así pues dejaron en préstamo azadones, picos y palas. También proporcionaron cestas de dátiles firmemente trenzadas con fibra de palmera que pudieron emplearse para el acarreo de la tierra excavada.

El Profeta responsabilizó a cada sección de su comunidad de una parte del foso y él mismo trabajó con ellos. Salían todos los días al alba después de las plegarias y volvían a casa al crepúsculo. Mientras los conducía al trabajo, una de las primeras mañanas, el Profeta recordó su trabajo en la construcción de la Mezquita entonando el canto:

> *"¡Dios, no hay bien sino el bien venidero!*
> *¡Perdona a los Ánsar y a los Emigrados!"*

Inmediatamente todos unieron sus voces a la suya y cantaron:

> *"¡oh Dios, no hay vida sino la vida venidera!*
> *¡Ten misericordia de los Ansar y de los Emigrados!"*

Continuamente se recordaban los unos a los otros que era corto el tiempo que tenían. El enemigo pronto estaría sobre ellos, y si cualquier hombre mostraba signos de flaqueza al punto era objeto de burlas. Salman, por el contrario, era objeto de admiración; no solamente era fuerte y robusto sino que además durante años había estado acostumbrado a excavar y acarrear para los Bani Qurayzah. *"Hace el trabajo de diez hombres"*, decían, y entre ellos comenzó una amistosa rivalidad. *"Salman es nuestro"*, afirmaban los Emigrados en base a que eran muchos los hogares que había abandonado en su búsqueda de guía. *"Es uno de los nuestros,"* replicaban los Ansar, *"tenemos más derecho a él."* Pero el Profeta dijo: *"Salman es uno de nosotros, las gentes de la Casa."*xi[i]

Rocas y piedras excavadas que podrían servir como proyectiles fueron amontonadas a lo largo del foso junto a Medina. La tierra se la llevaban en cestas sobre sus cabezas, y después de descargarla llenaban las cestas de piedras que se llevaban al foso. Las piedras mejores se encontraban al pie del Monte Sal. Los hombres iban todos desnudos hasta la cintura y los que no podían conseguir cestas se quitaban sus prendas externas, las convertían en sacos, anudándolas, y las empleaban para acarrear la tierra y también las piedras. La primera mañana habían sido seguidos hasta el campamento por cierto número de muchachos, todos ansiosos de tomar parte en el trabajo.

Los más jóvenes fueron enviados de vuelta a casa sin dilación, pero el Profeta permitió a muchos de los otros cavar y acarrear, bien entendido que tendrían que abandonar el campamento tan pronto como el enemigo apareciese. En cuanto a los que habían sido devueltos a casa cuando Uhud, Usamah y Abdallah, el hijo de Omar, y sus amigos, tenían ahora quince años, y a ellos, así como a otros de su edad, se les permitió unirse a las filas de los hombres no sólo para el trabajo sino también para la batalla cuando se produjese. Uno de ellos, Bara, del

clan Harithah de Aws, hablaría años después de la gran belleza del Profeta tal y como lo recordaba en el foso, cubierto con un manto rojo, el pecho salpicado de polvo y su negra cabellera cayéndole por los hombros. *"No he visto hombre más hermoso que él"*, decía. Mas no era él el único consciente de esta belleza, y de la belleza general de la escena. En particular el Profeta mismo, cuando miraba en torno suyo, se regocijaba por su simplicidad y su proximidad a la naturaleza la proximidad a la herencia primordial del hombre y comenzaba un canto en el que todos se le unían:

"Esta belleza no es la belleza de Jaybar.
Más inocente es, ¡oh Señor!, y más pura." (W. 446)

Él trabajaba unas veces con los Emigrados, otras con los Ansar, a veces con un pico, a veces con una pala, y en otras ocasiones como acarreador. Pero donde quiera que se encontrase se entendía que tenía que ser informado de cualquier dificultad imprevista. A pesar de la dureza del trabajo hubo momentos de alborozo. Un converso de los Bani Damrah, uno de las gentes del banco que vivían en la Mezquita, era un hombre de notable devoción pero su aspecto no era muy agraciado y sus padres, además, le habían puesto el nombre de Yuayl, que posee también el significado de *"escarabajito"*. Hacia poco que el Profeta se lo había cambiado por el bello nombre de Amr, que quiere decir vida, bienestar espiritual, religión. La visión del *damrí* cavando en el foso sugirió un pareado a uno de los Emigrados:

"Su nombre él cambió, de Yuayl a Amr.
Aquel día le dio al pobre hombre su ayuda."

Se lo repitió a Amr, y los que acertaron a oírlo siguieron con ello y lo convirtieron en una canción, no sin risas. El Profeta se les unía solamente en las palabras "Amr" y "ayuda", que pronunciaba cada vez con más énfasis. Luego les condujo a otra canción:

"Señor, si no es por Ti, nunca habríamos sido guiados,
nunca limosna habríamos dado, ni Tu plegaria realizado.
Envía, entonces, serenidad sobre nosotros.
Afirma nuestros pies para el encuentro.
Estos enemigos nos oprimieron,
buscando nuestra perversión,
pero nosotros nos resistimos."
(W. 4489; I.S. 11/1, 51)

El primer grito de auxilio lo dio Yabir, quien, cavando, había alcanzado una roca que ninguno de sus instrumentos podía mover. El Profeta pidió agua y escupió en ella; luego, después de hacer una plegaria, aspergió el agua sobre la roca, y pudieron sacarla con palas como si se tratara de un montón de arena (I.I. 671). Otro día fueron los Emigrados quienes necesitaron ayuda. Después de muchos intentos baldíos de hender o remover una roca que habían golpeado, Omar se dirigió al Profeta, que le cogió el pico y dio un golpe a la roca, momento éste en que un fulgor como de relámpago resplandeció sobre la ciudad y hacia el sur. Le dio otro golpe y de nuevo se produjo un resplandor, ahora en la dirección de Uhud y más allá hacia el norte. Un tercer golpe hizo que la roca saltara en pedazos, y esta vez la luz brilló hacia el este. Salman vio los tres resplandores y supo que debían querer decir algo, y le pidió entonces una interpretación al Profeta, que dijo: *"¿Los viste, Salman? Por la luz del primero vi los castillos del Yemen, por la luz del segundo vi los castillos de Siria, y por la del tercero el palacio blanco de Kisra,xii[ii] en Madain. Mediante la primera Dios me ha abierto el Yemen; mediante la segunda, Siria y el Occidente, y a través de la tercera me ha abierto el Oriente."* (W. 450).

La mayoría de los excavadores del foso normalmente no tenían suficiente para comer, y el duro trabajo aumentaba el padecimiento del hambre. Yabir, en particular, había quedado impresionado por la extrema delgadez del Profeta el día en que había necesitado su ayuda en el foso, y aquella noche le pidió a su mujer que hiciera el favor de preparar una comida para él, *"No tenemos más que esta oveja"*, dijo ella, *"y una medida de cebada"*. Él sacrificó entonces la oveja, y al día siguiente la asó su mujer, molió la cebada e hizo pan. Luego, cuando fue demasiado oscuro para seguir trabajando, Yabir se dirigió al Profeta, que ya se marchaba del foso, y le invitó a la comida de cordero y pan de cebada. *"El Profeta puso la palma de su mano sobre la mía"*,

dijo Yabir, *"y entrelazó sus dedos con los míos. Yo quería que viniera él solo, pero le dijo a un pregonero que gritase: 'Id con el Enviado de Dios a la casa de Yabir. Responded, porque Yabir os invita'."* Yabir recitó entonces el versículo que se recomienda recitar a los creyentes en un momento de desastre: *"En verdad de Dios somos y en verdad a Él retornaremos"* y se adelantó a los demás para advertir a su esposa. *"¿Los invitaste tú o él?"*, dijo ella, *"No, él los invitó"*, contestó Yabir, *"En ese caso, que vengan"*, dijo la mujer, *"porque él sabe lo que hace"*. La comida fue dispuesta delante del Profeta, quien la bendijo, pronunció el Nombre de Dios sobre ella y comenzó a comer. Había otros diez sentados con él, y cuando todos hubieron comido hasta quedar satisfechos se levantaron y se fueron a sus casas, dejando sitio para diez más, y así se continuó hasta que todos los que trabajaban en el foso hubieron satisfecho su hambre, y todavía quedó algo de cordero y de pan. (I.I.672; W. 452).

Otro día, el Profeta vio a una muchacha entrar en el campamento con algo en la mano, y la llamó. Era la sobrina de Abdallah ibn Rawahah. En sus propias palabras: *"Cuando le dije al Enviado de Dios que llevaba algunos dátiles para mi padre y mi tío, me ordenó que se los diese a él. Los derramé, pues, en sus manos, pero no las llenaron. Pidió una prenda de vestir, que extendieron ante él, y arrojó los dátiles sobre ella de tal forma que quedaron desparramados sobre la superficie. Entones mandó a los que se encontraban con él que invitasen a comer a los cavadores, y cuando vinieron comenzaron a comer, y los dátiles aumentaban y aun rebosaban los bordes del vestido cuando los hombres los dejaron."* (I.I.672).

Capítulo 60

El asedio

A penas había sido terminado el foso —se tardó seis días en total— cuando llegaron noticias de que el ejército del Quraysh se estaba aproximando al valle de Aqiq y se encontraba entonces a poca distancia al suroeste de la ciudad, mientras que Gatafan y las otras tribus de Nachd se movían hacia Uhud por el este. Las casas aisladas del oasis ya habían sido evacuadas y sus moradores albergados detrás de las murallas. El Profeta ordenó entonces que se dispusiese un lugar para todas las mujeres y los niños en uno u otro de los cuartos superiores de las fortalezas. Luego acampó con sus hombres, unos tres mil en total, en el sitio elegido. Su tienda de cuero rojo fue levantada al pie del Monte Sal. Aishah, Umm Salamah y Zaynab establecieron turnos para estar con él allí.

El ejército mequí y sus aliados montaron campamentos separados no lejos de Uhud. Los qurayshíes se consternaron al hallar que las cosechas del oasis ya habían sido recogidas. Sus camellos tendrían que subsistir de las acacias del valle de Aqiq. Mientras tanto, los camellos de Gatafan vivían de las dos clases de tamarisco que crecen en las zonas de espesura de la llanura cerca de Uhud. Pero para los caballos de ambos ejércitos no había nada excepto el forraje que habían llevado consigo. Era por lo tanto imprescindible terminar con el enemigo cuanto antes, y con esta intención avanzaron los dos ejércitos unidos hacia la ciudad. Abu Sufyan era el jefe supremo, pero por turnos cada uno de los jefes iba a tener su día de honor en el que dirigiría la lucha real. Jalid e Ikrimah estaban otra vez al mando de la caballería mequí, y Amr se hallaba en la tropa de Jalid. Al aproximarse les alentó la visión del campamento enemigo frente a ellos, fuera de la ciudad. Habían temido encontrárselos guarnecidos detrás de sus almenas; pero afuera, a campo abierto, tenían que ser capaces de aplastarlos por el simple peso de los números. Cuando estuvieron más cerca, sin embargo, se asombraron al ver que un ancho foso discurría entre ellos y los arqueros, dispuestos a lo largo de toda su longitud en el lado opuesto. Sus caballos sólo podrían alcanzarlo con dificultad y luego estaría la dificultad, aún mayor, de cruzarlo. Entonces una lluvia de flechas se encargó de comunicarles que se encontraban dentro del campo de tiro del enemigo, y retrocedieron hasta una distancia más segura.

El resto del día se empleó en consultas y, finalmente, decidieron que su mayor esperanza descansaba en la posibilidad de obligar al enemigo a retirar sus tropas en gran número del norte de la ciudad para defenderla en otras partes. Si el foso estaba suficientemente desguarnecido no tenía que ser demasiado difícil cruzarlo. Sus pensamientos se dirigieron hacia los Bani Qurayzah, cuyas fortalezas impedían el acceso a Medina desde el sureste. Según lo establecido, Huyay de los Bani Nadir había venido de Jaybar para unirse al ejército, y ahora insistió a Abu Sufyan para que aceptase sus servicios como embajador ante sus hermanos judíos, asegurándole que podría convencerlos fácilmente para que rompieran su pacto con Muhámmad y, una vez asegurado su apoyo, la ciudad podría ser atacada por dos direcciones a la vez. Abu Sufyan aceptó con satisfacción su oferta y le insistió para que no se demorase.

Los Bani Qurayzah temían a Huyay. Le consideraban como un portador de mala suerte, un hombre de mal augurio que había llevado el desastre sobre su propio pueblo y que a ellos les haría lo mismo si le dejaban hacer lo que quería. Le temían sobre todo porque tenía un irresistible poder psicológico al cual resultaba difícil oponerse. Si quería algo cansaba hasta rendir toda oposición, y ni descansaba él ni dejaba descansar a los demás hasta que había logrado su objetivo. Huyay marchó entonces hacia la fortaleza de Kaab ibn Asad, el caudillo de los Qurayzah —él era quien había hecho el pacto de la tribu con el Profeta— y llamó a la puerta, anunciándose. Al principio Kaab no quiso desatrancarla. *"Maldito seas, Kaab,"* dijo Huyay,

"déjame entrar." "Maldito seas, Huyay", le respondió Kaab, que sabía bien cuál era el motivo de su visita. *"Hice un pacto con Muhámmad, y no romperé lo que hay entre él y yo." "Déjame entrar,"* dijo Huyay, *"y conversemos". "No lo haré"*, respondió Kaab; pero, finalmente, Huyay le acusó de no dejarle entrar simplemente porque le desagradaba tener que compartir con él su comida, y esto enfadó tanto a Kaab que abrió la puerta: *"Maldito seas, Kaab,"* le dijo, *"te traigo gloria perdurable por todos los tiempos y un poder como el del mar embravecido. Te he traído al Quraysh, a Kinanah y a Gatafan con sus jefes y caudillos, diez mil en total. Me han jurado que no cejarán hasta haber eliminado por completo a Muhámmad y a los que están con él. Esta vez Muhámmad no escapará." "Por Dios,"* dijo Kaab, *"tú me has traído vergüenza para siempre —una nube sin agua, todo trueno y relámpago, y nada más en ella—. Maldito seas, Huyay. Vete y déjame en paz".* Huyay vio que estaba flaqueando, y su elocuente lengua se extendió sobre las grandes ventajas que obtendrían todos si la nueva religión era aniquilada. Finalmente, profirió en el nombre de Dios el más solemne juramento: *"Si el Quraysh y Gatafan regresan a sus territorios sin haber terminado con Muhámmad entraré contigo en tu fortaleza y correré tu misma suerte."* Esto convenció a Kaab de que no podía haber posibilidad de supervivencia para el Islam, y aceptó renunciar al pacto entre su pueblo y el Profeta. Huyay solicitó ver el documento, y cuando lo hubo leído lo rompió en dos. Kaab fue entonces a contar a sus compañeros de tribu lo que había sucedido entre ellos dos. *"¿Qué ventaja hay* —dijeron— *en que si te matan Huyay pierda su vida contigo?"*, y en un primer momento se encontró con una oposición considerable. Entre los Bani Qurayzah se había establecido Ibn al Hayyaban, el anciano judío de Siria que había esperado conocer al Profeta anunciado, al cual había descrito y cuya inminente venida había pronosticado. Muchos de ellos sentían que Muhámmad ciertamente tenía que ser el hombre, aunque eran pocos los dispuestos a interesarse por un Profeta que no era judío, y aún menos los capaces de extraer ninguna conclusión práctica sobre la gravedad de oponerse a un Profeta, fuese judío o gentil. En cuanto a la mayoría, se oponían simple-mente a la ruptura de un pacto político, pero cuando algunos hipócritas trajeron noticias que confirmaban lo que Huyay había dicho, y cuando algunos de sus propios hombres fueron individualmente y de forma discreta a ver por sí mismos, la opinión general comenzó a decantarse hacia el Quraysh y sus aliados. Mirando a través del foso desde el lado de Medina, era sin duda una visión formidable la de la llanura, al otro lado, hirviendo de caballos y de hombres hasta donde los ojos podían alcanzar.

Mientras tanto Jalid e Ikrimah examinaban el foso, aunque a distancia, para ver por dónde podría cruzarse más fácilmente. *"¡Esta muestra de astucia!"*, exclamaron irritados. *"Seguramente tiene que estar con él un hombre de Persia".* Para desilusión suya vieron que el trabajo había sido bien hecho, salvo una corta sección que era ligeramente más angosta que el resto, y ésta estaba rigurosamente defendida. Uno o dos intentos de asaltarla fueron un completo fracaso. Sus caballos nunca habían visto nada parecido al foso y manifestaban una firme aversión a él. Esto podría cambiar, pero por el momento la lucha tendría que limitarse a un intercambio de arquería.

La renuncia de los Bani Qurayzah a su pacto no permaneció oculta. Muchos hipócritas estaban indecisos en cuanto a cuál era su bando, y estaban dispuestos a traicionar los secretos de cualquiera de los dos bandos al contrario. Omar fue el primero de los Compañeros en enterarse de que los judíos eran ahora un enemigo potencial. Fue a ver al Profeta, que se encontraba sentado en su tienda con Abu Bakr. *"¡Enviado de Dios!"*, dijo, *"me han dicho que los Bani Qurayzah han roto su tratado y están en guerra con nosotros."* El Profeta quedó visiblemente perturbado y envió a Zubayr para que averiguase la verdad del asunto. Luego, por temor a que los Ansar pudieran sentirse excluidos, llamó a los dos Saad de Aws y de Jazrach, junto con Usayd, y, después de contarles las noticias, les dijo: *"íd a ver si es verdad. Si es falso decidlo entonces claramente, pero si fuese cierto, hacédmelo saber de una forma sutil que yo entienda."* Llegaron a los alcázares de los Qurayzah poco después que Zubayr y descubrieron que efectivamente habían renunciado al pacto. Les ordenaron solemnemente que volviesen a aceptarlo antes de que fuese demasiado tarde, pero su única respuesta fue: "*¿Quién es el Enviado de Dios? No hay ningún pacto entre nosotros y Muhámmad, ni ningún acuerdo."* En vano les recordaron la suerte de los Bani Qaynuqa y de los Bani Nadir. Kaab y los otros confiaban ahora tanto en la victoria del Quraysh que no les prestaron oídos, y cuando vieron que estaban malgastando sus palabras se volvieron con el Profeta. *"Adal y Qarah"*, le dijeron a éste;

eran éstas las dos tribus que habían traicionado a Jubayb y sus compañeros ante los hombres de Hudhayl. El Profeta comprendió y magnificó a Dios: *"¡Allahu Akbar! ¡Ánimo, musulmanes!".*

Ahora era necesario reducir el número de las fuerzas apostadas en el foso y mantener una guarnición dentro de la ciudad, y a tal fin el Profeta envió cien hombres hacia allí. Fue entonces cuando le llegó el aviso de que Huyay estaba apremiando al Quraysh y a Gatafan para que enviasen cada uno mil hombres por la noche a las fortalezas de los Qurayzah y para hacer, desde ellas, una incursión en el centro de la ciudad, atacar las fortalezas de los musulmanes y llevarse a sus mujeres y niños. La noche señalada, por diversas razones, fue aplazada más de una vez, y el proyecto nunca se realizó; aun así, tan pronto como el Profeta estuvo al tanto de esto envió a Zayd con un destacamento de trescientos hombres a caballo para vigilar las calles, magnificando a Dios durante todas las noches, y fue como si la ciudad estuviese ocupada por un gran ejército.

No se necesitaban los caballos en el campamento, pero se echaba de menos a los jinetes, porque el tener que estar vigilando el foso día y noche las guardias de cada hombre eran más largas. Los días pasaban y la tensión era grande, con Jalid e Ikrimah y sus hombres siempre buscando cómo aprovecharse de un momento de descuido. Pero solamente consiguieron cruzar el foso en una ocasión, y fue cuando Ikrimah súbitamente advirtió que la sección más estrecha se encontraba en ese momento muy mal defendida. Logró que su caballo saltase al vacío, y fue seguido por otros tres. Pero para cuando el cuarto hombre hubo cruzado, Ali y quienes con él estaban habían vuelto a guarnecer el sector haciéndolo de nuevo inexpugnable y, por consiguiente, cortando la retirada de los jinetes enemigos, que se encontraron entonces arrinconados. Uno de ellos, Amr, gritó desafiando a un combate individual. Cuando Ali mismo se ofreció, el otro se negó diciendo: *"Detesto matar a alguien como tú. Tu padre fue un compañero inseparable para mí. Vuélvete pues atrás; no eres más que un jovencito imberbe."* Pero Ali insistió. Amr, entonces, desmontó y ambos hombres avanzaron. Pronto una nube de polvo los ocultó de la vista, después oyeron la voz de Ali, que se elevó en una magnificación y supieron que Amr había muerto o estaba moribundo. Mientras tanto, Ikrimah y sus compañeros aprovecharon la distracción para volver a ganar el otro lado del foso, pero Nawfal de Majzum no pudo salvar el espacio y se precipitó con su caballo en el foso. Comenzaron a apedrearlo, y él exclamó: *"¡Árabes, la muerte es mejor que esto!"* Así pues, descendieron y terminaron con él.

El cruce del foso, aunque frustrado, había mostrado que se trataba de una posibilidad, y al día siguiente se lanzaron ataques en diferentes puntos ya antes del alba. El Profeta exhortó a los creyentes y les prometió la victoria si eran perseverantes y permanecían firmes, a pesar del cansancio producido por la tensión de las duras vigilias. La ubicación del campamento había sido bien elegida, ya que el declive del terreno a distancia del Monte Sal significaba que la loma vecina era considerablemente más alta que la alejada. Una y otra vez durante todo el día el enemigo intentó abrirse paso, pero no pudieron conseguir nada, y la lucha real estuvo limitada, como en días anteriores, a las descargas de arquería. Nadie resultó muerto en ninguno de los bandos, aunque Saad ibn Muadh recibió en el brazo el impacto de una flecha que le cortó una vena, y muchos de los caballos del Quraysh y Gatafan fueron heridos.

Llegó la hora de la plegaria del mediodía, pero era imposible que ningún hombre relajase su vigilancia ni por un momento. Cuando la hora se estaba pasando, los que estaban más cerca del Profeta le dijeron: *"¡Enviado de Dios!, no hemos hecho la plegaria"* un hecho evidente pero sumamente turbador, ya que nunca había sucedido tal cosa desde el inicio del Islam. Su contestación los tranquilizó un poco: *"Ni yo, por Dios. Yo tampoco la he hecho".* Llegó la hora de la plegaria de la tarde, y se marchó con la puesta del sol. Sin embargo, los ataques del enemigo no remitían, y sólo cuando la última luz se hubo extinguido por el oeste regresaron a sus dos campamentos. En cuanto desaparecieron de la vista el Profeta se retiró del foso, dejando a Usayd para que continuase la guardia con un destacamento de hombres mientras él dirigía a los restantes en las cuatro plegarias que tenían que hacer. Jalid reapareció aquella noche más tarde con un grupo de jinetes esperando encontrar el foso desamparado, pero Usayd y sus arqueros les hicieron frente.

La Revelación se refirió entonces a la tensión de aquellos días como el tiempo *"cuando los ojos dejaron de mirar con fijeza, cuando los corazones de los hombres subieron a las gargantas y tuvisteis extraños pensamientos sobre Dios. En esa ocasión los creyentes fueron probados y sus almas sufrieron una fuerte sacudida"* (XXXIII, 10-11).

Todos comenzaron a preguntarse cuántos días más podrían aguantar en aquellas condiciones. El alimento empezaba a escasear, las noches eran excepcionalmente frías, y muchos de los de fe débil, acobardados por el hambre, el frío y la falta de sueño, casi estaban dispuestos a unirse a los hipócritas, que iban difundiendo ahora que no era posible seguir resistiendo a un enemigo semejante con tan sólo un foso de por medio, y que debían, pues, retirarse tras los muros de la ciudad. La fe de los verdaderos creyentes, por el contrario, se fortaleció por las privaciones, y recibieron el elogio de la Revelación por haber dicho en los momentos de mayor tensión, cuando veían a los clanes concentrados en masa contra ellos: *"Esto es lo que Dios y Su Enviado nos prometieron. Verdaderamente se ha cumplido lo que Dios y Su Enviado nos anunciaron"*. La Revelación añadía: *"Esto no hizo sino aumentar su fe y su sumisión"* (XXXIII, 22). Habían hablado así recordando un versículo que el Profeta les había revelado dos o tres años antes: *"¿Creéis que vais a entrar en el Paraíso antes de haber pasado lo mismo que pasaron quienes os precedieron? La aflicción y el daño los golpearon y fueron sacudidos violentamente hasta que el Enviado de Dios y con él quienes creían dijeron: ¿Cuándo llegará el auxilio de Dios? Ciertamente el auxilio de Dios está cerca"* (II, 214).

El Profeta sabía que en los ánimos de muchos de los suyos la capacidad de resistencia estaba a punto de agotarse. Aun así, también sabía que, a medida que pasaban los días, el enemigo igualmente sentía estrecharse sobre sí el apretón de las privaciones. Halló, pues, un medio de enviar por la noche un mensaje a dos caudillos de Gatafan, ofreciéndoles un tercio de la cosecha de dátiles de Medina si se retiraban del campo. Contestaron:*"Dadnos la mitad de los dátiles de Medina"*. El Profeta se negó a aumentar su oferta de un tercio, y ellos aceptaron al fin. Muhámmad envió entonces en busca de Uthman y le dijo que redactase un tratado de paz entre los creyentes y los clanes de Gatafan. Luego envió por los dos Saad y fueron a su tienda —el jefe de Aws, con el brazo herido vendado—y les habló de su plan. Dijeron ellos: *"¡oh Enviado de Dios! ¿Es esto algo que tú quieres que hagamos o que Dios lo ha ordenado y tiene que hacerse? ¿O es algo que tú haces por nosotros?"* El Profeta les respondió: *"Es algo que hago por vosotros, y no lo haría si no fuera porque he visto que los árabes se han unido contra vosotros y os han atacado por todos lados, y desearía romper esta ofensiva"*. Pero el herido Saad le dijo: *"Enviado de Dios, nosotros y esa gente creíamos en dioses junto con Dios, adorábamos a ídolos sin adorar verdaderamente a Dios ni conocerlo. Ellos entonces no tenían ninguna esperanza de comer un dátil nuestro, salvo como convidados o mediante trueque. ¿Y ahora que Dios nos ha dado el Islam, nos ha guiado y nos ha fortalecido contigo y con la Revelación, les vamos a dar nuestros bienes? Por Dios, que no les daremos sino la espada hasta que Él decida entre nosotros." "Que sea como queréis"*, dijo el Profeta, y Saad le cogió a Uthman la pluma y la vitela y tachó lo que éste había escrito, diciendo: *"¡Ya verán ellos lo que hacen!"*.

Estas negociaciones que quedaron en nada habían sido mantenidas con los jefes de los dos clanes de Fazarah y Murrah. El tercer aliado gatafaní del Quraysh era el clan de Ashya, al que pertenecía Nuaym, el hombre que había sido sobornado por Abu Sufyan y Suhayl para intentar disuadir a los musulmanes de mantener su promesa de encontrarse con los mequíes en el segundo Badr. Su estancia en Medina le había afectado profundamente, y ahora, con sentimientos encontrados, había salido con el resto de su clan para apoyar a los mequíes. Su admiración por los hombres de la nueva religión se había reforzado y aumentado por su resistencia ante un ejército tres veces más fuerte que ellos. Entonces llegó la hora en que, como él mismo dijo, *"Dios arrojó el Islam a mi corazón"*, y aquella noche —casi justo después de que hubiese sido abandonado el proyecto de un pacto por separado con Gatafan— se introdujo en la ciudad, y fue allí, en el campamento, donde pidió ver al Profeta. *"¿Qué te ha traído por aquí, Nuaym?"* le dijo Muhámmad. *"He venido"*, respondió, *"para declarar mi creencia en tu palabra y testimoniar que tú has traído la Verdad. Ordéname, pues, lo que desees, Enviado de Dios, porque no tienes más que mandarme y yo cumpliré tu orden. Mi pueblo y los otros no saben*

nada de mi Islam." *"Con todo el poder que tengas"*, replicó el Profeta, *"siembra entre ellos la enemistad."* Nuaym pidió permiso para mentir y el Profeta dijo: *"Di lo que quieras con tal de que sea para apartarlos de nosotros, porque la guerra es engaño"* (I.I.681; W. 489-1).

Nuaym volvió a través de la ciudad y se dirigió a los Bani Qurayzah, que lo recibieron como a un viejo amigo y le ofrecieron alimento y bebida. *"No he venido para esto,"* les dijo, *"sino para poner en vuestro conocimiento mis temores por vuestra seguridad y daros mi consejo"*. Entonces procedió a señalarles que si el Quraysh y Gatafan no conseguían infligir una derrota decisiva a su enemigo volverían a casa y dejarían a los judíos a merced de Muhámmad y sus seguidores. Por lo tanto, debían negarse a dar un solo golpe por el Quraysh mientras no se les hubiese entregado cierto número de hombres destacados como rehenes, en garantía de que no se retirarían hasta que el enemigo hubiese sido aplastado. Su consejo fue aceptado con entusiasmo por los Bani Qurayzah que se habían visto acosados de forma creciente por los mismos temores aludidos por él. Estuvieron de acuerdo, pues, en hacer lo que había propuesto, y prometieron no decir a su propia gente o al Quraysh que era él quien les había dado el consejo.

Entonces se fue a ver al, en otro tiempo, amigo suyo Abu Sufyan, y le dijo, a él y a otros jefes del Quraysh que con él se encontraban, que estaba en posesión de una información muy seria que comunicaría a condición —condición que aceptaron— de que no dirían a nadie que él era su informante. *"Los judíos"*, dijo pues, *"lamentan el tratamiento que han dado a Muhámmad, y han ido a él diciendo: 'Nos arrepentimos de lo que hemos hecho, ¿te agradaría si tomamos como rehenes a algunos de los principales del Quraysh y Gatafan y te los entregamos para que puedas cortarles la cabeza? Entonces lucharíamos contigo contra los que quedasen'. Muhámmad les ha enviado su asentimiento. Por lo tanto, si los judíos os piden a algunos de vuestros hombres como rehenes no les deis ni uno solo"*. A continuación se dirigió hacia su propia gente y los otros clanes de Gatafan y les contó lo mismo que había dicho al Quraysh.

Después de consultarlo, los jefes de los dos ejércitos invasores decidieron no decir nada a Huyay por el momento, sino más bien someter a prueba lo que Nuaym les había dicho. Enviaron, pues, a Ikrimah a los Bani Qurayzah con el mensaje: *"Aprestaos para combatir mañana, para de una vez por todas desembarazarnos de Muhámmad."* Respondieron: *"Mañana es sábado, y de cualquier forma no lucharemos con vosotros contra Muhámmad a menos que nos entreguéis rehenes que nos sirvan de seguridad hasta que hayamos terminado con él. Porque tememos que si la batalla os es adversa os marchéis a vuestro país, dejándonos aquí con ese hombre, y nosotros solos no podemos enfrentarnos con él."* Cuando este mensaje hubo llegado a oídos del Quraysh y Gatafan, dijeron: *"¡Por Dios! Ciertamente es verdad lo que nos dijo Nuaym"*, y enviaron un nuevo recado a los Bani Qurayzah diciendo que no les darían un solo hombre y ordenándoles, sin embargo, luchar; a lo cual respondieron que no darían ningún golpe mientras no hubiesen recibido rehenes.

Abu Sufyan fue entonces a ver a Huyay y dijo: *"¿Dónde está la ayuda que nos prometiste de tu pueblo? Han desertado de nosotros y ahora buscan traicionarnos."* *"¡Por la Torah, no!"* dijo Huyay. *"El sábado está aquí y nosotros no podemos quebrantar el sábado. Pero el domingo lucharán contra Muhámmad y sus Compañeros como un fuego devastador."* Fue entonces solamente cuando Abu Sufyan le habló de las exigencias de los rehenes. Huyay quedó visiblemente desconcertado, y Abu Sufyan, interpretando su desconcierto como una señal de culpabilidad, dijo: *"Juro por al-Lat que esto no es sino una traición de ellos y tuya, porque considero que has tomado parte en la traición de tu pueblo."* *"Por cierto que no,"* protestó, *"por la Torah que le fue revelada a Moisés el día del Monte Sinaí, yo no soy un traidor."* Pero Abu Sufyan no estaba convencido, y temiendo por su vida abandonó el campamento y se dirigió a las fortalezas de los Bani Qurayzah.

En cuanto a las relaciones entre el Quraysh y las tribus del Nachd, no había apenas necesidad de ninguna acción por parte de Nuaym. Habían pasado casi dos semanas y nada se había conseguido. Las provisiones de ambos ejércitos estaban comenzando a escasear, mientras que cada vez morían más caballos a diario por el hambre, las flechas o ambas cosas a un tiempo. También habían muerto algunos camellos. El Quraysh no podía dejar de percibir que Gatafan y

los otros beduinos eran en el mejor de los casos unos aliados poco dispuestos. Habían participado en la campaña mucho más por las esperanzas de botín que por la hostilidad hacia la nueva religión, y esas esperanzas por las que habían sido atraídos al oasis de Yathrib habían demostrado ser totalmente vanas. En boca de muchos había recriminaciones, y la mutua desconfianza se extendía entre los dos ejércitos invasores. La expedición había fracasado virtualmente y el Cielo, entonces, estampó sobre ella el sello final del fracaso.

Durante tres días después de la plegaria ritual, el Profeta había hecho la súplica: "¡Oh Dios, Revelador del Libro, que tomas presto las cuentas!, haz que los confederados huyan, hazlos huir y que se estremezcan" (I.S. II/1, 53; W. 487). *"Y cuando todo hubo terminado se reveló el siguiente versículo: ¡Oh vosotros que creéis! Recordad el favor que Dios os hizo cuando las huestes llegaron hasta vosotros y Nosotros env~amos Contra ellas un viento y unas huestes que podíais ver"* (XXXIII, 9).

Hacia varios días que el tiempo era excepcionalmente frío y húmedo, pero ahora se desató por el este un viento cortante con torrentes de lluvia que obligó a todos los hombres a buscar resguardo. Cayó la noche, y sobre la llanura se desencadenó una tempestad. El viento alcanzó la fuerza de un huracán y lo que no hizo el viento lo hicieron unas manos invisibles. En la totalidad de los dos campamentos de los invasores pronto no quedó ni una sola tienda en pie ni un solo fuego ardiendo, y los hombres se acurrucaban tiritando sobre el suelo, apretados los unos contra los otros en busca de calor.

El campamento de los musulmanes estaba algo resguardado del viento, y éste no derribó ninguna de sus tiendas. Pero su agudeza impregnaba el aire, y esto junto con la tensión acumulada del asedio redujo a los creyentes a una debilidad de ánimo que no habrían creído posible. El Profeta estuvo orando hasta bien entrada la noche, luego fue con los hombres que en aquel momento se encontraban más cerca de su tienda, y uno de ellos, Hudhayfab, el hijo de Yaman, contó después cómo le habían oído decir: *"¿Quién de vosotros se levantará e irá a ver qué hace el enemigo y luego regresará, y yo le pediré a Dios que sea mi compañero en el Paraíso?"* Pero no hubo ninguna respuesta. *"Estábamos tan acobardados",* dijo Hudhayfah, *"tan ateridos de frío y tan hambrientos que nadie se levantó".* Cuando estuvo claro que ninguno tenía intención de ofrecerse, el Profeta llamó a Hudhayfah, quien se incorporó y fue hacia él, estimulado a ponerse en movimiento por haber sido elegido entre todos. *"No pude sino levantarme",* dijo, *"cuando oí mi nombre en sus labios." "Ve tú",* dijo el Profeta, *"y penetra entre los hombres y mira qué hacen, pero no hagas nada más hasta que hayas regresado con nosotros." "Fui, pues,"* dijo Hudhayfah, *"y me introduje entre la gente mientras el viento y las huestes de Dios estaban haciendo su trabajo contra ellos".* Contó cómo se abrió paso entre las figuras acurrucadas del Quraysh —era en su campamento donde se había introducido— hasta que se acercó al lugar donde estaba sentado su jefe. Pasaron la noche entumecidos por el frío, y luego hacia el amanecer, cuando el viento amainó, Abu Sufyan exclamó en voz alta: *"Hombres del Quraysh, nuestros caballos y nuestros camellos se están muriendo, los Bani Qurayzah nos han fallado, y hemos sido informados de que pretenden traicionarnos, y ahora hemos sufrido por el viento lo que vuestros ojos pueden contemplar. Partid por lo tanto de este lugar, porque yo me voy".* Tras estas palabras, se fue hacia su camello y se montó, tan impaciente por marcharse que olvidó desatar la manea, lo cual hizo sólo después de haberlo forzado a levantarse sobre tres patas. Pero Ikrimah le dijo: *"Tú eres el cabeza de tu pueblo y su jefe. ¿Tan apresuradamente nos abandonas, dejando a los hombres detrás?",* ante lo cual Abu Sufyan se sintió avergonzado, volvió a hincar de rodillas su camello y se apeó. El ejército levantó el campo y se puso en movimiento, y él esperó hasta que la mayoría estuvo ya en marcha hacia casa. Entonces partió él, habiendo acordado con Jalid y Amr que deberían cerrar la retaguardia con un destacamento de doscientos hombres a caballo. Mientras esperaban, Jalid dijo: *"Todo hombre sensato sabe ahora que Muhámmad no ha mentido",* pero Abu Sufyan lo interrumpió diciendo: *"Tú tienes menos derecho que cualquier hombre a decir eso." "¿Por qué razón?",* dijo Jalid, y él respondió: *"Porque Muhámmad despreció el honor de tu padre y terminó con la vida del jefe de tu clan, Abu Yahl."*

En cuanto Hudhayfah hubo escuchado la orden de partida se dirigió al campamento de Gatafan, pero halló el lugar desierto; el viento también había roto su resistencia y ya estaban de camino hacia el Nachd. Regresó, pues, junto al Profeta, que se encontraba de pie haciendo una plegaria, envuelto en el manto de una de sus esposas para protegerse del frío. *"Cuando me vio"*, dijo Hudhayfah, *"me hizo señas para que me sentase junto a él a sus pies, y arrojó sobre mí el extremo del manto. Luego, conmigo todavía así envuelto, realizó la inclinación y las prosternaciones. Cuando hubo pronunciado el saludo final de paz, le conté la noticia."* (I.I. 683-4; W. 488-90).

Bilal hizo la llamada a la plegaria del alba. Cuando la hubieron terminado, la luz aún tenue del nuevo día reveló el vacío absoluto de la llanura que estaba más allá del foso. El Profeta anunció que todos los hombres podían volver a casa, y la mayoría de ellos se encaminó hacia la ciudad con rapidez. Luego, temiendo que los confederados hubiesen dejado algunos espías o que los Bani Qurayzah estuvieran pendientes de sus movimientos e intentaran persuadir al enemigo para que volviera avisándole de que el foso ya no estaba defendido, envió a Yabir y a Abdallah, el hijo de Omar, detrás de los Compañeros que se habían marchado para que los trajeran de vuelta. Ambos fueron tras ellos, gritando tan fuerte como fueron capaces, pero ni uno solo volvió la cabeza. Yabir siguió a los Bani Harithah durante todo el camino y se quedó un rato gritándoles desde fuera de sus casas, pero nadie salió a verlo. Cuando él y Abdallah regresaron por fin junto al Profeta para contarle su completo fracaso, rió Muhámmad y partió él mismo para la ciudad con aquéllos de sus Compañeros que se habían quedado aguardando para darle escolta.

[1] Ver capítulo 32.

[2] Ibn Saad, VIII, 71.

[3] Ibid. 72. Vease también Tab., *Tafsir*, Baydawi, Yalalayn, etc. sobre Corán, XXXIII, 37.

Capítulo 61

Bani Qurayzah

Solamente disfrutaron de unas pocas horas para descansar. Una vez hecha la plegaria del mediodía Gabriel acudió al Profeta. Estaba vestido espléndidamente, el turbante era de rico brocado de oro y plata, y una tela de terciopelo brocado recubría la silla de la mula en la que montaba. "¿Has depuesto las armas, Enviado de Dios?", le dijo. "Los Ángeles no han depuesto las suyas, y yo regreso en este momento de perseguir al enemigo. Ciertamente Dios en Su Poder y Majestad ordena, Muhámmad, que marches ahora contra los hijos de Qurayzah. Yo en este momento me voy contra ellos para hacer que sus almas se estremezcan" (I.I. 684).

El Profeta ordenó que nadie hiciera la plegaria de la tarde hasta que no hubieran alcanzado el territorio de los Qurayzah. El estandarte le fue confiado a Ali, y antes de la puesta del sol todas las fortalezas habían sido sitiadas por el mismo ejército de tres mil hombres que se había enfrentado al Quraysh y sus aliados en el foso.

El asedio se prolongó durante veinticinco noches, al cabo de las cuales enviaron un mensaje al Profeta pidiéndole que les dejase consultar a Abu Lubabah. Al igual que los Bani Nadir, habían sido durante mucho tiempo aliados de los Aws, y Abu Lubabah había sido uno de sus principales contactos con su tribu. El Profeta le mandó que fuese a ver qué querían, y a su llegada se vio acosado por mujeres y niños llorosos, de forma que su severidad contra el enemigo se suavizó un poco, y cuando los hombres le preguntaron si debían someterse a Muhámmad él les respondió "sin duda", pero al mismo tiempo apuntó hacia su garganta como para advertirles que en su opinión el sometimiento significaba el degüello. El gesto estaba en contradicción con su aprobación, y podría haber prolongado el asedio todavía más pero apenas lo hubo hecho cuando un abrumador sentimiento de culpa se sumó al que ya tenía a causa de la palmera datilera que se había negado a dar al huérfano que estaba bajo su custodia cuando se lo pidió el Profeta[i]. "Mis dos pies no se habían movido de donde estaban", dijo, "antes de darme cuenta de que había traicionado al Enviado de Dios". Su rostro cambió de color y recitó el versículo: "En verdad de Dios somos y en verdad a Él retornaremos" (II.156). "¿Qué te sucede?", dijo Kaab. "He traicionado a Dios y a Su Enviado", dijo Abu Lubabah, y mientras descendía de la habitación superior se llevó la mano a la barba y estaba mojada por las lágrimas. Se sentía incapaz de cobrar ánimo suficiente para salir por donde había entrado y vérselas con sus compañeros awsíes y otros que, como él sabía, lo estaban esperando, ansiosos de oír sus noticias y de conducirlo ante el Profeta. Salió, pues, de la fortaleza a través de una puerta trasera y se encaminó hacia la ciudad. Una vez allí se fue directamente hacia la Mezquita y se ató a uno de sus pilares, diciendo: "No me moveré de este lugar hasta que Dios se apiade de mi por lo que hice".

El Profeta estaba esperando su regreso, y cuando por fin se enteró de lo que había sucedido, dijo: "Si hubiera venido a mi yo hubiera pedido a Dios para que lo perdonase, pero, a la vista de lo que ha hecho, no me corresponde a mi liberarlo hasta que Dios se apiade de él" (W. 507).

Permaneció en el pilar de diez a quince días. Antes de cada plegaria, o siempre que era necesario, su hija acudía para desatar sus ligaduras; luego, después de hecha la plegaria le ordenaba que lo atase de nuevo. Con todo, su penosa condición se aliviaba por un sueño que había tenido una noche durante el asedio. Se había sentido atrapado en una ciénaga de fétido lodo de la cual era incapaz de salir, hasta que casi moría a causa del hedor. Entonces veía una corriente de agua y en ella se limpiaba y el aire en torno suyo era fragante. Al despertar había ido a ver a Abu Bakr para preguntarle sobre su posible significado, y Abu Bakr le había dicho que el cuerpo representaba a su alma y que entraría en un estado anímico que le oprimiría de forma indecible y que luego se le otorgaría el alivio del mismo. Durante sus días en el pilar vivió con la esperanza de ese alivio.

En cuanto a los Bani Qurayzah, Kaab sugirió que, puesto que muchos de ellos creían que Muhámmad era un Profeta, debían abrazar su religión y salvar sus vidas y bienes. Pero ellos dijeron que la muerte era preferible y que no tendrían nada salvo la Torah y la ley de Moisés. Entonces Kaab hizo otras sugerencias, presentándoles otras posibilidades. Había, sin embargo, tres jóvenes de los Bani Hadí —es decir, descendientes de Hadí, el hermano de Qurayzah— que habían estado en las fortalezas de sus parientes durante el asedio, y ellos reiteraron la primera proposición hecha por Kaab. Siendo muchachos habían conocido a Ibn al-Hayyaban, el anciano judío de Siria que había venido a establecerse entre ellos, y repitieron ahora sus palabras sobre el Profeta esperado: "Su hora está próxima. Sed los primeros en reconocerlo, ¡oh judíos!, porque será enviado para derramar la sangre y tomar cautivos a las mujeres y los hijos de los que se le opongan. No dejéis que eso os aparte de él" (I.I. 136). Pero la única respuesta que recibieron fue un "no renegaremos de la Torah". En consecuencia, los tres jóvenes abandonaron la fortaleza aquella noche, y, contándoles a los centinelas musulmanes su intención de abrazar el Islam, prestaron lealtad al Profeta. Solamente dos de los Bani Qurayzah siguieron su ejemplo. Uno de estos, Amr ibn Suda, había rehusado desde el principio aprobar la ruptura del pacto con el Profeta y se había disociado formalmente de la misma. Ahora sugirió que si no abrazaban el Islam podían ofrecer el pago de un tributo o impuesto al Profeta "pero, por Dios, yo no sé si lo aceptaría". Le respondieron, sin embargo, que era preferible morir a aceptar el pago de un tributo a los árabes. Se marchó él entonces de la fortaleza, y, después de pasar entre los guardias como un musulmán, pasó aquella noche en la Mezquita de Medina. Pero nunca volvió a ser visto, y hasta la fecha se desconoce a dónde se fue o dónde murió. El Profeta dijo de él: "Ése es un hombre al que Dios salvó por su lealtad". El otro hombre, Rifaah ibn Samawal, burló a los vigilantes y se refugió con Salma bint Qays, la tía materna del Profeta, medio hermana de Aminah, que se había casado con un jazrachí de los Bani al-Nayyar. En su casa, Rifaah se convirtió al Islam.

Al día siguiente, a pesar de las advertencias de Abu Lababah, los Bani Qurayzah abrieron las puertas de sus fortalezas y se sometieron al juicio del Profeta. Los hombres fueron sacados con las manos atadas a la espalda y se les asignó un espacio en un lado del campamento. En otro lado fueron reunidos las mujeres y los niños, y el Profeta los puso a cargo de Abdallah ibn Sallam, el antiguo rabino mayor de los Bani Qaynuqa. Las armas y las armaduras, las prendas de vestir y los bienes domésticos fueron sacados de todas las fortalezas y colocados en un lugar que se les asignó. Las tinajas de vino y de jugo de dátil fermentado fueron abiertas y se hizo derramar su contenido.

Los clanes de Aws enviaron una delegación al Profeta pidiéndole que mostrase con sus antiguos aliados la misma indulgencia que había tenido con los Bani Qaynuqa, los cuales habían sido aliados del Jazrach. Les respondió diciendo: "¡Hombres de Aws! ¿Os sentiréis satisfechos si uno de vosotros pronuncia sentencia sobre ellos?" Se mostraron conformes. Envió, pues a Medina por su jefe, Saad ibn Muadh, cuya herida todavía no había sanado y que estaba siendo atendido en una tienda en la Mezquita. El Profeta lo había instalado allí para poder visitarlo más a menudo, y Rufaydah, una mujer de Aslam, cuidaba su herida. Algunos miembros de su clan se le acercaron, lo montaron en un asno y lo condujeron al campamento. "Pórtate bien con tus confederados", le dijeron durante el camino, "porque el Enviado de Dios ha determinado que tú pronuncies la sentencia sobre ellos sin más propósito que el de que los trates con indulgencia". Pero Saad era un hombre de justicia; al igual que Omar, se había opuesto a perdonar la vida de los prisioneros en Badr, y la opinión de ambos había sido confirmada por la Revelación. Muchos de los hombres del Quraysh que habían sido liberados mediante el pago del rescate en aquella ocasión habían salido para luchar contra ellos en Uhud y, nuevamente, en el foso, y en esta última campaña la fuerza de los invasores en buena medida se había debido a las hostiles actividades de los judíos exiliados de los Bani Nadir. Si éstos hubieran sido ajusticiados en lugar de habérseles permitido marchar al exilio, el ejército invasor podría haber sido dividido, y los Baní Qurayzah sin duda se habrían mantenido fieles a su pacto con el Profeta. Los argumentos que ofrecía la pasada experiencia no eran favorables a la indulgencia, para no decir más. Además, Saad mismo había sido uno de los enviados a los Qurayzah en el momento de crisis y había visto lo repugnante de su falsedad cuando había dado por segura la derrota de los

musulmanes. Era cierto que si imponía una sentencia severa la mayoría de los hombres y mujeres de Aws lo censurarían, pero una consideración tal Saad nunca la había tenido muy en cuenta, y mucho menos ahora, que tenía el convencimiento de estar a punto de morir. Cortó las súplicas de sus compañeros de clan con las palabras: "Ha llegado el momento para Saad, en la causa de Dios, de no prestar atención a la censura del censor".

Saad era un hombre de estatura imponente, de aspecto hermoso y mayestático, y cuando llegó al campamento el Profeta dijo: "Levantaos en honor de vuestro señor", y se incorporaron para saludarlo diciendo: "Padre de Amr, el Enviado de Dios te ha designado para que juzgues el caso de tus confederados". Él les respondió: "¿Juráis entonces por Dios y pactáis por Él que se les impondrá la sentencia que yo dicte?" "Así sea", respondieron. "¿Y será vinculante para aquél que está aquí?", añadió, lanzando una mirada hacia donde estaba el Profeta, pero sin mencionarle por respeto. "Lo será", dijo el Profeta. "Entonces resuelvo", dijo Saad, "que los hombres sean ejecutados, sus bienes divididos, y las mujeres y los niños sean hechos cautivos"[ii] El Profeta le dijo: "Has juzgado con el juicio de Dios desde arriba de los siete cielos."

Las mujeres y los niños fueron llevados a la ciudad, donde se les alojó, y los hombres pasaron la noche en el campamento recitando la Torah y exhortándose entre sí a la firmeza y la paciencia. Por la mañana el Profeta ordenó que se cavasen fosas —largas, profundas y estrechas— en el mercado. Los hombres, unos setecientos en total, fueron enviados en pequeños grupos, y a cada grupo se le hizo sentar junto a la fosa que estaba destinada a ser su sepultura. Luego Ali, Zubayr y otros de los Compañeros más jóvenes del Profeta los decapitaron, cada uno de un solo golpe.

Cuando Huyay fue conducido al mercado se volvió hacia el Profeta, que se encontraba sentado aparte con algunos de sus Compañeros más ancianos, y le dijo: "No me culpo por haberme opuesto a ti. Pero quien abandone a Dios él mismo será abandonado". Entonces se volvió hacia los otros, y dijo: "El decreto de Dios no puede estar equivocado —una orden, un decreto y una masacre que Dios ha consignado en su libro contra los hijos de Israel—". Se sentó a continuación junto a la fosa y su cabeza fue cortada.

Los últimos en morir fueron decapitados a la luz de las antorchas. Entonces un anciano, Zabir ibn Bata, cuyo caso aún no había sido decidido, fue llevado a la casa donde estaban alojadas las mujeres. A la mañana siguiente, cuando se les comunicó la muerte de sus hombres, la ciudad se llenó del sonido de sus lamentaciones. Pero el anciano Zabir las tranquilizó, diciendo: "¡Callaos! ¿Sois las primeras mujeres y niños de Israel hechos cautivos desde que comenzó el mundo? Si hubiera habido algún bien en vuestros hombres os habrían salvado de esto. Pero aferraos a la religión de los judíos, porque en ella tenemos que morir, y en ella tenemos que vivir en el futuro."

Zabir siempre había sido enemigo del Islam y había trabajado mucho para fomentar la oposición al Profeta. Pero en las guerras civiles de Yathrib había perdonado la vida a un hombre de Jazrach, Thabit ibn Qays, que deseaba compensarle por esto, y había ido a ver al Profeta para pedirle que dejase vivir a Zabir. "Es tuyo", dijo el Profeta. Pero cuando Thabit informó a Zabir de su indulto, éste le dijo: "Un anciano, sin esposa y sin hijos, ¿qué tiene que hacer en la vida?" Thabit fue, pues, de nuevo al Profeta, que le dio la mujer y los hijos de Zabir. Pero éste dijo: "¿Cómo puede sobrevivir una familia en el Hiyaz sin riquezas?". Nuevamente fue Thabit a ver al Profeta, que le concedió todas las posesiones de Zabir, excepto las armas y la armadura. Pero entonces los pensamientos de la muerte de todos sus hermanos de tribu abrumaron a Zabir, que dijo: "Thabit, por el derecho que tengo sobre ti, te pido por Dios que me reúnas con mi pueblo, porque, ahora que han partido, no queda ningún bien en la vida". En un primer momento Thabit se negó, pero cuando vio que hablaba en serio lo llevó al lugar de la ejecución y le dijeron a Zubayr que lo decapitase. Su mujer y sus hijos fueron liberados y se les devolvieron sus propiedades, bajo la tutela de Thabit.

En cuanto a las otras mujeres y niños, fueron divididos, junto con sus bienes, entre los hombres que habían participado en el asedio. Muchos de estos cautivos fueron liberados mediante el pago de rescate por los Baní Nadir de Jaybar. Como parte de lo que le correspondía el Profeta

había escogido a Rayhanah, la hija de Zayd, un nadirí que la había casado con un hombre de Qurayzah. Era una mujer de gran belleza y permaneció como esclava del Profeta hasta su fallecimiento unos cinco años después. En un principio el Profeta la puso bajo la custodia de su tía Salma, en cuya casa ya se había refugiado Rifaah. Rayhanah sentía repugnancia por convertirse al Islam, pero Rifaah y sus parientes de los Baní Hadí le hablaron sobre la nueva religión y no transcurrió mucho tiempo antes de que uno de los jóvenes conversos, Thalabah, acudiese junto al Profeta y le dijese que Rayhanah se había convertido al Islam, lo cual le alegró sobremanera. Cuando resultó evidente que no se encontraba preñada, el Profeta fue a verla y le ofreció liberarla y desposarla. Pero ella dijo: "¡Oh Enviado de Dios! Déjame en tu poder; eso será más sencillo para mí y para ti".

[i] Consultar el final del capítulo 48, *"Las gentes del blanco"*.

[ii] La sentencia de Saad estaba sin duda dirigida principalmente contra su perfidia, pero de hecho coincidía exactamente con la ley judía relativa al trato a una ciudad asediada, incluso si era inocente del cargo de traición: *"Y cuando Yavé, tu Dios, la pusiera en tus manos, pasarás a todos los varones al filo de la espada, pero las mujeres, los niños y los ganados y cuanto haya en la ciudad, todo su botín, lo tomarás para ti"* Deuteronomio, XX, 12.

Capítulo 62

Después del asedio

Cuando Saad hubo pronunciado su veredicto sobre los Bani Qurayzah regresó a su lecho de enfermo en la Mezquita. Ya le había pedido a Dios que si tenía para él más luchas en las que participar contra sus enemigos que le dejase vivir, y si no que le dejase morir. Ahora su estado empeoró rápidamente. Una noche, poco después del asedio, el Profeta lo encontró aparentemente inconsciente. Se sentó a su cabeza, que suavemente levantó y colocó contra su pecho, y pidió: "¡Oh Señor!, ciertamente Saad se ha esforzado en el sendero, con fe plena en Tu Enviado, sin dejar de hacer nada de lo que tenía que hacer. Llévate, pues, contigo su espíritu acogiéndolo con la mejor acogida que das a los espíritus de Tus criaturas". Saad escuchó la voz del Profeta, y abriendo los ojos dijo: "La paz sea sobre ti, Enviado de Dios, doy testimonio de que has comunicado tu mensaje". Una o dos horas después, una vez que el Profeta hubo regresado a casa, Gabriel vino a él y le dijo que Saad había muerto.

Cuando portaban el féretro al cementerio, los que lo llevaban se asombraron por lo ligero de la carga, ya que Saad era un hombre pesado, pero cuando se lo mencionaron al Profeta les dijo: "Vi a los Ángeles transportándolo". Colocaron el féretro al borde de la fosa y dirigió la plegaria funeraria, con una multitud de hombres y mujeres haciéndola detrás de él. Luego, cuando depositaron el cuerpo en la tumba, el rostro del Profeta empalideció de pronto, y dijo tres veces: Subhan Allah —"Gloria a Dios"— siendo ésta una afirmación de la Absoluta Trascendencia de Dios, pronunciada a veces como en esta ocasión, respecto de un limite que necesita ser trascendido Todos los presentes lo repitieron y el cementerio resonó con las glorificaciones. Después, al cabo de un momento, pronunció las palabras de victoria, Allahu Akbar — "Dios es Grande"— y el cementerio volvió a resonar al unírsele en la magnificación todos los presentes. Posteriormente, cuando se le preguntó al Profeta por qué había empalidecido, éste dijo: "La tumba se cerraba sobre vuestro compañero, y él sintió una contrición que, de poder eludirla cualquier hombre, Saad la habría eludido. Luego Dios le concedió un alivio bendito." (W. 529).

Fue al alba de uno de los días que siguieron, estando el Profeta en el aposento de Umm Salamah, cuando le anunció a ella: "Abu Lubabah está perdonado" "¿Puedo darle las buenas nuevas?", preguntó ella. "Si lo deseas", respondió el Profeta; salió, pues, ella a la puerta de su aposento, que se abría a la Mezquita, no lejos del pilar al que se había atado, y gritó: "¡Oh Abu Lubabah, alégrate, porque Dios se ha apiadado de ti!". Los hombres que se encontraban en la Mezquita se precipitaron sobre él para liberarlo, pero él se detuvo diciendo: "No hasta que el Enviado de Dios me libere con sus propias manos". Así pues cuando el Profeta pasó junto a él de camino a la plegaria le desató las ligaduras.

Después de la plegaria Abu Lubabah se aproximó al Profeta y le dijo que quería hacer una ofrenda en expiación por lo que había hecho, y el Profeta aceptó de él un tercio de sus bienes, porque la Revelación que lo había liberado había dicho: "Toma limosnas de sus riquezas para purifcarlos" (IX, 103), refiriéndose no sólo a Abu Lubabah sino también a otros buenos hombres que habiendo incurrido en falta reconocían su error.

Unos cinco meses después de la campaña del Foso, el Profeta se enteró de que se aproximaba una rica caravana del Quraysh procedente de Siria; Zayd fue enviado para interceptarla con una tropa de ciento setenta hombres a caballo. Se apoderaron de todas las mercancías, incluida gran cantidad de plata que era propiedad de Safwan, y la mayoría de los hombres fueron hechos prisioneros. Entre los pocos que se escaparon se encontraba Abu al-As, el yerno del Profeta, y cuando se acercó a Medina, cerca de la cual tenía que pasar para ir a la Meca, sintió un fuerte deseo de ver a su esposa y a su hijita Umamah. Aprovechando la oscuridad de la noche entró en la ciudad con considerable riesgo y de un modo u otro logró descubrir donde vivía Zaynab. Llamó a la puerta. Ella abrió y lo dejó entrar. No faltaba mucho para el alba, y cuando Bilal hizo la

llamada para la plegaria Zaynab lo dejó en la casa con Umamah y se marchó a la Mezquita para colocarse como de costumbre con sus hermanas y madrastras en la primera fila de las mujeres, detrás de las filas de los hombres. El Profeta hizo la magnificación inicial que los hombres repitieron después de él, y en el breve momento de silencio que siguió Zaynab gritó con todas sus fuerzas: "Gentes ¡Doy protección a Abu al-As, el hijo de Rabi!", y comenzó ella también la plegaria con la magnificación.

Cuando el Profeta hubo pronunciado el saludo final de paz, se levantó, se volvió hacia los reunidos y dijo: "¿Oísteis lo que yo oí?" Un murmullo de afirmación recorrió toda la Mezquita. "Por Aquél en cuyas manos está mi alma dijo, 'yo no sabía nada de esto hasta que oí lo que he oído'. El musulmán más humilde puede conceder protección, protección que todos los demás musulmanes tendrán que respetar". Entonces fue hacia su hija y le dijo: "Recíbelo con todos los honores, pero no le permitas acercarse a ti como marido, porque legalmente ya no le perteneces". Zaynab le contó a su padre que Abu al-As estaba preocupado por la pérdida de las mercancías que él mismo había adquirido mediante trueque en Siria en nombre de varios qurayshíes que le habían confiado sus bienes, porque él era uno de los hombres más dignos de confianza en la Meca. El Profeta envió, pues, un mensaje a aquéllos de la expedición que se habían apoderado de las riquezas de Abu al-As: "Como sabéis, este hombre está emparentado con nosotros, y habéis tomado sus bienes. Sí tuvieseis la bondad de devolvérselas, me alegraría, pero en caso contrario, es un botín que Dios os ha dado y tenéis por tanto un mayor derecho a ello". Dijeron que se lo restituirían, y tal fue así que incluso le devolvieron viejos odres de agua, pequeñas botellas de cuero y trozos de madera. Le fue devuelto todo sin excepción, y como había indicios de que tenía pensamientos de abrazar el Islam, uno de los hombres le dijo: "¿Por qué no te conviertes al Islam y te quedas con estos bienes, porque son las riquezas de los idólatras?" Pero él respondió: "Mal comienzo para mi Islam sería que traicionara la confianza que en mí han depositado". Se llevó las mercancías a la Meca y se las entregó a sus propietarios. Luego volvió a Medina y abrazó el Islam, jurando fidelidad. Así pues, una vez más, Zaynab se encontró reunida con su marido y fue grande la alegría en la familia del Profeta y en toda la ciudad.

Capítulo 63

Los hipócritas

El éxito de la emboscada de Zayd en la ruta caravanera oriental hizo que los pensamientos del Quraysh se volviesen una vez más hacia la ruta occidental, que, de todos modos, preferían. Comenzaron entonces a instigar a sus propios aliados de la costa del Mar Rojo, los Bani al-Mustaliq, un clan de Juzaah, para que efectuasen una incursión contra Medina, esperando sin duda alguna que éstos podrían ganar el apoyo de otras tribus costeras y de este modo les abrirían de nuevo la ruta. Pero los otros clanes de Juzaah estaban más favorablemente dispuestos hacia el Profeta de lo que los mequíes imaginaban, y andando el tiempo le llegaron noticias de este proyecto. Se le daba así la oportunidad de demostrar su poder no disminuido e incluso fortalecido también a lo largo de la ruta occidental. hasta una distancia de unas pocas marchas de la misma Meca. Al cabo de ocho días, bastante antes de que los Bani al-Mustaliq estuviesen preparados para ponerse en camino, ya había acampado en una de las aguadas de su territorio. Desde allí avanzó y mediante una rápida maniobra envolvente se abatió sobre los nómadas, que se rindieron sin ofrecer apenas resistencia. Tan sólo un musulmán resultó muerto, y del enemigo no más de diez. Unas doscientas familias fueron hechas cautivas, y el botín incluyó aproximadamente dos mil camellos y cinco mil ovejas y cabras.

El ejército permaneció allí acampado durante unos cuantos días, pero su estancia fue interrumpida por un incidente fatal. En uno de los pozos se originó una disputa entre dos miembros de dos tribus de la costa, las de Gifar y Yuhaynah, sobre cuál era el cubo de cada uno, y terminaron peleándose. El gifarí, que había sido contratado por Omar para conducir su caballo, gritó pidiendo ayuda —"¡Quraysh!"— mientras que el yuhayní llamó a sus aliados tradicionales del Jazrach, y los más exaltados de entre los Emigrados y los Ansar corrieron hacia el lugar de los hechos. Se desenvainaron espadas y la sangre pudo haber corrido de no haber intervenido alguno de los Compañeros más íntimos para calmar a ambos bandos. Normalmente éste habría sido el final del asunto. Pero dio la casualidad de que en esta expedición había tomado parte un número de hipócritas mayor de lo normal. La expedición se realizaba en un territorio bien regado y que les era familiar, y desde el principio se había abrigado la esperanza de una victoria fácil y de un botín digno del esfuerzo. Ellos no estaban, sin embargo, dispuestos a cambiar su punto de vista sino que todavía seguían considerando las expediciones que partían de Yathrib como correrías del Jazrach y Aws realizadas con el concurso de auxiliares. El campamento pertenecía por lo tanto a los hijos de Qaylah; los refugiados qurayshíes estaban allí, como en otras partes, simplemente por tolerancia. En este estado de ánimo estaba Ibn Ubayy sentado aparte con un grupo de sus más allegados cuando llegó a sus oídos el griterío de la pelea, y uno de ellos acudió a ver qué pasaba. Regresó para informar, con toda veracidad, que el hombre de Omar tenía toda la culpa y que era él quien había dado el primer golpe. Esto sirvió para reavivar los rescoldos del rencor que se mantenía latente desde la experiencia del foso. Durante los últimos cinco años la tensión había ido creciendo gradualmente hasta que la presencia de Muhámmad y los otros Emigrados había puesto a todo Arabia en contra de ellos. Además de esto, las ricas y hospitalarias tribus judías que habían desempeñado un papel tan importante en la comunidad habían sido eliminadas —dos de ellas desterradas y la tercera masacrada—. Las guerras civiles del oasis habían exigido una solución, ciertamente, pero Ibn Ubayy estaba convencido de que si él hubiese sido designado rey habría sabido terminar con la discordia sin implicar a su gente en hostilidades más peligrosas. "¡Y ahora estos refugiados empobrecidos habían tenido la desfachatez de obstaculizar el paso de sus benefactores al pozo! ¿Tan lejos habían llegado?", dijo Ibn Ubayy. "Pretenden tener la precedencia sobre nosotros, nos excluyen de nuestro país, y nada se ajusta mejor a nosotros y a estos granujas del Quraysh que el viejo dicho: 'engorda a tu perro y se alimentará de ti'. ¡Por Dios!, cuando volvamos a Medina el más elevado y el más poderoso de nosotros expulsará al más bajo y al más débil". Un muchacho del Jazrach, llamado Zayd, que estaba sentado al borde del circulo, se fue derecho al Profeta y le contó lo que Ibn

Ubayy había dicho. El Profeta empalideció, y Omar, que se encontraba con él, sugirió que debía mandar inmediatamente decapitar al traidor, pero le respondió Muhámmad: "¿Y qué pasará, Omar, si los hombres dicen que Muhmmad asesina a sus compañeros?" Mientras tanto, uno de los Ansar había ido a ver a Ibn Ubayy para preguntarle si de hecho había dicho lo que el muchacho les había contado; Ibn Ubayy acudió rápidamente junto al Profeta y juró no haber dicho semejante cosa. Algunos jazrachies que se encontraban presentes hablaron también en su defensa, ansiosos de evitar problemas. El Profeta aparentó dar por zanjado el incidente, pero una forma más segura de evitar problemas era ocupar las mentes de los hombres en otras cosas, y dio órdenes de levantar el campamento inmediatamente.

Nunca antes se sabía que se hubiese puesto en marcha a esa hora; era poco después del mediodía, y, con breves paradas a las horas de las plegarias, prosiguieron la marcha bajo el calor de la tarde; luego, durante toda la noche, y desde el alba hasta que el calor del día siguiente se hizo inaguantable. Cuando por fin se les dijo que montasen el campamento los hombres estaban demasiado cansados para hacer nada salvo dormir. Durante la marcha el Profeta confió a Saad ibn Ubadah —que para los musulmanes había ido reemplazando gradualmente a Ibn Ubayy como caudillo del Jazrach— que creía que el joven Zayd había dicho la verdad. "Enviado de Dios", dijo Saad, "vos, si lo deseáis, lo podéis expulsar, porque él es el más bajo y el más débil y vos sois el más elevado y el más poderoso". Le pidió, sin embargo, que tratase con gentileza a Ibn Ubayy. El Profeta no tenía intención de volver a mencionar el incidente, pero poco después de su conversación con Saad el asunto se le escapó de las manos, porque sobre él descendió la Revelación y fue revelada sura llamada de "los Hipócritas", en la que uno de ellos es citado —aunque sin ser nombrado— como habiendo dicho las mismas palabras pronunciadas por Zayd. El Profeta, sin embargo, no dio a conocer esta sura hasta que hubieron regresado a Medina. De todas formas cabalgó hacia donde Zayd estaba, se inclinó hacia él, y tomándole del oído le dijo: "Muchacho, tu oído escuchó bien, y Dios ha confirmado lo que dijiste".

Mientras tanto Abdallah, el hijo de Ibn Ubayy, se encontraba profundamente afligido porque se había enterado de que su padre había dicho aquellas palabras. También le habían contado que Omar había querido que el Profeta ajusticiase a su padre y temía que pudiera aprobarse la sentencia y darse la orden en cualquier momento. Fue, pues, al Profeta y le dijo: "Enviado de Dios, me dicen que estás dispuesto a ejecutar a Abdallah ibn Ubayy. Si es necesario que lo hagas, entonces dame a mi la orden y yo te traeré su cabeza. El Jazrach sabe perfectamente que no hay entre ellos un hombre de mayor piedad filial hacia su padre que yo, y temo que si le das la orden a otro mi alma no soportaría ver al verdugo de mi padre caminando entre los hombres, y lo mataría, y habiendo así matado a un creyente por causa de un incrédulo entraría yo en el fuego del infierno". Pero el Profeta dijo: "Por cierto que no, más bien tratémosle con gentileza y demos mucha importancia a su compañía mientras esté entre nosotros" (I.I. 726-8).

Capítulo 64

El collar

Aishah y Umm Salamah habían acompañado al Profeta en esta expedición; y en una parada a la puesta del 501, dos o tres días después de la marcha forzada, un collar de ónice que llevaba Aishah se le desabrochó y se le escurrió al suelo sin ella advertirlo. Cuando se dio cuenta de la pérdida ya era demasiado de noche para ponerse a buscarlo, pero estaba poco dispuesta a irse sin él. Su madre se lo había colocado alrededor del cuello el día de su boda, y era una de sus posesiones más preciadas. El lugar carecía de agua y el Profeta sólo había pretendido hacer una breve parada, pero dio órdenes de acampar hasta el amanecer. La razón de este cambio de plan pasó de boca en boca, y no era poca la indignación que se experimentaba porque todo un ejército debiera mantenerse esperando en un lugar tan inhóspito por culpa de un collar. Algunos de los Compañeros fueron y se quejaron a Abu Bakr, que se sintió azorado y reprendió a su hija por la falta de cuidado con sus cosas. No había ningún pozo a mano, y los hombres ya habían usado todo el agua que llevaban consigo, pensando en llenar los pellejos y botellas en el campamento bien regado hacia el que se dirigían. No sería posible hacer la plegaria del alba, porque no tenían medio de hacer la ablución. Pero en las últimas horas de la noche se le reveló al Profeta el versículo de la purificación con tierra —un acontecimiento de incalculable importancia para la vida práctica de la comunidad—: "Si no encontráis agua, purificaos entonces con tierra pura y frotaos vuestros rostros con vuestras manos" (IV. 43). Los ánimos, que tanto se habían exaltado en toda la hueste, se aplacaron entonces; y Usayd exclamó: "No es ésta la primera bendición que nos habéis traído, familia de Abu Bakr."

Ya era de día y el collar seguía sin aparecer por ningún sitio; pero cuando todas las esperanzas de hallarlo estaban perdidas y todo el mundo se iba preparando para partir sin él, el camello de Aishah se levantó de donde había estado arrodillado toda la noche, y allí estaba el collar en el suelo debajo de él.

Una de las siguientes acampadas fue en un agradable valle con largas extensiones de arena nivelada. Las dos tiendas del Profeta fueron levantadas como siempre a una cierta distancia de los demás, y aquel día le correspondía a Aishah el turno de estar con él. Posteriormente contó ella cómo él sugirió echar una carrera. "Me recogí la túnica en torno mío", dijo ella, "y el Profeta hizo lo mismo. Entonces corrimos, y él ganó la carrera". "Ésta es por la otra carrera", dijo él, "que me ganaste". Se refería al incidente que había sucedido en la Meca antes de la Hégira. Aishah añadió, a modo de explicación: "Él había venido a casa de mi padre, y yo tenía algo en la mano, y él dijo: 'Tráemelo aquí', pero yo no quise y me escapé de él; él corrió detrás de mi, pero fui demasiado rápida para él" (W. 427).

El cierre del collar de Aishah era inseguro, y en una de las últimas paradas antes de llegar a Medina volvió a caérsele. Sucedió cuando la orden de marcha ya había sido dada y ella se había alejado del campamento para satisfacer una llamada de la naturaleza. Cuando volvió, ella y Umm Salamah se sentaron en sus respectivas literas, corrieron las cortinas y velaron sus rostros. Sólo entonces se dio cuenta Aishah de su pérdida, y, deslizándose cuidadosamente por debajo de la cortina, se volvió para buscarlo. Entre tanto, los hombres habían ensillado los camellos y los llevaron hacia las literas, que sujetaron con correas cada una a su montura. Estaban acostumbrados a una considerable diferencia de peso entre ambas —el de una mujer de treinta años comparado con el de una de catorce que era delgada para su edad— y no fueron capaces de advertir que en esta ocasión la más ligera de las dos literas era aún más ligera de lo normal; así pues se llevaron los camellos para que se uniesen a la marcha sin pensarlo dos veces. "Encontré mi collar", dijo Aishah, "regresé al campamento y no quedaba ni un alma allí. Me fui entonces a donde había estado mi litera pensando que me echarían en falta y volverían por mí, y mientras estaba allí sentada a mis ojos les venció la modorra y me quedé dormida. Allí yacía cuando pasó al lado Safwan el hijo de Muattal[i]. Se había rezagado del ejército por alguna

razón y no había pasado la noche en el campamento. Dándose cuenta de mi presencia, se me acercó y se quedó de pie a mi lado. Había estado acostumbrado a verme antes de que el velo nos fuese impuesto, y cuando me reconoció dijo: 'En verdad, de Dios somos y a Él retornaremos' (II. 156), 'ésta es la esposa del Enviado de Dios'." Su recitación del versículo del retorno la despertó, y cubrió su rostro con el velo. Safwan le ofreció su camello y la escoltó a pie hasta la siguiente parada. (I.I.732; B. LII, 15; W. 426-8).

Al llegar el ejército a la parada la litera de Aishah había sido levantada de su montura y depositada sobre el suelo. Como quiera que la muchacha no saliese de la litera habían supuesto que estaba durmiendo. Grande fue el asombro cuando ya casi concluida la parada, después de haber descansado los hombres, hizo ella su entrada en el campamento guiada por Safwan. Aquél fue el comienzo de un escándalo que habría de sacudir a Medina, y las lenguas de los hipócritas no se mostraron lentas en iniciarlo; pero por el momento el Profeta, Aishah y la mayoría de los Compañeros eran totalmente inconscientes del inminente trastorno.

El botín fue repartido como de costumbre, y uno de los cautivos era Yuwayriyah la hija de Harith, jefe del clan derrotado. Le fue dada a un Ansar, que fijó un elevado precio por su rescate, y acudió ella al Profeta para que interviniese en su favor. Aquel día se encontraba en el apartamento de Aishah, que le abrió la puerta, y que dijo después relatando lo que había sucedido: "Era una mujer de gran encanto y belleza. Ningún hombre la miraba sin que su alma no quedara cautivada, y cuando yo la vi a la entrada de mi estancia me embargaron los recelos, porque sabía que el Profeta vería en ella lo que yo veía. Se presentó ante él y dijo: 'Enviado de Dios, soy Yuwayriyah, la hija de Harith, el señor de su pueblo. Bien conoces la desgracia que sobre mí se ha abatido, y he venido a buscar tu ayuda en el asunto de mi rescate', él respondió: '¿Querrías algo mejor que eso?' '¿Qué es mejor?', le preguntó ella, y el Profeta respondió: 'Que yo pague tu rescate y te despose'."(I.I. 729).

Yuwayriyah aceptó gustosa su oferta, pero el matrimonio todavía no había tenido lugar cuando llegó su padre con algunos camellos para el rescate. No eran todo el número que en principio había pensado ofrecer, porque en el valle de Aqiq, poco antes de llegar al oasis, había dirigido una última mirada a los hermosos animales y había quedado tan entusiasmado de admiración por dos de ellos que los había separado de los demás y los había ocultado en uno de los pasos del valle, incapaz de resignarse a separarse de ellos. Los restantes se los llevó al Profeta y dijo: "Muhámmad, os habéis apoderado de mi hija, y aquí está su rescate" "Pero ¿dónde están aquellos dos camellos que escondiste en Aqiq?", dijo el Profeta, y continuó describiendo con todo detalle el paso donde estaban atados. Entonces Harith dijo: "Doy testimonio de que no hay dios sino Dios, y de que tú, Muhámmad, eres el Enviado de Dios", y dos de sus hijos abrazaron con él el Islam. Envió por los dos camellos y se los dio con el resto al Profeta, que le devolvió a su hija. Entonces ella misma se convirtió al Islam, y el Profeta pidió a su padre que se la diese en matrimonio, lo cual hizo, y se construyó una estancia para ella. (I.H. 729).

Cuando se supo que los Baní al-Mustaliq se habían convertido en parientes del Profeta mediante el matrimonio, los Emigrados y los Ansar liberaron a sus cautivos que aún no habían sido rescatados. Aproximadamente un centenar de familias fueron liberadas. "No sé de ninguna mujer", dijo Aishah refiriéndose a Yuwayriyah, "que haya sido una mayor bendición para su pueblo que ella" (Ibid, I.I.).

[i] Un joven de los Bani Sulaym que se había ido a vivir a Medina y se contaba, por tanto, entre los Emigrados.

Capítulo 65

La mentira

Poco después del regreso a Medina, Aishah cayó enferma. Para aquella época se repetía por toda la ciudad la calumnia que los hipócritas habían difundido contra ella y Safwan. Fueron pocos los que se la tomaron en serio, aunque entre los que lo hicieron se encontraba su propio primo Mistah, del clan de Muttalib. Pero tanto si se lo creían como si no, el caso es que todo el mundo, menos ella, estaba al corriente del asunto. Ella sin embargo, era consciente de una cierta reserva por parte del Profeta y echaba de menos la amorosa atención que le había prestado en anteriores enfermedades. Entraba en la habitación y decía a los que la cuidaban "¿Cómo están todos hoy?", incluyéndola simplemente con los demás. Profundamente herida, pero demasiado orgullosa para quejarse, Aishah le pidió permiso para irse a casa de sus padres, donde su madre podría atenderla. "Como tú quieras", le respondió el Profeta.

Para contar lo que sucedió con las propias palabras de Aishah: "Fui a mi madre sin saber nada de lo que se estaba diciendo, y me recuperé de mi enfermedad unos veinte días después. Entonces una tarde salí con la madre de Mistah —su madre era hermana de la madre de mi padre— y mientras caminaba a mi lado se tropezó con su túnica y exclamó: '¡Así se tropiece Mistah!' '¡Por Dios!', repliqué, '¡es malo decir eso de un hombre de los Emigrados que luchó en Badr!' '¡Hija de Abu Bakr!', dijo ella, '¿es posible que las noticias aún no te hayan llegado?' '¿Qué noticias?', pregunté. Entonces me contó lo que los calumniadores habían dicho, y cómo la gente lo andaba repitiendo. '¿Es eso posible?', exclamé. '¡Por Dios, cierto que lo es!' fue su respuesta, y me volví a casa llorando, y lloré sin parar hasta que pensé que mi llanto me reventaría el hígado. '¡Dios te perdone!', le dije a mi madre. 'La gente no para de hablar, y tú no me dices ni una palabra de ello!' 'Hijita', me respondió, 'no te lo tomes tan a pecho, porque raro es que haya una mujer hermosa casada con un hombre que la quiere sin que sus otras esposas murmuren acerca de ella y otros repitan lo que ellas dicen'. Me quedé, pues, despierta durante toda la noche, llorando sin parar" (B. LII, 15).

Pero en realidad, a pesar de los celos que pudiera haber habido entre unas y otras, las esposas del Profeta eran todas mujeres piadosas, y ninguna de ellas tuvo nada que ver con la propagación de la calumnia. Al contrario, defendían a Aishah y hablaban bien de ella. De aquéllos sobre quienes especialmente había que echar la culpa, el más próximo a la casa del Profeta era su prima Hamnah, hermana de Zaynab, que repetía la calumnia pensando que así fomentaba los intereses de su hermana, porque generalmente se pensaba que, de no ser por Aishah, Zaynab habría sido la esposa favorita del Profeta, y Zaynab sufría mucho por el celo mal entendido que su hermana le profesaba. Otro de los calumniadores, además de Mistah, era el poeta Hassan ibn Thabit, y en último término estaban Ibn Ubayy y los otros hipócritas que habían iniciado todo.

El Profeta esperó claramente una Revelación, pero al no producirse ninguna interrogó no sólo a sus esposas sino también a otras personas allegadas. Usamah, que tenía la misma edad que Aishah, habló enérgicamente en su defensa: "Todo esto es una mentira", dijo, "No sabemos de ella sino cosas buenas". Su madre, Umm Ayman, fue igual de enfática en su elogio de ella. En cuanto a Ali, dijo: "Dios no te ha puesto restricciones, y hay muchas mujeres además de ella. Pero pregúntale a su criada y ella te dirá la verdad". El Profeta envió, pues, por ella y dijo: "¡Burayrah! ¿Has visto alguna vez algo en Aishah que pudiera hacerte sospechar de ella?", respondió: "Por Aquél que os envió con la verdad, yo sólo sé el bien de ella, y si fuera de otra manera Dios informaría a Su Enviado. La única falta que puedo encontrar en Aishah es que es una muchacha aún con pocos años, y que cuando yo amaso pasta y le ordeno que la vigile se queda dormida y viene su corderito y se la come. Más de una vez la he reprendido por esto".

La siguiente vez que el Profeta fue a la Mezquita subió al almimbar y después de alabar a Dios, dijo: "¡Gentes, ¿qué decís de hombres que agravian a mi familia diciendo lo que no es cierto? Por Dios, yo no conozco sino el bien de mi familia y el bien igualmente del hombre sobre el que hablan, que nunca ha entrado en mi casa sin estar yo con él!". Apenas hubo hablado cuando Usayd se levantó y dijo: "¡Enviado de Dios! Si son de Aws nosotros nos encargaremos de ellos, y si son de nuestros hermanos del Jazrach danos entonces tu orden, porque merecen que se les corte la cabeza". Antes de que terminase, Saad ibn Ubadah ya estaba de pie, porque Hassan era de Jazrach, como lo eran los hombres que sutilmente habían tramado la calumnia al principio. "¡Dios nos asista! ¡Mientes!", dijo, "No los vas a matar, ni puedes hacerlo. No habrías hablado así si hubieran sido de tu gente". "¡Por Dios, tú eres el mentiroso!", replicó Usayd, "Por cierto que los mataremos, y tú eres un hipócrita que se afana por defender a los hipócritas". A esas alturas las dos tribus estaban a punto de llegar a las manos, pero el Profeta les señaló que desistieran, y bajando del almimbar tranquilizó a unos y a otros y los hizo marchar en paz.

Si Aishah se hubiera enterado de que el Profeta la había defendido en público desde el almimbar sin duda se habría consolado mucho. Pero entonces no supo nada de ello. Ella sólo sabía que estaba interrogando a otros sobre su caso, lo cual daba a entender que el Profeta no sabía qué pensar, y esto la afligía grandemente. No esperaba que él, por si mismo, mirase en su alma, porque Aishah sabía que el conocimiento que el Profeta tenía de las cosas ocultas le venía del otro mundo. No buscaba leer los pensamientos de los hombres; aun así, ella esperaba que supiese que su devoción por él era tal como para hacer imposible aquello de lo que la acusaban.

De cualquier manera, no era suficiente que él creyera en la inocencia de Aishah y Safwan. La situación era grave, y resultaba imperioso contar con la evidencia que convenciera a toda la comunidad. Para este fin Aishah misma había resultado ser la menos útil de todos los implicados. Ya era hora de que rompiese el silencio. No es que cualquier cosa que dijera fuese a resultar suficiente para resolver la crisis, pero el Corán había prometido que las cuestiones planteadas durante el período de su revelación serían respondidas. En el presente caso el Profeta no había parado de hacer preguntas —las mismas preguntas repetidas a diferentes personas—, aunque para que el Cielo diese la respuesta prometida quizás era necesario que la cuestión fuese planteada a la persona más directamente comprometida.

"Estaba con mis padres", dijo Aishah, "y había estado llorando durante dos noches y un día, y mientras estaban sentados conmigo, una mujer de los Ansar preguntó si se podía unir a nosotros; dije que entrara, y lloró conmigo. Luego vino el Profeta y tomó asiento. No se había sentado conmigo desde que la gente comenzó a decir lo que decía de mí. Había pasado un mes, y no había recibido noticias del Cielo acerca de mí. Después de pronunciar la testificación 'No hay dios sino Dios', dijo: 'Aishah, me han contado tal y tal cosa referente a ti. Si eres inocente, con toda seguridad Dios declarará tu inocencia, y si has hecho algo malo, pide entonces el perdón de Dios y arrepiéntete ante Él, porque verdaderamente si el siervo confiesa su pecado y luego se arrepiente Dios se apiada de él'. Tan pronto como hubo terminado de hablar mis lágrimas cesaron y le dije a mi padre: 'Responde al Enviado de Dios por mí', y él dijo: 'No sé qué decir'. Cuando se lo pedí a mi madre contestó lo mismo. Yo apenas era una muchacha de corta edad, y no era mucho lo que podía recitar del Corán. Dije, pues: 'Bien sé que te has enterado de lo que los hombres dicen, y eso se ha asentado en tu alma, y lo has creído, y si te digo que soy inocente —y Dios sabe que lo soy— no me creerás, mientras que si confieso aquello de cuya culpa Dios sabe que estoy libre, me creerías'. Entonces traté de acordarme del nombre de Jacob, pero no pude conseguirlo y dije: 'Pero diré como dijo el padre de José: Tengo que tener digna paciencia. ¡Dios es Aquél cuya ayuda yo imploro contra lo que vosotros contáis!'." (XII, 18). Entonces me volví hacia mi lecho y me eché, esperando que Dios me declarara inocente. No es que pensase que enviaría una Revelación por mi causa, porque me parecía que yo era demasiado insignificante como para que se hablase de mí caso en el Corán. Pero esperaba que el Profeta vería en su sueño una visión que me exculpase.

"Permaneció sentado en nuestra compañía y todos nosotros estábamos aún presentes cuando le vino una Revelación: de él se apoderaron los dolores que en tales ocasiones le sobrevenían, y le

gotearon como perlas de sudor, aunque era un día frío. Luego, cuando se vio liberado de esta presión, dijo con una voz que vibraba de alegría: '¡Aishah, alaba a Dios, porque te ha declarado inocente!'. Entonces mi madre dijo: 'Levántate y ve al Enviado de Dios', y yo repliqué: '¡No por Dios, no me levantaré ni iré al Enviado de Dios, y sólo a Dios alabaré!'." (H. LII, 15).

Las palabras de exculpación eran: "Ciertamente quienes han inventado la calumnia son un grupo de vosotros... Cuando recibisteis en vuestras lenguas y hablaron vuestras bocas aquéllo que desconocíais, lo considerasteis como algo trivial, mientras que para Dios es una enormidad. ¿Por qué no dijisteis al oírlo: 'No está bien que hablemos de eso. ¡Gloria a Ti! Es una monstruosa calumnia?'. Dios os exhorta a que jamás volváis a hacer algo semejante si sois creyentes" (XXIV, 11, 15-17).

La nueva Revelación también trataba sobre todo la cuestión del adulterio, y a la vez que prescribía la pena, prescribía también, como pena por difamar a mujeres honorables, el azotamiento de los calumniadores. Esta sentencia se cumplió en Mistah, Hassan y Hamnah, que habían sido los más explícitos en la difusión de la calumnia y que confesaron su culpa. Los hipócritas habían sido más insidiosos, aunque de forma implícita, y no confesaron haber tenido nada que ver, por lo que el Profeta prefirió no seguir con el asunto, sino dejarlo en manos de Dios.

Abu Bakr había tenido la costumbre de dar a su pariente Mistah una asignación en dinero debido a su pobreza, pero ahora dijo: "Nunca más, por Dios, le daré a Mistah, y nunca volveré a mostrarle mi favor, después de lo que ha dicho contra Aishah y después de la aflicción que nos ha traído". Pero se produjo entonces la Revelación: "Quienes de vosotros disfruten de gracia y abundancia, que no juren que no darán a los parientes cercanos, a los necesitados y a los que han emigrado por Dios. Que perdonen y sean indulgentes. ¿Acaso no deseáis que Dios os perdone? Y Dios es Indulgente y Misericordioso" (XXIV, 22).

Entonces Abu Bakr dijo: "Ciertamente anhelo el perdón de Dios para mi , y volvió a Mistah y le dio lo que había venido dándole y dijo: '¡Juro que nunca se lo retiraré!'. También el Profeta, después de pasado algún tiempo, mostró gran generosidad con Hassan, y casó a Hamnah, la viuda de Musab, con Talhah, del cual tuvo dos hijos.

[1] Consultar el final del capítulo 48, *"Las gentes del blanco"*.

[1] La sentencia de Saad estaba sin duda dirigida principalmente contra su perfidia, pero de hecho coincidía exactamente con la ley judía relativa al trato a una ciudad asediada, incluso si era inocente del cargo de traición: *"Y cuando Yavé, tu Dios, la pusiera en tus manos, pasarás a todos los varones al filo de la espada, pero las mujeres, los niños y los ganados y cuanto haya en la ciudad, todo su botín, lo tomarás para ti"* Deuteronomio, XX, 12.

Capítulo 66

El dilema del Quraysli

El Profeta ayunó el Ramadán en Medina y permaneció también allí el mes siguiente. Una noche de finales del mes soñó que entraba en la Kaabah con la cabeza rasurada, portando su llave en la mano. Al día siguiente se lo contó a sus Compañeros y les invitó a realizar con él la Peregrinación Menor (al-Umrah), y al punto se pusieron a hacer los preparativos para poder salir lo antes posible. Entre ellos adquirieron setenta camellos para sacrificarlos en el recinto sagrado. Después su carne sería distribuida entre los pobres de la Meca. El Profeta decidió llevar consigo a una de sus esposas; se echó a suertes y Umm Salamah resultó elegida. Entre los peregrinos también se encontraban las dos mujeres del Jazrach que habían estado presentes en el segundo pacto de Aqabah, Nusaybah y Umm Maní.

Cada hombre tomó consigo una espada y lo que podría necesitarse para la caza, pero Omar y Saad ibn Ubadah sugirieron, antes de partir, que debían ir completamente armados. El Quraysh, decían ellos, podría muy bien aprovechar la oportunidad para atacarlos, a pesar del mes sagrado. Aun así, el Profeta se negó, diciendo: "Yo no llevaré armas. No me he puesto en camino nada más que para hacer la Peregrinación". En la primera parada pidió que le trajesen los camellos de sacrificio, y él mismo consagró uno de ellos, girándolo en dirección hacia la Meca, haciendo una señal en su ijada derecha y colocándole guirnaldas alrededor del cuello. A continuación dio órdenes para que los demás fuesen consagrados de la misma forma. Después envió por delante a un hombre de Juzaah, del clan de Kaab, para que le trajese noticias de la reacción del Quraysh.

El Profeta llevaba la cabeza desnuda y ya se había puesto el antiguo vestido tradicional de peregrino, consistente en dos piezas de tela inconsútil: una ceñida alrededor de la cintura para cubrir la parte inferior del cuerpo y la otra recubriendo los hombros. Él se consagró entonces para la Peregrinación con dos ciclos de plegarias, después de lo cual comenzó a pronunciar el grito del peregrino: "Labbayk Allahumma Labbayk", que significa "Aquí estoy a Tu servicio, ¡oh Dios!". Casi todos los demás siguieron su ejemplo, pero unos pocos prefirieron esperar hasta que hubieran avanzado algo más en su viaje, porque el estado de peregrino implicaba ciertas restricciones respecto a la caza.

Cuando el Quraysh se enteró de la partida de los peregrinos de Medina se llenaron de recelos, como el Profeta había anticipado, e inmediatamente convocaron una reunión en la Asamblea. Nunca se habían encontrado ante semejante dilema. Si ellos, los guardianes del Santuario, impedían la llegada de más de un millar de peregrinos árabes a la Casa Sagrada, eso sería una flagrantísima violación de las leyes sobre las que se fundaba toda su grandeza. Por otro lado, si permitían a sus enemigos entrar en la Meca pacífica y cómodamente, ello significaría un inmenso triunfo moral para Muhámmad. La noticia se correría por toda Arabia y estaría en labios de todos, y serviría para colocar la corona de la derrota sobre el reciente fracaso de su ataque contra Medina. Quizás lo peor de todo, la realización de los antiguos ritos de estos peregrinos serviría para hacer la nueva fe más atractiva y confirmar su pretensión de ser la religión de Abraham. Tomando en consideración todas estas cosas, era incuestionable que no se les podía permitir venir. "¡Por Dios, esto no se producirá", dijeron, "mientras haya un solo ojo entre nosotros en el que quede un rayo de vida!".

Cuando los peregrinos llegaron a Usfan, el explorador que había sido enviado por delante se les reunió con las noticias de que el Quraysh había mandado a Jalid con una tropa de doscientos jinetes para impedir su aproximación. El Profeta pidió entonces un guía que pudiera llevarlos por otro camino, y un hombre de Aslam los condujo un poco hacia la costa y luego por un sendero

tortuoso y difícil hasta que llegaron al paso que permitía el acceso a Hudaybiyah, una extensión abierta de tierra por debajo de la Meca en el límite del territorio sagrado. Su rodeo les había mantenido fuera del alcance de la visión de Jalid, pero en un punto, cuando ya era demasiado tarde para que tomasen otra posición, levantaron tanto polvo que comprendió lo que había sucedido y galopó de vuelta a la Meca con sus hombres para advertir al Quraysh de que se aproximaban.

El Profeta había elegido a su camella favorita, Qaswa, para la peregrinación, y al llegar al final del paso sé detuvo y se arrodilló. Las rocas resonaron con el grito de ¡Hal! ¡Hal!, proferido por muchos hombres, y que era lo que decían para hacer levantarse a los camellos. Pero ella permaneció como si hubiera echado raíces en la tierra. "Qaswa es testaruda", decían, pero el Profeta sabía muy bien que era una señal de que no debían seguir más allá de Hudaybiyah, al menos por el momento. "No es testaruda", dijo, "no está en su naturaleza, sino que la retiene Aquél que retuvo al elefante". Y añadió, refiriéndose al Quraysh: "Cualquier concesión que hoy me exijan que honre los derechos de Dios se la concederé" (I.I. 741; W. 587). Luego habló a Qaswa, que se levantó rápidamente y le llevó hasta el límite de Rudaybiyah, seguido por los otros peregrinos. Allí les dijo que acamparan, pero prácticamente no había agua, tan sólo sus sedimentos en el fondo de uno o dos hoyos, y los hombres se quejaban de sed. El Profeta llamó a Nayiyah, el hombre de Aslam que estaba encargado de los camellos del sacrificio, y le dijo que le trajese un cubo con tanta agua como pudiese sacar del hoyo mayor, lo cual hizo. Después de realizar su ablución, el Profeta se enjuagó la boca y escupió el agua en el cubo. Luego, sacando una flecha de su aljaba, dijo: "Llévate este agua y échala en las aguas del hoyo, luego agítalas con la flecha." Nayiyah hizo lo que le mandó, y al toque de la flecha brotó agua clara y fresca tan rápida y abundantemente que a punto estuvo de encontrarse sumergido antes de poder salir del hoyo. Los peregrinos se congregaron alrededor del borde y todos bebieron hasta saciarse e igual hicieron los animales.

Entre los peregrinos se encontraban uno o dos hipócritas, incluido Ibn Ubayy, y cuando éste se sentó a beber para saciar su sed, uno de sus compañeros de clan se dirigió a él diciendo: "¡Maldito seas, padre de Hubab! ¿Aún no te has dado cuenta de cuál es tu posición? ¿Después de esto qué más necesitas?" "He visto cosas como ésta antes", dijo Ibn Ubayy y entonces el otro hombre le recriminó tan amenazadoramente que Ibn Ubayy fue con su hijo al Profeta para evitar problemas y decir que no se le había comprendido. Pero antes de que tuviera tiempo de hablar el Profeta le dijo: "¿Dónde has visto algo semejante a lo que viste hoy?", respondió: "Nunca he visto nada igual". "Entonces", dijo el Profeta, "¿por qué dijiste eso?" "Pido perdón a Dios", respondió Ibn Ubayy. "¡Enviado de Dios!", dijo entonces su hijo, "pide para él el perdón", y el Profeta así lo hizo (W. 589).

Satisfecha su sed, los peregrinos pronto estuvieron también en condiciones de comer hasta hartarse, gracias al obsequio de camellos y ovejas de dos jefes beduinos, cuya tribu, los Bani Juzaah, en un tiempo guardianes del Santuario, incluía los clanes de Aslam, Kaab y Mustaliq. Todos sin excepción estaban ahora bien dispuestos hacia el Profeta. Porque para los que aún no habían abrazado el Islam había en esta alianza una ventaja política que necesitaban para contrapesar el pacto que sus grandes enemigos, los Bani Bakr, tenían establecido desde hacía tiempo con el Quraysh. Esta situación pronto habría de dar lugar a acontecimientos de la mayor importancia Por el momento, sin embargo, no había luchas entre Juzaah y Bakr, y Juzaah era tolerado por el Quraysh, aunque al mismo tiempo era objeto de sospechas. Uno de sus hombres principales, Budayl Ibn Waraq, se encontraba en la Meca cuando llegaron las noticias de que los peregrinos estaban acampados en Hudaybiyah. Fue entonces con algunos hombres de su clan a ver al Profeta para informarle de la actitud del Quraysh. "Juran por Dios", dijo, "que no dejarán el camino franco entre la Casa y tú, hasta que el último de sus guerreros haya perecido". El Profeta dijo: "No hemos venido aquí para pelear; solamente vinimos para efectuar nuestras vueltas de peregrinación alrededor de la Casa. Combatiremos a quien se interponga en nuestro camino, pero les daremos tiempo, si así lo desean, para que tomen sus precauciones y nos dejen el camino libre."

Budayl y sus compañeros regresaron a la Meca, y el Quraysh los recibió con un hosco silencio. Cuando hicieron intención de contarles lo que Muhámmad les había dicho, Ikrimah, el hijo de Abu Yahl, dijo que no deseaba oírlo, ante lo cual Urwah, uno de los aliados de Thaqif —su madre era mequí— expresó que esta actitud era absurda. Safwan le dijo entonces a Budayl: "Dinos qué has visto y qué has oído". Y éste les informó de las intenciones pacíficas de los peregrinos, y también de que el Profeta había dicho que estaba dispuesto a dar tiempo al Quraysh para prepararse para su llegada. A continuación dijo Urwah: "Budayl os ha traído una concesión tan excelente que ningún hombre puede rechazarla sin perjudicarse. Aceptad, pues, los rumores que nos ha comunicado, pero enviadme a mí para traer confirmación directa de Muhámmad, y me fijaré en quienes están con él, y seré un explorador que os traerá nuevas de él."

El Quraysh aceptó su ofrecimiento, pero ya habían enviado como explorador al hombre que mandaba a todos sus aliados de las tribus beduinas, conocidos colectivamente como los Ahabish. Se trataba de Hulays de los Bani al-Harith, uno de los clanes de Kinanah. Él era quien había censurado a Abu Sufyan por las mutilaciones de Uhud. Cuando el Profeta lo vio llegar supo —ya por su modo de andar y su porte, ya por lo que había oído de él— que era un hombre de piedad, con un gran respeto por las cosas sagradas. Ordenó, pues, que los animales que tenían pensado sacrificar fuesen enviados a recibirles, y cuando los setenta camellos pasaron en fila solemnemente junto a Hulays con las marcas de la consagración y los ornamentos festivos quedó tan impresionado que sin ir a hablar con el Profeta se volvió al punto con el Quraysh y les aseguró que las intenciones de los peregrinos eran por completo pacíficas. Exasperados, los mequíes le dijeron que él era simplemente un hombre del desierto y que no tenía ningún conocimiento de la situación. Esto fue un gran error en la táctica, como pronto comprendieron, aunque ya demasiado tarde. "Hombres del Quraysh", dijo severamente, "no consentimos en ser vuestros aliados para esto, y no juramos con vosotros nuestro pacto para esto. ¿Es posible que a quien viene a honrar la Casa de los dioses le sea impedido hacerlo? Por Aquél en cuyas manos está mi alma, o dejáis que Muhámmad haga lo que ha venido a hacer o me llevo a los Ahabish, a todos ellos." "Aguanta con nosotros, Hulays", le dijeron, "hasta que alcancemos condiciones que puedan aceptar".

Mientras tanto, Urwah de Thaqif había llegado al campamento de los peregrinos y ya estaba manteniendo conversaciones con el Profeta. Sentado delante de él, comenzó tratándolo como a un igual y le agarró de la barba cuando se dirigió a él, pero Mugirah, uno de los Emigrados que estaba presente, lo golpeó en la mano con el plano de la espada, y la soltó. Unos momentos después, cuando se aventuró a coger de nuevo la barba del Profeta, Mugirah le dio un golpe más fuerte, diciendo: "Retira tu mano de la barba del Profeta ahora que todavía estás a tiempo". Urwah se abstuvo de tomarse más familiaridades con el Profeta, pero después de conversar con él durante cierto tiempo permaneció en el campamento durante varias horas. Había prometido al Quraysh ser su explorador a la vez que su enviado, y estaba resuelto a tomar nota de todo. Pero lo que más le impresionó fueron cosas que no había venido a ver, cosas como las que no había visto nunca nada igual, y cuando regresó a la Meca dijo al Quraysh: "¡Gentes! He sido mandado como enviado a reyes —a César, a Cosroes y al Negus— y no he visto ningún rey cuyos hombres le honren tanto como los compañeros de Muhámmad honran a Muhámmad. Si él ordena algo, apenas lo ha ordenado cuando ya lo han cumplido. Cuando realiza la ablución, poco menos que se pelean por el agua sobrante. Cuando habla, sus voces callan en su presencia. No le miran directamente a la cara, sino que bajan sus ojos por respeto a él. Os ha ofrecido una excelente concesión, aceptadla, pues." (B.LIV, 15; W. 593-600).

Mientras Urwah estaba aún en el campamento, el Profeta hizo montar a un hombre de Kaab llamado Jiras en uno de sus camellos y lo envió como emisario al Quraysh. Cuando llegó, Ikrimah desjarretó al camello, pero Hulays y sus hombres intervinieron y salvaron la vida del enviado, obligando al Quraysh a dejarlo volver con el Profeta. "¡Enviado de Dios!", dijo al regresar, "envía un hombre que esté mejor protegido que yo". El Profeta llamó a Omar, pero éste dijo que el Quraysh conocía bien su hostilidad hacia ellos, y que ninguno de su propio clan, los Bani Adi, era suficientemente fuerte para defenderlo. "Pero os mostraré", dijo, "un hombre que es más poderoso que yo en la Meca, más rico en parientes y mejor protegido: Uthman ibn Affan". El

Profeta envió entonces a Uthman y fue bien recibido por sus parientes de Abdu Shams y por otros y, aunque le reiteraron su negativa a permitir que ninguno de los que se encontraban entonces en Hudaybiyah se acercase a la Kaabah, le invitaron personalmente a efectuar las vueltas de la peregrinación, lo cual rechazó. El Quraysh ya había enviado un mensaje a Ibn Ubayy, ofreciéndole a él también la misma concesión, pero respondió: “Yo no hago mis vueltas alrededor de la Casa hasta que el Enviado de Dios haga las suyas”. Al Profeta le agradó este gesto, del que fue puntualmente informado.

Capítulo 67

Una clara victoria

Que durante la ausencia de Uthman en la Meca cuando le sobrevino al Profeta un estado comparable al que sentía cuando recibía una Revelación, pero que esta vez, a diferencia de lo que en estos casos solía ocurrirle, le dejó en plena posesión de sus facultades. Dio instrucciones a uno de sus Compañeros, que fue por todo el campamento proclamando: "El Espíritu Santo ha descendido sobre el Enviado y ha ordenado fidelidad; id, pues, en el Nombre de Dios, a prestar juramento." (W. 604). Mientras tanto, el Profeta se había sentado bajo una acacia verde por las hojas primaverales que le estaban saliendo, y uno a uno los compañeros vinieron y le juraron fidelidad. El primer hombre en llegar fue Sinan, que era de la misma tribu que la familia de Yahsh, es decir de los Bani Asad ibn Juzaymah. El pregonero no había especificado nada acerca de la naturaleza del pacto, así pues, Sinan dijo: "Enviado de Dios, te juro mi fidelidad a lo que hay en tu alma", y los otros juraron de igual forma. Luego el Profeta dijo:

"Juro la fidelidad de Uthman", y extendió su mano izquierda, como si fuera la mano de su yerno, y tomándola con su mano derecha hizo el pacto. Solamente uno de los presentes no respondió a la llamada del pregonero; fue el hipócrita Yadd ibn Qays, que intentó ocultarse detrás de su camello, pero fue visto.

El Quraysh envió entonces a Suhayl para concluir un tratado, y con él iban sus dos compañeros de clan Mikraz y Huwaytib. Conferenciaron con el Profeta y los Compañeros escucharon sus voces subir y bajar según si el punto en cuestión era de difícil o de fácil acuerdo. Cuando por fin hubieron alcanzado un acuerdo, el Profeta le dijo a Ali que escribiese los términos, comenzando por las palabras reveladas de consagración. Bismi Llahi al-Rahmani al-Rahim, "En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso", pero Suhayl se opuso. "En cuanto a Rahman" dijo "yo no sé qué es. Escribe, sin embargo, Bismik Allahumma, 'en tu Nombre, oh Dios', como tú solías escribir". Algunos de los compañeros exclamaron: "¡Por Dios, no escribiremos sino Bismi Llahi al-Rahman al-Rahim!", pero el Profeta no les hizo caso, y dijo: "escribe Bismik Allahumma", y siguió dictando: "Estos son los términos de la tregua entre Muhámmad, el Enviado de Dios, y Suhayl el hijo de Amr". Pero de nuevo Suhayl protestó. "Si supiéramos que eres el Enviado de Dios", dijo, "no te habríamos impedido el acceso a la casa de Dios ni te habríamos combatido. Escribe, en vez de eso, Muhámmad el hijo de Abdallah". Ali ya había escrito "el Enviado de Dios", y el Profeta le dijo que borrase esas palabras, pero Ali respondió que no podía. El Profeta le dijo entonces que le señalase con el dedo las palabras en cuestión, y él mismo las tachó; seguidamente le dijo que escribiera en su lugar "el hijo de Abdallah", lo cual hizo.

El documento continuaba: "Han acordado depositar en tierra la carga de la guerra durante diez años, durante los cuales los hombres estarán seguros y no tendrán pendencias, a condición de que si alguien del Quraysh acudiese a Muhámmad sin permiso de su guardián, Muhámmad se lo devolverá, pero aquél de los que están con Muhámmad que se fuese con el Quraysh no será devuelto. No habrá ni subterfugios ni traiciones. Quien desee entrar en el vínculo y pacto de Muhámmad podrá hacerlo, y quien desee entrar en el vínculo y pacto del Quraysh podrá hacerlo." Se encontraban presentes en aquellos momentos en el campamento algunos jefes de Juzaah que habían venido a visitar a los peregrinos, mientras que uno o dos representantes de Bakr habían seguido a Suhayl, y en este punto los hombres de Juzaah saltaron en pie y dijeron: "Somos uno con Muhámmad en su vínculo y en su pacto". Los hombres de Bakr dijeron entonces: "Somos uno con el Quraysh en su vínculo y en su pacto". Y este acuerdo fue más tarde ratificado por los jefes de ambas tribus. El tratado concluía con las palabras: "Tú, Muhámmad, te alejarás de nosotros este año, y no entrarás en la Meca cuando estemos presentes a pesar de nosotros. Pero el año próximo nosotros saldremos de la Meca y tú entrarás con tus Compañeros, permaneciendo en ella tres días, no portando más armas que las del viajero, las espadas envainadas" (I.I.747-8).

En virtud de la visión del Profeta, los Compañeros habían tenido la certeza del éxito de la expedición, y cuando supieron los términos del tratado y comprendieron que después de haber alcanzado el mismo linde del recinto sagrado tenían que regresar ahora a casa con las manos vacías, fue casi más de lo que podían soportar. Pero lo peor aún no se había producido: mientras estaban sentados en un silencio hosco y explosivo, se escuchó un rechinar de cadenas y un joven penetró tambaleándose en el campamento con los pies trabados. Era Abu Yandal, uno de los hijos menores de Suhayl. Su padre lo había privado de la libertad a causa de su Islam, temiendo que escapase a Medina. Su hermano mayor Abdallah se encontraba entre los peregrinos y estaba a punto de darle la bienvenida, cuando Suhayl agarró la cadena que rodeaba el cuello del prisionero y le golpeó con violencia en la cara. Entonces se volvió hacia el Profeta y dijo: "Nuestro acuerdo fue concluido antes de que viniera a ti este hombre". "Es cierto", dijo el Profeta. "Devuélvenoslo entonces", dijo Suhayl. "¡Musulmanes!", gritó Abu Yandal con todas sus fuerzas, "¿tengo que ser devuelto a los idólatras para que me persigan a causa de mi religión?". El Profeta llevó a Suhayl aparte y le pidió como un favor que permitiese a su hijo irse en libertad, pero Suhayl se negó en redondo. Sus compañeros de embajada, Mikraz y Huwaytib, se habían mantenido hasta entonces en silencio, pero sintiendo que este incidente era un comienzo de mal augurio para la tregua, se decidieron a intervenir. "¡Muhámmad!", dijeron, "le damos nuestra protección en tu nombre". Esto significaba que lo hospedarían con ellos, lejos de su padre, y cumplieron su promesa. "Ten paciencia, Abu Yandal", dijo el Profeta, "con toda seguridad Dios os dará a ti y a quienes están contigo ayuda y una salida. Hemos llegado a un acuerdo sobre los términos de una tregua con esta gente, y les hemos dado nuestra solemne promesa del mismo modo que ellos a nosotros, y no vamos a romper ahora nuestra palabra."

En este punto Omar no pudo contenerse por más tiempo. Se levantó, se dirigió hacia el Profeta y dijo: "¿No sois el Profeta de Dios?"; él respondió: "Sin duda". "¿No está de nuestra parte la verdad mientras que nuestros enemigos están en el error?", preguntó; y el Profeta asintió de nuevo. "Entonces, ¿por qué nos sometemos de esta guisa tan baja contra el honor de nuestra religión?", dijo Omar. A lo cual el Profeta respondió: "Yo soy el Enviado de Dios y no le desobedeceré. Me dará la victoria." "Pero, ¿no nos dijiste que iríamos a la Casa y daríamos las vueltas alrededor de ella?", insistió Omar. "Así es", contestó el Profeta, "pero ¿te dije que iríamos este año?" Omar reconoció que no. "Por cierto que irás a la Casa", dijo el Profeta, "y darás tus vueltas a su alrededor". Pero Omar seguía hirviendo de indignación y se fue a Abu Bakr para desahogarse aún más. Le planteó exactamente la misma cuestión que había planteado al Profeta, pero aunque Abu Bakr no había oído las respuestas, le respondió cada pregunta con las mismas palabras, y al final añadió: "Aférrate, pues, a su estribo, porque, por Dios, tiene razón". Esto impresionó a Omar, y aunque sus sentimientos todavía no se habían calmado, no volvió a darles salida, y cuando el Profeta le convocó para que pusiese su nombre en el tratado, lo firmó en silencio. El Profeta también le dijo a Abdallah, el hijo de Suhayl, que pusiese su nombre en él. Otros musulmanes que lo firmaron fueron Ali, Abu Bakr, Abd al-Rahman ibn Awf y Mahmud ibn Maslamah.

Algo de la amargura general parecía haberse pasado, pero cuando Suhayl y los otros abandonaron el campamento, llevándose con ellos al lloroso Abu Yandal, el ánimo de los hombres volvió a encenderse. El Profeta se encontraba en un lugar aparte, con quienes habían sellado el documento. Les dejó entonces y se encaminó hacia el cuerpo principal de peregrinos. "Levantaos y sacrificad vuestros animales", les dijo, "y afeitad vuestras cabezas". Nadie se movió, y lo repitió una segunda y una tercera vez, pero ellos simplemente lo miraron en silencio entre aturdidos y asombrados. No se trataba de una rebelión por su parte, pero después de que sus expectativas hubieran quedado destrozadas por el giro de los acontecimientos, se encontraban verdaderamente perplejos por la orden de hacer algo que sabían que era ritualmente incorrecto, porque según la tradición de Abraham los sacrificios tenían que realizarse dentro del territorio sagrado, y lo mismo se aplicaba al rito del afeitado de la cabeza. Sin embargo, su aparente desobediencia desconcertó al Profeta, que se retiró a su tienda y le contó a Umm Salamah lo que había sucedido. "Sigue adelante", dijo ella, "y no hables a nadie hasta que hayas hecho tu sacrificio". El Profeta se dirigió, pues, al camello que él mismo había consagrado y lo sacrificó, diciendo en voz alta, de forma que los hombres pudieran oír: "Bismi-

Llah, Allahu Akbar. En cuanto pronunció estas palabras los hombres se incorporaron de un salto y corrieron hacia sus camellos para realizar sus sacrificios, tropezando y cayendo unos encima de otros en su deseo de obedecer, y cuando el Profeta llamó a Jirash —el hombre de Juzaah que había enviado a la Meca antes de Uthman— para que le rasurase la cabeza, muchos de los Compañeros comenzaron a afeitarse la cabeza unos a otros con tanto vigor que Umm Salamah temió, como más tarde observaría, que pudieran ocasionarse heridas mortales. Pero algunos de ellos solamente se cortaron mechones del cabello, pues sabían que esto se aceptaba tradicionalmente como un sustituto. Mientras tanto el Profeta se había retirado a su tienda con Jirash, y cuando el rito hubo sido realizado salió a la entrada con el cráneo afeitado y dijo: "¡Dios tenga misericordia de los que se afeitan las cabezas!" Ante lo cual, los que se habían cortado el pelo protestaron: "¡Y de los que se cortan el pelo, Enviado de Dios!" Pero el Profeta repitió lo que había dicho en primer lugar, y las voces de protesta se elevaron aún más. Luego, después de otra repetición y una tercera protesta atronadora, añadió: "Y de los que se cortan el pelo". Cuando se le preguntó después por qué en un principio sólo había pedido por los que se rasuran la cabeza, respondió: "Porque ellos no dudaron."

De vuelta a su tienda, el Profeta recogió del suelo su exuberante cabello negro y lo arrojó sobre una mimosa cercana. Los hombres se apelotonaron alrededor, decididos a coger lo que pudieran por su bendición. Nusaybah no estaba dispuesta a ser sobrepujada por los hombres, y ella también se encaminó hacia el árbol y pudo agarrar algunos mechones, que atesoró hasta el día de su muerte.

Una vez que se hubieron puesto en marcha de regreso a Medina, la conciencia comenzó a molestar a Omar, y su preocupación aumentó grandemente cuando cabalgó hasta el Profeta con el propósito de entablar conversación con él, y el Profeta, eso le pareció, se mostró marcadamente distante y reservado. Omar siguió cabalgando por delante, diciéndose: "¡Omar, que tu madre llore a su hijo!" Con posterioridad dijo que se encontraba tan preocupado por haber puesto en duda la sabiduría del Profeta que temió que se produjera una Revelación especial condenándolo. Sus temores llegaron al límite cuando escuchó detrás de él los cascos de un caballo al galope, y el jinete lo llamó para que volviese junto al Profeta. Pero sus angustias se desvanecieron en un instante cuando vio el semblante del Profeta radiante de alegría. "Ha descendido sobre mí una azora", dijo, "que me es más querida que todo cuanto existe bajo el sol".

La nueva Revelación no dejaba duda de que la expedición de los que ahora regresaban tenía que considerarse victoriosa, porque se abría con las palabras: "Ciertamente, te hemos concedido una clara victoria" (XLVIII, 1). También hablaba del reciente pacto de fidelidad: "Dios ha estado satisfecho de los creyentes cuando te juraron fidelidad debajo del árbol, Él sabia lo que había en sus corazones. Envió sobre ellos el Espíritu de Paz y los recompensó con una victoria cercana" (XLVIII, 18). La satisfacción Divina a la que se refiere era nada menos que la promesa del Ridwan[i] para quien fuera fiel a su pacto, y así esta lealtad beatífica se conoce como el Pacto del Ridwan. El descenso de la Sakinah[ii]; el Espíritu de Paz, se menciona también en otro versículo: "Él es quien hizo descender el Espíritu de Paz en los corazones de los creyentes para que pudieran añadir fe a su fe... Para que Él introduzca a los creyentes y a las creyentes en jardines donde fluyen arroyos, jardines en los que morarán eternamente, y para que Él aparte de ellos toda maldad. Esto es un triunfo inmenso para ellos ante Dios" (XLVIII, 4-5).

La visión del Profeta que había originado la expedición es mencionada como sigue: "En verdad Dios ha cumplido la visión para Su Enviado. ¡Si Dios quiere entraréis en la Mezquita Sagrada, seguros, sin temor, con las cabezas rasuradas o el pelo corto! Pero Él sabe lo que vosotros no sabéis. Y antes de eso Él os ha concedido una victoria cercana" (XLVIII, 27).

[i] Véase final del capítulo 30, “Paraíso y eternidad”.

[ii] En hebreo, “Shekinah”

Capítulo 68

Después de Hudaybiyali

Abu Basir, de los Bani Thaqil, era un joven cuya familia había venido de Taif y se había establecido en la Meca como confederada de los Bani Zuhrah. Había abrazado el Islam y lo habían encarcelado, pero consiguió escaparse y se dirigió a Medina a pie, llegando allí poco después del regreso del Profeta de Hudaybiyah. Pronto fue seguido por un emisario del Quraysh que exigió su devolución. Al tiempo que le daba a Abu Basir las mismas palabras de consuelo que había dado a Abu Yandal, el Profeta le dijo que el tratado le obligaba a ponerle en manos del emisario. Los Compañeros, incluido Omar, estaban más o menos resignados a los términos del tratado, de forma que cuando vieron al emisario y a un esclavo liberto que se había traído como ayuda para llevarse a Abu Basir, los Emigrantes y los Ansar presentes repitieron serenamente las palabras del Profeta: "¡Ánimo! Sin dúda Dios te encontrará una salida".

Sus esperanzas se realizaron antes de lo esperado. A pesar de su juventud, Abu Basir era un hombre ingenioso y en la primera parada logró apoderarse de la espada del emisario y darle muerte, en vista de lo cual el liberto, de nombre Kauthar, huyó precipitadamente de vuelta a Medina. Penetró en la Mezquita sin oposición y se arrojó a los pies del Profeta, que en aquel momento se encontraba allí y que dijo al verlo aproximarse: "Este hombre ha visto algo terrible". Kauthar relató con voz entrecortada que su compañero había sido muerto, y que él mismo estaba casi muerto, y poco después apareció Abu Basir con la espada desenvainada en la mano. "¡Profeta de Dios!", dijo, "vuestra obligación ha sido cumplida. Me devolvisteis a ellos y Dios me ha liberado." "¡Ay de su madre!"[i], dijo el Profeta. "Qué buen agitador para la guerra, si tuviera otros hombres con él". Pero si el Quraysh enviaba más emisarios para exigir su regreso se vería obligado a obedecer, como ya había hecho en la primera ocasión. Semejante idea, sin embargo, estaba lejos de pasársele por la mente a Abu Basir, que sugirió entonces que las armas y la armadura del hombre muerto debían ser consideradas como botín junto con los camellos, divididas en cinco partes y distribuidas según la ley. "Si hiciera eso", dijo el Profeta; "sostendría que no había cumplido los términos que juré guardar". Entonces se volvió hacia el atemorizado sobreviviente de los dos mequíes. "El botín tomado de tu compañero es cuenta tuya", dijo. "Y llévate a este hombre de vuelta con aquellos que te enviaron", añadió, señalando a Abu Basir. Kauthar se puso pálido: "¡Muhámmad!", dijo, "aprecio mi vida. Mi fuerza no es bastante para él, y no tengo las manos de dos hombres". Los musulmanes habían cumplido con su obligación, pero el representante del Quraysh se había negado a hacerse cargo del prisionero. Por consiguiente, el Profeta se dirigió a Abu Basir y le dijo: "Ve adonde quieras".

Se puso en camino hacia las costas del Mar Rojo, con las palabras "si tuviera otros hombres con él" aún en sus oídos. No fue el único en tomar nota de esta velada autorización e instrucción. Omar había estado atento a lo que se había dicho y se las ingenió para hacer llegar las palabras del Profeta a los musulmanes de la Meca, junto con la información acerca del paradero de Abu Basir, información que obtuvo de hombres amigos de las tribus costeras que vinieron a Medina. Ahora el hijo de Suhayl, Abu Yandal, ya no se encontraba estrechamente custodiado por sus protectores como lo había estado por su padre, y de cualquier manera el tratado había supuesto un relajamiento general de la vigilancia en la Meca sobre los jóvenes prisioneros musulmanes, porque Muhámmad había mostrado que si escapaban a Medina él mantendría su palabra y los devolvería. Abu Yandal se fue hacia donde se encontraba Abu Basir, y otros jóvenes hicieron lo mismo, incluido Walid, el hermano de Jalid. Abu Basir estableció con ellos un campamento en un punto estratégico sobre la ruta caravanera mequí hacia Siria. Le reconocieron como su guía, y él los dirigía en la plegaria y les aconsejaba en asuntos relativos a los ritos y a otros aspectos de la religión, porque muchos de ellos eran conversos recientes; lo respetaban sobremanera y le obedecían con gusto. El Quraysh se había alegrado mucho por el restablecimiento de la seguridad en su ruta favorita hacia el norte. Pero no menos de setenta jóvenes se unieron al

campamento de Abu Basir, y se convirtieron en el terror de las caravanas. Finalmente, después de haber sufrido la pérdida de muchas vidas y muchas mercancías, el Quraysh envió una misiva al Profeta pidiéndole que acogiera a aquellos bandoleros en su comunidad y prometiendo que no exigirían su devolución a la Meca. El Profeta escribió entonces a Abu Basir para decirle que podía venir a Medina con sus compañeros. Pero mientras tanto el joven jefe había caído gravemente enfermo, y cuando llegó la carta la muerte se cernía sobre él. La leyó y falleció asiéndola entre sus manos. Sus compañeros hicieron la plegaria sobre él, lo enterraron e hicieron una mezquita en el lugar de su enterramiento. Luego se fueron a unirse al Profeta en Medina. (W. 624-9; B. LIV; I.I. 751-3).

Cuando llegaron a la extensión de lava, el camello de Walid tropezó y lo arrojó al suelo, de forma que se cortó el dedo con una piedra. Mientras se lo vendaba, se dirigió a él en verso, diciendo: "Qué eres sino un dedo del que mana sangre sin ninguna otra herida en la vía de Dios."

Pero el corte se ulceró y la herida resultó ser mortal. Sin embargo, antes de morir pudo escribir una carta a su hermano Jalid, apremiándole a convertirse al Islam.

Solamente una mujer musulmana escapó de la Meca en aquel tiempo y se refugió en Medina, y ella fue la medio hermana de Uthman, Umm Kulthum, hija de su misma madre Arwa y de Uqbah, al cual habían matado en el camino de Badr. Pero se produjo entonces una Revelación prohibiendo la devolución de cualquier mujer creyente a los incrédulos, de modo que cuando dos hermanos uterinos acudieron a llevársela de vuelta, el Profeta se negó a permitírselo, y el Quraysh aceptó su negativa sin protestar. En el tratado no se había mencionado para nada a las mujeres. Luego Zayd, Zubayr y Abd al-Rahman ibn Awf pidieron su mano en matrimonio, y el Profeta le aconsejó que se casara con Zayd, lo cual hizo.

En el mes que siguió al tratado, Aishah y su padre sufrieron una gran pérdida, que pronto habría de ser seguida por un motivo de gran alegría. Umm Ruman enfermó y murió. Fue enterrada en el Baqi, y el Profeta hizo la plegaria sobre ella y descendió a su tumba. Inevitablemente, las noticias de la muerte llegaron a la Meca y a oídos de su hijo, Abd al-Kaabah, y es posible que la aflicción lo impulsase a realizar una acción que sin duda alguna había estado meditando durante algún tiempo. Sea como fuere, poco después de la muerte de su madre se fue a Medina y abrazó el Islam. Cuando juró fidelidad, el Profeta le cambió el nombre por Abd al-Rahman.

No fue el único nuevo musulmán en aquella época; a medida que pasaban las semanas y los meses, se hacía más y más patente por qué el Corán había declarado que la tregua era una clara victoria. Los hombres de la Meca y Medina podían verse en paz y conversar libremente juntos, y durante los dos años siguientes la comunidad del Islam se incrementó en más del doble.

Poco después del regreso de los peregrinos, había sido revelado un versículo que regocijó a todos: "Es posible que Dios establezca amor entre vosotros y aquéllos con quienes estáis enemistados" (LX, 7).

Estas palabras parecían referirse en general a las muchas conversiones que tuvieron lugar entonces. Pero algunos también las tomaron como refiriéndose en particular a una inesperada y estrecha relación que había de establecerse entre el Profeta y uno de los jefes del Quraysh.

Unos pocos meses antes de Hudaybiyah había llegado de Abisinia la noticia de la muerte de Ubaydallah ibn Yahsh, el primo y cuñado del Profeta. Había sido cristiano antes de convertirse al Islam, y poco después de su emigración a Abisinia había vuelto al cristianismo. Esto había apenado mucho a su esposa Umm Habibah, hija de Abu Sufyan, que seguía siendo musulmana. Al cabo de cuatro meses de la muerte de su marido, el Profeta envió un mensaje al Negus, pidiéndole que actuase como apoderado suyo y que ratificase un matrimonio entre él y la viuda, si ella quería. A ella el Profeta no le envió ningún mensaje directamente, pero tuvo un sueño en el que alguien se le acercaba y se dirigía a ella como "madre de los creyentes". Umm Habibah lo interpretó como que se convertiría en esposa del Profeta. Al día siguiente recibió el mensaje del

Negus confirmándole su sueño, ante lo cual eligió a su pariente Jalid ibn Said[ii] para darla en matrimonio, y él y el Negus solemnizaron el pacto entre ellos en presencia de Yafar y otros de los hermanos. Luego, el Negus dio un banquete nupcial en su alcázar, y todos los musulmanes fueron invitados.

El Profeta también había enviado un mensaje a Yafar, comunicándole que le agradaría mucho que él y su comunidad se fuesen a vivir a Medina. Yafar inmediatamente se puso a hacer los preparativos para el viaje, y el Negus les dio las embarcaciones. Se decidió que Umm Habibah debía viajar con ellos, y en Medina se comenzó a trabajar para construirle una estancia junto a las de las otras esposas.

El Negus no era el único príncipe reinante al que el Profeta envió una carta en aquella época. Cuando hendió la roca aparentemente inquebrantable, tuvo la visión de los alcázares del Yemen por la luz que de ella salió al darle el primer golpe, mientras que por la luz que brilló a causa de su tercer y último golpe vio el palacio de Cosroes, en Madain. En cuanto a la certeza que entonces recibió sobre la futura expansión del imperio del Islam, existía una conexión entre estas dos luces, ya que el Yemen se encontraba entonces bajo el imperio de Persia, y el Profeta se sintió impelido a escribir al monarca persa, informándole de su misión profética e invitándole al Islam. Posiblemente no abrigaba muchas esperanzas sobre el éxito de su mensaje, pero era necesario ofrecerle la posibilidad de hacer la elección correcta antes de tomar cualquier otra medida.

Por lo que se refiere a la segunda de las tres luces, había revelado los castillos de Siria, y de ello había recibido el Profeta la certeza de la difusión del Islam en aquellas tierras y también en el Occidente. Llegado el momento enviaría una carta parecida a Heraclio, el emperador romano, y dictó entonces otra carta semejante que envió al Muqawqis de Alejandría, el gobernante de Egipto.

Mientras tanto, Cosroes se había enterado por otras fuentes del creciente poder de un monarca árabe de Yathrib que afirmaba ser un profeta. Envió, pues, una orden a Badah, su virrey en el Yemen, pidiéndole una información mayor y más detallada sobre Muhámnad. Inmediatamente, Badah mandó dos emisarios a Medina para que viesen por sí mismos y le trajesen noticias. Siguiendo una moda que prevalecía en la corte persa, se habían afeitado la barba y llevaban largos mostachos. Su aspecto le resultó aborrecible al Profeta. “¿Quién os ordenó hacer eso?”, exclamó. “Nuestro señor”, dijeron refiriéndose a Cosroes. “Mi Señor”, dijo el Profeta, “me ha ordenado dejarme crecer la barba y recortarme el bigote.” Les mandó entonces que se marcharan y que volviesen a verle al día siguiente. Aquella noche Gabriel le comunicó que aquel mismo día había tenido lugar una insurrección en Persia en la que Cosroes había muerto y su hijo reinaba ahora en su lugar. Así pues, cuando regresaron los enviados les habló de esto y les ordenó que informasen a su señor el virrey. Luego dijo: “Decidle que mi religión y mi imperio sobrepasarán al reino de Cosroes, y decidle también de mi parte: Abraza el Islam, y te confirmaré en lo que tienes, y te nombraré rey sobre tu pueblo del Yemen.”

Volvieron a Saná, sin saber muy bien qué pensar, y le comunicaron el mensaje a Badah, quien dijo: “Veremos qué sucede. Si lo que ha dicho es verdad, entonces es un Profeta enviado por Dios”. Pero incluso antes de que tuviera tiempo de enviar a un hombre a Persia para averiguar la verdad del asunto llegó un mensajero de Siroes, el nuevo Shah, anunciando lo que había sucedido y exigiendo fidelidad. En lugar de responder, Badah se convirtió al Islam y lo mismo hicieron sus dos enviados y otros persas que se encontraban con él. Envió entonces un mensaje a Medina, y el Profeta confirmó su autoridad sobre el Yemen. Ese fue el comienzo del cumplimiento de lo que había sido revelado en el primer resplandor de luz del foso.

La carta del Profeta llegó a Madain después de la muerte de Cosroes y, en consecuencia, fue entregada a su sucesor, cuya única respuesta fue romperla: “¡Señor, arráncale su reino del mismo modo!”, dijo el Profeta al enterarse de su acción.

Durante estas mismas semanas que siguieron al regreso de los peregrinos se produjo un ataque contra la vida del Profeta mediante un procedimiento que aún no se había empleado contra él. En todas las generaciones de los judíos en Arabia se podía encontrar a uno o dos adeptos a la ciencia de la magia, y uno de éstos estaba entre los judíos que aún vivían en Medina. Se llamaba Labid y era un experto brujo que también había instruido a sus hijas en el sutil arte, por temor a que sus conocimientos muriesen con él. Labid recibió entonces una fuerte suma de dinero para arrojar sobre el Profeta un hechizo lo más mortífero posible. Para este propósito necesitaba algunos cabellos suyos, lo cual él mismo o una de sus hijas se lo procuró, posiblemente por medio de alguien del todo ajeno a lo que tramaban. Hizo once nudos en el pelo, y sus hijas soplaron imprecaciones sobre cada uno. Luego lo ató a una ramita de datilero macho que tenía la vaina externa del polen, y lo arrojó en un profundo pozo. El hechizo solamente podía deshacerse desatando los nudos.

El Profeta pronto fue consciente de que algo andaba seriamente mal. Por un lado, su memoria comenzó a fallarle, mientras que por otro comenzó a imaginar que había hecho cosas que en realidad no había hecho. También se sintió abrumado por la debilidad, y cuando le insistían para que comiera era incapaz de hacerlo. Pidió a Dios para que lo curase, y en su sueño fue consciente de dos personas, una sentada a su cabeza y la otra a sus pies. Escuchó cómo una de ellas informaba a la otra de la causa exacta de su enfermedad y del nombre del pozo (B. LIX, 10). Cuando se despertó recibió la visita de Gabriel y, confirmándole su sueño, le dio dos azoras del Corán, una de cinco y otra de seis aleyas. El Profeta envió a Ali al pozo, diciéndole que recitase sobre él las dos azoras. Con cada aleya se fue desatando a sí mismo cada nudo hasta que todos quedaron sueltos, y el Profeta recobró toda su fortaleza física y mental. [iii].

La primera de las dos azoras es:

Di: "*Me refugio en el Señor del alba*

contra el mal de aquello que Él ha creado,

y contra el mal de la oscuridad intensa cuando llega la noche,

y contra el mal de las mujeres que soplan en los nudos,

y contra el mal del envidioso cuando envidia".

La segunda es:

Di: "*Me refugio en el Señor de los hombres, el Rey de los hombres, el Dios de los hombres, contra el mal del murmurador furtivo que susurra en el pecho de los hombres, de entre los yins, y los hombres*" (CXIV). [iv]

Estas azoras están colocadas al final del todo en el Corán. Se las denomina "las dos tomas de refugio", y se recitan continuamente para conseguir protección contra toda clase de mal.

El Profeta ordenó que se secase el pozo y que fuese excavado otro cerca para reemplazarlo. Envió por Labid, que confesó haberle puesto el hechizo a causa de un soborno, pero no tomó ninguna medida contra él.

[i] Elipsis empleada a menudo con el sentido de: "este hombre es tan extremista que su madre pronto tendrá que llorar su muerte".

[ii] Véase principio del capítulo 16, "Adoración".

[iii] Baydawi, sobre Corán CXIII, 4.

[iv] Según algunas autoridades, estas dos azoras que fueron recitadas en esta ocasión no fueron reveladas por primera vez entonces, sino que ya lo habían sido en la Meca antes de la Hégira.

Capítulo 69

Jaybar

La tregua con la Meca hizo posible concentrarse en 105 peligros que ¡ amenazaban por el norte. El mayor de éstos era la ciudad de Jaybar ocupada por judíos que en su mayor parte eran hostiles hacia el Islam. El hechicero Labid había sido sobornado casi con toda seguridad por ellos, aunque pudo haber sido la obra de un solo individuo. Pero existían razones mucho más evidentes y generales para tomar medidas contra los Bani Nadir exiliados y sus parientes jaybaríes. No es que fuese probable que fueran a invadir Medina. Salvo uno o dos hombres, no habían tomado parte directamente en la campaña del Foso, pero eran ellos quienes en todo momento habían animado al Quraysh a atacar, y era su influencia la que había inducido a sus aliados de Gatafan a alinearse junto al Quraysh en aquella ocasión. También se debía en gran medida a ellos el que Gatafan aún se mantuviera virtualmente en guerra con el oasis. Medina nunca podría conocer una paz plena mientras Jaybar siguiera como estaba.

Desde hacía tiempo estaba claro que había que hacer algo, tarde o temprano, en aquella dirección, y ahora había llegado el momento, porque el Profeta estaba seguro de que la victoria cercana prometida en la reciente Revelación —una victoria que además sería rica en botín— no podía ser otra que la conquista de Jaybar. Sin embargo, no habría de ser compartida por todos los que profesaban el Islam. La Revelación dejaba claro que los beduinos que no habían respondido a sus llamadas para hacer la Peregrinación Menor se habían movido principalmente por motivos mercenarios. Puesto que en la Peregrinación no había esperanzas de botín, no merecía la pena esforzarse. Por lo tanto, no tenía que dejárseles tomar parte en la conquista de lo que era, sin duda, una de las comunidades más ricas de toda Arabia.

Esto significaba partir con una fuerza menor, aunque tenía la ventaja de que sus planes podían ser mantenidos en secreto hasta el último momento. Pero incluso cuando el proyecto se hizo conocido, pasó de boca en boca más como una chanza que como un hecho. La fuerza inexpugnable de Jaybar era casi proverbial. El Quraysh y otros enemigos del Islam esperaban que la noticia fuese cierta, porque así Muhámmad recibiría por fin una derrota contundente: pero se temían que no fuese cierta, porque sabían que no era un loco. En cuanto a los hombres de Jaybar, su confianza era tal que se negaban a creerlo. Ni siquiera se molestaron en pedir ayuda a sus aliados hasta que llegaron noticias fidedignas de Medina que decían que Muhámmad estaba a punto de ponerse en marcha. Sólo entonces Kinanah, su jefe virtual, realizó una rápida visita a Gatafan, ofreciéndole la mitad de la cosecha de dátiles de aquel año si les enviaban refuerzos. Aceptaron hacerlo y prometieron una fuerza de cuatro mil hombres. Los judíos de Jaybar tenían la costumbre de ponerse sus armaduras todos los días y poner en fila a la totalidad de sus combatientes, diez mil en total. La ayuda de Gatafan aumentaría la cifra hasta catorce mil, y según las noticias de Medina el ejército invasor contaba con mil seiscientos hombres solamente.

Antes de que el Profeta partiese acudió a él un hombre de Aws, llamado Abu Abs, con un problema. Poseía un camello para montar, pero sus ropas estaban hechas andrajos, no tenía medios para procurarse provisiones que llevar durante la marcha, ni tampoco nada que dejar para el mantenimiento de su familia, y mucho menos para comprarse una nueva túnica. No era él el único que se encontraba en esta situación, aun siendo un caso extremo. Los gastos ocasionados por la Peregrinación habían sido excesivos, y todo lo que hasta entonces se había ganado mediante botín resultaba escaso frente al creciente número de conversos desheredados que llegaban a Medina de todas direcciones. El Profeta le dio a Abu Abs un fino manto, todo lo que en aquel momento podía conseguir, pero durante la marcha, uno o dos días después, advirtió que llevaba puesto un manto mucho más pobre, y le preguntó: "¿Dónde está el manto que te di?" "Lo vendí por ocho dirhems", dijo Abu Abs. "Luego compré dos dirhems de dátiles como provisión para mí, dejé dos dirhems para que mi familia viva de ellos, y con los otros cuatro

compré un manto". El Profeta se rió y dijo: "¡Padre de Abs! tú y tus compañeros sois verdaderamente pobres. ¡Pero por Aquél en cuyas manos está mi alma!, si os mantenéis incólumes y vivís siquiera un poco mas, tendréis abundancia de provisiones y dejaréis abundantemente para vuestras familias. ¡Tendréis cantidad de dirhems y de esclavos, y esto no será bueno para vosotros!" (W. 636).

En un punto de la marcha, entre dos lugares de acampada, el Profeta detuvo su ejército y llamó a un hombre de Aslam, conocido como Ibn al-Akwa, que poseía una hermosa voz. "Desmonta", dijo, "y cántanos uno de tus cantos de camellero". Los beduinos cantaban a sus camellos cuando iban de un sitio para otro. Cantaban poemas con viejas melodías, monótonas, obsesivas y lastimeras, y con las cadencias melancólicamente serenas de una de éstas, Ibn al-Akwa cantó entonces unas palabras que el Profeta les había enseñado mientras cavaban el foso:

"Dios, si no es por Ti nunca habríamos sido guiados,

jamás habríamos dado limosna, ni hecho Tu plegaria".

Así comenzaba, y cuando hubo terminado le dijo el Profeta: "Dios tenga misericordia de ti", ante lo cual protestó Omar: "Lo habéis hecho inevitable, Enviado de Dios. ¡Podías habernos dejado disfrutar de él más tiempo!", queriendo decir, como sabían todos, que el Profeta acababa de predecir su próximo martirio porque por experiencia conocían que cuando invocaba la Misericordia de Dios sobre alguien, a esa persona, probablemente, le quedaba poco tiempo de vida.

Al cabo de dos días y medio se encontraban a una sola tarde de marcha de su meta. Era entonces importante tomar una posición que les interpusiera como barrera entre Jaybar y sus aliados de Gatafan. Con este objetivo a la vista, el Profeta pidió un guía, y durante la noche llegaron a un espacio abierto delante de las murallas. Era muy oscuro, porque la joven luna creciente ya se había puesto, y su aproximación fue tan silenciosa que nadie se agitó en la ciudad y ningún ave o animal doméstico dio la alerta. Tan sólo al amanecer se rompió el silencio. La llamada a la plegaria se hizo muy bajo aquella madrugada en el campamento de los musulmanes, y efectuada la plegaria contemplaron en silencio delante de ellos este "jardín del Hiyaz" que la luz en aumento les fue revelando gradualmente a medida que las fortalezas comenzaron a surgir por encima de los ricos palmares y campos de trigo. El sol salió, y cuando los trabajadores del campo salieron con sus palas, con sus azadones y sus espuertas se quedaron pasmados al encontrarse cara a cara con un torvo y silencioso ejército. "¡Muhámmad y su hueste!", gritaron, y se volvieron despavoridos hacia sus bastiones. "¡Allahu Akbar!", dijo el Profeta, y añadió, haciendo un jubiloso juego de palabras con las letras del nombre: "¡Jaribat Jaybar!" (¡Jaybar está aniquilado!). Entonces selló solemnemente su derrota recitando la aleya que habla del castigo de Dios: "Cuando descienda delante de sus moradas, mala será la mañana para quienes han sido amonestados" (XXXVII, 177). Pero en lugar de decir Descienda dijo Descendamos.

Los judíos celebraron un apresurado consejo de guerra, pero a pesar de las advertencias de uno de sus jefes, decidieron confiar en sus almenas. No había comparación posible, decían, entre las fortalezas de Yathrib y sus propias ciudadelas, que se erguían como montañas. Esta decisión de luchar en grupos separados estuvo en gran medida basada en su principal debilidad, que era su falta de unidad. Lo que la Revelación le había dicho al Profeta acerca de los judíos de Yathrib era igualmente cierto de los jaybaríes: "La disensión está extendida entre ellos. Te parece que forman una unidad, pero sus corazones están divididos" (LIX, 14). Para ellos era una desgracia encontrarse ahora repentinamente enfrentados con un ejército que, aunque poco numeroso, estaba penetrado por una disciplina implícita en la aleya: "Ciertamente Dios ama a los que luchan por su causa, en filas, como si fueran un bloque compacto" (LXI, 4), un ejército de hombres cuyas almas se deleitan en la promesa de las palabras: "¡Cuántas veces una pequeña, tropa ha vencido a una multitud con el permiso de Dios! Y Dios está con los constantes" (II, 249).

El primer día que el Profeta atacó la fortaleza más próxima, las guarniciones de las otras no salieron en bloque para combatir a los sitiadores sino que se quedaron detrás de sus propias murallas y se ocuparon en reforzar las fortificaciones. Esta táctica redujo la disparidad de los números, pero puso a prueba la paciencia de los musulmanes con una campaña larga sobre territorio extraño y muchas batallas en lugar de una. Los hombres de Jaybar se encontraban entre los más expertos tiradores de Arabia. Nunca antes los musulmanes habían tenido que ejercitarse de tal manera en el uso de sus adargas, y al comienzo de la campaña las mujeres del campamento estuvieron continuamente ocupadas tratando heridas de flecha. De las mujeres del Profeta, la suerte había recaído por segunda vez seguida sobre Umm Salamah, y entre las otras mujeres que acompañaban al ejército para cuidar a los heridos y mantener el suministro de agua detrás de las líneas, estaban la tía del Profeta Safiyyah, Umm Ayman, Nusaybah y Umm Sulaym, la madre de Anas.

Durante varios días no se consiguió nada, pero en la sexta noche, cuando Omar estaba al mando de la vigilancia, se capturó a un espía en el campamento, y a cambio de su vida les facilitó valiosas informaciones sobre las distintas fortalezas, diciéndoles cuáles podían tomar con más facilidad y sugiriéndoles que debían comenzar por una que no se encontraba bien defendida y que en sus espaciosos sótanos tenía cierta cantidad de armas almacenadas que incluían algunos ingenios de guerra que habían sido empleados en el pasado contra otras fortalezas, porque al igual que Yathrib, Jaybar había padecido a menudo las discordias civiles. Al día siguiente se conquistó la fortaleza y sacaron los ingenios para usarlos en otros asaltos: una balista para arrojar rocas y dos testudos para que los hombres se arrimaran a las murallas bajo un techado inexpugnable y pudieran abrir una brecha de entrada. En parte gracias a estos artefactos, las fortalezas más fáciles cayeron una tras otra. La primera resistencia fuerte que encontraron fue en un baluarte llamado Naim. Aquí la guarnición salió en gran número, y ese día todos los ataques hechos por los musulmanes fueron rechazados. “Mañana”, dijo el Profeta, “le daré el estandarte a un hombre a quien Dios y Su Enviado aman. Dios nos dará la victoria por sus manos; él no es de los que vuelven la espada para huir.”

En las campañas anteriores el Profeta había usado banderas relativamente pequeñas como estandartes. Pero a Jaybar había traído un gran estandarte negro hecho de un manto de Aishah. Lo llamaban “el Águila”, y ahora se lo dio a Ali. Luego pidió por él y sus otros Compañeros, para que Dios les diese la victoria. Después de otro día de feroz lucha, en la que Zubayr y Abu Duyanah, el de rojo turbante, desempeñaron un papel eminente, Ali condujo a sus hombres en una embestida final que forzó a la guarnición a retroceder hasta el fondo de la fortaleza, dejando a los musulmanes el control de las puertas. La fortaleza se rindió, pero no sin que antes muchos de sus hombres escapasen a otros bastiones a través de una salida trasera.

“¿Dónde están los Bani Gatafan?”, era una pregunta que todo el mundo se hacía en Jaybar, pero que no tenía respuesta. De hecho se habían puesto en camino con un ejército de cuatro mil hombres, según lo prometido. Pero después de un día de marcha habían oído durante la noche una extraña voz —no sabían si procedía de la tierra o del cielo— y la voz había exclamado tres veces sucesivas: “¡Vuestro pueblo! ¡Vuestro pueblo! ¡Vuestro pueblo!”, ante lo cual los hombres imaginaron que sus familias estaban en peligro y regresaron rápidamente por donde habían venido, sólo para encontrar que todo estaba en orden. Pero después de haber regresado, se mostraron poco dispuestos a salir por segunda vez, en parte porque muchos de ellos estaban convencidos de que llegarían demasiado tarde para participar en la derrota del enemigo.

La más inexpugnable de las fortalezas de Jaybar era conocida como la Ciudadela de Zubayr. Coronaba una elevada masa de roca con un empinado acceso a las puertas y precipicios cortados a pico por todos los lados restantes. La mayoría de los combatientes que habían escapado de las otras fortalezas se habían unido a la guarnición de la ciudadela, que se mantenía firme detrás de los muros. El Profeta los asedió durante tres días, y entonces acudió a él un judío de otra fortaleza y le dijo que disponían de un recurso oculto que les permitiría aguantar casi de forma indefinida. Se ofreció a contarle el secreto, con la condición de que su vida, sus propiedades y su familia estarían a salvo. El Profeta aceptó, y el hombre le mostró

dónde podía cavar para represar un riachuelo subterráneo que discurría por debajo de las rocas de la ciudadela. Mediante una serie de peldaños accedían a él desde el interior, y como la corriente nunca estaba seca no tenían agua almacenada. Así pues, cuando les cortaron el suministro pronto se vieron forzados por la sed a salir y luchar, y después de una violenta batalla fueron derrotados.

La última de las fortalezas que ofreció alguna resistencia fue Qamus. Pertenecía a la famila de Kinanah, uno de los clanes más ricos y poderosos de los Bani Nadir. Algunos de ellos llevaban mucho tiempo viviendo en Jaybar, mientras que otros miembros de la familia, entre los que se encontraba el mismo Kinanah, hacía poco que se habían establecido allí después de haber sido exiliados de Yathrib. Eran ellos especialmente quienes habían contado con la ayuda de Gatafan, y el incumplimiento de su promesa les había producido una decepción acobardante. Su desmoralización había aumentado aún más a causa de las malas noticias traídas por todos los fugitivos que se estaban congregando en Qamus. Sin embargo resistieron durante catorce días; luego Kinanah envió un mensaje diciendo que deseaba llegar a un acuerdo con el Profeta, el cual estaba dispuesto a negociar. Descendió, pues, el caudillo de la fortaleza con otros de su familia, y se acordó que ninguno de la guarnición sería ajusticiado o hecho prisionero ni ellos ni sus familias a condición de que abandonasen Jaybar y que todas sus posesiones se convirtieran en propiedad de los vencedores. El Profeta entonces añadió una cláusula más, a saber, que su obligación de perdonarles las vidas y dejarlos ir en libertad no tendría efecto con respecto a quien intentase ocultar algo de sus pertenencias. Kinanah y los otros se mostraron de acuerdo y el Profeta llamó a Abu Bakr, Omar, Ali y Zubayr y a diez judíos para que fuesen testigos del acuerdo.

Pero pronto resultó evidente, tanto para los judíos como para los musulmanes, que estaba siendo escondida mucha riqueza. ¿Dónde estaba el famoso tesoro de los Bani Nadir que se habían traído con ellos de Medina, y que tan ostentosamente habían lucido en su procesión por sus calles? El Profeta interrogó a Kinanah acerca de ello, y él respondió que desde su llegada a Jaybar todo el tesoro había sido vendido para pagar más armas, armaduras y fortificaciones. Los judíos sabían que estaba mintiendo, y sintieron todos una gran aprensión porque muchos de ellos creían entonces que se encontraban en presencia de un Profeta. Sostenían que no tenían ninguna necesidad de seguirle, porque no les había sido enviado a ellos, pero sería claramente inútil intentar engañarlo. Uno de ellos, que tenia presente el bien de Kinanah, se aproximó a él y le pidió que no ocultase nada, porque si lo hacía el Profeta sin duda sería informado de ello. Kinanah lo reprendió airadamente, pero en menos de un día el tesoro había sido descubierto, y Kinanah fue ajusticiado junto con un primo suyo, de quien se descubrió que estaba enterado secretamente de la ocultación. Sus familias fueron hechas cautivas.

Después de la caída de Qamus, las dos fortalezas restantes se entregaron bajo las mismas condiciones. Luego, los judíos de Jaybar deliberaron entre si y enviaron una delegación a Muhámmad sugiriendo que, puesto que eran personas diestras en la gestión y trabajo de sus granjas y huertos, debía permitirles permanecer en sus hogares, y ellos le pagarían una renta anual de la mitad de lo producido. El Profeta accedió a esto, pero estipuló que si en el futuro decidía desterrarlos, tendrían que irse. Se rumoreó entonces que los musulmanes tenían la intención de extender su campaña a Fadak, un pequeño pero rico oasis al noreste; y cuando los judíos de Fadak se enteraron de los términos que habían sido impuestos a Jaybar, enviaron un mensaje ofreciendo su rendición en las mismas condiciones. Fadak se convirtió así en la propiedad del Profeta, como sucedía con todas las posesiones que no habían sido ganadas por la fuerza de las armas.

Cuando se hubo alcanzado un acuerdo sobre todos los términos, y cuando el ejército victorioso hubo descansado, la viuda de Sallam ibn Mishkam asó un cordero y envenenó todas sus partes con una ponzoña mortal que concentró de forma especial en las paletillas, porque investigando se había enterado de que el Profeta prefería la paletilla de cordero sobre las otras piezas. Luego se lo llevó al campamento y lo colocó delante de él. El Profeta se lo agradeció e invitó a los Compañeros presentes a cenar con él.

Sucedió en esta ocasión que, sentado junto al Profeta, estaba un jazrachí llamado Bishr, el hijo de aquel Bara que había conducido a los musulmanes de Yathrib al segundo Aqabah y que había sido el primero en hacer la plegaria en dirección a la Meca. Cuando el Profeta tomó un bocado de cordero, Bishr hizo lo mismo y se lo tragó, pero el Profeta escupió lo que tenía en la boca, diciendo a los otros: "¡Apartad vuestras manos!. Esta paletilla me ha revelado que está envenenada". Mandó por la mujer y le preguntó si había emponzoñado la pieza. "¿Quién os lo dijo?", preguntó ella "La paletilla misma", respondió el Profeta. "¿Qué te ha movido a hacerlo?" "Bien sabéis", dijo ella, "lo que habéis hecho a mi pueblo, y habéis matado a mi padre, a mi tío y a mi marido. Así que me dije: Si es un rey, me libraré de él, y si es un Profeta estará informado del veneno" El rostro de Bishr tenía ya un color pálido ceniciento, y poco después murió. Pero el Profeta, sin embargo, perdonó a la mujer. (B. LI, 28).

No era ella la única mujer que había perdido padre y marido a manos de los musulmanes. Entre los cautivos tomados por haber ocultado Kinanah el tesoro estaba su viuda Safiyyah, la hija de aquel Huyay que había persuadido a los Bani Qurayzah a romper su tratado con el Profeta y que con ellos había sido pasado por las armas después de la batalla del Foso. Tenía ella diecisiete años y se había casado con Kinanah tan sólo uno o dos meses antes de que el Profeta hubiera partido de Medina. El matrimonio, mientras duró, no había sido feliz. A diferencia de su padre y su marido, Safiyyah era de una naturaleza profundamente piadosa. Desde su más tierna infancia había oído a la gente hablar del Profeta que pronto iba a aparecer, y esto había llenado su imaginación. Luego habían hablado de un árabe de la Meca, un hombre del Quraysh, que afirmaba ser el Profeta, y más tarde llegaron noticias de que había ido a Quba. Aquello había sido siete años antes, cuando ella era una niña de diez, y recordaba bien a su padre y a su tío partiendo para Quba a fin de asegurarse de que el hombre era un impostor. Pero lo que más se había grabado en su recuerdo fue el regreso de ambos, ya entrada la noche, en un estado de sumo abatimiento. Estaba claro, por lo que dijeron, que creían que el recién llegado era el Profeta prometido, pero que tenían la intención de oponérsele, y su joven mente se quedó confundida. (I.I.354-5).

Poco después de su matrimonio, y no mucho antes de que el Profeta apareciera delante de Jaybar, había tenido un sueño. Vio una brillante luna colgando en el cielo, y supo que bajo ella yacía la ciudad de Medina. Luego, la luna comenzó a desplazarse hacia Jaybar, donde cayó en el regazo de ella. Cuando se despertó le contó a Kinanah lo que había visto en su sueño, ante lo cual él le dio un golpe en la cara y dijo: "Esto solamente puede significar que tú deseas al Rey de Hiyaz, a Muhámmad". La señal del golpe aún era visible cuando fue llevada como cautiva ante el Profeta. El le preguntó qué lo había ocasionado, y ella le contó su sueño. Ahora bien, Dihyah[i] de los Bani Kalb, que había abrazado el Islam poco después de Badr, había pedido que le diesen a Safiyyah como su porción del botín de Jaybar, o como una parte de su porción, y el Profeta había aceptado. Pero al escuchar el sueño de Safiyyah envió por Dihyah y le dijo entonces a Safiyyah que estaba dispuesto a liberarla, y le ofreció la elección de permanecer judía y volver con su gente o abrazar el Islam y convertirse en su esposa. "Elijo a Dios y a Su Enviado", dijo ella, y se casaron en la primera parada que se hizo en el camino de vuelta a casa.

La campaña aún no estaba concluida, porque en lugar de volver por el camino directo por donde habían venido, el Profeta giró un poco hacia el oeste y asedió a los judíos de Wadi al-Qura en sus fortalezas. Habían estado coaligados con Jaybar, y al cabo de tres días se sometieron en los mismos términos.

Ibn al-Akwa, el aslamí que había cantado para ellos en su marcha hacia el norte, había sido muerto en Jaybar durante el ataque contra la ciudadela. Su propia espada de algún modo se había vuelto contra él y le había ocasionado una herida mortal, y uno de los Ansar observó que no podía contársele entre los mártires. "El que diga eso miente", dijo el Profeta. "Verdaderamente ha atravesado los jardines del Paraíso tan libremente como un nadador atraviesa el agua" (W. 662). Otro interrogante sobre el martirio se planteó en Wadi al-Qura, donde el esclavo negro del Profeta, Karkarah, resultó muerto por una flecha cuando desensillaba un camello. Pero el Profeta

respondió: “Ahora está ardiendo en la Gehena bajo un manto que robó en Jaybar y que se ha convertido en un manto de llamas” (I.I.765).

Le gustaba advertirles continuamente que el privilegio de vivir con él en su comunidad conllevaba una grave responsabilidad, porque Dios era Justo y los juzgaría más severamente que a quienes vivieron en épocas peores, en las que era más difícil resistir el mal. El Profeta dijo: “Ciertamente estáis en una época en la que quien omita una décima parte de la ley se condenara. Pero vendrá un tiempo en que quien cumpla una décima parte de la ley se salvará” (Tir. XXXI, 79).

[i] Era un hombre de gran belleza, y el Profeta dijo de él: “De todos los hombres que he visto, el que más se parece a Gabriel es Dihyah al-Kalbi” (I.S. IV, 184).

Capítulo 70

¿A quién amas tú más?

Cuando el ejército victorioso llegó a Medina, después de una ausencia de siete semanas, encontraron que Yafar y sus compañeros ya estaban allí. Había partido para Abisinia a la edad de veintisiete años y ahora era un hombre de cuarenta. Hacía trece años que no veía al Profeta, aunque se habían mantenido en constante comunicación. El Profeta le estrechó contra si y lo besó en los ojos. Entonces dijo: "No sé por cuál de las dos es mayor mi alegría, si por la llegada de Yafar o por la victoria de Jaybar". Con Yafar estaban su mujer Asma y sus tres hijos, Abdallah, Muhámmad y Awn, que habían nacido en Abisinia.

También estaba con él Umm Habibah, cuya estancia ya estaba preparada para recibirla, y se celebró un segundo banquete de bodas para celebrar su unión con el Profeta. Tenía entonces ella unos treinta y cinco años. Las otras esposas, todas excepto Aishah, la habían conocido en la Meca. Era, además, cuñada de Zaynab, y Sawdah y Umm Salamah habían sido sus compañeras íntimas en los primeros días que pasaron juntas en Abisinia. Su llegada había sido muy esperada. Aun así, hubo algo que causó mucha más preocupación en las mujeres: la inesperada adición a la familia de la joven y hermosa Safiyyah. A su llegada á Medina, el Profeta la hospedó temporalmente en una de las casas del siempre hospitalario Harithah. Al enterarse de su belleza, Aishah envió por Umm Salamah para preguntarle acerca de su nueva compañera. "Es muy hermosa", dijo Umm Salamah, "el Enviado de Dios la ama mucho". Aishah se fue a la casa de Harithah y entró con el tropel de mujeres que estaban visitando a la nueva esposa. Aishah iba velada y permaneció sin revelar su identidad durante un tiempo, al fondo, pero lo bastante cerca para ver por sí misma que lo que había dicho Umm Salamah era cierto. Luego abandonó la casa, pero el Profeta, que se encontraba allí, la había reconocido, y siguiéndola afuera le dijo: "Aishah, ¿cómo la encontraste?" "Vi en ella", respondió, "una judía como cualquier otra". "No digas eso", dijo el Profeta, "porque ella ha abrazado el Islam y ha probado su Islam".

Sin embargo, Safiyyah era particularmente vulnerable entre las esposas a causa de su padre. "¡Hija de Huyyay!", en sí una forma respetuosa de dirigirse a ella, podía convertirse según el tono de voz en un insulto, y en una ocasión acudió al Profeta con lágrimas en los ojos porque una de sus nuevas compañeras había intentado hacerla sentirse inferior. Dijo el Profeta: "Diles: Mi padre es Aarón y mi tío es Moisés".

De todas las esposas, Safiyyah era la de edad más cercana a Aishah, incluso más que Hafsah, que tenía entonces veintidós. Esto había aumentado los temores de Aishah en un principio, pero a medida que las semanas pasaron las dos esposas más jóvenes hallaron una cierta simpatía entre sí, y Hafsah igualmente ofreció amistad a la recién llegada. "Éramos dos grupos", diría Aishah años después, "en uno Hafsah, Safiyyah, Sawdah y yo, en el otro Umm Salamah y el resto de las esposas".

Aisha tenía en aquel tiempo dieciséis años; en algunos aspectos era mayor para su edad mientras que en otros no. Su rostro, y casi siempre su lengua, dejaba traslucir sus sentimientos. En una ocasión el Profeta le dijo: "Aishah, no se me oculta cuando estás enfadada conmigo, ni tampoco cuando estás contenta." "¡Oh tú que me eres más querido que mi padre y mi madre!", dijo ella, "¿cómo sabes eso?" "Cuando estás contenta", respondió él, "dices a modo de juramento: 'No, por el Señor de Muhámmad', pero cuando estás enfadada dices: 'No, por el Señor de Abraham'." (I.S. VIII, 47). En otra ocasión, cuando el Profeta se presentó a ella algo más tarde de lo que ella esperaba, le dijo: "¿Dónde has estado hasta ahora?" "Bonita", dijo el Profeta, "he estado con Umm Salamah." "¿No te has hartado de Umm Salamah?", le preguntó Aishah, y cuando él sonrió sin responder, ella añadió: "Enviado de Dios, háblame de ti. Si te encontraras entre las dos vertientes de un valle en una de las cuales no se hubiese pastado, mientras que en la otra sí, en cuál de las dos harías pastar tus rebaños?" "En la que no se

hubiese pastado", dijo el Profeta. "Así es", dijo ella, "y yo no soy como ninguna otra de tus esposas. Todas han tenido un marido antes de ti excepto yo". El Profeta sonrió sin decir nada. (I.S. VIII, 55).

Aishah sabía bien que no podía tener al Profeta para ella sola. Ella era una mujer, y él era como veinte hombres. La Revelación había dicho de él: "Ciertamente tu naturaleza es de una inmensa magnitud". Era como si él mismo fuera todo un mundo, comparable al mundo exterior y en algunos aspectos misteriosamente uno con él. Ella había notado a menudo que si se producía el retumbar del trueno, incluso en la distancia, su cara cambiaba de color; el sonido de una poderosa ráfaga de viento le afectaba igualmente de forma visible, y al menos en una ocasión en que cayó un aguacero, descubrió su cabeza, hombros y pecho y salió al exterior para poder compartir el gozo de la tierra al recibir la munificencia del cielo directamente sobre su piel.

Aishah no era menos celosa porque fuese diferente de otros hombres, pero sabia que los celos, a diferencia del amor, solamente eran para esta vida. Hablando del Paraíso, la Revelación había prometido más de una vez: "Extraeremos el rencor que haya en sus corazones" (VII, 43; XV, 47). Un día le preguntó al Profeta: "Enviado de Dios, ¿quiénes son tus esposas en el Paraíso?" "Tú eres una de ellas", le respondió, y ella atesoró estas palabras durante el resto de su vida, como también estas otras que le dijo en una ocasión: "Gabriel está aquí y te da sus saludos de Paz." "¡La Paz sea sobre él y la Misericordia de Dios y Sus bendiciones!" había respondido ella (IS. VII, 55).

De sus celos diría años después: "No tenía celos de ninguna otra esposa del Profeta como los tenía de Jadiyah, debido a que constantemente la estaba mencionando y porque Dios le había comunicado la buena nueva de una mansión en el Paraíso de piedras preciosas. Y siempre que sacrificaba un cordero enviaba una buena porción a quienes habían tenido una estrecha amistad con ella. Muchas veces le dije: 'Es como si nunca hubiera habido otra mujer en el mundo, salvo Jadiyah'." (B. LXIII, 20).

Las percepciones y reacciones de Aishah eran sumamente rápidas. Poco después de Jaybar, o quizás un poco antes, Halah, la madre de Abu l-As, había ido de visita a Medina para ver a su hijo, a su nuera Zaynab y a su nietecilla Umamah; y un día, cuando el Profeta se encontraba en la estancia de Aishah, se escuchó un golpe en la puerta y se oyó la voz de una mujer pidiendo permiso para entrar. El Profeta se puso pálido y tembló, e inmediatamente, adivinando la causa, Aishah se sintió abrumada por una oleada de celos y le reprendió, porque ella sabia que en la voz de Halah él había escuchado la de su hermana Jadiyah. El Profeta confirmó esto después, y dijo también que su forma de solicitar la entrada había sido igual que la de su primera esposa (B. LXIII, 20).

Sawdah, por aquel entonces ya algo mayor, le cedió a Aishah su día con el Profeta, porque estaba segura de que esto le agradaría a él; el resto de la comunidad, incluidas las otras esposas, no tenían ninguna duda de que de las esposas entonces vivientes el Profeta amaba más a Aishah. Esto no era una simple conjetura, pues de tiempo en tiempo, uno u otro de los compañeros le hacía la pregunta: "Enviado de Dios, ¿a quién amáis más en todo el mundo?", y aunque no siempre daba la misma respuesta a esta cuestión, ya que sentía gran amor en más de una dirección —por sus hijas y sus niños, por Ali, por Abu Bakr, por Zayd y Usamah—, a veces la contestación era Aishah, pero nunca cualquiera de las otras esposas. Por esta razón, se estaba convirtiendo en una costumbre en Medina el que si un hombre quería pedir un favor al Profeta, y le ofrecía un regalo con miras a su petición como el Corán recomendaba, retrasaba su entrega hasta que el Profeta estuviera en la estancia de Aishah, pues se suponía que se hallaría entonces más feliz y, en consecuencia, más dispuesto a conceder el favor. Esto provocó malestar en la casa del Profeta y Umm Salamah fue a verlo en nombre de las otras y en el suyo propio para pedirle que hiciese el anuncio de que cualquiera que deseara darle un presente debía hacerlo sin esperar a que le correspondiese pasar el día en una casa en concreto. El Profeta no le contestó. Ella volvió a pedírselo por segunda vez, y de nuevo él permaneció en silencio. Entonces se lo dijo por tercera vez, y él le respondió: "No me molestes con respecto a Aishah, porque en verdad la Revelación no me viene cuando estoy bajo las sábanas de ninguna

esposa, salvo si esa esposa es Aishah". (B. LI, 8). Umm Salamah dijo: "Me arrepiento ante Dios por haberte molestado". Sin embargo, a diferencia de Umm Salamah, otras de las esposas no se contentaron con detenerse ahí, y enviaron por Fatimah y le pidieron que interviniese en nombre de ellas y pidiese a Muhámmad: "Tus esposas te suplican solemnemente por Dios que les hagas justicia respecto a la hija de Abu Bakr". Fatimah aceptó de mala gana, pero fue aplazando el asunto durante algunos días hasta que finalmente su prima Zaynab, la hija de Yahsh, fue a verla y a insistirle. Acudió, pues, ante su padre y le comunicó lo que le habían pedido que dijera. "Hijita mía", dijo el Profeta, "¿no amas tú lo que yo amo?", y cuando ella asintió, prosiguió él: "Entonces, ámala", refiriéndose a Aishah. Luego añadió: "Fue Zaynab quien te envió, ¿verdad?" "Zaynab y las otras", respondió Fatimah. "Juro", dijo el Profeta, "que fue ella la que puso esto en movimiento". Y cuando Fatimah lo admitió, se sonrió el Profeta.

Volvió con las esposas y les contó lo que había sucedido. "¡Hija del Enviado de Dios", dijeron, "no nos has servido de nada!". La presionaron para que fuese una segunda vez, pero se negó; entonces le dijeron a Zaynab "Ve tú", y ella se fue a ver al Profeta, quien finalmente le dijo a Aishah que hablase con ella, y Aishah le presentó argumentos contra los que Zaynab no pudo decir nada. El Profeta estaba obligado a ser justo y equitativo hacia sus esposas y a animar a otros a seguir su ejemplo. Pero él no era responsable de la equidad de otros hacia sus propias esposas, ni su sensibilidad le hubiera permitido interferir en ello. A él le correspondía recibir un presente con agradecimiento y dejar lo demás para el donante. Cuando Zaynab se hubo marchado, el Profeta le dijo a Aishah: "Verdaderamente tú eres la hija de Abu Bakr". (B. LI, 8; I.S. VIII, 123).

Los celos eran inevitables en la casa del Profeta; por su parte, él hacía todo cuanto podía para restarles importancia. Una vez entró en una habitación en la que se encontraban reunidas sus esposas y otros miembros de su familia. En su mano llevaba un collar de ónice que le acababan de dar. Mostrándoselo, dijo: "Se lo daré a la que yo más quiero". Algunas de las esposas comenzaron a susurrar irónicamente entre sí: "Se lo dará a la hija de Abu Bakr". Pero después de mantenerlas bastante tiempo en suspenso llamó a su nietecita Umamah y le abrochó el collar alrededor del cuello.

No era menor el amor que sentía por sus nietos, los hijos de Ali y Fatimah. "Hasan y Husayn son a quienes más quiero de las gentes de mi casa", solía decir. Usamah también era considerado como un nieto, y en más de una ocasión el Profeta los tomó a él y a Hasan, cada uno de una mano, y pidió: "Dios, yo los amo, ¡ámalos Tú!" (I.S. IV/1, 43).

Capítulo 71

Después de Jaybar

La campaña de Jaybar fue seguida por seis expediciones relativamente pequeñas, dos de las cuales, bajo Omar y Abu Bakr respectivamente, fueron contra los clanes hostiles de la tribu de Hawazin, cuyo territorio obstaculizaba el principal acceso al Yemen. Las otras fueron hacia el este y el norte, contra los clanes de Gatafan. Dos de éstas fueron contra los Bani Murrah, cuyo territorio lindaba con el oasis de Fadak, que ahora pertenecía al Profeta. Reducidos a ser sus inquilinos, los judíos de Fadak requerían protección contra los beduinos; pero la fuerza de estos merodeadores fue subestimada en Medina, de forma que solamente enviaron treinta hombres en la primera expedición, de los cuales murieron casi todos. El Profeta mandó inmediatamente una segunda fuerza de doscientos, y se puso en fuga al enemigo con considerable pérdida de vidas. También hicieron cautivos, y tomaron camellos y ovejas. A Usamah, de diecisiete años, le fue permitido participar en esta expedición. Había estado en el ejército detrás del foso, pero ésta era su primera campaña en toda regla. Durante el enfrentamiento un hombre de Murrah se burló de él por su juventud. Pronto tuvo razones para lamentarlo. Ya de por sí resuelto a mostrar sus bríos, Usamah, provocado entonces hasta la furia, persiguió al hombre internándose en el desierto a pesar de las órdenes que se habían dado antes de la batalla de que todos tenían que mantenerse juntos. Finalmente, alcanzó al hombre y lo hirió. El murrí gritó entonces: *"la ilaha illa Allah"*. Pero a pesar de su testificación de Islam, Usamah le asestó el golpe de muerte.

El jefe de la expedición era Galib ibn Abdallah[i],y uno de sus primeros pensamientos después de la batalla fue: *"¿Dónde está Usamah?"*. Él y todos los hombres de la tropa conocían el gran amor del Profeta por el hijo de Zayd; y a pesar de la victoria, cuando Usamah regresó, una hora después del crepúsculo, el campamento estaba sumamente alterado. Galib le riñó enérgicamente. *"Fui tras un hombre que se estaba mofando de mi"*, explicó el joven, *"y cuando lo alcancé y le hundí el arma en la carne dijo la ilaha illa Allah." "¿Y entonces enfundaste tu espada?"*, preguntó Galib. *"No",* respondió Usamah, *"no hasta que le hube hecho beber el trago de la muerte"*. Al decir esto la totalidad del campamento tronó en insultos, y él ocultó la cabeza bajo sus manos, abrumado de vergüenza. Durante la marcha de vuelta fue incapaz de probar bocado. Había habido una Revelación, que los más entrados en años conocían bien, en relación con uno o dos casos en los que estando un creyente a punto de dar muerte a un infiel éste había profesado el Islam en ese momento, y el creyente, exasperado por la idea de perder el botín de las armas y armadura que ya creía suyo, había dicho: *"tú no eres un creyente"*, y lo había matado. En el caso de Usamah el motivo había sido el honor y no el botín, pero el principio era el mismo. La aleya revelada decía: *"¡oh vosotros que creéis!, cuando combatáis en el camino de Dios discriminad, y no digáis a quien os ofrezca un saludo: 'Tú no eres un creyente', buscando los bienes de la vida de este mundo, porque con Dios hay ganancias abundantes. Vosotros también erais antes así, pero Dios hizo descender Su Gracia sobre vosotros. Así pues, discriminad. Ciertamente Dios esta informado de lo que hacéis"* (IV, 94).

En cuanto llegaron a Medina, Usamah fue a ver al Profeta, que lo abrazó afectuosamente. Luego dijo: *"Ahora háblame de tu campaña"*. Usamah le contó entonces todo cuanto había sucedido desde la partida, y cuando llegó al punto de la muerte del hombre el Profeta dijo: *"¿Lo mataste, Usamah, una vez que había dicho la ilaha illa Allah?" "¡Enviado de Dios!"*, respondió, *"no lo dijo sino para escapar de la muerte". "Así pues", dijo* el Profeta, *"¡le abriste el corazón para saber si decía la verdad o si mentía!" "Nunca más mataré a un hombre que diga la ilaha illa Allah",* dijo Usamah, quien en años posteriores comentaría: *"Ojalá que hubiese entrado en el Islam aquel día"* (X 725). Porque el Profeta había afirmado que la entrada en la religión borra la culpa de todos los pecados pasados.

Después de su regreso de Jaybar el Profeta permaneció en Medina durante nueve meses. A pesar de las campañas menores, la tregua en el sur y la victoria en el norte hicieron de estos

meses un tiempo de relativa paz y prosperidad, aunque la riqueza conquistada en el Jardín de Hiyaz dio también origen a ciertos problemas.

Omar acudió una mañana a la casa del Enviado, y cuando se aproximaba oyó el sonido de voces femeninas elevadas a un tono que consideró impropio en presencia del Profeta. Las mujeres eran además del Quraysh, es decir, de los Emigrados, lo cual confirmaba su opinión de que estaban aprendiendo malas costumbres de las mujeres de Medina, las cuales durante generaciones habían sido menos comedidas y más agresivas qué las de la Meca. El Profeta odiaba negar una petición, como bien sabían, y entonces estaban pidiendo con cierta insistencia que les diese varios vestidos que le habían correspondido como parte de su quinto del botín de la guerra. Había una cortina desplegada a lo largo de parte de la habitación, y cuando se escuchó la voz de Omar pidiendo permiso para entrar se produjo al instante un silencio total y las mujeres se ocultaron detrás de la cortina con tal velocidad que al entrar Omar tan sólo halló al Profeta incapaz de hablar por la risa. *"¡Que Dios llene tu vida de risas, oh Enviado de Dios¡"* dijo. *"¡Fue maravilloso"* —contestó el Profeta— *"la rapidez con que estas mujeres que ahora mismo estaban conmigo se fueron detrás de la cortina al oír tu voz" " Es más bien vuestro derecho, y no mío, el que vos les impongáis respeto, y no yo."*, dijo Omar. A continuación, dirigiéndose a las mujeres dijo: *"¡Enemigas de vosotras mismas! ¿Me teméis a mi y no teméis al Enviado de Dios?" "Así es"*, dijeron ellas, *"porque tú eres más severo y más brusco que él." "Es cierto, hijo de Jattab"*, dijo el Profeta, que añadió: *"Por Aquél en cuyas manos está mi alma, si Satanás supiese que tú estabas viajando por un determinado sendero, escogería para sí otro distinto del tuyo"* (B. LXII, 6).

Las riquezas recién conquistadas y el consiguiente alivio de la situación animó incluso a Umm Ayman a pedir al Profeta un favor. Desde hacia tiempo sentía la necesidad de un camello propio, y ahora fue al Profeta y le pidió que le diese una montura. La miró seriamente, y dijo: *"Te montare en el hijo de un camello" "¡Enviado de Dios!"*, exclamó la mujer, pensando que se refería a una cría, *"eso no es apropiado para mí. No lo quiero. No te montaré"*, dijo el Profeta, *"sino en el hijo de un camello"* (I.S. VIII, 163) Y así prosiguió la discusión hasta que una sonrisa en la cara del Profeta le hizo darse cuenta de que estaba bromeando con ella y que todo camello es por fuerza el hijo de un camello.

Otro día, sin embargo, Omar encontró al Profeta de peor humor, con la cabeza descansando en su mano apoyada contra la mejilla. *"¡Omar!"*, dijo, *"me piden lo que no tengo".* De camino a Jaybar, hablando del aumento de riquezas que la prometida victoria traería a Medina, había dicho: *"No será bueno para vosotros".* Fue tal como había dicho, y esto se aplicaba tanto a su propia casa como a otras. Hasta entonces el Profeta y su familia habían llevado una vida de total frugalidad. Aishah dijo que antes de Jaybar no había sabido lo que era comer dátiles hasta quedarse satisfecha. Era tal la pobreza de sus miembros siempre en aumento que las esposas del Profeta sólo le habían pedido lo que necesitaban, y a veces ni tan siquiera eso. Las cosas de las que podía prescindir eran dadas, o si no vendidas, para poder gastar el dinero en caridad. Pero el Profeta tenía ahora que dar obsequios a sus esposas, y ellas por su parte no fueron lentas en aprender a pedir más, lo cual a veces creaba problemas, porque la equidad exigía que lo que se daba a una tenía que darse a todas.

Al mismo tiempo comenzaron a aprovecharse de su tolerancia de otras maneras. Un día Omar censuró a su esposa por algo y ella le respondió bruscamente; cuando él la reconvino replicó ella que las mujeres del Profeta tenían la costumbre de responderle, y que entonces por qué no podía ella hacer lo mismo. *"Y hay una de ellas"*, añadió, refiriéndose a su hija, *"que le dice lo que piensa con todo desenfado desde que sale el sol hasta que se pone".* Muy molesto, fue Omar a ver a Hafsah, que no negó la veracidad de lo que había dicho su madre. *"Tú no tienes ni la gracia de Aishah ni la belleza de Zaynab"*, le dijo su padre, esperando eliminarle su confianza en sí misma; y cuando estas palabras parecieron no surtir efecto, añadió: *"¿Estás tan segura de que si provocas la ira del Profeta Dios no te destruirá en Su ira?"* (I.S. VIII, 131). Luego se fue a ver a su prima Umm Salamah, y dijo: *"¿Es cierto que le habláis con franqueza al Enviado de Dios y le respondéis sin respeto?" "Por todas las maravillas",* dijo Umm Salamah, *"¿qué derecho tienes a*

interponerte entre el Enviado de Dios y sus esposas? Sí, por Dios, nosotras le hablamos con franqueza, y si él nos permite que lo hagamos es asunto suyo, y si nos lo prohíbe nos hallará más obedientes a él de lo que somos a ti". (I.S. VIII, 137). Omar sintió que había ido demasiado lejos, y que la reprensión era justa; pero no podía caber duda de que no todo iba bien en la casa del Profeta.

La reparación relativamente repentina que entonces se produjo fue debida a un acontecimiento totalmente inesperado. La carta del Profeta al Muqawqis, invitándole al Islam, fue respondida con evasivas, pero junto con la respuesta el gobernante de Egipto envió un rico presente de mil medidas de oro, veinte túnicas de fina tela, un mulo, una asna y una corona como obsequio y dos jóvenes esclavas coptas escoltadas por un eunuco mayor. Las muchachas eran hermanas, Mariyah y Sirin, y ambas eran hermosas, pero Mariyah lo era de forma excepcional, y el Profeta se quedó maravillado por su belleza. Le dio Sirin a Hassan ibn Thabit, y alojó a Mariyah en la vecina casa donde Safiyyah había vivido antes de que fuese construida su estancia junto a la Mezquita. Allí el Profeta la visitaba noche y día. Las esposas se pusieron tan celosas que ella se sintió infeliz, y entonces el Profeta la hospedó en Medina Alta. Aishah y las demás se sintieron aliviadas en un principio, pero pronto descubrieron que no habían ganado nada; el Profeta de ninguna manera había disminuido sus visitas a Mariyah, y la distancia existente significaba que sus ausencias eran incluso más prolongadas que antes.

Sabían bien que él estaba plenamente en su derecho —derecho que había sido reconocido desde tiempos de Abraham, y aun antes—. ¿No descendían todas salvo Safiyyah, de la unión de Abraham con la esclava Agar? Además la ley revelada por Moisés había corroborado tales derechos, y el Corán mismo permitía a un amo tomar a su esclava como concubina a condición de que ella consintiera libremente. Pero las esposas también sabían que el Profeta era sumamente sensible, y procuraron que su vida doméstica resultara afectada entonces por sus reacciones deliberadamente francas. En particular, Hafsah daba expresión a tales sentimientos que el Profeta, finalmente, fue inducido a jurar que no volvería a ver a Mariyah, y Aishah fue cómplice de Hafsah en esta ocasión.

La Revelación que se produjo entonces se conoce como la Azora de la Prohibición, porque se abre con una censura al Profeta por haber proscrito a Mariyah de su vida: *"¡oh Profeta! ¿Por qué para ganar a tus esposas prohibes lo que Dios te ha declarado licito?"* (LXVI, 1). Luego, después de absolverle formalmente de su juramento, se dirige a Hafsah y Aishah, aunque sin nombrarlas: *"Si os volvéis las dos arrepentidas hacia Dios es porque verdaderamente vuestros corazones se inclinan a ello. Pero si os ayudáis la una a la otra contra él, entonces ciertamente Dios mismo es su Protector y Gabriel y los creyentes virtuosos —e incluso los Ángeles— lo ayudarán"* (LXVI, 4). La siguiente aleya se dirige a todas las esposas: *"Es posible que si él os repudia, su Señor le dé esposas, en vuestro lugar, mejores que vosotras, sometidas a Dios, creyentes, piadosas, penitentes, inclinadas al servicio divino y al ayuno, viudas o doncellas"* (LXVI, 5).

La Azora concluye con ejemplos de la historia sagrada de dos malas mujeres y de dos mujeres que llegaron a la perfección:

"Dios pone como ejemplo para los incrédulos a la mujer de Noé y a la mujer de Lot. Las dos estuvieron bajo la autoridad de dos hombres virtuosos de entre nuestros siervos, hombres a quienes ellas traicionaron; y sin embargo su traición no les sirvió de nada frente a Dios. Y *se les dijo a ambas: '¡Entrad en el fuego con los demás que entran!' y Dios pone como ejemplo para los creyentes a la mujer de Faraón, cuando dijo: '¡Señor mío, constrúyeme junto a Ti una morada en el Paraíso y sálvame de Faraón y de sus obras y sálvame de las gentes inicuas!'; y María, la hija de Imran, quien conservó la virginidad de su matriz y en ella infundimos de Nuestro Espíritu. Dio testimonio de la verdad de las palabras de su Señor y Sus escrituras, y fue de las piadosas'."* (LXVI, 10-12).

Cuando el Profeta hubo recitado esta Revelación a sus esposas las dejó que meditasen sobre ello, y se retiró a una galería techada que era la única habitación que él poseía, aparte de las estancias de las esposas. Por toda Medina se difundió la noticia de que había divorciado a sus

esposas, y llegó a oídos de Omar aquella noche. Al alba fue como solía a la Mezquita, pero nada más terminar la plegaria, antes de que Omar pudiera dirigirse a él, el Profeta se retiró a su porche. Omar acudió a Hafsah y la encontró llorando. *"¿Por qué lloras?"*, preguntó, añadiendo antes de que ella pudiera responder: *"¿No te dije que esto sucedería? ¿Te ha divorciado el Enviado de Dios?" "No lo sé",* dijo ella, *"pero él está allí, recluido en esa galería".* Se accedía a la galería desde la Mezquita, a la cual Omar regresó entonces. Se encontraban reunidos un grupo de hombres, sentados alrededor del almimbar. Algunos estaban llorando. Omar se sentó con ellos un rato y luego, incapaz de soportar sus sentimientos, se dirigió a la puerta de la galería, donde se hallaba un muchacho negro abisinio, servidor del Profeta. *"Pídele permiso para que Omar entre"*, le dijo al chico, que entró y salió al cabo d e un momento, diciendo: *"Te mencioné a él, pero se quedó callado".* Omar se volvió a donde había estado sentado. Luego nuevamente acudió a preguntar si podía entrar, y otra vez se le dijo que el Profeta no había respondido. Esto sucedió todavía una tercera vez; pero justo en el momento en que se daba la vuelta para marcharse, el muchacho le gritó que el Profeta había dicho que podía pasar. Omar entró y lo encontró tumbado sobre una estenrilla de junco. Su espalda, que estaba parcialmente desnuda, mostraba con claridad las marcas de la estera donde había hecho presión contra su piel. Un cojín de cuero relleno de fibra de palma estaba a su lado, y sobre él se apoyaba. Sus ojos estaban abatidos y no miró a Omar cuando éste entró. *"¡Enviado de Dios!"*, dijo Omar, *"¿Has divorciado a tus esposas?"* El Profeta alzó su mirada hasta la de Omar. *"No, no lo he hecho"*, dijo. *"¡Allahu Akbar!"* exclamó Omar con una voz que pudo oírse en las casas vecinas. Umm Salamah contaría después: *"Yo estaba llorando, y cuando alguien se me acercaba, me preguntaba: '¿Te ha divorciado el Enviado de Dios?' y yo respondía: 'Por Dios, no lo sé'."* Esto continuó así hasta que Omar entró a ver al Profeta. Oímos su magnificación —estábamos todas en nuestras estancias— y supimos que el Enviado de Dios había respondido *"No"* a su pregunta. *"De hecho, no había nada más que una pregunta en la mente de todos, y estaban seguros de que Omar estaría especialmente preocupado por el asunto a causa de su hija".*

"Yo permanecí allí", dijo Omar, *"conjeturando cuál sería el estado del Enviado de Dios, y dije: 'Nosotros, hombres del Quraysh, solíamos dominar a nuestras mujeres, pero cuando vinimos a Medina vinimos a un pueblo cuyas esposas les dominan a ellos'."* Omar percibió que un esbozo de sonrisa cruzaba el rostro del Profeta. Por lo tanto, prosiguió contándole lo que le había dicho anteriormente a Hafsah a modo de advertencia, y de nuevo el Profeta sonrió, en vista de lo cual se aventuró a sentarse. Una vez más quedó impresionado por la desnudez de la habitación —una esterilla sobre el suelo, tres cojines de cuero y nada más—. Sugirió que el Profeta debía permitirse más lujos, y a modo de contraste mencionó a los griegos y a los persas, pero fue interrumpido con las palabras: *"¿Tienes alguna duda, hijo de Jattab? Sus cosas buenas les han sido adelantadas en esta vida terrenal."*

Era el tiempo de la luna nueva, y el Profeta hizo saber a sus esposas que no deseaba verlas hasta que el mes hubiese pasado. Cuando la luna hubo menguado completamente, fue en primer lugar a la estancia de Aishah. Encantada de verlo, aunque sorprendida, le dijo: *"No han pasado sino veintinueve noches" "¿Cómo lo sabes?"*, preguntó el Profeta, y ella respondió: *"Las he estado contando. ¡Cómo las he contado!" "Pero este mes era de veintinueve"*, dijo él. Aishah había olvidado que a veces un mes lunar tiene veintinueve días en vez de treinta. Entonces él le contó otra Revelación que había recibido y que le obligaba a plantearle una elección entre dos posibilidades. Dijo que había pedido a su padre que le ayudase aconsejándola en este asunto. *"No"*, dijo Aishah, *"nadie te ayudará respecto a mí. Pero dime de qué se trata, Enviado de Dios".* Muhámmad respondió diciendo: *"Dios te plantea esta elección"*, y entonces recitó las aleyas recién reveladas: *"¡oh Profeta! Di a tus esposas: Si deseáis la vida de este mundo y sus adornos, venid entonces, que yo os daré de sus bienes y os dejaré partir decorosamente. Pero si deseáis a Dios y Su Enviado y la morada del Más Allá, entonces ciertamente Dios ha preparado una inmensa recompensa para aquéllas de vosotras que hacen el bien"* (XXXIII, 28-29). Aishah dijo: *"Verdaderamente yo deseo a Dios, a Su Enviado y la Morada del Más Allá".* Y no hubo ninguna de sus esposas que no dijera lo mismo.

[i] De los Bani Latí, un clan de Kinanah.

Capítulo 72

La Peregrinación Menor y sus consecuencias

Fueron transcurriendo los meses hasta que casi hubo pasado un año desde la firma del tratado de Hudaybiyah. Ya había llegado el momento de partir para la Meca, según la promesa del Quraysh de que el Profeta y sus Compañeros tendrían acceso seguro al Sagrado Recinto para cumplir el rito de la Peregrinación Menor. Había en total unos dos mil peregrinos, incluidos los peregrinos frustrados del año anterior, salvo unos pocos que o habían muerto o habían perdido la vida en la batalla. Entre los que no habían estado presentes en Hudaybiyah se encontraba Abu Hurayrah, un hombre de los Bani Daws[i]. Había llegado a Medina con otros de su tribu durante la campaña de Jaybar y, careciendo de medios, se había unido a las gentes del banco (*"Ahl al-Suffa"*). Al abrazar el Islam le había sido cambiado el nombre a Abd al-Rahman, pero siempre fue conocido como Abu Hurayrah, *"el hombre gatito"* literalmente, *"el padre de un gatito"* ,porque al igual que el Profeta era muy aficionado a los gatos y a menudo tenía un gatito para jugar con él. Pronto se ganó el favor del Profeta, que en esta ocasión le puso a cargo de algunos de los camellos de sacrificio.

Cuando se enteraron de que los peregrinos habían alcanzado el límite del territorio sagrado, el Quraysh evacuó la totalidad de la hondonada de la Meca y se retiró a las cimas de las colinas vecinas. Todos los jefes del Quraysh se concentraron en el Monte Abu Qubays, desde donde podían observar la Mezquita. Tenían también una amplia panorámica del campo de los alrededores, y entonces pudieron ver cómo los peregrinos emergían en un a larga fila por el paso noroccidental que conduce al valle que hay bajo la ciudad.

Sus oídos pronto percibieren un confuso murmullo que rápidamente se fue haciendo reconocible como el antiquísimo grito del peregrino: *LabbaykAllahumma Labbayk* (*"Aquí estoy, Señor mio, a Tu servicio"*).

La larga procesión de hombres con cabezas desnudas y vestidos de blanco iba conducida por el Profeta montado sobre Qaswa, con Abdallah ibn Rawahah a pie, agarrando la brida. En cuanto a los demás, algunos iban a lomo de camello y otros iban a pie. Se dirigieron directamente a la Casa Sagrada por el camino más próximo. Cada hombre llevaba su vestimenta superior como un manto, pero a la entrada de la Mezquita el Profeta se ajustó el suyo, pasándolo por debajo de su brazo derecho, dejando el hombro desnudo y cruzando los dos extremos sobre el hombro izquierdo de modo que quedaron colgando por delante y por detrás. Los demás siguieron su ejemplo. Todavía montado, se dirigió hacia la esquina sudeste de la Kaabah y reverentemente tocó la Piedra Negra con su bastón. Luego hizo los siete circuitos de la Casa, tras de lo cual se retiró al pie de la pequeña colina de Safa, y se desplazó desde ésta hacia la colina de Marwah y viceversa, siete veces en total, terminando en Marwah, a donde habían sido conducidos muchos de los animales de sacrificio. Allí él sacrificó un camello, y Jirash, al igual que había hecho en Hudaybiyah, le afeitó la cabeza. Esto completó el rito de la Peregrinación Menor.

Luego regresó a la Mezquita con la intención de entrar en la Casa Sagrada, a pesar de estar abarrotada de ídolos. Pero las puertas estaban cerradas con llave, y ésta estaba en posesión de un miembro del clan de Abd al-Dar. El Profeta envió a un hombre para pedirla, pero los jefes del Quraysh respondieron que eso no formaba parte de lo acordado, pues la entrada en la Casa no era parte del rito de la Peregrinación. En consecuencia, ninguno de los musulmanes entró aquel año. Cuando el sol hubo alcanzado su cenit, el Profeta le dijo a Bilal que se subiese al tejado de la Kaabah e hiciese la llamada a la plegaria. Su resonante voz llenó todo el valle de la Meca y ascendió a las cimas de las colinas, primero con la magnificación, luego con las dos testificaciones del Islam: *"Doy testimonio de que no hay* divinidad *sino Dios. Doy testimonio de que Muhammad es el Enviado de Dios"*. Desde Abu Qubays los jefes pudieron distinguir perfectamente a Bilal, y se enfurecieron ante la visión del esclavo negro sobre el tejado de la

Casa Sagrada. Pero por encima de todo fueron conscientes de que aquello era un triunfo para el enemigo que podría tener incalculables consecuencias, y lamentaron amargamente el haber firmado el tratado que unos años antes les había parecido que podría serles favorable.

Los peregrinos pasaron tres días en la ciudad evacuada. La tienda del Profeta fue levantada en la Mezquita. Los mequíes que eran musulmanes se aproximaban por las noches, en secreto, desde las colinas, y tuvieron lugar muchos felices encuentros. Abbas, cuyo Islam era tolerado por el Quraysh, pasó abiertamente la mayor parte de los tres días con el Profeta. Fue entonces cuando le ofreció en matrimonio a la hermana de su esposa, Maymunah, entonces viuda, y el Profeta aceptó. Maymunah y Umm al-Fadí eran hermanas carnales, y con ellas, en la familia de Abbas, vivían su medio hermana Salma, la viuda de Hamzah y su hija Umarah. Ali sugirió que no debía dejarse a su prima, la hija de Hamzah, entre los idólatras. El Profeta y Abbas se mostraron de acuerdo, y se decidió que lo más apropiado era que Fatimah llevase a Umarah en su litera.

Cuando los tres días estaban a punto de concluir, Suhayl y Huwaytib descendieron de Abu Qubays y le dijeron al Profeta, que se encontraba sentado con Saad ibn Ubadah y otros de los Ansar: *"Tu tiempo ha terminado, márchate de aquí pues"*. El Profeta respondió: *"¿Qué daño os haría darme una prórroga, para poder celebrar mi matrimonio entre vosotros y agasajaros con un banquete?" "No necesitamos tu banquete"*, dijeron, *"márchate de aquí. Solemnemente te lo ordenamos, por Dios, oh Muhámmad, y por el pacto que hay entre nosotros, que abandones nuestra tierra. Esta era la tercera noche, y acaba de pasar"*. Saad estaba airado por su falta de cortesía, pero el Profeta lo acalló diciendo: *"¡Saad, que no haya malas palabras para quienes han venido a visitarnos a nuestro campamento"*. Entonces dio órdenes de que antes de anochecer todos los peregrinos debían haber abandonado la ciudad. Pero hizo una excepción para su sirviente, Abu Rafí, al cual le dijo que se retrasase para llevarse a Maymunah consigo, lo cual Abu Rau hizo, y el matrimonio fue consumado en Sarif, a unas pocas millas fuera del Recinto Sagrado.

Esta nueva alianza establecía una nueva relación imprevista con el enemigo. Maymunah y Umm al-Fadí y sus medio hermanas Salma y Asma eran todas hijas de la misma madre. Pero Maymunah y Umm al-Fadí tenían otra medio hermana por parte de padre, Asma[ii], viuda del gran Walid de Majzum. Era ella quien le había dado a Jalid, que se había convertido ahora en el sobrino del Profeta en virtud del matrimonio.

Un día, poco después del regreso a Medina, el Profeta fue despertado de una siesta por una discusión algo acalorada. Reconoció las voces de Ali, Zayd y Yafar, y era evidente que los tres reñían. También estaba claro que cuanto más discutían más se alejaban de alcanzar un acuerdo. Abriendo la puerta de la habitación donde se hallaban, los llamó y les preguntó cuál era la causa de su disputa. Exclamaron que se trataba de una cuestión de honor, sobre quién de ellos tenía más derecho a ser el guardián de la hija de Hamzah, la cual desde su llegada de la Meca había estado todo el tiempo en la casa de Ali. *"Venid a mí"*, dijo el Profeta, *"y yo juzgaré entre vosotros"*. Cuando todos estuvieron sentados, se volvió primero a Ali y le preguntó qué es lo que tenía que decir. *"Ella es la hija de mi tío"*, dijo, *"y yo soy quien la trajo de la Meca, así pues tengo más derechos sobre ella"*. Entonces el Profeta se volvió hacia Yafar, que dijo: *"Ella es la hija de mi tío, y la hermana de su madre está en mi casa"*. Su esposa Asma era la tía materna de Umarah. En cuanto a Zayd, se limitó a decir: *"Es la hija de mi hermano"*, porque el Profeta había hecho el pacto de hermandad entre Hamzah y Zayd cuando llegaron a Medina, y Hamzah había hecho un testamento según el cual dejaba a Zayd a cargode sus asuntos. No había duda de que cada uno de los tres estaba convencido de tener el derecho mayor al honor en cuestión. Así pues, antes de emitir su juicio el Profeta pronunció palabras de elogio para cada uno de ellos. Fue entonces cuando le dijo a Yafar: *"Te pareces a mí en el aspecto y en el carácter"*. (I.S. IVII, 24). Una vez que vio que había hecho a los tres felices, hizo saber su decisión, que fue en favor de Yafar. *"Tú eres quien tiene más derecho a ella"*, dijo, *"la hermana de la madre es como una madre"*. Yafar no dijo nada, pero se puso de pie y dio vueltas alrededor del Profeta con los pasos de un bailarín. *"Yafar, ¿qué es esto?"*, dijo el Profeta, y él respondió: *"Es lo que he visto que*

hacen los abisinios en honor de sus jefes. Si alguna vez el Negus daba a un hombre una buena razón para alegrarse, ese hombre se levantaba y bailaba alrededor de él".

No fue mucho después cuando el Profeta arregló un matrimonio entre Umarah y su propio hijastro y primo de ella, Salamah, cuyo padre, Abu Salamah, era el hijo de Barrah, la hermana de Hamzah. En aquella ocasión el Profeta dijo: *"¿He recompensado ahora a Salamah bastante?".* Se refería a que estaba en deuda con Salamah por haberle dado a su madre Umm Salamah en matrimonio, y ahora en correspondencia él le había dado una esposa a Salamah.

Los más destacados hombres del Quraysh habían sido testigos de la entrada del Profeta en la Meca. Pero había habido dos excepciones notables:

Jalid y Amr no estuvieron en Abu Qubays ni acamparon tampoco en ninguna de las restantes colinas que dominaban la Meca. Ambos se habían retirado de la ciudad bastante antes de la llegada del Profeta. Sus decisiones de ausentarse habían sido tomadas independientemente, y las razones que a ello les habían impulsado no eran las mismas. Sin embargo, en un punto estaban los dos de acuerdo: que el tratado de Hudaybiyah había sido una gran victoria moral para el Profeta, y que su entrada en la Meca resultaría ser el final de su resistencia a él. Pero la hostilidad de Amr hacia el Islam no había menguado, mientras que Jalid era desde hacía algunos años un hombre que no sabía a qué carta quedarse. Esto no lo había manifestado exteriormente: su valor de guerrero le había impulsado a la primera fila en cada una de las acciones que el Quraysh había hecho frente a Muhámmad. Pero confesaría más tarde que se había marchado de Uhud y del foso con la incómoda sensación de que la batalla había sido inútil y de que el Profeta triunfaría al final. Y cuando el Profeta eludió a su escuadrón de camino a Hudaybiyah, Jalid exclamó: *"¡Este hombre está inviolablemente protegido!"* Aquélla había sido su última acción contra el Islam. Luego había venido la sorprendente victoria de Jaybar.

Pero también había consideraciones de diferente naturaleza: Casi a pesar suyo, sentía una atracción personal por el Profeta; y por la carta que su hermano menor, Walid, le había escrito antes de morir, había sabido que el Profeta preguntaba a veces por él, y que había dicho: *"Si pusiera su formidable vigor del lado del Islam contra los idólatras sería mejor para él, y le daríamos preferencia sobre otros".* A esto había añadido su hermano Walid: *"¡Mira pues, hermano mío, lo que te has perdido!".*

Había, por otra parte, en movimiento una influencia familiar aún más estrecha. La madre de Jalid, Asma, que desde hacía mucho era favorable al Profeta, había profesado el Islam recientemente, y ahora su tía Maymunah se había convertido en esposa del Profeta. Poco después de este matrimonio, Jalid tuvo un sueño en el que tenía la conciencia de hallarse en un país que estaba cerrado por todos lados y que era sumamente estéril. Luego salía de este encierro y penetraba en un país verde y fértil, con pastos que se extendían por todas partes. Se dio cuenta de que esto era una especie de visión y, habiendo adivinado la esencia de su significado, decidió irse a Medina. Pero prefería ir con un compañero. ¿No había nadie más que compartiese su estado de ánimo? Después de Amr, al que no se encontraba, sus compañeros de armas más próximos eran Ikrimah y Safwan. Tanteó a ambos, pero Safwan dijo: *"Aunque todos los demás hombres del Quraysh fueran a seguir a Muhámmad, yo nunca lo seguiría."* Ikrimah dijo exactamente lo mismo, y Jalid recordó que los padres de ambos habían muerto en Badr, donde Safwan había perdido también un hermano. Con pesar se puso él solo en camino, pero apenas había abandonado su casa cuando se encontró con Uthman, el hijo de Talhah de Abd al-Dar, el hombre que años antes había escoltado cortésmente a Umm Salamah de la Meca a Medina. Uthman era amigo íntimo de Jalid, más que Ikrimah o Safwan, pero la experiencia de Jalid con los otros dos le había hecho reticente, y recordó además que Uthman había perdido a su padre, dos tíos y cuatro hermanos en Uhud. Cabalgaron juntos en silencio durante un rato, y entonces Jalid, repentinamente, decidió hablar, y con una mirada penetrante dijo: *"Nuestra condición no es mejor que la de un zorro en su madriguera. Derrama en ella nada más que un balde de agua y tiene que salir fuera."* Inmediatamente vio que Uthman había comprendido perfectamente lo que quería decir, y le confió entonces a dónde iba y por qué. Uthman, que gradualmente había estado llegando a la misma decisión, se resolvió entonces a acompañarlo.

Jalid accedió gustoso a esperarlo mientras volvía a casa por provisiones y ropas, y a la mañana siguiente temprano los dos juntos se pusieron en camino hacia Medina.

En cuanto a Amr, compartía la opinión de Ikrimah y Safwan acerca del Islam, pero él veía con más claridad que ellos lo precario de la situación y, reuniendo en torno suyo a un grupo de jóvenes, del mismo clan de Sahm y de otros, que lo consideraban como su jefe, los persuadió para que fuesen con él a Abisinia. Señaló que si Muhammad triunfaba en la inevitable e inminente lucha por el poder, tendrían entonces seguro asilo, y si era el Quraysh el triunfador, después de todo, podrían volver a la Meca. *"Preferimos estar bajo el Negus que bajo Muhámmad"*, dijo, y todos asintieron.

Amr era un político astuto y un hombre de gran perseverancia que no se desanimaba con facilidad. A pesar de su completo fracaso en socavar la poderosa impresión que Yafar y sus compañeros habían causado, había puesto su esmero, sin embargo, en apaciguar al Negus en lo que a él concernía y había mantenido asiduas relaciones con él a lo largo de los años, evitando siempre cualquier mención a los refugiados musulmanes. Pero ahora ellos ya habían abandonado el país y se habían ido a Medina, y con ellos se habría ido, así concluía equivocadamente Amr, todo el prejuicio del Negus en favor de la nueva religión. En su primera audiencia su rico presente de cuero fue graciosamente aceptado, y el Negus pareció tan bien dispuesto que Amr decidió ir inmediatamente al grano y pedir asilo. Pero al hacerlo habló despectivamente del Profeta, y esto provocó un súbito y abrumador estallido de cólera real. Amr se quedó totalmente desconcertado: por lo que el Negus decía estaba claro que el mejor modo para él de construirse un futuro en la corte de Abisinia —mucho más que los presentes de cuero— era hacerse seguidor de Muhámmad. Había huido del Islam solamente para encontrar que el Islam se le había adelantado en el mismísimo refugio que había esperado tomar; y ante el fracaso de sus planes su resistencia comenzó a desmoronarse. *"Rey, ¿dais testimonio de esto?"*, preguntó, refiriéndose a la condición profética de Muhámmad. *"Doy testimonio de ello ante Dios"*, respondió el Negus. *"Haz lo que te digo, Amr, y siguele. Suya es la Verdad, por Dios, y triunfará sobre cualquier opinión que se le contraponga, como Moisés triunfó sobre el Faraón y sus huestes"* (W.743).

La historia no ha registrado los nombres de los compañeros de Amr, ni qué decidieron hacer. Sí consta que Amr tomó un barco que lo llevó a un puerto de la costa yemení. Allí compró un camello y provisiones y se encaminó hacia el norte. Cuando llegó a Haddah, una de las primeras paradas en la ruta costera de la Meca a Medina, se encontró con Jalid y Uthman e hicieron juntos el resto del viaje.

En Medina fueron recibidos con gran alegría, y Jalid dijo del Profeta *"Su rostro resplandecía de luz cuando me devolvió mi saludo de Paz."* Él fue el primero en prestar fidelidad. *"Doy testimonio de que no hay mas divinidad sino Dios, y que tú eres su Enviado." "Alabado sea Dios, que te ha guiado"*, dijo el Profeta. *"Siempre vi en ti una inteligencia que esperaba que te llevaría finalmente al bien". "Enviado de Dios",* dijo Jalid, *"tú viste, ciertamente, todos esos campos de batalla en los que tomé parte contra ti en obstinada resistencia a la verdad. Pide por lo tanto a Dios para que quiera perdonármelos." "El Islam cortó con todo lo anterior"*, dijo el Profeta. *"¿Incluso con todo eso?"*, insistió Jalid, con la conciencia aún visiblemente perturbada, y el Profeta pidió: *"¡Oh Dios, perdona a Jalid por todas sus obstrucciones del camino hacia Tu vía!"* (W. 741-9). A continuación Uthman y Amr prestaron su fidelidad. Amr diría más tarde que había sido completamente incapaz de levantar sus ojos hacia el rostro del Profeta; tal fue el respeto que sintió por él entonces.

El primo de Omar, Hisham[iii], hermano de Amr, había escapado de la Meca a Medina poco después de la batalla del Foso. Desde entonces se le había unido su sobrino Abdallah, hijo de Amr. Abdallah era un joven de dieciséis años profundamente devoto y muy dado al ayuno. También daba prometedoras muestras de ser uno de los Compañeros más instruidos, y recordaba de memoria muchos de los dichos del Profeta, el cual le dio permiso para ponerlos por escrito. Tanto Abdallah como Hisham habían pedido para que Amr se hiciera musulmán, y su reunión con ellos en Medina fue motivo de gran regocijo para los tres.

Otros dos acontecimientos que en estos meses causaron alegría fueron las conversiones de Aqil, el hermano de Yafar y Ali, y de Yubayr, el hijo de Mutim. La fe que había arraigado en el corazón de Yubayr cuando acudió a pagar el rescate por algunos de los cautivos de Badr había alcanzado ahora un crecimiento que no podía ser rechazado. Cuando fue Aqil a jurarle fidelidad al Profeta, éste le dijo: *"Te amo con dos amores, por tu cercano parentesco a mí y por el amor que siempre vi en mi tío por ti."* (I.S. IV/2, 30).

La primera mitad de este mismo año de alegrías, el año octavo después de la Hégira, fue también un tiempo de aflicción y duelo. La primera de las muertes en la casa del Profeta fue la de su hija Zaynab. Estuvo con ella en el momento último y dirigió palabras de consuelo a su yerno y a su nietecita. Luego dio instrucciones a Umm Ayman, así como a Sawdah y a Umm Salamah, para que preparasen el cuerpo para el entierro. Una vez hechas las abluciones, el Profeta se quitó una prenda interior que llevaba y les dijo que la cubriesen con ella antes de amortajarla. Después dirigió la oración funeraria y pidió junto a su tumba.

Jadiyah era la única de sus esposas que le había dado hijos. Las gentes de Medina anhelaban que al Profeta le naciese un hijo en su ciudad. Solamente dos de las esposas que entonces tenía —Umm Salamah y Umm Habibah— habían dado hijos a sus primeros maridos. Pero a cada matrimonio los medineses albergaban nuevas esperanzas, que poco a poco se desvanecían, ya que ninguna de las últimas esposas estaba destinada a ser la madre de un hijo del Profeta. Sin embargo ahora, tras la muerte de su hija mayor, pareció que de nuevo iba a ser padre. Mariyah, su esclava copta, esperaba un hijo. Ella era el centro de atención de las gentes de Medina, que conocían bien el afecto del Profeta por ella y que buscaban complacerle mostrándose amables con ella y colmándola de unas atenciones ahora redobladas.

[i] Véase el final del capítulo 18, *"El Quraysh toma medidas"*.

[ii] Aunque se transcribe con las mismas letras latinas, aparte de los signos diacríticos, comenzando con *ayn* y *sad*, difiere considerablemente en sonido de Asma que comienza con alif y *sin*.

[iii] Véase el final del capítulo 35, *"Muchas emigraciones"*.

Capítulo 73

Siria

Unos tres meses después de su regreso de la Peregrinación Menor, el Profeta envió quince hombres a una de las tribus de las fronteras con Siria para que actuasen como mensajeros del Islam. Sus saludos amistosos, sin embargo, se encontraron con una lluvia de flechas, de forma que se vieron obligados a luchar y, menos uno, todos murieron.

Otro altercado les salió al encuentro, menor en cuanto que supuso una sola muerte, aunque de un grado mayor en importancia política. Un mensajero que se dirigía a Bostra fue interceptado y ejecutado por un jefe de la tribu de Gassan. No podía permitirse que semejante acción quedase impune, a pesar del riesgo de que los gassaníes, que en su mayoría eran cristianos, pudieran persuadir al representante del César para que les enviase ayuda.

El Profeta reunió un ejército de tres mil hombres y puso a Zayd a su mando, con instrucciones de que si Zayd resultaba muerto Yafar ocupase su lugar. Abdallah ibn Rawahah fue designado el tercero en orden de precedencia. Si los tres quedasen incapacitados, los hombres deberían seguir a un jefe de su propia elección. El Profeta le dio entonces a Zayd un estandarte blanco, y junto con otros Compañeros acompañó al ejército hasta donde el terreno se eleva hacia el Paso de la Despedida, una abertura entre las colinas, un poco al norte de Uhud.

Abdallah llevaba consigo detrás de la silla a un muchacho huérfano, del que era tutor. Durante el camino, el muchacho le oyó recitar algunos versos que había compuesto, en los que expresaba el deseo de que se le dejase en Siria cuando el ejército regresase a casa. *"Cuando oí estos versos, lloré",* dijo el muchacho, *"y él me dio ligeramente con el látigo y dijo: "¿Qué daño te hace a ti, desgraciado, si Dios me concede el martirio y descanso de este mundo y de sus fatigas y cuidados, de sus penas y sus accidentes, y tú retornas a salvo en la silla?".* Después de esto, durante una parada en la noche, hizo una plegaria de dos *"raka"* seguida de una larga súplica. Luego me llamó y yo dije: *«Aquí estoy, a vuestro servicio". "Si Dios quiere",* dijo, *"tendré el martirio"* (W. 759).

Cuando llegó el ejército a la frontera siria se enteraron de que no sólo las tribus del norte habían salido formando una fuerza considerable sino que, además, el representante del César las había reforzado grandemente con tropas imperiales. En total se decía que el ejército enemigo estaba integrado por cien mil hombres. Aun concediendo la posibilidad de una enorme exageración, Zayd decidió, sin embargo, hacer un alto y celebrar un consejo de guerra. La mayoría de los hombres se mostraron favorables al envío inmediato de un mensaje al Profeta para informarle del grave giro de los acontecimientos. Entonces él podría mandarles regresar o enviarles refuerzos. Pero Abdallah habló vigorosamente contra tal proceder. Utilizando el mismo incontestable argumento que había sido usado antes de Uhud, y que utilizarían una y otra vez en el futuro, terminó su parlamento con las palabras: *"Tenemos la certeza de que vamos a obtener una de dos cosas buenas, la victoria o el martirio —reunirnos con nuestros hermanos y ser sus compañeros en los jardines del Paraíso—. ¡Al ataque, pues!"*

Se impuso la resolución de Abdallah y el ejército prosiguió su avance hacia el norte. Ya no estaban lejos del borde meridional del Mar Muerto, separado de su largo y profundo valle por la cadena de las colinas que se eleva desde sus orillas orientales. Al cabo de unas pocas horas de marcha tuvieron al enemigo a la vista. Cualquiera que fuese el número exacto de la fuerza combinada de árabes y bizantinos, los musulmanes pudieron darse cuenta, al otearlos, de que se encontraban en inferioridad abrumadora, en una escala que hasta entonces jamás habían experimentado. Del mismo modo, ninguno de ellos había sido testigo con anterioridad de un esplendor militar semejante al de los escuadrones imperiales que formaban el centro de la hueste, con los árabes en los flancos. La grandiosidad del Quraysh descendiendo por la colina

de Aqanqal en Badr no era nada en comparación con la riqueza de armas y armaduras y de caballos ricamente enjaezados que ahora contemplaban sus ojos. Su llegada, además, había sido anticipada y las legiones estaban listas para ellos, dispuestas en formación de batalla.

Con el deseo de evitar una confrontación inmediata, porque la inclinación del terreno estaba en contra suyo, Zayd dio órdenes de retirarse en dirección sur hacia Mutah, donde estarían en ventaja, y allí consolidaron su posición. El enemigo, consciente de su gran superioridad en número y resuelto a hacer del día una jornada totalmente decisiva, los siguió a Mutah. Al aproximarse, en lugar de retroceder más, como habían esperado, Zayd dio la orden de ataque.

En ese momento el espacio entre Mutah y Medina se comprimió para el Profeta, y vio a Zayd con el estandarte blanco conduciendo a sus hombres a la batalla. Lo vio muchas veces herido de muerte hasta que, finalmente, caía al suelo y Yafar cogía el estandarte y luchaba hasta que también su vida se le escapaba por las heridas. Entonces era Abdallah quien tomaba la enseña y el ataque que dirigía contra el enemigo era rechazado con una vigorosa embestida en la que él también resultaba muerto, y sus hombres se veían forzados a retroceder en desorden. Otro Ansar, Thabit ibn Arqam, se apoderaba entonces de la bandera y los musulmanes se rehacían, entregándosela a continuación a Jalid, quien en un primer momento rehusaba el honor diciendo que Thabit tenía más derecho a ello. *"Tómala, hombre",* decía Thabit, *"no la cogí sino para dártela".* Jalid tomaba, pues, el mando y reagrupaba las filas, y el avance enemigo era frenado con tal firmeza que tenía que replegarse lo suficiente para permitir a los musulmanes batirse en una ordenada retirada. Había sido una victoria para el otro bando, pero sin sacar provecho alguno de ella. Los musulmanes, aparte de sus tres jefes, solamente sufrieron cinco bajas. Fue así, en cierto modo, una victoria para Jalid. Y cuando el Profeta les habló a sus Compañeros de la batalla y de las muertes de Zayd, Yafar y Abdallah, dijo: *"Entonces una de las espadas de Dios cogió el estandarte, y Dios les franqueó el camino"*, es decir, a los musulmanes para ponerse a salvo. Es así como Jalid vino a ser llamado *"la Espada de Dios".*

Mientras el Profeta describía la batalla, las lágrimas le surcaban las mejillas, y cuando llegó la hora de la plegaria la dirigió e inmediatamente se marchó de la Mezquita en lugar de volver el rostro hacia la congregación como solía. Volvió a hacer lo mismo a la puesta del sol y, nuevamente, después de la plegaria de la noche.

Mientras tanto había estado en la casa de Yafar. *"¡Asma!"*, dijo, *"tráeme a los hijos de Yafar".* Con ciertos temores por la gravedad del rostro del Profeta le trajo a los tres niños. El Profeta los besó, y entonces de nuevo sus ojos se llenaron de lágrimas y lloró. *"Enviado de Dios"*, dijo ella, *"más querido para mí que mi padre y mi madre, ¿por qué lloráis? ¿Habéis tenido noticias de Yafar y sus Compañeros?" "Así es"*, respondió el Profeta. *"Hoy la muerte se los ha llevado a su lado".* El Profeta regresó a su casa y ordenó que se preparase comida para la familia de Yafar durante los días siguientes. *"Su aflicción les ocupa"*, dijo, *"y les impide prestar atención a sus propias necesidades".*

Umm Ayman, Usamah y el resto de la familia de Zayd estaban en su casa. Ya les había mostrado su condolencia, y cuando regresaba, la hija pequeña de Zayd salió a la calle llorando, y al ver a Muhámmad corrió hacia sus brazos. Lloró entonces el Profeta desconsoladamente, y mientras estrechaba contra si a la niña, su cuerpo temblaba de sollozos.

Saad ibn Ubadah acertó a pasar por allí en aquel momento, y buscando palabras de consuelo murmuró: *"Enviado de Dios, ¿qué es esto?" "Esto"*, dijo el Profeta, *"es uno que ama añorando al amado"* (I.S.III/1, 32).

Aquella noche el Profeta tuvo una visión del Paraíso, y vio que Zayd, Yafar, Abdallah y los otros mártires de la batalla estaban allí, y vio a Yafar volando con alas como un ángel. Al alba fue a la Mezquita. Sus Compañeros percibieron que el peso de la pena lo había abandonado, y finalizada la plegaria se volvió como solía hacia la congregación. Luego fue de nuevo a ver a Asma para contarle su visión, y ella quedó muy consolada.

Cuando Jalid y sus hombres regresaron a Medina el Profeta pidió que le trajesen a Duldul, la mula blanca que le había obsequiado el Muqawqis, y poniendo al hijo mayor de Yafar delante de él en la silla se dirigió a su encuentro. Muchos hombres y mujeres se encontraban ya alineados a lo largo del camino, y al paso de las tropas se mofaban de ellos y arrojaban tierra a sus caras. *"¡Desertores!"*, gritaban, *"¿Huisteis del combate en el sendero de Dios?". "No",* dijo el Profeta, *"no son desertores, sino que vuelven de la lucha, si Dios quiere"* (W. 765).

El revés de Mutah animó a las tribus árabes del norte a endurecer su resistencia al nuevo estado islámico, y durante el mes siguiente llegaron noticias de que las tribus de Bali y Qudaah se estaban concentrando en número considerable en la frontera de Siria, con la intención de marchar hacia el sur. Pero en esta ocasión no parecía que hubiese posibilidad de refuerzos del César. El Profeta envió a Amr a la cabeza de trescientos hombres con instrucciones de luchar donde fuera necesario y de ganar aliados donde fuera posible. La elección del jefe puede haber estado en parte determinada por los estrechos vínculos de parentesco que Amr tenía con una de las tribus en cuestión, porque su madre era una mujer de Bali. A fuerza de marchas nocturnas y de acampadas en lugares relativamente apartados evitó llamar indebidamente la atención y alcanzó la frontera de Siria al cabo de diez días. El invierno se había adelantado aquel año y, desacostumbrados a estar tan al norte, los hombres de la Meca y Medina se pusieron a recoger leña en cuanto se detuvieron en su última parada. Amr prohibió que se encendiese ni un solo fuego, y las quejas fueron acalladas con las palabras: *"Se os ha ordenado que me oigáis y obedezcáis; por lo tanto, hacedlo."*

Dándose cuenta rápidamente de que el enemigo era mucho más numeroso de lo que había esperado, y de que había pocas esperanzas, por el momento, de obtener ayuda local, envió a un hombre de Yuhaynah al Profeta para pedirle refuerzos. Abu Ubaydah fue inmediatamente despachado con doscientos hombres más. Como uno de los Compañeros más íntimos, y uno que además había luchado en todas las campañas, esperaba que se le daría precedencia; pero Amr insistió en que los recién llegados eran simplemente una fuerza auxiliar y que el jefe supremo era él. El Profeta le había dicho a Abu Ubaydah que procurase que hubiese una perfecta cooperación y ninguna división entre las dos fuerzas, por lo que el más veterano cedió, diciendo a Amr: *"Si tú me desobedeces, por Dios, yo te obedeceré".* Cuando el Profeta se enteró de esto, invocó bendiciones sobre Abu Ubaydah.

Amr condujo entonces a sus quinientos hombres a lo largo de la frontera siria, y ante su avance el enemigo se fue dispersando. Tan sólo se produjo un breve intercambio de flechas. En cuanto a lo demás, fue una cuestión de llegar a campamentos abandonados cuyos ocupantes habían huido, y ante la ausencia de los clanes hostiles, los elementos simpatizantes —individuos y grupos— se atrevieron a manifestarse. Amr pudo, pues, afirmar, en una carta dirigida al Profeta, que había restablecido la influencia del Islam en la frontera siria.

Esta influencia estaba creciendo rápidamente entre todas las tribus que rodeaban el oasis de Yathrib. Las razones no eran puramente espirituales: al Profeta se le conocía ahora como un enemigo peligroso y veleidoso y como un poderoso aliado, generoso y fiel; en comparación, otras alianzas comenzaban a parecer menos atractivas y más arriesgadas. En muchos casos los motivos políticos y los religiosos estaban entrelazados de modo inextricable, pero había también un factor, de acción lenta pero poderosa y profunda, que no tenía nada que ver con la política, y que era también en gran medida independiente de los esfuerzos deliberados hechos por los creyentes para difundir el mensaje del Islam. Se trataba de la singular serenidad que caracterizaba a los que practicaban la nueva religión. El Corán el libro de la Unicidad de Dios, era también el Libro de Misericordia y el Libro del Paraíso. La recitación de sus aleyas, combinada con la enseñanza del Enviado, imbuía en los creyentes la certeza de que tenían al alcance, es decir, mediante el cumplimiento de ciertas condiciones que se hallaban dentro de sus capacidades, la satisfacción eterna de todos los deseos posibles. La felicidad resultante era un criterio de fe. El Profeta insistía una y otra vez: *"Todo va bien en el creyente, en cualquier circunstancia"* (N. XXI, 13).

Mientras tanto, en la misma Siria había tenido lugar un acontecimiento que, al parecer, aún no había llegado a oídos del Profeta, a pesar de que sin duda había sido en parte a causa del éxito de la campaña de Amr. De cualquier manera, permitía explicar por qué las hostiles tribus árabes contra las que habían ido a luchar habían tenido que contar exclusivamente con su propia fuerza, sin ningún refuerzo imperial.

Heraclio había recibido las noticias de la definitiva victoria de su ejército sobre los persas y de la recuperación de la Santa Cruz que éstos se habían llevado de Jerusalén. En aquella época se encontraba en Homs, desde donde hizo la peregrinación a pie a la Ciudad Sagrada en acción de gracias a Dios por la recuperación de todo cuanto había sido perdido. Una noche mientras estaba allí, tuvo un sueño extraordinariamente vívido, por el cual supo a ciencia cierta que los días de la soberanía bizantina sobre Siria y Palestina estaban contados. A la mañana siguiente, quienes lo acompañaban quedaron sorprendidos por la expresión preocupada de su semblante y como respuesta a sus preguntas les dijo: *"Esta noche, en una visión contemplé el reino victorioso de un hombre circunciso".* Entonces les pregunto acerca de la circuncisión, sobre quiénes la practicaban. Sus generales y los otros oficiales que se encontraban presentes le dijeron que los judíos eran los únicos que se circuncidaban, y estaban intentando persuadirle de tomar medidas contra los judíos cuando hizo su entrada un mensajero del gobernador de Gassan, llevando consigo a un beduino. *"Este hombre, ¡oh Rey!"*, dijo el mensajero, *"es de los árabes, un pueblo de ovejas y camellos. Habla él de una maravilla que ha acontecido en su país; ordénale, pues, que te la cuente".* Heraclio le dijo a su intérprete que lo interrogase, y él respondió: *"Ha aparecido un hombre entre nosotros que afirma ser un profeta. Algunos lo han seguido y le han creído, mientras que otros se han opuesto a él. Ha habido luchas entre unos y otros en muchos lugares. Así estaban las cosas cuando los dejé."* Entonces Heraclio les dijo a sus acompañantes que comprobasen si el hombre estaba circuncidado o no, y cuando le dijero que sí hizo la siguiente observación: *"Ésta, por Dios, es la visión que tuve, no lo que vosotros decís".* A continuación mandó por su jefe de policía y le ordenó que buscasen por todo el país un hombre de la misma tribu del que pretendía ser profeta.

Abu Sufyan, el caudillo de Abdu Shams, no había estado presente en la Meca cuando los musulmanes procedentes de Medina realizaron la Peregrinación Menor, porque había aprovechado el armisticio para ir a Siria con uno o dos mercaderes del Quraysh. Estando comerciando en Gaza, los hombres del emperador dieron con ellos y se los llevaron inmediatamente a Jerusalén. En cuanto fueron llevados ante la presencia real, se les preguntó cuál de ellos tenía un parentesco más próximo con el hombre que pretendía ser profeta. Abu Sufyan respondió que él era de entre ellos su pariente más cercano, en vista de lo cual Heraclio le hizo adelantarse y sentarse delante de él, diciendo a los otros: *"Voy a interrogarle; si miente, refutadlo".* Cuando se le hizo una pregunta general acerca de su primo hashimí, Abu Sufyan comenzó a minimizarlo y dijo: *"No dejes que te produzca ninguna inquietud; su importancia es menor de lo que has oído".* Pero el emperador le interrumpió impacientemente con preguntas más concretas, y habiendo recibido en cada cuestión una respuesta precisa resumió su conclusión de la siguiente manera: *"Te pregunté sobre su linaje, y tú afirmaste que era puro y de los mejores entre vosotros: y Dios no elige a ningún hombre para profeta salvo al de linaje más noble. Luego te pregunté si alguno de sus parientes había mostrado pretensiones como las suyas, y dijiste que no. Entonces te pregunté si había sido despojado de autoridad de manera que su pretensión tuviera por finalidad recuperarla, y de nuevo tu respuesta fue negativa. A continuación te pregunté sobre sus seguidores, y tú dijiste que eran los débiles, los pobres, los esclavos, jóvenes y mujeres, y ésos han sido en todas las épocas los seguidores de los profetas. Luego te pregunté si alguno de sus seguidores le había abandonado y contestaste que no, que ninguno. Así es la dulzura de la fe: una vez que ha penetrado en el corazón, ya no se marcha. Después te pregunté si era una persona falsa, y tu respuesta fue que no. Ciertamente, si todo lo que me has contado de él es cierto, me vencerá aquí, donde me encuentro ahora, y ojalá que estuviera con él para poder lavarle los pies. Ahora puedes marcharte a tus negocios".*

El Profeta había escrito una carta a Heraclio, de contenido similar al de sus cartas a los gobernantes de Persia y Egipto, invitándole al Islam. Y esta carta, que había sido entregada por

Dihyah al-Kalbi al gobernador de Bostra, fue remitida a Jerusalén poco después de que Abu Sufyan hubiera convencido, a pesar suyo, al Emperador de que el árabe pretendiente a la profecía era realmente un profeta auténtico. La carta de Medina lo confirmaba, pero para más garantías Heraclio puso por escrito todo lo que había sabido, incluido un relato de su visión, y se lo envió a un hombre de Constantinopla en cuya ciencia y juicio confiaba, y el hombre respondió: *"El es el profeta que esperábamos. No hay duda de ello; síguele, pues, y cree en él."* Mientras tanto, Heraclio había regresado a Homs, y fue allí donde recibió esta respuesta. Después de leerla, invitó a todos los hombres principales de los bizantinos que se hallaban en aquella ciudad, a reunirse en una sala de su palacio, y dio órdenes de cerrar las puertas con llave. Entonces les dirigió la palabra desde una cámara superior, diciendo: *"Romanos si el éxito y la guía recta son vuestro objetivo, y si deseáis que vuestra soberanía se mantenga firme, jurad entonces fidelidad a este Profeta".* Todos comprendieron sus palabras, porque tenían conocimiento de la carta del Profeta, y como un solo hombre se dieron la vuelta y se precipitaron hacia las puertas, que en vano trataron de abrir. Al ver su gran rechazo, Heraclio desistió de hacerlos creer como él creía, y llamándolos de nuevo los tranquilizó: *"Lo que dije fue solamente para probar la fuerza de vuestra fe, que ahora he visto."* Todos se prosternaron ante él, y quedaron reconciliados. Tenía la total certeza de que Siria seria inevitablemente conquistada por los seguidores del Profeta. Aun así, por el momento se sintió obligado a mantener ocultas sus convicciones.

Capítulo 74

Una violación del armisticio

Algunos de los hombres de Bakr seguían determinados a prolongar su enemistad con Juzaah, a pesar del tratado, y poco después de la campaña de Amr a Siria un clan de Bakr hizo una incursión nocturna contra Juzaah, uno de cuyos miembros fue muerto. En la lucha que siguió, parte de la cual tuvo lugar dentro del territorio sagrado, el Quraysh ayudó a sus aliados con armas, y uno o dos qurayshíes participaron en el combate aprovechando la oscuridad. Los Bani Kaab de Juzaah enviaron inmediatamente una delegación a Medina para informar al Profeta de lo que había sucedido y para solicitar su ayuda. Les dijo que podían confiar en él y les mandó de vuelta a su territorio. Cuando se hubieron marchado se fue a ver a Aishah, y por la expresión de su rostro pudo ella darse cuenta de que estaba muy airado. Le pidió agua para hacer la ablución, y Aishah le oyo decir mientras se echaba el agua: *"Que no me ayuden a mí si yo no ayudo a los hijos de Kaab"* (W. 791).

Mientras tanto, los mequíes se hallaban sumamente perturbados por las posibles consecuencias de lo que había sucedido, y puesto que Abu Sufyan ya había regresado de Siria le enviaron para apaciguar al Profeta si ello era necesario. Por el camino se encontró con los hombres de Juzaah, que regresaban a casa, y temió llegar demasiado tarde. Sus temores se acrecentaron por el inescrutable semblante del Profeta. *"Muhámmad"*, dijo, *"yo estuve ausente en el momento de la tregua de Hudaybiyah; fortalezcamos, pues ahora el pacto y prolonguemos su duración".* El Profeta eludió su petición con la pregunta: *"¿Acaso lo ha roto algo por vuestra parte?" "¡No lo permita Dios!"*, contestó Abu Sufyan con desasosiego. *"Nosotros, igualmente",* dijo el Profeta, *"estamos observando el tratado durante el período acordado en Hudaybiyah. No lo modificaremos ni aceptaremos otro en su lugar".* No estaba dispuesto, obviamente, a decir más; por lo cual Abu Sufyan se fue a ver a su hija, Umm Habibah, con la esperanza de que consintiera en intervenir en nombre suyo. Hacia quince años que no se veían. El mejor lugar para sentarse era la alfombrilla del Profeta, pero cuando estaba a punto de tomar asiento, Umm Habibah la plegó rápidamente. *"Hijita",* dijo él, *"¿es esta alfombrilla demasiado buena para mí, o yo soy demasiado bueno para ella?" "Es la alfombrilla del Profeta"*, respondió ella, *"y tú eres un idólatra, un hombre impuro".* Luego añadió: *"Padre mío, tú eres señor del Quraysh, y su jefe. ¿Cómo es que no has abrazado el Islam, y, sin embargo, adoras piedras que ni ven ni oyen?" "Esto sí que es maravilloso",* replicó él, *"¿tengo que abandonar lo que mis padres adoraron y seguir la religión de Muhámmad?"*, y sintiendo que no podía esperar ninguna ayuda de ella se fue a Abu Bakr y a otros Compañeros para pedirles que intercedieran en su nombre para una renovación del pacto, porque ahora estaba seguro, aunque el Profeta no lo hubiera dicho, de que consideraba que el pacto había sido abolido por el reciente enfrentamiento armado. Pero tendría el mismo efecto que la renovación del pacto, es decir, evitaría el derramamiento de sangre, si algunos hombres de influencia otorgasen protección general entre hombre y hombre. Abu Sufyan le sugirió esta alternativa a Abu Bakr, el cual simplemente respondió: *"Yo sólo daré protección dentro del ámbito de refugio otorgado por el Enviado de Dios."*

Otros respondieron más o menos en términos semejantes. Finalmente, Abu Sufyan fue a casa de Ali, subrayando la importancia de su parentesco, ya que ambos eran bisnietos de los dos hermanos Hashim y Abdu Shams. Pero Ali dijo: *"¡Ay de ti, Abu Sufyan! El Enviado de Dios ha resuelto no conceder tu petición, y nadie puede hablarle en favor de algo cuando él es contrario a ello".* Porque los Compañeros sabían bien que la Revelación le había dicho al Profeta: *"Consúltales acerca de los asuntos; y cuando hayas tomado una decisión, confía en Dios"* (III, 159). Sabían por experiencia que cuando el Profeta llegaba al grado de resolución que claramente había alcanzado en esta ocasión era inútil pretender disuadirle. Abu Sufyan se volvió entonces hacia Fatimah, que se encontraba presente al igual que Hasan, que estaba sentado en el suelo delante de ella. *"Hija de Muhámmad"*, dijo *"pide a tu hijo que otorgue protección entre*

hombre y hombre, para que pueda convertirse para siempre en el señor de los árabes". Fatimah respondió que los niños no conceden protección, y de nuevo se volvió, desesperado, Abu Sufyan a Ali y le rogó que sugiriese alguna línea de acción. *"No veo ninguna"*, dijo Ali, *"salvo que tú mismo deberías levantarte y dar la protección que pides. Tú eres señor de Kinanah". "¿Me serviría eso de algo?"*, preguntó. *"Por Dios, no lo creo"*, respondió Ali, *"pero no veo qué otra cosa puedes hacer".* Abu Sufyan se dirigió, pues; a la Mezquita y dijo en voz alta: *"¡Atended! Concedo protección entre un hombre y otro hombre, y no creo que Muhámmad deje de apoyarme".* Entonces fue al Profeta y dijo: *"Muhámmad, no pienso que vayas a rechazar mi protección".* El Profeta, sin embargo, respondió: *"Eso es lo que tú piensas, oh Abu Sufyan"*, (I.I. 807-8; W. 794), y el jefe omeya regresó a la Meca con grandes temores.

El Profeta comenzó a prepararse para una campaña, y Abu Bakr preguntó si él también debía hacer preparativos. El Profeta le dijo que sí y que iban a ir contra el Quraysh. *"¿No tenemos que esperar a que termine el tiempo de la tregua?"*, preguntó Abu Bakr. *"Ellos nos han traicionado y han roto el pacto"*, le contestó el Profeta, *"y yo ahora les atacaré. Pero guarda en secreto lo que te he dicho. Deja que uno piense que el Enviado de Dios se va a Siria, que otro crea que se va a Thaqif, y un tercero que a Hawazin. ¡Oh Dios! ¡Quita del Quraysh toda visión de nosotros y toda noticia nuestra y de nuestro paradero, para que podamos caer súbitamente sobre ellos en su tierra!".*

En respuesta a esta plegaria le llegó un mensaje del Cielo que decía que uno de los Emigrados, Hatib, se había enterado de algún modo del secreto y había enviado una carta al Quraysh advirtiéndole del ataque inminente. Se la había dado a una mujer de Muzaynah que iba de viaje a la Meca, y ella la había ocultado en su cabello. El Profeta envió a Ali y Zubayr tras ella, y al no encontrar la carta en su equipaje amenazaron con registrarla si no la sacaba. Ella les dio entonces la carta y se la llevaron al Profeta, que hizo llamar a su autor. *"¿Qué te ha movido a hacer esto, Hatib?"*, le pregunto *"Enviado de Dios"*, respondió, *"verdaderamente soy un creyente en Dios y en Su Enviado. No he cambiado mi creencia, y ninguna otra cosa ha ocupado su lugar. Pero yo soy un hombre sin rango entre las gentes de la Meca, sin parientes influyentes, y quise ganar su favor para mi hijo y mi familia, que se encuentran entre ellos." "Enviado de Dios"*, dijo Omar, *"déjame cortarle la cabeza. Este hombre es un hipócrita".* Pero el Profeta contestó: *"¿Cómo lo sabes tú, Omar? Quizás Dios ha observado a los hombres de Badr y ha dicho: 'Haced lo que queráis, porque os he perdonado'."* (I.I.809-10).

El Profeta envió entonces mensajeros a aquellas tribus en las que sentía que podía confiar para recibir ayuda, con requerimientos generales para que estuviesen presentes en Medina a comienzos del mes siguiente, que era Ramadán. Los beduinos respondieron fielmente, y cuando llegó el día señalado el ejército era el mayor que jamás había salido de Medina. Ningún musulmán sano se quedó en casa. Los Emigrados eran setecientos, con trescientos jinetes; los Ansar eran cuatro mil, con quinientos caballeros, y las tribus, incluyendo las que se les unieron por el camino, hicieron que el numero total casi alcanzase los diez mil hombres. Los jinetes iban a lomos de camello, conduciendo a sus caballos, y, salvo unos pocos de los Compañeros más íntimos, nadie sabía quién era el enemigo.

Estando ya casi a mitad de camino se encontraron con Abbas, Umm Al Fadí y sus hijos. Abbas había decidido que había llegado el momento para ellos de abandonar la Meca e irse a vivir a Medina. El Profeta los invitó a unirse a su expedición y ellos aceptaron, para alegría de Maymunah, que iba con el Profeta.

También estaba con el Profeta Umm Salamah, y en una de las siguientes paradas le dijeron que dos hombres del Quraysh se encontraban en el campamento y querían hablar con ella. Uno de ellos era su medio hermano Abdallah, el hijo de su padre y de Atikah, la tía del Profeta. El otro era el poeta Abu Sufyan, hijo del tío mayor del Profeta, Harith, y en su día niño de teta de Halimah. Llevaba consigo a su hijo pequeño Yafar. Los dos hombres habían mantenido lazos bastante estrechos con Muhámmad hasta el comienzo de la Revelación, volviéndose entonces contra él. Ahora venían en busca de su perdón y a pedir a Umm Salamah que intercediese por ellos. Fue, pues, ella al Profeta y le dijo: *"El hermano de tu esposa, hijo de tu tía, se encuentra*

aquí, y también el hijo de tu tío, que es tu hermano de leche". Pero él respondió: *"Yo no he pedido verlos. En cuanto a mi hermano —se refería a Abdallah, el hermano de ella— me dijo en la Meca[i] lo que ya sabes; y por lo que al hijo de mi tío se refiere, ha traído sobre mí el deshonor."* Abu Sufyan lo había satirizado en sus poemas. Umm Salamah pidió por ellos sin conseguir nada, y cuando se lo contó a los dos, Abu Sufyan dijo: *"O me recibe, o cojo a mi hijo de la mano y me interno con él en el desierto hasta morir de sed y de hambre. Y tú —se refería al Profeta— eres el más sufrido de los hombres, dejando a un lado mi parentesco contigo".* El Profeta se ablandó cuando ella le repitió esto (W. 811) y aceptó recibirlos en su tienda, donde ambos pronunciaron su profesión de fe e hicieron bueno su Islam.

Uno de esos días, durante la marcha, el Profeta vio una perra echada junto al camino con una camada de cachorros recién nacidos a los que alimentaba, y temió que pudiera ser molestada por algún hombre; le dijo entonces a Yuayl de Damrah que se quedase vigilando junto al animal hasta que todos los contingentes hubieran pasado. (W. 804). Se le seguía llamando Yuayl, a pesar del nuevo nombre de Amr, que le había dado el Profeta.

En Qudayd se unieron al ejército los Bani Sulaym, una tropa de caballería de novecientos hombres. *"Enviado de Dios"*, dijo uno de sus portavoces, *"pensáis que somos hipócritas, y sin embargo somos vuestros tíos maternos"* —se refería a la madre de Hashim, Atikah, que era una mujer de su tribu— .*"Hemos venido, pues, a ti, para que nos pruebes". "Somos tenaces en la guerra, valerosos en el encuentro, jinetes firmes en la silla".*

Al igual que los que habían salido con la fuerza principal desde Medina, ellos habían traído también sus estandartes y banderolas desmontadas y plegadas. Le pidieron entonces al Profeta permiso para montarlas y dárselas a los hombres que eligieran de entre ellos; pero aún no había llegado el momento de ondear banderas ni el Profeta les había dicho aún hacia dónde se dirigirían.

El Profeta, al partir, había enviado a un hombre a proclamar por toda la hueste: *"Quien quiera mantener su ayuno, que lo mantenga, y quien quiera romperlo, que lo rompa".* En Ramadán estaba permitido romper el ayuno en caso de viaje, siempre que los días perdidos fuesen recuperados posteriormente.

El Profeta y muchos otros ayunaron hasta encontrarse a cierta distancia del territorio sagrado; entonces dio órdenes de romper el ayuno, y cuando hubieron acampado en Marr al-Zahran hizo saber que la razón para la ruptura del ayuno había sido cobrar fuerzas para el encuentro con el enemigo. Esto hizo que la curiosidad de algunos hombres llegase al límite. Desde Marr al-Zahran se podía álcanzar la Meca en un día largo de marcha, o en dos si el paso era más llevadero. Pero a la vista de la tregua parecía improbable que hubieran salido a luchar contra el Quraysh.

Su campamento también estaba en el camino que conducía al territorio de las tribus hostiles de Hawazin. ¿O podría ser que, habiéndose apoderado del Jardín septentrional de Hiyaz, quisiera el Profeta ahora conquistar el meridional, la hasta el momento inexpugnable Taif, el centro de la adoración de al-Lat?

Viendo que la pregunta *"¿Quién es el enemigo?"* iba de boca en boca entre los hombres de la hueste, Kaab ibn Malik se ofreció a ir a preguntarle al Profeta. No se aventuró, sin embargo, a plantear la cuestión directamente sino que yendo a donde el Profeta estaba sentado, fuera de su tienda, se arrodilló ante él y recitó cuatro melodiosos versos que acababa de componer para la ocasión. Lo esencial de éstos era que los hombres habían llegado al punto de desenvainar sus espadas e interrogarse sobre quiénes serían los enemigos para quienes sus filos estaban destinados, y que si las espadas pudieran hablar ellas también plantearían la misma cuestión. Tan sólo una sonrisa del Profeta pudo conseguir Kaab como respuesta, y con su único logro se volvió hacia sus hombres.

El deseo de conocer su propio punto de destino no era más que ociosa curiosidad comparado con la impaciencia del Quraysh y Hawazin por conocer la respuesta a la misma pregunta. La

gran tribu de Hawazin se extendía principalmente por las laderas del país montañoso que domina el extremo meridional de la llanura de Nachd. Taif estaba en una de estas laderas, y fue Thaqil, o sea, los habitantes de Taif y guardianes de su templo, quien tomó la iniciativa de enviar un mensaje urgente a todos sus clanes hermanos de Hawazin, comunicando que un ejército de diez mil hombres se dirigía hiacia el sur desde Yathrib, y que tenían que estar preparados para lo peor. La mayoría de los clanes respondieron inmediatamente, y se comenzaron a concentrar tropas en una posición estratégica al norte de Taif.

En cuanto al Quraysh, aunque les habría gustado pensar que Taif estaba en peligro en lugar de la Meca, eran conscientes de haber roto el pacto. Esto, unido a la negativa del Profeta a renovarlo, hizo que sus aprensiones llegaran casi hasta el punto de la desesperación. El Profeta lo sabía y, para aumentar sus temores, ordenó a sus hombres separarse y encender cada uno un fuego una vez que hubiera oscurecido. Desde las afueras del territorio sagrado pudieron verse entonces diez mil hogueras de campamento, y rápidamente llegó a la Meca la noticia de que el ejército de Muhámmad era mucho mayor de lo que se temía. Después de una apresurada deliberación, el Quraysh aceptó la oferta de Abu Sufyan de salir y hablar con el Profeta.

Con él fueron Hakim, el sobrino de Jadiya, que había hecho todo lo posible para impedir la batalla de Badr, y Budayl de Juzaah, que había ayudado al Profeta en Hudaybiyah y que hacía poco había acompañado a algunos de sus hermanos de clan a Medina en relación con la ruptura del pacto. Al aproximarse al campamento, cuando ya podían oír el ruido de los camellos, vieron a un hombre montado en una mula blanca que aparentemente venía hacia ellos. Se trataba de Abbas, que había salido sigilosamente del campamento, esperando encontrar a alguien de camino a la ciudad que pudiese llevar un mensaje suyo para el Quraysh. Era imperioso, pensaba él, que enviaran una delegación al Profeta antes de que fuese demasiado tarde. Después de reconocerse y saludarse mutuamente, Abbas los llevó a la tienda del Profeta, y Abu Sufyan dijo*: "Muhámmad, has venido con una extraña variedad de hombres —unos conocidos y otros desconocidos— contra tus parientes"*. Pero el Profeta lo interrumpió: *"Eres tú el transgresor"*, dijo, *"tú rompiste el pacto de Hudaybiyah e instigaste el ataque contra los Bani Kaab, profanando así el sagrado recinto de Dios y Su Santuario"*. Abu Sufyan intentó cambiar de tema. *"¡Ay!"*, dijo, *"¡ojalá hubiera dirigido tu cólera y tu estrategia contra Hawazin! Porque ellos están más lejos de ti en parentesco y son más acérrimos enemigos tuyos"*. *"Espero"*, dijo el Profeta, *"que mi Señor me concederá todo eso —la victoria sobre la Meca, el triunfo en ella del Islam y la completa derrota de Hawazin— y que me enriquecerá con sus bienes como botín y con sus familias como cautivos"*. Luego les dijo a los tres hombres: *"Dad testimonio de que no hay dios sino Dios, y de que yo soy el Enviado de Dios"*. Hakim y Budayl hicieron entonces su profesión de fe; Abu Sufyan, sin embargo, testificó *"no hay dios sino Dios"* y luego se calló. Cuando se le dijo que pronunciase la segunda testificación, contestó: *"¡Muhámmad, aún queda en mi alma un escrúpulo acerca de esto; dale un plazo!"* El Profeta dijo entonces a su tío que los llevase a su tienda para pasar la noche. Al alba, al hacerse la llamada a la plegaria por todo el campamento, Abu Sufyan se quedó sumamente impresionado por su sonido. *"¿Qué hacen?"* preguntó. *"La plegaria"*, respondió Abbas. *"¿Y con qué frecuencia la hacen?"*, preguntó. Y al enterarse de que las plegarias eran cinco, dijo: *"¡Por Dios, es demasiado!"* Después vio a los hombres apelotonándose afanosamente y dándose empujones para poder ser rociados con agua de la ablución del Profeta o conseguir algunas gotas sobrantes, y dijo: *"¡Abu Al Fadl, nunca he visto una soberanía como ésta!" "¡Maldito seas!"*, respondió Abbas, *"¡Cree!""* *Llévame a él"*, pidió entonces Abu Sufyan; y después de la plegaria Abbas lo llevó de nuevo junto al Profeta, y dio testimonio ahora de su naturaleza profética, de que era verdaderamente el Enviado de Dios. Abbas llevó aparte al Profeta y le dijo: *"Enviado de Dios, bien conoces tú el amor de Abu Sufyan por el honor y la gloria. Concédele, por tanto, algún favor"*. *"Lo haré"*, le respondió. Y acercándose al jefe omeya, lo hizo volver al Quraysh para decirles: *"Quien entre en casa de Abu Sufyan estará a salvo, lo mismo que quien entre en la Mezquita o se encierre en su casa"*.

[i] Ver el final del capítulo XXI, *"El Quraysh hace ofertas y demandas"*.

Capítulo 75

La conquista de la Meca

Las tiendas ya habían sido colocadas sobre los camellos de carga, y el Profeta pidió por fin que le llevaran los estandartes y las enseñas. Los montó uno a uno y los fue colocando en la mano del portador por él elegido para ello. Le dijo a Abbas que acompañase a Abu Sufyan hasta el angosto final del valle y lo mantuviera allí para que pudiera ver por sí mismo las dimensiones del ejército cuando pasara. Tendría tiempo suficiente para regresar al Quraysh y comunicarle su mensaje, porque un solo hombre podía alcanzar la Meca por un camino más directo que el que tomaría el ejército.

"¿Quién es ése?", preguntó Abu Sufyan, señalando al hombre que iba a la cabeza de la hueste que entonces apareció a la vista. *"Jalid, el hijo de Walid"*, dijo Abbas; y cuando llegó a su altura, Jalid pronunció tres magnificaciones, *Allahu Akbar.* Con Jalid estaba el caballo de Sulaym. Eran seguidos por Zubayr, con turbante amarillo, al frente de una tropa de quinientos Emigrados, además de otros hombres. Él también pronunció tres magnificaciones al pasar junto a Abu Sufyan, y todo el valle resonó cuando sus hombres, a una sola voz, le hicieron eco. Uno a uno fueron pasando todos los escuadrones, y al paso de cada uno Abu Sufyan preguntaba quiénes eran, y en cada ocasión se quedaba maravillado, ya porque la tribu en cuestión había estado hasta entonces totalmente alejada de la esfera de influencia del Quraysh, ya porque había sido hostil al Profeta hasta hacía poco, como era el caso del clan gatafaní de Ashya, una de cuyas enseñas portaba Nuaym, el antiguo amigo suyo y de Suhayl.

"De todos los árabes", comentó Abu Sufyan, *"estos eran los más encarnizados enemigos de Muhámmad". "Dios hizo que el Islam entrara en sus corazones"*, dijo Abbas. *"Todo esto es por la gracia de Dios".*

El último de los escuadrones era el del Profeta, y consistía totalmente en Emigrados y Ansar. El destello de sus aceros les daba una apariencia verdinegra, porque iban armados de la cabeza a los pies, siendo visibles solamente sus ojos. El Profeta había entregado su estandarte a Saad ibn Ubadah, que dirigía la vanguardia, y al pasar junto a los dos hombres que estaban al borde del camino, gritó: *"¡Abu Sufyan, éste es el día de la matanza! ¡El día en que lo inviolable será violado! ¡El día de la humillación del Quraysh ante Dios!".* El Profeta estaba en el centro de la tropa, montado sobre Qaswa, y a cada lado iban Abu Bakr y Usayd, con quienes estaba conversando. *"¡Enviado de Dios!"*, gritó Abu Sufyan cuando estuvo al alcance de su voz, *"¿Has ordenado la matanza de tu pueblo?".* Y le repitió lo que Saad había dicho: *"¡Te suplico por Dios"*, añadió, *"en nombre de tu pueblo, porque tú eres de todos los hombres el de mayor piedad filial, el más misericordioso, el más benéfico?" "Éste es el día de la misericordia"*, dijo el Profeta, *"el día en que Dios ha exaltado al Quraysh".* Entonces Abd Al Rahman ibn Awf y Uthman, que estaban al lado, le dijeron: *"Enviado de Dios, no estamos seguros de que Saad no vaya a efectuar un ataque inesperado y violento contra el Quraysh".* El Profeta envió, pues, un mensaje a Saad para que le concediese el estandarte a su hijo Qays, un hombre de temperamento relativamente pacífico, y le dejase dirigir el escuadrón. Honrar al hijo era honrar al padre, y en las manos de Qays el estandarte seguiría con Saad. Pero Saad se negó a entregarlo sin una orden directa del Profeta, quien en consecuencia se desató de su casco el turbante rojo y se lo envió a Saad como señal. El estandarte le fue dado inmediatamente a Qays.

Cuando el ejército hubo pasado, Abu Sufyan se volvió a la Meca a toda velocidad, y situándose fuera de su casa gritó con todas sus fuerzas a una multitud que empezó a concentrarse rápidamente: *"¡Hombres del Quraysh, Muhámmad está aquí con una fuerza que no podréis resistir! ¡Muhámmad está aquí con diez mil hombres armados, y me ha concedido que quien entre en mi casa estará a salvo!"* Hind salió entonces de la casa y agarró a su marido por el pelo: *"¡Matad a esta grasienta e inútil vejiga de hombre!"*, exclamó ella. *"¡Tú, miserable protector de*

gente.?"" *¡Ay de ti!"*, gritó Abu Sufyan, *"¡No dejéis que esta mujer os engañe contra vuestro mejor juicio, porque ha llegado a vosotros aquello contra lo que no podéis resistir! Pero quien entre en la casa de Abu Sufyan estará a salvo." "¡Dios te mate!"*, respondieron. *"¿De qué sirve tu casa para tantos como somos?" "Y quien se encierre en su casa estará a salvo"*, respondió, *"y quien entre en la Mezquita, también".* La multitud que se había congregado comenzó a dispersarse, unos hacia sus casas y otros hacia la Mezquita.

El ejército se detuvo en Dhu Tuwa, que no se encuentra lejos de la ciudad; incluso puede verse desde ella. Este era el lugar donde dos años antes habían retenido a Jalid para impedir el avance de los peregrinos. Ahora, sin embargo, no se veían señales de resistencia alguna. Era como si la ciudad estuviera vacía, como lo había estado en su visita del pasado año. Pero en esta ocasión no había ningún límite de permanencia de tres días, y cuando Qaswa se paró, el Profeta inclinó su cabeza hasta que su barba casi tocó la silla, en agradecimiento a Dios. Entonces formó sus tropas, poniendo a Jalid al mando del ala derecha y a Zubayr de la izquierda. A su propia tropa, que estaba ahora en el centro, la dividió en dos; una mitad sería conducida por Saad y su hijo, y la otra, en la que él mismo iba, por Abu Ubaydah. Cuando diese la orden tenían que dividirse y entrar en la ciudad por los cuatro puntos; Jalid desde abajo y los otros desde las colinas a través de tres pasos distintos.

Por encima de la hueste congregada, en las laderas del Monte Abu Qubays, se encontraban dos figuras que una vista aguda podría haber distinguido como un anciano algo encorvado con un bastón, guiado y ayudado por una mujer. Eran Abu Quhafah y Quraybah, el padre y la hermana de Abu Bakr. Aquella mañana, cuando se tuvo la noticia de la llegada del Profeta a Dhu Tuwa, el anciano ciego le había pedido a su hija que lo guiase monte arriba y le contase lo que conseguía ver. Cuando era un hombre joven y vigoroso había escalado las colinas del otro lado de la Meca para ver el ejército y su elefante. Ahora, ya anciano, y ciego desde hacía muchos años, podría al menos tener una cierta visión, a través de los ojos de su hija, de esta hueste de diez mil hombres en la que estaban su hijo y sus dos nietos. Quraybah describió lo que tenía a la vista como una densa masa negra, y él le dijo que ésos eran los jinetes dispuestos en cerrada formación, esperando órdenes. Luego vio que la masa negra se separaba hasta convertirse en cuatro divisiones distintas, y su padre le dijo que le llevase a casa lo más deprisa posible. Iban de regreso cuando una tropa de jinetes pasó rápidamente junto a ellos, y uno de los hombres se inclinó desde su silla y le arrebató a Quraybah el collar de plata que llevaba. Por lo demás, no sufrieron ningún daño y así llegaron a su casa.

No habían estado solos en Abu Qubays. En otra parte del monte Ikrimah, Safwan y Suhayl habían reunido una fuerza del Quraysh junto con algunos de los aliados de Bakr y Hudayl. Estaban determinados a luchar; y cuando vieron a la tropa de Jalid dirigiéndose hacia la entrada inferior de la ciudad descendieron y los atacaron. Sin embargo, no se encontraban en condiciones de medirse en pie de igualdad con Jalid y sus hombres, quienes los pusieron en fuga después de matar a una treintena de ellos, sufriendo, por su parte, solamente la pérdida de dos vidas. Ikrimah y Safwan escaparon a lomos de caballo a la costa, mientras que Suhayl se fue a casa y se encerró allí.

La lucha casi había terminado cuando el Profeta entró por el paso de Adhajir en la Meca alta. Al mirar hacia abajo en dirección al zoco quedó consternado al ver el destello de espadas desenfundadas. *"¿No prohibí la lucha?"*, dijo. Pero cuando le explicaron lo que había sucedido dijo que Dios lo había ordenado por el bien.

Pudo ver su tienda de piel rojiza, que Abu Rafi había montado para él, no lejos de la Mezquita. Se lo señaló a Yabir, que estaba a su lado, y después de una plegaria de alabanza y agradecimiento se encaminó hacia la hondonada. *"No entraré en ninguna de las casas"*, dijo.

Umm Salamah, Maymunah y Fatimah lo estaban esperando en la tienda, y justo antes de su llegada se les unió Umm Hani. La ley del Islam había dejado claro que los matrimonios entre mujeres musulmanas y hombres infieles estaban disueltos, y esto se aplicaba a su matrimonio con Hubayrah, quien había previsto la caída de la Meca y se había ido a vivir a Nachran. Pero

dos de sus parientes políticos, uno de ellos el hermano de Abu Yahl, habían tomado parte en el enfrentamiento con Jalid y habían huido después hacia su casa en busca de refugio. Entonces Ali había ido a saludarla, y al ver a los dos majzumíes desenvainó la espada y, a pesar de la protección formal que ella les había dado, los habría matado en ese mismo instante. Pero Umm Hani arrojó un manto sobre ambos, e interponiéndose entre ellos y él, dijo: *"¡Por Dios, tendrás que matarme a mí primero!"*, ante lo cual Ali abandonó la casa. Y ahora, una vez los hubo dejado encerrados, había acudido para interceder ante el Profeta. Halló a Fatimah menos dura que a Ali. *"¿Das protección a los idólatras?"*, dijo ella. Pero los reproches de Fatimah fueron interrumpidos por la llegada del Profeta. Saludó a su prima con gran cariño, y cuando ella le contó lo sucedido, Muhámmad dijo: *"Eso no será. Nosotros protegeremos a quien tú protejas".*

Realizó el rito de la gran ablución e hizo ocho *"raka"*, después de lo cual descansó durante una hora o más. Luego pidió a Qaswa, y tras ponerse su cota de malla y su yelmo, se ciñó la espada; pero en su mano llevaba un bastón y la visera estaba alzada. Algunos de los que habían cabalgado con él aquella mañana ya estaban en línea fuera de la tienda, y lo escoltaron de camino hacia la Mezquita, mientras él hablaba con Abu Bakr, que iba acompañándolo.

Se dirigió derecho a la esquina sudoriental de la Kaabah y tocó reverentemente la Piedra Negra con su bastón, pronunciando a la vez una magnificación. Quienes estaban con él lo repitieron. *Allahu Akbar, Allahu Akbar,* y a ello se unieron todos los musulmanes que estaban en la Mezquita y toda la Meca resonó con las magnificaciones, hasta que el Profeta hizo una señal con la mano para que callaran. Entonces dio las siete vueltas alrededor de la Santa Casa con Muhámmad ibn Maslamah agarrando su brida. En la Peregrinación Menor ese honor le había sido concedido a un hombre de Jazrach. Era, por lo tanto, más adecuado que en esta ocasión le correspondiese a uno de Aws.

Luego, el Profeta se volvió hacia los ídolos que rodeaban la Kaabah en un amplio circulo; trescientos sesenta en total. Pasó entonces entre ellos y la Casa repitiendo la aleya de la Revelación: *"La Verdad ha llegado, y se ha disipado lo falso. Ciertamente, lo falso siempre está destinado a disiparse"* (XVII, 81).

A la vez que señalaba a los ídolos uno a uno con el bastón, cada ídolo, al ser señalado, caía de bruces. Después de contemplar el círculo desmontó y rezó en la estación de Abraham, que en aquel tiempo se encontraba junto a la Kaabah. Luego se aproximó al Pozo de Zamzam, donde Abbas le dio de beber, y confirmó para siempre el tradicional derecho de los hijos de Rashim a abastecer de agua a los peregrinos. Pero cuando Ali le trajo la llave de la Kaabah y Abbas le pidió que le diese también a su familia el derecho de su custodia, respondió el Profeta: *"Os doy solamente lo que habéis perdido, no aquello que seria una pérdida para otros".* Entonces llamó al hombre de Abd al-Dar que anteriormente había acudido a él en Medina con Jalid y Amr, Uthman ibn Talhah, y, entregándole la llave, confirmó para siempre el derecho tradicional de su clan a la custodia de la Kaabah. Uthman tomó la llave con reverencia y fue, seguido por el Profeta, a abrir la puerta de la Casa Sagrada. Usamah y Bilal iban muy cerca detrás de ellos. El Profeta les ordenó que entraran con él y le dijo a Uthman que cerrase las puertas tras ellos.

Aparte de la imagen de la Virgen Maria y el niño Jesús y una pintura de un anciano, que según se decía era Abraham, las paredes del interior habían sido recubiertas con pinturas de las deidades paganas. Colocando su mano a modo de protección sobre la imagen, el Profeta le dijo a Uthman que se ocupase de que todas las pinturas, excepto la de Abraham, fueran borradas[i].

Permaneció un rato dentro y luego tomó la llave de Uthman y abrió la puerta. De pie en el umbral, con la llave en la mano, dijo: *"Alabado sea Dios, que ha cumplido Su promesa, ha ayudado a su siervo y ha derrotado a los clanes, Él solo".* El número de los mequíes que se habían refugiado en la Mezquita había ido aumentando por la llegada de otros que en un primer momento habían buscado refugio en sus hogares, y se encontraban ahora sentados en grupos, aquí y allá, no lejos de la Kaabah. El Profeta les dirigió entonces la palabra, diciendo: *"¿Qué decís vosotros, qué pensáis de todo esto?"* A lo que respondieron: *"Nosotros decimos bien y pensamos bien: un hermano noble y generoso, hijo de un hermano noble y generoso. A ti te*

incumbe mandar". A continuación les habló con las palabras de perdón que, según la Revelación, José dirigió a sus hermanos cuando acudieron a él en Egipto: *"Ciertamente digo como dijo mi hermano José: '¡Que no haya hoy reproches contra vosotros! Dios os perdonará. Él es el más Misericordioso de los misericordiosos'."* (XII, 92).

Abu Bakr había dejado la Mezquita para ir a visitar a su padre, y ahora regresaba llevando a Abu Quhafah de la mano, seguidos por su hermana Quraybah. *"¿Por qué no dejaste al anciano en su casa ,preguntó el Profeta, para que yo fuera a verle?" "Enviado de Dios"*, respondió Abu Bakr, *"es más apropiado que el venga a ti, que no que tú vayas a verlo a él".* El Profeta le dio la mano y, haciéndole sentarse delante suyo, lo invitó a hacer las dos testificaciones del Islam, que él hizo al instante.

Después de ordenar que Hubal, el mayor de los ídolos caídos, fuera hecho pedazos y que se quemaran todos sus trozos, el Profeta hizo proclamar por toda la ciudad que quien tuviera un ídolo en su casa tenía que destruirlo. Luego se retiró a la cercana colina de Safa, donde había predicado por primera vez con su familia. Aquí recibió el homenaje de sus enemigos, que ahora deseaban convertirse al Islam, tanto hombres como mujeres. Acudieron a él a centenares. Entre las mujeres se encontraba Hind, la mujer de Abu Sufyan; fue velada, temiendo que el Profeta pudiera ordenar su ejecución antes de haberse convertido, y dijo*: "Enviado de Dios, alabado sea Aquél que ha hecho triunfar la religión que yo elijo hoy para mí".* Entonces se desveló el rostro y dijo: *"Hind, la hija de Utbah"*, y el Profeta le dijo: *"Bienvenida".* Otra de las mujeres era Umm Hakim, la esposa de Ikrimah. Cuando se hubo convertido al Islam rogó al Profeta que le diese inmunidad a su marido. Así lo hizo Muhámmad, aunque Ikrimah aún estaba en guerra con él. Umm Hakim averiguó dónde se encontraba y fue en su busca para traerlo con ella.

El Profeta echó un vistazo a la concentración que tenía delante, y volviéndose hacia su tío, dijo: *"Abbas, ¿dónde están los hijos de tu hermano, Utbah y Muattib? No los veo."* Éstos eran los dos hijos aún vivos de Abu Lahab Utbah era quien había repudiado a Ruqayyah, presionado por su padre, y parecía que tenían miedo de aparecer. *"Tráemelos"*, dijo el Profeta. Abbas fue, pues, a buscar a sus sobrinos, que abrazaron el Islam y juraron fidelidad. Entonces el Profeta cogió a ambos de la mano, y caminando entre ellos, los condujo al gran lugar de súplica, llamado Al Multazam, que es aquella parte de la Kaabah que se encuentra entre la Piedra Negra y la puerta. Allí hizo una larga plegaria y, advirtiendo la alegría en su semblante, Abbas le preguntó por qué se sentía alegre. Muhámmad respondió: *"Pedí a mí Señor que me diese estos dos hijos de mí tío, y me los ha dado"* (I.S. IV/1, 41-2).

El más cercano a la Meca de los tres santuarios más destacados del paganismo era el templo de al-Uzza, en Najlah. El Profeta envió entonces a Jalid para que destruyera este centro de la idolatría. Al tener noticias de que se aproximaba, el guardián del templo colgó su espada de la estatua de la diosa y la invocó para que se defendiese ella misma y matase a Jalid o de lo contrario se haría monoteísta. Jalid demolió el templo y destruyo su ídolo, después de lo cual regresó a la Meca. *"¿No viste nada?"*, le pregunto el Profeta. "Nada", contestó Jalid. *"Entonces no la has destruido"*, dijo el Profeta. *"Vuelve y destrúyela"* Jalid volvió, pues, de nuevo a Najlah, y de entre las ruinas del templo salió una mujer negra, completamente desnuda, y con el cabello suelto, largo y alborotado. *"Un escalofrío me recorrió el cuerpo"*, diría Jalid posteriormente. Jalid gritó: *"¡Uzza, para ti es la negación, no la adoración!"* y, desenfundando su espada, la mató. De regreso le dijo al Profeta: *"¡Alabado sea Dios, que nos ha salvado de perecer! Yo solía ver a mi padre partir para al-Uzza con una ofrenda de un centenar de camellos y ovejas. ¡Se los sacrificaba a ella y se quedaba durante tres días en su santuario, y luego regresaba con nosotros radiante por lo que había hecho!"* (W. 873-4).

Mientras tanto, la mayoría de los mequíes había prestado fidelidad. Suhayl fue una excepción, pero, habiéndose refugiado en su casa, envió por su hijo Abdallah para pedirle que mediase ante el Profeta en su nombre. Porque a pesar de la amnistía general, apenas si creía que podría aplicársele a él. Cuando Abdallah le habló al Profeta, éste respondió inmediatamente: *"Está a salvo, bajo la protección de Dios; que venga pues".* Entonces les dijo a los que estaban con él: *"¡Nada de miradas severas a Suhayl si os lo encontráis! Dejad que salga libremente, porque, por*

mi vida, él es un hombre de inteligencia y honor, no uno que haya de quedar ciego a la verdad del Islam". Así pues, Suhayl pudo salir y moverse sin problemas, pero todavía no abrazó el Islam.

En cuanto a Safwan, su primo Umayr obtuvo del Profeta para él un plazo de dos meses; se marchó entonces en su busca y lo halló esperando un barco en Shuaybah, que en aquellos días era el puerto de la Meca. Safwan desconfiaba y rechazó cambiar sus planes, en vista de lo cual Umayr volvió de nuevo al Profeta, quien le dio su turbante de tela yemení listada para que se lo llevase a su primo como prueba de su seguridad. Esto convenció a Safwan, que decidió regresar y buscarse más garantías.

"Muhámmad", dijo Safwan, *"Umayr me ha dicho que si acepto una cosa"* —se refería a abrazar el Islam— *"todo estará perfecto; pero que si no, me das dos meses de plazo". "Quédate aquí"*, dijo el Profeta. "*No hasta que me des una respuesta clara"*, respondió Safwan. *"Tendrás cuatro meses de plazo"*, dijo el Profeta y Safwan aceptó quedarse en la Meca.

Ikrimah fue el último de los tres en presentarse ante Muhámmad después de la conquista de la Meca. Sin embargo, fue el primero de ellos en convertirse al Islam. Había decidido coger un barco en la costa de Tihamah, rumbo a Abisinia, y cuando estaba a punto de embarcase le dijo el capitán: *"Cumple tu religión con Dios." "¿Qué tengo que decir?"*, preguntó Ikrimah. *"Di: No hay dios sino Dios"*, fue la respuesta, y el hombre aclaró que por temor a un naufragio no aceptaría a ningún pasajero que no hiciese la testificación. Las cuatro palabras, *la ilaha illa Alllah,* penetraron en el alma de Ikrimah, y en ese instante supo que las podría haber pronunciado con sinceridad. No se embarcó, pues; la única razón para desear hacerlo había sido escapar de esas palabras, es decir, del mensaje de Muhámmad, que se resumía en ellas. Si podía aceptar ese mensaje a bordo del barco, también podía aceptarlo en tierra firme. *"Nuestro Dios en el mar es nuestro Dios en la tierra"* se dijo a sí mismo. Luego, su esposa se unió a él; le dijo además que el Profeta había garantizado su seguridad en la Meca y regresaron sin dilación. El Profeta sabia que venía y dijo a sus Compañeros: *"Ikrimah, el hijo de Abu Yahl, viene de camino a nosotros, como creyente. Por lo tanto, no injuriéis a su padre, porque injuriar a los muertos ofende a los vivos y no alcanza a los muertos".*

Cuando Ikrimah llegó a la Meca se fue derecho al Profeta, que lo saludó con un rostro lleno de alegría y, una vez que se hubo convertido formalmente al Islam, le dijo: *"Este día te concedo cualquier cosa que me pidas". "Te pido"*, dijo Ikrimah, *"que le ruegues a Dios para que me perdone por toda mi enemistad contra ti"*; y el Profeta hizo lo que le había solicitado. Luego, Ikrimah habló del dinero que había gastado y de las batallas que había tenido que librar para impedir que los hombres siguieran la verdad y dijo que en adelante gastaría el doble de ello y lucharía con redoblado esfuerzo en la causa de Dios, y cumplió su promesa.

[i] W. 834; A.I., 107. Pero otros relatos dicen *"todas"* sin mencionar esas dos excepciones.

Capítulo 76

La batalla de Hunayn

y el asedio de Taif

El último y definitivo movimiento del Profeta contra el Quraysh no había disuadido a Hawazin de seguir consolidando sus fuerzas, como tampoco se habían aquietado sus recelos por las noticias de la fácil conquista de la Meca y la destrucción de todos sus ídolos. Era grande su alarma por la suerte del templo de al-Uzza, que había sido el santuario hermano de su propio templo de al-Lat. Transcurridas dos semanas de la conquista de la Meca, Hawazin había reunido un ejército de unos veinte mil hombres en el valle de Awtas, al norte de Taif.

Después de dejar a un hombre de Abdu Shams al frente de la Meca y de designar a Muadh ibn Yabal, un hombre joven pero instruido del Jazrach, para que formase a los conversos en todos los asuntos relacionados con la religión, el Profeta partió con todo su ejército, incrementado ahora por una fuerza adicional de dos mil qurayshíes. La mayoría de éstos le había jurado fidelidad hacía poco, pero algunos, Suhayl y Safwan entre ellos, aún no se habían convertido al Islam y estaban allí simplemente para defender a su ciudad contra Hawazin. Antes de ponerse en marcha, el Profeta mandó por Safwan para pedirle que les prestase cien cotas de malla, que se sabía que poseía, junto con las armas correspondientes. *"Muhámmad," dijo Safwan,¿se trata de darlas o las recuperaré?" "Es un préstamo a devolver"*, dijo el Profeta; ante lo cual Safwan accedió a proporcionar los camellos para el transporte de las armas y armaduras que entregó al Profeta cuando hubieron llegado a su último campamento.

Los clanes de Hawazin que habían salido para luchar contra ellos eran Thaqif, Nasr, Yusham y Saad ibn Bakr. Su jefe militar era un hombre de treinta años, de Nasr, llamado Malik, que a pesar de su juventud ya se había ganado una reputación por su gran valor y generosidad principesca.

Contra el consejo de los hombres de más edad, les había ordenado llevar consigo a sus mujeres, hijos y ganado, debido a que con éstos en la retaguardia del ejército los hombres pelearían más esforzadamente. Envió a tres exploradores para que le trajesen información sobre el ejército que se aproximaba desde la Meca; pero poco tardaron en regresar, casi sin habla, en una condición extrañamente destrozada, las articulaciones aflojadas por el terror, algunas incluso a punto de dislocarse. *"Vimos hombres blancos sobre caballos píos"*, dijo uno, *"y al momento nos sucedió esto que veis. "No estamos luchando con gente terrenal"*, dijo otro, *"sino con gentes del Cielo. Sigue nuestro consejo y retírate, porque si nuestros hombres ven lo que nosotros hemos visto les sucederá lo mismo que a nosotros". "La verguenza sea sobre vosotros"*, dijo Malik. *"Sois los cobardes del campamento".* Su condición física y anímica era tan lamentable que dio órdenes para que los tuviesen detenidos lejos del resto de las tropas por temor a que pudieran extender el pánico por todo el ejército. A continuación les dijo: *"Mostradme un hombre con coraje".* Pero el hombre elegido regresó en el mismo estado que los otros, al haber visto los mismos aterradores jinetes en la vanguardia de la hueste enemiga. *"La sola visión de ellos es insoportable"*, jadeó. Pero Malik se negó a escuchar, y después del crepúsculo ordenó avanzar hacia el valle de Hunayn, por el que sabía que el enemigo tenía que pasar. Mandó hacer una parada al llegar a Hunayn, donde el camino bajaba hacia el lecho del valle. A ambos lados había barrancos, algunos espaciosos, con amplias entradas que podían verse desde arriba pero que desde abajo no eran perceptibles. En uno o dos de ellos apostó a una gran parte de su caballería, con órdenes de cargar sobre el enemigo cuando él diera la señal. El resto del ejército fue ordenado para el combate en el camino mismo, cerca del barranco.

El Profeta acampó aquella noche no lejos del otro extremo del valle, y después de hacer la plegaria del alba con sus hombres, les exhortó y les dio buenas noticias de victoria si se mantenían firmes y pacientes. El cielo estaba encapotado, de manera que siguió estando casi

oscuro durante su descenso hacia el lecho del valle. Jalid iba en la vanguardia como antes, mandando a Sulaym y otros. A continuación venía la parte musulmana del nuevo contingente mequí. El Profeta, montado sobre Duldul, se encontraba esta vez en medio del ejército, con el mismo escuadrón de Emigrados y Ansar, pero rodeado de más miembros de su propia familia que en cualquier ocasión anterior, incluyendo a sus primos Abu Sufyan y Abdallah, que se le habían unido en su camino a la Meca, los dos hijos mayores de Abbas, Fadí y Qitham, y los dos hijos de Abu Lahab. En la retaguardia del ejército marchaban los mequíes que aún no habían abrazado el Islam.

La vanguardia casi había terminado su descenso cuando en la semipenumbra la inmóvil hueste de Hawazin apareció a la vista por encima de ellos en la vertiente opuesta. Era un espectáculo formidable, tanto más cuanto que en la retaguardia del ejército había miles de camellos, sin montar o montados por mujeres, y en la débil claridad del alba parecían formar parte de la hueste. El camino se encontraba obstruido en esa dirección, pero antes de que pudieran solicitarse nuevas instrucciones o darse nuevas órdenes, Malik hizo su señal. Los escuadrones de Hawazin giraron de improviso y salieron de los barrancos y se lanzaron sobre Jalid y sus hombres. La embestida fue tan violenta y tan repentina que no pudo hacer nada para agrupar a los Bani Sulaym, que presentaron poca, por no decir ninguna resistencia y que, dándose la vuelta, huyeron precipitadamente, dispersando las filas de los mequíes que iban detrás de ellos y que entonces les siguieron en la huida ascendente por la ladera que acababan de bajar. La terrible estampida de caballos y camellos obstruyó el desfiladero en sus partes más angostas, pero el Profeta se hallaba en un punto desde donde pudo retirarse un poco a la derecha, y se afianzó entonces al borde del camino con un pequeño cuerpo de los que habían estado cabalgando cerca de él —Abu Bakr, Omar y otros Emigrados, algunos Ansar, y todos los hombres de su familia que estaban presentes—. Harith, el hijo de Abu Sufyan, se mantuvo a su lado y agarró el aro de la brida de Duldul.

El Profeta llamó a otros para que se le unieran, pero sus palabras fueron ahogadas por él estrépito de la batalla. Se volvió, pues, a Abbas, que poseía una voz de excepcional potencia, y le dijo que gritara: *"¡Compañeros del Árbol! ¡Compañeros de la Acacia!"* El llamamiento fue respondido inmediatamente por todos lados, *¡Labbayk!, "¡Aquí estamos a tu servicio!"*, gritaban Ansar y Emigrados mientras acudían junto a él. Pronto pudo contar con trescientos hombres, y desplegándose por el desfiladero rechazaron momentáneamente la carga del enemigo. Abbas siguió gritando y muchos de los que habían huido volvieron entonces para luchar. El Profeta se alzó sobre sus estribos para que lo viesen mejor y ver mejor él mismo. El enemigo estaba preparando un nuevo ataque y él pidió: *"¡Oh Dios, te pido Tu promesa!"* Entonces le dijo a su hermano de leche que le diese algunos guijarros y, cogiéndolos en las manos, los arrojó en presencia del enemigo lo mismo que había hecho en Badr. La suerte de la batalla cambió de pronto sin razón aparente, más bien, no aparente para los creyentes, al contrario que para el enemigo, como lo había sido antes para sus exploradores, y después se produjo la Revelación: *"Dios os ha ayudado en muchos Campos de batalla. En el día de Hunayn, cuando os regocijábais por vuestro gran número, eso no os sirvió de nada, y la tierra, a pesar de su extensión, se os hizo estrecha y os disteis la vuelta para huir. Dios, entonces, envió su Espíritu de Paz sobre Su Enviado y los creyentes, y envió huestes que vosotros no habéis visto, y castigó a los incrédulos. Ésa es la recompensa de los incrédulos. Después, Dios se volverá con misericordia hacia quien Él quiera, porque Dios es Indulgente y Misericordioso"* (IX, 25-7).

La derrota fue tremenda: Malik luchó con gran valentía, pero al final se retiró con los hombres de Thaqif a su ciudad amurallada de Taif. El cuerpo principal de Hawazin fue perseguido hasta Najlah, sufriendo muchas bajas.

Desde allí regresaron a su campamento de Awtas, pero el Profeta envió una fuerza para desalojarlos y se fueron a las colinas.

Los musulmanes habían perdido muchos hombres al comienzo de la batalla, en particular los Bani Sulaym, que habían aguantado lo más duro de la emboscada inicial. Pero después del

primer ataque habían muerto relativamente pocos. Uno de éstos fue Ayman, hermano mayor de Usamah, que fue herido de muerte al lado del Profeta.

Las mujeres y los niños de Hawazin, que habían estado tras las líneas, fueron hechos prisioneros; y el botín, además de los camellos, ovejas y cabras, estuvo formado por 4.000 onzas de plata. El Profeta encargó de ello a Budayl, y dio órdenes de llevarlo todo, incluidos los cautivos, al cercano valle de Yiranah, a unas diez millas de la Meca.

Una de las divisiones de Hawazin la formaba un contingente de los Bani Saad ibn Bakr, el clan con el que el Profeta había pasado su infancia y su primera niñez, y una de las cautivas ancianas reprendió a sus captores, diciéndoles: *"Por Dios, yo soy la hermana de vuestro jefe"*. No la creyeron; aun así, se la llevaron al Profeta. *"¡Muhámmad, yo soy tu hermana!"*, dijo. El Profeta la contempló con asombro: era una anciana de setenta años o más. *"¿Tienes alguna prueba de ello?"*, le preguntó, y ella al instante le mostró la marca de un mordisco. *"Tú me mordiste"*, dijo la mujer, *"cuando te llevaba al valle de Sarar. Estuvimos allí con los pastores. Tu padre era mi padre, y tu madre era mi madre"*. El Profeta vio que decía la verdad. Ciertamente era Shayma, una de sus hermanas de leche. Extendió entonces su alfombrilla para ella y le pidió que se sentara. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando le pidió noticias acerca de Halimah y Harith, sus padres adoptivos, y ella le dijo que habían fallecido en la plenitud de su vida. Después de conversar, Muhámmad le ofreció la posibilidad de quedarse con él o regresar con los Bani Saad. Ella dijo que deseaba convertirse al Islam, pero eligió volver a su clan. El Profeta le dio un rico presente y con la intención de darle más le dijo que se quedase con los de su gente que estaban en el campamento, diciéndole que volvería a verla a su regreso. Entonces partió con el ejército hacia Taif.

Thaqif disponía de provisiones suficientes en su ciudad como para subsistir durante un año. También tenían amplios medios para resistir los ingenios de guerra que el Profeta ordenó emplear contra ellos cuando los otros recursos hubieron fallado y eran, por otra parte, expertos arqueros. Hubo muchos y violentos intercambios de flechas, pero al cabo de medio mes los musulmanes no estaban más cerca de la conquista de la ciudad que al principio del asedio. Lo único que se había logrado era la conversión de algunos hombres al Islam, porque el Profeta había anunciado un día por medio de un pregonero que cualquier esclavo de Thaqif que se uniera a los musulmanes sería liberado. Alrededor de veinte esclavos se las ingeniaron para salir de la ciudad y, una vez en el campamento, prestaron fidelidad. Casi había transcurrido otra semana más cuando el Profeta soñó que le daban una escudilla de mantequilla y entonces llegaba un gallo, intentaba pisotearla y la vertía. *"No creo que hoy vayas a conseguir de ellos lo que deseas"*, dijo Abu Bakr, y el Profeta se mostró de acuerdo. Quizás ya había llegado a la conclusión de que asediar a los Thaqif no era la mejor vía para vencerlos. Sea como fuere, dio entonces órdenes de levantar el asedio y dirigirse a Yiranah. Mientras se alejaban de la ciudad, algunos hombres pidieron al Profeta que maldijera a sus habitantes. Sin responder, alzó sus manos en súplica y dijo: *"¡Dios, guía a Thaqif y tráelos a nosotros!"*.

Entre los muertos bajo los muros de Tau estaba Abdallah, el medio hermano de Umm Salamah y primo del Profeta, que se había convertido al Islam hacia tan poco.

Capítulo 77

Reconciliaciones

El ejército llegó a Yiranah, los prisioneros, unas seis mil mujeres y niños, se encontraban en un amplio recinto cobijándose del sol. La mayoría iban pobremente vestidos, y el Profeta envió a un hombre de Juzaah a la Meca para que comprase ropas nuevas para cada uno, pagándolas con parte de la plata del botín. Los camellos eran unos veinticuatro mil; en cuanto a las ovejas y cabras, nadie intentó contarlas, pero se estimó que su número ascendía a cuarenta mil, más o menos.

Muchos de los hombres estaban impacientes por recibir su parte correspondiente del botín, pero el Profeta estaba poco dispuesto a comprometerse por el momento de forma irrevocable, porque esperaba que Hawazin le enviaría una delegación pidiendo un trato generoso. Había, sin embargo, un sector de distribución que no quiso retrasar. Su quinto del botín servia a los mismos fines que el dinero recibido como limosna, y una reciente Revelación había introducido una nueva categoría de personas con derecho a beneficiarse de esos fondos, a saber: *aquéllos cuyos corazones hay que reconciliar.* La aleya decía: *Las limosnas son para el pobre y el necesitado, para quienes las recolectan, para aquéllos cuyos corazones hay que reconciliar, para liberar a los esclavos y a los cautivos, para los endeudados, para la causa de Dios y para el viajero. Una obligación impuesta por Dios, que es Conocedor y Sabio.* (IX, 60). Un ejemplo inmediato de hombres *cuya voluntad hay que captar* eran los del Quraysh que hacia poco se habían convertido al Islam por la fuerza de las circunstancias, cuando su mundo —el mundo del paganismo árabe— había sido hecho añicos por el establecimiento de la nueva religión en la Meca. El Profeta le dio ahora a Abu Sufyan un centenar de camellos y, cuando éste pidió que sus hijos Yazid y Muawiyyah no fuesen olvidados, se les dieron otros cien a cada uno, lo cual significó, de hecho, que Abu Sufyan recibió trescientos camellos. Esto no se les pasó por alto a otros y cuando a Hakim, el sobrino de Hadiya, le dieron cien, pidió doscientos más, y el Profeta se los concedió en el acto. Como en el caso de Abu Sufyan, cualquier vacilación o renuencia habría frustrado el propósito del obsequio. Sin embargo, el Profeta le dijo a Hakim: *"Esta propiedad es un prado verde. Quien la tome para ejercer la munificencia del alma hallará en ella bendiciones, pero quien la tome para el orgullo de su alma no la hallará y será como uno que come y no se llena. Dar es mejor que recibir; comienza dando a aquéllos de tu familia que dependen de ti." "Por Aquél que te envió con la verdad, no aceptaré nada de ningún hombre después de ti"*, dijo Hakim, determinado a ser en el futuro de los que nunca piden. Se quedó solamente con cien camellos, renunciando al resto (W. 945).

Incluidos en la misma categoría de beneficiarios estaban quienes se encontraban indecisos y aún no se habían resuelto a abrazar el Islam. A algunos de éstos también se les dieron cien camellos. Los más importantes de entre ellos eran Safwan y Suhayl. Ambos habían combatido en Hunayn, y cuando uno de los mequíes idólatras de la retaguardia expresó su satisfacción por la huida inicial de los musulmanes, Safwan le reprendió con brusquedad: *"¡Si tengo que tener un señor por encima de mí"*, dijo, *"prefiero que sea un hombre del Quraysh antes que de Hawazin!"* Después de recibir sus cien camellos, Safwan acompañó al Profeta mientras cabalgaba por el valle de Yiranah para ver el botín. Había muchos valles laterales que surgían del valle principal y, en uno de éstos, los pastos eran especialmente exuberantes, por lo que se encontraba lleno de camellos, ovejas y cabras, y de hombres que se encargaban de su cuidado. Viendo a Safwan maravillado por la escena, el Profeta le dijo: *"¿Te agrada este barranco?"*, y cuando Safwan asintió con entusiasmo, añadió: *"Es tuyo, con todo cuanto hay en él." "Doy testimonio"*, dijo Safwan, *"de que solamente el alma de un profeta puede ser de semejante bondad. Doy testimonio de que no hay dios sino Dios, y de que tú eres Su Enviado."*

En cuanto a Suhayl, fue también en Yiranah donde se disiparon sus últimas dudas, bien a través de sus renovadas relaciones con su hijo Abdallah, bien por haber sido testigo de la milagrosa

victoria de Hunayn, por su experiencia de la presencia milagrosa del Profeta y su magnanimidad, o bien por todos estos factores juntos. Una vez que se convirtió al Islam lo hizo sin reservas, y tres años más tarde, cuando Abdallah fue muerto en batalla y Abu Bakr dirigió al afligido padre palabras de consuelo, Suhayl respondió: *"Me han contado que el Enviado de Dios dijo: 'El mártir intercederá por setenta personas de su gente' y yo tengo la esperanza de que mi hijo, cuando lo haga, comience por mí".*

Entre otros de los que se convirtieron al Islam en Yiranah estaban algunos jefes de Majzum: dos hermanos de Abu Yahl, Hisham —el medio hermano de Jalid—, el hermano de sangre del joven Walid que había fallecido, y un segundo hijo, Zuhayr, de Atikah la tía del Profeta. Un hermano de Zuhayr había encontrado el martirio hacía poco en Taif, y era este Zuhayr quien unos diez años antes, desafiando a Abu Yahl, había sido el primero en hablar en la Asamblea en favor de la anulación del boicot impuesto a los Bani Hashim y a los Bani al-Muttalib. Su madre, Atikah, se había hecho musulmana antes que sus dos hijos.

El ejército musulmán llevaba ya varios días en el valle y aún no había llegado ninguna delegación de Hawazin, en vista de lo cual el Profeta adjudicó a cada hombre su parte del botín. Apenas hubo terminado de hacerlo cuando llegó la delegación, y en ella iba el hermano de su padre adoptivo Harith. Catorce de ellos eran ya musulmanes. Los restantes se convirtieron entonces, e insistiendo en que la totalidad de la tribu de Hawazin tenía que tener la consideración de parientes adoptivos suyos, le pidieron su generosidad. *"Nosotros te criamos en nuestros regazos y mamaste de nuestros pechos"*, dijeron. El Profeta les respondió que los había estado esperando hasta que pensó que ya no vendrían, y que el botín ya había sido distribuido. Entonces, aun sabiendo su respuesta, les preguntó qué era más preciado para ellos, sus hijos, sus esposas, o sus bienes, y cuando respondieron: *"Devuélvenos nuestros hijos y nuestras esposas"*, el Profeta dijo: *"En cuanto a los que han caído en mi poder y en el de los hijos de Abd al-Muttalib, son vuestros, y suplicaré a otros hombres en vuestro nombre. Cuando haya terminado de dirigir a la congregación en la plegaria del mediodía, entonces decid: 'Pedimos al Enviado de Dios que interceda por nosotros con los musulmanes, y pedimos a los musulmanes que intercedan por nosotros con el Enviado de Dios'."* (I.I. 877).

Hicieron como se les había dicho y el Profeta se volvió hacia la congregación y explicó que estaban pidiendo que les devolviesen sus mujeres e hijos. Los Emigrados y los Ansar le dieron inmediatamente sus cautivos al Profeta. En cuanto a las tribus, algunas hicieron lo mismo y algunas rehusaron, pero estas últimas fueron persuadidas para dejar marchar a sus prisioneros a cambio de una futura compensación. Así pues, todos fueron devueltos a su pueblo, excepto un joven que le había correspondido a Saad de Zuhrah, primo materno del Profeta, que prefirió quedarse con él.

El Profeta le dio a su hermana de leche algunos camellos más, algunas ovejas y cabras, y la despidió. Luego, cuando la delegación se marchaba les pidió noticias de su jefe Malik. Le dijeron que se había unido a Thaqif en Taif. *"Comunicadle"*, dijo, *"que si viene a mí como musulmán le devolveré su familia y sus riquezas y le daré cien camellos."* Había alojado deliberadamente a la familia de Malik con su tía Atikah en la Meca, y había excluido sus posesiones del reparto.

Cuando le llegó el mensaje a Malik, en Taif, no dijo nada a los Thaqif por temor a que lo encarcelaran si sospechaban su intención y, abandonando la ciudad por la noche, se encaminó hacia el campamento y abrazó el Islam. El Profeta lo puso al frente de la ya numerosa y creciente comunidad musulmana de Hawazin, con instrucciones de no dar tregua a Thaqif. El levantamiento del sitio de Thaqif había sido así la más breve de las treguas. Otro tipo de asedio, menos agudo pero más implacable, iba ahora a tomar su lugar. El Profeta sabía bien que, aunque la religión tenía poder por si misma para trabajar sobre las almas, este poder dependía de que la religión hubiera sido aceptada con un cierto grado de compromiso y no sólo nominalmente. El principio de dar a aquéllos *cuya voluntad hay que captar* había sido revelado para eliminar las barreras para ese compromiso, tales como una sensación de amargura o frustración. Pero este principio no fue comprendido inicialmente por muchos de los Compañeros más antiguos del Profeta, por no hablar de otros. Además de lo que ya se ha mencionado,

valiosos obsequios les habían sido dados también a destacados beduinos cuyo Islam era sumamente cuestionable, mientras que hombres del desierto más merecedores de ellos habían sido olvidados. Saad de Zuhrah preguntó al Profeta por qué había dado cien camellos a Uyaynah de Gatafan y cien a Aqra de Tamin y ninguno, sin embargo, al devoto Yuayl de Damrah, que era además, a diferencia de los otros dos, extremadamente pobre. El Profeta respondió: *"Por Aquél en cuyas manos está mi alma, Yuayl vale más que una infinidad de hombres como Uyaynah y Aqra, pero he reconciliado sus almas para que puedan someterse mejor a Dios, mientras que a Yuayl lo he confiado al sometimiento que ya ha hecho"* (W. 948).

No hubo más objeciones por parte de los Emigrados, pero al término de la parada del Profeta en Yiranah era creciente el desasosiego anímico entre los cuatro mil Ansar. Muchos de ellos estaban empobrecidos y del botín tan abundante cada hombre había recibido solamente cuatro camellos o su equivalente en ovejas y cabras. Habían esperado obtener buenos rescates por los cautivos, pero habían sacrificado sin vacilar la parte que les correspondía a fin de complacer al Profeta. Mientras tanto, habían sido testigos de la concesión de ricos presentes a dieciséis influyentes hombres del Quraysh y a cuatro jefes de otras tribus. Todos estos beneficiarios eran gente rica. Pero ninguno de los Ansar había recibido un presente del Profeta. Lo mismo ocurría con los Emigrados, pero eso no era un consuelo para los ciudadanos de Medina, porque la mayoría de los obsequios habían sido para hombres del Quraysh, es decir, parientes cercanos de los Emigrados. *"El Enviado de Dios se ha unido a su pueblo"*, decían entre sí los Ansar. *"A la hora de las batallas somos nosotros sus compañeros, pero cuando se divide el botín sus compañeros son su propia gente, su familia. De buena gana nos gustaría saber el origen de esta práctica: si procede de Dios, entonces la aceptamos con paciencia, pero si no es nada más que un pensamiento que ha tenido el Enviado de Dios, entonces le pediríamos que nos favorezca también a nosotros."*

Cuando los ánimos estuvieron bastante caldeados, Saad ibn Ubadah fue al Profeta y le contó lo que pasaba por sus mentes y decían sus lenguas. *"¿Y cual es tu posición al respecto, Saad?"*, le preguntó el Profeta. *"Enviado de Dios"*, respondió, *"pienso como ellos. Nos gustaría saber el motivo de esto."*

El Profeta dijo que reuniera a todos los Ansar en uno de los recintos que se habían usado para dar cobijo a los cautivos, y algunos de los Emigrados también se les unieron, con permiso de Saad. Entonces el Profeta fue allí y, después de dar la alabanza y las gracias a Dios, se dirigió a ellos: *"¡Hombres de los Ansar! Me han llegado noticias de que os encontráis profundamente agitados contra mi en vuestras almas. ¿No os encontré extraviados y Dios os guió, pobres y Dios os enriqueció, enemigos los unos de los otros y Dios os reconcilió vuestros corazones?" "Así fue, ciertamente"*, respondieron, *"Dios y Su Enviado son los más generosos." "¿No vais a replicarme?"*, les dijo Muhámmad. *"¿Cómo deberíamos hacerlo?"*, le preguntaron, un tanto confusos. *"Si quisierais"*, respondió el Profeta, *"podríais decirme, con toda razón, y seríais creídos: 'Viniste a nosotros deshonrado, y nosotros te honramos; abandonado, y nosotros te ayudamos; proscrito, y te acogimos; desamparado, y te consolamos'. ¡Ansar!, ¿están vuestras almas revueltas por las cosas de este mundo con las que he reconciliado los corazones de los hombres para que se sometan a Dios, cuando a vosotros mismos os he confiado a vuestro Islam? ¿No estáis contentos de que la gente se lleve consigo sus ovejas y sus camellos, y vosotros os llevéis al Enviado de Dios a vuestras casas? Si todos los hombres excepto los Ansar fueran en una dirección, y los Ansar en otra, yo seguiría la de los Ansar. Dios tenga misericordia de los Ansar, de sus hijos y de los hijos de sus hijos."* Entonces lloraron hasta que sus rostros quedaron empapados de lágrimas y, a una sola voz, dijeron: *"Estamos satisfechos con el Enviado de Dios, con nuestra porción y nuestro lote"* (I.I. 886).

Capítulo 78

Después de la victoria

El Profeta realizó la Peregrinación Menor, desde Yiranah y luego retornó a Medina. Poco antes de su llegada le dio alcance Urwah de Thaqif, el hombre que en Hudaybiyah había quedado tan impresionado por la reverencia de los musulmanes por su jefe[i]. Urwah había estado ausente en el Yemen durante la reciente campaña y los relatos que había escuchado a su regreso de la milagrosa victoria de Hunayn habían terminado por decidirle a prestar su juramento de fidelidad al Profeta. Una vez hecho esto, le pidió su permiso para volver a Taif e invitar a su población al Islam. *"Te matarán"*, dijo el Profeta. *"Enviado de Dios"*, prosiguió Urwah, *"les soy más querido que un primogénito." "Te matarán"*, insistió el Profeta. Pero cuando Urwah le pidió su permiso por tercera vez, dijo: *"Ve, pues, si lo deseas"*. Y sucedió como el Profeta había dicho: rodearon su casa con arqueros y en seguida fue herido de muerte por una flecha. Su familia le preguntó, mientras agonizaba, lo que pensaba de su muerte y él les contestó: *"Es una gracia que Dios en su Liberalidad me ha concedido"*. A continuación les pidió que lo enterrasen con los mártires que recientemente habían caído durante el asedio de Taif y ellos así lo hicieron. Cuando le contaron al Profeta su muerte, comentó: *"Urwah es como el hombre de Yasin (la azora XXXXVI del Corán). Llamó a su pueblo a Dios y ellos lo mataron"* (W. 961). El hombre era Habib, un carpintero de Antioquía que invitó a su pueblo a aceptar el mensaje de Jesús después de que habían ahuyentado al apóstol Pedro y a otros. Le dieron muerte y, en palabras del Corán: *"Se le dijo: 'Entra en el Paraíso'. El dijo: '¡Ojalá mi pueblo supiera cómo Dios me ha perdonado los pecados y me ha hecho estar entre los honrados!'* (XXXVI, 26-7). Después de la muerte de Urwah, su hijo y su sobrino abandonaron Taif y acudieron al Profeta, en Medina, donde se convirtieron al Islam y vivieron con su primo Mugirah, que era uno de los Emigrados.

La muerte de Abdallah ibn Rawahah en Mutah había privado al Profeta no sólo de uno de sus apreciados Compañeros sino también de un notable poeta, ya que se dice que consideraba los versos de Abdallah como de calidad semejante a los de Hassan y Kaab ibn Malik. Sin embargo, según la opinión general había dos poetas árabes en aquel tiempo que eclipsaban a todos los demás. Uno era Labid[ii]; el otro era Kaab ibn Malik, hijo de uno de los principales poetas de la generación anterior, Zuhayr ibn Abi Salma. Aunque era un hombre de Muzaynah, Kaab había pasado la mayor parte de su vida con Gatafan y, por tanto, no había caído bajo la influencia islámica, que era tan fuerte en su propia tribu. Su hermano Buyayr se había convertido al Islam después de Hudaybiyah, pero Kaab rechazabá ruidosamente la nueva religión y escribió versos satíricos contra el Profeta, el cual hizo saber que quien matase al ofensor estaría haciendo un servicio a la causa de Dios. Buyayr ya había insistido, en vano, a su hermano para que visitase al Profeta y le pidiese su perdón. *"No mata a quien acude a él arrepentido"*, le había dicho, y ahora, después de la victoria de la Meca, completó sus anteriores mensajes con un poema en el que aparecían estas líneas:

Sólo hacia Dios, no hacia Uzza ni Lat,

puede ser tu escape, si escapar puedes,

en un día en que no hay escapatoria

ni huida de los hombres

salvo para aquél cuyo corazón es puro

en el sometimiento a Dios.

Con las nuevas y multitudinarias conversiones al Islam por todas partes, Kaab se sintió como si la tierra se cerrase sobre él y, temiendo por su vida, se encaminó a Medina, a la casa de un hombre de Yuhaynah, un amigo suyo, con el cual hizo su profesión de Islam. Al día siguiente se unió a la congregación en la plegaria del alba, después de la cual se dirigió al Profeta y puso su mano en la suya, diciendo: *"¡Enviado de Dios!, si Kaab, el hijo de Zuhayr, viniera a ti arrepentido, convertido al Islam, pidiéndote que le otorgaras inmunidad, ¿lo recibirías?"* Y cuando el Profeta respondió que lo haría, dijo Kaab: *"Yo, Enviado de Dios, soy Kaab el hijo de Zuhayr".* Uno de los Ansar se incorporó de inmediato y pidió permiso para cortarle la cabeza, pero el Profeta dijo: *"Dejadlo en paz, porque ha venido arrepentido y ya no es como era. Entonces Kaab recitó una oda que había compuesto para la ocasión. Era en el tradicional estilo beduino, de espléndida dicción y muy melodiosa, con muchas vívidas descripciones de la naturaleza; pero lo esencial de la composición se hallaba en la petición de perdón. Concluía con un pasaje en alabanza del Profeta y los Emigrados, que comienza:*

El Enviado una luz es, fuente de luz;

una cimitarra india, una espada desnuda

de las espadas de Dios.

En medio de los compañeros del Quraysh,

cuando en el valle de la Meca el Islam

escogieron, los hombres dijeron: "¡Marchaos!"

Se fueron, no como cobardes, no como

hombres que huyen

tambaleándose sobre sus monturas y

pobremente armados,

sino como héroes, orgullosos y de noble porte,

vestidos para el encuentro

con brillantes mallas

del tejido de David.[iii]

Cuando hubo terminado, el Profeta se despojó de su manto de rayas yemení y lo arrojó sobre los hombros del poeta en reconocimiento a su dominio del lenguaje. (I.H. 893). Pero después le dijo a uno de sus Compañeros: *"¡Ojalá que hubiera hablado bien de los Ansar, porque en verdad se lo merecen!"*, y esto llegó a oídos de Kaab, que compuso otro poema en elogio de los Ansar, explayándose en su valor y coraje en la batalla, la garantía de su protección y su generosidad como anfitriones. (I.H. 893).

Estaba ya claro que no se haría esperar mucho el nacimiento del niño de Mariyah. Salma, que había atendido a Jadiyah en el nacimiento de todos sus hijos, era por aquel entonces una mujer mayor. Hacia veinticinco años que había ayudado a traer a Fatimah al mundo, pero sin embargo insistió en que haría lo mismo con este nuevo hijo del Profeta y, cuando se consideró que el nacimiento era inminente, se trasladó al barrio donde vivía Mariyah en Medina Alta.

El niño nació por la noche y aquella misma noche Gabriel visitó al Profeta y se dirigió a él como nunca antes lo había hecho: *"¡Oh Padre de Ibrahim!"* Nada más producirse el alumbramiento,

Salma envió a su marido Abu Rafi para que le dijera al Profeta que había tenido un varón y, a la mañana siguiente, en la Mezquita, después de la plegaria del alba, el Profeta informó del nacimiento a los Compañeros. *"Y le he puesto el nombre"*, añadió, *"de mi padre: Ibrahim"*. Hubo gran regocijo en Medina y una fuerte rivalidad entre las mujeres de los Ansar sobre quién debía ser el ama de leche. La elección recayó en la esposa de un herrero de Medina Alta que vivía cerca del recién nacido. El Profeta visitaba a su hijo casi todos los días y, a menudo, se echaba la siesta allí.

Otras veces Ibrahim era llevado a la casa de su padre. Aishah cuenta que un día el Profeta se lo llevó a ella en los brazos y dijo: *"Observa su parecido a mí"*. *"No veo ningún parecido"*, respondió ella. *"¿No ves cuán clara es su piel y su carne qué hermosa es?"*, dijo el Profeta. *"Todos los que se crían con leche de oveja son regordetes y de piel blanca"*, le respondió Aishah. Uno de los pastores tenía instrucciones de proveer de leche todos los días al ama del niño.

El Profeta permaneció en Medina seis meses después de su regreso de la Meca y, durante ese tiempo envió varias expediciones pequeñas. Una de ellas, bajo la dirección de Ali, fue contra la tribu de Tayy, cuyo territorio estaba al noreste de Medina. Ali había sido enviado antes a destruir el santuario de Manat en Qudayd, junto al Mar Rojo; de manera que de los tres centros principales de idolatría de Arabia solamente quedaba el de al-Lat de Taif. Pero el templo de Fuls era un centro de adoración de ídolos para las gentes de Tayy que no eran cristianas y el principal objeto de la incursión era destruir el templo. Tayy era la tribu del poeta Hatim[iv]; su hijo Adi, cristiano como su padre, le había sucedido a su muerte en la jefatura de la tribu.

Al producirse la súbita llegada de Ali y sus hombres, Adi se escapó con sus familiares más próximos; una de sus hermanas, sin embargo, fue hecha prisionera, al igual que se hizo con muchos otros de la tribu. Cuando fue llevada ante el Profeta, en Medina, se arrojó a sus pies y le rogó que la liberase. *"Mi padre siempre liberaba al cautivo"*, le dijo, *"agasajaba bien al huésped, colmaba al hambriento y consolaba al afligido. Nunca le dio la espalda al que buscaba un favor. Soy la hija de Hatim"*. El Profeta respondió con palabras amables y, volviéndose a los que estaban a su alrededor, dijo: *"Dejadla ir, porque su padre amó las costumbres nobles, y Dios igualmente las ama"*.

Mientras tanto, un hombre de su tribu había venido para pedir su liberación y el Profeta la puso a su cuidado y le dio un camello y vestidos finos. Fue ella en busca de su hermano Adi y lo persuadió para que acudiese a Medina. Allí abrazó el Islam, jurando fidelidad al Profeta, quien le confirmo su jefatura de Tayy. Adi demostró más tarde ser un aliado fiel e influyente.

Fue durante estos mismos meses, a comienzos de Rayab, cuando le llego al Profeta la noticia de la muerte del Negus. Después de la siguiente plegaria ritual que había que hacer en la Mezquita, se volvió hacia la congregación, y dijo: *"Hoy ha muerto un hombre recto. Por lo tanto, levantaos y pedid por vuestro hermano Ashamah."* (B. LXIII, 37). Entonces los dirigió en la oración funeraria. Más tarde llegarían de Abisinia unos relatos: una luz, se decía, se podía ver brillando día y noche en la tumba del rey. (I.I. 223).

[i] Véase el final del capítulo 66, *"El dilema del Quraysh"*.

[ii] Véase el principio del capítulo 30, *"Paraíso y eternidad"*.

[iii] Según el Corán (34:10), David inventó la cota de malla.

[iv] Véase el principio del capítulo 13, *"La casa"*.

Capítulo 79

Tabuk

Poco después de la batalla de Hunayn, el emperador Heraclio había devuelto la Santa Cruz a Jerusalén, y esto marcó la consumación de la victoria de los bizantinos sobre los persas —la victoria que Dios había anunciado, y de la que se había dicho *"ese día los creyentes se regocijarán"* (XXX, 4)—. Había, ciertamente, motivos para el regocijo porque los persas hubieran sido forzados a evacuar sus tropas de Siria y Egipto. Pero en lo que respecta a Siria, un peligro parecía haber reemplazado a otro. Era únicamente en esa dirección por donde el nuevo estado islámico parecía estar amenazado. En Medina se decía que Heraclio había adelantado la paga de un año a su ejército, con vistas a una prolongada campaña contra Yathrib. Se decía también que los bizantinos ya habían llegado por el sur hasta Balqa y que habían reunido a las tribus árabes de Lajm, Yudam, Gassan y Amilah. Estos rumores eran, en parte, exagerados y, en parte, eran lo contrario de la realidad. Las tribus árabes de Siria y de zonas limítrofes no se estaban preparando para atacar; y en cuanto al Emperador, sus movimientos hacia el sur y, a la larga, la defensa de la misma Siria, habían sido inhibidos por su visión del *"'reino victorioso de un hombre circunciso"* y su creencia de que ese hombre era verdaderamente un Enviado de Dios. No había hecho más intentos para conseguir que su pueblo aceptara esta creencia; pero cuando se hizo inminente su regreso a Constantinopla, su sentido de responsabilidad real lo impulsó a proponer a sus generales la realización de un tratado con el Profeta, dándole la provincia de Siria a condición de que no avanzara más hacia el norte. El asombro y la extrema aversión con que esta idea fue acogida le hicieron abandonarla, sin que por ello modificase su convicción; y cuando de regreso a casa alcanzó el paso conocido como las "Puertas Cilicias", volvió su mirada hacia él y dijo: *"¡Tierra de Siria, me despido de ti por última vez!"* (T. 1568).

El Profeta, igualmente, tenía la certeza de que Dios abriría Siria a sus ejércitos; y bien porque pensó que el momento había llegado, bien porque deseaba dar a sus tropas algo de adiestramiento para la inevitable campaña del norte, anunció entonces una expedición contra los bizantinos y comenzó a reunir el ejército mayor y mejor pertrechado por él dirigido nunca. Hasta ahora había sido su costumbre no divulgar su verdadero objetivo en un principio y mantener los preparativos en el mayor secreto posible.

Pero en esta ocasión no hubo ningún intento de guardar el secreto y se enviaron órdenes a la Meca y a las tribus aliadas para que enviasen de inmediato a Medina a todos sus jinetes y hombres de armas disponibles para la campaña de Siria.

Era el comienzo de octubre del año 630 d.C. La estación era siempre calurosa, pero aquel año había sequía y el calor era más agobiante de lo normal. Era también la época en la que se podían comer muchos frutos maduros, de manera que existían dos razones para no querer tomar parte en la expedición, además de una tercera: la formidable reputación de las legiones imperiales. Los hipócritas y muchos de los musulmanes menos devotos se presentaron al Profeta con diversas excusas, pidiendo su permiso para quedarse en casa y muchos de los beduinos hicieron lo mismo. Hubo también cuatro hombres de buena fe, Kaab ibn Malik, otros dos de Jazrach y un hombre de Aws, que no decidieron deliberadamente quedarse ni presentaron excusas, pero que les pareció tan desaconsejable abandonar Medina en aquella estación del año que se sintieron incapaces de hacer los preparativos y fueron aplazando la tarea un día y otro hasta que amaneció el día en que fue ya demasiado tarde y el ejército ya había partido. Pero la mayoría se puso a prepararse con toda rapidez y los hombres más ricos compitieron entre si en sus contribuciones de dinero. Sólo Uthman dio suficiente para la montura y el equipo de diez mil hombres. Con todo, no hubo bastante para todos los que deseaban ir, y una Revelación posterior guardó en el recuerdo a los "siete que lloraban" —cinco Ansar indigentes y dos beduinos de Muzaynah y Gatafan— a los que el Profeta despidió de mala gana porque no podía darles montura, y abandonaron su presencia con lágrimas en los ojos.

Cuando todos los contingentes beduinos hubieron llegado, el ejército era de treinta mil hombres, con diez mil jinetes. Se hizo un campamento fuera de la ciudad, y Abu Bakr fue puesto a su frente hasta que, cuando todo estuvo dispuesto para la marcha, el Profeta mismo fue allí y tomó el mando.

Había dejado a Ali para que cuidase de su familia, pero los hipócritas difundieron el rumor de que era una carga para el Profeta y que le aliviaba verse libre de su presencia. Al enterarse de esto, Ali se afligió tanto que se puso su armadura, cogió sus armas y dio alcance al Profeta en la primera parada con la intención de solicitar su permiso para acompañarle. Le contó lo que la gente comentaba y el Profeta dijo: *"Mienten. Te ordené quedarte con lo que había dejado tras de mí. Vuelve, pues, y represéntame en mi familia y en la tuya. ¿No te alegra, Ali, que seas para mi lo que Aarón fue para Moisés?; lo distinto ahora es que después de mi ya no hay ningún Profeta"* (I.I. 897).

Durante la marcha hacia el norte sucedió un día, al alba, que el Profeta se retrasó haciendo las abluciones. Los hombres estaban en filas para la plegaria y lo esperaron hasta que temieron que el sol saldría antes de haberla hecho. Se acordó entonces que Abd al-Rahman ibn Awf los dirigiera; y ya habían hecho una de las dos *"raka"* cuando el Profeta apareció. Abd al-Rahman estuvo a punto de volverse atrás, pero el Profeta le indicó que prosiguiera, y él mismo se unió a la congregación. Cuando terminaron la plegaria, el Profeta se levantó y realizó la *"raka"* que le faltaba. Al terminar dijo: *"Habéis hecho bien, porque ciertamente un Profeta no muere hasta que no ha hecho la plegaria detrás de un hombre piadoso de su pueblo"* (W.1012).

Mientras tanto, en Medina, unos diez días después de que el ejército hubiese partido, uno de los cuatro creyentes que se había quedado, Abu Jaythamah de Jazrach, salió a su jardín entre la sombra de los árboles en un día de gran calor. Había allí dos cobertizos y encontró que sus esposas habían rociado ambos con agua y en cada uno le habían preparado una comida y le habían refrescado agua en las jarras de barro para que bebiese. Se detuvo en el umbral de uno de los cobertizos y dijo: *"¡El Enviado de Dios está bajo la luz cegadora del sol, batido por vientos calientes y Abu Jaythamah está a la sombra con comida lista para él y dos hermosas mujeres morando plácidamente en su propiedad!"* Entonces se volvió hacia sus esposas y dijo: *"¡Por Dios, no entraré en ninguno de los cobertizos mientras que antes no haya dado alcance al Enviado de Dios! ¡Preparadme, pues, provisiones!"*. Así lo hicieron y, ensillando su camello, partió a toda velocidad tras el ejército.

A mitad de camino aproximadamente, entre Medina y Jerusalén, el Profeta dijo una noche: *"Mañana, si Dios quiere, llegaréis al manantial de Tabuk. No lo alcanzaréis antes de que el sol sea abrasador. Y quien llegue allí, que no toque el agua hasta que yo haya llegado"*. Pero dos de los primeros hombres en llegar bebieron del manantial y cuando llegó el grueso del ejército el agua apenas era ya un delgado chorro. El Profeta amonestó severamente a los dos hombres y luego les dijo a algunos de los otros que recogiesen el agua que pudieran en el hueco de sus manos y la echaran en un viejo pellejo. Cuando se hubo reunido suficiente, se lavó con ella las manos y la cara y la derramó sobre la roca que cubría la boca del manantial, pasando sus manos sobre ella y pidiendo como Dios quiso que pidiera. Luego, con un sonido como de trueno, brotó el agua, y continuó manando sin parar después de que todos los hombres hubieron satisfecho su sed. Se volvió a Muadh[i], que estaba junto a él, y le dijo: *"Puede que vivas, Muadh, para ver este lugar convertido en un valle lleno de jardines"*, y fue tal como dijo.

Le había decepcionado y entristecido la ausencia de los cuatro creyentes que no habían partido con el ejército, y no menos la de Abu Jaythamah, que les dio alcance unos pocos días después de haber llegado a Tabuk. Cuando el jinete solitario fue visto aproximarse, pero antes de que fuera reconocible, el Profeta dijo, como si fuera una plegaria: *"¡Sé Abu Jaythamah!"*Luego, cuando el hombre se acercó y lo saludó, dijo: *"¡Ay de ti, Abu Jaythamah!"*; pero cuando le contó lo que había sucedido, lo bendijo.

El ejército se quedó veinte días en Tabuk. Era evidente que los rumores de peligro procedente de los bizantinos habían sido completamente infundados. Por otro lado tampoco había llegado

aún el tiempo de la prometida conquista de Siria. Pero durante aquellos días el Profeta hizo un tratado de paz con una comunidad cristiana y judía que vivía en la cabecera del golfo de Aqabab y a lo largo de su costa oriental. A cambio de un tributo anual tendrían garantizada la protección por el estado islámico. Regresó luego a Medina con la mayor parte del ejército, después de enviar a Jalid con cuatrocientos veinte jinetes a Dumat al-Yandal, al noreste de Tabuk. Esta importante fortaleza estaba sobre la vía que desde Medina conducía al Iraq, así como sobre uno de los caminos que iban a Siria. Ukaydir, su gobernante cristiano, fue sorprendido por Jalid cuando había salido de caza y, una vez hecho prisionero, fue conducido a Medina, donde prestó fidelidad al Profeta y abrazó el Islam.

[i] Véase el principio del capítulo 76, *"La batalla de Hunayn y el asedio de Taif"*.

Capítulo 80

Después de Tabuk

El regreso de Tabuk, al igual que el de Badr, estuvo lleno de tristeza: otra hija del Profeta, Umm Kulthum, había fallecido durante su ausencia y en esta ocasión su marido también había estado ausente. El Profeta hizo una plegaria junto a su tumba y le dijo a Uthman que si hubiera tenido otra hija doncella se la habría dado en matrimonio.

Los hipócritas que no habían participado en la expedición acudieron entonces al Profeta y le presentaron sus excusas, que él aceptó a la vez que les recordó que Dios conocía mejor sus más secretos pensamientos. Pero a los tres creyentes que se habían quedado les dijo que se marcharan de su presencia hasta que Dios decidiera acerca de su caso, y dio órdenes de que nadie debía hablar con ellos. Durante cincuenta días vivieron proscritos, pero después de la plegaria del alba del quincuagésimo día el Profeta anunció en la Mezquita que Dios se había apiadado de ellos. En las palabras de la Revelación que acababa de producirse: *"Cuando la tierra, vasta como es, les resultó estrecha y sus almas se angustiaron también y pensaron que no hay refugio de Dios sino en Él, entonces Él se volvió hacia ellos para que pudieran volverse arrepentidos hacia Él. Ciertamente Dios es el Indulgente, el Misericordioso"* (IX, 118). La congregación se alegró y muchos de ellos salieron apresuradamente de la Mezquita para informar a los tres hombres de las buenas noticias. El más joven de ellos, Kaab ibn Malik, se había levantado una solitaria tienda fuera de la ciudad y, años después, contó cómo había oído a un caballo galopando hacia él y una voz que gritaba *"Buenas nuevas Kaab"*, ante lo cual se había arrojado al suelo postrándose a Dios, porque la buena noticia solamente podía ser una. Luego fue a la Mezquita. *"Cuando saludé al Profeta"*, dijo, *"su rostro resplandeció de alegría al decirme: '¡Alégrate en el que es el mejor de tus días desde que tu madre te trajo al mundo!'. Y yo dije: '¿Esto se debe a ti, Enviado de Dios, o a Dios?'. 'No, procede de Dios', respondió. Cuando el Enviado de Dios estaba contento por buenas noticias su rostro siempre tenía el brillo de la luna"* (I.I. 912).

Desde su conversión al Islam, el caudillo de Hawazin, Malik, no se había mantenido ocioso. Los Bani Thaqif podían aún enorgullecerse de la inexpugnabilidad de Taif, pero se encontraban ahora rodeados por todas partes de comunidades musulmanas y cualquier caravana que enviasen estaba expuesta a ser atacada y despojada. Ni siquiera podían mandar a sus camellos y ovejas a pastar sin el riesgo de que los hombres de Malik se apoderasen de ellos, los cuales además hicieron que se supiera que matarían a cualquier hombre de Thaqif que cayera en sus manos a menos que abandonase el politeísmo. Al cabo de algunos meses decidieron que no les quedaba más opción que enviar una delegación al Profeta diciendo que aceptarían el Islam y pidiendo un documento que garantizase la seguridad de su pueblo, sus animales y su tierra.

El regreso de Tabuk había tenido lugar a principios de Ramadán, y en ese mismo mes llegó la delegación de Thaqif. Fueron recibidos de modo hospitalario y se levantó una tienda para ellos no lejos de la Mezquita. Se seguía como algo evidente que si abrazaban el Islam su territorio estaría bajo la protección del estado islámico. Pero el Profeta no se mostró conforme con algunas de sus peticiones secundarias. Le pidieron que les permitiese conservar a al-Lat durante tres años antes de destruirla y, cuando se negó, le pidieron que durante dos años y luego uno, hasta que al final vieron reducida su petición al plazo de un mes, plazo que también fue denegado. Entonces le rogaron que no les hiciese destruir a sus ídolos con sus propias manos y que les diese una dispensa para no hacer las cinco plegarias rituales. Él insistió en que debían hacer las plegarias, diciendo: *"No hay ningún bien en una religión que no tiene plegarias canónicas"*. Sin embargo, aceptó excusarles de destruir sus ídolos con sus propias manos, y ordenó a Mugirah, el sobrino de Urwah, volver con la delegación y destruir a al-Lat, llevándose de la Meca a Abu Sufyan para ayudarle.

Después de su conversión al Islam, los delegados ayunaron los días que quedaban de Ramadán en Medina y luego regresaron a Taif. Abu Sufyan se unió al grupo en la Meca, pero fue Mugirah sin ayuda de nadie quien destruyó el ídolo. Su clan tomó ciertas medidas para protegerlo, temiendo que pudiera correr la misma suerte que Urwah, pero nadie buscó vengar a la diosa, a pesar de las lamentaciones de una multitud de mujeres que se dolieron por su pérdida.

Dos de los hombres que más deploraron la entrega de la ciudad no eran ni ciudadanos ni devotos de su "señora". Cuando el Profeta había marchado contra la Meca, Abu Amir, el padre de Hanzalah, y Wahshi, el lanzador de jabalinas, se habían refugiado en Taif, la cual les parecía una fortaleza inexpugnable. Pero ¿dónde podían refugiarse ahora? Abu Amir huyó a Siria, donde murió *"fugitivo, solo y sin hogar"*, cumpliendo así la maldición que inconscientemente se había echado sobre sí mismo[i]. Wahshi se hallaba todavía dudando acerca de dónde podía ir cuando un hombre de Thaqif le aseguró que el Profeta no mataba a ningún hombre que abrazaba el Islam. Se fue, pues, a Medina, y dirigiéndose al Profeta realizó su profesión de fe formal. A pesar de todo, uno de los creyentes allí presentes reconoció al asesino de Hamzah y dijo: *"¡Enviado de Dios, éste es Wahshi!" "Déjalo en paz"*, dijo el Profeta, *"porque el Islam de un hombre me es más querido que el asesinato de un millar de incrédulos"*. Entonces sus ojos quedaron fijos en el rostro negro que tenía delante: *"¿Eres tú verdaderamente Wahshi?"*, preguntó; y cuando el hombre asintió con la cabeza, añadió: *"Siéntate y cuéntame cómo mataste a Hamzah"*. Cuando el lanzador de jabalinas hubo terminado, el Profeta dijo: *"¡Ay, aparta tu rostro de mí, que no vuelva a verte otra vez!"* (I.I. 566).

En cuanto al primo de Abu Amir, Ibn Ubayy, al mes siguiente de Tabuk cayó seriamente enfermo y, al cabo de unas pocas semanas, se hizo patente que moriría. Los relatos tradicionales difieren sobre su estado espiritual a la hora de morir, pero todos coinciden en que el Profeta dirigió la plegaria funeraria por él y pidió junto a su tumba una vez que hubo sido sepultado. Según una tradición, cuando el Profeta ya se había preparado para la plegaria, Omar fue a él y protestó contra la concesión de semejante gracia a un hipócrita, pero el Profeta le respondió, diciendo con una sonrisa: *"Colócate detrás de mí, Omar. Se me ha dado la elección y he elegido. Se me ha dicho: 'Pide el perdón para ellos o no lo pidas. Aunque lo pidieras setenta veces, Dios no los perdonará'. Y si supiera ciertamente que Dios lo perdonaría si pidiera más de setenta veces, aumentaría el número de mis súplicas"* (I.I. 927). A continuación dirigió la plegaria funeraria y caminó junto al ataúd hacia el cementerio y se quedó al lado de la tumba. Poco tiempo después fue revelada la siguiente aleya con referencia a los hipócritas: *"No hagas la plegaria funeraria sobre ninguno de ellos cuando muera, ni te quedes junto a su tumba, porque ciertamente ellos no creyeron en Dios y Su Enviado y murieron en la iniquidad"* (IX, 84). Pero según otras tradiciones[ii] esta aleya ya había sido revelada como parte de la Revelación que se produjo justo después del regreso de Tabuk. Por otra parte no era ya aplicable a Ibn Ubayy, porque el Profeta lo visitó durante su enfermedad y halló que la inminencia de la muerte lo había cambiado. Le pidió al Profeta que le diese una prenda de vestir suya con la que pudiera ser amortajado y que acompañase a su cuerpo a la tumba, a lo cual el Profeta asintió. Luego volvió a hablar diciendo: *"Enviado de Dios, espero que pedirás junto a mi féretro y que pidas a Dios perdón por mis pecados"*. Nuevamente el Profeta accedió a ello y, después de su muerte, hizo como había prometido. Abdallah, el hijo del fallecido, estuvo presente en todas estas ocasiones.

Thaqif no fue la única tribu en mandar emisarios al Profeta. Muchos otros emisarios llegaron a Medina de toda Arabia en este *"año de las embajadas"*, como se conoce el noveno año de la Hégira. Entre otras, estaban las que procedían de diferentes partes del Yemen, incluyendo cartas de cuatro príncipes himyaríes que anunciaban su aceptación del Islam y su rechazo del politeísmo y sus adherentes. El Profeta contestó cordialmente; hizo hincapié en las obligaciones del Islam, ordenándoles tratar bien a los mensajeros que enviaba para recaudar los impuestos obligatorios para musulmanes, cristianos y judíos, y especificando que *"un judío o un cristiano que mantenga su religión no será obligado a abandonarla pero pagará la capitación... y tendrá la protección de Dios y Su Enviado"*. (I.I. 956). Una reciente Revelación había dicho respecto a las diferencias religiosas: *"Para cada uno hemos designado una ley y un camino, y si Dios[iii] lo hubiera querido os habría hecho una sola comunidad... ¡Rivalizad, pues, en buenas obras! A*

Dios retornaréis todos vosotros y entonces Él os informará de aquello en lo que discrepabais" (V, 48).

No todas las embajadas fueron decisivas. Amir ibn Tufayl, el hombre responsable de la masacre de Bir Maunah, era ahora el jefe de los Bani Amir y, presionado por su tribu, acudió a Medina. Pero él era un hombre arrogante y, a cambio de convertirse al Islam, le pidió al Profeta que lo nombrase su sucesor. *"No te corresponde ni a ti ni a tu pueblo"*, contestó el Profeta. *"Entonces dame a mí los nómadas y quédate tú con los sedentarios"*, dijo Amir *"Tampoco"*, respondió el Profeta, *"pero en tus manos pondré las riendas de la caballería, porque tú eres un excelente jinete"*. Esto no era bastante para el jefe beduino. *"¿No voy a tener nada más?"*, dijo desdeñosamente, añadiendo mientras se daba la vuelta para marcharse: *"Llenaré toda la tierra de jinetes e infantes contra ti"*. Cuando se hubo ido, el Profeta pidió: *"¡Oh Dios, guía a los Bani Amir y desembaraza al Islam de Amir el hijo de Tufyal!"* Amir tuvo entonces un absceso y murió antes de llegar a casa. Su tribu envió otra delegación y al final se concluyó en un pacto. El poeta Labid era uno de los enviados y entonces se convirtió al Islam. Se cuenta de él que tuvo alguna intención de renunciar a la poesía en lo sucesivo. *"A cambio, Dios me ha dado el Corán"*, dijo. Pero, sin embargo, siguió componiendo poemas hasta su muerte, poniendo sus dotes al servicio de su religión.

Se acercaba la época de la Peregrinación y el Profeta designó a Abu Bakr para que se hiciera cargo de ella. Partió de Medina con trescientos hombres, pero poco después de haberse ido tuvo lugar una Revelación que era importante que escuchasen todos los peregrinos a la Meca, musulmanes y politeístas por igual. *"Nadie se la transmitirá de mi parte salvo un hombre de la gente de mi casa"*, dijo el Profeta, y le dijo a Ali que saliera con toda rapidez y diese alcance a los peregrinos. Tenía que recitar las aleyas reveladas en el valle de Mina y también tenía que dejar claro que después de aquel año a nadie se le permitiría dar las vueltas alrededor de la Casa Sagrada desnudo y que los idólatras estaban haciendo la peregrinación por última vez.

Cuando Ali alcanzó a los otros, Abu Bakr le preguntó si había venido para mandar la expedición, pero le respondió que él estaba bajo su mando; marcharon, pues, los dos juntos y Abu Bakr dirigió las plegarias y pronunció los sermones. El día de la Fiesta, cuando todos los peregrinos se reunieron en el valle de Mina para sacrificar sus animales, Ali proclamó el Mensaje Divino. En esencia decía que a los idólatras se les daba cuatro meses durante los cuales podrían moverse con seguridad, pero después de ese tiempo Dios y Su Enviado estarían libres de cualquier obligación hacia ellos Se les declararía la guerra y deberían ser matados o hechos prisioneros donde se encontrasen[iv]. Se hacían dos excepciones: en cuanto a los idólatras que tenían un tratado especial con el Profeta y lo habían respetado escrupulosamente, el tratado seguiría siendo válido hasta que su plazo expirase y si algún idólatra en particular pidiera protección se le concedería y sería conducido a algún lugar en el que estuviera seguro, habiéndole instruido previamente en el Islam. Había también una aleya que parecía especialmente dirigida a los recientes conversos de la Meca que podrían temer que la exclusión de los idólatras no sólo les privaría de ocasiones para el comercio sino también de muchos valiosos presentes: *"¡Oh vosotros que creéis, los idólatras son ciertamente impuros! Que no se acerquen, pues, a la Mezquita Sagrada después de este año. Y si teméis la pobreza, Dios os enriquecerá con Su gracia. Ciertamente Dios es Omnisciente y Sabio"* (IX, 28).

El Profeta permaneció en casa durante la casi totalidad del año siguiente, que fue el décimo desde su Emigración. Ibrahim ya podía andar y estaba comenzando a hablar. Hasan y Husayn tenían ahora una hermana pequeña llamada como su tía Zaynab, y Fatimah estaba esperando un cuarto hijo. Otros íntimos de la casa eran los tres hijos de Yafar. Se habían convertido en hijastros de Abu Bakr, que se había casado con su madre Asma, y ella también estaba esperando descendencia. Particularmente querida para el Profeta era su hermana Umm al-Fadí. En la Meca había tenido por costumbre visitarla a menudo y, desde el traslado de Abbas a Medina, era de nuevo un asiduo visitante de su casa. Su hijo mayor, por cuyo nombre era ella conocida, ya se había hecho un hombre y recibía muchas señales de favor. En más de una

ocasión, cuando le correspondía a Maymunah el turno de albergar al Profeta, invitó a su sobrino Fadí a estar con ella.

Las delegaciones seguían llegando como el año anterior, y una de éstas fue la de los cristianos de Nachran, que querían establecer un pacto con el Profeta. Eran de rito bizantino y, en el pasado, habían recibido ricos subsidios de Constantinopla. Los sesenta delegados fueron recibidos por el Profeta en la Mezquita y, cuando llegó el tiempo para su plegaria, les permitió hacerla allí, lo cual hicieron, orientados hacia el este.

En las audiencias que tuvieron con él durante su estancia se tocaron muchos puntos de doctrina y hubo desacuerdos entre ellos y él respecto a la persona de Jesús. Se produjo entonces la Revelación: *"Ciertamente Jesús es ante Dios como Adán. Él lo creó de la tierra[v] y luego le dijo: '¡Sé!', y fue. Ésta es la Verdad de tu Señor, no seas pues de los que dudan. Entonces, a cualquiera que dispute contigo sobre este asunto después del conocimiento que te ha llegado, dile: 'Venid, llamemos a nuestros hijos varones y a vuestros hijos varones, a nuestras mujeres y a vuestras mujeres, a nosotros mismos y a vosotros mismos. A continuación, invoquemos y pongamos la maldición de Dios sobre quienes mientan'."* (III, 59-61).

El Profeta recitó la Revelación a los cristianos y los invitó a reunirse con él y su familia y zanjar la disputa en la forma sugerida en la aleya. Le contestaron que pensarían sobre ello y, al día siguiente, cuando fueron ante el Profeta, vieron a Ali que estaba con él, y detrás suyo estaban Fatimah y sus dos hijos. El Profeta llevaba un largo manto que entonces desplegó lo suficiente para envolverlos a todos en él, incluido él mismo. Por esta razón los cinco son reverentemente conocidos como *"las gentes del Manto"*. En cuanto a los cristianos, dijeron que no se encontraban preparados para convertir su desacuerdo en una imprecación y el Profeta hizo con ellos un tratado favorable según el cual, a cambio del pago de los impuestos, tendrían la total protección del estado islámico para ellos, sus iglesias y sus propiedades.

La tranquila felicidad de los primeros meses de este año terminó con la enfermedad de Ibrahim. Pronto resultó evidente que no sobreviviría. Su madre y su hermana Sirin lo cuidaron. El Profeta lo visitaba continuamente y estuvo con él en sus últimos momentos. Cuando el niño expiró, lo cogió en sus brazos y las lágrimas corrieron de sus ojos. Su prohibición de las lamentaciones ruidosas había hecho prevalecer la noción de que estaban desaprobadas todas las expresiones de dolor y de aflicción, y esta idea equivocada aún se mantenía en muchas mentes. *"Enviado de Dios"*, dijo Abd al-Rahman ibn Awf, que estaba presente, *"esto es lo que has prohibido. Cuando los musulmanes te vean llorar, ellos también llorarán"*. El Profeta siguió llorando y, cuando pudo articular palabra, dijo: *"Ciertamente no es esto lo que prohibí. Éstos son los dictados de la ternura y la misericordia. ¡Ibrahim!, si no fuera porque la promesa de reunión es cierta y que éste es un sendero que todos tenemos que hollar y que el último de nosotros alcanzará al primero, verdaderamente te lloraríamos con un dolor aún mayor. Por cierto que la pena por ti nos embarga, Ibrahim. Los ojos lloran y el corazón se acongoja. No decimos nada que pudiera ofender al Señor"* (I.S. I/1, 88-9).

Dirigió luego palabras de consuelo a Mariyah y a Sirin, asegurándoles que Ibrahim estaba en el Paraíso. A continuación, habiéndolos abandonado durante un momento, regresó con Abbas y Fadí. El joven lavó el cuerpo y lo amortajó, mientras los otros dos hombres, sentados, le observaban. Luego fue trasladado al cementerio en su pequeño ataúd. El Profeta dirigió la plegaria funeraria y pidió de nuevo por su hijo al borde de la sepultura, después de que Usamah y Fadí hubieran depositado en ella el cadáver. Cuando hubo sido recubierta con tierra, siguió el Profeta al lado de la tumba y, pidiendo un pellejo de agua, les ordenó que la rociaran sobre ella. La tierra había quedado algo desigual, y advirtiéndolo, dijo: *"Cuando uno de vosotros haga algo, que lo haga a la perfección"*, y la niveló con la mano, diciendo de su acción: *"No produce ni bien ni mal, pero alivia el alma del afligido"* (Ibid.).

Ya había recalcado en más de una ocasión la necesidad de hacer de la perfección el objetivo de uno en todos los actos terrenales y muchos de sus dichos indican que este objetivo tiene que ser poco mundano y desapegado. Se dice que Ali resumió la guía del Profeta a este respecto de la

siguiente manera: *"Trabaja para este mundo como si fueras a vivir siempre, y para el otro como si fueras a morir mañana"*. Estar siempre preparado para partir es no tener apego a las cosas terrenas. *"Sé en este mundo como un extranjero o como alguien que va de paso"*, dijo el Profeta (B. *LXXXI,* 3).

El día de la muerte de Ibrahim, poco rato después de su entierro, se produjo un eclipse de sol; y cuando algunos lo atribuyeron a la aflicción del Profeta, éste dijo: *"El sol y la luna son dos señales de Dios. Su luz no se debilita por la muerte de ningún hombre. Si los veis eclipsados, debéis pedir hasta que recuperen su claridad*

[i] Véase capítulo 39, *"Armonía y discordia".*

[ii] Mirjond, *"Rawdat al-Safa"*, II, vol.2, pp. 671-2, citando fuentes más antiguas. Véase también B. XXIII, 76.

[iii] Véase capítulo 16, *"Adoración".*

[iv] La ausencia de los Nombres de Misericordia da mayor énfasis a la naturaleza rigurosa de este mensaje, que abre severamente la Azora del Arrepentimiento (*al-Tawbah*). La única azora del Corán que no comienza con *bismi Llahi al-Râhman al-Rahîm.*

[v] Hay que sobreentender *"en la matriz de su madre"*, porque en absoluto se trata de que Jesús haya sido creado ya adulto como Adán lo fue. El paralelismo entre las dos creaciones se basa en la intervención directa de Dios en ambas.

Capítulo 81

Los grados

Los motivos espirituales estaban pobremente representados en muchas de las conversiones que recientemente habían tenido lugar y no tardó mucho en producirse la siguiente Revelación: *"Los árabes del desierto dicen: 'Tenemos fe'. Di tú: 'No tenéis fe'. Mejor decid: 'Nos hemos sometido', porque la fe no ha entrado en vuestros corazones. Y si obedecéis a Dios y a su Enviado, Él no disminuirá nada de vuestros actos"* (XLIX, 14).

Esta aleya completó la jerarquía del Islam, constituyendo la sumisión sin fe el grado inferior. Los grados superiores, es decir, los grados de la fe, son el tema —o mejor, uno de los temas— de la Aleya de la Luz, que había sido revelada al Profeta unos meses antes de la Tregua de Hudaybiyah. Dios es *la Luz* y este Nombre equivale en parte a Sus Nombres *la Verdad* y *el Conocedor*. La Verdad es el objeto del conocimiento y ambos son la luz opuesta a la oscuridad del error y la ignorancia. La luz es una, pero se manifiesta con diferentes grados de intensidad en la creación, grados de guía que irradian de la Verdad y grados de fe que irradian del Conocimiento.

El Corán afirma constantemente, tanto de sí mismo como de otros mensajes revelados, que son "Luz", y ciertamente se le podría llamar "el Libro de la Luz" en virtud de sus continuas referencias a la iluminación de la guía que él da y a la iluminación de la fe que él aviva en las almas de los hombres. La Aleya de la Luz, que describe una serie de receptáculos iluminados por la luz divina, puede interpretarse como una definición de cuatro grados de iluminación: *"Dios es la Luz de los cielos y la tierra. Su luz es como una hornacina en la que hay una lámpara. La lámpara está dentro de un cristal. El cristal es como si fuera un astro resplandeciente. Se enciende de un árbol bendito, un olivo que no es ni del este ni del oeste, cuyo aceite casi alumbra aunque el fuego no lo haya tocado. Luz sobre luz. Dios guía Su luz hacia quien Él quiere, Dios expone parábolas a los hombres, y Él es el Conocedor de todas las cosas"* (XXIV, 35).

En primer lugar se encuentra, en orden ascendente, la hornacina, que está iluminada pero que en sí misma no es luminosa. Luego está el cristalino recipiente de vidrio, sobre el cual se menciona el brillo del aceite, y finalmente está la llama misma. La mención de los símbolos recuerda otra aleya que comienza con la misma frase: *"Dios expone parábolas a los hombres"*, pero que añade la razón: *"quizás así reflexionen"* (LIX, 21); y la totalidad de la Aleya de la Luz es una llamada a la reflexión. Muchos de los comentadores del Corán, incluidos algunos de los más antiguos, han dicho que la hornacina es el pecho del creyente y que el cristal es su corazón. Abdallah, el hijo de Abbas, probablemente repitiendo algo que su padre había oído de labios del mismo Profeta, ha transmitido: *"La guía de Dios en el corazón del creyente es como aceite puro que brilla antes de que el fuego lo haya tocado, y cuando el fuego lo toca aumenta sin cesar su esplendor. Así es el corazón en el creyente: actúa conducido por la guía hasta que el conocimiento le llega"*. (Tab. Tafsir.). En la Aleya de la Luz los diferentes grados son indicados de una forma simbólica más que directa. Pero en otras partes, comenzando por algunas de las primeras Revelaciones, el Corán es más explícito. En una de éstas la humanidad es dividida en tres grupos: *los de la derecha, los de la izquierda y los adelantados. Los de la derecha* son los salvados, *los de la izquierda* son los condenados. En cuando a *los adelantados*, es decir, los del grado superior, también llamados *los siervos de Dios*[i], se dice de ellos que éstos son los allegados (a Dios), empleándose esta expresión también para los Arcángeles al distinguirlos de los Ángeles. Otra de las primeras Revelaciones introduce una tercera categoría en la jerarquía de los creyentes, los justos, que están entre los adelantados y los de la derecha. La relación entre estos tres grados puede inferirse de lo que dice el Corán sobre las bendiciones del Paraíso. Mientras que a los de la derecha se les da agua pura corriente para beber, sólo los adelantados tienen acceso directo a las fuentes más elevadas, mientras que a los justos se les

da un brebaje que ha sido mezclado en una de estas fuentes, lo cual sugiere que son ellos quienes siguen los pasos de los adelantados. (LXXVI, 5; LXXXIII, 27).

Grados de superioridad están también implícitos por la Revelación en su mención del corazón. Hablando de la mayoría, dice: *"No están ciegos sus ojos, sino los corazones que sus pechos encierran"* (XXII, 46)[ii]. El Profeta, por otro lado, como los Profetas anteriores a él, dijo que su corazón estaba despierto, lo que quiere decir que sus ojos estaban abiertos. El Corán indica que esta posibilidad puede ser compartida, si acaso sólo hasta cierto punto, también por otros, porque a veces se dirige directamente a los dotados de intelecto. (XII, 111; XIII, 19; etc.). Se cuenta que el Profeta dijo de Abu Bakr: *"Él os sobrepasa no por mucho ayunar y hacer plegarias, sino por algo que está fijo en su corazón"*[iii].

El Profeta hablaba con frecuencia de la superioridad de algunos de sus seguidores sobre otros, y en la Meca, en el momento de la victoria, cuando en su presencia Jalid replicó agriamente a Abd al-Rahman ibn Awf al haberle éste censurado, dijo: *"Tranquilo, Jalid, deja a mis Compañeros, porque aunque tuvieras el Monte Uhud todo de oro y lo gastaras por la causa de Dios, no alcanzarías el mérito de ninguno de mis Compañeros."* (I.I.853).

Según la Revelación, las diferencias entre un grado y otro son mayores en la otra vida que en ésta: *"Mira cómo hemos favorecido a unos por encima de otros; y ciertamente el Más Allá es superior en grados y superior en excelencia"* (XVII, 21). Y el Profeta dijo: *"La gente del Paraíso verá el elevado lugar que está por encima de ellos como ahora ven el planeta brillante*[iv] *en el horizonte oriental o en el occidental."* (M. LI, 4). Las disparidades entre hombre y hombre también se reflejan en la forma de su enseñanza, parte de la cual estaba reservada para los pocos que podían comprenderla. Abu Hurayrah dijo: *"He guardado en mi memoria dos tesoros de conocimiento que recibí del Enviado de Dios. Uno de ellos lo he divulgado, pero si hiciera público el otro cortaríais este cuello"*, y señaló hacia su propio cuello. (B. III, 42).

Durante la marcha de regreso a Medina, después de las victorias de la Meca y Hunayn, el Profeta dijo a algunos de sus Compañeros: *"Regresamos de la Guerra Santa Menor a la Guerra Santa Mayor"*; y cuando uno de ellos preguntó: *"¿Cuál es la Guerra Santa Mayor, Enviado de Dios?"*, respondió el Profeta: *"La guerra contra el alma"*[v]. El alma del hombre caído está dividida contra si misma. Acerca de estos aspectos inferiores el Corán dice: *"El alma incita al mal"* (XII, 53). Su mejor parte, es decir, la conciencia, es denominada *"el alma que reprueba"* (LXXV, 2) y es ésta la que entabla la Guerra Santa Mayor, con la ayuda del Espíritu, contra el alma inferior.

Finalmente está *el alma pacificada,* o lo que es lo mismo, la totalidad del alma que ya no está dividida contra sí misma, una vez que la batalla ha sido ganada. Ésas son las almas de quienes han alcanzado el grado más elevado, el nivel de *los más adelantados, los siervos de Dios, los allegados.* El Corán se dirige a esta alma perfecta con las palabras: *"¡Oh alma pacífica, retorna a tu Señor, complacida con Él y Él complacido contigo*[vi]*. Entra entre Mis siervos, entra en Mi Paraíso"* (LXXXIX, 27-30). La doble naturaleza de esta bendición recuerda la promesa del Corán acerca de dos paraísos para el alma bendita, y también la referencia del Profeta a su propio estado final como *"el encuentro con mí Señor y el Paraíso"*. Para *el alma pacificada,* la entrada en *Mi Paraíso* corresponde al *encuentro con mi Señor,* mientras que la entrada *entre Mis siervos* corresponde al Paraíso, es decir, al segundo Paraíso. El Paraíso Supremo, el de Dios, *el encuentro con mi Señor,* no es otro que el *Ridwan.* La siguiente aleya había sido revelada hacia poco: *"Dios ha prometido a los creyentes y a las creyentes jardines por los que fluyen ríos, en los que habitarán eternamente; moradas excelentes en los Paraísos del Edén. Pero el Ridwan de Dios es aún mejor. Ésa es la beatitud infinita"* (IX, 72).

El Profeta también habló del grado supremo en tanto en cuanto podía ser alcanzado durante la vida en la tierra, y este *hadiz* es uno de los llamados *hadíces "qudsí"*, porque transmiten las palabras directas de Dios: *"Mi servidor se acerca continuamente a Mí a través de obras meritorias hasta que Yo lo amo, y cuando Yo lo amo Yo soy el oído a través del cual él oye, Yo soy su vista, mediante la que él ve, y la mano con la que él puede atrapar. Yo soy su pie, con el que camina"* (B. LXXXI, 37).

La principal de las devociones meritorias es el *dhikr Allah,* que puede traducirse por *"el recuerdo de Dios o la invocación de Dios".* En una de las primeras Revelaciones le fue ordenado al Profeta: *"Recuerda, invocándolo, el nombre de tu Señor, y dedícate a Él con plena devoción"* (LXXIII, 8). Una Revelación posterior dice: *"La plegaria preserva de la deshonestidad y de lo abominable. Pero el recuerdo de Dios es más importante aún"* (XXIX, 45). Con referencia a la ceguera del corazón y a su cura el Profeta dijo: *"Para cada cosa hay un barniz que quita la herrumbre, y el barniz del corazón es el recuerdo de Dios'*[vii]. Y cuando le preguntaron quién disfrutaría del rango más elevado en la estima de Dios el Día de la Resurrección, dijo: *"Los hombres y mujeres que recuerdan a Dios mucho invocándolo".* Y cuando le preguntaron si estarían por encima incluso del hombre que había luchado por la causa de Dios, respondió: *"Aunque empuñe su espada contra los infieles e idólatras hasta que esté rota y manchada de sangre, aun así, el que recuerda a Dios tiene un grado más excelente que el suyo"* (Tir. XLV).

[i] LXVI,6; LXXXIX, 29. El Corán emplea el término *"siervos de Dios"* con dos sentidos, uno completamente inclusivo —incluso Satanás es su siervo— y el otro sumamente exclusivo, como en los versículos citados, y también en el siguiente, que se dirige a Satanás: *"Pero no tendrás ninguna autoridad sobre mis siervos"* (XVII, 65).

[ii] Véase capítulo 29, *"La prohibición y su revocación".*

[iii] Al-Hakim al-Tirmidhi, *Nawadir al-Usul.*

[iv] Venus

[v] Bayhaqui, *Zuhd.* Bayhaqui, *Daawat.*

[vi] Se refiere al *Ridwan* mutuo. Véase el final del capítulo 30, *"Paraíso y Eternidad".*

[vii] Bayhaqui, *Daawat.*

Capítulo 82

El futuro

El Profeta ha dicho: *"Los mejores de mi pueblo son los de mi generación; luego, los que vienen después de ellos; luego, los siguientes"* (B. LXII, 10). Y él se regocijaba con los miembros destacados de su generación, esto es, con aquéllos a los que consideraba sus Compañeros. A diez de ellos que lo visitaron en una ocasión, les prometió el Paraíso. Éstos eran Abu Bakr, Omar, Uthman, Ali, Abd al-Rahman ibn Awf, Abu Ubaydah, Talhah, Zubayr, Saad de Zuhrah y Said el hijo de Zayd al-Hanif. Ya había dado la misma seguridad a algunos de ellos antes, y los libros de sus tradiciones han conservado muchos de sus grandes elogios de los Diez Prometidos y de otros a los que también dio buenas nuevas del Paraíso, como cuando afirmó*: "El Paraíso suspira por tres, por Ali por Ammar*[i] *y por Salman"* (Tir. XLVI, 33). A Fatimah le dijo: *"Tú eres la más noble de las mujeres del Paraíso, con la única excepción de la Virgen María, la hija de Imran*[ii]*"*. Como predicción del gran papel que desempeñaría Ali como uno de los principales transmisores de su sabiduría a las generaciones futuras, dijo: *"Yo soy la ciudad del conocimiento y Ali es su puerta"* (Tir. XLVI, 20); y dijo en general: *"Mis Compañeros son como las estrellas; cualquiera que sigáis os guiará rectamente"*[iii].

Cuando los hombres regresaron de Tabuk, se habían dicho entre sí que sus días de combate habían terminado y esta idea se vio tan reforzada por la llegada de las diversas delegaciones que continuaron durante todo el año décimo, que muchos de los creyentes se pusieron a vender sus armas y armaduras. Pero cuando el Profeta se enteró de esto les prohibió hacerlo, diciendo: *"Mis gentes no dejarán de luchar por la verdad hasta que aparezca el Anticristo"*. También dijo: *"Si supierais lo que Yo sé, reiríais poco y lloraríais mucho"* (B. LXXXI, 27) y *"No vendrá sobre vosotros un tiempo que no sea seguido de uno peor"* (B. XCII, 14). Les advirtió que su pueblo seguiría seguramente a los judíos y cristianos en el sendero de la degeneración: *"Seguiréis a los que os precedieron palmo a palmo y codo a codo, hasta el punto de que si ellos descendieran a la madriguera de un reptil ponzoñoso, vosotros los seguiríais"* (M. XLVIII, 6). Y hablando de lo más bajo de la decadencia, que será alcanzado por la humanidad en general antes del fin, dijo: *"El Islam comenzó como un extraño y se convertirá una vez más en un extraño"* (M. 1, 232). Con todo, prometió que Dios no los abandonaría: *"Dios enviará a esta comunidad, al comienzo de cada centuria, uno que renovará para ella su religión"* (A.D. XXXVI, 1). En otra ocasión, los Compañeros que se encontraban con él le oyeron exclamar más de una vez: *"¡Oh hermanos míos!"*; ellos le dijeron: *"Enviado de Dios, ¿no somos nosotros tus hermanos?"*, y él contestó: *"Vosotros sois mis compañeros. Pero mis hermanos están entre aquéllos que todavía no han venido"*, —en otras versiones, *"que vendrán en los últimos días"*—. La forma en que habló dio a entender que se estaba refiriendo a personas de gran eminencia espiritual.

También profetizó que, a pesar de los males de los últimos días, surgirá un *jalifa* al cual los hombres llamarán el "Mahdí", que significa *"el bien guiado"*: *"El Mahdí será de mi estirpe y tendrá la frente ancha y la nariz aquilina. Llenará la tierra de bien y justicia, como había estado llena de mal y opresión. Reinará siete años"* (A.D. XXXV, 4).

Pero por último, hacia el final o después de su reinado, aparecerá el Anticristo, *"un hombre ciego del ojo derecho, en el que toda luz está extinguida, como si fuera una uva"* (M. LII, 20) y causará gran corrupción sobre la tierra y, mediante su poder de obrar maravillas, se ganará cada vez más hombres para su bando. Pero habrá un cierto número de creyentes que luchará contra él. *"Cuando se apiñen para luchar"*, dijo el Profeta, *"mientras enderezan las filas para la plegaria cuando se llame a ella, Jesús el hijo de María descenderá y los dirigirá en la plegaria. Y al ver a Jesús, el enemigo de Dios se disolverá como la sal se disuelve en el agua. Si se le dejara, se disolvería hasta perecer, pero Dios lo hará morir a manos de Jesús, que le mostrará su sangre en su lanza"* (M. LII, 9).

También habló de muchas señales por las que los hombres podrán saber que está próximo el cumplimiento de estas cosas finales, y como una de estas señales mencionó la excesiva altura de los edificios que los hombres construirían. Pero esa profecía se hizo en una gran ocasión, que se describirá más detalladamente, sobre la autoridad de Abdallah, el hijo de Omar, repitiendo las palabras de su padre.

Omar dijo: *"Un día, estando sentados con el Enviado de Dios, se presentó ante nosotros un hombre cuyas ropas eran de una blancura resplandeciente ysus cabellos sumamente negros; no había en él ninguna señal de viaje, pero ninguno de nosotros lo conocía. Se sentó rodilla contra rodilla ante el Profeta, sobre cuyos muslos colocó las palmas de sus manos, diciendo: '¡Muhámmad!, dime qué es la sumisión (islam)'; y el Enviado de Dios respondió diciendo: 'La sumisión es dar testimonio de que no hay divinidad sino Dios y que Muhámmad es el Enviado de Dios, hacer la plegaria, dar el azaque, ayunar el mes de Ramadán y hacer, si se puede, la peregrinación a la Casa Sagrada'. Dijo él: 'Has dicho la verdad', y nos sorprendió que habiéndoselo preguntado, ahora lo corroborase. Luego dijo: 'Dime qué es la fe (imán)'. El Profeta respondió: 'Creer en Dios y Sus Ángeles, Sus libros, Sus Enviados y en el Día del Juicio, y creer que ningún bien o mal viene sino de su Providencia'. 'Has dicho la verdad', dijo de nuevo, y a continuación preguntó: 'Dime qué es la excelencia (ihsan)'. El Profeta respondió: 'Adorar a Dios como si lo vieras, porque aunque tú no lo veas Él, sin embargo, te ve a ti'. ' Has dicho la verdad', volvió a decir, y acto seguido: ' Háblame de sus signos'. A lo que el Profeta respondió: 'Que la esclava dará a luz a su ama*[iv]*, y que los que no eran sino pastores descalzos, desnudos e indigentes, construirán edificios más altos y más altos'. Entonces el extraño se marchó y yo me quedé durante un rato después de haberse ido; entonces me dijo el Profeta: 'i Omar! ¿Sabes tú quién era el que me preguntaba?' Yo dije: 'Dios y Su Enviado son más sabios'. Y me dijo él: 'Era Gabriel, vino para enseñaros vuestra religión'."* (M. 1, 1).

[i] Véase el final del capítulo 26, *"Tres pregunatas"*.

[ii] A.H. III, 64. El Corán cuenta cómo los ángeles le dijeron a María: *"Él (Dios) te ha escogido entre todas las mujeres del universo"*. (III, 42).

[iii] F. XXVI, Manaquib al-Sahabah.

[iv] Una mujer que dé a luz una niña se convertirá por ello simplemente en su esclava, debido a la falta de respeto de los hijos de los últimos días por sus padres. La segunda parte del hadiz predice no sólo un caos en el orden social, sino también el triunfo final de la forma de vida sedentaria sobre la nómada, es decir, el sello final impreso sobre el asesinato de Abel por Caín.

Capítulo 83

La peregrinación del adiós

Cuando el Profeta estaba en Medina durante el Ramadán tenía por costumbre realizar un retiro espiritual en la Mezquita durante los días centrales del mes, y algunos de sus Compañeros hacían lo mismo. Pero este año, después de guardar los diez días señalados, invitó a sus Compañeros a permanecer en retiro con él durante otros diez días, es decir, hasta el final del mes, lo cual hicieron. Todos los años en Ramadán era cuando Gabriel lo visitaba para asegurarse de que nada de la Revelación se le había ovidado, y este año, después del retiro, el Profeta confió a Fatimah, como un secreto que aún no había que contar a otros: "Gabriel me recita el Corán y yo se lo recito a él una vez al año, pero este año lo ha recitado conmigo dos veces. No puedo sino pensar que me ha llegado la hora." (B. LXI, 25).

Pasó el mes de Shawwal, y durante el undécimo mes del año se proclamó por toda Medina que el Profeta en persona dirigiría la Peregrinación. La noticia fue comunicada a las tribus del desierto, y multitudes de todas las direcciones se congregaron en el oasis felices de acompañar al Profeta en todos los pasos del camino. La Peregrinación sería diferente de cualquiera de las que habían tenido lugar en cientos de años: los peregrinos serían todos adoradores de Dios Uno y ningún idólatra profanaría la Casa Sagrada con la ejecución de ritos paganos. Cinco días antes de terminar el mes, el Profeta salió de Medina a la cabeza de más de treinta mil hombres y mujeres. Todas sus esposas estaban presentes, cada una en su litera, escoltadas por Abd al-Rahman ibn Awf y Uthman ibn Affan. Abu Bakr iba acompañado por su esposa Asma, la cual en una de las primeras paradas dio a luz un niño, al que llamaron Muhámmad. Abu Bakr estaba por enviarla de vuelta a Medina, pero el Profeta le pidió que le dijera que hiciese la gran ablución y que luego se consagrase para la Peregrinación y continuara con ellos.

Al ocaso del décimo día de la partida de Medina, el Profeta alcanzó el paso a través del cual habían entrado en la Meca el día de la victoria. Allí pasó la noche y, a la mañana siguiente, cabalgó hacia la hondonada. Cuando tuvo la Kaabah a la vista, alzó sus manos en reverencia, dejando caer las riendas de su camello, que entonces tomó en su mano izquierda y, con la mano derecha extendida en súplica, pidió: *"¡Dios mío! Acrecienta esta Casa en el honor, magnificación, munificencia, reverencia y piedad que ha recibido de los hombres"* (W. 1097). Penetró en la Mezquita y dio las siete vueltas a la Kaabah, después de lo cual oró en la Estación de Abraham. A continuación, saliendo hacia Safa, recorrió siete veces el espacio entre ésta y Marwah, y los que iban con él se esforzaron todo lo posible para grabar en sus mentes las palabras exactas de alabanza y plegaria que en cada estación fue pronunciando.

De regreso a la Mezquita entró en la Kaabah con el guardián de sus llaves, Uthman de Abd al-Dar, llevando con él también a Bilal y Usamah, como antes. Pero aquella noche, cuando visitó a Aishah en su tienda, advirtió ella que estaba triste y le preguntó por qué. *"Hoy he hecho una cosa"* , dijo, *"que ojalá no hubiera hecho. He entrado en la Casa, y es posible que un hombre de mi gente"* —quería decir en años venideros— *"no pueda entrar en ella; por lo que sentirá una gran inquietud en su alma. Y solamente se nos ha ordenado dar vueltas a su alrededor, no se nos ha ordenado entrar en ella"* (W. 1100).

Nuevamente se volvió a negar a alojarse en ninguna casa de la Meca, a pesar de la súplica de Umm Hani de que se quedase con ella; y el octavo día de la luna nueva cabalgó hacia el valle de Mina, seguido por el resto de los peregrinos. Después de pasar la noche allí prosiguió hacia Arafah, un amplio valle a unas trece millas al este de la Meca, justo fuera del recinto sagrado. Arafah se halla en el camino a Taif y está limitado al norte y al este por las montañas de Taif. Separada de éstas y rodeada por todos lados por el valle, se encuentra una colina que también se llama Arafah o el Monte de la Misericordia. Es la parte central de esta estación de

peregrinación, que se extiende, sin embargo, por la mayor parte del terreno inferior; y fue sobre esta colina donde el Profeta estableció su posición aquel día.

Algunos de los mequíes expresaron sorpresa porque hubiera llegado tan lejos, pues mientras que los otros peregrinos proseguían hasta Arafah, el Quraysh había estado acostumbrado a permanecer dentro del recinto sagrado, diciendo: *"Somos el pueblo de Dios"*. Pero el Profeta dijo que Abraham había establecido el día de Arafah como una parte esencial de la Peregrinación y que el Quraysh había abandonado su práctica a este respecto. El Profeta recalcó aquel día la antigüedad de la Peregrinación y las palabras *"legado de Abraham"* estuvieron con frecuencia en sus labios.

Para inculcar en todas las tribus que el odio de sangre, en adelante, no tenía que existir en la totalidad de la comunidad islámica y que la vida y los bienes de todos los hombres eran sacrosantos, envió como pregonero por toda la multitud a Rabiah, el hermano de Safwan, que tenía una voz poderosa, y le dijo que proclamase: *"El Enviado de Dios dice: ¿Veis qué mes es éste?"* Permanecieron en silencio y él respondió: *"El mes sagrado"*. Luego preguntó: *"¿Veis qué tierra es ésta?"* De nuevo se quedaron callados y él respondió: *"La tierra santa"*. A continuación dijo: *"¿Veis qué día es éste?"*, y nuevamente fue él quien dio la respuesta: *"El día de la Gran Peregrinación"*. Entonces proclamó, según las instrucciones del Profeta: *"Ciertamente Dios os ha hecho inviolables la vida y la riqueza de vuestro prójimo hasta que os encontréis con vuestro Señor, como ha hecho inviolable este día vuestro, en vuestra tierra, en este vuestro mes."*

Cuando el sol hubo pasado su cenit, el Profeta pronunció un sermón, el cual comenzó, después de alabar a Dios, con las palabras: *"¡Pueblo, escuchadme, porque no sé si me volveré a reunir con vosotros en este lugar después de este año!"*. Entonces los exhortó a tratarse bien y les recordó muchas cosas acerca de lo que estaba ordenado y de lo que estaba prohibido. Por último dijo: *"He dejado entre vosotros algo que, si os aferráis bien a ello, os preservará de todo error, una indicación clara, el Libro de Dios y la palabra de Su Profeta. ¡Pueblo! Escuchad mis palabras y comprended"*. Les comunicó entonces una Revelación que acababa de recibir y que completaba el Corán, ya que era el último pasaje revelado: "Hoy, quienes no creen han desesperado de prevalecer sobre vuestra religión; por lo tanto, no los temáis a ellos sino a Mí. Hoy os he perfeccionado vuestra religión, he completado Mi gracia sobre vosotros y me satisface haberos elegido el Islam como religión" (V, 3).

Terminó su breve sermón con una seria pregunta: *"¡Gentes! ¿Os he comunicado fielmente mi mensaje?"*. Un poderoso murmullo de asentimiento, *"¡Dios mío, sí!"*, surgió de todas las gargantas y las vibrantes palabras Allahumma naam resonaron como un trueno por todo el valle. El Profeta levantó su dedo índice y dijo: *"¡Dios, sé testigo!"* (I.I. 969).

Se hicieron entonces las plegarias rituales; y el resto del Día de Arafah, como es llamado, fue empleado en la meditación y las súplicas. Pero tan pronto como el sol se hubo puesto, el Profeta montó en su camello y ordenando a Usamah montar detrás de él, cabalgó colina abajo y por el valle en dirección a la Meca, seguido por sus compañeros de peregrinación. La tradición exigía que en este punto se corriese rápidamente, pero a los primeros signos de exceso gritó: *"¡Más despacio! ¡Más despacio! ¡Con el espíritu tranquilo! ¡Y que los fuertes se preocupen de los débiles!"*. Pasaron la noche en Muzdalifah, que se encuentra dentro de los límites del recinto sagrado, y allí recogieron pequeños guijarros con los que lapidar a Satanás, que está representado por tres pilares en Aqabah en el valle de Mina. Sawdah le pidió permiso al Profeta para abandonar Muzdalifah a altas horas. Al ser de gran estatura y más corpulenta que la mayoría de las mujeres, había padecido más por el calor y los esfuerzos del viaje, y estaba ansiosa por cumplir el rito del lapidamiento antes de que llegase la multitud. La envió, pues, por delante en compañía de Umm Sulaym, escoltadas por Abdallah, uno de los hijos de Abbas.

El Profeta hizo la plegaria del alba en Muzdalifah y luego condujo a los peregrinos a Aqabah, con Fadl montado detrás de él en su camello. Era el mismo lugar y el mismo día en que doce años antes había conocido a los seis hombres del Jazrach que le habían prestado fidelidad, preparando así el camino para el Primer y el Segundo Aqabah. Después del lapidamiento los

animales fueron sacrificados y el Profeta llamó a un hombre para que le afeitase la cabeza. Los peregrinos se reunieron en torno a él con la esperanza de obtener algunos mechones de su cabello. Abu Bakr comentaría posteriormente el contraste entre el Jalid de Uhud y el Foso, y el Jalid que dijo entonces: *"¡Enviado de Dios! ¡Tu guedeja! ¡No se la des a nadie salvo a mí, que mi padre y mi madre sean tu rescate!"* (W. 1108). Y cuando el Profeta se la dio, la apretó reverentemente contra sus ojos y sus labios.

El Profeta ordenó entonces a los peregrinos que visitasen la Kaabah y regresasen para pasar esa noche y las dos siguientes en Mina. Él esperó hasta bien avanzada la tarde. Luego sus esposas lo acompañaron a la Meca, todas menos Aishah, que no se encontraba en estado de pureza ritual. Unos días después, en cuanto estuvo ella en condiciones, la envió fuera del recinto sagrado escoltada por su hermano Abd al-Rahman. Allí se volvió a consagrar y, dirigiéndose a la Meca, dio las vueltas a la Kaabah.

Concluida la campaña en el Yemen, la tropa de trescientos caballeros que el Profeta había enviado en Ramadán se estaba aproximando a la Meca por el sur. Ali se había adelantado a sus hombres, ansioso por reunirse con el Profeta lo antes posible y realizar con él la Peregrinación, la cual acababa de hacer. Como parte del quinto botín perteneciente al estado había bastante ropa como para vestir a todo el ejército, pero Ali había decidido que tenía que ser entregado intacto al Profeta. En su ausencia, sin embargo, el hombre que había dejado al frente de la tropa fue persuadido para que diese a cada hombre una muda nueva de la ropa del quinto. El cambio era muy necesario, porque habían estado fuera de casa durante casi tres meses. Cuando se encontraban ya próximos a entrar en la ciudad, Ali cabalgó a su encuentro y se quedó asombrado al ver la transformación que había ocurrido. *"Les di los vestidos"*, dijo su lugarteniente, *"para que su aspecto pudiera ser más decoroso al pasar entre la gente"*. Todos los hombres sabían que en la Meca todo el mundo estaría vistiendo sus mejores galas en honor de la Fiesta, y estaban ansiosos por mostrarse en todo su esplendor. Pero Ali sintió que no podía tolerar una libertad así y les ordenó volverse a poner sus viejas ropas y devolver las nuevas al botín. Fue grande el resentimiento que se dejó sentir en el ejército por este motivo y cuando el Profeta se enteró de ello dijo: *"¡Gentes!, no censuréis a Ali porque él es demasiado escrupuloso en la vía de Dios para que se le censure"*. Pero estas palabras no fueron suficientes, o quizás es que sólo las oyeron unos pocos, y el resentimiento continuó.

En el camino de vuelta a Medina uno de los de la tropa se quejó amargamente de Ali al Profeta, cuyo rostro empalideció. *"¿No estoy yo más cerca de los creyentes que sus propias personas?"*, preguntó y cuando el hombre asintió, añadió*: "De Aquél del cual yo estoy más cerca, Ali también está más cerca"*. Más adelante, durante el viaje, cuando se detuvieron en Gadir al-Jumm, congregó a todo el mundo y, cogiendo a Ali de la mano, repitió estas palabras, a las que añadió la plegaria: *"¡Dios mío, sé el amigo de quien es su amigo y el enemigo de quien es su enemigo!"*, y las murmuraciones contra Ali quedaron silenciadas.[i]

Una de las embajadas de los años anteriores había sido una tribu cristiana de Yamamah, los Bani Hanifah, cuyo territorio se extendía a lo largo del límite oriental del Nachd. Habían acordado abrazar el Islam, pero ahora uno de sus hombres, de nombre Musaylimah, afirmaba que él también era un Profeta y, poco después del regreso de los peregrinos, de la Meca dos enviados procedentes de Yamamah llevaron a Medina la carta siguiente: *"De Musaylimah el Enviado de Dios a Muhámmad el Enviado de Dios, ¡la paz sobre ti! Se me ha dado el compartir contigo la autoridad. La mitad de la tierra es nuestra y la otra mitad pertenece al Quraysh, aunque es un pueblo transgresor."* El Profeta preguntó a los emisarios qué pensaban ellos sobre el asunto y respondieron: *"Somos de su misma opinión"*. *"¡Por Dios!"*, dijo el Profeta, *"si no fuera porque los emisarios no deben ser asesinados os cortaría la cabeza"*. A continuación dictó una carta para que se la llevasen a su señor: *"De Muhámmad el Enviado de Dios a Musaylimah el impostor. ¡La paz sea sobre quien sigue la guía! Ciertamente la tierra es de Dios. Él la da en herencia a quien Él desea de entre Sus siervo, y el resultado final es en favor de los piadosos"* (I.I. 965).

Otros dos impostores aparecieron por aquella época, Tulayhah, un jefe de los Bani Asad, y Aswad ibn Kaab del Yemen. El yemení disfrutó de un breve éxito y rápidamente se hizo con el

control de una extensa zona, pero su arrogancia pronto volvió contra él a muchos de sus seguidores y al cabo de unos pocos meses fue asesinado. Tulayhah fue derrotado finalmente por Jalid y, renunciando a todas sus pretensiones, se convirtió en una fuerza para el Islam. En cuanto a Musaylimah, fue su destino ser atravesado por una jabalina arrojada por Wahshi, y que Abdallah, el hijo de Nusaybah, le asestase un golpe mortal con su espada. Pero esta derrota sucedió varios meses después. Por el momento, cuando menguaba la luna de la Peregrinación y se entraba en el undécimo año de la Hégira, todos estos impostores eran peligros potenciales para el Islam y había también una mujer de Tamim, llamada Sayah, que pretendía ser profetisa. Pero el Profeta no estaba dispuesto a emprender una acción inmediata contra ninguno de ellos. Su atención se dirigía hacia el norte y, en los últimos días de Safar, el segundo mes del año, es decir, a finales de mayo del 632 de nuestra era, decidió que había llegado el momento de darle la vuelta a la derrota de Mutah. Después de ordenar que se hicieran los preparativos para una campaña contra las tribus árabes de Siria que habían flanqueado a las legiones imperiales el día en que, Yafar y Zayd fueron muertos, llamó a Usamah, el hijo de Zayd, y lo puso, a pesar de su juventud, al mando del ejército de tres mil hombres.

[i] Ibn Kathir, *al-Bidayah wa al-Hihayah*, V, 209.

Capítulo 84

La elección

EL Profeta hablaba continuamente del Paraíso y, cuando lo hacía, era como un hombre que está viendo lo que describe. Esta impresión era, confirmada por otros muchos signos, como por ejemplo cuando en una ocasión extendió su mano como para coger algo y luego la retiró. Él no dijo nada, pero algunos de los que estaban con él advirtieron su acción y le preguntaron acerca de ello. *"Vi el Paraíso"*, dijo, *"y alargué la mano para tomar un racimo de sus uvas; si lo hubiera cogido habríais comido de él mientras hubiese durado el mundo"* (B. XVI, 8). Se habían acostumbrado a pensar en él como en alguien que hasta cierto punto ya está en el Más Allá. Quizás era en parte por este motivo por lo que, cuando les hablaba de su muerte y cuando infería indirectamente, como ahora hacía a menudo, que podría ser inminente, sus palabras les causasen poca impresión. Además, a pesar de sus sesenta y tres años aún conservaba la talla y la gracia de un hombre mucho más joven. Sus ojos aún eran brillantes y en su negra cabellera apenas había unas pocas canas. Sin embargo, en una ocasión, una observación suya cuando se encontraba con sus esposas fue de tan mal augurio que provocó que se planteara la cuestión de cuál de ellas sería la primera en reunirse con él en el otro mundo. Él respondió: *"La de brazos más largos será la primera en reunirse conmigo"* (I.S. VIII, 76-7), ante lo cual se pusieron a medirse los brazos, unas contra otras. Presumiblemente, aunque no se dice, Sawdah fue la ganadora en este concurso, ya que era la más alta y la de miembros más largos en general. Zaynab, por el contrario, era una mujer pequeña, con los brazos proporcionados a su estatura. Pero fue Zaynab la que murió primero, unos diez años después. Sólo entonces comprendieron que por *"la de los brazos más largos"* el Profeta había querido decir la más desprendida, porque Zaynab era sumamente generosa, al igual que su predecesora del mismo nombre, que había sido llamada *"la madre de los pobres"*.

Una noche, no mucho después de que el Profeta ordenase hacer los preparativos para la campaña de Siria y antes de que el ejército hubiera partido, convocó a un liberto suyo, Abu Muwayhibah, a altas horas, y le dijo: *"Se me ha ordenado pedir el perdón para los moradores del cementerio. Vente, pues, comnigo"*. Salieron juntos y cuando llegaron al Baqi el Profeta dijo: *"¡La Paz sea con vosotros, gentes de las tumbas! Alegraos de vuestro estado. ¡Cuánto mejor es que el estado en que viven los hombres ahora! Las disensiones vienen como olas en una noche oscura, la una más fuerte que la anterior, cada una peor que la última"*. Luego se volvió hacia Abu Muwayhibah y dijo: *"Se me han ofrecido Jas llaves de los tesoros de este mundo y la inmortalidad en él seguida del Paraíso, y se me ha dado la elección entre eso y el encuentro con mi Señor y el Paraíso." "¡Oh tú que me eres más querido que mi padre y mi madre!"*, dijo Abu Muwayhibah, *"toma las llaves de los tesoros de este mundo y la inmortalidad en él, seguida del Paraíso"*. Pero el Profeta le respondió diciendo: *"Ya he elegido el encuentro con mi Señor y el Paraíso"*. A continuación pidió el perdón para las gentes del Baqi. (I.I. 1000).

Fue aquel día al alba, o quizás al día siguiente, cuando su cabeza le dolió como nunca le había dolido antes, pero él sin embargo acudió a la Mezquita, y después de dirigir la plegaria se subió al almimbar e invocó las bendiciones sobre los mártires de Uhud, como si —así se dijo después— lo estuviera haciendo por vez última. Luego dijo*: "Hay un siervo de entre los siervos de Dios le ha ofrecido la élección entre este mundo y lo que está con Él, y el siervo ha elegido lo que está con Dios"*. Al decir esto, Abu Bakr lloró, porque sabía que el Profeta estaba hablando de sí mismo y que la elección significaba una muerte inminente. El Profeta se dio cuenta de que había comprendido y, diciéndole que no llorase, añadió: *"Gentes, el hombre más benéfico para mí por su compañerismo y por su generosidad es Abu Bakr, y si yo tuviera que tomar de entre todos los hombres un amigo inseparable ése sería Abu Bakr, pero el compañerismo y la hermandad de fe son nuestros hasta que Dios nos una en Su Presencia"*. Fue en aquella ocasión cuando dijo, mirando en torno suyo a las múltiples entradas a la Mezquita desde las casas

particulares que la rodeaban: *"Observad esas puertas que se abren sin derecho a la Mezquita. Tapiad todas excepto la de Abu Bakr"* (I.I. 1006). Antes de dejar el almimbar dijo: *"Yo voy delante de vosotros y soy vuestro testigo. Vuestra cita conmigo es en el Estanque*[i]*, el cual ciertamente estoy viendo desde donde me encuentro ahora. No temo que vayáis a asociarle dioses a Dios, sino que temo por vosotros en este mundo, que busquéis rivalizar los unos con los otros en ganancias mundanas"* (B. LXIV, 17).

Desde la Mezquita se volvió a la estancia de Maymunah, a quien le correspondía el turno de hospedarlo. El esfuerzo de su alocución había aumentado su fiebre y, al cabo de una o dos horas, deseando hacer saber a Aishah que se encontraba enfermo salió brevemente a visitarla. A ella también le dolía la cabeza y cuando él penetró en su estancia, ella protestó: *"¡Ah, mi cabeza!" "No, Aishah"*, dijo el Profeta, *"es ¡ah, mi cabeza!, la mía"*. Sin embargo, él la miró escrutadoramente, como buscando en su rostro alguna señal de una enfermedad mortal y, no hallando ninguna, le dijo: *"Desearía que sucediera"* —se refería a la muerte de Aishah— *"mientras yo estoy aún con vida, para poder pedir perdón por ti, invocar la misericordia sobre ti, amortajarte, hacer la plegaria funeraria sobre ti y enterrarte"*. Aishah pudo darse cuenta de que se encontraba enfermo y se alarmó por el tono de su voz, pero trató de restarle importancia y consiguió que apareciera una leve sonrisa en el rostro del Profeta. Entonces repitió: *"No, sino que es ¡ah, mi cabeza!"* (I.S. II/2, 10) y regresó con Maymunah.

Intentó comportarse como hacía cuando se encontraba bien y continuó dirigiendo las plegarias en la Mezquita como solía. Pero su enfermedad fue a más, hasta que llegó a un punto en que sólo podía hacer la plegaria sentado y dijo a la congregación que ellos también debían hacerla sentados. Al regresar a la estancia de la esposa que ese día le tocaba, preguntó: *"¿Dónde me corresponde mañana?"*, y ella mencionó el nombre de la esposa con la que estaría. *"¿Y dónde pasado mañana?"*, preguntó. De nuevo le respondió ella, pero tocada por su insistencia y adivinando que se encontraba impaciente por estar con Aishah, se lo dijo a las otras esposas, que acudieron junto a él y dijeron: *"Enviado de Dios, le hemos dado los días que nos corresponden contigo a nuestra hermana Aishah."* (I.S. II/2, 30). Él aceptó su obsequio, pero se encontraba ya demasiado débil para caminar sin ayuda, por lo que Abbas y Ali le ayudaron a ir a la estancia de Aishah.

Le llegaron noticias de que se criticaba mucho su elección de un hombre tan joven como Usamah para mandar el ejército en la campaña de Siria y, que por ello, había un cierto relajamiento en los preparativos. Sintió la necesidad de responder a sus críticas, pero su fiebre era intensa, por lo que dijo a sus esposas: *"Verted sobre mí siete pellejos de agua de diferentes pozos para que pueda ir a los hombres y exhortarles"*. Hafsah llevó una tina al cuarto de Aishah y las otras esposas llevaron agua; él se sentó en la tina mientras derramaban el agua sobre su cuerpo. Luego le ayudaron a vestirse y vendaron su cabeza, y dos hombres le condujeron entre ambos a la Mezquita, donde se sentó en el almimbar y se dirigió a los allí presentes, diciendo: *"¡Gentes, despachad la tropa de Usamah!, porque a pesar de que cuestionáis su liderazgo como cuestionasteis el liderazgo de su padre con anterioridad, sin embargo él es digno del mando,*[ii] *como su padre lo fue"*. Descendió del almimbar y le ayudaron a regresar a la casa de Aishah. Los preparativos se aceleraron y Usamah salió con su ejército hasta Yurf, donde acamparon, a unas tres millas al norte de Medina.

Cuando se produjo la siguiente llamada a la plegaria el Profeta sintió que no podía seguir dirigiéndola ni siquiera sentado, y dijo entonces a sus esposas: *"Comunicadle a Abu Bakr que dirija a la gente en la plegaria"*. Pero Aishah temió que a su padre le dolería mucho ocupar el lugar del Profeta. *"Enviado de Dios"*, le dijo, *"Abu Bakr es un hombre muy sensible, de voz débil y muy dado a las lágrimas cuando recita el Corán"*. *"Decidle que dirija la plegaria"*, dijo el Profeta, como si ella no hubiera hablado. Aishah lo volvió a intentar, ahora sugiriéndole que debía ser Omar quien ocupase su lugar. *"Decidle a Abu Bakr que dirija la plegaria"*, insistió. Aishah había lanzado una mirada de súplica a Hafsah, quien entonces empezó a hablar, pero el Profeta lo acalló con las palabras: *"Sois como las mujeres que estaban con José.*[iii] *Decid a Abu Bakr que dirija a la gente en la plegaria. Que quien censura halle falta y que el ambicioso aspire, para Dios*

y los creyentes no será de otra manera." (I.S. II/2, 20). Repitió la última frase tres veces y, durante el resto de su enfermedad, Abu Bakr dirigió la plegaria.

El Profeta permanecía mucho tiempo tumbado, con la cabeza descansando sobre el pecho o el regazo de Aishah; pero cuando Fatimah llegaba, Aishah se retiraba durante un rato para permitir que padre e hija estuvieran solos y, en una de esas visitas, Aishah le vio susurrar algo a su hija, por lo que entonces ella comenzó a llorar; le confió además otro secreto y las lágrimas se tornaron en risa. Cuando se marchaba, Aishah le preguntó qué le había dicho y ella respondió que se trataba de secretos que no podía revelar. Pero más tarde le diría: *"El Profeta me dijo que moriría de la enfermedad de la que murió y por ello lloré tanto. Luego me dijo que yo sería la primera persona de su casa en seguirle y por ello reí"* (B. LXII, 12).

El Profeta sufrió mucho dolor en su enfermedad y un día, cuando padecía lo indecible, su esposa Safiyyah le dijo: *"¡Profeta de Dios, ojalá que yo tuviera lo que tú tienes!"*, ante lo cual algunas de las otras mujeres intercambiaron miradas y murmuraron entre sí que eso era hipocresía. El Profeta las vio y dijo: *"Id a enjuagaros la boca"*. Le preguntaron por qué y él respondió: *"Por difamar a vuestra compañera. Por Dios, ella dijo la verdad con todo su corazón"* (I.S. VIII, 91).

Umm Ayman acudía constantemente y mantenía a su hijo informado. Él ya se había resuelto a no avanzar más y a permanecer en el campamento de Yurf hasta que Dios decidiese. Pero una mañana las noticias fueron tales que acudió a Medina y se presentó llorando al Profeta, el cual aquel día se encontraba demasiado enfermo para hablar, aunque plenamente consciente. Usamah se inclinó sobre él y lo besó, y el Profeta levantó su mano con la palma hacia arriba para pedir y recibir las bendiciones del Cielo. Luego hizo un gesto como si vaciara el contenido de su mano sobre Usamah, que regresó entristecido al campamento.

El día siguiente fue lunes doce de Rabi al-Awwal del año undécimo de la era islámica, es decir, el ocho de junio del año 632 d.C. Por la mañana temprano cedió la fiebre del Profeta y, aunque estaba demasiado débil, la llamada a la plegaria le decidió a ir a la Mezquita. La plegaria ya había comenzado cuando él entró y la gente estuvo a punto de interrumpirla por la alegría que experimentaron al verlo, pero él les hizo una señal de que continuaran. Por un momento permaneció observándolos y su rostro brilló con íntima satisfacción al advertir su piadosa conducta. Luego, radiante, avanzó, ayudado por Fadl y por Thawban, uno de sus libertos. *"Nunca vi el rostro del Profeta más hermoso que en aquella hora"*, dijo Anas. Abu Bakr había sido consciente del revuelo en las filas detrás de él. Sabía que sólo podía obedecer a una causa y que el hombre que ahora oía acercarse tenía que ser el Profeta. Así pues, sin volver la cabeza, retrocedió, pero el Profeta colocó su mano en el hombro de Abu Bakr y le empujó hacia delante para que continuase al frente de la congregación, diciendo: *"Dirige tú la plegaria"*, mientras él mismo se sentaba a la derecha de Abu Bakr y la hacía sentado.

Fue grande el regocijo por esta aparente mejoría y poco después de la plegaria llegó Usamah esperando encontrarse al Profeta peor; así pues, cuando vio que había mejorado, su alma se llenó de alegría. *"Partid, con las bendiciones de Dios"*, dijo el Profeta. Usamah se despidió entonces del Profeta y regresó a Yurf, donde dijo a sus hombres que se preparasen para marchar hacia el norte. Mientras tanto, Abu Bakr se había despedido para ir hasta Medina Alta. Ya antes de su matrimonio con Asma había estado prometido durante mucho tiempo a Habibah, la hija de Jariyah, el jazrachí en cuya casa se había alojado diez años antes cuando llegó al oasis, y se habían casado hacía poco. Habibah continuaba viviendo con su familia en Surnh, a donde fue a visitarla ahora.

El Profeta regresó a la estancia de Aishah ayudado por Fadl y Thawban, Ali y Abbas lo siguieron allí, pero no permanecieron mucho tiempo y, cuando salieron, algunos hombres que estaban allí le preguntaron a Ali cómo estaba el Profeta: *"Alabado sea Dios"*, contestó Ali *"está bien"*. Pero cuando los que preguntaban se hubieron marchado, Abbas cogió a Ali de la mano y dijo: *"Juro que he reconocido la muerte en el rostro del Enviado de Dios, del mismo modo que siempre la he reconocido en los rostros de las gentes de nuestra tribu. Vayamos pues y hablemos con él. Si hemos de ser investidos con su autoridad, lo sabremos, y si es otra persona le pediremos*

entonces que nos recomiende a la gente para que nos trate bien." Pero Ali le dijo: *"¡Por Dios, no lo haré, porque si él nos negara la autoridad nadie después de él nos la daría!"* (I.I. 1011).

El Profeta ya había retornado a su lecho y yacía con la cabeza sobre el pecho de Aishah como si hubiese agotado todas sus fuerzas. Sin embargo, cuando su hermano Abd al-Rahman entró en la habitación con un palillo para los dientes en la mano, Aishah se dio cuenta de que el Profeta lo quería por la forma de mirarlo. Se lo cogió, pues, a su hermano y lo masticó un poco para suavizarlo, entonces se lo dio al Profeta, que se limpió los dientes vigorosamente a pesar de su debilidad.

Poco después perdió el conocimiento y Aishah pensó que se trataba del principio de la muerte, pero al cabo de una hora abrió los ojos. Recordó ella entonces que, él le había dicho: *"Ningún Profeta es tomado por la muerte antes de que se le haya mostrado su lugar en el Paraíso y luego se le haya ofrecido la elección entre vivir o morir"*. Comprendió Aishah que eso se había cumplido y que había regresado de una visión del Más Allá. *"¡Ahora no nos elegirá a nosotros!"* se dijo a sí misma. Entonces le oyó murmurar: *"Con la comunión suprema en el Paraíso. '¡Con aquéllos sobre quienes Dios ha hecho descender su gracia:* los profetas, los santos, los mártires y los justos! Ellos son los más excelentes compañeros'." (Corán, IV, 69). De nuevo le oyó murmurar: *"¡Dios mío, con la comunión suprema!"* (I.S. II/2, 27), y éstas fueron las últimas palabras que le oyó decir. Gradualmente, su cabeza fue reclinándose sobre su pecho, hasta que las otras esposas comenzaron a lamentarse y Aishah le colocó la cabeza sobre una almohada y se unió a las demás en las lamentaciones.

[i] Alimentado por el Kawthar, el río celestial dado al Profeta. El estanque es un lago donde los creyentes sacian su sed al entrar en el Paraíso.

[ii] Cuando, algún tiempo después, tuvo lugar la campaña, Usamah probó la verdad de estas palabras.

[iii] Refiriéndose a la voluntariosa esposa de Putifar y sus amigas. Véase Corán XII, 31-33.

Capítulo 85

La sucesión y el entierro

Las señales que Abbas había sido el primero en ver se habían hecho también evidentes para otros; y antes de que la muerte aconteciese, Umm Ayman había enviado un mensaje a su hijo diciéndole que el Profeta se moría. Ya se había levantado el campamento para iniciar la marcha hacia el norte, pero Usamah al punto dio órdenes de regresar a Medina. Muchos de los Compañeros más antiguos se encontraban en el ejército, incluido Omar, y cuando fueron recibidos a su llegada a la ciudad con la noticia de que el fallecimiento se había producido, Omar se negó a creerlo. Había malinterpretado una aleya del Corán que él había pensado que quería decir que el Profeta sobreviviría a todos y a otras generaciones por venir, y se situó entonces en la Mezquita y se dirigió a la gente, asegurándoles que el Profeta estaba simplemente ausente en el Espíritu y que volvería. Mientras así hablaba, Abu Bakr regresó a caballo de Sunh, porque la noticia se había difundido rápidamente por todo el oasis. Sin detenerse para hablar con nadie, fue directamente a la casa de su hija y retiró del rostro del Profeta el manto con que lo habían recubierto: lo miró fijamente y luego lo besó. *"Más querido para mí que mi padre y mi madre"*, dijo, *"has probado la muerte que Dios decretó para ti. Después de ésta, ninguna otra muerte te acontecerá"*. Reverentemente volvió a extender el manto sobre su rostro y salió a la multitud de hombres a quienes Omar estaba aún dirigiéndose: *"¡Calma, Omar!"*, le dijo, mientras se aproximaba. *"¡Oídme hablar!"*. Omar no prestó atención y siguió hablando, pero al reconocer la voz de Abu Bakr la gente abandonó a Omar y se volvió a escuchar lo que el hombre de más edad tenía que contarles. Después de alabar a Dios, dijo: *"¡Gentes! Quien acostumbrara adorar a Muhámmad ha de saber que ciertamente Muhámmad ha muerto; y quien acostumbrara adorar a Dios, tenga presente ahora que, verdaderamente, Dios es Viviente y no muere"*. Luego recitó los siguientes versículos, que habían sido revelados después de la batalla de Uhud: "Muhámmad no es más que un enviado y otros enviados han pasado antes que él. Si muriera o lo mataran, ¿os volveríais sobre vuestros pasos? Quien se vuelve sobre sus pasos no daña a Dios, y Dios recompensa a los agradecidos" (III, 144).

Fue como si la gente no hubiera sabido de la revelación de esta aleya hasta que Abu Bakr la recitó aquel día. La escucharon de él y estuvo en los labios de todos. Omar diría posteriormente: *"Cuando oí a Abu Bakr recitar aquella aleya, me quedé tan asombrado que caí al suelo. Mis piernas ya no me sostenían, y me di cuenta de que el Enviado de Dios había muerto"*.

Ali se había retirado entonces a su casa; con él se encontraban Zubayr y Talhah. El resto de los Emigrados se congregaron en torno a Abu Bakr, y a ellos se les unieron Usayd y muchos otros de su clan. Pero la mayoría de los Ansar, tanto de Aws como de Jazrach, se habían reunido en el lugar de asamblea de los Bani Saidah, cuyo jefe era Saad ibn Ubadah, y a Abu Bakr y Omar les llegó la noticia de que estaban debatiendo allí acerca de quién debía ser el hombre sobre el que recayera la autoridad, ahora que el Profeta había muerto. Ellos habían aceptado gustosamente su autoridad, pero, faltando él, muchos de ellos se inclinaban a pensar que a los hijos de Qaylah tan sólo les podía gobernar un hombre de Yathrib, y parecía que estaban a punto de prestar su fidelidad a Saad.

Omar insistió a Abu Bakr para que fuese él a la asamblea y Abu Ubaydah acudió con ellos. Saad estaba enfermo y se hallaba postrado en el centro de la sala, envuelto en un manto. En nombre suyo, otro de los Ansar estaba a punto de dirigir la palabra a los reunidos cuando los tres hombres del Qraysh hicieron su entrada, por lo que los incluyó en su discurso, que comenzó, después de la alabanza a Dios, con las palabras: *"Nosotros somos los Ansar de Dios y el ejército del Islam, y vosotros, Emigrados, sois de nosotros, porque un grupo de vuestro pueblo se ha establecido entre nosotros"*. El orador prosiguió en el mismo tono, glorificando a los Ansar y, aunque hizo compartir a los Emigrados una parte de esa gloria, se abstuvo deliberadamente de reconocer la posición única que ellos disfrutaban como la primera comunidad islámica. Cuando

hubo terminado y Omar estaba a punto de comenzar a hablar, Abu Bakr lo acalló y él mismo habló, con tacto pero con firmeza, reiterando el elogio de los Ansar, pero señalando que la comunidad del Islam estaba ahora extendida por toda Arabia y que los árabes en conjunto no aceptarían la autoridad de nadie salvo de un hombre del Quraysh, porque el Quraysh mantenía una posición única y central entre ellos. Para terminar, cogió a Omar y a Abu Ubaydah, cada uno de una mano, y dijo: *"Os ofrezco uno de estos dos hombres. Prestad fidelidad al que queráis de ambos"*. Entonces se levantó otro Ansar y sugirió que hubiera dos autoridades, lo que condujo a una acalorada discusión, hasta que finalmente intervino Omar, diciendo: *"¡Ansar! ¿No sabéis que el Enviado de Dios ordenó a Abu Bakr dirigir la plegaria?" "Lo sabemos"*, respondieron. Y Omar siguió: *"Entonces, ¿quién de vosotros con gusto querrá precederle?" "No permita Dios que tomemos precedencia sobre él"*, contestaron, (I.S. II/2, 23), ante lo cual Omar tomó la mano de Abu Bakr y le prestó fidelidad, seguido de Abu Ubaydah y otros Emigrados que para aquel entonces se les habían unido. A continuación todos los Ansar que se encontraban presentes igualmente juraron fidelidad a Abu Bakr, con la excepción de Saad, que nunca lo reconoció como Jalifa[i] y que terminó emigrando a Siria.

A pesar de lo que se hubiera decidido en la asamblea, habría sido inaceptable para cualquier otro dirigir las plegarias en la Mezquita de Medina en lugar de Abu Bakr, mientras éste estuviera allí; y al alba del día siguiente, antes de dirigir la plegaria, él se sentó en el almimbar y Omar se levantó y se dirigió a los consagrados, pidiéndoles que prestaran fidelidad a Abu Bakr, al que describió como *"el mejor de vosotros, el Compañero del Enviado de Dios, el segundo de ellos dos cuando ambos estuvieron en la caverna*" (Corán IX, 40). Una reciente Revelación había recordado el privilegio de Abu Bakr de haber sido el único Compañero que había acompañado al Profeta en aquel momento crucial[ii] y a una sola voz toda la asamblea le juró fidelidad —todos salvo Ali, que lo hizo más tarde[iii]—.

A continuación Abu Bakr alabó a Dios y le dio gracias y se dirigió a ellos diciendo: *"Se me ha dado la autoridad sobre vosotros y no soy el mejor de vosotros. Si obro bien, ayudadme, y si lo hago mal, corregidme. El ser sincero respecto a la verdad es lealtad y la indiferencia a la verdad es traición. El débil de entre vosotros será duro conmigo hasta que haya asegurado sus derechos, si Dios quiere, y el fuerte de entre vosotros conmigo será débil hasta que le haya arrancado los derechos de otros, si Dios quiere. Obedecedme mientras obedezca a Dios y Su Enviado. Pero si desobedezco a Dios y Su Enviado, no me debéis obediencia. Levantaos para vuestra plegaria. ¡Dios tenga misericordia de vosotros!"* (I.I. 1017).

Después de la plegaria, la casa y la familia del Profeta decidieron que tenían que prepararlo para el entierro, pero estuvieron en desacuerdo en cuanto a cómo debía hacerse. Entonces Dios hizo que sobre ellos se abatiera el sueño, y en su sueño cada hombre escuchó una voz que decía: *"Lavad al Profeta con el manto puesto"*. Fueron, pues, a la estancia de Aishah, que por el momento ella había dejado libre, y Aws ibn Jawli, un jazrachí, pidió permiso para representar a los Ansar, diciendo: *"¡Te lo imploro por Dios, oh Ali, y por nuestra parte en su Enviado!"*, y Ali le permitió entrar. Abbas y sus hijos Fadl y Qitam ayudaron a Ali a dar la vuelta al cuerpo, mientras Usamah derramaba agua sobre él, ayudado por Shuqran, uno de los libertos del Profeta, y Ali pasó su mano sobre todas las partes del largo manto de lana. *"Más querido para mí que mi padre y mi madre"*, dijo, *"¡cuán excelente eres en la vida y en la muerte!"* Incluso después de un día, el cuerpo del Profeta parecía estar inmerso simplemente en el sueño, salvo que no tenía ni respiración ni pulso, ni calor ni flexibilidad.

Los Compañeros discrepaban sobre dónde debía ser enterrado. A muchos les parecía que su tumba tenía que estar cerca de las de sus tres hijas, la de Ibrahim y la de los Compañeros que él mismo había enterrado y sobre quienes había hecho la plegaria funeraria, en el Baqi al-Garqad, mientras que otros pensaban que tenía que ser enterrado en la Mezquita; pero Abu Bakr recordó haberle oído decir: *"Ningún Profeta muere sin que se le entierre donde murió"*; así pues, se cavó la tumba en el suelo de la estancia de Aishah cerca del lecho donde yacía.

Entonces todo el pueblo de Medina lo visitó y rezó sobre él. Llegaron por tandas y cada grupo pequeño hizo la plegaria funeraria; primero los hombres, grupo tras grupo, y luego, cuando todos

los hombres lo hubieron visitado, acudieron las mujeres, y después de ellas los niños. Aquella noche fue depositado en su tumba por Ali y los otros que le habían preparado para el entierro.

Grande fue el pesar en la Ciudad de la Luz, como ahora se llamaba a Medina. Los Compañeros se censuraban entre sí por llorar, pero todos lloraban. *"No es por él por lo que lloro"*, dijo Umm Ayman cuando le preguntaron por sus lágrimas. *"¿Acaso no sé que se ha ido a aquello que es mejor para él que este mundo? Sino que lloro porque se nos han cortado las nuevas procedentes del Cielo"* (I.S. II/2, 83-4). Era, ciertamente, como si una gran puerta se hubiese cerrado. Sin embargo, recordaban que había dicho: *"¿Qué tengo yo que ver con este mundo? Este mundo y yo somos como un caminante y un árbol bajo el cual se cobija. Luego prosigue su camino y lo deja tras de sí."* (I.M. XXXVII, 3). Él había dicho esto para que todos y cada uno de ellos pudieran decirlo de sí mismos, y si la puerta ahora se había cerrado, estaría abierta, sin embargo, para el creyente en la hora de la muerte. Todavía resonaban en sus oídos las palabras: *"Yo voy delante de vosotros y soy vuestro testigo. Vuestra cita conmigo es en el Estanque"*. Habiendo comunicado su mensaje en este mundo, se había ido para realizarlo en el Más Allá, donde él seguiría siendo, para ellos y para otros, pero sin las limitaciones de la vida sobre la tierra, la Llave de la Misericordia,[iv] la Llave del Paraíso, el Espíritu de la Verdad, la Felicidad de Dios.

"Ciertamente Dios y sus Ángeles bendicen al Profeta. ¡Oh vosotros que creéis, invocad bendiciones sobre él y dadle saludos de Paz! (XXXIII, 56)

[i] En árabe, *Jalifah*, siendo el título completo *Jalifa Rasul Allah*, Sucesor del Enviado de Dios.

[ii] Véase capítulo 37, *"La Hégira"*.

[iii] Después de la muerte de Fatimah, unos meses más tarde, Ali le dijo a Abu Bakr: *"Conocemos bien tu preeminencia y lo que Dios ha derramado sobre ti, y no somos celosos de ningún beneficio de los que Él te ha concedido. Pero tú nos enfrentaste con un hecho consumado, sin posibilidad de elección, ros sentimos que teníamos algún derecho en este asunto por la proximidad de nuestro parentesco con el Enviado de Dios"*. Entonces los ojos de Abu Bakr se llenaron de lágrimas, y dijo: *"Por Aquél en cuyas manos está mi alma, prefiriría que todo marchara bien entre la familia del Enviado de Dios y yo, a que lo hiciera entre mi propia familia y yo"*. Aquel día, a mediodía, exculpó a Ali en la Mezquita por no haberle reconocido todavía como jalifa, ante lo cual Ali afirmó el derecho de Abu Bakr y le prestó fidelidad. (B. LXIV, 38).

[iv] Éste y otros títulos que le siguen están tomados de las letanías tradicionales de los nombres del Profeta.

Claves de referencia

C. — El Corán

Obras biográficas e históricas

Este libro se basa principalmente en los escritos de los siguientes tres autores de los VIII y IX:

I.I. Ibn Ishaq. Las referencias son a la edición de Wüstenfeld de la Sirat Rasul Allah. Una biografía del Profeta escrita por Muhámmad ibn Ishaq en la recensión anotada por Abd al-Malik ibn Hisham (I.H.).

I.S. Ibn Saad. Las referencias son a la edición de Leyden del Kitab at-Tabaqat al-Kabir, de Muhámmad ibn Saad.

W. Waquidi. Las referencias son a la edición de Marsden Jones del Kitab al-Magazi, una crónica de las campañas del Profeta, por Muhámmad ibn Omar al-Waqidi.

Además de estos, hay referencias ocasionales a:

A. Azraqi. Edición de Wüstenfeld de los Ajbar Makkah, una historia de la Meca por Muhámmad ibn Abd Allah al-Azraqi.

Tab. Tabari. La edición de Leyden de la Tarij al-Rusul wa 'l-muluk, "La historia de los Enviados y los Reyes", por Muhámmad ibn Yarir at-Tabari, cuyo comentario coránico, *Tafsir*, también ha sido citado.

S. Suhayli. La edición de el Cairo de Al-Rawd al-Unuf, un comentario sobre ibn Ishaq, por Abd al-Rahman ibn Abdallah as-Suhayli.

Colecciones de tradiciones del Profeta

Las referencias a los ocho tradicionistas siguientes del siglo IX se hacen según el tema usado por Wensinck en su Handbook of Early Muhammadan Tradition.

B. Muhámmad ibn Ismail al-Bujari

M. Muslim ibn al-Hayyay al-Qushayri

Tir. Muhámmad ibn Isa al-Tirmidhi

A.H. Ahmad ibri Muhámmad ibn Hanbal

N. Ahmad ibn Shuayb-al-Nasai

A.D. Abu Daud al-Siyistani

D. Abdallah ibn Abd al-Rahman al-Darimi

I.M. Muhámmad ibn Mayah

Hay también referencias ocasionales a los siguientes tradicionistas del siglo XI, cuyas colecciones no se incluyen en el manual de Wensinck.

Bay. Ahmad ibn al-Husayn al-Bayhaqi, Kitab al-Sunan al-Kubra

F. Husayn ibn Mahmud al-Farra al-Bagawi, Mishkat al-Masabih .